El Mito del Siglo 20

Alfred Rosenberg

Sol Invicto

A Rosenberg.

El Mito del Siglo 20

Una evaluación de las luchas anímico-espirituales de las formas en nuestro tiempo

Alfred Rosenberg

Este discurso no está dirigido a nadie, fuera del que ya lo considera como su propia vida o que, por lo menos, lo posee como un anhelo de su corazón.

MAESTRO ECKEHART

Ediciones Sol Invicto

Título original: **Der Mythus des 20. Jahrhunderts.**

Basado en la edición original alemana 143-146 de 1939 y la edición 171-190 de 1943, la traducción española de Adalberto Encina y Walter del Prado de «Ediciones Wotan», y la traducción inglesa de Vivian Bird.

Publicado originalmente por Hoheneichen-Verlag, Múnich, 1930.

Nueva traducción de Sol Invicto.

Vigésima edición: 05/12/2024

Edición definitiva.

Mail: solinvicto@tutanota.com

SEMBLANZA DE ALFRED ROSENBERG

Rosenberg nació en Reval (hoy en día Tallin), Estonia, una de las antiguas provincias bálticas de colonización alemana. Era, por lo tanto, uno de los numerosos alemanes de frontera y del exterior –Volksdeutscher– que han tenido una vivencia tanto más consciente de su alemanidad cuanto que estaban en contraste con su entorno. Allí cursó sus estudios, dedicándose simultáneamente con gran talento y vocación a las artes plásticas y a la arquitectura. Siendo aún estudiante secundario fue distinguido con diversos premios. Después de finalizar el Politécnico en Riga, visitó por primera vez Alemania: Berlín, Dresde, Múnich y –como estudiante de arte– siempre en primer lugar las pinacotecas, así como cuando en 1914 llegó a París, su primera peregrinación lo llevó al Louvre.

Al poco tiempo de su regreso estalló la guerra. Rosenberg se había trasladado a San Petersburgo y luego a Moscú para completar sus estudios, diplomándose de arquitecto con un brillante trabajo que le valió la invitación de integrar el estudio del famoso arquitecto profesor Klein en la metrópoli rusa, pero declinó para volver a Reval. Allí fue decisivo y característico para su destino el discurso que el 30-11-1918 pronunció en un gran salón alquilado por él, sobre el tema: «la cuestión judía», identificando judaísmo con bolchevismo. Finalmente encontró el camino desde su hogar báltico rusificado a la patria alemana, cuyo aciago destino hizo que «... un hombre totalmente entregado al arte, a la filosofía y a la historia, que nunca había pensado mezclarse en política», tuviera la más directa participación política en los días venideros.

Se presentó en la redacción de la revista combativa dirigida por el ardiente patriota Dietrich Eckart, *«Auf gut deutsch!»* (¡En buen alemán!) con las palabras: «¿Necesitáis un combatiente contra Israel?». Tomó contacto con la comunidad política y la camaradería de otros que pensaban como él, el pequeño grupo del DAP (Deutschen Arbeiter Partei - Partido Alemán de los Trabajadores) y en una visita que Adolf Hitler hizo a Dietrich Eckart, Rosenberg conoció al hombre del que dijo después del fracasado putsch de noviembre de 1923 (en el que también participó exponiendo su vida en las primeras filas): «En los campos de batalla en Francia, ante miles de sus

amigos y enemigos, ante el Tribunal, en todas partes, él siguió siendo idéntico a sí mismo: el Führer, el hombre que encarnaba el anhelo de los mejores, que dio expresión a sus ansias hasta llegar a la acción, y más allá de la acción».

Con el propósito de aglutinar a los nacionalsocialistas y mantener viva la fe mientras durase el encarcelamiento del Führer y la prohibición del NSDAP, junto con Julius Streicher y Hermann Esser el 1 de enero de 1924 fundó la Grossdeutsche Volksgemeinschaft (Comunidad Popular de la Gran Alemania).

En 1928 escribe EL MITO DEL SIGLO 20 (tenía solo 35 años) que, publicado en millones de ejemplares, tuvo una repercusión enorme y suscitó grandes polémicas.

Ya el Nacional Socialismo en el poder, como Reichsleiter ejerció por encargo especial del Führer la supervisión general sobre la totalidad de la difusión de la Weltanschauung (cosmovisión) nacional socialista. Durante la guerra mundial 1939-1945 fue ministro de los territorios ocupados del Este. En enero de 1943, en ocasión de su quincuagésimo natalicio, Hitler le dirigió un mensaje de congratulación en el que declaró que Rosenberg había sido el único entre sus colaboradores que en cuestiones fundamentales siempre había finalmente probado tener razón. Cabe recordar que ya en 1937 había sido honrado con la máxima distinción al serle conferido el Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias. En presencia de Hitler, el ministro Goebbels leyó entonces la fundamentación: «Como primero entre los vivientes, el Führer otorgó el Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias al Parteigenosse (compañero del Partido) Alfred Rosenberg. Alfred Rosenberg contribuyó con sus obras en medida descollante a fundamentar y afianzar científica e intuitivamente la concepción del mundo del Nacionalsocialismo. En una lucha incansable por mantener la pureza de la concepción nacionalsocialista se ha conquistado méritos especiales. Recién un tiempo posterior podrá apreciar plenamente cuán profunda es la influencia de este hombre sobre la estructuración espiritual y cosmovisional del Reich Nacionalsocialista. El Movimiento Nacionalsocialista y más allá de él, todo el pueblo alemán celebrará con la más profunda satisfacción que el Führer distingue en Alfred Rosenberg a uno de sus co-combatientes más

antiguos y más fieles, mediante el otorgamiento del Premio Nacional Alemán para el Arte y las Ciencias».

Aún después de la tragedia de 1945 y ante el tribunal erigido por sus enemigos mortales para asesinarle, Rosenberg mantuvo con su invariable firmeza los principios de siempre... y subió sonriente al cadalso. (Corresponde señalar que la forma de ejecución consistió en la muerte por estrangulamiento en lugar del método usual de ruptura de la cervical. Este procedimiento sádico de los asesinos judaicos daba una vez más la razón a la lucha nacionalsocialista de Alfred Rosenberg).

Alfred Rosenberg –como todos sus gloriosos y abnegados camaradas– murió por un mundo nuevo determinado por EL MITO DEL SIGLO 20, es decir, **el Mito de Adolf Hitler, de la Sangre y del Honor, del Trabajo y de la Libertad.**

JUICIOS SOBRE «EL MITO DEL SIGLO 20»

«Los mejores medios auxiliares para ello (para la educación doctrinaria del NSDAP), son las clásicas obras de nuestro Führer, Mein Kampf y EL MITO DEL SIGLO 20 de Rosenberg».

OTTO GOHDES
Miembro del Reichstag
Jefe de Adoctrinamiento del Reich.
Der Schulungsbrief (Carta de Adoctrinamiento),
marzo de 1934, Fase. 1, p. 15.

«Una obra clásica de cosmovisión... Alfred Rosenberg reúne en su persona al docto poli-historiador, al agudo pensador lógico, al artista que siente y plasma intuitivamente y al apasionado político con voluntad de poder. Lo que otorga a esta obra su especial encanto es la combinación de una cierta universalidad de los puntos de vista y una ingeniosa arquitectónica de la estructura y una forma lingüística impresionante, aunque con frecuencia de la índole de palabras-impacto... No solamente lectores jóvenes, sino también maduros sienten algo de esta fuerza magnética. Yo mismo pocas veces en los últimos años he leído un libro con tanto suspenso como éste, lo que no se explica solamente por la índole saturada de vida y apasionada de esta erudición... Con arrebatadora fuerza profética y con ardientes colores de artista dibuja Rosenberg su germánica visión del mundo, de la religión y de la Iglesia. La imagen de ensueño que pone ante nuestros ojos muestra una incondicional consecuencia y una arquitectónica acabada».

FRIEDRICH HEILER
Dirigente del Movimiento
episcopal, adversario declarado.
Hochkirche. (Iglesia Episcopal)
Cfr. Nationalsozialistische Monatshefte
(Cuadernos Mensuales Nacionalsocialistas)

«EL MITO DEL SIGLO 20: EL LIBRO DEL HONOR ALEMÁN. Un tesoro de conocimientos, como a un pueblo probado en sufrimientos sólo en raros momentos de su historia le es obsequiado».

VÖLKISCHER BEOBACHTER
(El Observador Popular)
Diario Oficial del NSDAP

«¡El libro del honor alemán! Estamos en la entrada de un nuevo siglo. Alfred Rosenberg escribió en su MITO DEL SIGLO 20, con concluyente inexorabilidad el programa filosófico-cultural para la Nueva Alemania. El que haya leído Mein Kampf de Hitler y EL MITO DEL SIGLO 20 de Rosenberg perderá las últimas escorias de un pasado liberal y será totalmente libre y espiritual, totalmente erguido y desde el fondo de su ser gozoso y esperanzado, portador del porvenir».

HANNS JOHST
Presidente de la Academia de Poetas

TEXTO DE PRESENTACIÓN DEL EDITOR ALEMÁN

EL MITO es una visión grandiosa de psicología racial que nos transmite conocimientos fundamentales de índole filosófico-religiosa, filosófico-cultural y de historia de la humanidad, en una plenitud casi abrumadora que, lisa y llanamente, enseña una nueva historia mundial. Rosenberg se acredita en su obra, sostenida por un estupendo saber, como un pensador genial y un visionario dotado de excepcionales condiciones, que con la mirada infalible de sus claros ojos retrospectivamente atraviesa la niebla de milenios, y luego, mirando nuevamente hacia adelante, señala el único camino justo hacia el porvenir.

EL MITO DEL SIGLO 20 es el Mito de la Sangre, que bajo el signo de la esvástica desencadena la revolución mundial racial, es el despertar del alma racial, que después de largo sueño pone fin victoriosamente al caos racial.

A LA MEMORIA DE LOS DOS MILLONES DE HÉROES ALEMANES QUE CAYERON EN LA GUERRA MUNDIAL POR UN ESTILO DE VIDA ALEMÁN Y UN REICH DEL HONOR Y DE LA LIBERTAD

INTRODUCCIÓN

Todas las luchas de poder externas de hoy son los efectos de un colapso interno. Todos los sistemas estatales de 1914 ya se han derrumbado, aun cuando en parte siguen subsistiendo formalmente. Pero también se han desmoronado ideas y valores sociales, eclesiásticos e ideológicos. Ningún principio supremo ni ninguna idea suprema rige de un modo incontestado la vida de los pueblos. Grupo contra grupo, partido contra partido, valor nacional contra dogmas internacionales, imperialismo rígido contra pacifismo en expansión. La finanza envuelve con cuerdas doradas los Estados y los pueblos, la economía es nómade, la vida desarraigada.

La Guerra Mundial, como comienzo de una revolución mundial en todos los terrenos, ha puesto en evidencia el hecho trágico de que, aunque millones de personas han sacrificado sus vidas, este sacrificio ha beneficiado a fuerzas distintas de aquellas por las que los ejércitos estaban dispuestos a morir. Los muertos de la Guerra son las víctimas de la catástrofe de una época devenida carente de valores, pero al mismo tiempo —y esto empieza a ser comprendido en Alemania por un número de personas, aunque todavía sea pequeño— los mártires de un nuevo día, de una nueva fe.

La sangre que murió comienza a cobrar vida. Bajo su signo místico está teniendo lugar una nueva estructuración celular del alma popular alemana. El presente y el pasado aparecen de repente bajo una nueva luz y surge una nueva misión para el futuro. La historia y el objetivo del futuro no significan ya lucha de clase contra clase, no ya conflicto entre dogma eclesiástico y dogma eclesiástico, sino la controversia entre sangre y sangre, entre raza y raza, entre pueblo y pueblo. Y esto significa: combate de valor anímico contra valor anímico.

La interpretación de la historia sobre base racial constituye un concepto que pronto será considerado lógico y natural. A ella sirven ya hombres de mérito. Otros podrán completar en un futuro no muy lejano la construcción de la nueva imagen del mundo.

Mas los valores del alma racial, que son las fuerzas motrices tras la nueva visión del mundo, aún no se han convertido en conciencia viva. Alma, empero, significa raza vista desde adentro. E inversamente la raza es el

exterior de un alma. Dar vida al alma racial significa reconocer su valor más elevado y, bajo su imperio, asignar a los demás valores su posición orgánica: en el Estado, el arte y la religión. Esta es la tarea de nuestro siglo: crear un nuevo tipo de hombre a partir de un nuevo mito de la vida. Ello requiere valor. La valentía de cada individuo, la valentía de toda la generación que está creciendo, y de hecho de muchas generaciones por venir. Porque el caos nunca será domado por los desanimados, y ningún mundo ha sido construido por cobardes. Quien quiera avanzar, debe entonces también quemar puentes tras de sí. El que se dispone a realizar un largo viaje, ha de abandonar viejos enseres. El que aspira al Bien más elevado, debe doblegar lo inferior. Y frente a todas las dudas e interrogantes, el hombre nuevo del Primer Reich Alemán venidero conoce una sola respuesta: ¡sin embargo, yo quiero!

Por muchas personas que estén de acuerdo con estas palabras, ninguna comunidad puede comprometerse con las reflexiones y conclusiones presentadas en este escrito. Constituyen confesiones absolutamente personales, no puntos programáticos del movimiento político al cual pertenezco. Este tiene su gran tarea peculiar y debe, como organización, mantenerse alejado de las controversias de naturaleza religiosa y político-eclesiástica, al igual que del compromiso con una determinada filosofía del arte o un determinado estilo arquitectónico. No puede tampoco, por consiguiente, ser responsabilizado de lo aquí expuesto. Por el contrario, las convicciones filosóficas, religiosas y artísticas sólo pueden justificarse seriamente bajo la condición de la libertad de conciencia personal. Tal es el caso presente. Sin embargo, la obra no se dirige a seres humanos que viven y actúan felices y bien afirmados dentro de sus comunidades religiosas, sino a todos aquellos que interiormente se han desligado de éstas, pero aún no se han abierto paso, luchando, hacia una nueva concepción del mundo. El hecho de que éstos se cuentan ya hoy en día por millones, obliga a cada camarada de lucha a ayudarse a sí mismo y a otros buscadores mediante una reflexión más profunda.

El escrito, cuya idea fundamental se remonta a 1917, ya había sido terminado en lo esencial en 1925, mas nuevos deberes del momento retrasaron su finalización una y otra vez. La posterior aparición de diversas obras tanto de camaradas de lucha como de adversarios exigieron entonces

un tratamiento de las cuestiones previamente postergadas. No creo ni por un momento que esta sea la finalización del gran tema que nos ha puesto hoy el destino. Pero sí espero haber aclarado diversas preguntas y haberlas respondido en su contexto, como base para hacer realidad el día que todos soñamos.

Múnich, febrero de 1930.

El Autor.

PARA LA 3ª TIRADA

¡Oh, compañeros de mi tiempo! No consultéis a vuestros médicos ni a los sacerdotes cuando estéis pereciendo por dentro.

Hölderlin

La aparición del presente escrito ha provocado de inmediato una lucha de opiniones de la índole más vehemente. Si bien eran de esperar controversias intelectuales gracias a los problemas claramente formulados y a las expresiones conscientemente agudizadas, confieso abiertamente, empero, que ese odio concentrado con que tuve que enfrentarme, y esa tergiversación inescrupulosa de las exposiciones hechas por mí, tal como comenzaron, respondiendo parecería a una voz de mando, me han conmocionado; pero también me alegraron. Pues la salvaje, desenfrenada polémica especialmente de los círculos romanos[1], me ha demostrado cuán justificado es el juicio que en esta obra ha recaído sobre el principio romano-sirio. Siguiendo el método probado, de antigua data, se escogieron del voluminoso escrito determinadas conclusiones y formulaciones y se desarrollaron ante el lector creyente en la prensa romana, solamente escrita en alemán, y en panfletos, las «blasfemias», el «ateísmo», el «anticristianismo», el «Wotanismo» del autor. Los mistificadores ocultaron que yo hasta llego a postular para la totalidad del arte germánico un punto de partida y un fundamento religioso, que con Wagner declaro que una obra de arte es religión representada en forma viviente. Se ocultó la gran veneración que en la obra se tributa al fundador del cristianismo; se ocultó que las exposiciones religiosas tienen el evidente sentido de ver a la gran personalidad sin los desfigurantes aditamentos posteriores de diversas Iglesias. Se ocultó que presenté al Wotanismo como una forma religiosa muerta (pero que, naturalmente, tengo gran respeto por el carácter

[1] Se refiere a los cristianos católicos.

germánico que dio vida a Wotan lo mismo que a Fausto), y se me atribuyó en forma mendaz e inescrupulosa la intención de volver a introducir el «culto pagano de Wotan». En fin, no hubo nada que no fuera desfigurado y adulterado; y lo que aparecía correctamente trascripto, recibía un matiz totalmente distinto por ser arrancado del contexto. Sin excepción, por ser incontestables, la prensa romana dejó de lado todas las comprobaciones históricas; sin excepción todos los razonamientos que conducían a determinadas concepciones fueron distorsionados, callándose, además, las fundamentaciones de las exigencias formuladas. Los prelados y los cardenales movilizaron las «masas creyentes», y Roma, que, con el marxismo ateo, es decir, con el apoyo del poder político de la subhumanidad (Untermenschentum) lleva una lucha de aniquilamiento contra Alemania, también con el sacrificio de las masas católicas alemanas mismas, tuvo el descaro de vociferar repentinamente acerca de una lucha cultural (Kulturkampf). Las disquisiciones de esta obra que, por su forma y su contenido, por cierto, están por encima del nivel cotidiano, no fueron materia de una crítica objetiva y, por lo tanto, satisfactoria, sino utilizadas para la lucha diaria más desenfrenada. No contra mí solamente —esto no me hubiera afectado— sino también contra el Movimiento Nacionalsocialista al que pertenezco desde su comienzo. A pesar de que en la Introducción y también en la obra misma he declarado expresamente que un movimiento político, que abarca muchas confesiones religiosas, no puede solucionar problemas de naturaleza religiosa o de filosofía del arte, que por consiguiente mi profesión de fe en una visión del mundo es personal, a pesar de todo ello, los oscurantistas hicieron todo lo que podían para distraer la atención de sus propios crímenes políticos cometidos contra el pueblo alemán y de lamentarse una vez más por la «religión amenazada»; no obstante que la genuina religión no estuvo ni está amenazada más que por la promoción sistemática del marxismo a través del Centro, dirigido por prelados romanos. El Movimiento Nacionalsocialista no ha de practicar ninguna dogmática religiosa, ni en pro ni en contra de una confesión, pero el hecho de que se quiere negar a una persona que participa activamente de la vida política el derecho de defender una convicción religiosa que contraría a la romana, muestra hasta qué punto ya ha crecido el amordazamiento espiritual. Según la valoración de la dogmática romana se juzga la aceptabilidad de la

actividad en el campo nacional, en lugar de que tal exigencia prepotente se presentase de entrada como psicológicamente imposible. Un intento sin duda serio de depurar la personalidad de Cristo de aditamentos no cristianos –paulinos, agustinianos y otros–, tiene como consecuencia en los beneficiarios reinantes del falseamiento de la figura espiritual de Jesucristo, una manifestación unánime de furor, no porque hubieran sido afectados altos valores religiosos, sino porque una posición de poder político, obtenida mediante la provocación de la angustia anímica de millones, aparecía amenazada por un orgulloso despertar. Las cosas se presentan de manera tal que la Iglesia romana, que no sintió temor ante el darwinismo y el liberalismo, dado que los vio solamente como intentos intelectualoides, sin fuerza para crear comunidad, sin embargo, el renacimiento nacionalista del hombre alemán, del que se han desprendido los antiguos lazos de valor por la conmoción de 1914-1918, se le aparece tan peligroso porque amenaza con generar un poder formador de tipos. Esto la casta sacerdotal dominante lo percibe ya desde lejos, y es precisamente porque ve que este despertar se esfuerza por fortalecer todo lo que es noble y orgulloso por lo que su alianza con la subhumanidad roja es tan estrecha. Esto sólo cambiará cuando el frente alemán se muestre victorioso; en esa hora, Roma intentará conseguir como «amiga» lo que no pudo lograr como enemiga. Mas perseguir estas posibilidades no está dentro del marco de este libro; aquí se trata, por consiguiente, de hacer surgir como por un trabajo de cincel, los tipos espirituales, resultantes de la toma de conciencia de los seres humanos empeñados en la búsqueda, además del despertar del sentimiento por los valores y de la aceración de la resistencia del carácter frente a todas las seducciones enemigas. Toda la excitación alrededor de mi escrito ha sido tanto más significativa cuanto que no fue vertida palabra alguna para distanciarse de las injurias a los grandes alemanes, lo que desde hace tiempo pertenece a la labor literaria de los jesuitas y sus secuaces. Se promovieron calladamente los insultos a Goethe, Schiller, Kant y otros, no se hizo objeción alguna cuando los abre marcha de Roma vieron su misión religiosa en evitar la formación de un Estado nacional alemán; cuando en asambleas pacifistas católicas se exigía rehusar el saludo al soldado alemán; cuando religiosos católicos osaron negar públicamente las acciones de los francotiradores belgas y culpar a los soldados alemanes del asesinato de sus camaradas, a fin

de contar con un pretexto para la persecución de los belgas; cuando, completamente acorde con la propaganda francesa, el ejército nacional alemán fue acusado de la profanación de altares y hostias, cometida en iglesias belgas. Contra estas conscientes profanaciones de la alemanidad, del honor de sus defensores caídos y vivientes, no se ha alzado ningún obispo ni cardenal alguno; pero sí se produjo por parte de éstos un violento ataque tras otro contra el nacionalismo alemán. Y si esto se denunciaba públicamente, los grupos romanos políticos y religiosos proclamaban su sentir nacional.

La Iglesia romana de Alemania no puede negar su plena responsabilidad por la labor devastadora sobre pueblo de sus numerosos clérigos pacifistas, ya que en otros casos en que sacerdotes católicos honorables hallaron palabras de genuina voluntad nacional alemana, les impuso sin más la prohibición de hablar en público. Existe, por tanto, un trabajo político-ideológico realizado sistemáticamente, que puede ser probado, para robar al pueblo alemán su orgullo por los defensores de la Patria de 1914, para profanar su recuerdo y para enlodar la ardiente voluntad de amparar al pueblo y a la Patria. Constatar esto lo exige la más elemental veracidad; cómo los creyentes se entienden con su autoridad eclesiástica, es cuestión de su propia conciencia. Pero no es el caso de que ellos, a fin de silenciar conflictos nacientes, puedan presentar los hechos incontrovertibles simplemente como deslices, sino que se trata de armarse de valor para la defensa precisamente contra la política de las más altas instancias eclesiásticas. Que estas fuerzas que despiertan reconozcan o no toda la contradicción ideológica puede seguir siendo asunto suyo; lo importante es que se despierte la voluntad seria de defender el honor nacional alemán no sólo contra los marxistas, sino con la misma fuerza, es más, incluso con más fuerza, contra el Centro y sus aliados eclesiásticos, como los grandes cultivadores del marxismo. Eludir este punto sólo revelaría una actitud no-alemana.

No entraré a considerar en forma pormenorizada aisladas voces antagónicas. Anotaremos solamente para caracterizar los métodos inescrupulosos, que el jesuita Jakob Nötges tiene la audacia de afirmar entre otras cosas que la protección del idioma materno pertenece al «régimen católico», a pesar de que precisamente su Orden ha sido la más sangrienta adversaria del derecho a la lengua materna; que el amor al pueblo y a la

Patria es exigido por «todos los grandes teólogos moralistas», cuando precisamente su Orden lucha contra el nacionalismo alemán; hasta que finalmente el cristiano amor al prójimo de este señor se descarga en las palabras: «Este báltico es luchador por la cultura como se es boxeador. El pobre hombre padece de la incurable angustia de la Plaza de San Pedro, que se manifiesta en furia y vociferación». Luego se le da a Hitler el consejo de meterme «en un chaleco de fuerza», ya que no sirve de nada congelarse: «para eso soportó demasiadas veces el invierno ruso». Este odio rabioso del jesuita que por un golpe de sol romano ha perdido toda forma, es completado por otros miembros de la Orden mediante una lucha de índole contraria. El jesuita Koch, por ejemplo, ya se siente obligado a hablar también de un alma racial alemana, designa la vivencia tal como se desprende de El Mito como seria y honorable, para celebrar al final a Bonifacio como el más grande de los germanos. Esta forma de adulteración al cien por cien la encontraremos con frecuencia en el futuro, por haberse llegado a la convicción de que la difamación ya no surte efecto; por eso han de recibirse con especial prudencia también tales intentos «germánicos». La destrucción del alma alemana es siempre la meta tanto de los apóstoles del azuzamiento como también de los maliciosos hombres de bien de la Sociedad de Jesús y sus compañeros de lucha. Ayer, hoy y mañana.

También en círculos evangélicos mi obra provocó una violenta conmoción. Innumerables artículos en diarios y revistas atestiguan que evidentemente tocó puntos muy sensibles. En sínodos evangélicos, en congresos de la Liga Evangélica, El Mito ocupó frecuentemente el lugar central del debate, y muchos folletos de teólogos protestantes dan testimonio de que se ha hecho sentir, nueva y profundamente, una pugna de valores en medio del luteranismo. Mi predicción de que los eclesiásticos evangélicos se comportarían frente al nuevo sentimiento religioso en forma similar a como antaño lo hizo dogmáticamente Roma ante la Reforma, lamentablemente se ha confirmado. Los teólogos y profesores que se alzaron contra mi escrito, en plena posesión de la «verdad evangélica», tomaron el camino más fácil: se limitaron a señalar la herejía de mis exposiciones, alabaron el «sentimiento nacional» —pero de forma no comprometida—, se regocijaron de poder identificar (presuntas) inexactitudes, y luego rechazaron...

Se me informó que, en uno de esos sínodos, después de un informe de este tipo, un sencillo pastor de blanca cabellera se levantó y declaró que no podía adherirse al orador, ya que era evidente que con la nueva ciencia racial Dios había encomendado a nuestro tiempo un gran problema para su solución, al que todos nosotros debíamos dedicarnos con sagrada seriedad. ¡Me quito el sombrero ante este honorable hombre! Indistintamente si su búsqueda da el mismo resultado que la mía, todo verdadero luchador mostrará respeto al adversario honesto que investiga, pero no a los viejos custodios de dogmas que creen su deber el mantener sus posiciones a cualquier precio.

En conversaciones con teólogos eruditos pude comprobar siempre, por otra parte, lo siguiente: convenían conmigo en que la valoración histórica anímico-racial de la antigüedad era justa y que también la apreciación del hugonotismo era, sin duda, exacta. Pero cuando luego sacaba la conclusión final que, en realidad, también los judíos debían tener su carácter muy determinado, una representación de Dios ligada a la sangre y que, consiguientemente, esta forma de la vida y del espíritu nos era absolutamente extraña, entonces se alzaba como un muro entre nosotros el dogma del Antiguo Testamento; entonces aparecía repentinamente el judaísmo como una excepción entre los pueblos. ¡Muy seriamente sostenían que el Dios cósmico sería idéntico a las dudosas afirmaciones espirituales del Antiguo Testamento! De todas las cosas, el politeísmo hebraico fue elevado como modelo de monoteísmo. De la gran concepción original ario-persa del mundo, así como de su concepción cósmica de Dios, la teología luterana no tenía conocimientos más profundos. A ello se agregó luego la veneración de Pablo, un pecado original del protestantismo, contra el cual, como es sabido, ya Lagarde —atacado por la totalidad de la teología académica de su tiempo— había luchado infructuosamente.

También los teólogos evangélicos repiten en todas partes, aun habiendo general asentimiento a la cosmovisión nacional (völkisch), la frase presuntuosa de la Iglesia romana: la valoración racial de los pueblos significa una anticristiana «idolatría» de la nacionalidad (Volkstum). Estos señores, sin embargo, pasan por alto al respecto que la posición de excepción que atribuyen a los judíos no representa otra cosa que idolatrar al pueblo

parasitario hebraico, siempre enemigo nuestro[2]. Esto les parece lógico y natural y tienen a bien igualmente pasar por alto al respecto que esta glorificación del judaísmo nos ha obsequiado en forma directa, al quedar liberada la faz impulsiva judía, ese envilecimiento de nuestra cultura y de nuestra política, contra el cual la actual conducción del protestantismo ha demostrado ser incapaz de actuar y luchar con éxito precisamente gracias a esa actitud de idolatría hacia los judíos.

Produce aflicción que los representantes contemporáneos de la teología evangélica sean tan poco luteranos como para hacer pasar las ideas por las cuales Lutero comprensiblemente aun debía estar dominado, como dogmas por siempre inamovibles. La magna obra de Lutero fue, en primer término, la destrucción del exótico pensamiento sacerdotal, en segundo lugar, la germanización del cristianismo. Pero la alemanidad naciente condujo después de Lutero todavía a Goethe, Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Lagarde, y hoy se acerca a pasos agigantados a su total florecimiento. La teología evangélica asestaría al luteranismo genuino el golpe mortal si quisiera oponerse incondicionalmente al desarrollo ulterior de su esencia. Si D. Kremers, un dirigente de la Liga Evangélica, declara en un escrito que El Mito es «devorado» especialmente por la juventud académica, pone en evidencia de este modo que tiene plena conciencia de cuán intensamente actúa ya la nueva vida en la joven generación protestante. Ahora bien: ¿no es más importante promover esta vida anímica arraigada en el pueblo, que mantenerse adicto interiormente a ídolos dogmáticos ya derribados hace tiempo? Esta joven generación, por cierto, no quiere sino contemplar la gran personalidad del fundador del cristianismo en su auténtica grandeza, sin aquellos agregados deformantes que zelotas judíos como Mateo, rabinos materialistas como Pablo, juristas africanos como Tertuliano, o productos de poli-mestizaje sin firmeza moral como Agustín, nos han obsequiado como el más terrible lastre espiritual. Ellos quieren comprender el mundo y el

[2] Es también significativa la respuesta que D. Strathmann dio en un folleto al ataque de que las Iglesias debieran preocuparse por el pueblo alemán en vista de su miseria y no por las misiones entre negros: «¡Cómo si esto fuera su misión! ¡En aras del culto racial han de renegar de la tarea humanitaria de las Misiones!». La raza y el alma de los negros valen –junto con los buenos judíos– llegado el caso, por lo tanto, más que la Nación a la cual se tiene el honor de pertenecer.

cristianismo sobre la base de su naturaleza, captarlo partiendo de valores germánicos, su derecho lógico y natural en este mundo, pero que precisamente hoy en día debe de nuevo ser conquistado penosamente.

Si la Ortodoxia actual no es capaz de entender todo esto, no podrá cambiar el curso de las cosas, a lo sumo podrá retrasarlo un poco. Una gran época habrá encontrado así una vez más a una generación pequeña. Mas esta época, que de todos modos vendrá, reconoce el valor tanto de la Catedral de Estrasburgo como la de Wartburg, pero niega el presuntuoso Centro romano, así como del Antiguo Testamento jerosolimitano. Succiona de las raíces de la dramaturgia germánica, de su arquitectura y de su música, más fuerza que de las desconsoladoras narraciones del estéril y árido pueblo judío, reconoce más de un profundo simbolismo nacional dentro de la Iglesia católica, y lo conecta con la veracidad del luteranismo genuino. Reúne bajo la gran cúpula de una visión del mundo anímico-racial todo lo individual en el organismo pleno de sangre de una esencialidad alemana.

Aquí el joven religioso evangélico debe marchar adelante, dado que sobre él no pesa aquella disciplina paralizante del alma que inhibe a los sacerdotes católicos. Hasta que haya madurado el tiempo en que también de entre éstos resuciten los rebeldes germánicos, y conduzcan la obra del monje Roger Bacon, del monje Eckehart, hacia la libertad de la vida práctica, tal como, dándoles el ejemplo, lo han vivido, sufrido y luchado con anterioridad los otros grandes mártires del Poniente.

Por parte del lado nacional, El Mito por temor al Centro, fue silenciado medrosamente. Sólo unos pocos osaron defender sus razonamientos. Pero la crítica negativa desde este sector consistió casi siempre en imputarme querer llegar a ser el «fundador de una nueva religión», y que en este aspecto había fracasado. Ahora bien: en el capítulo sobre la Iglesia Nacional (Volkskirche) he rechazado de antemano esta imputación; de lo que se trata hoy, junto a la fundamentación de la interpretación racial de la historia, es de poner uno frente al otro los valores del alma y del carácter de las diferentes razas, pueblos y sistemas ideológicos, estructurar para la germanidad una jerarquía orgánica de estos valores y perseguir las manifestaciones de la voluntad del germanismo en todos los campos. El problema es, por consiguiente: promover, contra la confusión caótica, una orientación única de las almas y de los espíritus e incluso señalar las premisas de un renacimiento general.

Según esta intención debe ser medido el valor de mi obra y no por la crítica de aquello que de ninguna manera me propuse realizar, lo que será cometido de un reformador, que recién podrá surgir de una generación que ya posea claros anhelos. Las voces del exterior son, en conjunto, más objetivas que el eco en Alemania de los círculos necesitados de reformas. Pero más importante que todo esto son los numerosos asentimientos provenientes de los más diversos países, y ante todo de aquellos alemanes que han tomado conciencia cabal de la actual gran hora decisiva espiritual tanto de Alemania como también de todos los pueblos de Occidente. Los problemas ante los cuales nos encontramos colocados nosotros también están ante la puerta de las otras naciones, solamente que a nosotros un duro destino nos obliga a una rendición de cuentas más sincera y a tomar un nuevo camino, pues de otro modo, junto con el colapso político, se produciría necesariamente también la catástrofe anímica, y el pueblo alemán desaparecería de la historia como verdadero pueblo. Un genuino renacimiento, empero, no es nunca obra de la política de poder solamente, mucho menos aun un problema de «saneamiento económico», como lo creen presumidas cabezas huecas, sino que significa una vivencia central del alma, el reconocimiento de un valor máximo. Si esta vivencia se transmite millones de veces de hombre a hombre, si finalmente la unificada fuerza del pueblo se coloca ante esa transformación interior, entonces Ningún poder del mundo podrá impedir la resurrección de Alemania.

El campo democrático-marxista había tratado primeramente de no dejar que se propagase la obra, mediante su silenciamiento total. Pero, luego se vio obligado a tomar posición. Dicha gente atacó así el «falso socialismo» que presuntamente sería enseñado en esta obra, en perjuicio de la clase trabajadora. El «verdadero» socialismo de la socialdemocracia al parecer consiste –sin preocuparse por una literal esclavización de todo el pueblo durante muchos decenios, debido a la continuada pignoración de todos los valores aún existentes– en proseguir con la sumisión a los dictados de la finanza internacional. El «verdadero» socialismo estriba, asimismo, en continuar dejando librado, sin freno alguno, al productivo y decente pueblo alemán a una infame propaganda fílmica y teatral, que solamente conoce tres tipos de héroe: la prostituta, el rufián y el criminal. El «verdadero» socialismo del grupo dirigente marxista seguramente consiste en que el hombre común

al realizar un mal paso va a parar al presidio, en tanto que los grandes defraudadores permanecen sin sufrir condena alguna, tal como ya fue hasta ahora práctica aceptada por los sectores influyentes relacionados con la democracia y la socialdemocracia. El marxismo en su totalidad, como no era posible de otro modo, ha probado ser el disolvente de toda comunidad orgánica en favor de instintos nómades extraños, por lo cual debe conceptuar a una nueva fundamentación y arraigo de un tal sentimiento socialista popular formador de estilo, como un ataque a su existencia.

El marxismo y el liberalismo se encuentran hoy en día a lo largo de todo el frente en desordenado combate de retirada. Durante muchos decenios era considerado como especialmente progresista hablar solamente de «humanidad», ser ciudadano del mundo y rechazar el problema racial como anticuado. Ahora todas estas ilusiones no sólo están acabadas políticamente, sino que también la cosmovisión que las fundamenta está resquebrajada, y no pasará mucho tiempo más, para que en las almas de los conducidos y seducidos aún medianamente sanos, se derrumbe completamente. Acorralado, el marxismo «científico» no tendrá otra salida que intentar la prueba de que: ¡también Karl Marx reconoció expresamente la influencia del pueblo y de la raza en el acontecer mundial! Esta misión, la de incorporar el irrefrenable despertar de la sangre del trabajador alemán a la ortodoxia marxista, que durante decenios atacó furiosamente el «desvarío racial», la emprendió entre otros cometidos la «Educación Socialista». Una tentativa que por sí misma caracteriza el catastrófico derrumbe espiritual interno, aunque después de la legitimidad admitida a regañadientes del punto de vista racial en sí, se afirma que Marx descartó el «fetichismo racial». Lo que es lógico y natural, de otra manera hubiera debido trasladarse a Siria como maestro, adonde en verdad pertenece. Reconocer esto y erradicar el materialismo marxista y la retaguardia capitalista financiera como una planta extraña sirio-judía de la vida alemana, esa es la gran misión del nuevo movimiento alemán de los trabajadores, que de esta manera conquistará el derecho de ser enrolado en la conducción del futuro alemán.

Nosotros, por nuestra parte, no negamos en absoluto muy diversas influencias: paisaje, clima y tradición política; pero todo esto es sobrepasado por la sangre y el carácter ligado a la sangre. Se trata de la recuperación mediante la lucha de esta jerarquía.

Restablecer la natural espontaneidad de la sangre sana, este es quizás el más alto objetivo que un ser humano puede hoy proponerse; simultáneamente, esta comprobación atestigua la triste situación del espíritu y del cuerpo, ya que tal acción ha llegado a ser una necesidad vital. Una contribución a esta venidera gran acción liberadora del siglo 20 debía ser el presente escrito. La sacudida de muchos que ya están despertando, pero también de los adversarios, ha sido la consecuencia deseada. Espero que la controversia de un nuevo mundo en formación con los viejos poderes se extienda cada vez más, penetre en todos los terrenos de la vida, genere fecundando siempre algo nuevo, ligado a la sangre, orgulloso, hasta el día en que estemos en el umbral de la plena realización de nuestro anhelo por una vida alemana, hasta la hora en que todas las fuentes palpitantes se reúnan en una gran corriente del renacimiento nórdico-alemán.

Es este un ideal digno de ser enseñado y vivido. Y esta vivencia y esta vida solamente es reflejo de una eternidad presentida, la misión misteriosa en este mundo, en el cual hemos sido puestos para llegar a ser lo que somos.

Múnich, octubre de 1931.

A. R.

PARA LOS 150.000 EJEMPLARES

Hoy en día el «Mito» ha creado profundos e irremediables surcos en la vida emocional del pueblo alemán. Las tareas siempre nuevas son una clara señal de que un decisivo cambio anímico-espiritual se está convirtiendo en un acontecimiento histórico. Mucho de lo que parecía una idea peculiar en mi escrito ya se ha hecho realidad en términos de política de Estado. Muchas otras cosas, espero, encontrarán su encarnación como un resultado más de la nueva actitud ante la vida.

El Colegio de la Inquisición de la Iglesia Romana ha colocado solemnemente el «Mito» en el Index[3]. Esta impotente protesta contribuirá a una mayor difusión de la obra. Estoy con la mejor compañía en el Índice.

La revolución política ha terminado, pero la transformación de los espíritus acaba de empezar. El «Mito del Siglo 20» está ahora a la vanguardia de su trabajo.

Berlín, mayo de 1934.

A. R

[3] Índice de libros prohibidos por la Iglesia católica.

PARA LOS 500.000 EJEMPLARES

En diciembre de 1936 la tirada del «Mito» sobrepasó el medio millón de ejemplares. Es éste un hecho que ya no puede ser designado con la palabra «éxito literario», más bien muestra que mi obra ha llegado a constituir un pedazo de vida del pueblo alemán, que ha tomado posesión interior de millones que tuvieron el valor de arrojar lejos de sí lo perimido, a fin de marchar valerosamente hacia un nuevo futuro.

He vuelto a revisar ahora nuevamente el escrito y no he tenido casi nada que corregir. Las formulaciones tales como fueron asentadas en tiempos de la más encarnizada lucha política, han atestiguado su profunda justificación actual. Solamente en el plano de lo político-estatal en la actualidad fueron superados en parte algunos aspectos, por lo que se efectuaron los ajustes correspondientes.

Mayor fundamentación encontraron los pensamientos formulados en El Mito en disertaciones posteriores, que han sido recopiladas en dos volúmenes: *«Blut und Ehre»* (Sangre y Honor) y *«Gestaltung der Idee»* (Plasmación de la Idea). A mis adversarios romanos les he contestado en el escrito *«An die Dunkelmänner unserer Zeit»* (A los oscurantistas de nuestro tiempo), (tirada: 680.000).

La transformación decisiva de los espíritus y las almas está teniendo lugar en toda Alemania. A su servicio «El Mito del Siglo 20» se halla hoy en primera fila.

Berlín, enero de 1937.

A. R.

LIBRO PRIMERO:

LA LUCHA DE LOS VALORES

Sólo soy Rey,
en tanto que soy libre.

Federico el Grande.

I. RAZA Y ALMA RACIAL

1.

Hoy comienza una de esas épocas en las cuales la historia universal debe ser escrita de nuevo. Las viejas imágenes del pasado humano se han desvanecido, los contornos de las personalidades actuantes aparecen desdibujados, sus fuerzas motrices internas malinterpretadas, la totalidad de su ser, por lo general, completamente incomprendido. Un sentimiento vital joven y que, sin embargo, se reconoce a sí mismo como antiquísimo, urge su plasmación; nace una visión del mundo y comienza a lidiar con las viejas formas, las costumbres santificadas y los contenidos aceptados. Ya no históricamente, sino fundamentalmente. No solamente en las cimas, sino también en las raíces.

Y el signo de nuestros tiempos es: apartamiento de los valores absolutos. Quiere decir, la renuncia de los valores que se pretenden más allá de toda experiencia orgánica, que el «yo» solitario ideó en su día, a fin de producir, pacífica o violentamente, una comunidad sobrehumana de las almas de todos. Tal objetivo final fue una vez la «cristianización del mundo» y su salvación a través del regreso de Cristo. Como otro objetivo fue considerado el sueño de la «humanización de la humanidad». Ambos ideales han sido enterrados en el caos sangriento y en el renacimiento de la experiencia de la Guerra Mundial, a pesar de que precisamente ahora tanto el uno como el otro encuentran un sacerdocio y una comunidad de prosélitos cada vez más fanatizados. Estos son procesos de paralización, no ya de vida viviente; una fe que murió en el alma ya no puede resucitar.

La humanidad, la Iglesia universal y el yo soberano desvinculado de las conexiones sanguíneas, ya no constituyen para nosotros valores absolutos, sino relatos desesperados, incluso frágiles, de una violación de la naturaleza sin polaridad a favor de las abstracciones. La evasión del siglo 19 hacia el darwinismo y el positivismo fue la primera gran protesta, aunque puramente bestial, contra los ideales de los poderes desprovistos de vida y aire, que una

vez nos invadieron desde Siria y Asia Menor y que provocaron una degeneración espiritual. El flujo de la vida real, roja de sangre, que atraviesa rumoreante el sistema circulatorio de toda especie popular genuina y de toda cultura, fue desdeñado por el cristianismo y el humanismo, diluyéndose en el universo; o, de otro modo, la sangre fue privada de su alma y reducida a una fórmula química, y así «explicada». Hoy, en cambio, toda una generación comienza a vislumbrar que solamente se producen y conservan valores allí donde la ley de la sangre determina aún las ideas y las obras de los hombres, sea consciente o inconscientemente. En un nivel subconsciente, el hombre lleva a cabo los mandamientos de la sangre en el culto y la vida, en cierto modo, como en un sueño activo, «con visión de la naturaleza», como se ha designado con feliz expresión la esencia de esta concordancia entre naturaleza y civilización. Hasta que la civilización, colmando toda actividad subconsciente de contenido consciente y doctrinario, se hace cada vez más intelectual, y en una etapa posterior no establece la tensión creativa, sino la discordia. De este modo, la razón y el intelecto se van alejando de la raza y de la especie, desligados de los vínculos de la sangre y de las progresiones generacionales, el individuo cae víctima de construcciones intelectuales absolutas y carentes de imaginación, se separa cada vez más del entorno natural, se mezcla con sangre enemiga. Y a través de esta profanación de la sangre perecen la personalidad, el pueblo, la raza y la cultura. Nadie que haya despreciado la religión de la sangre ha escapado a esta venganza de la sangre: ni los indios ni los persas, ni los griegos ni los romanos. Ni siquiera la Europa nórdica escapará a esta venganza si no da la vuelta y se aleja de las entidades subordinadas espiritualmente vacías, de las ideas absolutas incruentas, y comienza a confiar y a escuchar de nuevo el manantial derramado de su propia sangre vital y sus valores.

Un nuevo y colorido cuadro de la historia de la humanidad y de la tierra comienza a desvelarse hoy cuando reconocemos con reverencia que el conflicto entre la sangre y el medio ambiente, entre la sangre y la sangre, es el último fenómeno a nuestro alcance, más allá del cual ya no tenemos el privilegio de buscar e investigar. Este reconocimiento, sin embargo, conlleva inmediatamente al conocimiento de que la lucha de la sangre y la conciencia intuitiva de la mística de la vida no son dos cosas diferentes, sino que representan una misma cosa de diferentes maneras. La raza es la contraparte

del alma, la totalidad del bien racial un valor en sí, sin referencia a valores exangües que pasan por alto lo natural, y sin conexión con los adoradores de la materia que solo ven lo que acontece en el tiempo y en el espacio, sin comprender este acontecer como el más grande y último de todos los misterios.

La historia racial es, por tanto, historia natural y mística anímica simultáneamente; la historia de la religión de la sangre es, inversamente, la gran narración mundial del ascenso y la caída de los pueblos, de sus héroes y pensadores, de sus inventores y artistas.

Hoy en día, la visión histórica puede ver más profundamente en el pasado de lo que era imaginable en una época anterior. Los monumentos históricos de todos los pueblos se hallan actualmente extendidos ante nosotros, las excavaciones de los testimonios más antiguos del arte plástico humano permiten comparar entre sí las fuerzas impulsoras de las culturas, los mitos desde Islandia hasta la Polinesia han sido reunidos, los tesoros de los Mayas desenterrados en gran parte. A ello se ha agregado la geología, capacitada para diseñar actualmente los mapas geográficos de decenas de milenios antes de nuestra Era. Exploraciones submarinas alzaron desde las grandes profundidades del Océano Atlántico masas rígidas de lava de las cimas de cadenas de montañas repentinamente hundidas, en cuyos valles se habían originado antaño culturas, antes de que una o muchas catástrofes terribles les sobrevinieran. Los geógrafos nos delinean bloques de tierra firme entre Norteamérica y Europa, cuyos restos conservados vemos aún hoy en Groenlandia e Islandia. Ellos nos demuestran que, por otra parte, las islas del lejano Norte (Nowaja Semlja) presentan viejas líneas de agua que se encuentran más de 100 metros por encima de las actuales: es probable, por consiguiente, que el Polo Norte haya sufrido un desplazamiento, que en el Ártico actual haya reinado un clima mucho más templado. Y todo ello, en conjunto hace aparecer la antiquísima saga sobre la Atlántida bajo una nueva luz. No parece del todo descabellado que en los lugares donde hoy rugen las olas del océano Atlántico y se levantan enormes icebergs, haya emergido antaño un continente floreciente de entre las aguas, sobre el cual una raza creadora engendró una gran y vastísima cultura, enviando a sus hijos como navegantes y guerreros al exterior, a todo el mundo; pero aún si esta hipótesis

de la Atlántida resultara insostenible, deberá ser admitido un centro cultural prehistórico nórdico.

Hace tiempo que tuvimos que renunciar a creer que los mitos, el arte y las formas religiosas se originaron de la misma manera en todos los pueblos. Por el contrario, las pruebas rigurosamente fundamentadas de muchas migraciones legendarias de pueblo a pueblo y su establecimiento entre diferentes grupos de pueblos han demostrado que la mayoría de los mitos básicos tienen un punto de origen muy específico, su lugar de creación, y en su forma externa sólo aparecen comprensibles a través de un entorno muy específico, de modo que incluso para los tiempos más antiguos las grandes migraciones de razas y pueblos son una certeza. De este modo, el mito solar, junto con sus concomitancias, no surgió como «escalón general del desarrollo» automáticamente en todas partes, sino que nació allí donde la aparición del sol debió de ser una experiencia cósmica de la mayor intensidad: en el lejano Norte. Solamente allí pudo ser efectuada la separación nítida de las mitades del año, solamente allí el Sol pudo llegar a ser hasta lo más íntimo del alma la seguridad del contenido primigenio creador, renovador de la vida, del mundo. Y por tal razón la vieja y ridiculizada hipótesis alcanza hoy día probabilidad, que, partiendo de un centro nórdico de la Creación, llamémoslo, sin comprometernos a la admisión de un continente atlántico hundido –la Atlántida– hayan emigrado antaño en forma radiada enjambres de guerreros, constituyendo los primeros testigos de esa ansia nórdica de lejanía que siempre de nuevo se materializa para conquistar, para estructurar. Y estas corrientes de humanos atlántidos se trasladaron por mar en sus barcos en forma de cisne o de dragón hasta dentro del Mediterráneo, hasta África; por tierra a través del Asia Central hasta Kucha[4], y quizás también hasta China; a través de América del Norte hasta el sur de ese continente.

Si Ahura Mazda le dice a Zaratustra: «Una vez solamente al año se ve ponerse y emerger de las estrellas, la luna y el sol; y los habitantes consideran como un día, lo que es un año», ello constituye un lejano recuerdo de la madre patria nórdica del dios de la Luz de los persas, pues únicamente en la zona polar el día y la noche duran cada uno seis meses, la totalidad del año,

[4] Antiguo reino budista, actualmente situado en la región occidental de China.

empero, es únicamente aquí un día y una noche. Del héroe indio Aryuna, el Mahabharata sabe referir que, durante su visita al monte Meru, el sol y la luna corrían diariamente de izquierda a derecha, idea que nunca pudo originarse en el tropical Sud, ya que solamente en el más lejano Norte, la rueda solar gira a lo largo del horizonte. A los Aditías indios también se dirige la solicitud: «No venga sobre nosotros la larga oscuridad», y con referencia al luminoso Agni se lamenta que había permanecido «demasiado tiempo en la larga oscuridad», todo lo cual puede ser retrotraído únicamente a la larga noche hiperbórea.

Al igual que estos antiquísimos recuerdos ario-atlántidos aparecen las parábolas del culto, las vestimentas y los dibujos comprensibles únicamente como de procedencia nórdica. El bote nórdico con el cuello de cisne y la hoja triple lo encontramos en el Egipto predinástico, pero sus remeros fueron el posterior pueblo señorial de los amoritas, reconocidos ya por Sayce como de piel clara y ojos azules. Antaño vagaban por el norte de África como un clan de cazadores muy unido que poco a poco fue sometiendo a todo el país, para luego pasar en parte por Siria a Babilonia. Los beréberes, en parte hasta la actualidad de piel clara y ojos azules, no tienen su origen en las migraciones de los vándalos, sino en la antiquísima oleada humana atlántido-nórdica. Los cazadores cabilios, por ejemplo, son en no pequeña medida aún hoy de procedencia nórdica completamente inobjetable (así los beréberes rubios de la región de Constantina constituyen el 10 por ciento y cerca de Djebel Scheschor son aún más numerosos). La clase gobernante de los antiguos egipcios presenta rasgos pronunciadamente más finos que el pueblo gobernado. Estos «hamitas» constituyen presuntamente ya una mixovariación entre atlántidos y la población primitiva negroide. Alrededor del año 2.400 a. C. aparecen relieves de personas de piel clara, cabellos rubios rojizos y ojos azules, aquellos «libios rubios» de los cuales habla más tarde Pausanias. En los monumentos fúnebres de Tebas hallamos reproducidas las «cuatro razas» de Egipto: asiáticos, negroides, libios, egipcios. Estos últimos son reproducidos de color rojo, los libios en cambio siempre de ojos azules, barbudos y de color blanco la piel. Tipos puramente nórdicos presentan la tumba de Senye de la 18º dinastía, la mujer sobre el pilón de Horemheb en Karnak, las gentes del bote en forma de cisne en el relieve del templo de Medinet-Habu, el Tsakkarai (Teukroi), el fundador de

la navegación marítima «fenicia». Seres humanos de piel clara con cabello rubio oro muestran los tipos en las tumbas de Medinet al-Ghurab[5]. En las más recientes excavaciones en las mastabas junto a la pirámide de Keops (1927) se encontró la «princesa y reina Meres-Aneh» (2633-2564 a. C.) reproducida con cabello rubio. La reina legendaria, envuelta en mitos, Nitocris, es considerada en todas las sagas también como rubia.

Todos estos son monumentos raciales de una tradición nórdica antiquísima del norte de África.

Los amoritas fundaron Jerusalén, ellos formaron la capa nórdica en la posterior Galilea, esto es, en la «Comarca de los Paganos», de la que debía surgir alguna vez Jesús. Ellos hallaron refuerzo luego por los filisteos, que igualmente cruzaron hacia Siria en naves de tipo nórdico, con hacha y trifolio con símbolos en la roda, anteriormente del todo desconocidos en Siria.

Puede que aún quede sin dilucidar dónde se encuentra la cuna de la raza nórdica. Así como los atlantes del sur se dispersaron hacia África y el sur de Asia, así se supone que los atlantes del norte llevaron al Dios solar desde Europa hasta el Norte de Asia, hasta los sumerios, ¡cuyo año calendario antaño había comenzado con el día del solsticio de invierno! Muy recientes investigaciones en Islandia y Escocia declaran como posible una inmigración en la época neolítica; también el antiguo ideal de belleza irlandés era la piel blanca como la leche y cabellos rubios, pero que más tarde se esfumó por el avance de una raza oscura, de cabeza redonda. Si bien mucho puede ser dudoso, si bien recién la investigación del futuro podrá dilucidar si los más antiguos signos de cultos, los primeros dibujos en rocas de la edad de piedra, han sido también la base de la escritura linear egipcia predinástica, si a este simbolismo «atlántido» se remiten también otras escrituras de la tierra como, a su base primigenia, el resultado de esta investigación no puede, empero, modificar nada del único gran hecho de que el «sentido de la historia mundial» irradiando desde el Norte, se ha extendido sobre toda la Tierra, portado por una raza rubia, de ojos azules, que en sucesivas grandes oleadas determinó el rostro espiritual del mundo, lo determinó aún allí donde tuvo

[5] Comp. al respecto Herman Wirth: *Der Aufgung der Menschheit* (La Eclosión de la Humanidad), Jena 1928; también E. Dacqué: *Erdzeitalter* (Edades de la Tierra), Múnich, 1930. Wirth ha estimulado fuertemente la investigación de la prehistoria, si sus concepciones serán confirmadas, eso lo dirá recién el futuro.

que sucumbir. Estos períodos de migraciones los denominamos: la marcha envuelta en sagas de los atlantes a través de Nordáfrica; la marcha de los arios hacia Persia-India, seguida por dorios, macedonios, latinos; la marcha de la migración de los pueblos germánicos; la colonización del mundo por el Occidente de cuño germánico.

LAS MIGRACIONES ARIAS A LA INDIA

Cuando la primera gran oleada de sangre nórdica peregrinó por encima de las altas cadenas de montañas de la India, ya había pasado por muchas razas enemigas y exóticas. De un modo casi inconsciente los «indios» se apartaron de lo extraño, de lo oscuro que se mostró ante sus ojos. El régimen de castas fue la consecuencia de la sabia defensa natural: Varna quiere decir casta, pero Varna también quiere decir color. Los arios claros partieron, pues, conscientemente, de la imagen aparente (fenotipo) asible y crearon un abismo entre ellos como conquistadores y las figuras pardo-negruzcas del Indostán. Después de esta segregación entre sangre y sangre, los arios desarrollaron una imagen del mundo que aún hoy no puede ser superada en profundidad y amplitud por ninguna filosofía, aunque sea tras largos conflictos con las ideas constantemente intrusas de los nativos de razas inferiores. El período, p. ej., que se intercala entre los cantos heroicos de los Vedas y de las Upanishads equivale en su significado a una expansión y simultáneamente a una lucha contra la brujería y el bajo extatismo. La práctica de los sacrificios para conjura de espíritus y dioses comienza a corroer. El sacerdote que balancea la cuchara de sacrificio y apila los troncos de sacrificio también sucumbe a estas ideas de brujería. Cada manejo y cada movimiento recibe un «sentido» misterioso. Como Deussen lo constata, entre la era mitológica y la filosófica se intercala una era ritual; la plegaria, originariamente sólo una fuerte elevación del alma (para el brahmán genuino), se transforma en un acto mágico de brujería para obligar a los dioses o a los demonios. En medio de este proceso de empantanamiento apareció luminosa la doctrina del Atman. No se trata de un «acto de evolución psicológica», que sería completamente imposible de interpretar (Deussen tampoco ensaya explicación), sino que aparece como un re-despertar del espíritu ario frente a las concepciones supersticioso-mágicas de

los no-arios subyugados. Esta interpretación se hace propiamente certeza al comprobarse que la gran doctrina del valor propio del Yo anímico, sin magia ni demonismo alguno, que se difunde partiendo de las cortes reales, tuvo su punto de partida en la casta de los guerreros, a pesar de que los brahmanes son más tarde los maestros del nuevo pensamiento de la igualdad de la esencia del alma del mundo y del alma individual, no han podido, pese a ello, silenciar la verdadera procedencia de la nueva doctrina, y así sucede que el rey Áyata Shatru adoctrina al brahmán Gârgya Bâlâki acerca del Atman, el dios de la guerra Sanatkumâra al brahmán Nârada, el rey Pravâhana Jaivali al brahmán Aruni. Gracias a esta toma de conciencia aristocrática desaparece cada vez más la práctica mágica no-aria de los sacrificios, para volver a cubrir de nuevo recién más tarde a la India al producirse también la decadencia racial de los Chatrias.

Como señor nato, el indio siente expandirse su propia alma en el hálito vital que llena a todo el universo, e inversamente percibe el aliento del mundo actuar en su pecho como su propio Yo. La naturaleza foránea, rica, que casi todo lo regalaba, no pudo apartarlo suficientemente de esta hondura metafísica. La vida activa, que por los viejos maestros de los Upanishads siempre aún fue exigida como premisa insoslayable también de los pensadores apartados del mundo, empalidecía cada vez más ante el peregrino hacia el universo del alma, y este camino desde el colorido hacia la luz blanca del conocimiento condujo al intento más grandioso de superar la naturaleza a través de la razón. No hay duda de que muchos indios, como personalidades individuales y aristócratas, lograron esta superación del mundo en este mundo. Pero al ser humano posterior le quedó solamente la doctrina, no ya su precondición racial viva. Pronto ya no se comprendió en absoluto el sentido colorido, pleno de sangre, de la Varna, lo que hoy como clasificación ocupacional técnica representa la más horrible burla del más sabio pensamiento de la historia mundial. El indio de las postrimerías no conoció la Sangre, el Yo y el Universo, sino únicamente las dos últimas realidades. Y sucumbió en el intento de considerar solo al Yo aislado. Por una profanación racial, cuyos productos imploran hoy como miserables bastardos en las aguas del Ganges un saneamiento de su existencia lisiada.

El monista indio, después de haber «superado» la polaridad de ideas Yo-Universo en favor de una de las partes mediante una decisión de la razón, se

esforzó por destruir también los polos opuestos que conducían a ellos en ambos lados, a violar la libertad por la naturaleza, la naturaleza por la libertad. Por eso, asimismo estaba inclinado a considerar la raza y la personalidad como absorbidas en el supremo concepto y, por lo tanto, como no existentes realmente. De ahí que el monista espiritualista indio postrero vea a la naturaleza, en cierto modo, como algo irreal, como un sueño nefasto. Lo único real para él es el alma del mundo (el Brahman) en su eterno retorno a el alma individual (en el Atman). Con el apartamiento de la naturaleza en general, también la representación anteriormente clara y el concepto de raza se toman cada vez más vacilantes; por ende, el conocimiento dogmático-filosófico afloja el instinto en la raíz. Si el alma del mundo es lo único existente y si el Atman se identifica con ella en su esencia, entonces se esfuma simultáneamente la idea de la personalidad. Lo incorpóreo Todo-Uno ha sido alcanzado.

Con esto la India dejó de ser creadora. Se fusiona la sangre oscura, extraña, de los sudras, considerados ahora como portadores iguales del Atman, penetra, destruye el concepto originario de la casta como raza y la bastardización comienza. Los cultos de serpientes y del falo de los aborígenes comienzan a proliferar, las expresiones simbólicas del Shiva de cien brazos son materializadas plásticamente; cual plantas trepadoras de la selva virgen se origina un espantoso arte bastardo. Únicamente en las cortes de los reyes florece aun tardíamente el viejo canto heroico, resuena la lírica de un Kalidasa y otros grandes poetas, por lo general desconocidos. Un Shankara intenta una reestructuración de la filosofía india. Es en vano. Debido a una inspiración demasiado vasta, las arterias del cuerpo racial han sido reventadas, la sangre ario-india fluye, se rezuma y abona sólo aún en algunas partes el oscuro terreno de la vieja India que la absorbe, deja tras sí para la vida únicamente un régimen de disciplina filosófica-técnica, que en su posterior distorsión demencial domina la vida hindú de hoy.

No afirmaremos intolerantemente que el indio ha abandonado primero su raza, luego su personalidad o inversamente, sino más bien existe aquí un proceso metafísico que, en el ansia ardorosa de superar en forma total el fenómeno de la dualidad, también abolió simultáneamente los escalones inferiores, recíprocamente condicionados, de la última polaridad.

Observando desde afuera, en la India la cognición filosófica de la gran igualdad Atman-Brahman procedió al decaimiento de la raza. En otros países éste no resulta con posterioridad a la implantación de una idea filosófica sino es la consecuencia de una mezcla continuada puramente física entre dos o muchas razas opuestas, cuyas cualidades no se acrecientan o complementan en medio de este proceso, sino que se aniquilan mutuamente.

LA PERSIA ARIA

El Irán experimenta a partir del siglo 6 a. C. la expansión de los persas arios. Bajo Arsames les nace un maestro religioso conductor, una de las más grandes personalidades de la historia indo-europea: Spitama (Zaratustra). Preocupado por el destino de la minoría aria, surge también en él una idea que recién hoy vuelve a despertar a la vida en el Occidente nórdico: la idea de la protección de la raza, la exigencia del matrimonio dentro del linaje. Pero como la dominante capa superior aria vivía dispersa, Zaratustra tuvo como objetivo, más allá de estas exigencias, una comunidad de igual modo de pensar ligada por su concepción del mundo: Ahura Mazda, el eterno Dios de la luz, crece hasta constituir una idea cósmica, el protector divino de la arianidad. Él no tiene casa (como el Levante lo exigía para sus dioses y Roma lo continuó) él es la «santa sabiduría» por antonomasia, la perfección y la inmortalidad misma. A él se le opone como enemigo el oscuro Angra Mainyu y lucha con él por el dominio del mundo. Aquí aparece ahora un pensamiento genuinamente nórdico-ario de Zaratustra: en esta lucha el ser humano debe combatir del lado de Ahura Mazda exactamente como los Einherjer por Odín en el Valhalla contra el lobo Fenris y la Jörmundgander (Serpiente de Midgard). Por consiguiente, él no debe perderse en contemplación apartada del mundo y el ascetismo, sino sentirse como portador combativo de una idea conservadora del mundo, a fin de despertar y acerar todas las fuerzas creativas del alma humana. Por lo tanto, el hombre se encuentra siempre al servicio de lo Supremo, tanto si es un pensador como si lleva la fertilidad a un desierto. Sirve, donde esté y camine, a un principio creador; cuando siembra y cosecha, cuando se acredita como leal y cada apretón de manos significa una palabra inquebrantable. Así como el

Vendidad[6] expresa todo esto en forma grande y sublime: «Quien siembra trigo, siembra santidad».

Pero en todo el derredor del hombre que lucha acecha el mal y la tentación. Para poder enfrentarse a ello con éxito, Zaratustra se remite a la sangre aria: ésta obliga a todo persa a servir al Dios de la luz. Después de la muerte se separa lo bueno y lo malo para la eternidad. En una lucha formidable vence luego Ahura Mazda al Angra Mainyu y erige su imperio de la paz.

De esta magna obra poética religiosa los persas extraían antaño su fuerza. Pero cuando a pesar de esta tentativa heroica la dilución de la sangre aria en la asiática no pudo ser evitada y el gran imperio de los persas se fue desvaneciendo, el espíritu de Zaratustra y su mito siguió sin embargo actuando por todo el mundo. El judaísmo creó a partir de Angra Mainyu su Satanás, desarrollaron todo su sistema artificial de mezcla racial a partir de la conservación racial natural de los persas, unido a una ley religiosa obligatoria (aunque puramente judía); la Iglesia cristiana se apropió la idea persa del Salvador, del Príncipe de la Paz Mundial, Saosyant[7], aun cuando desfigurada por la idea judía del Mesías. Y hoy despierta en el corazón y en el Norte de Europa con fuerza mítica la misma alma racial, que antaño estaba viva en Zaratustra, con un grado de conciencia más elevado. Mentalidad ética nórdica y cría racial nórdica, así reza también hoy la consigna frente al Levante sirio[8], que bajo la figura del judaísmo y bajo muchas formas del universalismo a-racial, se ha anidado en Europa.

La cultura persa se transformó en un vástago injertado en el tronco de la capa inferior semítico-oriental. Fue corrompida cada vez más a medida que la economía y el dinero de las razas de negociantes crecían en influencia material y sus representantes finalmente ascendieron a puestos de poder y altas dignidades. De esta manera, el matrimonio dentro del linaje fue disuelto y la «compensación» de las razas se realizó bajo la forma necesaria de la bastardización...

---

[6] Colección de textos zoroastrianos.

[7] Figura zoroástrica que trae la renovación y salvación final del mundo.

[8] El calificativo de sirio utilizado por Rosenberg se explica en razón de que el hebreo –como indica Chamberlain– es un bastardo entre el semita y el sirio primitivo, el cual personificó cabalmente el orientalismo.

Antaño un rey persa hizo esculpir en la pared rocosa de Behistún las siguientes palabras: «Yo, Darío, el Gran Rey, el Rey de los Reyes, de estirpe aria...». Hoy el arriero de mulas persa pasa desaprensivamente junto a esta pared: un signo entre miles de que la personalidad nace conjuntamente con una raza y muere conjuntamente con ella.

2.

LUCHA RACIAL EN LA HÉLADE

El sueño de la humanidad nórdica se soñó más bellamente en la Hélade. Oleada tras oleada llegaron desde el valle del Danubio y se superpusieron a la población anterior de inmigrantes arios y no arios, aportando nuevos poderes creativos. Ya la cultura micénica antigua de los Aqueos [1700-1050 a. C.] está determinada predominantemente por la raza nórdica. Tribus dóricas posteriores asaltaron de nuevo las fortalezas de los aborígenes de raza extraña, esclavizaron a las razas subyugadas y quebraron el dominio del legendario rey fenicio-semítico Minos, quien hasta entonces con su flota de piratas comandaba el territorio que más tarde se llamó Grecia. Como rudos señores y guerreros, las tribus helénicas terminaron con la degenerada forma de vida mercantilista del Cercano Oriente y, con los brazos de los subyugados, un espíritu creador sin igual creó leyendas en piedra y se procuró por la fuerza ocio para componer y cantar eternos relatos heroicos. Una constitución genuinamente aristocrática impidió la mezcla de sangre. Las fuerzas nórdicas que disminuían por combates, eran reforzadas por nuevas inmigraciones. Los dorios, luego los macedonios, protegían la sangre rubia creadora. Hasta que estas tribus también se agotaron y las fuerzas mucho más numerosas del Cercano Oriente se infiltraron por miles de canales, envenenaron la Hélade y en lugar del griego engendró el posterior levantino enclenque, que con los griegos sólo tiene el nombre en común. Para siempre el heleno abandonó la Tierra, ya únicamente inanimadas imágenes de piedra, solamente algunos pocos dan testimonio aún de aquella espléndida alma racial que una vez creó a Palas Atenea y Apolo. En ninguna

parte el rechazo desprejuiciado nórdico de todo lo mágico se muestra con más claridad y grandeza que en los valores religiosos de Grecia, todavía muy poco tenidos en cuenta. Y cuando los investigadores se ocuparon del aspecto religioso de los helenos, entonces recién consideraron dignos de estudio minucioso aquellos tiempos en que el ser humano griego ya estaba disociado, en desarmonía consigo mismo, y vacilaba entre valores de la propia especie y la actitud mental foránea. En cambio, precisamente aquella majestad confiada en el destino de la época homérica, antecesora de esta problemática, es una era de la más auténtica religiosidad, por la cual el siglo 19 de la decadencia interna, ciertamente ya no fue capaz de ofrecer una verdadera comprensión, porque aquella Era dorada y plateada no se escindía en «problemas». Y las figuras luminosas de Apolo, de la Palas Atenea, del Padre Celestial Zeus son signos de una gran y genuina devoción. El de cabellos de oro (Chrysokomos, Apolo) es el guardián y protector de todo lo noble y alegre, preservador del orden, maestro de la armonía de las fuerzas anímicas, de la mesura artística. Apolo es la luz ascendente de la aurora, al mismo tiempo el protector de la visión interior y el mediador del don profético. Él es el dios del canto y de la danza de movimiento rítmico, pero no extática. Al dios le está consagrado el cisne proveniente del Norte, un símbolo luminoso, majestuoso; y a la manera del sur, le está consagrada la palmera. En el templo délfico estaban grabadas las palabras: «Nada en demasía», «Conócete a ti mismo», dos confesiones homéricas-apolíneas.

Al lado de Apolo está Palas Atenea, el símbolo del rayo vivificador, que nace de la cabeza de Zeus, la hija de ojos azules del Tronador, la virgen prudente y sabia, guardiana del pueblo helénico y fiel protectora de su lucha.

Estas creaciones espirituales griegas altamente piadosas muestran la vida interior recta, aún pura, del hombre nórdico; son, en el sentido más elevado, confesiones religiosas y expresión de una confianza en el propio modo de ser, y en las divinidades concebidas en forma genialmente ingenuas y amigables con el hombre. «Homero no muestra ni polémica ni dogmática», dice Erwin Rohde[9] y caracteriza con esta sola frase la esencia de todo sentimiento religioso genuinamente ario. Además, dice este profundo conocedor de la naturaleza helénica: «Homero tiene para los presentimientos

[9] *Psyche.*

y hasta para lo extático poco interés y absolutamente ninguna inclinación propia». Esta es la más misteriosa rectitud de la mejor raza, que resuena en cada verso de la Ilíada y resuena en todos los templos de la Hélade. Pero, bajo esta creación vivieron y actuaron valores pelásgicos, fenicios, alpinos, más tarde sirios, en cada caso según la fuerza de estas razas, sus dioses se impusieron. Si los dioses griegos eran héroes de la luz y del cielo, entonces los dioses de los no-arios proximorientales mostraban todos rasgos terrenales. Deméter, Hermes y otros son creaciones esenciales de estas almas raciales. Si la Palas Atenea es una protectora guerrera de la lucha por la vida, el Ares pelásgico, el monstruo chorreando sangre; si Apolo el dios de la lira y del canto, Dionisio (al menos su lado no-ario) el dios del éxtasis, de la voluptuosidad y del menadismo[10] desenfrenado.

Por la interpretación del helenismo hemos luchado ahora conscientemente durante doscientos años. Desde Winckelmann, pasando por el clasicismo alemán hasta Preller y Voss, se desarrolla la adoración de lo luminoso, de lo abierto al mundo, de lo real, pero descendiendo cada vez más esta línea de investigación, haciéndose más y más plana su curva. Los pensadores y los artistas llegaron a ser pronto seres individuales desligados de la sangre y del suelo. Desde el Yo solamente, desde la «psicología» se trató de «explicar» o criticar la tragedia ática; Homero fue comprendido únicamente en sentido estético-formal, y el racionalismo heleno tardío tuvo que dar su bendición a una literatura del día de gruesos tomos, profesoral, exangüe. La otra tendencia —romántica— se sumergió en las corrientes subterráneas anímicas que se manifiestan hacia el final de la Ilíada en las ceremonias fúnebres o en Esquilo a través de la acción de las Erinias, penetra en las almas de los contra-dioses ctónicos del Zeus olímpico, venera, partiendo de la Muerte y sus enigmas, los dioses maternos con Deméter a la cabeza y, finalmente, se desfoga en el dios de los muertos, en Dionisio. Aquí es señalada especialmente por Welcker, Rohde y Nietzsche aquella «madre tierra», como generadora, ella misma desprovista de forma, de la vida que muere y que en su regazo vuelve a confluir. Con estremecimientos de veneración el gran romanticismo alemán se percata por el sentimiento, cómo velos cada vez más obscuros son corridos delante de los luminosos dioses

[10] Comportamiento frenético de mujeres.

del cielo, y se hunde profundamente en lo impulsivo, sin forma, demoníaco, sexual, extático, ctónico, en la veneración de la madre. Pero designado todo esto todavía siempre como griego.

Aquí se separa una contemplación de otra. A pesar del hecho de que las tribus griegas absorbieron seres física y espiritualmente ajenos, lo que interesa al verdadero buscador no es tanto esta aleación, a menudo meramente artificial, sino principalmente el contenido y la forma de ese material que sin duda era dominante. Si, p. ej., Jakob Burckhardt expresa: «Lo que ellos (los griegos) hicieron y sufrieron, lo hicieron y sufrieron libremente y en forma distinta que todos los pueblos anteriores. Ellos aparecen como originales, espontáneos y conscientes allí donde en todos los demás impera una necesidad más o menos sorda»[11], entonces ilumina con luz espiritual en lo más profundo del griego. Habla también más tarde de los helenos como arios, nombra otros pueblos y tribus, pero nunca se da cuenta de que él mismo descubrió una naturaleza racial-espiritual. Él describe a los «griegos» del siglo 5 o 4 a. C. «como un todo» pero la lucha dramática de las razas, las almas y los dioses se pierde en una confusión de todas las particularidades; en último término, a pesar de miles de hechos, indicaciones y sospechas, la personalidad griega queda borrada. Esta libertad interior del heleno antiguo, empero, estaba realmente en lucha contra el Oriente Próximo sofocante, y este gran drama de todo un pueblo es lo que quizás provocó los mayores logros, pero también ha hecho más infelices a los helenos «de lo que la mayoría de la gente cree». Y si luego este sospechado antagonismo en la historia de la Hélade más tarde fue interpretado también por otros, tampoco aquí se avanzó hasta el núcleo.

Görres fue el primero que (como lo demuestra Baeumler) retrotrajo conscientemente una polaridad histórica mundial a la tensión entre lo masculino y lo femenino, pero Bachofen, fue el gran perfeccionador y realizador de este pensamiento, que hoy, en la época de la desintegración de todas las formas y figuras, celebra su resurrección.

La Madre, la Noche, la Tierra y la Muerte, estos son los elementos que se manifiestan a la investigación romántico-intuitiva como lo subyacente de una vida presuntamente «griega antigua». Desde la Etruria pasando por

---

[11] *Griechische Kulturgeschichte* (Historia de la Cultura Griega), t. I, p. 11.

Creta hasta bien adentro del Asia Menor impera bajo muchas formas el matriarcado –aún dentro de la tiranía masculina– en las costumbres y el derecho. Como sus consecuencias se desarrollan, de acuerdo con relatos míticos, el amazonismo y el hetairismo, pero también el culto poético a los muertos y los misterios ligados al espíritu de la Tierra. Las madres aparecen, cada una individualmente, como las representantes de la misteriosamente grande y única Madre Tierra, ellas son consideradas como sagradas e invulnerables, y en caso de asesinato, aunque sea de una sola madre, esta Tierra misma se alza bajo forma de las Erinias sedientas de sangre; éstas no descansan hasta que la sangre del asesino haya corrido y haya sido absorbida como expiación por la Tierra. No se indaga por el delito o la razón de esa madre, el valor en sí está representado por cada una y exige su absoluta invulnerabilidad. De la madre la hija hereda el bien que ha de asegurar su independencia, su nombre, el derecho terreno, y así aparece la mujer como la encarnación de la inmortalidad de la materia, más exactamente, como alegoría de la indestructibilidad de la materia en sí carente de forma. Así pensaron los licios, los cretenses, (que son los únicos que emplearon la palabra madre patria), así pensaron las islas «griegas», es más, así pensó inicialmente Atenas misma hasta que el Teseo nórdico venció a las Amazonas ante sus puertas y ya no fue una Madre la diosa protectora de la ciudad, sino la Virgen carente de madre y de hijos Palas Atenea, como hija de Zeus Celestial.

En el suelo de Grecia fue librada la primera gran batalla decisiva de la historia mundial entre los valores raciales, en favor del ser nórdico. Desde el día, desde la vida, se acercó ahora el hombre a la vida, a partir de las leyes de la luz y del cielo, del espíritu y de la voluntad del padre se originó todo lo que llamamos cultura griega, como la mayor herencia de la antigüedad para nuestro ser. Pero no por eso es como si el matriarcado con todas sus consecuencias no estuviera «condicionado por ningún parentesco nacional», que el nuevo sistema luminoso fuera únicamente un «grado de evolución posterior», en lo que la mujer y su dominio representaban «lo originariamente existente» (Bachofen). Este único gran malentendido, junto a lo mucho visto con exactitud, oscurece todas las otras concepciones por más hondas que sean y trae consigo el desconocimiento de todo el desarrollo anímico de la antigüedad helénica y romana. Mas con ello también de lo

más íntimo de todas las luchas anímicas y de todas las contiendas espirituales de la posterior cultura germánica-occidental. Pues cualesquiera hayan sido las concepciones y los valores romanos tardíos, cristianos, egipcios o judíos que puedan haber penetrado en el alma del hombre germánico, e incluso hayan destruido a éste en algunos lugares: si es que la historia ha de ser una interpretación del carácter, una representación de un ser en la lucha por la plasmación de su más propio Yo, entonces deberemos separar los valores germánicos de todos los demás, si es que no queremos envilecernos a nosotros mismos. Pero lo humillante es que, como consecuencia por un lado de una posición solamente pan-cristiana, luego de una humanística ulterior, este cometido de la historia fue llevado cada vez más al fondo, el dogma de una presunta «evolución general de la humanidad», empero, al primer plano. Una idea abstracta comenzó, envuelta en distintos ropajes, a desarraigar la vida; la reacción en el romanticismo alemán fue, por consiguiente, beneficiosa como una lluvia después de una larga sequía. Pero precisamente en nuestra época de las internacionales de masas en todos los terrenos, es necesario profundizar este romanticismo ligado a la especie hasta su núcleo racial, y liberarlo de ciertos arrobamientos nerviosos que aún le están adheridos. Los pueblos germánicos, los alemanes, no se «desarrollaron» sobre la base de un objetivo nebuloso inventado por sacerdotes o eruditos, sino que se afirmaron, se descompusieron o fueron subyugados. Ahora bien: con este conocimiento se desplaza el panorama de la totalidad de la historia de las razas, pueblos y culturas de la Tierra. Tampoco los pueblos pre-griegos alrededor del Mar Egeo se «desarrollaron» antaño desde la creencia en los dioses ctónicos al culto solar-celestial de Zeus-Apolo, sino que fueron ocultados en largas luchas, en parte sometidos políticamente, en parte también asimilados espiritualmente, pero siempre de nuevo esperaron momentos de debilidad de los griegos nórdicos para hacer valer nuevamente sus viejos derechos y con ello sus viejos dioses. Ni influencias climáticas ni geográficas ni de otra índole del medio ambiente pueden ser tomadas aquí en consideración como últimas interpretaciones; pues el sol de Homero brilló también anteriormente para los adoradores de Isis y de Afrodita. Y también iluminó con posterioridad el mismo pedazo de tierra cuando Grecia se extinguió.

Las tribus nórdicas de los helenos, por su parte, no reconocieron el dominio de la mujer como la «primera etapa de desarrollo» antes de su entrada en su tierra natal posterior, sino que siguieron el mandato del Padre desde el primer día de su existencia. Pues de otro modo no sería comprensible por qué los dioses griegos no trabaron íntima amistad con los dioses pelasgos-cretenses-etruscos-libios-egipcios, reconociéndose a sí mismos en ellos, así como más tarde volvieron a encontrar en figuras de dioses indios su Helios o Heracles. Todo lo contrario, los mitos griegos están llenos de combates y victoria. Los helenos quiebran en Lemnos el sangriento dominio de las amazonas mediante la expedición de Jasón; dejan que Belerofonte haga vacilar este dominio en Licia; muestran en las nupcias de sangre de las Danaides la superación de las potencias oscuras telúricas de la Tierra y el inframundo por Zeus y el gran mediador-salvador Heracles. En oposición a la mitología nórdico-germánica, la griega es también tan ricamente plasmada, tan entrelazada (pero, sin embargo, en todos sus lineamientos –triunfo de la luz sobre la noche– tan uniformemente típica), porque los dioses germánicos habían librado menos combates semejantes contra sistemas de dioses de otras razas. Por esta razón, la Ilíada también es un único gran canto de triunfo de la luz, de la vida sobre la oscuridad y la muerte. Homero era consciente de que no son antitéticas la muerte y la vida, sino que al contrario, se condicionan mutuamente (como Goethe lo reconoció de nuevo). Nacimiento y muerte son los que se enfrentan el uno al otro; pero ambos conforman la vida. El reconocimiento de esta necesidad radicada en una ley interior, significa también el reconocimiento del gobierno de la Moira impersonal: Tetis prevé la muerte de su hijo, pero no reza a Zeus para que lo deje vivir. Consciente de que el cielo personificado en Él también está sujeto a una ley cósmica, simbolizada por la balanza del destino. Las Moiras (véase también las Nornas del mundo germánico de dioses) son femeninas, porque en la mujer impera lo impersonal solamente, y es la portadora de las leyes carente de voluntad, similar a las plantas.

Aquí se revela de nuevo un valor nórdico: Apolo como «aniquilador de los demonios primigenios» (Esquilo), es decir, como aniquilador de la hechicería a-nórdica. Si el licio Glauco dice melancólicamente a Diomedes, cuando éste le pregunta por su linaje, que iguales a las hojas del árbol son los linajes de los humanos, entonces se pone de manifiesto aquí la

concepción carente de figura y de personalidad del pre-helenismo, a pesar del culto solar apolíneo introducido también en Licia. Pero, en la tragedia griega, que nació en una época cuando Grecia había tenido que librar los combates más duros, que conmocionaron su existencia, los helenos son obligados nuevamente a enfrentarse con las viejas potencias ctónicas primigenias. Esto ya no ocurre con el claro y autoritario espíritu de victoria de Homero,

No, al que ha muerto hay que llorarlo un día
y luego enterrarlo con el corazón endurecido,[12]

sino bajo la forma de los combates más encarnizados de dos concepciones del mundo como expresiones de distintas almas raciales.

Erífile traiciona por un collar a su esposo; éste es vengado por su hijo, que mata a la madre. El derecho del pre-helenismo no pregunta por la culpa de la madre, sino que automáticamente se alza la Tierra como tal como vengadora de su sangre derramada, y las Erinias persiguen a Alcmeón hasta la locura; solamente el consejo de Apolo de apoyar su pie en un lugar de la Tierra que en el momento del asesinato de la madre aún estaba invisible, lo salva por de pronto cuando descubre una isla recién emergida... En la forma más grandiosa ha sido concebida la lucha de las almas raciales en la Orestíada, con la más clara conciencia aquí se ha puesto en acción la rivalidad entre las viejas y las nuevas fuerzas, lo que eleva esta obra a una eterna alegoría para todos los tiempos[13]. La vieja ley del Oriente Próximo del matriarcado ctónico, no pregunta por el derecho y el delito de Clitemnestra, sino que envía a sus servidoras furiosas para tomar venganza sangrienta en el matricida. Pero delante de Orestes se colocan los protectores de la nueva alma nórdica y resguardan al vengador del padre asesinado. «Ella no tenía parentesco consanguíneo con el hombre al cual mató», clama la Erinia, «¡Oh!, dioses nuevos, la ley y el derecho antiquísimo vosotros los arrancáis de mi mano». A ella se enfrenta Apolo como personificación de lo nuevo: «No es la madre la engendradora de sus hijos, el que engendra es el

[12] Homero, *Ilíada,* canto XIX, 225.
[13] Muy bellamente expuesto en Baeumler, el re-editor de Bachofen. *Der Mythus von Orient und Okzident* (El Mito de Oriente y Occidente), Múnich, 1926.

padre...». Y Atenea, la hija de Zeus, declara: «Con el corazón rebosante elogio todo lo masculino». Pero magnánimamente Atenea (y Apolo) tiende luego la mano a los poderes vencidos para la reconciliación, y promete a las potencias apaciguadas que residen «profundamente en la noche vacía de sol» la alta estima de los hombres:

«Pero yo, siempre luchando por la gloria,
no descansaré hasta que todo el mundo
tenga mi ciudad victoriosa en el más alto honor»[14].

Así concluye, pues, también Esquilo, igualmente portentoso y consciente de su fuerza como Homero.

La magnanimidad, empero, del Apolo-Luz después de la derrota del mundo de los dioses ctónicos, dio lugar a su vida subterránea, transfigurada por Apolo. Y después de la mezcla de razas entre griegos y aborígenes, más tarde ni el elemento ctónico ni el celestial se destacó en forma pura, sino que ambos se mezclaron en los ritos dionisíacos. Ciertamente, también Dionisio representa el patriarcado, pero él se transforma en el dios de los muertos (al que también clama Antígona), pierde el carácter claro y fuerte del Apolo, se feminiza y embriaga, se hunde finalmente en lo demoníaco, como una ménade, en la noche. Oscuros son los animales consagrados a este dios-demonio, en cavernas nacen los dioses y únicamente durante la noche se les tributa homenaje. Como algo racial y anímicamente extraño —aunque tal vez antiquísimo— todo lo dionisiaco entra en la vida griega, más tarde la más fuerte alegoría de la decadencia nórdica que en lo puramente psíquico va unido a ello. A la luz vacilante de las antorchas, bajo el estruendo de platillos metálicos, acompañados de bombos de mano y sonidos de flautas, los que festejan a Dionisio se reúnen para un torbellino de danzas en círculo. «Por lo general eran las mujeres las que en estas danzas en remolinos daban vueltas hasta el agotamiento: ellas vestían «bassares», vestimentas largas y ondeantes, cosidas de pieles de zorro... Sus cabellos ondeaban salvajemente; serpientes, sagradas para Sabacio[15], sostienen en las manos; enarbolan puñales... así sigue el frenesí hasta la extrema excitación de todos los

[14] *Euménides.*
[15] Dios de carácter mistérico, de origen anatolio o fenicio.

sentimientos, y en delirio sagrado se abalanzan sobre los animales elegidos para el sacrificio, agarran y despedazan la presa capturada y arrancan con los dientes la carne sangrienta que engullen cruda»[16].

Estas costumbres fueron en todo la completa antítesis del griego, ellos representaban aquella «religión del desenfreno» (Frobenius), que imperaba en todo el Este del Mar Mediterráneo, mantenida por las razas africano-proximorientales y sus mezclas. Desde el poseído rey Saúl se extiende una única línea hasta las embriagueces ligadas a la tierra de Dionisio (que de todos modos fue ennoblecido por los griegos) hasta los derviches bailarines del tardío islam.

Símbolo de la cosmovisión «griega» postrera llega a ser el falo. Por consiguiente, no es griego lo que en el arte y en la vida hallamos con referencia a esta imagen, sino lo enemigo de lo griego, lo Cercano Oriental[17].

En todas partes, por ende, actuaron bajo el espléndido helenismo los proximorientales y sus dioses. Así el antiquísimo dios de la Tierra, Poseidón, rechazado por Atenea: «Él habita debajo de su templo en el suelo bajo forma de serpiente; él es la serpiente del castillo de la Acrópolis; que mensualmente es alimentada con un bizcochuelo de miel» (Pauly-Wissowa). También el dragón-pitón pelásgico está sepultado en Delfos bajo el templo de Apolo (cada 8 años era representada nuevamente la matanza de este dragón por Apolo), allí donde también se encontraba el lugar de sepultura de Dionisio. Pero no en todas partes el Teseo nórdico mató a los monstruos del Cercano Oriente; al primer relajamiento de la sangre aria renacieron siempre de nuevo los monstruos foráneos —es decir, el mestizaje con el Cercano Oriente y la robustez física del hombre oriental. Este conocimiento es de tal modo decisivo para la interpretación de la historia mundial y mítica en su totalidad, que ya aquí es indicado investigar la gran contraposición de las almas raciales allí donde la victoria del principio nórdico-apolíneo de la luz (de «Dánao, de rubios rizos» habla Píndaro) fue solamente pasajera, las viejas potencias se alzaron y se originaron muchas formas híbridas. Esta bastardización espiritual naturalmente tuvo lugar con mayor claridad allí donde la clase griega conquistadora era muy escasa y no pudo defenderse en forma

[16] Rohde: *Psyche,* p. 301.

[17] Como el más meritorio estudio al respecto puede recomendarse Dr. K. Kynast: *Apollon und Dionysos,* Múnich, 1927.

suficientemente duradera contra los innumerables portadores del modo de ser ctónico: en el Asia Menor, en algunas islas y en la Cólquida[18]. Las grandes y prolongadas luchas naturalmente son condensadas en la saga y el mito: en la expedición de los Argonautas del Apolíneo Jasón. Los Argonautas navegan, como refiere la saga, con viento norte —un recuerdo manifiesto de la procedencia nórdica de Apolo—, del norte llegan las ofrendas anuales, del norte se espera al héroe de la luz.

En todas partes adonde llegan los jasonitas a modo de vikingos griegos, se ven enfrentados por oscuros dioses ctónicos, por el dominio de las amazonas y la más sensual concepción de la vida. El «amazonismo» es explicado por el hecho de que las bandas vagabundas de guerreros a menudo abandonaban durante largo tiempo sus lugares de descanso o de residencia de modo que las mujeres dejadas atrás debieron organizar su vida sin ellos, probablemente también armarse contra los ataques. La mayoría de las veces finalmente, los hombres —si es que en realidad volvían—, regresaban con mujeres foráneas, lo que frecuentemente traía como consecuencia una irrupción repentina de asesinato de los hombres; esta acción referida, p. ej., de las mujeres de Lemnos, resonó por toda Grecia como el crimen más espantoso y como tal fue contado siempre de nuevo con horror. Estas bandas de mujeres vueltas furiosas por abstinencia sexual cayeron entonces en ocasión del primer sometimiento en un hetairismo desenfrenado, una forma de vida que siempre apareció donde el principio apolíneo no mantuvo su dominio, a pesar de que éste al comienzo, en el momento de su victoria, fue en realidad celebrado interiormente, dado que sentaba los primeros fundamentos reales de una continuidad de las costumbres, contra las que más tarde se sublevaron nuevamente los viejos impulsos.

Así Jasón fue recibido por la lemnia Hipsípila, así se unió con la Medea, e instauró, en contra del amazonismo y del hetairismo, el matrimonio. Mediante la instauración del matrimonio dentro del principio nórdico-apolíneo, la mujer, la madre, adquiere una nueva y honorable posición; el lado noble, fecundo, del culto de Deméter se destaca (compárese la transformación de Isis en la madre de Dios del hombre germánico); pero todo lo cual desaparece allí donde Apolo, o sea, el griego, no logra

[18] Antiguo reino y después región de la actual Georgia.

mantenerse como soberano. Este aspecto de la lucha queda de manifiesto por el relato acerca del mismo Jasón, el que, en el Corinto muy influenciado por elementos fenicios, se vuelve infiel al matrimonio; igualmente acerca del enemigo de las mujeres, Heracles, que vence a todas las amazonas, atraviesa en todas direcciones el África del Norte entera hasta el Atlántico, y, sin embargo, cae de rodillas en Lidia ante Ónfale.

Así los apolíneos tampoco pueden mantenerse en el Este, y el compromiso se denomina: «religión» dionisíaca. Por esta razón el claro Jasón recibe una piel de leopardo sobre los hombros para caracterizar el debilitamiento dionisiaco de lo apolíneo. La masculinidad de naturaleza luminosa se une al extatismo hetáirico, surgido de la tierra. La ley de Dionisio de la satisfacción sexual sin fin, significa la mezcla desenfrenada de razas entre los helenos y el Cercano Oriente de todas las tribus y variedades. Las amazonas, antaño enemigas de los hombres aparecen como ménades ávidas de hombres, el principio apolíneo del matrimonio es quebrado nuevamente, y como la naturaleza del Sabacio está dirigida enteramente a la mujer, también el sexo masculino va al encuentro de su descomposición, en tal forma que los hombres participan de las fiestas de Dionisio únicamente con vestimenta femenina. Partiendo de esta mezcla de razas del Oriente Próximo, el bastardismo de Dionisio se extiende de nuevo hacia Occidente y domina todo el Mediterráneo. En Roma las bacanales se difunden significativamente, en especial en los círculos hampescos. En el 186 d. C. el Senado, después de una larga tolerancia del culto presuntamente religioso, se vio obligado a perseguir severamente las reuniones báquicas. Alrededor de 7.000 falsificadores de testimonios, defraudadores y conspiradores fueron deportados o ejecutados. Únicamente en la Hélade misma se mantiene aún el claro principio apolíneo que pone orden en el caos.

De este modo, pues, Dionisio ostenta en representaciones griegas una figura helénica, pero afeminada, y vive en un entorno de sátiros del Cercano Oriente, que luego aparecen en los monumentos fúnebres como estridentes figuras grotescas de un derrumbe mundial. Acertadamente dice Bachofen que Apolo, que aparentemente penetró como vencedor en Asia, volvió como Dionisio; pero lo que él y todos los demás pensadores —a pesar de diversas tentativas intelectuales— han pasado por alto es el hecho que Zeus-Apolo representaba el lado espiritual-volitivo de la sangre nórdica-griega, al igual

que la forma hetáirica de vida representa una manifestación de los grupos raciales no-nórdicos proximorientales y norteafricanos. La mezcla de los mitos y valores entrañó simultáneamente la bastardización de la sangre y las muchas sagas del pueblo griego son la expresión figurativa de esta lucha de los distintos espíritus condicionados por la sangre.

En la forma más consciente fue luego destacado este submundo proximoriental-africano por una figura indiscutiblemente histórica: por Pitágoras. De acuerdo con la saga había viajado por Babilonia y la India; él mismo es designado como pelasgo y ejerció su sabiduría de misterios especialmente en Asia Menor, donde todas las «mujeres místicas» se le unieron embelesadas. En Grecia misma no pudo hacer pie y grandes griegos como Aristóteles y Heráclito hasta se expresaron despectivamente acerca de él porque evidentemente no habían encontrado gusto en su cabalística de números. Aristóteles dice que la gloria de Pitágoras se basa en la sustracción de propiedad intelectual ajena lo que es también la opinión de Heráclito, dado que expone que Pitágoras había inventado, tomando de muchos escritos, «un falso arte y una polimatía»[19]. «Pero la polimatía, agrega el sabio helénico, no instruye el espíritu»[20]. Así, pues, Pitágoras viajó al Occidente, al sur de Italia, edificó allí (un Rudolf Steiner más Annie Besant de la antigüedad) sus escuelas de misterios con sacerdotisas femeninas, y fue considerado en toda la periferia africana, desde donde la doctrina de «misterios» sexual-colectivista del egipcio Carpocrates le salió al encuentro

---

[19] Aristóteles fue levemente crítico con el pitagorismo, califica de «imposible» la idea de Pitágoras de que todas las cosas están hechas de números (Metafísica 1083b 10), y critica al pitagorismo por sacar conclusiones sobre la naturaleza a partir de principios insensibles (Met. 989b 30). Heráclito fue más punzante, refiriéndose al «arte fraudulento» de Pitágoras (fr. 129) y llamándolo «el jefe original de los estafadores» (fr. 81).

[20] Y aun cuando Pitágoras no hubiera sido un proximoriental pleno, fue, por cierto, esencialmente un mestizo interesante de distintos valores. Sus alocuciones comenzaban con la afirmación que no toleraría concepciones opuestas a las suyas (véase la similitud con el Pablo fanáticamente intolerante), y por consiguiente es del todo significativo que le asigna a Homero los más terribles castigos en los infiernos. Esto se realizó bajo el pretexto de que Homero no habría respetado suficientemente a la divinidad, pero en realidad porque el plasmador espiritual del helenismo fue demasiado genuino y grande, y por consiguiente fue sentido como un reproche viviente. En toda época ha habido casos semejantes (véase Heine-Börne contra Goethe).

apoyándolo, como el más sabio de los sabios. La igualdad de todos es proclamada una vez más por el telurismo democrático, la comunidad de los bienes y de las mujeres sentada como meta, a pesar de que todo esto había sido una vez el punto de partida del pensar mediterráneo no-nórdico, cuando Apolo se trabó en lucha con esta forma de vida que le era antagónica. No puede recalcarse suficientemente en este lugar que expresiones tales como «que el fin de la evolución humana volverá a traer las condiciones bestiales más primitivas»[21] representa un engaño grotesco, tanto más cuanto que la inteligencia de que el círculo cultural pitagórico conduce nuevamente «a los pueblos pre-helénicos y sus culturas», a veces surge como un relámpago, para volver a ser oscurecida sin esperanza por tesis tales como que el helenismo se ha «liberado» de la naturaleza ctónica (como si alguna vez hubiera estado dentro de ella).

La totalidad de la estructuración dramática de la vida del helenismo tiene lugar por consiguiente en dos planos: en uno, la evolución de la esencia transcurre en forma completamente orgánica: partiendo del simbolismo natural, coronado por los dioses de la luz y del cielo, culminando en el padre de los dioses Zeus, desde este nivel mítico-artístico hasta la confesión dramático-artística de estas sabidurías espirituales, hasta la doctrina de las ideas de Platón, es decir, a la concepción filosófica de lo ya creado míticamente. Toda esta evolución se encuentra en constante lucha con otros sistemas míticos y luego también racionales ligados a otra sangre, que en parte son infundidos ennoblecidos al helenismo, pero que en el resultado final se levantan en todos los lados de los pantanos del Nilo, de las aguas del Asia Menor, de los desiertos de Libia y junto con la figura nórdica del griego corrompen, falsean, destruyen también su ser interior.

Esto último, sin embargo, no significa una evolución o una descarga respectivamente de tensiones naturales dentro de un todo orgánico, sino la lucha dramática de almas raciales enemigas, cuyos espectadores conmovidos somos nosotros aún hoy si seguimos de cerca la victoria y el hundimiento del helenismo con la mente alerta; de qué lado estamos, eso nos lo dice la sangre; únicamente eruditos exangües pueden exigir aquí «igualdad de derechos de dos grandes principios».

---

[21] Bachofen, *Mutterrech* (Matriarcado).

Con eterna tristeza observamos que, como fenómeno concomitante de la decadencia anímico-racial, el griego de Homero, que antaño subió a la escena de la historia mundial con las orgullosas palabras del poeta:

Ser siempre el primero y adelantarse a los demás.

Se desgasta en la lucha contra lo extraño, contra la propia corrupción: cómo el gran Teognis se lamenta de que el dinero mezcla la sangre de los nobles con los innobles, y que de este modo la raza, que es cuidada severamente en los asnos y los caballos, es mancillada en los seres humanos. Cómo en el *Gorgias,* Platón hace proclamar a Calicles inútilmente el evangelio más sabio: «La ley de la naturaleza quiere que el más fuerte domine sobre el inferior». Por cierto, distinta es «nuestra (ateniense) ley», según la cual los más capaces y vigorosos son atrapados jóvenes como leones, a fin de descaminarlos mediante «encantamientos y charlatanerías» de los sermones de la igualdad. Pero si uno volviera a elevarse, aplastaría todos estos falsos hechizos y se alzaría radiante como el «derecho de la naturaleza»[22]. Pero este anhelo del hombre de raza heroica fue en vano: el dinero, y con él el subhumano, había triunfado ya sobre la sangre; sin rumbo comienza el heleno a dedicarse al comercio, la política y la filosofía; se retracta hoy de lo que ayer ensalzara; el hijo olvida el respeto frente al padre; los esclavos de todas las partes del mundo claman por libertad, la igualdad de mujeres y hombres es proclamada; es más, bajo el signo de esta democracia empujan —como Platón observa sarcásticamente— los asnos y los caballos a los seres humanos que no quieren cederles el paso[23]. Las guerras merman los linajes, se producen siempre nuevas admisiones de ciudadanos. «Por escasez de hombres» seres totalmente extraños se transforman en «atenienses», como más tarde los judíos del Este, en ciudadanos «alemanes». Y lamentándose, dice Isócrates después de la expedición egipcia (458) que las familias de las casas más grandes que habían sobrevivido las guerras persas están extinguidas: «Pero no debe ser reputada como feliz aquella ciudad que desde todos los extremos acumula al azar muchos ciudadanos, sino aquella que mejor preserva la raza de los afincados desde los

[22] Platón, *Gorgias*, 483d-484b.
[23] Platón, *República*, 563c.

comienzos». Y así es inevitable que un Jakob Burckhardt constate apesadumbrado: «¡desde la penetración de la democracia existe en su interior (de los griegos) la constante persecución contra todos aquellos individuos que puedan significar algo...! Además, la oposición inexorable al talento...»[24]. Esta democracia, sin embargo, no es dominio del pueblo, sino dominio del Oriente Próximo sobre las tribus griegas que dispersan sus seres humanos y sus fuerzas; en todas partes la escoria humana desenfrenada domina sobre los hoplitas debilitados, que no están fortalecidos por el campesinado racial y afín. Demagogos inescrupulosos azuzan a las masas contra los romanos, para denunciarse luego mutuamente ante éstos. Pero al producirse su avance, comenzó una huida en masa desde las ciudades amenazadas, una miserable rendición a los venideros dominadores del mundo, con el posterior dicho: «Si no nos hubiéramos rendido tan rápidamente, no hubiera habido salvación para nosotros». En la idea desvariada de «volver a reconstruir» el país, comenzó la democracia caótica con amnistías, condonación de deudas, parcelamiento de tierras, y sólo quedó sumida en un estado mayor de abandono que antes. En cruentas luchas económicas se consumieron las ciudades o terminaron por quedar desiertas y vacías por la emigración de los helenos hacia todas las partes del mundo de entonces: abono cultural para pueblos rudos, unido a la descomposición del carácter y al aniquilamiento físico. Allí donde antes se alzaban ciudades florecientes, en las cuales los griegos libres habían luchado en el estadio y sus templos fulgurantes habían dado testimonio del espíritu creador, peregrinos de tiempos posteriores encontraron ruinas desiertas, tierras despobladas, columnas derrumbadas, y únicamente los zócalos vacíos hablaban aún de estatuas de héroes y de dioses que antaño se habían alzado sobre ellos. En tiempos de Plutarco probablemente apenas hubiera sido posible aún reunir a 3000 hoplitas, y Dio Crisóstomo señala que el tipo de griego antiguo se ha convertido en un fenómeno extremadamente raro: «¿No es que el Peneo corre a través de una Tesalia solitaria y el Ladón a través de una Arcadia asolada...? ¿Qué ciudades son ahora más desiertas que Crotona, Metaponto y Tarento?». Así estaban desoladas Hisias, Tirinto, Ásine, Orneas; el templo de Zeus en Nemea estaba derrumbado, hasta el puerto de

[24] *Griechische Kulturgeschichte* (Historia de la cultura griega), t. 4, p. 503.

Nauplia despoblado; de la Lacedemonia «la de las cien ciudades» habían quedado treinta aldeas; en territorio micénico Pausanias registra los escombros de Dorio y Andania; de Pilos quedaban solamente ruinas, de Letrinos aún algunas viviendas; la «gran ciudad» (Megalópolis) en la Arcadia era ya sólo una «gran soledad»; de Mantinea, Orcómeno, Herea, Ménalo, Cineta, etc., se contaban únicamente pobres vestigios; Licosura sólo había conservado la muralla de la ciudad, de Orestasio se alzaban ya únicamente las columnas del templo al cielo, la Acrópolis de Asea estaba destruida quedando sólo restos de paredes... Demolidas estaban Dafnunte, Augías, Calíaro, ensalzadas antaño por Homero; Óleno había sido desmantelada, las joyas de la Hélade, Calidón y Pleurón, hundidas en la nada, y Delos estaba tan devastada que, cuando Atenas envió una guardia para el templo situado allí, formó toda la población...

Y a pesar de ello: también en su hundimiento el hombre griego había frenado el avance del Asia, había dispersado en todo el mundo sus brillantes dones, que ya en los romanos nórdicos ayudaron a crear una nueva cultura, y que más tarde se convirtieron en la mayor herencia para el Occidente germánico. Apolo se denomina, por tanto, la primera gran victoria de la Europa nórdica, a pesar del sacrificio de los griegos, porque detrás de ellos, de nuevas profundidades hiperbóreas, crecieron portadores de los mismos valores de libertad anímico-espiritual, de plasmación orgánica de la vida, de fuerza de creación investigadora. Roma alejó entonces durante mucho tiempo con su espada el fortalecido espectro del Cercano Oriente, impuso con más brusquedad y más conscientemente que la Hélade el principio paternal apolíneo, afirmó en esto la idea estatal en sí y el matrimonio como precondición del pueblo y de la protección racial. Hasta que la Germania llegó a ser bajo nueva forma la representante del Dios celestial[25].

---

[25] Léase nuevamente desde este punto de vista la maravillosa obra de Rohde, *Psyche.* Mientras que Rohde recién completamente al final, en vista del caótico helenismo tardío, habla de «alucinaciones provenientes de todos los rincones del mundo», del «foráneo... abuso de la nigromancia», del «tumulto de ídolos foráneos y potencias demoníacas que fluctúan en regiones bajas», toda su obra exige directamente una investigación respecto a cómo estas fuerzas primitivas pre-griegas, ya mucho antes presentes, habían recibido distinta interpretación, fueron apropiadas o superadas. Hoy seguramente no omitiría declarar que la Pitón enterrada «bajo la piedra umbilical de la diosa de la tierra» era el «demonio ctónico»,

3.

ROMA: UNA FUNDACIÓN NÓRDICA

La historia de Roma muestra esencialmente los mismos acontecimientos que en la Hélade, pero a mayor escala y con una estructura de poder político más grandiosa. También Roma fue establecida por una ola de pueblos nórdicos que mucho tiempo antes que los germanos y galos se vertió al fértil valle al sur de los Alpes, quebró el dominio de los etruscos, ese «misterioso» pueblo extranjero (del Cercano Oriente). Presumiblemente se unió en matrimonio con tribus de la raza mediterránea aborigen, aún pura, y dio origen a un carácter nórdico de la mayor firmeza y tenacidad, en el que el señorío, el campesinado y el heroísmo se acoplaron con sabio sentido y férrea energía. La antigua Roma, de la cual la historia no sabe contar mucho, se convirtió en un auténtico Estado nacional a través de la cría y de un carácter definido en la lucha contra la totalidad del orientalismo. En esta época «prehistórica», esas mentes fueron, en cierto modo, premoldeadas, se almacenó esa fuerza de la que siglos posteriores se nutrieron pródigamente cuando los romanos se vieron envueltos en conflictos mundiales. Los 300 linajes nobles dominantes suministraban los 300 senadores, de entre ellos se nombraban los Jefes de las provincias y los conductores del ejército. Rodeada de razas de navegantes del Cercano Oriente, Roma se vio obligada a usar cada vez con mayor frecuencia su corta espada a menudo con crueldad para

---

el antiquísimo dios del Cercano Oriente, cuyas funciones tomó en traspaso Apolo, en cuanto no lo pudo vencer. Asimismo, Erecteo «habitando vivo en el templo» es una figura anímico-racial foránea. Constituye una prueba de desprejuiciamiento genial de Rohde su constatación algo acongojada de que en «la penetración cada vez más profunda de una aprehensión temerosa ante potencias espirituales de acción invisible en todas partes, superstición que la época de Homero no conoció», habría consistido la fuerza del oráculo posterior. También el entremezclamiento del culto griego de los héroes con los dioses ctónicos le hubiera parecido hoy a Rohde una lucha dramática o un compromiso respectivamente de dos almas raciales distintas. Toda su obra es, por consiguiente, una confirmación de la concepción del mundo anímico-racial como nace hoy. Léase también desde este punto de vista *La cité antique*, de Fustel de Coulanges. Ante todo, empero, la imperecedera *Griechische Kulturgeschichte* de Burckhardt, cuyos datos reciben recién hoy, mediante la separación anímico-racial, su verdadera interpretación e importancia.

su auto conservación. La destrucción de Cartago fue desde el punto de vista de la historia de las razas una acción extraordinariamente importante: mediante ella también la posterior cultura central y occidental europea fue preservada de las emanaciones de este foco pestilente fenicio. La historia del mundo podría haber seguido un curso muy diferente si al igual que la demolición de Cartago también hubiera sido lograda de forma completa la destrucción de todos los centros semíticos-judíos de Siria y Oriente Próximo. La acción de Tito llegó demasiado tarde: el parásito ya no se encontraba en Jerusalén, sino que había extendido sus más fuertes tentáculos succionadores desde Egipto y «Hellas» contra Roma. ¡Y ya actuaba también dentro de la propia Roma! Todos los que estaban poseídos de ambición y ansia de enriquecimiento se marcharon a la ciudad capital junto al Tíber y se esforzaron por condicionar en sus decisiones al pueblo «soberano» y autocrático mediante promesas y dádivas. El voto popular, antes justificado, de personajes afines y con los pies en la tierra, se ha convertido –a través de la inmigración racial extranjera– en una masa degradada de chusma humana sin carácter, como una amenaza constante para el Estado. Como una roca solitaria en este oleaje cada vez más cenagoso se alzó más tarde a modo de símbolo el gran Catón[26]. Como pretor de Cerdaña, como cónsul de España, luego como censor en Roma, luchó contra el soborno, la usura y el despilfarro. A semejanza del otro Catón, que después de una lucha infructuosa contra la descomposición del Estado se arrojó sobre su propia espada. A este acto se le llamó «romano antiguo». Ciertamente lo era. Pero lo romano-antiguo es idéntico, en su esencia, a lo nórdico. Cuando más tarde los germanos se prestaron a dedicar sus servicios a los emperadores débiles, depravados, rodeados de bastardos impuros, vivía en ellos el mismo espíritu del honor y de la fidelidad que en el antiguo romano. El emperador Vitelio, un cobarde sin igual, fue capturado por sus adversarios en un escondite, arrastrado con una soga a través del Foro y estrangulado, pero su guardia personal germánica no se rindió. Aunque estaba desligada de su juramento, sin embargo, se dejó matar hasta el último hombre. Ese era el espíritu

[26] Catón el Viejo (234-149 a. C.).

nórdico en Catón, en los germanos. Lo vimos nuevamente en 1914 en Flandes, en Coronel[27], y durante largos años por todo el mundo.

A mediados del siglo 5 a. C. se había realizado el primer paso en dirección al caos: el matrimonio mixto entre patricios y plebeyos fue permitido. El mestizaje se convirtió así para Roma, como lo había sido para Persia y Hellas, en la semilla de la decadencia final del pueblo y del Estado. En el año 336 ya ingresan los primeros plebeyos a la asamblea comunal romana; alrededor del año 300 ya hay informes acerca de plebeyos sacerdotes. En el 287 la asamblea popular plebeya se convierte incluso en una institución estatal. Mercaderes y financieros adelantan sus intereses. Patricios ambiciosos y renegados, como los Gracos, ceden a las inclinaciones democráticas, quizás también impulsados por una benevolencia magnánima pero mal aplicada, otros se ponen abiertamente a la cabeza de la plebe de la ciudad romana, como Publio Clodio.

En estos tiempos de caos emergían ya sólo unos pocos: el poderoso Sila de ojos azules, la cabeza puramente nórdica de Augusto. Pero ya no pudieron detener el destino. Y así sucede que el dominio sobre la marca de pueblos romana –y esto significa dominio sobre un imperio gigantesco– se convierte en un juego de crueles azares, según quién impere sobre los pretorianos o en el momento encabece una multitud hambrienta; algunas veces se levanta un gran hombre, otras un cruel tirano sanguinario. Las fuerzas raciales anteriormente poderosas de Roma se han agotado casi por completo en el transcurso de 400 años de democracia corruptora de razas. Los soberanos provienen ahora de las provincias. Trajano es el primer español vestido de púrpura, Adriano el segundo. Se origina el cesarismo por adopción, a modo de una última tentativa de salvación, surgida de la intuición que ya uno no puede fiarse de la sangre y que únicamente la selección personal es capaz de asegurar la supervivencia del Estado. Marco Aurelio, también español, ya está debilitado por el cristianismo en sus valores: proclama abiertamente la protección de los esclavos, la emancipación de la mujer, la ayuda a los pobres, ayuda provisional a los que no se ganan la subsistencia, como diríamos hoy (beneficios de desempleo),

[27] Bahía de Coronel, Chile, el lugar de una importante victoria naval alemana contra los ingleses.

como principios básicos del Estado, quita su derecho a la única fuerza aún formadora de tipos, la más fuerte tradición de la Roma republicana, el dominio del *pater familias.* Luego sigue Séptimo Severo, un africano. «Haced ricos a los soldados, despreciad a todos los demás», reza su consejo a sus hijos Caracalla y Geta. Influenciado por su madre siria (hija de un sacerdote de Baal en Asia Menor), el repugnante bastardo sobre el trono de los césares, Caracalla, declara a todos los habitantes del territorio romano como ciudadanos «libres» (212).

Esto fue el fin del mundo romano. Macrino asesina luego a Caracalla y llega a ser él mismo César. Después de haber sido asesinado también él, le sigue el monstruo Heliogábalo, el sobrino del africano Severo. De por medio aparecen el semi-germano Maximino «El Tracio», y Filipo «el Árabe», un semita. En los escaños de los senadores se sientan casi exclusivamente no-romanos. La «cultura» de esta época la transmiten Marcial, un español, los griegos Plutarco, Estrabón, Dion Casio, etc. También Apolodoro, que construyó el foro, fue un griego...

Entre los posteriores, Aureliano es un ilirio nacido en Belgrado, Diocleciano igualmente el hijo de un esclavo ilirio (quizás de ascendencia semi-germánica), un César rival, Constancio Cloro, también es oriundo de Iliria, pero de procedencia más elevada. Después de su muerte, las legiones hicieron de un hombre poderoso su Augusto: Constantino, el hijo de Constancio Cloro y de una moza de taberna de Bitinia. Este Constantino venció a todos los competidores. Con esto termina la historia de la Roma cesárea y comienza la de la papal y germánica.

En esta confusa diversidad se mezclaban elementos romanos, sirios, africanos y griegos. Los dioses y las costumbres de todos los países tenían cabida en el venerable Foro, el sacerdote de Mitra sacrificaba allí sus toros, los últimos griegos adoraban a Helios, y los astrólogos y hechiceros orientales pregonaban sus milagros. El «César» Heliogábalo enganchó seis caballos blancos delante de un enorme meteorito y lo hizo conducir como símbolo del Baal de Emesa por las calles de Roma. Él mismo bailaba a la cabeza del cortejo. Detrás de él eran arrastrados los viejos dioses y el «pueblo» de Roma daba gritos de júbilo. Los senadores se inclinaban, Cantantes callejeros, barberos y mozos de cuadra llegaban a ser senadores y cónsules. Hasta que

también Heliogábalo fue estrangulado y arrojado al Tíber, aquel último lugar de descanso de tantos miles durante más de dos mil años.

Esta interpretación del pasado romano hubiera debido imponerse también sin necesidad de las recientes investigaciones histórico-raciales, especialmente cuando se estudian las antiguas costumbres romanas, las regulaciones estatales y legales y los mitos, ya que en todas las áreas vemos que los antiguos valores estrechamente relacionados con África y el Cercano Oriente se transforman gradual o repentinamente en su opuesto mientras conservan los mismos nombres. Así nuestros historiógrafos de escuela «constataron» –lo hacen aún hoy– que en el norte y el centro de Italia habitaron etruscos, sabinos, oscos, sabelios, ecuos, samnitas, en el sur fenicios, sículos, pueblos del Cercano Oriente, colonos y comerciantes griegos. Y repentinamente, no se sabe cómo y por qué, se origina una lucha contra una parte de estas tribus y pueblos, contra sus dioses y diosas, contra sus conceptos de derecho, contra sus pretensiones de poder político, sin que se mencione un nuevo portador de esta lucha, o si se le menciona no se pregunta por su naturaleza. Aquí el mundo erudito se ayudó del famoso «desarrollo de la humanidad», la que con el fin del «ennoblecimiento» presuntamente habría intervenido, y los coleccionistas de hechos estuvieron de acuerdo con sus oponentes, los mitólogos románticos, en este punto, aunque los etruscos ciertamente poseían una «cultura más elevada» que los campesinos latinos. Pero como este concepto de repentino «desarrollo» milagroso hacia una espiritualidad más alta, hacia formas de gobierno más elevadas, etc., con el tiempo se hizo sospechoso, nuevos intérpretes de la historia inventaron la llamada teoría del círculo cultural. Una palabra nueva igualmente tan carente de contenido como el «desarrollo general» que sólo puede ser hallada en el cerebro del erudito o del sacerdote como su fe privada, porque sucede que igualmente no se habló en absoluto de los creadores de estos círculos culturales, así como no se habló de ellos en las obras de los Papas de la Evolución del siglo 19. Tal círculo cultural indio, persa, chino o romano bajaba un buen día sobre un territorio y provocaba gracias a este contacto milagroso una completa modificación de los mismos seres humanos que antes, no tocados por él, observaban ciertas costumbres. Y luego nos enteramos del crecimiento, florecimiento y perecer «vegetativo» de este círculo mágico, hasta que los maestros de la «morfología de la

historia», a raíz de violentas críticas, murmuraron al final del segundo o tercer tomo algo sobre sangre e interconexiones sanguíneas. También este nuevo encantamiento intelectualista comienza ahora a esfumarse. El «círculo cultural romano», el «nuevo desarrollo» no surge de las creaciones de la sangre etrusco-fenicia aborigen, sino contra esta sangre y sus valores. Los portadores de la cultura fueron columnas de inmigrantes nórdicos y la nobleza guerrera nórdica, que sobre suelo italiano comienza a limpiarlo de los ligures, la primitiva raza negroide (oriunda de África) y de los etruscos del Cercano Oriente, que deben rendir tributo a este entorno, pero que hacen hincapié en el suyo en la lucha más feroz y afirman el suyo más despiadadamente que el pueblo de los helenos más artísticos (expulsión del último rey etrusco Tarquino el Soberbio); muchos de estos logros siguieron siendo patrimonio común europeo, pero mucho de lo que era perezoso y extranjero fue llevado a Europa por las olas del caos de naciones que más tarde volvió a estallar.

LOS ETRUSCOS

Los etruscos, ligures, sículos, fenicios (púnicos) no fueron, por consiguiente, un «escalón anterior de la evolución», no fueron «tribus del pueblo romano», que aportaron cada cual lo suyo a la «cultura general», sino que los plasmadores del Estado romano se les oponían a todos como enemigos racial-populares (rassisch-völkisch), los sometieron, los exterminaron parcialmente y únicamente el espíritu, la voluntad y los valores que aquí se pusieron de manifiesto en esta lucha, merecieron ser llamados romanos. Los etruscos ofrecen un ejemplo típico del hecho de que para ellos la forma de vida y religión griega no constituía ningún progreso, ningún ennoblecimiento posible. Al igual que los demás proximorientales, habían encontrado antaño mitos atlántido-nórdicos, que ciertamente fueron cubiertos también por la cultura griega, imitaron lo mejor que pudieron la plástica y el dibujo griegos, se apropiaron también del Olimpo helénico, y a pesar de ello se degeneró, transformado en su contrario. Razón suficiente para que ciertos «investigadores» desvaríen aún hoy sobre la «enorme herencia espiritual», el «fundamento del crecimiento», la «consagración

histórica mundial» del «trágico destino» de los etruscos[28], evidentemente debido a aquella simpatía interior que hoy vincula la creciente humanidad de asfalto de las metrópolis de forma muy significativa con todos los desechos del asiatismo.

Y, sin embargo, la saga y los monumentos funerarios de los etruscos ofrecen suficientes puntos de partida como para hacer comprensible por qué el sano y fuerte pueblo campesino romano se lanzó a una lucha desesperada contra el etrusquismo. Dos tipos son los que caracterizaban la naturaleza etrusca: la hetaira divina y el sacerdote con poderes de hechicero, quien mediante espantosos ritos sabe conjurar los horrores de los infiernos. «La Gran Ramera de Babilonia», de la que habla el Apocalipsis, no es una leyenda, una abstracción, sino una realidad histórica atestiguada centenares de veces: el hetairismo reinando sobre los pueblos del Asia Occidental y Central. En todos los centros de estos grupos raciales estaba entronizada en los máximos días festivos la hetaira estatal como personificación de la sensualidad que nivela a todos y de la voluptuosidad dominante del mundo, en la Fenicia al servicio de la Cibeles y Astarté, en Egipto en honor de la gran procuradora Isis, en la Frigia como sacerdotisa de un colectivismo sexual absolutamente desenfrenado. A la soberana sacerdotisa del amor se juntaba, cubierto con vestimentas libias transparentes, su amante. Ambos se untan con exquisitos ungüentos, se adornan con brazaletes preciosos, para luego realizar ante todo el pueblo (como también Absalón con las concubinas de David, 2º Sam. 16,22) la cópula. El ejemplo fue seguido por el pueblo en Babilonia, entre los asirios, en Libia, en la Roma etrusca, donde la sacerdotisa-diosa Tanaquil lleva a su punto culminante el desarrollo del hetairismo, en la mejor colaboración con los «sacerdotes» de los etruscos[29].

---

[28] P. ej. Hans Mühlestein: *Die Geburt des Abendlandes* (El Nacimiento de Occidente), Berlín, 1928.

[29] El sumamente cauteloso investigador de Etruria, Karl Otfried Müller, quien en la primera mitad del siglo 19 naturalmente aún no podía abarcar en su conjunto todo el problema racial como nosotros actualmente, escribe en su gran obra *Die Etrusker* (re-editada por Dr. W. Deecke, Stuttgart, 1877) sobre las fiestas de Dionisio evidentemente emparentadas al carácter etrusco, que por de pronto solamente fueron iniciadas las mujeres; recién mucho después, en Roma hacia el 550 de la ciudad, también se iniciaron hombres, y los sacerdotes etruscos habrían luego «organizado aquellas orgías repugnantes en las cuales la psique narcotizada por música frigia de címbalos y bombos, enardecida de placer báquico y apetito

Si bien anteriormente se «interpretaban» las inscripciones etruscas en sepulturas, vendajes de momias, rollos, etc., recién Albert Grünwedel logró descifrar realmente esta escritura[30], y ello con resultados que muestran al etrusquismo en una luz espantosa. El mito solar griego también es incorporado aquí; el hecho de que el sol muera, pero que luego el dios solar resurge de la noche oscura con fuerza duplicada y brille sobre nosotros, esto es también un motivo etrusco. Pero bajo las manos de los sacerdotes etruscos se transforma en una magia asiática, brujería, unida a pederastia, autocópula, asesinato de niños varones, apropiación mágica de la fuerza del asesinado por parte del sacerdote-asesino y vaticinios leídos de las heces y de la pirámide visceral del sacrificado.

La virilidad del sol realiza con el falo mágico una auto-cópula en el disco solar (esto es el «punto» egipcio en el sol) al que finalmente atraviesa. De ello resulta un niño dorado, el «feto de un niño que tiene la abertura» un «esquema mágico»; esto es el llamado «sello de la eternidad». El ímpetu del falo mágico es conceptuado como un toro que procede tan brutalmente que el disco solar brama y «el portador del falo de la cornamenta» se transforma en fuego, «el falo de aquél que tiene el cielo». En perpetuas y siempre iguales obscenidades el mito solar es denigrado aquí a asquerosos amores ilícitos entre hombres, que se prolonga en los dibujos murales de las Sepulturas (sepultura de Golini), donde el difunto festeja su ágape con su niño amante en el más allá y donde de un fuego de sacrificio brotan dos falos gigantescos como resultado de un acto satánico de hechicería. Esto es, según la inscripción, «el rayo del perfeccionamiento, persona de una matriz falo, que tiene vapores de putrefacción y de este modo ha llegado a la perfección». Traducido de la jerga mágica, esto significa que la criatura nacida de la mujer es deificada después de la putrefacción, y se convierte en un falo. De la inscripción del Cipo de Perugia resulta una reunión de sacerdotes satánicos, que «perfeccionan» una aparición, «para arder en obsesión», «él, que tiene a este niño, que tiene el cuchillo demoníaco. Eterno es el fuego del niño... una persona mágica del sello cumplido». Y el niño asesinado se transforma ahora en un «cabrito». El trueno personificado es luego una variante del hijo

---

desenfrenado, cometía todos los horrores, hasta que el Senado romano (568)... abolió con sana severidad todos las bacanales». (Tomo II, p. 78).

[30] Tusca, Leipzig, 1922.

obtenido por violación, del cabrito perfecto. «Aquí está el origen del fantasma cornudo por un lado, del diablo con cabeza de cabrón por el otro, cuya aparición en la literatura sobre brujería y hasta en las sagas populares, era hasta ahora completamente enigmática. Los tipos antiguos son el Minotauro (así especialmente encima de la conocida sepultura de Corneto: tomba dei tori) y el tipo del sátiro griego, que resultó bueno para ilustrar un crimen que clama al cielo» (Grünwedel). El sentido de todos los usos, que siempre se repiten, del pueblo «religioso» de los etruscos es que el niño amante, abusado vergonzosamente, hendido, ha de «simbolizar» el nacimiento del nuevo día solar a partir del huevo, que ha recibido su fantasma a través del esperma (que es recogido en vasijas); así se origina un toro fantasma, erectivo, ardiente como el sol y realiza cada vez de nuevo la auto-cópula demoníaca. Durante la realización de este ritual presuntamente la fuerza del torturado pasa al sacerdote, el representante de los «elegidos» (Rasna, Rasena), como los etruscos gustaban llamarse a semejanza de los judíos, que luego hace ascender al cielo el vaho de las vísceras. A ello se agrega el empleo «mágico» de excrementos, nuevamente en escarnio del mito solar griego: el querubín mágico se transforma en la mayor potencia cuando echa de sí seis rollos de oro (heces), produciendo el rubor del cielo.

Un elegido puede llegar a serlo al suministrar sus entrañas. Los espejos etruscos proporcionan una amplia evidencia de esto[31]; se representa a las brujas ofreciendo dinero a los jóvenes para persuadirlos de que se consagren y luego asciendan al cielo en llamas, un nuevo testimonio de la patria primigenia de la brujería y del satanismo en suelo europeo. Comprendemos que un investigador como Grünwedel (que encuentra aquí el más estrecho parentesco con los Tantras tibetanos del lamaísmo)[32] declare: «Una nación que es capaz de pintar cuadros murales encima de las puertas de entrada de tumbas como las dos escenas en la Tomba dei tori, que se permite escribir y pintar en las sepulturas tales inmundicias como en el sepulcro Golini I, cubrir sarcófagos con las más repugnantes representaciones –solo necesito recordar los sarcófagos de Chiusi– colocar en las manos representaciones de los muertos como en el texto del rollo de Pulena, y cubrir artículos de tocador

[31] *Etruskische Spiegel* de Eduard Gerhard.
[32] Véase su otra gran obra: *Die Teufel des Avesta* (Los Diablos del Avesta).

con las vilezas más horripilantes, ofrece de esta manera la infamia más indigna del hombre como bien hereditario nacional, como convicción religiosa».

Es necesario formarse de una vez una idea clara sobre esta naturaleza del etrusquismo para poder, por fin enfocar firmemente el hecho de que, a los latinos nórdicos, los genuinos romanos, les ha ocurrido lo mismo que más tarde a los germanos nórdicos, y antes aún, a los helenos nórdicos. Como pueblo numéricamente pequeño sostuvieron una lucha desesperada contra el hetairismo mediante la más enérgica acentuación del patriarcado, de la familia; ennoblecen a la gran ramera Tanaquil transformándola en una madre fielmente preocupada y representarla como guardiana de la familia con huso y rueca. A la hechicería mágica de un sacerdocio brutal oponen su dura ley romana, su magnífico Senado romano. Y con la espada purgan a Italia de los etruscos (en lo que se destacó especialmente el gran Sila) y de los púnicos a quienes ellos siempre convocaban. Sin embargo, la superioridad numérica, la tradición y la habitual unidad internacional de toda la truhanería y la charlatanería penetró cada vez más en la honorable vida de la roma antigua, cuanto más esta se vio obligada, a fin de asegurar sus valores, a echar mano del lado de pueblos del Mar Mediterráneo. Roma no pudo superar a los arúspices y los augures, hasta Sila mismo estaba acompañado de un arúspice, Postumio, y Julio César más tarde del arúspice Espurina. Una sospecha de estos hechos hoy bien afirmados –y, por lo tanto, silenciados por nuestros «etruscos» cosmopolitas– ya la tuvo Burckhardt. Escribe en su *Griechische Kulturgeschichte*[33]*:*

«Pero cuando luego en Roma, al final de la República, con el desencadenamiento de todas las pasiones, el sacrificio humano aparece de nuevo en la forma más horrible, cuando los juramentos se hacen sobre las entrañas de los niños sacrificados y similares, como en Catilina y Vatinio (Cicerón, en Vatin. 6), es de esperar que esto ya no tenga nada que ver con la religión griega, y tampoco con el presunto pitagorismo de Vatinio. Pero las luchas romanas de gladiadores, contra las cuales Grecia conservó una permanente repugnancia, habían venido de la Etruria, al principio como festejo fúnebre para difuntos distinguidos». Aquí está involucrada claramente

[33] Tomo 2, p. 152

la cognición de que también el sacrificio humano era un bien hereditario «religioso» etrusco[34]. El sacerdote etrusco Volgatius, que proclama con entusiasmo el último siglo del etrusquismo en los funerales de César, fue sólo uno de los muchos que dominaron la vida de Roma y explotaron las penurias del pueblo en beneficio de las mentes del Próximo Oriente. Cuando Aníbal se hallaba ante las puertas de Roma, estos arúspices declararon que una victoria sería solamente posible mediante la reimplantación del culto de la «Gran Madre». Esta fue efectivamente traída del Asia Menor y el Senado tuvo que avenirse a salirle al encuentro a pie hasta el mar[35]. De este modo un nuevo sacerdocio asiático-menor hizo su entrada con la «Gran Ramera» de los pelasgos o la «hermosa, querida ramera» de Nínive (Nahum 3,4)[36] a la «ciudad eterna» y estableció domicilio sobre el sagrado monte Palatino, sede del antiguo pensamiento romano creador de cultura. A esto le siguieron las habituales procesiones «religiosas» del Cercano Oriente, pero los licenciosos debieron más tarde limitarse a los sectores situados detrás de los muros del templo, para escapar de la indignación de la mejor parte del pueblo. El arúspice venció, el Papa romano se alzó como su inmediato sucesor, mientras que el predominio del templo, el Colegio de los cardenales, representa una mezcla del sacerdocio de los etrusco-sirio-proximorientales y de los judíos con el Senado nórdico de Roma. A este arúspice etrusco se remite luego también «nuestra» concepción medieval del mundo, aquella espantosa creencia desvariada en brujas, por la que fueron sacrificados millones en Occidente, la que tampoco de ninguna manera se ha extinguido

[34] Una de las primeras hazañas del gran vándalo Estilicón como regente de Roma fue la supresión de estas crueldades asiáticas. Exactamente lo mismo ordenó más tarde el ostrogodo Teodorico, quien transformó las luchas de gladiadores en torneos de caballeros. También en detalles de esta naturaleza se separa un carácter del otro para toda la eternidad. Las corridas de toros y las riñas de gallos de los españoles y mejicanos son, por su parte testimonio de ello, más el testimonio de un sucio caos de pueblos que ha resultado vencedor de lo germánico.

[35] El bendito Emperador Juliano narra este episodio en: *A la madre de los dioses,* 159c.

[36] El libro bíblico de Nahum profetiza la destrucción de la ciudad de Nínive, que fue comparada con una «hermosa y deleitosa ramera». Sus «prostituciones» fueron la causa de su perdición.

con el «Hexenhammer»[37], sino que sigue viviendo alegremente en la literatura eclesiástica actual dispuesta a estallar abiertamente en cualquier día; aquella fantasmagoría que no raras veces desfigura las catedrales nórdico-góticas, yendo mucho más allá de una representación grotesca natural. También en Dante, de forma grandiosa, la antigüedad etrusca bastarda irrumpe de nuevo[38]: el Infierno con el barquero infernal, el pantano infernal Estigia, las Erinias y Furias sanguinarias pelásgicas, el Minotauro cretense, los Demonios de la más repugnante figura de aves, que atormentan a los suicidas, el ser horroroso en forma de anfibio, Gerión. Ahí corren los condenados en el desierto candente bajo la lluvia de copos de fuego, los malhechores se transforman en broza arbórea que engullen las harpías y cada vez que son quebradas las ramas mana de ellas sangre y eterno lamento, perras negras persiguen a la carrera a los condenados y los despedazan, ocasionándoles tormentos espantosos; demonios cornudos azotan a los defraudadores, y las rameras son hundidas en excrementos hediondos. Encerrados en estrechos barrancos, los propios papas simonistas languidecen, con sus pies torturados retorciéndose en las llamas, y en voz alta Dante eleva la queja contra el papado decadente, la puta babilónica.

Que todas estas ideas del inframundo son etruscas lo demuestran sobre todo los dibujos de tumbas de los toscanos. Al igual que en el «mundo superior» cristianizado de la Edad Media, la idea de la eternidad se representa con personas colgadas de las manos y torturadas con brasas ardientes y otros instrumentos de martirio. Las asesinas Furias vengativas son representadas por los etruscos como «en su totalidad feas, con rasgos fisonómicos animales o negroides, orejas puntiagudas, cabello erizado,

---

[37] «Martillo de las brujas». Designación alemana de la obra *Malleus maleficarum* escrita por los monjes alemanes Krämer y Sprenger en 1489 para instrucción de los jueces.

[38] Quizás pueda también incorporarse aquí la figura de Maquiavelo. A pesar de que luchó contra la Iglesia y por un Estado nacional italiano, a pesar de que el negocio de la política en todas las épocas no ha sido precisamente una escuela de veracidad fundamental: un sistema de este tipo, basado únicamente en la ruindad humana y una fundamental profesión de fe por el mismo no ha brotado de ningún alma nórdica. Maquiavelo era oriundo de la aldea Montespertoli; que, como explica su biógrafo Giuseppe Prezzolini (La Vita de Nicolo Macchiavello, en traducción alemana, Dresde, 1929), tuvo «carácter predominantemente etrusco».

colmillos, etc.»[39]. Así, una furia semejante con pico de ave tortura con sus víboras venenosas a Teseo (¿Antiquísimo odio contra el legendario conquistador de los demonios primitivos de Atenas?), tal como lo representa una pintura mural de la Tomba dell'Orco en Corneto. Al lado de estas furias actúan aquellos horrendos demonios de la muerte masculinos y femeninos, con piernas como serpientes, denominados Tifón y Equidna, tuertos, con cabello de serpientes. También en otros aspectos, los etruscos se entretienen con amor sádico en todas las representaciones del tormento, el asesinato, el sacrificio; la propia matanza humana era un hechizo particularmente popular.

Sin inventiva musical, en lo esencial enteramente carentes de poesía, incapaz de una arquitectura orgánica propia, sin esbozo alguno de una genuina filosofía, vemos a este pueblo proximoriental dedicado con la mayor perseverancia a la observación de aves y de vísceras, al complicado ritual de hechicería y de sacrificios; a menudo técnicamente capaz, entregado casi exclusivamente al comercio, y tenaz, ha envenenado la sangre romana, transferido a las iglesias su espantoso mundo de ideas sobre los tormentos infernales en el más allá, los horripilantes demonios humano-animales han devenido permanentes medios de influencia del papado y dominan el mundo de ideas de nuestra «Edad Media», envenenada por la Iglesia romana, de lo que da cuenta espantosa ya de por sí la pintura, incluso en el Altar de Isenheim, por no hablar de los viajes al infierno de otros artistas plásticos. Solo cuando se ha comprendido todo este modo de ser extraño, seamos conscientes de sus orígenes y reunamos la voluntad de resistencia para deshacernos de toda esta espantosa fantasmagoría, recién entonces habremos superado la «Edad Media». Pero de este modo también habremos derribado a la Iglesia romana, por siempre ligada a los tormentos de los Infiernos etruscos.

Toda la terrible mistagogia del Infierno dantesco significa, por consiguiente, la más estremecedora representación del antiguo satanismo etrusco-proximoriental, unido al cristianismo. Sin embargo, aunque Dante

[39] Müller-Deeeke: *Die Etrusker* (Los Etruscos), t. II, p. 109.

no se libró de este enlazamiento del demonismo milenario, el espíritu germánico aún se agitaba dentro de él[40].

En el Purgatorio hace decir a Virgilio con respecto a Dante: «La libertad es lo que busca»; esta era una palabra que contradecía a todos los espíritus de los cuales nacieron antaño las concepciones fantasmagóricas del demonismo y la brujería, hasta que finalmente Virgilio pudo abandonar alegremente a su protegido, ya que éste había adquirido suficiente fuerza propia.

«Mi saber, mi palabra, no pueden explicarte ya nada,
libre, recto, sano, son los signos de tu voluntad:
Desvarío sería no otorgarle obediencia».

LA TRAGEDIA DE LA EDAD MEDIA

Son estos dos mundos que desgarraron el corazón medieval del hombre nórdico: la idea proximoriental, terrorífica, propulsada por la Iglesia, del cruel Infierno, y el anhelo de ser «libre, recto y sano». Únicamente en cuanto es libre, el germano puede ser creativo, y solamente allí donde el desvarío de la creencia en brujas no dominaba se originaron centros de cultura europea.

A esta Roma libertina bastardizada llegó el cristianismo. Trajo consigo un concepto que en primer lugar hace comprensible su victoria, la doctrina de la pecaminosidad del mundo y unido a ello la prédica de la Gracia. Para un pueblo de carácter racial íntegro la doctrina del pecado hereditario habría sido incomprensible, pues en tal nación vive la segura confianza en sí misma

[40] Que Dante era de ascendencia germánica esta al presente firmemente establecido. Se llamaba Durante Aldiger, que es un nombre puramente germánico. El padre de Dante era bisnieto del Cacciaguida mencionada en la Comedia, quien participó en la Cruzada bajo Conrado III y fue armado caballero por el emperador mismo. Su esposa era una mujer del linaje germánico antiguo de los Aldiger. Dante durante toda su vida se había puesto del lado de la idea nórdica de la independencia del poder terrenal del gobierno del sacerdocio, es decir, se había unido a los gibelinos; tan es así que no tuvo reparos en trasladar a los Papas degenerados a los tormentos infernales, llamar a Roma misma una cloaca y, ante todo, escribió su poema en la lengua del pueblo, a la que dedicó un ensayo especial contra el latín abstracto.

y en su voluntad sentida como destino. Los héroes de Homero no están más familiarizados con el «pecado» que los antiguos indios y las tribus germánicas de Tácito y la saga de Dietrich. En cambio, el sentimiento permanente de pecado es un fenómeno concomitante del bastardizaje físico. La ignominia racial genera caracteres polifacéticos, la falta de dirección del pensamiento y de la acción, la inseguridad interior, el sentimiento de que toda esta existencia es el «pago del pecado» y no un necesario cometido misterioso de auto plasmación. Este sentimiento de depravación, sin embargo, evoca necesariamente el anhelo de una gracia, como única esperanza de redención de la existencia bastarda. Fue, por tanto, lógico y natural que bajo las condiciones dadas todo lo que en Roma aun poseía carácter se defendiese contra la aparición del cristianismo, tanto más cuanto que, además de la doctrina religiosa, tenía una corriente política completamente proletaria-nihilista. Por lo demás, las descripciones exageradamente sangrientas de la persecución de los cristianos no eran, como lo pintan las historias eclesiásticas, una cuestión de opresión de opiniones (el Foro era libre para todos los dioses), sino la supresión de un fenómeno político juzgado como peligroso para el Estado. La introducción de concilios doctrinales, inquisiciones y piras con el fin de destruir almas estaba reservada a la Iglesia en su forma paulino-agustiniana. La antigüedad clásica-nórdica no conoció nada semejante y el mundo germánico se ha sublevado igualmente siempre contra esta mentalidad siria.

El cristianismo eclesiástico situó a Diocleciano en particular en el centro de sus ataques. Este gobernante era de origen humilde, pero presumiblemente de sangre mixta germánica (piel blanca, ojos azules), un hombre personalmente intachable que veneraba a Marco Aurelio y llevaba una vida familiar ejemplar. En todas las medidas gubernamentales Diocleciano se mostró muy cauteloso y como enemigo de toda presión innecesaria frente a los ciudadanos de su imperio, como un hombre de tolerancia religiosa que únicamente ordenó proceder contra los ventrílocuos, adivinos y hechiceros egipcios. El César Galieno había reconocido el culto cristiano (259); los edificios cristianos pudieron ser erigidos sin reparos; pero lo que perturbaba el desarrollo orgánico era en primer lugar la riña de los obispos que competían entre sí. Diocleciano dispensó a sus soldados cristianos de toda participación en los sacrificios paganos y simplemente

exigía disciplina política y militar. Pero, precisamente en este terreno, fue desafiado por los dirigentes de la Iglesia africana, de modo tal que los reclutas se negaron invocando el cristianismo a realizar su servicio. A pesar de amables exhortaciones, uno de estos pacifistas se rebeló hasta que finalmente tuvo que ser ejecutado por amotinamiento. Estos signos amenazantes llevaron a Diocleciano a exigir la participación de todos los cristianos en las ceremonias religiosas del Estado: sin embargo, no persiguió a los cristianos que no cooperaron, sino que sólo les ordenó abandonar el servicio militar. Esto dio lugar a un abuso desenfrenado por parte de los «cristianos», cuyas discordias sectarias y peleas mutuas también amenazaron la vida cívica en su conjunto de otras maneras. El Estado procedió luego finalmente con el objeto de su auto conservación, en forma similar a como hoy Alemania debe erradicar el movimiento pacifista si no quiere perecer por completo. Pero también en este caso, Diocleciano no impuso la pena de muerte a los recalcitrantes —como había ordenado en el caso del fraude comercial— sino el estado de esclavitud. La respuesta fue una revuelta y un incendio intencional en el palacio del emperador. Los desafíos de las comunas cristianas de todo el imperio que hasta ahora no habían sido molestadas y, por lo tanto, se habían vuelto prepotentes, se sucedieron una tras otra. Las «horribles persecuciones de cristianos» del «monstruo Diocleciano» que siguieron a raíz de ello importaron nueve obispos instigadores de revueltas ejecutados y en la provincia de la resistencia más violenta, Palestina, tanto como 80 condenas a muerte cumplidas. El «muy cristiano» duque de Alba, empero, hizo asesinar solamente en los pequeños Países Bajos a 100.000 herejes.

Todo esto es necesario tenerlo presente para quebrar de una vez la hipnosis de una falsificación sistemática de la historia. Así también Juliano «el Apóstata» quien se mantenía por completo en el punto de vista de la paridad de los cultos, aparece bajo otra luz, dado que no tenía reparos, precisamente en base a su espíritu piadoso, en luchar contra los doctrinarios de la «representación de Dios»[41]. Por lo demás supo de qué se trataba cuando escribió: «Debido a la estupidez de estos galileos nuestro Estado casi

[41] Para más detalles ver Theodor Birt: *Charakterbilder Spätroms* (Imágenes de personajes de la Roma tardía), Leipzig, 1919.

sucumbió, por la Gracia de los Dioses ahora llega la salvación. Por tanto, honremos a los Dioses y a cada ciudad en la que aún haya piedad»[42]. Esto estaba muy justificado, ya que tan pronto como el cristianismo se convirtió en la religión estatal a través de Constantino, el espíritu de odio del Antiguo Testamento hizo una terrible aparición: con referencia al Antiguo Testamento los cristianos exigieron la aplicación de las penas allí establecidas contra la idolatría. A exigencias suyas los templos de Júpiter en Italia (con excepción de Roma) fueron cerrados. Se comprende, por consiguiente, el hondo suspiro de Juliano, pero se ve por todo esto que también en lo referente a la época del desarrollo del cristianismo la historia debe ser escrita de nuevo y que el obispo Eusebio no representa una fuente histórica.

El cristianismo, tal como fue introducido en Europa por la Iglesia romana, se remite como es sabido a muchas raíces cuyo examen más detenido no es el caso de efectuarlo aquí. Únicamente algunas observaciones.

CRISTO Y PABLO

La gran personalidad de Jesucristo, cualquiera haya sido su forma original, fue cargada y fusionada inmediatamente después de su desaparición, con todo el fárrago de la vida asiática, judía y africana. En el Asia Menor los romanos ejercían una disciplina severa y recolectaban inexorablemente sus impuestos; en la población oprimida se generó en consecuencia, la esperanza de un jefe de esclavos y libertador: esta era la leyenda del «Christos». Desde el Asia Menor este mito del Cristo llegó hasta Palestina, fue tomado con vivacidad, enlazado con la idea del Mesías judío, y trasladado finalmente a la personalidad de Jesús. A él se le atribuyeron, junto a sus propias prédicas, las palabras y las doctrinas de los profetas proximorientales, y eso bajo la forma de una sobrepuja paradójica de antiguas exigencias arias, como. p. ej., el sistema de los 9 mandamientos, que ya había sido adaptado por los judíos en sus 10 prohibiciones para ellos mismos[43]. De esta manera Galilea se ligó con toda Siria y el Cercano Oriente.

---

[42] Juliano, *Cartas y fragmentos,* carta a Atarbio, 376c.

[43] Erbt: *Weltgeschichte auf rassischer Grundlage* (Historia mundial sobre fundamento racial).

La corriente cristiana, que removía las viejas formas de vida, le pareció al fariseo Saúl muy prometedora y aprovechable. Se unió a ella con repentina decisión y, dotado de un fanatismo indómito, predicó la revolución mundial internacional contra el Imperio Romano. Sus enseñanzas constituyen hasta el presente, a pesar de todas las tentativas de salvación, la base espiritual judía, en cierto modo la faz talmúdico-oriental de la Iglesia romana pero también de la luterana. Pablo, lo que en círculos eclesiásticos nunca será admitido, ha dado a la sofocada revuelta nacional-judía la derivación internacional, allanó aún más el camino al caos racial del Viejo Mundo y los judíos de Roma habrán sabido muy bien por qué pusieron a su disposición su sinagoga para sus discursos de propaganda. Que Pablo mismo (a pesar de ocasionales críticas a los judíos) tenía conciencia de defender al fin y al cabo una causa judía, es evidente en algunos pasajes francos de sus cartas[44]:

«No quiero que ignoréis, hermanos, este misterio –para que no seáis sabios a vuestros ojos–: el endurecimiento ha venido sobre una parte de Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado; y de esta manera todo Israel será salvo» (Romanos 11:25-26).

«Porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, deudos míos según la carne, los israelitas, de quienes es la filiación, la gloria, las alianzas, la entrega de la Ley, el culto y las promesas; cuyos son los padres, y de quienes, según la carne, desciende Cristo» (Romanos 9:3-5).

«Porque si el pagano fue cortado de lo que por naturaleza era silvestre, y contra naturaleza injertado en el olivo noble, ¿cuánto más ellos, que son las ramas naturales, serán injertados en el propio olivo?» (Romanos 11:24).

Contra todo este bastardizaje, orientalización y judaización del cristianismo se alzó ya el Evangelio de San Juan, que respira un espíritu aún completamente aristocrático. Hacia el año 150 el griego Marción[45] volvió a

---

[44] Que es lo mismo que enseña hoy la secta bastardizada de los «Investigadores serios de la Biblia».

[45] Creador de la secta cristiana marcionista. Rechazaba todo el antiguo testamento y predicaba que el Dios de Jesucristo no era el dios judío, a quien identificaba como un Demiurgo malvado.

defender la idea nórdica de un orden mundial basado en tensiones orgánicas y estructuras jerárquicas, en oposición a la idea semítica de un poder divino arbitrario y su tiranía ilimitada. Por lo tanto, también desecha el «código» de este falso dios, es decir, el así llamado Antiguo Testamento. Algo semejante fue intentado por algunos de entre los gnósticos. Pero Roma, gracias a su descomposición racial, estaba irremediablemente comprometida con África y Siria, había ocultado la sencilla personalidad de Jesús y amalgamado el antiguo ideal romano del Imperio Mundial con la idea de la Iglesia Mundial a-nacional.

La lucha de los primeros siglos de la era cristiana no puede ser comprendida de otra manera que como una lucha de distintas almas raciales con el caos racial multicefálico, en la que la concepción siria-proximoriental con su superstición, su creencia desvariada en la hechicería y sus «misterios» sensuales, reunió tras de sí todo lo caótico, roto, descompuesto, imprimiendo al cristianismo el carácter bífido del que aún hoy padece. De este modo una religión imbuida de servil beatitud, protegida por el uso abusivo de la gran personalidad de Jesús entró en Europa[46]. La aparición del cristianismo alimentado por muchas fuentes, muestra en forma especialmente impresionante, una relación íntima, extraña entre espiritualidad abstracta y hechicería demoníaca, sin tener en cuenta otras corrientes que además fueron absorbidas por él. La idea de la trinidad, por ejemplo, era conocida en muchos pueblos de la cuenca del Mar Mediterráneo bajo la forma de padre, madre, hijo, además por la cognición: «en tres partes se divide todo» (los estados de agregación de la materia única). La madre simbolizaba la tierra que pare, el padre el principio engendrador de la luz. El lugar de la madre lo ocupó ahora el «Espíritu Santo», en consciente apartamiento de lo puramente corporal, el *hagion pneuma* de los griegos, el *Prana* de los indios.

---

[46] En lo que se refiere a la procedencia de Jesús, no existe, como ya lo recalcaron Chamberlain y Delitzsch, ni la menor razón perentoria para admitir que Jesús haya sido de procedencia judía, aun cuando se crio en círculos de razonamiento judíos. Algunas indicaciones interesantes, pero con todo únicamente hipotéticas, se encuentran en el Dr. E. Jung: *Die geschichtliche Persönlichkeit Jesu* (La personalidad histórica de Jesús), Múnich, 1924. Desde un punto de vista estrictamente científico, es probable que el origen de Jesús siga sin probarse para siempre. Debe bastar con que seamos capaces de reconocer la probabilidad de una procedencia no-judía. La doctrina mística muy poco judía, del «reino de los cielos dentro de nosotros» refuerza esta suposición.

Pero esta espiritualidad marcada no estaba envuelta en un tipismo racial-nacional (rassisch-völkisch), no estaba condicionada en forma polar por una vida orgánica, sino que devino una fuerza a-racial. «Aquí no hay ni judío ni griego, aquí no hay ni siervo ni hombre libre, aquí no hay ni hombre ni mujer», así escribe Pablo a los gálatas (los últimos remanentes de una gran expedición céltica desde el valle del Danubio hasta el Asia Menor). Sobre la base de este nihilismo que reniega de todo lo orgánico, exige luego la creencia en Cristo, es decir, una inversión de todos los valores creadores de cultura del helenismo y del romanismo, que ciertamente ya estaba dada de todos modos debido a la completa descomposición de los mismos y que, gracias a la fuerte exclusividad, finalmente aglomeró alrededor de sí a los seres humanos desorientados.

Un paso más hacia la negación de todo nexo natural se produjo por la dogmatización del nacimiento virginal, que se puede demostrar que es un mito del sol entre todos los pueblos, desde la Oceanía hasta el norte de Europa[47].

Pero esta espiritualidad abstracta estaba acompañada por todos los hechizos de Asia Menor, Siria y África. Los demonios que fueron exorcizados por Jesús y entraron en los cerdos, y el apaciguamiento del mar tormentoso que se produjo por su orden, la «testimoniada» resurrección y ascensión después del martirio, todo esto fue, en realidad, el punto de partida «real» del cristianismo y generó sin duda poderosas fuerzas de sufrimiento. No de la vida del Soter (Salvador) partió por consiguiente el mundo, sino de su muerte y las consecuencias maravillosas de la misma, el único motivo de las epístolas paulinas. Goethe, empero, consideró precisamente la vida de Cristo como importante, no la muerte, y atestiguó en esta forma el alma del Occidente germánico, el cristianismo *positivo* frente al *negativo* del dominio del sacerdocio y de la creencia desvariada en la brujería que se remiten a concepciones etrusco-asiáticas.

Es engañoso y carece de sentido, como ya se ha explicado, que nuestros estudiosos describan las transformaciones de la vida griega como si se hubiera pasado de los dioses ctónicos a la divinidad de la luz, del matriarcado a la ley paterna; es igualmente erróneo que hablen de una visión ingenua y

---

[47] Leo Frobenius: *Das Zeitalter des Sonnengottes* (La Edad del dios sol).

popular que se había elevado a un pensamiento elevado; más bien, junto a la lucha anti-ctónica, en el posterior predominio de los sistemas doctrinales intelectuales, en el intento de ejercer una contención política sobre la forma de vida antes desinhibida, se produce un agotamiento de las fuerzas raciales creativas; al final solo tenemos la reacción platónica, que intentó conseguir mediante un esquema aquello para lo cual la sangre sola ya se había vuelto demasiado débil. El griego nórdico no conoció estamento teológico alguno; sus sacerdotes surgían de las familias nobles. Sus bardos y poetas le contaban de la historia y heroísmo de sus héroes y dioses. El espíritu libre griego era tan ajeno al dogmatismo como anteriormente los indios y más tarde los germanos.

Gimnasia y música eran el contenido de su educación, ella bastaba para crear las precondiciones necesarias para criar al hoplita, al ciudadano del Estado. Recién un Sócrates pudo predicar la locura de que la virtud es enseñable, enseñable para todos los seres humanos (lo que Platón perfeccionó hasta este punto: el verdadero conocedor de la esencia del mundo de las ideas es necesariamente bueno). Con el perfeccionamiento de semejante cosmovisión intelectualoide e individualista y a-racial, fue colocada el hacha en la raíz de la vida griega, Al mismo tiempo, este intelectualismo desarraigado permitió el renacimiento de todas aquellas prácticas asiáticas que habían sido suprimidas por la disciplina griega apolínea. Aquí podemos seguir por vez primera, en la forma más evidente, el juego cruzado que tiene lugar entre el intelectualismo y la magia. Tanto la razón como la voluntad, si no siempre conscientemente, persiguen el mismo objetivo, ambas son fieles a la naturaleza, cercanas a la sangre, orgánicamente condicionadas. En la medida en que esta razón cosmovisional (Weltanschuliche-Vernunft) se hace más insegura debido a sus portadores modificados, en esa medida se anquilosa en construcciones intelectuales. Al mismo tiempo, la parte propia de la voluntad desciende a impulsos mágico-hechiceros y da a luz superstición tras superstición. La consecuencia de la descomposición del alma racial volitiva-racional es entonces una construcción «cosmovisional» mágico-intelectualista o la bifurcación en un individualismo sin sustancia y una bastardización de los instintos. El primer caso nos lo suministra la Iglesia católica (en una medida atenuada también el protestantismo), la que fundamenta y corona intelectualmente una

creencia mágica (debiendo en este caso emplearse esta palabra sin ningún desprecio), el segundo nos lo muestra la época del helenismo tardío. El cristianismo negativo y el positivo estuvieron desde siempre en lucha y lidian con más encono aún que antes precisamente en nuestros días. El negativo hace valer su tradición sirio-etrusca, sus dogmas abstractos y costumbres de antigua consagración, el positivo llama de nuevo a las fuerzas de la sangre nórdica, en forma consciente, como en su día hicieron ingenuamente los primeros germanos cuando invadieron Italia y dieron nueva vida al país enfermo.

Como un poderoso destino primitivo amenazador había irrumpido antaño la avalancha de los cimbros desde el Norte. Su rechazo no pudo evitar que celtas y germanos nórdicos amenazasen cada vez más las fronteras de Roma. Una campaña militar tras otra muestra la acción inútil de la táctica romana aguerrida contra la fuerza de pura cepa. Enormes «esclavos» rubios aparecen en Roma, el ideal de belleza germánico se pone de moda en el pueblo decadente carente de ideales. También los germanos libres ya no son cosa rara en Roma, la lealtad germánica del soldado se vuelve poco a poco el sostén más fuerte del César. Pero también al mismo tiempo el peligro más amenazador para el Estado vuelto miserable y carente de valores. Augusto intenta regenerar a «su» pueblo mediante la imposición de multas a los solteros, la subvención del matrimonio y el bienestar social. Fue en vano. Los germanos son decisivos en la elección de Claudio, de Galba, de Vitelio. Marco Aurelio envía a sus prisioneros germánicos desde Viena hacia Italia, y en lugar de hacer de ellos gladiadores, los transforma en labradores sobre el antiguo y desolado suelo romano. En tiempos de Constantino casi todo el ejército romano es germánico... Quien no sea capaz de ver las fuerzas raciales que actúan aquí debe estar ciego a todo desarrollo histórico, pues tan palpable es aquí la descomposición y la reforma, que luego pasando por Constantino conduce a Estilicón, Alarico, Ricimero, Odoacro, Teodorico, los longobardos, los normandos, quienes erigen un reino desde el Sur, hasta aquel inconcebiblemente grande Federico II, el Hohenstaufen, que forma el primer Estado secular, el Reino Siciliano y provee de señores de la nobleza alemana a sus provincias.

En este proceso de nordificación de Italia se destaca especialmente Teodorico el Grande. Por más de treinta años este hombre fuerte y, sin

embargo, clemente y generoso, gobernó el Imperio romano. Prosiguió lo que Marco Aurelio y Constantino comenzaron: los germanos llegaron a ser no solamente arrendatarios y labriegos, sino también grandes terratenientes; un tercio de toda propiedad de tierras pasó a manos del ejército puramente germánico; más de 200.000 familias germánicas se afincaron –lamentablemente dispersas– en Toscana, Ravena y alrededor de Venecia. De este modo, nuevamente puños nórdicos tiraron el arado a través de la tierra del Norte y del Centro de Italia, y volvieron a hacer fructífero el páramo abandonado, independizándolo de la importación de granos del norte de África. Separados de los «aborígenes» mediante las prohibiciones de matrimonio mixto y la religión arriana, los godos (más tarde los longobardos) se hicieron cargo del mismo rol formador de carácter que la primera ola nórdica que antaño edificara la vieja Roma republicana. Recién con la conversión al catolicismo comenzó una refundición racial; el «Renacimiento» llegó como una estruendosa reafirmación de la sangre nórdica, esta vez germánica. Con una súbita ruptura de las constrictivas barreras sociales, surgió de la tierra cultivada un genio tras otro, mientras que el sur de Italia, africanizada a partir de Roma, permaneció muda y sin creatividad. Hasta hoy, cuando el fascismo, de nuevo proveniente del norte, trata de volver a despertar los viejos valores. ¡Trata!

4.

LA IMPORTANCIA DE H. ST. CHAMBERLAIN

Que todos los Estados del Occidente y sus valores creadores han sido generados por los germanos, ciertamente ya desde hace mucho tiempo había sido una afirmación generalizada, pero antes de H. St. Chamberlain[48] no se habían sacado las conclusiones necesarias. Pues éste comprendió que la desaparición completa de esta sangre germánica de Europa (y poco a poco, por consiguiente, también al irse extinguiendo las fuerzas creadoras de tipos

[48] Houston Stewart Chamberlain (1851-1927), pensador británico nacionalizado alemán, conocido por su influente obra *Los fundamentos del siglo XIX.*

y naciones engendradas por ella) significaría que toda la cultura de Occidente tendría que perecer con ella. Las nuevas investigaciones sobre la prehistoria, complementarias de Chamberlain, en combinación con los estudios raciales, provocaron una reflexión interior más profunda: aquella terrible conciencia de que hoy nos hallamos ante una decisión definitiva. O bien nos elevamos mediante una nueva vivencia y la cría de perfeccionamiento de la antiquísima sangre, junto con una mayor voluntad de lucha, hacia un rendimiento purificador, o bien los últimos valores germánico-occidentales de la cultura y la disciplina estatal se hunden en las sucias mareas humanas de las metrópolis, se atrofian sobre el asfalto ardiente y estéril de una inhumanidad bestializada, o se escurren como gérmenes patógenos bajo la forma de emigrantes que se bastardizan en Sudamérica, China, Indias Holandesas y África.

Además, otra idea estructural de la concepción del mundo de H. St. Chamberlain parece tener hoy una importancia decisiva, además del énfasis en la nueva fundación del mundo por parte del germanismo: que entre la antigua Roma de acento nórdico y el nuevo Occidente determinado por los germanos se intercala una época que se caracteriza por la mezcla racial desenfrenada, es decir, la bastardización, por el batido de todo lo enfermo, por éxtasis sensuales llevados al extremo, por la inflada falsa religión siria y por el estado febril de todas las almas humanas de todo un mundo. Chamberlain para denominar esta época acuñó una expresión que revela al artista genuino, plasmador de la historia: el caos de los pueblos (Völkerchaos). Esta designación de un determinado estado, aunque no pueda delimitarse con precisión ni hacia atrás ni hacia delante en el tiempo, se ha convertido hoy en la conciencia general, en una cuestión de rutina para todos los que profundizan. Esta nueva división del tiempo en lugar de «Antigüedad» y «Medioevo» fue, sin embargo, en el más alto sentido de la palabra, uno de los mayores descubrimientos de finales del siglo XIX en cuanto a las leyes de la vida y el estudio del alma, que se convirtió en una base para toda nuestra visión de la historia al avanzar el siglo XX. Pues este conocimiento significa que, si a los Caracallas no hubiesen seguido los Teodoricos, la «noche eterna» se hubiera extendido sobre Europa. Las aguas cenagosas revueltas de los mestizos del Asia, África, toda la cuenca del Mar Mediterráneo y sus estribaciones se habrían calmado gradualmente después

de las salvajes excitaciones, la vida siempre en alza habría eliminado mucho de lo que estaba corrupto y contrahecho, pero para siempre se hubiera perdido la fuerza creadora de un alma cultural que siempre de nuevo da a luz, y hubiera desaparecido para siempre el genio transformador de la Tierra del hombre de condición nórdica, investigador del Universo. Sólo esa «humanidad» habría seguido vegetando, como lo hace hoy en lugares del sur de Italia, no viviendo, sino paralizada sin el impulso audaz del cuerpo y del alma, sin ningún anhelo real, sin aquella ansia genuina, viviendo en la más profunda frugalidad servil sobre masas de lava o en medio de desiertos de piedra.

Por lo tanto, si aún hoy, unos 2.000 años después de la primera aparición de los germanos en la historia, siguen existiendo culturas nacionales, capacidades creativas y un audaz espíritu de empresa, tales fuerzas, aunque compitan mucho entre sí, deben su existencia únicamente a esa nueva oleada nórdica que lo envolvió y fecundó todo, pasó en tormentosas oleadas sobre toda Europa, bañando los pies del Cáucaso, llegando su rompiente más allá de las columnas de Hércules para extinguirse recién en los desiertos del norte de África.

Considerada en sus lineamientos más generales, la historia de Europa consiste en la lucha entre esta nueva humanidad y las masas de millones de las fuerzas del caos romano de pueblos que alcanzaban hasta el Rin y más allá del Danubio. Esta resaca oscura llevó en su superficie valores brillantes, transmitió apetitos excitantes; sus olas sabían contar de un dominio mundial pasado, pero antaño formidable, y de una religión mundial que daba solución a todos los problemas. Grandes sectores de la sangre nórdica que se prodigaba despreocupada e infantilmente, se rindieron a las fascinantes seducciones, hasta devinieron ellos mismos portadores de una semi-soñada antigua magnificencia romana, con demasiada frecuencia desenvainaron su espada contra todo el mundo al servicio de una fantasía, y en lugar de llegar a ser ancestros, para lo que habían nacido, devinieron simples herederos. Así se plasma hasta Martín Lutero la lucha entre un heroísmo anclado en la naturaleza y una heroicidad al servicio de un espejismo ajeno a la naturaleza, y no pocas veces son representantes de la misma sangre los que se enfrentan con el arma en la mano en provecho de valores archienemigos.

Era muy natural, por cierto, que los portadores de la raza que se volcó de las planicies norte alemanas hasta la Galia, España e Italia, que irrumpieron en una forma tan naturalmente portentosa, no tuvieran conciencia de todas las conexiones internas de su esencia anímica, que con ojos maravillados absorbieran en su interior lo nuevo, lo foráneo y que —como señores— gobernaron, transformaron este mundo nuevo, pero (dado que estaban en minoría) también tuvieron que pagar su tributo al nuevo contenido. Si aún hoy «juristas constitucionalistas» predican el «ideal de un ordenamiento uniforme de la humanidad» prodigan su elogio a una visible Iglesia mundial única organizada, que debe determinar y reunir partiendo de un dogma único todas las ciencias, todo el arte, toda la ética[49], entonces esto es la precipitación de aquellos pensamientos del caos de pueblos que desde siempre envenenaron nuestro ser; especialmente cuando un investigador de esta clase aún agrega: «lo que Austria persigue, todo el mundo debe alcanzarlo en gran escala». Esto es peste racial y asesinato de almas elevado a nivel de programa político mundial. El Kaiser y el Papa lucharon antaño dentro de esta idea universalista, antinacional, pero la realeza alemana en contra de ella; Martín Lutero opuso a la monarquía mundial-papal política la idea nacional política; Inglaterra, Francia, Escandinavia y Prusia significaron un fortalecimiento de este frente contra el caos; el renacimiento de Alemania en 1813, otras etapas en 1871, pero todavía, por así decirlo, persiguiendo su meta de modo inconsciente. El derrumbe de 1918 nos había desgarrado hasta lo más profundo de nuestro ser, pero al mismo tiempo había puesto al descubierto ante el alma indagadora los hilos que habían tejido aquí su red de bendiciones y desgracias. A partir de la conciencia étnica de la antigua Germania, pasando por la idea de la realeza alemana, de la nueva conducción prusiana, del sentimiento pangermánico, de la estructura formal del Reich, la conciencia nacional ligada a la especie nace hoy como el mayor florecimiento del alma alemana. Después de esta vivencia proclamamos como religión del porvenir alemán que nosotros, hoy políticamente arrojados al suelo, humillados y perseguidos, hemos hallado la raíz de nuestra fuerza, en realidad la hemos descubierto recién y la hemos vivido de nuevo con una potencia tal como ninguna generación anterior. El conocimiento mítico y el

[49] Z.B.R. v. Kralik: *Oesterreichische Geschichte* (Historia de Austria), 1913.

conocimiento consciente en el presente, por fin, una vez no se enfrentan en el sentido de la idea de renovación alemana como enemigos, sino acrecentándose mutuamente: el nacionalismo más ardiente, no ya dirigido hacia tribus, dinastías, confesiones, sino hacia la sustancia primigenia, hacia la nacionalidad específica misma, es el mensaje que alguna vez fundirá toda la escoria a fin de extraer lo noble y desechar lo innoble.

Un estudio que investigue más hondo podrá reconocer junto a las fuerzas en lucha del germanismo y del caos de pueblos, las líneas de acción de las demás razas aborígenes o infiltradas de Europa. Apreciará a la raza mediterránea (occidental), formalmente más controlada, más fría, pero no demasiado alejada de los valores germánicos, y no considerarán necesariamente como una pérdida algunas mezclas (en cuanto no se presente como fenómeno en masa) con la raza nórdica, sino a menudo como un enriquecimiento del alma[50]. Reconoce a la raza dinárica, de menor creatividad cultural pero agraciada con el más fuerte temperamento a menudo como actuando en más de un gran apasionamiento en Europa, pero además también sus influencias del Cercano Oriente a menudo causan fenómenos de bastardía (como, p. ej., en Austria, en los Balcanes). El observador recién orientado ve entonces cómo la oscura raza alpina avanza, se multiplica, sin espíritu de empresa, pero resistente y paciente. Ella no se rebela abiertamente contra el hombre germano victorioso, aclarada en cierta medida le hace un gran servicio como escudero y campesino obediente, acrecienta en individuos en algunas partes las fuerzas germánicas hasta una tenaz resistencia, pero penetrando en masas ensombrece, encostra, ahoga las potencias creadoras. Grandes partes en Francia, en Suiza y en Alemania se hallan hoy ya bajo el signo de esta influencia alpina que va desmontando todo lo grande: la democracia en el terreno político, la falta de intereses

[50] Hago notar que no puedo tratar aquí los pormenores de las diferencias entre los tipos raciales. Si, p. ej., Kern («Stammbaum und Artbild der Deutschen») [Árbol genealógico y foto familiar de los alemanes], restringe el concepto «nórdico» al separar lo «dálico», o si Günther representa lo dálico (o faliano) como fusionado en su esencia con lo nórdico, constituye una cuestión de detalle no muy importante para lo esencial. También la controversia sobre la madre patria primigenia de la raza nórdica no es esencial históricamente. En forma sobresaliente es tratado el problema de los germanos consustanciados con la naturaleza por Darré en *Das Bauerntum als Urquell der nordischen Rasse* (El campesinado como fuente original de la raza nórdica).

espirituales, el pacifismo falto de osadía unido a una astuta y desconsiderada capacidad para los negocios al perseguir empresas comerciales lucrativas, son los terribles signos del crecimiento exagerado de lo alpino en la vida europea en general.

Todas las grandes y sangrientas luchas entre el germanismo y el caos romano de pueblos, conducidas por el hombre nórdico, disminuyeron frecuentemente por largo tiempo la fuerza de su sangre. Y aun cuando las guerras no pocas veces tuvieron lugar sobre las espaldas del ser humano alpino, éste quedó más preservado que los rebeldes nórdicos, quienes como «herejes» abrieron camino al pensamiento libre, es decir, el pensamiento específico de la especie.

Si prescindimos de las primeras luchas de los arrianos por la libertad religiosa, todo Occidente, incluso después de la consolidación política de Roma, no presenta la imagen de una estructura de vida autónoma y orgánicamente enraizada. Si la victoriosa iglesia universal romana era la continuación directa del imperialismo mundial sin raza de la Roma tardía, si bien el Cesarismo romano llegó a constituir el brazo armado más poderoso de esta idea, si hasta figuras geniales de linajes germánicos se pusieron a disposición de este pensamiento que hechizó a siglos enteros, sin embargo, en todos lados y en todos los terrenos se movilizaron inmediatamente también las fuerzas opositoras. De carácter político en la forma de la realeza alemana, del galicanismo franco-francés, de carácter eclesiástico en la lucha del episcopalismo contra el curialismo, de carácter espiritual en la reivindicación de la libre investigación de la naturaleza, de carácter filosófico-religioso en la reivindicación de la libertad personal de pensamiento y creencia. Todas estas fuerzas, aunque en los primeros tiempos aun reconocían a Roma como idea y a menudo no tuvieron en absoluto conciencia de toda la proyección de sus exigencias; aunque hasta en algunos lugares fueron sostenidas precisamente por el concepto infantil de querer sanear la Iglesia, todas ellas son en último término fuerzas de un ferviente nacionalismo, si hemos de entender bajo esta idea un modo de pensar y un modo de sentir ligado a la raza, volitivo y subconscientemente fiel a la especie, frente a un Universalismo de cualquier forma. La idea de Rey y Duque, de Episcopalismo espacialmente limitado, de libertad de la Personalidad, todo esto arraiga directamente en la tierra, por más que estas

potencias hayan luchado entre sí y luchan aún hoy por el predominio. Y si bien ahora resulta enteramente palpable que los Estados, pueblos y tribus más puramente nórdico-germánicos fueron los que, llegado el momento, se defendieron en la forma más decidida y más consecuente contra el universalismo romano y contra el unitarismo espiritual antagónico a todo lo orgánico, entonces también ya antes de este gran despertar victorioso de la hipnosis romana-proximoriental podremos ver a estas fuerzas actuando en una lucha heroica —en seguimiento directo de los germanos «paganos». La historia de los albigenses, valdenses, cátaros, arnoldistas, stedingos, hugonotes, reformados y luteranos traza, junto a la historia de los mártires de la libre investigación y al papel de los héroes de la filosofía nórdica, el cuadro enaltecedor de una gigantesca lucha por valores del carácter, es decir, por aquella precondición anímico-espiritual sin cuya imposición no hubiera existido ninguna cultura occidental ni ninguna cultura nacional.

Quien mira hoy a la Francia democratizada, mal gobernada por astutos abogados, saqueada por banqueros judíos, deslumbrante de ingenio y, sin embargo, viviendo solo del pasado, apenas puede imaginar que este país fue en otro tiempo, desde el norte hasta el sur más profundo, el centro de luchas heroicas que, a lo largo de medio milenio, produjeron figuras de lo más audaces y que, recíprocamente fueron reavivadas una y otra vez por hombres de espíritu heroico. ¿Quién, entre los «cultos» de hoy, sabe realmente algo de la Toulouse gótica, cuyas ruinas todavía cuentan mucho de una humanidad orgullosa? ¿Quién conoce las grandes dinastías señoriales de esta ciudad, que fueron destruidas, exterminadas en sangrientas guerras? ¿Quién ha vivido la historia de los Condes de Foix, cuyo castillo está ahora reducido a un lamentable montón de piedras, cuyas aldeas yacen desoladas, cuyas tierras solo están habitadas por miserables moradores? «El Papa», declaró uno de aquellos audaces condes alrededor del 1200, «no tiene nada que ver con mi religión, porque la fe de cada hombre debe ser libre». Este pensamiento primigenio germánico, aún hoy realizado solo parcialmente, costó a todo el Sur de Francia su mejor sangre, y con su erradicación fue sofocada esta región para siempre. Como último remanente de la cultura visigoda que queda aquí es la única universidad protestante de Francia: Montauban.

LA REFORMA DE PEDRO VALDO

El mismo heroísmo fue insuflado a un pequeño pueblecito en medio de los Alpes ítalo-franceses. También aquí la voluntad forjadora de unión se remite a una gran y misteriosa personalidad, un comerciante de Lyon, quien (aún no se sabe de dónde) había inmigrado a esta ciudad, de nombre Pedro, que recibió más tarde el apellido Valdo o Waldes. Vivió durante largos años honorablemente para su oficio, tenía fama de hombre piadoso y presumiblemente no pensó en rebeldía alguna. Pero se percató cada vez más del abismo entre el sencillo evangelio y la actitud pomposa de la Iglesia, y sintió luego cada vez más profundamente el efecto paralizante de los dogmas coercitivos. Y en la fiel creencia de servir a la autoridad eclesiástica, Pedro Valdo peregrinó a Roma, exigió allí, simplicidad de las costumbres, honorabilidad en el proceder y libertad de pensamiento en cuanto al Evangelio, libertad de enseñanza sobre la base de las palabras de Cristo. Mucho se le quería conceder, lo esencial, empero, no. Entonces Valdo distribuyó su fortuna, se separó de su mujer y expresó al representante de Roma, que quiso obligarlo a una retractación: «Hay que obedecer más a Dios que a los hombres».

Esta fue la hora del nacimiento de un gran hereje y de un gran reformador, a quien tienen motivo de estar agradecidos la totalidad de los europeos –todos los católicos incluidos–, aún en la actualidad. La sencilla grandeza de Pedro Valdo debe haber tenido una influencia enorme sobre la formación de las comunidades de los «pobres de Lyon», de los éxitos de sus viajes al Rin, a Bohemia, el nacimiento de comunidades valdenses en Austria Central, en Pomerania, en Brandenburgo, muestran que su demanda de libertad de enseñanza había hecho sonar vivamente una antigua cuerda germánica, echó fuertes raíces en las almas y no pudo ser erradicada: la misma exigencia que también formularon Peter von Bruys, Heinrich von Cluny y Arnold von Brescia. La escultura de Maguncia nos exhibe la cabeza de Valdo como una cabeza puramente nórdica: un cráneo como el de las antiguas tribus germánicas, una frente alta y vigorosa, ojos grandes, una nariz poderosa y ligeramente aguileña y una boca firme, bellamente formada. El mentón rodeado por una barba.

Desterrada de Lyon, la comunidad se dirigió hacia distintas direcciones predicando y reclutando adeptos. En la Provenza gótico-albigense fueron recibidos amigablemente, lo mismo que en la Renania. En Metz los valdenses pronto se habían vuelto tan fuertes que los miembros del consejo municipal se negaron a arrestarlos; y eso con la misma fundamentación que Valdo mismo había formulado, que hay que obedecer más a Dios que a los hombres. Intervino entonces el Papa (Inocencio III), quemando los escritos latinos traducidos a la lengua materna, y ejecutando a varios de los sectarios mismos. Los demás huyeron entonces a través de toda la Lorena, a los Países Bajos, a la otra Alemania, que les abrió sus puertas en todos aquellos lugares donde la mano de Roma no podía llegar directamente. Otro grupo se dirigió a la Lombardía, donde halló difundidos pensamientos heréticos semejantes, entre otros, por los patarianos en Milán, las enseñanzas de Arnaldo de Brescia, que yendo más allá de lo puramente evangélico propugnaba una reforma tanto eclesiástica como también política, que negaba al papado el derecho al poder temporal, como base de su saneamiento espiritual.

Y luego la comunidad de los valdenses se vertió a los valles de las estribaciones occidentales de los Alpes, hizo pie en las magras regiones que poco a poco, gracias a la laboriosidad de sus manos, florecieron como fructíferos jardines; ella no tenía otra ambición que vivir callada y modestamente para su fe y cumplir con su deber evangélico en esta Tierra. Numerosos herejes albigenses expulsados hallaron luego en la región difícilmente accesible, una acogida amistosa, hasta que las campanas de la Inquisición, que sonaron estridentes a través de todo el Occidente, también pusieron en alboroto los tranquilos valles con las dos pequeñas ciudades y las veinte aldeas. Hacia mediados del siglo 14 los valdenses tuvieron luego que pagar pesados tributos para calmar a la Iglesia y al soberano, lo que naturalmente fue infructuoso; y en la época en que en las comarcas alemanas hacía estragos la Muerte Negra, las tropas de Francia bajo las órdenes directas del inquisidor entraron a los tranquilos valles alpinos. Atados, doce valdenses vestidos con túnicas amarillas pintadas con llamas de fuego infernales fueron obligados primero a ir a la iglesia; allí se pronunció sobre ellos el anatema, se les quitaron los zapatos, a cada uno se le ató una soga alrededor del cuello, para hacerles sufrir luego a todos la muerte en la hoguera. Esta y otras torturas quebraron a muchos y los indujeron a abjurar,

pero a estos reincidentes su defección sólo les trajo ulteriores humillaciones; las rebeliones que necesariamente siguieron a esto, provocaron nuevas opresiones y comienza una epopeya de luchas humanas como pocas veces las hubo más heroicas. Despojados de sus bienes y sus pertenencias, los valdenses llenaron las cárceles de la Inquisición en forma tal que solamente gracias a la magnanimidad del pueblo pudieron ya ser alimentados[51]; por tal razón se produjo su disminución mediante la usual muerte en la hoguera por los representantes de la religión del amor. Durante trece años un solo inquisidor (Boselli) persiguió a la familia de los valdenses y siempre de nuevo logró «agarrar a uno»[52] que había pronunciado alguna palabra herética; los prisioneros fueron luego torturados, castigados cortándoseles la mano, ahorcados o quemados. Y a pesar de todo, el arzobispo de Embrun tuvo que informar al Papa que los valdenses habían permanecido fieles a su vieja creencia.

En la época en que ya en todas partes de Europa las tempestades de un renacimiento sacudían las puertas de Roma, el representante del Vaticano se dirigió con tropas francesas nuevamente a los valles de los Alpes, a fin de aplastar con el último poder militar las resistencias que aún quedaban. Precisamente el vicioso Inocencio VIII fue el que en 1487 exhortó en una Bula al último exterminio de los valdenses. La cruzada comenzó bajo las órdenes de La Palus, las casas de los herejes fueron saqueadas y ellos pasados a cuchillo; la mayoría de los sobrevivientes huyeron, únicamente unos pocos quedaron sobre las ruinas de la prosperidad de sus padres, aparentemente rotos, dispuestos a hacer la paz con la todopoderosa Iglesia. A ellos se les devolvió luego su propiedad.

Épocas más calmas no resultaron, empero, de paz sino de tranquilidad engañosa antes de nuevas tempestades. Apenas cuarenta años después y la fe llana triunfó nuevamente sobre el poder exterior del terrorismo medieval. Y nuevamente Roma levantó la mano para el golpe mortal, después de que el Edicto de Fontainebleau (1540) avivara de nuevo el odio a los herejes. En base a las denuncias obispales, por de pronto, tuvieron que justificarse 16 valdenses de Merindol. Ellos no se presentaron, ya que sabían lo que les

---

[51] Chorier: *Hist. Gén. du Dauphiné* II, 391.
[52] Perrin: *Histoire,* p. 114.

esperaba. Después de esto fueron puestos fuera de la ley, sus casas, mujeres y niños pasaron a ser propiedad del Estado; la pequeña ciudad de Merindol iba a ser echada abajo, todos los depósitos destruidos y todos los árboles del pueblo derribados. Si abjuraban, el rey iba a hacer imperar clemencia, pero los valdenses declararon querer hacer esto solamente en el caso de que por las Escrituras se les pudiesen probar errores.

Y ahora vino la prueba más difícil (1545). Tropas del gobierno se trasladaron a Merindol, estrangularon a todas las personas que encontraron y destruyeron todo el pueblo; el mismo destino sufrieron Calvieres y las otras aldeas. Los que habían huido a las montañas rogaron por libre paso hacia Alemania. El pedido fue denegado, murieron de hambre solitarios en sus escondites. Más de 22 aldeas fueron destruidas, 3000 personas asesinadas, más de 600 valdenses condenados a la pena de las galeras, otros fueron terriblemente torturados. Entonces se enviaron a París informes mentirosos sobre las «atrocidades de los herejes...». Sin embargo, las torturas de la soldadesca incitada y de los monjes sádicos llegaron a oídos de Francisco I, e incluso en su lecho de muerte persuadió a Enrique II para que proporcionara ayuda a los valdenses, cosa que hizo.

Si la comunidad de los valdenses, a pesar de su expansión no era muy grande y por consiguiente tampoco de actividad agresiva, la idea de la resistencia contra el abandono monástico y el amordazamiento mental se movió en un centenar de otras formas a través de la Francia todavía preponderantemente germánico-nórdica y bien complementada por la raza mediterránea [53], hasta que estas corrientes se reunieron en el audaz movimiento de los hugonotes, cuyo triunfo hubiera dado a la historia de Occidente una dirección diferente –hacia arriba.

El número de los luchadores por el modo de ser específico fue antaño extraordinariamente grande en esta Francia: en todas las profesiones y estamentos se los encontraba, hasta arriba entre los cardenales y los príncipes reales, y hacia abajo, hasta el artesano más simple. Por centenares nos han quedado atestiguados los casos de que gente sencilla, llevadas ante el tribunal eclesiástico-estatal, eran más versadas en las Escrituras que sus jueces,

[53] «Westische Rasse»; raza occidental, una denominación alternativa para «raza mediterránea».

opinaban más inteligentemente sobre problemas de concepción del mundo que los eruditos inquisidores. Este sentimiento de superioridad interior les dio el valor de sobrellevar los tormentos de la hoguera, y todo esto condujo muchas veces a que los jueces se hicieran partidarios de las ideas heréticas. Esto no es de extrañar si se sabe que la más espantosa incultura era lógica y natural no solamente en el clero inferior, sino, que hasta hubo (como nos lo trasmite Robert Stephanus) profesores de teología de la Sorbona que en su furia contra los herejes declararon que ellos habían llegado a la edad de cincuenta años sin saber algo del Nuevo Testamento, por consiguiente, los sectarios tampoco tenían motivo de ocuparse de él. Si alrededor del 1400 el Papa extrajo de los países alemanes en dos años tanto como 100.000 florines solamente en dineros de indulgencia, si en 1374 en el parlamento inglés se expuso que el representante de Cristo embolsaba cinco veces más tributos que el rey legal, así también de todas las partes de Francia se levanta la misma muy justificada queja. Todos los estamentos del Reino suspiran bajo el peso de los impuestos de la Iglesia, es más, hasta monjes honestos (como los franciscanos Vitriarius y Meriot) exigen la supresión del indigno comercio de las indulgencias. Así como con la «sangre sagrada» de Wilsnack también con la «casa sagrada de Loreto» (que los ángeles habrían llevado desde Palestina a Europa) se hacían negocios detestables, probando ser estos lugares de milagro verdaderas minas de oro. Las canonjías se multiplicaron en forma tal que Calvino llegó a ser ya a la edad de doce años capellán, a la de dieciocho años cura párroco, sin haber realizado antes en ningún momento estudios teológicos: las entradas de las canonjías debían ser aseguradas, no importa mediante qué personas.

LA REVOLUCIÓN DE LOS HUGONOTES

Estos daños inmediatamente tangibles llevaron a reflexiones más profundas, y un número de grandes personajes se asoman desde las llamas de las hogueras como resultado. Ahí está el arzobispo de Arlés, Ludwig Allemand, quien defiende con todas sus fuerzas (en el Concilio de Basilea) el principio del sistema conciliar contra la dictadura papal; ahí actúa el viejo inteligente Jakob Lefévre en la educación de una joven generación libre; su discípulo Brigonnet prosigue con esta actividad; Wilhelm Farel, una mente

ardiente, ya se coloca en el medio de la lucha, es más tarde reformador dirigente en Neuenburg, Losen y Ginebra y junto a ellos Casoli y Michael d'Arande. Además, Languet, el borgoñés noble, el inteligente Beza, Hotoman. Pero ante todo se destaca de ese numeroso grupo el valiente y audaz noble de Artois, Louis de Berquin. Un hombre creyente, lleno de franqueza y de agudeza intelectual, un escritor brillante, al que no injustamente se le ha llamado el Ulrich v. Hutten francés. Al lado de él estaba el simple cardador de lana de Meaux, Johann Leclere, quien predicaba la revolución contra el anticristo de Roma y quien al igual que Lutero fijó sus proclamas en las puertas de la catedral. Se agrega el valeroso Pouvan, quien tomó sobre sí la muerte de mártir, Franz Lambert, un franciscano, y cientos de otros que predicaban la libertad del Evangelio y del pensamiento en bosques, en sótanos, como antaño los mejores de los cristianos primitivos en las catacumbas de Roma.

Y antes de que el movimiento hugonote se apoderara totalmente de Francia y encontrara refugio bajo el liderazgo de Condé y del gran Coligny, comenzó la misma persecución en todo el país, como en los tranquilos valles de los Alpes Cottiennes, en Provenza; Berquin, el temerario, es apresado y condenado a abjurar, a la perforación de la lengua con un hierro candente y a prisión perpetua. El no abjura, apela al Rey. Es inútil. Es quemado en la hoguera el 22 de abril de 1527. Aún desde la hoguera habló al pueblo. Su alocución fue sofocada por el griterío de los ayudantes del verdugo y de los monjes. Se le temía aún en la muerte. Así como se dice de Nerón que había iluminado sus jardines con antorchas humanas encendidas, así en el siglo 16 después de Cristo, el muy cristiano Rey se dirige con gran procesión desde St. Germain l'Auxerrois a Notre Dame y desde allí a su palacio. Y en las plazas que tuvo que atravesar están para adorno y honor de la Iglesia, las hogueras en las cuales los inflexibles herejes sufren la muerte por las llamas[54]. Veinticuatro herejes murieron ese día en París. Comenzó una huida de los perseguidos hacia Alemania, así huyeron entre otros también Calvino, Roussel, Marot. Solamente en Estrasburgo encuentra Calvino 1.500 fugitivos franceses y funda aquí la primera comunidad calvinista. Severos edictos para

[54] Al respecto dice el jesuita Daniel «Francisco quiso, para atraer la bendición del cielo sobre sus armas, dar este ejemplo de piedad y de celo contra la nueva doctrina». *Histoire de France*, V., 654.

la persecución de los herejes se suceden rápidamente después de los primeros hechos. En Meaux (la primera comunidad protestante de Francia) fue sorprendida una reunión, catorce de los participantes al negarse a abjurar sufrieron la muerte por el fuego y murieron dirigiéndose oraciones mutuamente. Al día siguiente, un teólogo de la Sorbona demostró que los quemados estarán condenados a la perdición eterna, y añadió: «Y si un ángel viniera del cielo y quisiera asegurarnos lo contrario, tendríamos que repudiarlo; porque Dios no sería Dios si no los condenara para toda la eternidad»[55]. Al igual que en Meaux las hogueras llameaban en todas las partes de Francia, pero siempre de nuevo las crónicas deben referir sobre el valor inquebrantable de los condenados. Johann Chapot, llevado por los verdugos al patíbulo, porque los torturadores le habían quebrado antes las piernas, se pronunció una vez más por su fe. Por miedo al contagio herético de los espectadores fue estrangulado de inmediato... Dado que casos semejantes se repitieron por doquier llegó a ser usual cortar la lengua a los herejes impenitentes antes de su conducción a la hoguera... *Ad maiorem Dei gloriam* (Para la mayor gloria de Dios).

La historia conoce un gran número de relatos atestiguados sobre el valor en la hoguera, pero ella sabe también muchas conversiones de los jueces. Así nombra al valiente du Bourg, quien recibió con entereza su posterior sentencia de muerte y fue estrangulado. Así un gran número de otros hombres de la vieja Francia. Es una gran tragedia de sufrimiento heroico, pero que pronto se transformó en una agresividad audaz y a la vez inteligente, cuando los mejores hombres de la alta nobleza francesa, como «hugonotes», se pusieron al frente de las luchas por la libertad de pensamiento. En ocho guerras sangrientas fue llevada en todas las regiones de Francia esta lucha contra Roma, y aun cuando la controversia sobre la Comunión como problema dogmático, aparentemente importante, aparece por doquier en la cúspide de las controversias espirituales, esto fue, sin embargo, únicamente un símbolo de una separación mucho más honda de los espíritus. Coligny, cuando más tarde llegó al poder, probó su concepción fundamental mediante la acción, que no exigía la libertad de religión

[55] Du Plessis: *Hist. de l´Eglise de Meaux*, I, 348; Soldan: *Geschichte des protestantismus in Frankreich,* I, 200.

solamente para sí, sino, que la confirió también a los católicos de Chatillon[56]. Pero como el hugonotismo se vio frente a determinadas formas de vida y los representantes de Roma exigían respuestas desde este fundamento dogmático, los protestantes no tuvieron otra posibilidad que elaborar poco a poco un programa bien definido, que «naturalmente», por ser esencialmente antinatural, tenía que poner en conflicto a los distintos movimientos protestantes. Detrás de esto, sin embargo, había algo mucho más profundo en todas partes: la idea original germánica de la libertad interior; las doctrinas y las nuevas formas sólo se convirtieron en parábolas que destacaban sobre el fondo del dogma romano, donde es significativo que la masa encontrara mayor oposición por parte de los hugonotes.

Dentro de la nobleza hugonote tenía lugar una lucha entre dos almas, que dificultaba mucho el lidiar. Mientras sus adeptos exigían impávidamente libertad de conciencia y de enseñanza, estuvieron obligados a plantear estas exigencias a un rey por el que en sentido estatal-político sentían devoción como leales y antiguos seguidores francones. Este, sin embargo, encerrado en la tradición católica romana, debió ver en la religión uniforme también la garantía del Estado político. Y así fue como, mientras los ejércitos hugonotes se reunían más tarde contra el rey en Orleans o La Rochelle, mientras luchaban con las tropas del rey en Jarnac, St. Denis y Montcontour, declaraban, pese a ello, con toda honestidad su devoción a la realeza y emitían proclamas en las que afirmaban que el rey no era libre, sino prisionero del partido romano, lo que debía confirmárseles después de cada tratado de paz.

Pero aún en las más grandes épocas del movimiento hugonote éste fue minoritario. Su fuerza residía en la inteligente energía de sus dirigentes, en el heroísmo de una nueva actitud ante la vida, en el empuje de su vieja sangre, mientras del lado de sus adversarios las rencillas entre dirigentes paralizaban las fuerzas y el Rey vivía en el permanente temor de que sus generales (como Anjou) podrían superarlo en influencia.

La masacre de Vassy, donde el duque de Guise hizo asesinar sin más a los hugonotes que rezaban, fue una de los fanales en las que todo estaba en juego. Y así acudían los hugonotes, siempre dispuestos al sacrificio, cuando

[56] Comp. lo dicho sobre él por E. Marcks: *Gaspard von Coligny,* Stuttgart, 1892.

sonaba la llamada de Condé. A pesar de las derrotas, conquistaron nuevas fortalezas, ciudades y castillos, y buscaron sus bases en el norte y el sur. Mas en estas guerras la flor de la antigua sangre francesa quedó de ambos bandos muerta en los campos de batalla. Así también el viejo condestable Montmorency, que no combatía por su Rey por odio a la Iglesia como los Guises, sino que luchaba como viejo vasallo, y terminó su vida a los 74 años en St. Denis. Entonces caen uno tras otro todos los dirigentes, con Andelot y Condé a la cabeza. A pesar de su muslo roto, el gran príncipe cargó al frente de su ejército cerca de Jarnac: «Y bien, nobles de Francia, aquí está la batalla que tanto hemos esperado». Su caballo herido cae, y un capitán enemigo lo abate por la espalda.

Sin embargo, a las tropas hugonotes que regresaron les esperaba un destino terrible, incluso después de una paz favorable. La mayoría de los católicos incitados saquearon sus casas, expulsaron a sus familias y asesinaron a los combatientes. Después de la paz de Longjumeau, p. ej., tales agitaciones se organizaron deliberadamente desde arriba; Lyon, Amiens, Troyes, Rouen, Soissons y otras ciudades fueron testigos de una sed de sangre que se cobró más víctimas de los protestantes en tres meses que en medio año de guerra. Los escritores contemporáneos calcularon los muertos después de este tratado de paz sólo en 10.000, mientras que la posterior batalla de Montcontour, quizás la más sangrienta, sólo tuvo 6.000 bajas. A ello se agregaba un azuzamiento constante desde Roma, que ordenaba siempre el completo exterminio de los herejes. Pío V condenó al Rey de Francia por el solo hecho de haber hecho concesiones a los hugonotes y elogió a aquellos de entre sus súbditos (p. ej., el duque de Nemours), que contra el decreto del Rey proseguían con el exterminio. El Papa prometió dinero y combatientes, exhortando a un mayor derramamiento de sangre. Su biógrafo Gabutius ensalza, por consiguiente, también al viejo Pío V como autor de la tercera guerra hugonote. Ni siquiera después de la victoria de Jarnac y de la muerte de Condé, el Papa estaba satisfecho. Unió su felicitación con la orden de exterminar a todos los herejes, también a los prisioneros. Maldijo de antemano toda transigencia con la ira de Dios. Esta conducta la mantuvo Pío V incluso después de la paz de St. Germain, soliviantando además a los súbditos del Rey contra la Corte.

A pesar de todo, parecía que el antiguo carácter germánico iba a imponerse. Ya una vez la Corte había sido hugonote y en lugar de fiestas frívolas ya entonces había hecho su entrada a los palacios del Rey una seriedad dura, a veces poco generosa. Una vez más los hugonotes hicieron su entrada cuando Carlos IX llamó a Coligny al poder: «Os doy la bienvenida como mejor no ha sido bienvenido ningún noble desde hace veinte años», le dice al conductor de los herejes. Y así por un corto tiempo una nueva mano asió el destino de Francia. Hasta que todo sucumbió en las Bodas de Sangre de París. Vacilante, sin carácter, iracundo, el Rey prestó oídos a las insinuaciones del partido romano, que le imputó luego el asesinato de Coligny. No había vuelta atrás. La ola germánica que pareció triunfar sobre el Reino de los francos se derrumbó. Cuando el sangriento cadáver de Coligny le fue echado ante los pies al duque de Guise, éste le limpió la sangre del rostro y dijo sarcásticamente: «Sí, éste es él» y le dio un puntapié. Pero en el Castillo de Sant'Angelo en Roma se celebró la matanza con regocijos públicos y se acuñó una moneda en memoria del asesinato de Coligny. Por su parte la piadosa chusma de París cortó las manos del mayor héroe de Francia y arrastró el cadáver por los desperdicios de la calle durante tres días.

Entonces llegó a su fin. Lo que quedaba de los líderes hugonotes reunidos para la boda en París sufrió una muerte sangrienta o fueron asesinados en otras regiones tras huir. En Orleans cayeron en el curso de cinco días 1.500 hombres, mujeres y niños, en Lyon 1.800. Las ciudades de la Provenza vieron diariamente cadáveres mutilados llevados por las aguas, de tal modo que Arlés durante varios días no pudo sacar agua para beber del río. En Rouen la turba incitada hasta el frenesí asesinó en dos días a 800 personas y Toulouse contaba 300 muertos. Las consecuencias de la Noche de San Bartolomé costaron más de 70.000 víctimas. Sin embargo, en la Roma misma se dispararon tiros de júbilo y el Papa de la religión de la paz hizo acuñar una medalla en honor del asesinato de herejes.

Cuando tampoco las luchas posteriores trajeron éxito alguno, cientos de miles prefirieron abandonar la Francia que amordazaba las conciencias. Prusia, los Países Bajos, cuentan descendientes de estos emigrantes (que en total se indican como casi dos millones) entre los mejores de sus conciudadanos.

EL HUNDIMIENTO DEL CARÁCTER DE FRANCIA

El hecho decisivo de esta pérdida de sangre es el cambio en el carácter de la nación francesa. Aquel genuino orgullo, aquella indomabilidad y aquella hidalguía que personificaban los primeros lideres hugonotes desaparecieron para siempre. Cuando en los siglos 17 y 18 la filosofía francesa «clásica» ahuecó y derribó nuevamente los dogmas eclesiásticos, por cierto, estuvo munida de gran agudeza mental y dotada de gran ingenio, pero –obsérvese a Rousseau y hasta al mismo Voltaire– carecía de toda auténtica gran nobleza de pensamiento, que distinguía a Berquin lo mismo que a Condé, Coligny Téligny. Pero hasta este gran despliegue intelectual se hallaba interiormente alejado de la vida, era abstracto; de este modo, el 14 de julio de 1789 llegó a ser un símbolo de una impotencia de carácter. La revolución francesa, que fue genuina y pletórica de sangre bajo Coligny, fue en 1793 meramente sanguinaria, interiormente estéril, porque no fue llevada por ningún gran personaje. Por eso, los girondinos y los jacobinos no se inspiraron en genios, sino sólo en filisteos enloquecidos, en demagogos vanidosos y en esas hienas de los campos de batalla políticos que despojan de sus bienes a los que quedan. Así como durante el bolchevismo en Rusia los subhumanos tartarizados asesinaban a quienes, por su alta estatura y su ademán resuelto, parecían sospechosos como señores, la turba negra jacobina arrastraba al patíbulo a todos los que eran esbeltos y rubios. En términos de historia racial, la desaparición de los hugonotes significó que el poder racial nórdico en el reino franco había sido, si no completamente roto, al menos fuertemente reprimido. La Francia clásica ya muestra tan sólo espíritu sin nobleza, una decadencia del carácter que el pueblo hambriento captó instintivamente, a raíz de lo cual unió sus fuerzas a las del subhumano rapaz para eliminar las últimas cabezas. Desde entonces el ser humano alpino mezclado con el mediterráneo sale a primer plano (no el «celta»). El mercachifle, el abogado, el especulador deviene señor de la vida pública. Comienza la democracia, es decir, no el dominio del carácter sino el dominio del dinero. Esto ya no cambia, indistintamente si domina el Imperio o la República, porque el hombre del siglo 19 era en ambos casos igualmente a-creativo por su condición racial. Por eso el banquero judío pasa a primer plano, luego el periodista judío y el marxista judío. Únicamente la tradición

de una historia milenaria, junto con los efectos de las mismas influencias del entorno geográfico, siguen determinando las líneas de propulsión de poder político de Francia. Pero todo esto lleva otros signos característicos que en los siglos 14 a 16. Lo que aún pensaba noblemente en Francia se apartó del sucio negocio de la política, vive en los castillos de las provincias, en reclusión conservadora, o envía a sus hijos al Ejército para servir de algún modo a la patria. Especialmente a la Marina. ¡Todavía a fines del siglo 19, los espectadores de bailes de la Marina pudieron hacer el sorprendente descubrimiento de que todos los oficiales eran rubios[57]!

El Reich alemán se enfrentó a esta fuerza de la todavía fuerte Francia del norte en 1914 (Normandía siempre fue considerada una «pequeña Alemania» durante el periodo hereje). Sin embargo, este poder ya no estaba comandado por personalidades de la misma sangre, sino por los banqueros Rothschild y los otros poderes financieros emparentados racialmente a ellos. Además, tipos como Fallieres, Millerand, o la impotencia alpina de muchos líderes marxistas. Así es como se escurren las últimas gotas de sangre valiosa. Comarcas enteras en el sur están completamente desiertas y absorben ahora a los pueblos de África, como antaño Roma. Las ciudades portuarias de Tolón y Marsella envían siempre nuevos gérmenes de bastardización al país. Alrededor de Notre Dame en París se inunda una población cada vez más descompuesta. Los negros y mulatos caminan del brazo de las mujeres blancas, surge un barrio totalmente judío con nuevas sinagogas. Repulsivos ricachones mestizos infestan la raza de las mujeres aún hermosas, que de toda Francia son atraídas a París. Así presenciamos en la actualidad algo que ya se desarrolló en Atenas, Roma y Persépolis. Por tal razón, una estrecha relación con Francia, aparte del aspecto político-militar, es tan peligrosa desde el punto de vista histórico-racial. Antes bien la consigna aquí es resistencia contra la penetración africana, clausura de la frontera sobre la base de consideraciones antropológicas, una coalición nórdica-europea con el fin de limpiar la madre patria europea de los gérmenes patógenos que se propagan de África y Siria. También para bien de los franceses mismos.

---

[57] Stackelberg: *Ein Leben im baltischen Kampfe* (Una vida en la lucha báltica), Múnich, 1927.

5.

MAGNANIMIDAD GERMÁNICA

La historia del Reino de los francos está hoy concluida. Indistintamente si la voluntad clerical de poder o el estúpido librepensamiento se alternen en el gobierno: en cualquier caso faltará el gran impulso creador. Francia se verá a partir de ahora afligida por una angustia racial instintiva que es la herencia ineludible del mestizo, por muy superficialmente seguro que parezca. De ahí el miedo que aún hoy impera ante la Alemania derribada gracias a la ayuda de todo el globo terráqueo. La Alemania que tiene todo motivo de observar la línea vital de su pueblo vecino, a fin de despertar toda su fuerza interior contra el mismo curso de su destino.

La Alemania preponderantemente protestante no necesitó un 14 de julio. Aunque fue rechazada por el espíritu alpino-asiaticomenor que la invadió, alrededor de la cuenca del Báltico se extendió un fuerte anillo de resistencia de carácter contra el afán de nivelación romana, que prácticamente obligó a Roma a reformar su vida ética para poder existir. Pero los alemanes, por desgracia, no estaban atentos. Cedió generosamente a la sangre extraña los mismos derechos por los que había luchado con grandes sacrificios propios a lo largo de los siglos. Además, trasladó la tolerancia del pensamiento religioso y científico a un ámbito en el que debería haber hecho fuertes delimitaciones: al ámbito de la formación del pueblo, de la formación del ser humano, de la plasmación del Estado como primer requisito de la existencia orgánica en general. Había pasado por alto que la tolerancia entre protestantes y católicos con referencia a sus convicciones sobre Dios y la inmortalidad no podía ser lo mismo que la tolerancia de valores de carácter antigermánicos. Que el hombre heroico no puede tener el mismo derecho que el especulador bursátil; que al que profesa las inmorales y a-germánicas leyes talmúdicas no se le puede conceder los mismos derechos a la estructuración de la nación que a un comerciante hanseático o a un oficial alemán. De este pecado contra la propia sangre surgió la gran culpa nacional, se originaron las «dos Alemanias», que ya aparecieron en 1870-71, se opusieron irreconciliablemente entre sí después de 1914, se separaron

finalmente en 1918 y hoy luchan entre sí en la vida y en la muerte, aunque todavía no están separadas en todas partes por la conciencia de la sangre. Lo que sucedió durante las guerras contra los herejes, en la época de Gustavo Adolfo, vuelve a repetirse en nuevas luchas solamente bajo otros símbolos. Y por lo que parece, no bajo alegorías de índole eclesiástico-abstracto, sino finalmente ya con fuerte conciencia del enfrentamiento orgánico: hombre nórdico-germánico (o bien sangre nordificada) y subhumano en conexión con la espiritualidad de Siria.

El sacrificio de sangre de la Nación en todos los campos de batalla del mundo, dio al hombre democrático del Este y a sus colaboradores bastardos de las metrópolis del mundo la oportunidad para ascender. El tipo de hombre que comenzó a surgir a la superficie como dominante hace 150 años en Francia, estaba también a la cabeza de la democracia en Alemania desde 1918, provisto del dinero de Siria. Él no conocía los viejos valores, sino que los combatía descaradamente en todas las calles y plazas («el más estúpido ideal es el ideal del héroe» dijo el *Berliner Tageblatt*), el especulador exitoso devino hombre de honor, el banquero judío del Este, financista de los partidos «conservadores del Estado», pero el combatiente contra el escarnio del ser germánico fue encerrado en la prisión por «ofensa a la forma del Estado». Esta subversión de los valores es equivalente a la modificación de la sangre dominante y ya una sola mirada a la fila de los dirigentes marxista-democráticos prueba de un modo espantoso la decadencia racial que hay entre el gobierno de las cabezas de un Moltke, Bismarck, Roon y Guillermo I, y aquellos parlamentarios que administraron hasta 1933 la colonia bursátil alemana desde Berlín.

El dominio de este estrato alpino-judío, llevado a la superficie en horas de una espantosa desesperación de la parte valiosa del pueblo, pareció asegurado por el hecho de que, por instinto, inmediatamente se alió con los poderes fuertes en la actual Francia. Aquella Francia cuyas ideas raídas sirvieron para justificar la pobreza espiritual de la revolución de 1918. Habían crecido con esas mentiras y ya no podían desviarse de su dirección. La forma de la política con respecto a Francia de la democracia en Alemania, se remitía en último término a la simpatía «natural» de los seres humanos decadentes, quienes sienten como un vivo reproche el carácter recto y, por lo tanto, tratan de aliarse con la ruina. Esta es también la explicación esencial

de la simpatía que la Rusia post-revolucionaria provocó en todos los centros de la subhumanidad marxista. Detrás del tornasolear de los presuntos principios, de las reflexiones de «realismo político», etc., se extiende una corriente de fuerza racial subconsciente, vale decir, aguas agitadas que llevan productos residuales del caos racial. Esto sin tener para nada en cuenta las tradiciones históricas y la legitimidad de la política de espacio vital y, por lo tanto, en perjuicio de la Nación alemana.

Todos los historiadores que tratan la dolorosa historia de los conflictos entre Roma y la herejía declaran unánimemente que hay que tratar las cosas desde el panorama mundial y las condiciones de la época respectiva. Esto lo hacen tanto los defensores como los opositores de Roma, que juntos han sido víctimas de un error fatal: como si, además de las circunstancias temporales del tiempo, no existieran también leyes esenciales inmutables que, aunque luchen entre sí bajo formas diferentes, siguen siendo las mismas en la dirección de su acción. La lucha del ser humano nórdico contra el unitarismo espiritual romano es un hecho de esta naturaleza desde hace ya dos mil años, que siempre fue simultáneamente también una «condición temporal». Por tal razón un juicio valorativo con respecto a la época actual conserva su justificación hondamente fundamentada también para la interpretación de las fuerzas similares en la lucha de las razas y del caos racial del pasado. Pero lo que se perdió en esta lucha, lo que provocó el cambio de naturaleza racial y de carácter, precisamente esto no ha sido tratado por los historiadores habituales: la destrucción de la sustancia racial en el sur de Francia, también el exterminio de la sangre creadora en el núcleo todavía fuertemente germánico de Austria a través de la Contrarreforma y las demás «circunstancias de la época» que se derivan de ella. La historiografía corriente ha tratado, por lo tanto, de negar lo inmutable, ha valorado por lo general unilateralmente lo condicionado por la época y sólo ha puesto a prueba sus descripciones en los símbolos exteriores. Mediante este conocimiento, se ha creado una nueva base para el intérprete e investigador venidero del desarrollo de Occidente sobre la base de valores espirituales-raciales inmutables, aptos para permitir un paso hacia arriba a todos aquellos que tengan una voluntad fuerte.

EL MOVIMIENTO HUSITA

Sin embargo, lo anterior requiere una contrapartida para evitar una evaluación superficial de las grandes cuestiones. Por ejemplo, la historia de los husitas. El movimiento protestante en Bohemia tiene un rasgo muy diferente al de Francia. En Francia, había una lengua, una tradición estatal y claros comienzos de un sentimiento nacional unificado; en Bohemia, en cambio, alemanes y checos se enfrentaban como fuerzas divididas en gran medida por la raza. Los checos, por su parte, estaban estratificados racialmente en una nobleza nórdica-eslava, mientras que las clases bajas tenían un carácter alpino-dinárico, es decir, el tipo que tan claramente encarnan los checos actuales. Bajo la influencia anglosajona (Wiklef), la Chequia eslava se separó del universalismo romano del mismo modo que la Alemania germanizada y la Francia hugonote. Este movimiento dio lugar al llamado movimiento ultraquista, que en los Artículos de Praga (1 de agosto de 1420) colocó la predicación libre sin influencia de las autoridades eclesiásticas superiores en la cima de todas las exigencias. Siguieron las demandas habituales de la comunión, la disolución de la propiedad eclesiástica y el fin de la práctica de la absolución de los pecados mortales mediante expiaciones prescritas por la autoridad humana. Para representar estas reivindicaciones, que fueron respondidas con bulas papales de excomunión, el clero checo libre tuvo que valerse de sus masas inferiores. Y aquí se mostró la naturaleza racialmente distinta alpino-dinárica, que se reveló en un salvajismo carente de cultura, unido a una espantosa superstición. El tuerto y rabioso Ziska von Trocnow (cuya cabeza en el Museo Nacional de Praga lo muestra como un asiático proximoriental), fue la primera expresión del devastador movimiento taborista, al que los checos le deben el exterminio tanto de las fuerzas germánicas que en ellos aún actuaban, como también la represión de las genuinamente eslavas.

Como impulsados por una locura proximoriental, los zelotes taboritas se levantaron y declararon que «en este tiempo de retribución, todas las ciudades, pueblos y castillos deben ser devastados, arruinados y quemados», incluida Praga, «la Babilonia de las ciudades»[58]. El quiliasmo (doctrina según

[58] Höfler: *Geschichtsschreiber* (Historiógrafos), III, p. 159.

la cual Cristo volverá para reinar sobre la Tierra durante mil años, antes del último combate contra el mal), absorbido del Antiguo Testamento (que también ha sido un peligroso veneno para muchos otros movimientos protestantes) indujo a los labradores checos a abandonar sus fincas y bienes en espera del «Reino de Dios sobre la tierra», lo que luego tuvo por consecuencia el saqueo de las propiedades alemanas.

Más tarde, los taboritas declararon la guerra a los utraquistas, y ya en 1420 proclamaron una doctrina que siempre ha resonado en las gargantas de los oscuros subhumanos indignados contra el espíritu de la investigación y el genio: «Todo hombre que estudia las artes liberales es vanidoso y pagano». Los verdaderos patriotas checos «perdieron el sentido común», al igual que los intelectuales rusos en 1917 ante la avalancha bolchevique. Esta fue la visión de la inferioridad checa que llevó a Franz Palacky (1846) a confesar que en todas las cuestiones culturales los alemanes habían ganado una posición cada vez más fuerte en los siglos 15 y 16: «De esto sacamos la desagradable y triste constatación de que hay algo en la naturaleza de ambos pueblos, checo y alemán, que da a este último, incluso al margen de las circunstancias políticas, un mayor poder de expansión y le asegura una superioridad duradera; que poseemos algún defecto profundamente arraigado que corroe el núcleo de nuestro valor como un veneno secreto». Y cuando la «causa nacional checa» triunfó, cuando el chequismo triunfó por completo, precisamente por eso se produjo una terrible decadencia espiritual y moral. El patriota Hassenstein declaró apenado: «Los que se esfuerzan por vivir correctamente huyen de su patria», mientras que otro nacionalista checo, Viktorin von Wschehrd, confesó: «No se puede encontrar casi ningún eslabón de nuestro Estado que no esté roto o debilitado». Y como un anhelo de otros hombres, anticipando la interpretación de Palacky del veneno de la Chequia y señalando a la raza germánica como la cura, suenan las palabras de Hassenstein en 1506 a un amigo en Alemania. Después de describir la devastación y el colapso pueblo checo, escribe: «Antaño ciertamente, bajo los Otones, Enriques, Federicos, cuando Alemania florecía, también creció nuestro poder... Bohemia era considerada la parte más noble del Reich; ahora, empero, cuando vuestro Estado tambalea, nosotros no solamente tambaleamos, sino que nos derrumbamos completamente... A vosotros os desgastan las guerras, a nosotros nos devora la herrumbre».

El elemento alemán se vio desplazado desde el principio por el movimiento husita-taborita, a pesar de las muchas simpatías hacia el pensamiento antirromano, que tuvo como consecuencia natural su identificación con el campo papista. Aquí, por consiguiente, por puro espíritu de auto-conservación frente a los seres humanos dinárico-alpinos sublevados, se llevó a cabo una coincidencia externa, sin la necesaria concordancia interna. En épocas de grandes revoluciones naturalmente nunca puede pensarse mucho en la preservación, pero el taboritismo costó al chequismo casi todo lo que poseía en cuanto a fuerzas culturales específicas. Desde entonces este pueblo ha permanecido a-creativo y debe su restablecimiento cultural posterior a las fuerzas formadoras alemanas que nuevamente volvieron a afluir. Por desgracia, el salvajismo unido a la mezquindad de carácter ha seguido siendo una característica de gran parte de la Chequia hasta nuestros días.

Por lo tanto, la ecuación Reforma = Ser Nórdico, no puede ser empleada, con esta uniformidad, porque el gran pensamiento nórdico de libertad interior en muchos lugares también disoció de formas que les eran beneficiosas, a seres humanos que no poseían un alma libre ni un espíritu investigador alado.

Esta observación de la historia checa es sumamente instructiva para toda la futura investigación histórica racial, y nos enseña a distinguir la libertad de «libertad». La libertad en el sentido germánico es independencia interior, la posibilidad de investigación, el desarrollo de una visión del mundo, el sentimiento religioso genuino; libertad para los elementos proximorientales y los mestizos oscuros significa la destrucción sin freno de otros valores culturales. La primera dio lugar al más alto desarrollo cultural en Grecia, pero luego de la «humanización» de los esclavos proximorientales, también la completa destrucción de estas creaciones. Atribuir hoy una «libertad» exterior a todos sin distinción significa entregarse al caos racial. La libertad significa estar ligado a la especie, sólo esto puede garantizar el mayor desarrollo posible. Pero la pertenencia a una especie exige también su protección. Todo esto enseña y exige la observación profunda de la historia checa.

Los 300.000 hugonotes que llegaron a la Europa Central eran o bien de índole puramente nórdica o al menos portadores de una sangre determinada

por el ser germánico y podían constituir con el alemán una armonía fraterna. También cuando la revuelta francesa de 1789 volvió a lanzarse a la caza no solamente de cortesanos degenerados, sino también de toda la auténtica nobleza, muchos «franceses» hallaron en Prusia una nueva patria. Un Fouqué, un Chamisso, un Fontane, un gran número de héroes alemanes de la Guerra Mundial llevan nombres franceses. Por otro lado, un Kant se remontó a sus antepasados escoceses, Beethoven de holandeses, y H. St. Chamberlain, como inglés, sacó a la luz los más bellos tesoros de la espiritualidad germánica desde profundidades ocultas. Todo esto muestra un ir y venir de seres humanos y de valores sobre el plano del sentimiento vital germánico. Pero una esencia totalmente distinta se revela en el llamado pan-europeísmo de hoy, promovido por todos los internacionalistas y judíos. Lo que está ocurriendo aquí no es la armonización de los elementos germánicos en Europa, sino una reunión de desechos del caos racial de las grandes metrópolis, un convenio comercial pacifista de grandes y pequeños comerciantes, en último término, una supresión de las postradas fuerzas germánicas en Alemania –y en todo el mundo– promovido por la finanza judía con la ayuda de las fuerzas armadas francesas actuales.

La forma estatal externa de auto conservación del pueblo alemán está rota, el pseudoestado dominado por fuerzas antigermánicas hasta el punto de cambio en 1933, atacado en el oeste por el francesismo agresivo, todavía enemigo de todo lo alemán; a esto se agrega que lo alemán en sí está rodeado también en el Este por olas tormentosas. Antaño Rusia fue fundada por los vikingos, elementos germánicos erradicaron el caos de la estepa rusa y presionaron a los habitantes dentro de formas estatales posibilitadoras de cultura. Este rol de la sangre vikinga en extinción lo retomaron más tarde las Hansas alemanas, y en general, los emigrantes occidentales a Rusia; en la época desde Pedro el Grande los bálticos alemanes en las postrimerías del siglo 19 y comienzos del 20, también por los pueblos bálticos fuertemente germanizados. Pero entre la capa superior rusa portadora de cultura siempre ha existido un anhelo de expansión sin límites, una voluntad impetuosa de pisotear todas las formas de vida que se percibían como meras barreras. La sangre mongola mezclada seguía hirviendo en todos los choques de la vida rusa, incluso cuando estaba muy diluida, y arrastraba a la gente a actos que a menudo parecían incomprensibles incluso para el individuo. Este repentino

vuelco de todos los signos éticos y sociales que retoman continuamente en la vida rusa y en la literatura rusa (desde Chaadáyev hasta Dostoyevski y Gorki) son un indicio de que corrientes sanguíneas enemigas luchan entre sí y que esta lucha no terminará antes de que una fuerza sanguínea haya triunfado sobre la otra. El bolchevismo significa la rebelión del mongoloide, contra las formas culturales nórdicas, es el deseo por la estepa, es el odio del nómade contra la raíz de la personalidad, significa la tentativa de desembarazarse de Europa en sí. La raza báltica oriental, dotada de muchos dones poéticos, resulta –al estar impregnada de sangre mongoloide– una arcilla flexible en la mano de lideres nórdicos o de tiranos judíos o mongólicos. Ella canta y baila, pero asesina y da rienda suelta a su furor simultáneamente; es devotamente fiel, pero desenfrenadamente traicionera cuando se desprende de las formas. Hasta que es forzada a adoptar nuevas formas, aunque sean de naturaleza tiránica.

EL MITO DE LA SANGRE

Si en alguna parte, es en el Oriente donde se revela la profunda verdad de la actual visión racial de la historia, pero al mismo tiempo la gran hora del peligro en la que ya se encuentra la sustancia de la raza nórdica. Estas fuerzas que roen en el interior de cada país y las mareas agitadas del inframundo resultan para todos los que se preocupan por la cultura general de Europa en la necesidad de un frente unificado de conexión con el destino nórdico, que atraviesa hoy el llamado frente de los vencedores y los vencidos de la Guerra Mundial (sobre esto en el 3er. libro). Pero este conocimiento impone un gran deber a todos los investigadores más profundos y exige el desarrollo de fuerzas de carácter inusuales.

Antaño los cristianos primitivos tuvieron la poderosa fe como para tomar sobre sí todos los martirios y persecuciones. Y vencieron. Cuando Roma abusó de estos hechos, surgieron nuevos cientos de miles fuertes en su fe en Europa, que todavía en la hoguera luchaban por la libre fe y la libre investigación. Otros se dejaron expulsar de la casa y de la madre patria, se dejaron encadenar a las galeras junto a negros y turcos, lucharon como stedingos y valdenses, hasta el último hombre por su existencia conforme a su especie. Y crearon así todas las bases de la cultura occidental-nórdica. Sin

Coligny y Lutero, no habrían existido ni Bach ni Goethe, ni Leipniz ni Kant. Y al respecto de la ingenua fe en la Biblia de los protestantes, hoy ha desaparecido tan irremisiblemente como antaño la fe en la «misión divina de la Iglesia» había caído en el olvido.

Pero hoy despierta una nueva fe: el Mito de la Sangre, la fe de que con la sangre se defiende también la esencia divina del hombre. La fe identificada con el saber más nítido de que la sangre nórdica representa aquel misterio que reemplaza y ha superado a los viejos sacramentos.

Y después de una retrospección desde el más lejano pasado hasta la más reciente actualidad se extiende ante nuestra mirada la siguiente multiformidad del poder creativo nórdico: la India aria brindó al mundo una metafísica cuya profundidad aún hoy no ha sido alcanzada; la Persia aria creó para nosotros el mito religioso del que todos nos nutrimos todavía hoy; la Hélade dórica soñó con la belleza en este mundo como nunca más se ha realizado en la perfección latente ante nosotros; la Roma itálica nos mostró la disciplina estatal formal como ejemplo de cómo una totalidad humana amenazada debe conformarse y defenderse. Y la Europa germánica dotó al mundo del más luminoso ideal de humanidad: con la doctrina del valor del carácter como base de toda moral, con el himno a los más altos valores del ser nórdico, a la idea de la libertad de conciencia y del honor. Por ella se luchó en todos los campos de batalla, en todos los gabinetes de eruditos, y si esta idea no triunfa en la gran lucha que se avecina, Occidente y su sangre perecerá, así como la India y la Hélade desaparecieron para siempre en el caos.

Con este conocimiento de que Europa en todas sus producciones ha sido hecha creadora únicamente por el carácter, ha quedado al descubierto el tema, tanto de la religión europea como de la ciencia germánica, pero también del arte nórdico. Tomar conciencia interior de este hecho, experimentarlo con todo el ardor de un corazón heroico, es crear la condición de todo renacimiento. Este conocimiento es el fundamento de una nueva visión del mundo, de un pensamiento estatal nuevo-antiguo, el Mito de una nueva actitud ante la vida, que es lo único que nos dará la fuerza para derrocar el arrogante dominio del subhumano y crear una moral inherente que impregne todos los ámbitos de la vida.

6.

CADA RAZA TIENE SU ALMA

El objetivo de la crítica de la razón pura es hacernos conscientes de los presupuestos formales de toda experiencia posible y restringir las diversas potencias activas del hombre a un determinado ámbito que sólo a ellas corresponde. El menosprecio de esta concepción de la crítica del conocimiento ha conducido a los mayores deterioros en todos los terrenos; por tal razón la crítica del conocimiento de Kant significó el despertar a la plena conciencia en medio de una época que empezaba a cansarse de los sistemas religioso-escolásticos, chatamente naturalistas o sofocantemente sensualistas. Sin embargo, con el debido reconocimiento del gran logro de la crítica de la razón, aún no se ha determinado nada que sobrepase lo formal, acerca de la naturaleza interna y el modo de empleo de las fuerzas anímicas y de la razón, es decir, una valoración de la esencia íntima de las distintas culturas y cosmovisiones no ha sido involucrada. El sistema romano (católico), el judaísmo y el fanatismo islámico ya habían hecho bastante. En el fondo, ni siquiera un pueblo cultural concede el derecho a juzgar sus creaciones con la palabra censora de bueno y malo, correcto e incorrecto. Pues las culturas no son cosas que desde lejanías nebulosas se posan como círculos acompasados –no se sabe por qué– un momento a una zona de la tierra, al siguiente a otra, sino que son creaciones pletóricas de sangre que existen, cada cual arraigada metafísicamente a su modo (racional o irracional), agrupadas alrededor de un centro inasible, referidas a un valor máximo, y todas poseen, incluso con la falsificación posterior, un contenido de verdad vivificante. Cada raza tiene su alma, cada alma su raza, su propia arquitectónica interior y exterior, su manifestación y el gesto de su estilo de vida característicos, una relación entre las fuerzas de la voluntad y de la razón que es únicamente suya. Cada raza desarrolla en último término solamente un ideal máximo. Si éste es transformado o hasta destronado por otros sistemas de selección (Zuchtsysteme), por infiltración preponderante de sangre e ideas extrañas, la consecuencia de esta transformación interior está caracterizada exteriormente por el caos, por épocas de catástrofe. Pues un

valor supremo exige una cierta agrupación, condicionada por él, de los demás mandamientos de la vida, es decir, determina el estilo de existencia de una raza, de un pueblo, de un grupo de pueblos relacionados con esta nación. Su eliminación significa, por tanto, la disolución de la totalidad del estado de tensión interior orgánica-creativa.

Después de tales catástrofes puede ocurrir que las fuerzas del alma se reagrupen en torno al viejo centro y, bajo nuevas condiciones, den también nacimiento a una nueva forma de existencia, ya sea tras la victoria final sobre los valores ajenos que han irrumpido durante un tiempo, o tras la tolerancia de un segundo centro de cristalización junto a él. Pero una yuxtaposición en el espacio y en el tiempo de dos o más concepciones del mundo referidas a distintos valores máximos, de las que han de participar los mismos seres humanos, significa una solución intermedia que augura infortunio, que lleva en sí el germen de un nuevo colapso. Si el sistema invasor logra debilitar la fe en las viejas ideas y desintegrar y someter físicamente a los portadores de estas ideas, las razas y los pueblos, entonces esto significa la muerte de un alma cultural, que entonces también desaparece de la faz de la tierra en su encarnación exterior.

La vida de una raza, de un pueblo, no es una filosofía que se desarrolla lógicamente, ni un proceso que se desenvuelve según la ley natural, sino la formación de una síntesis mística, una actividad del alma que no puede ser explicada por la razón ni hecha comprensible por la representación de causa y efecto. Interpretar una cultura en cuánto a su esencia, consiste, por consiguiente, en poner al descubierto el valor máximo religioso, ético, filosófico, científico o estético que determina todo su ritmo, pero al mismo tiempo condiciona también las relaciones y la jerarquización de las fuerzas humanas entre sí. Un pueblo primordialmente religioso dará lugar a una cultura diferente de aquella para la que el conocimiento o la belleza dictan la forma de existencia. En última instancia, cualquier filosofía que vaya más allá de una crítica formal de la razón es menos una constatación que una confesión; una confesión anímica y racial, una confesión de valores de carácter.

Nuestra caótica era actual ha estado siendo evocada desde hace siglos. Gracias a determinadas circunstancias, ha sido posible debilitar las leyes vitales de los pueblos de condición nórdica por la intervención de otras

fuerzas, quitarnos en muchas partes la fe en los propios valores máximos establecidos, o incorporar éstos en un nuevo sistema como factores subalternos. El alma racial del norte de Europa estuvo en continua lucha contra estos signos de decadencia. Hasta que a pesar de ello se formaron nuevos centros de fuerza hostiles a ella.

El siglo 19 mostró en toda Europa tres sistemas existentes elaborados uno al lado del otro. Uno era el Occidente nórdico originario, basado en la libertad del alma y la idea del honor; el otro, el dogma romano perfeccionado del amor humilde y sumiso al servicio de un sacerdocio gobernado centralizadamente; el tercero era el presagio abierto del caos: el desenfrenado individualismo materialista, con el fin de un dominio mundial político-económico del dinero como fuerza unificadora y formadora de tipos.

Estos tres poderes lucharon y luchan por el alma de todo europeo. Para el combate y la muerte se llamaba también en el último siglo en nombre de la libertad, el honor y la nacionalidad. Pero en 1918 habían vencido las potencias de la plutocracia y la Iglesia romana. Sin embargo, en medio del más espantoso derrumbe despertó la vieja alma racial nórdica a una nueva y más elevada conciencia. Ella comprende finalmente que no puede haber una yuxtaposición en igualdad de derechos de distintos valores máximos –necesariamente excluyentes entre sí– como antaño creyó poder concederlo magnánimamente para su presente perdición. Ella comprende que lo racial y anímicamente emparentado puede ser incorporado, pero que lo extraño debe ser inflexiblemente segregado y, de ser necesario, combatido. No porque sea «falso» o «malo» en sí, sino porque es ajeno a la especie y destruye la estructura interna de nuestro ser. Hoy sentimos que es nuestro deber dar cuenta de nosotros mismos hasta la última claridad, o bien nos pronunciamos por el valor máximo y las ideas sustentadoras del Occidente germánico, o nos desechamos anímica y físicamente. Para siempre.

La verdadera lucha de hoy, entonces, no consiste tanto en los desplazamientos de poder externos con compromiso interno como antes, sino, por el contrario, en la reconstrucción de las células del alma de los pueblos preponderantemente nórdicos, por el restablecimiento en sus derechos soberanos de aquellas ideas y valores de los que deriva todo lo que significa cultura para nosotros, y por la preservación de la propia sustancia racial. La situación del poder político puede quizás desplazarse aún más en

nuestra desventaja durante mucho tiempo. Pero una vez que se haya visualizado y creado en algún lugar un nuevo y aún antiguo tipo de alemán que, consciente de su alma, de su raza y de su historia, proclame y encarne sin reparos los viejos-nuevos valores, entonces todo lo que, aunque sea a tientas, busque y esté arraigado aún en el viejo suelo de la madre patria Europa se reunirá en torno a este centro.

Digamos esto primero, para admitir de entrada que no hay que fingir una «ciencia sin premisas» como solían hacerlo y lo hacen los oscurantistas científicos, a fin de dar a sus concepciones el barniz de dogmas de validez general. No existe una ciencia sin premisas, sino únicamente ciencia con premisas... Uno de los grupos de las premisas lo constituyen las ideas, teorías, hipótesis que guían hacia una dirección las fuerzas indagadoras dispersas y se ponen a prueba mediante la experimentación para comprobar que su contenido sea verdadero. Estas ideas están tan condicionadas racialmente como los valores volitivos. Pues una determinada alma y raza se enfrenta al universo con interrogaciones de su propia índole. Las cuestiones planteadas por un pueblo nórdico no suponen ningún problema para el judío o el chino. Cosas que para el occidental llegan a ser un problema son para otras razas enigmas solucionados.

En todos los consejos democráticos se sigue oyendo proclamar hoy el dogma de la «internacionalidad del arte y de la ciencia». Los pobres de espíritu que han desprestigiado a todo el siglo 19 con estos testimonios de incomprensión de la vida y carencia a-racial de valores, por supuesto, ya no pueden ser enseñados sobre la estrechez de este «universalismo». Pero la generación joven, que comienza a dar la espalda a esta creación de invernadero, descubrirá tras una sola mirada imparcial a la diversidad del mundo que un «arte en sí mismo» no existe, nunca ha existido y jamás existirá. El arte es siempre la creación de una determinada sangre, y la esencia ligada a la forma de un arte sólo es realmente comprendida por criaturas de la misma sangre; a otras les dice poco o nada (más sobre esto en el segundo libro). Pero también la «ciencia» es una consecuencia de la sangre. Todo lo que hoy llamamos ciencia en abstracto es resultado de los poderes creativos germánicos. Esta idea occidental-nórdica de una sucesión de acontecimientos en el universo atribuible a leyes, la investigación de esta sujeción a leyes, no sólo no es una «idea en sí misma» en la que también

tendrían que caer todos los mongoles, sirios y africanos, sino todo lo contrario: esta idea (que apareció en una forma diferente en la Hélade nórdica) se enfrentó a la más furiosa oposición de las muchas razas extranjeras y sus visiones del mundo a lo largo de los milenios. La idea de la sujeción a leyes internas y la sujeción a leyes propias fue un golpe en la cara de todas las concepciones que construían su visión del mundo sobre la tiranía arbitraria de uno o muchos seres dotados de poder mágico. Una ciencia propia no podría surgir de una visión del mundo como la que nos transmitió el Yahvé del Antiguo Testamento, como tampoco podría surgir de la creencia en los demonios y de las hipótesis evolucionistas de seres humanos africanos. La lucha del sistema eclesiástico romano contra la ciencia germánica también fue resultado de esta oposición eternamente foránea. Esta se abrió paso brillantemente a través de ríos de su propia sangre, de la sangre derramada por Roma. Los piadosos monjes nórdicos, que daban más valor al testimonio del ojo captador del mundo que a los amarillentos pergaminos siríacos, fueron perseguidos con veneno, cárcel y puñal, véase Roger Bacon, véase Escoto Erígena... Lo que hoy llamamos «ciencia» es la creación racial germánica más original; no es un resultado técnico, sino la consecuencia de una forma única de cuestionar el universo. Como Apolo a Dionisio, así Copérnico, Kant, Goethe están frente a San Agustín, Bonifacio VIII, Pío IX. Así como el menadismo y las costumbres fálicas trataron de corromper la cultura griega antigua, así la doctrina del Infierno y la creencia desvariada en brujas de los etruscos desbarataron en lo posible todo brote de concepción del mundo nórdica. Con el relato de la expulsión de los espíritus malignos por Jesucristo esta magia siria se adhirió hasta hoy al cristianismo; el viaje a los Infiernos y la ascensión al Cielo, el fuego del Infierno y los tormentos del Infierno devinieron de ahora en adelante ciencia cristiana, las súcubos e íncubos se establecieron como doctrinas científicas. No es de extrañar que recién en 1827 (¡!) Roma eliminara finalmente del Index los libros que reconocían la teoría heliocéntrica de Copérnico.

Porque sobre la base de la «verdad» romana sólo su enseñanza es verdadera ciencia. A pesar de todo el derramamiento de sangre, tuvo que tolerar a regañadientes que durante casi dos milenios no pudiera hacer valer este punto de vista, pero aún hoy sigue trabajando para envenenar el espíritu nórdico de investigación con las antiguas doctrinas mágicas. La más evidente

encarnación de esta tentativa es la Orden Jesuita con sus secciones «científicas». El jesuita Cathrein declaró: «Una vez que una verdad ha sido establecida a través de la fe (lo que está "establecido" lo determina Roma), entonces toda afirmación contradictoria es falsa y, por tanto, nunca puede ser el resultado de una verdadera ciencia...». Y el moderno teórico de la «ciencia» jesuítica, el Dr. J. Donat, profesor en Innsbruck, declara que toda duda en las verdades de la fe es inadmisible. «Triste es el panorama de una ciencia», exclama, «que no puede ofrecer otra cosa que una eterna búsqueda de la verdad»[59].

La profunda diferencia de mentalidad no puede mostrarse más claramente que mediante estas palabras de un alpino completamente sumergido en el demonismo sirio: significan nada menos que la pretensión del derecho de aniquilación de la voluntad germano-europea de investigación en nombre de un dogma arbitrario. La «ciencia» financiera actual es otro ejemplo de subversión del reconocimiento de la ley interna mediante la introducción de la especulación arbitraria.

El investigador europeo, en cuanto pretende hacer un uso práctico de un descubrimiento, apunta siempre a un logro real, que quiere ver colocado en la relación de la causa y el efecto, la razón y la consecuencia, como algo producido, creado. Siente trabajo, la invención y la propiedad como fuerzas formadoras de la sociedad en medio de una comunidad racial, nacional (völkisch) o estatal; hasta norteamericanos como Edison y Ford se pronuncian por esta postura anímica. También la Bolsa solía tener un solo propósito, facilitar una transición fluida entre el hecho y la consecuencia, entre la invención, el producto y la venta. Ella era un medio auxiliar similar al dinero. De esta posición de servicio se ha desviado hoy hacia una función completamente distinta. La «ciencia bursátil y financiera» ha llegado a ser al presente, un juego con valores ficticios, una magia de números, una perturbación realizada sistemáticamente por determinados círculos entre el pasaje de la producción hasta la venta. Hoy los amos de la Bolsa actúan con la hipnosis de las masas mediante noticias falsas, a través de la producción del pánico; excitan conscientemente al máximo todos los impulsos patológicos y una actividad natural de mediación en el engranaje económico

[59] *Die Freiheit der Wissenschaft* (La Libertad de la Ciencia), 1910.

se ha convertido en arbitrariedad, en descomposición mundial. Esta «ciencia financiera» tampoco es internacional, sino que es puramente judía, y la enfermedad de la economía de todos los pueblos determinados nórdicamente proviene del hecho de que ellos se afanan por incorporar a su sistema de vida esta arbitrariedad siria, antinatural, originada en instintos parasitarios. Algo, que, si se lograra hasta el final, traería tras de sí la destrucción absoluta de todas las premisas naturales de nuestra vida. La «ciencia» del peritaje de Dawes, la vigilancia del servicio de informaciones políticas por banqueros y su prensa, es anti germánica hasta la médula y se encuentra por eso también en consciente enemistad a muerte hacia los grandes pensadores alemanes de la económica nórdica, es decir, hacia Adam Müller, Adolf Wagner, Friedrich List. Aquí se muestra también la esencia del marxismo judío, que combate al «capitalismo», pero deja intacto el centro de este capitalismo, las finanzas bursátiles.

La precondición de la «ciencia» romana es, pues, la ley de fe fija, arbitraria y obligatoria de la iglesia; la precondición de la «ciencia» judía es la ficción, en alemán: el fraude; la base, en cambio, de la ciencia germánica es el reconocimiento de una sujeción a leyes (Gesetzmäßigkeit) del universo y del alma humana, que se manifiesta en distintos efectos. Estas percepciones y conocimientos son fundamentales para la valoración de la vida en su totalidad, también de aquellos fenómenos que (como el sonambulismo, la clarividencia, etc.) aún no pueden ser incorporados completamente en esta forma de ver las cosas.

Y esto lo significa todo: cuando hoy se habla de percepciones y confesiones, siempre se parte de precondiciones muy concretas. Examinamos los distintos valores máximos que luchan por las almas de todos los europeos, establecemos las respectivas arquitecturas de las fuerzas relacionadas con estos valores supremos y profesamos nuestra creencia en uno de estos sistemas. Esta confesión y el asentimiento a por lo menos las ideas básicas de la misma sólo puede venir de almas iguales, emparentadas, pero hasta ahora cegadas, los demás la rechazarán y deberán rechazarla, y si no pueden silenciarla la combatirán por todos los medios.

Tal desapego y separación del individuo, así como de todo un pueblo, de las fuerzas aún poderosas de un pasado que agoniza en su interior, es doloroso y dejará heridas profundas. Pero solamente tenemos la disyuntiva:

asfixiarnos o emprender la lucha por la recuperación. Empezar esta lucha con una conciencia clara y una voluntad fuerte es la tarea de nuestra generación. Terminarla es la tarea de una generación posterior.

7.

EL MONISMO DOGMÁTICO

Al hombre primitivo «el mundo» se da como un encadenamiento sin causa de imágenes en el espacio y sensaciones en el tiempo. La mente crea luego la relación causal, la razón, la unidad de lo diverso mediante el establecimiento de ideas rectoras. La interrelación resultante de estas actividades la llamamos nuestra experiencia. Esta es la base formal de toda la vida. Sin embargo, esto se utiliza de manera fundamentalmente diferente. Una fuerza preponderante de la razón formadora de ideas llevará a reunir las distintas unidades bajo cada vez menos ideas sumarias, para llegar finalmente a un principio único de explicación del mundo. Este monismo formal a su vez se manifiesta de modo distinto según que se haga originar la idea del mundo de la idea de la materia (la materia absoluta, o sea una completa abstracción, es idea), o de la idea de «fuerza». El mecanicista consecuente califica a las moléculas, átomos y electrones como seres primigenios, cuya forma y combinaciones diversas crean el espíritu y el alma; el energetista consecuente reconoce a la materia únicamente como fuerza latente concentrada, que se descarga como oscilación eléctrica, luminosa o térmica. Tanto el monista materialista como el espiritualista son dogmáticos porque pasan por encima del último fenómeno originario del «mundo», fenómeno éste de apariencia tanto formal como material, con una única, pero del todo decisiva afirmación, ya sea esta afirmación una tesis filosófica, científica, o una creencia religiosa. Este fenómeno primordial es, incluso después de superar la multiplicidad (pluralismo), la polaridad de todos los fenómenos, pero también de todas las ideas. La dualidad de toda existencia se evidencia físicamente como luz y sombra, caliente y frío, finito e infinito; espiritualmente como verdadero y falso; moralmente como bien y mal (lo

que sólo puede ser impugnado en cuanto estos conceptos también se refieren a algo aparte de ellos), dinámicamente como movimiento y reposo; como positivo y negativo; religiosamente como divino y satánico. La polaridad significa siempre simultaneidad de opuestos, cuyas dos magnitudes y condiciones no se explican, por tanto, como emergentes una de otra. El concepto de lo bueno no es concebible en absoluto sin el de lo malo, recién recibe por él delimitación, es decir, forma. La electricidad «negativa» aparece siempre simultáneamente con la «positiva»; ambas formas son igualmente positivas, solo que con el signo contrario. El No establece el Sí y el espíritu se da como idea simultáneamente con la idea de corporeidad. Por consiguiente, entre los grupos que aparecen como polares una relación causal no puede ser comprobada en ninguna parte, hasta los últimos límites de nuestro conocimiento que avanza a tientas. Sin embargo, toda vida, toda vida creativa, surge de la oposición siempre existente del Sí y del No, e incluso el monista dogmático –ya sea materialista o espiritualista– sólo vive de la existencia de la eterna contradicción. Únicamente en el espejo del cuerpo ve el espiritualista el «espíritu», sólo bajo la condición de diferentes cualidades puede el materialista descubrir los cambios de forma y el desplazamiento material.

Así también el «Yo» y el «Universo» se enfrentan el uno al otro como dos últimos condicionamientos polares, y el peso que un alma pone sobre uno u otro (con reconocimiento subconsciente de la eterna antítesis), contribuye a determinar la naturaleza, el colorido y el ritmo, de la concepción del mundo y de la vida.

De esta ley metafísica primordial de todo ser y devenir (¡también éstos son dos contrarios polares que en forma puramente empírica se excluyen mutuamente en todo momento!) resultan, por de pronto, dos tipos de sentimiento vital: el ser dinámico o la valoración estática.

Una observación del mundo preponderantemente estática tenderá a un monismo de cualquier tipo; se esforzará por afirmar una única sinopsis espiritual (síntesis), un único símbolo, es más, también una forma única de la vida, contra toda polaridad, contra toda multiplicidad (pluralismo). Desde el punto de vista religioso, exigirá una estricta fe en un solo dios (monoteísmo), revestirá a este dios único con todas las cualidades de poder y gloria, remontará la creación a él, es más, tratará de eliminar por

razonamiento lo satánico mismo. Un dios así llegó a ser Yahvé, que luego irrumpió en el pensamiento occidental con ayuda de la Iglesia cristiana. Los israelitas y judíos habían estado encerrados originariamente en una vida religiosa enteramente pluralista; cierto es que su Dios nacional se preocupaba por ellos y ellos por él, pero nadie ponía en duda que los «otros dioses» eran tan reales y operantes como Yahvé. Durante el cautiverio entre los persas recién supieron los judíos de un Dios universal (cósmico) y su polo opuesto: el Dios de la Luz Ahura Mazda y el tenebroso Angra Mainyu, que se transformaron más tarde en Yahvé como soberano absoluto y Satanás como su rival. El judío se desligó paulatinamente de todos los pluralismos, ubicó a Shaddai-Yahvé en el centro del universo, se puso a sí mismo como un siervo plenipotenciario y se creó mediante esta acción un centro gobernante, que ha criado por selección y preservado su mentalidad, su raza, su –aunque puramente parasitario– tipo, hasta el presente, sin tomar en consideración todos los fenómenos fronterizos causantes de mezcla. Y aún allí donde judíos «renegados» suprimieron a Yahvé, colocaron en su lugar el mismo ser, solamente bajo otro nombre. Se llamaba ahora «humanidad», «libertad», «liberalismo», «clase». En todas partes estas ideas se transformaron en el viejo rígido Yahvé y éste continuó criando a sus granaderos bajo otros nombres. Dado que Yahvé es considerado como «materialmente efectivo», en el caso del judaísmo la rígida fe en un solo dios está entrelazada con el culto material práctico (materialismo) y la más estéril superstición filosófica, para la que el llamado Antiguo Testamento, el Talmud y Karl Marx proporcionan las mismas ideas. Esta autoafirmación estática es el fundamento metafísico de la tenacidad y fuerza del judío, pero también de su absoluta esterilidad cultural y de su actividad parasitaria.

Esta estática instintiva constituye también la columna vertebral de la Iglesia romana. Establece una formación (síntesis), ella misma, como sucesora del depuesto «pueblo de Dios» y desarrolla la misma imperturbable rigidez formal-dogmática que el Yahveísmo o el posterior Mahometismo semítico. Tal sistema conoce únicamente la «ley», (es decir, su propia arbitrariedad), en ninguna parte la personalidad; allí donde alcanza el poder, destruye necesariamente los organismos, y sólo gracias a que no pudo triunfar del todo tenemos todavía pueblos, culturas, en una palabra, vida real. Nosotros hasta somos testigos de que el movimiento de oposición contra el

peso paralizante de la Iglesia fue en Europa lo suficientemente potente como para incorporar al fundamento judeo-eclesiástico-romano un permanente pluralismo anímico, por amor al cual únicamente partes de los pueblos occidentales también aceptaron obligadamente el rígido centro, de modo que se puede hablar con toda razón del catolicismo y de sus santos (como fenómeno religioso, no como unión eclesiástica y política) como una fe condicionada por el politeísmo. Pero, de cualquier modo, su centro ha reforzado en Europa una posición estática-monista, y mediante el reconocimiento del Nuevo Testamento ha introducido de contrabando también el espíritu del Antiguo Testamento dentro del protestantismo originariamente individualista.

Desde el principio, el protestantismo se reveló como espiritualmente dividido. Visto como un movimiento defensivo, significó la rebelión de la voluntad germánica de libertad, de la vida nacional propia, de la conciencia personal. Sin duda, abrió el camino a todo lo que hoy llamamos obras de nuestra más alta cultura y ciencia. En lo religioso, sin embargo, fracasó porque se detuvo a mitad de camino y sustituyó el centro romano por el jerosolimitano: el derecho soberano de la letra bloqueó la irrupción de aquel espíritu que antaño había predicado el Maestro Eckehart, pero que tampoco pudo imponer aún frente a la Inquisición y las hogueras. Cuando Lutero puso su mano sobre el Nuevo y el Antiguo Testamento al mismo tiempo en Worms, realizó un acto que sus seguidores consideraron simbólico y veneraron como sagrado. En la letra de estos libros se medía en lo sucesivo la devoción y el valor del protestante. Nuevamente la pauta para nuestra vida espiritual se hallaba fuera de la esencia alemana, aun cuando geográficamente no puede ser comprobado con tanta claridad como en el caso del «Anticristo» de Roma. El encuentro de Lutero con Zuinglio muestra hasta qué punto aún llevaba las antiguas cadenas. Su doctrina de la Comunión, adoradora de la materia, la seguimos arrastrando hasta hoy en el texto de fe protestante. Sólo muy tarde Lutero se desembarazó de los «judíos y sus mentiras» y declaró que ya no tenemos nada ver con Moisés. Pero mientras tanto la «Biblia» se había convertido en un libro popular y la «profecía» del Antiguo Testamento en religión. Con ello, la judaización y paralización de nuestra vida avanzó un paso más, y no es de extrañar que a partir de entonces niños alemanes rubios tuvieran que cantar todos los

domingos: «A ti, a ti, Jehová, cantaré, pues ¿dónde habrá un Dios como tú...?».

Los judíos habían tomado (como tantas otras cosas) la idea de un Dios universal (cósmico) de los persas. Aquí, encontramos el testimonio más portentoso del reconocimiento filosófico-religioso de la existencia polar. El gran drama cósmico se consuma en una lucha que abarca muchas edades de la Tierra, entre la Luz y las Tinieblas, hasta que —como quedó expuesto anteriormente— después de un combate terrible el Salvador del mundo, el *Caoshianç,* viene y separa las ovejas negras de las blancas, es decir, una figura como aquélla en la que Jesús apareció a un mundo posterior. El drama debe, por supuesto, culminar en la victoria, pero en ninguna parte la dinámica del alma ha quedado formulada en forma más consciente y grandiosa que aquí, en la antigua doctrina persa. Y por esa razón a nosotros, que hoy comenzamos a desembarazarnos de la estática foránea de todo lo jerosolimitano, junto a las sagas de los pueblos nórdicos, este drama de Persia nos parece de parentesco próximo y primigenio. La concepción supraterrenal (metafísica) va unida además a una acerba enseñanza moral y complementa una comunidad de almas en sentido ético-religioso, tal como desde siempre ha sido sentida por los hombres conscientemente nórdicos.

El hombre germánico en el momento de su aparición en la historia mundial, por de pronto, no se ocupó de filosofía. Pero sí hay algo característico de su modo de ser es la dinámica de su vida interior y exterior, naturalmente emparejada con la aversión contra un monismo inmóvil, de cualquier índole, contra una especie de rigidez eclesiástica, tal como más tarde le fue impuesta por Roma a través de una superioridad técnica y diplomática, en una época de debilidad, cuando el tiempo juvenil de su raza llegaba a su fin, los viejos dioses estaban agonizantes y se estaba a la búsqueda de nuevos.

Si la controversia entre Europa y Roma terminó en un compromiso que como tal ahora perdura a pesar de numerosas rebeliones durante 1500 años (pero que no es sentido tan pesadamente solo porque las viejas costumbres hogareñas con todo siguen subsistiendo tal como fueron practicadas antes de la cristianización, y únicamente recibieron una nueva interpretación) este compromiso probó ser imposible en los campos del arte, la filosofía y la ciencia. Aquí la lucha, ha sido llevada en la forma más consciente y más

tenaz, y terminó con la derrota del terror del Index y de las hogueras, aun cuando esto no haya penetrado aún en la conciencia de las masas de sensibilidad más perezosa —e incluso en las educadas superficialmente. Aquí se revela el espíritu europeo en todo su dinamismo y en su concepción polar claramente diferenciadora de la existencia, pero al mismo tiempo evidencia que la disputa por las formas ha conmovido menos al europeo nórdico que la veracidad como valor interior del carácter, tal cual era condición previa en la ciencia y la filosofía.

La realidad fundamental del espíritu europeo-nórdico es la separación realizada consciente o inconscientemente de dos mundos, el mundo de la libertad y el mundo de la naturaleza. En Emmanuel Kant este fenómeno primario de la metodología del razonamiento de nuestra vida alcanzó su conciencia más luminosa y no debe nunca más perderse ante nuestros ojos. Pero este autodespertar da testimonio de una concepción muy especial de aquello que debe ser considerado como «verdadero». Al indio de las postrimerías se le disolvió al final todo el universo en simbolismo; también el Yo devino finalmente solo en la insinuación de algo eternamente idéntico. «Verdadero» era para el metafísico indio no una realidad descriptible que en nuestro sentido pueda ser incorporada a la cadena de causa y efecto o de hecho y consecuencia, sino la acepción puramente subjetiva referente a un acontecimiento o aun relato. Por esta razón, el indio no exige creer en los milagros de Rama o Krishna como en los hechos, sino que los declara «reales» en el momento en que se cree en ello. En base a esta concepción de la realidad, en el teatro indio se transforman sin contradicción las niñas en flores, sus brazos en lianas y los dioses en miles de figuras humanas... Como el simbolismo depende de la fe, el «milagro» queda despojado de su significado material. Distinto es para los pueblos del este del Mar Mediterráneo. Aquí la libertad fue introducida en la naturaleza como acto de hechicería y la historia de estos países está colmada de milagros «verdaderos» en los que se cree en forma puramente material. Un claro ejemplo de la conciencia de gobernar dos mundos diferentes nos lo da Adriano. En el noroeste preponderantemente germánico de su Imperio mundial, se muestra como servidor heroico del Estado, participa de todas las fatigas del viaje al igual que el soldado común, es señor y amo, pero no dios y hacedor de milagros. Pero así es como aparece el sabio conocedor de los

seres humanos en sus viajes a través de regiones africanas, sirias y helénicas. De esta manera, Adriano fue adorado como Salvador en el sur y sudeste del Imperio, fue admitido en la dirección de los Misterios de Eleusis, se dejó venerar tranquilamente como Helios, introdujo a Antínoo como dios en Egipto, cuya muerte y genuina resurrección fueron luego igualmente creídas y proclamadas por los sacerdotes como la muerte y la «verdadera» resurrección de Cristo: Adriano curaba enfermos, sanaba a lisiados mediante el contacto de su mano, y los relatos sobre sus hechos milagrosos recorrieron como la más auténtica crónica todos los Estados del Mar Mediterráneo oriental. Al círculo de estas mezclas de naturaleza y libertad unidas en la creencia en las creencias mágicas de ciertos pueblos, pertenecen naturalmente también las leyendas cristianas, que con toda seriedad son pregonadas aún hoy a los europeos: «parto virginal», «resurrección» material de Cristo, «ascensión al Cielo y viaje a los Infiernos», así como las distintas «visiones» de los santos católicos, a los cuales la Virgen María se les apareció con tanta veracidad como Jesucristo, como según relata el jesuita Mansonius, se le apareció en persona la virgen Juana de Alejandría el 7 de junio de 1598, expresando satisfacción por la obra de «su» Compañía.

Hasta qué punto este mundo mágico de África y Asia ensombrecía a Europa y amenazaba con estrangular todo el pensamiento, incluso el de los más libres, lo atestigua el juicio de Lutero sobre Copérnico, al que calificó de estafador y de fraude, simplemente porque la Biblia mágica quería que las cosas fueran diferentes de lo que enseñaba el gran Kopperning. Millones de personas aún no han comprendido que Copérnico, que sustituyó la visión estática del mundo del disco terrestre inmóvil con el cielo arriba y el infierno abajo por la visión dinámica de los sistemas solares que dan vueltas eternamente, superó sin dejar restos la totalidad de nuestra doctrina eclesiástica compulsiva, la totalidad de la mitología del descenso a los infiernos y la resurrección, y ha acabado con ella de una vez por todas. El Credo de Nicea, adoptado por una mayoría de monjes que en su mayor parte no sabían leer ni escribir, y las doctrinas a las que se llegó en sínodos de ladrones en los que las cuestiones religiosas se decidían a golpes de garrote, están muertas, son interiormente falsas, y nada revela más claramente la impotencia y la falsedad de nuestras Iglesias que el hecho de que insistan en cosas que no tienen nada que ver con la religión, que sigan

defendiendo doctrinas en las que ellas mismas ya no pueden creer. Tienen mucha razón cuando declaran que, si el «Antiguo Testamento» o el Credo de Nicea fueran forzados a salir de las Iglesias, faltarían las piedras angulares y todo el edificio se derrumbaría. Esto es cierto, pero nunca aún mediante una excusa oportunista poco convincente, calculada solo para algunos decenios, se ha evitado un derrumbamiento. Y cuanto más tarde el derrumbamiento, más terrible será. Cuando ya no se cree en dioses, éstos se vuelven ídolos. Cuando formas de la vida devienen fórmulas desnudas, se produce la muerte anímica o la revolución. No hay otra alternativa.

«No he venido a traer la paz, sino la espada». «Quiero encender fuego sobre la Tierra, y quisiera que ya estuviese ardiendo», dijo el rebelde de Nazaret. Él fue una revelación, y los sacerdotes más tarde, preocupados por su poder pusieron esta revelación como única en el mundo, la apuntalaron ingeniosamente mediante profecías «cumplidas», nuevos señalamientos para el futuro, y procuraron con todas sus fuerzas hacer de la vida, muerte.

8.

EL SER Y LA «REVELACIÓN»

El ideal estático, de acuerdo a su esencia, exige «quietud». Pero esta negación de todas las exigencias dinámicas de la vida no puede realizarse ante el eterno flujo de la naturaleza. Se vuelve, por tanto, hacia los conceptos no temporales. Estas son las «revelaciones» que luego se transforman en «ser» durante el mayor tiempo posible, en la «verdad eterna». El ser humano que siente dinámicamente (volitivamente), en cambio, aunque deja actuar consciente o inconscientemente un «ser», investiga, sin embargo, el devenir como expresión del ser, sin que necesite «revelaciones» mágicas —nunca sucedidas— como «milagros» para una vivencia anímica. Esta continua lucha del «devenir» por el «ser» es la religión germánica, que todavía se hace sentir incluso en medio del misticismo que rechaza el mundo. La «revelación» dentro del sentimiento nórdico sólo puede ser la elevación, la coronación de un devenir, no la aniquilación de las leyes de la naturaleza. Pero esto es lo

que quiere la doctrina judía de Dios, tanto como la romana. La ciencia germánica y el arte nórdico asestaron el golpe más fuerte a esta concepción. El espíritu nórdico, sin embargo, llegó a la conciencia filosófica en Emmanuel Kant, cuya obra esencial reside en la separación de los poderes de la religión y la ciencia, que finalmente se llevó a cabo. La religión sólo tiene que ver con el «reino de los cielos dentro de nosotros», la verdadera ciencia sólo con la mecánica. Física, química, biología. Este divorcio crítico significa, llevado a cabo, el primer requisito para una cultura nórdica original; pero también significa la superación de los dogmas sirio-judíos y la liberación de nuestra vida polar-consciente y dinámica: libertad-mística y naturaleza-mecánica, que es lo único que asegura la verdadera unidad. Si el movimiento de renovación que ahora está naciendo en Alemania tiene una misión histórica, ésta es: afianzar con plena conciencia los fundamentos de nuestra cultura que han sido transformados por las doctrinas eclesiásticas romano-judías y la visión del mundo sirio-africana, y llevar a la victoria sus valores principales.

Todas estas consideraciones raciales-psicológicas, epistemológicas y las referencias históricas muestran, por una parte, una gran diversidad de las diferentes fuerzas de naturaleza anímico-racial o caótico-racial que luchan entre sí por el predominio, pero luego también una cierta unidad en la postura de los elementos nórdicos o al menos preponderantemente nórdicos. En el plano «natural», todos los dioses de la familia de pueblos indoeuropeos son dioses del cielo, de la luz, del día. El Varuna indio, el Urano griego, el padre de los dioses Zeus y el dios del cielo Odín, Surya (el «Radiante») de los indios, Apolo-Helios y Ahura Mazda, todos ellos pertenecen al mismo ser en el mismo nivel de desarrollo específico de la especie. Con esta religión de la luz se enfrenta a los distintos grupos raciales de orientación ctónica-matriarcal, el principio paternal[60]. En otro nivel, la mitología está impregnada

[60] Resulta totalmente engañoso que Herman Wirth, en *Aufgang der Menschheit* (El auge de la humanidad), intente señalar que el matriarcado es un modo de vida nórdico-atlántico, pero al mismo tiempo reconozca el mito solar como un bien nórdico. El matriarcado está ligado siempre con la creencia en dioses ctónicos, el patriarcado siempre con el mito solar. La alta estima de la mujer en el ser humano nórdico se basa precisamente en la estructura masculina de la existencia. La femenina en el Cercano Oriente de la época precristiana ha producido siempre solamente hetairismo y colectivismo social. Las pruebas que Wirth aduce son, por consiguiente, también más que escasas.

de valores heroico-morales, unida a la voluntad de investigación y el ansia de conocimiento, de modo tal que los dioses devienen portadores de distintos impulsos volitivos y espirituales, desde el dios Sol de los antiguos indios, a quien en la temprana mañana se le ruega no solamente por la fertilidad sino también por la sabiduría, hasta Odín, que en la búsqueda por conocimiento del mundo sacrifica él mismo un ojo. Y en la cúspide de la compenetración filosófica de los problemas vemos que, a pesar de profundas diferencias formales, los Upanishads, Platón y Kant llegan al mismo resultado de la idealidad del espacio, tiempo y causalidad.

La diversidad reconocida no es, por lo tanto, ningún caos; la unidad revelada, por su parte, ningún Uno amorfo, únicamente lógico.

Este conocimiento es de importancia decisiva, porque no sólo nos pone en la más aguda oposición a todos los sistemas «absolutos» «universalistas» que, partiendo de una supuesta humanidad, nuevamente quieren llegar a la unidad de todas las almas por todos los tiempos; también nos pone en conflicto con auténticas y nuevas fuerzas de nuestro tiempo, que también han enterrado a sus muertos, con los que a menudo simpatizamos, pero que, en la justificada defensa contra un terrible y calvo racionalismo que amenazaba con asfixiar nuestras almas, creen ahora que deben refugiarse en las «profundidades primigenias», declarar la guerra al «espíritu» como tal, para volver a reencontrarse con la «unidad cuerpo-alma» en oposición a la razón, al intelecto, a la voluntad, cuyo conjunto se llama «espíritu».

Aunque una referencia a la sentimental «vuelta a la naturaleza» y la glorificación de lo «primitivo», tal como surgió hacia el final del siglo 18, es lógica, ella resulta demasiado barata naturalmente frente, por ejemplo, a un Ludwig Klages o un Melchior Palagyi. Lo que la nueva psicología y la investigación del carácter de hoy en día persiguen es mucho más profundo; a veces las disputas exigen precisamente una justificación psicológica racial, con el fin de apuntalar todo el edificio con una base orgánica. Algunas cosas se desmoronarían en el proceso, pero muchas cosas parecerían estar mucho más firmemente apuntaladas.

En la aparición de una conciencia nítidamente delineada, se ve la primera alienación de un estado primigenio natural-vegetativo, creativo-imaginativo del ser humano reverentemente heroico de un tiempo primigenio. Sólo este estado se presenta como la vida real, que ha sido distorsionada por leyes y

estatutos puramente racionales. Ya se puede ver aquí, en el punto de partida, lo cercana y lo ajena al mismo tiempo que están nuestra visión del mundo anímico-racial y la nueva psico-cosmogonía. El intelecto, como se ha expuesto, es un instrumento puramente formal, es decir, sin contenido; su tarea consiste únicamente en establecer la serie de causalidades. Pero si se le ve entronizado como soberano legislador, esto significa el fin de una cultura. (Y esto como testimonio del envenenamiento racial, que los vitalistas pasan por alto). Hasta ahora hay acuerdo. Pero no es en absoluto necesario que la razón y la voluntad del lado de este espíritu sean hostiles a la vida. Hemos visto cómo, en contraste con todos los pueblos semitoides, la actitud del alma, de la voluntad, de la razón, por parte de los pueblos nórdicos frente al universo fue esencialmente semejante. No se trata, pues, de un hombre primitivo abstracto, al que se puede atribuir una «seguridad frente al mundo» absoluta, sino de un carácter racial claramente formado. Y surge el extraño hecho de que los acérrimos opositores al racionalismo actual, que es contrario a la vida, crearon para sí un primitivo ser heroico inconscientemente creativo de forma completamente racionalista.

Porque el estado primordial —al menos hasta donde podemos descender— no está caracterizado en todas partes por la mentalidad heroica. El pueblo judío comienza con historias de cría de animales, pero carentes de todo heroísmo; en su posterior éxodo de Egipto lo acompaña la Biblia misma con el relato de los objetos de alto valor robados a los egipcios; en los fraudes y el parasitismo entre los pueblos de la «Tierra Prometida» misma, se pone de manifiesto entonces todo lo contrario a una postura heroica. Una auténtica heroicidad falta además a los fenicios, por más que estos se hayan atrevido a realizar lejanos viajes marítimos, a lo largo de las costas. Y aun cuando el semita puro (P. ej., el árabe) dispone de valentía y salvajismo, le falta en cambio la característica creativa casi por completo. Luego los etruscos nos han legado, por cierto, un montón de las más obscenas costumbres y monumentos, pero ni siquiera un indicio que permitiera suponer facultades interiores creativas. El heroísmo es, en cambio, el rasgo fundamental de todos los pueblos nórdicos. Este heroísmo de los viejos tiempos míticos —y esto es lo decisivo— nunca se perdió, a pesar de muchos períodos de decadencia, mientras esta sangre nórdica siguiera viva en alguna parte. Cierto es que el heroísmo tomó diversas formas, desde la nobleza de la espada de Sigfrido y

Heracles hasta la nobleza de investigador de Copérnico y Leonardo, pasando por la nobleza de religión de Eckehart y Lagarde, a la nobleza política de Federico y Bismarck, la esencia siguió siendo la misma.

La supuesta unidad de la prehistoria no existe, es una abstracción moderna; la razón y la voluntad no están alejadas de la sangre y de la vida, incluso después del fin de una era «natural», mientras no hayan sido invadidas por la jungla espiritual del Cercano Oriente. Pues no es el caso, como trata de presentarlo la nueva doctrina de cuerpo-alma, de que únicamente el ser humano telúrico, instintivo, está próximo a la naturaleza y es más íntegro, más pletórico de vida que el espiritual, alejado necesariamente de todo esto. No es el caso de que la concepción ctónica, en la que se entusiasma esta nueva doctrina (fecundada por la poesía extravagante de Bachofen), revele un grado particularmente alto de profundidad de vida y certeza del mundo. Pues los pueblos que parten del mito del sol y de la luz y lo siguen desarrollando, se enlazan con ello directamente con el generador y guardián visible de todo lo orgánico, ya que únicamente de la tierra soleada brotan también los favoritos de Afrodita y de Deméter, de Isis y de Astarté.

El mito solar de todos los arios no es sólo «espiritual», sino que es ley cósmica y natural de la vida al mismo tiempo. Oponerse a ello en nombre de una «unidad instintiva», y hasta con miradas anhelantes hacia el Cercano Oriente, es, pues, volver a hundirse en el caos racial y anímico, similar al que bullía tan desastrosamente en la Roma tardía. Pero por más que nuestra actual caracterología y doctrina de la unidad cuerpo-alma también se diferencia de la ingenua exaltación por la naturaleza de Rousseau y Tolstoi, sin embargo, ambos movimientos tienen en común dos cosas: un pesimismo cultural y una fe conmovedora en la «seguridad ante el mundo» del ser humano no corrompido por el «espíritu». La vida refinada, el atletismo de equilibrio espiritual de los grandes enciclopedistas de la ilustración creó un páramo anímico, provocó una resistencia interior —después también exterior— contra todas las sentencias religiosas y sociales vigentes hasta entonces. Los bandidos, Posa, Fausto, Klärchen, Gretchen, son todos testimonios de este *Sturm und Drang* (Tormenta e Ímpetu)[61] contra las

[61] Designa una época literaria en la Alemania del siglo 18.

barreras y las ataduras en el signo de lo nuevo, personal o individual[62]. Pero esta entrega del Yo a su presunta esencia primitiva natural condujo o bien a la catástrofe —del idilio de Werther a los sufrimientos de Werther— o al reconocimiento de la problemática de la naturaleza imaginada tan «natural». El pesimismo cultural fue sustituido por las dudas sobre el dichoso retorno a la naturaleza. Y de esta última fase no se librarán los neovitalistas que declaran la guerra a toda la cultura de hoy, la cultura de mañana también, al servicio de una mística de la naturaleza puramente abstracta —esto es importante señalarlo. Una misión fructífera, sólo podrá surgir para este movimiento si del nebuloso universalismo «de la naturaleza», extrae las figuras orgánicas, las razas, reconoce su ritmo de vida, investiga aquellas condiciones en medio de las cuales han sido creadoras y bajo qué circunstancias se produjo la decadencia o la declinación respectivamente de la genuina fuerza anímica de empuje. Pero entonces el nuevo romanticismo naturalista tendrá que despedirse tanto de un universalismo abstracto —como reacción frente a un individualismo racionalista desenfrenado— como al odio fundamental a la voluntad y a la razón. Por lo tanto, es necesario reconocer la ley más profunda de toda cultura genuina: la plasmación de la conciencia vegetativo-vital de una raza.

Sin embargo, la tensión es al mismo tiempo el requisito previo de toda creación. El abismo se abre por el hecho de que todo nuestro ser vegetativo-animal está en un flujo ininterrumpido, pero nuestra capacidad de percepción es intermitente[63]. Sólo gracias a esta intermitencia son posibles las percepciones individuales y completas, la producción de divisiones temporales, los esquemas, y se dan las condiciones previas para el lenguaje, así como para todo arte y ciencia. Por otro lado, esta es la raíz vital más profunda de la observación epistemológica de Kant, de que la idea y la experiencia nunca coinciden completamente, es decir, que la cultura,

---

[62] Véase al respecto H. A. Korff: *Die Dichtung von Sturm und Drang* (La poesía del Sturm und Drang), 1928.

[63] Muy bellamente ha sido expuesto esto por Melchior Palagyi en *sus Naturphilosophischen Vorlesungen über die Grundprobleme des Bewusstseins und des Lebens*, (Conferencias de filosofía de la naturaleza sobre los problemas fundamentales de la conciencia y de la vida), Scharlottenburg, 1908, sin que sea necesario asentir a todas las conclusiones, que en parte revelan una interpretación errónea de Kant.

posibilitada recién por la intermitencia de la conciencia, nunca puede ser comprobada como enteramente «vital». Por consiguiente, estos «dos mundos» demuestran ser también desde este punto de vista una ley primordial de todo nuestro ser polarmente doble. Si el logro individual del genio en todos los campos de la existencia creativa aparece así como una sinopsis artística de la libertad y la naturaleza, el logro de todo un pueblo representa este simbolismo medio agonizante, medio dichoso de esta superación de lo insuperable. Las culturas nacionales son, por tanto, los grandes «impulsos espirituales» en medio del eterno fluir de la vida y la muerte y el devenir.

Ahora bien: dado que el ser humano nórdico parte justamente de este devenir de la vida, desde el día, es «naturalmente» vitalista. Sin embargo, el mayor logro de su historia fue la constatación germánica de que la naturaleza no podía ser dominada por la magia (como pensaba el Cercano Oriente), pero tampoco por medio de esquemas intelectuales (como lo hizo la Grecia postrera) sino sólo por la observación íntima de la naturaleza. Aquí, pues, el piadoso Albrecht von Bollstedt (Albertus Magnus) se acerca a Goethe; el exaltado Francisco al escéptico religioso Leonardo. El Occidente germánico no se dejó robar este vitalismo por la Iglesia romana, a pesar de las excomuniones, el veneno y las hogueras. Y este vitalismo místico era al mismo tiempo cósmico, o viceversa, porque el hombre germánico sentía de manera cósmico-solar, por eso también descubrió el imperio de leyes en el eterno devenir sobre la Tierra. Y tal vez fue precisamente este sentimiento más profundo el que le permitió esculpir los esquemas necesarios de la ciencia, evocar un simbolismo de ideas que fue el único que le dio las armas para acercarla al «flujo eterno» a pesar de la intermitencia de la conciencia siempre en formación[64].

El hecho de que hoy un sector adora estos símbolos y esquemas significa el mismo estado de decadencia que la idolatrización del «vitalismo» en sí. No para esto nos fue obsequiada antaño la ciencia germánica, en medio de un ejército de nueve millones de herejes asesinados como el más grande símbolo de la libertad de plasmación, para condenar o elevar a condición de

[64] Uno de los mayores méritos de Kant es haber retratado toda esta herejía. Una luminosa descripción de esta gesta epistemológica nos la dio H. St. Chamberlain en su *Goethe* y en la exposición sobre Descartes de su *Emmanuel Kant.*

ídolo las partes y los métodos siempre unidos a ella. El que hoy con furia ciega vocifera contra «la tecnología», y acumula sobre ella maldiciones sobre maldiciones, olvida que su surgimiento se remonta a un eterno impulso germánico, que luego también tendría que desaparecer con su caída. Pero eso sólo nos entregaría a la barbarie, al estado de cosas que en su día condenó a las culturas del Mediterráneo. No es la «tecnología» la que está matando todo lo vital hoy en día, sino que el hombre ha degenerado. Se ha deformado interiormente porque, en las horas débiles de su destino, se le hizo creer en un motivo que le era ajeno: la conversión del mundo, la humanidad, la cultura humana. Y por eso es importante hoy romper esta hipnosis, no para ahondar en el sueño de nuestra generación, no para predicar la «irreversibilidad de los destinos», sino para defender aquellos valores de la sangre que —una vez reconocidos de nuevo— pueden dar también una nueva dirección a una joven generación para hacer posible la alta crianza y reproducción. A partir de una clara comprensión de la naturaleza de las luchas pasadas de los pueblos indogermánicos orgánicamente determinados contra fuerzas ajenas, y después de comprender el desarrollo de nuestra propia vida natural y nuestras actitudes características hacia el universo, sentimos y comprendemos el anhelo de nuestra generación de rechazar el presente transitorio y reconocer un ahora eterno. De este modo, podemos poner la razón y la voluntad en armonía con nuestra corriente anímico-racial del germanismo; es más, si es posible, con esa verdadera tradición nórdica que nos han transmitido la Hélade y la antigua Roma. Filosóficamente, esto significa dar a la aberrante voluntad moderna una motivación noble, de acuerdo con su naturaleza primigenia.

Si vemos aquí la esencia de la actitud heroico-artística, independientemente de que se trate de guerreros, pensadores o investigadores, entonces también sabemos que todo heroísmo se agrupa en torno a un valor supremo. Y este ha sido siempre la idea del honor anímico-espiritual. Pero el honor estaba —al igual que sus portadores en lo físico— empeñado en una lucha anímico-espiritual con los valores de portadores de raza distinta y las estructuras del caos de pueblos, respectivamente.

II. AMOR Y HONOR

1.

Muchas guerras de los últimos 1900 años han sido calificadas como guerras de religión. Muchas veces con razón, aunque no siempre. Pero el hecho de que pudieran librarse guerras de exterminio por convicciones religiosas, demuestra hasta qué punto era posible alejar a los pueblos germánicos de su carácter original. El respeto ante una creencia religiosa era para los germanos paganos tan lógico y natural como para los posteriores arrianos; recién la pretensión de la Iglesia romana de que solo ella podía brindar la salvación endureció la mentalidad europea y provocó naturalmente luchas defensivas en el bando contrario, las cuales, dado que igualmente fueron llevadas por una forma extraña a la especie, tuvieron que provocar por su parte un anquilosamiento espiritual (luteranismo, calvinismo, puritanismo). Pero, a pesar de todo, la mayoría de las luchas de los principales héroes de nuestra historia no fueron tanto por las creencias teológicas sobre Jesús, María, la naturaleza del Espíritu Santo, el Purgatorio, etc., que por valores de carácter. Las Iglesias de todas las confesiones declararon: como la fe, así el hombre. Esto fue necesario y prometedor de éxito para cualquier Iglesia, ya que de esta manera el valor humano se hacía depender de sus dogmas obligatorios, es decir, las personas estaban mentalmente ligadas a la respectiva organización eclesiástica. En cambio, el credo nórdico-europeo —consciente o inconscientemente— siempre ha sido: como el hombre, así su fe. Más precisamente, así es la naturaleza o el contenido de su fe. Si la fe protegía los valores más elevados del carácter, entonces era genuina y buena, sin importar qué otras formas de anhelo humano pudieran haberla rodeado. Si no lo hacía, si suprimía los orgullosos valores intrínsecos, entonces tenía que ser percibida como corruptora en lo más profundo del ser del germano. Hay dos valores por encima de todos los demás que durante casi dos milenios han puesto de manifiesto todo el antagonismo entre la iglesia y la raza, la teología y la fe, la creencia obligatoria

y el orgullo de carácter, dos valores arraigados en la voluntad por los que Europa siempre ha luchado por la supremacía: Amor y honor. Ambos pugnaban por ser considerados como valores máximos; las Iglesias querían –por extraño que esto pueda parecer– dominar a través el amor, los europeos nórdicos querían vivir libremente mediante el honor o morir libres con honor. Ambas ideas hallaron mártires dispuestos al sacrificio, pero su antagonismo no siempre alcanzaba la conciencia más clara, por más que se manifestara.

Este conocimiento ha quedado reservado a nuestra época. Es una experiencia mítica y, sin embargo, clara como la luz blanca del sol.

Amor y compasión, honor y deber, son esencialidades anímicas que, revestidas de diversas formas exteriores, representan para casi todas las razas y naciones de cultura, fuerzas impulsoras de su vida. Dependiendo de si se daba prioridad al amor en su forma más general o al concepto de honor como tal, la visión del mundo y la forma de existencia de los pueblos afectados se desarrollaron de forma correspondiente a esta determinación anímica. Una u otra idea constituía la vara de medida de todos los pensamientos y acciones. Pero para crear una característica determinante de una época, debía prevalecer uno u otro ideal. Ahora bien: en ningún lado la lucha entre estas dos ideas puede ser observada más trágicamente que en los conflictos entre la raza nórdica, y los pueblos definidos de forma diferente por ella, con el mundo racial circundante y sus concepciones del mundo particulares.

En vista del interrogante que surge de cuál ha sido el motivo decisivo que ha probado ser para la raza nórdica el formador de almas, de Estados y culturas, parece de una evidencia total que casi todo lo que ha mantenido el carácter de nuestra raza, nuestros pueblos y Estados, ha sido principalmente el concepto del honor y la idea del deber inseparablemente unido a él, derivado de la conciencia de la libertad interior. Pero en el momento en que el amor y la compasión (o, si se quiere: el compartir el sufrimiento) llegaron a ser predominantes, comienzan las épocas de disolución racial-nacional y cultural en la historia de todos los Estados alguna vez determinados nórdicamente.

Hoy se predica hasta el hastío el hinduismo y el budismo. La mayoría de nosotros no tiene otra concepción de la India que la que nos transmiten los

teósofos y antropósofos. Hablamos de la India como una visión del mundo de corazón suave que se funde en el espacio y enseña que el amor humano y la compasión son lo más elevado. Sin duda, la filosofía tardía que se pierde en lo infinito, la doctrina del Vedanta-Atman-Brahman, el budismo que persigue la salvación del sufrimiento de este mundo, junto con miles de proverbios dispersos en toda la literatura india, justifican esta interpretación: «No hay nada que no pueda ser realizado mediante la benevolencia». «Felices los que se retiran a la selva, habiendo colmado primero las esperanzas de los necesitados, habiendo mostrado amor incluso a sus enemigos», etc. Y, sin embargo, en estos productos plenos de amor y compasión de la época tardía india penetran concepciones más antiguas, completamente distintas, que no reconocen la felicidad personal y la liberación del sufrimiento como el único objetivo deseable, sino el cumplimiento del deber y la afirmación del honor. En uno de los himnos indios más antiguos, el deber es incluso alabado como el «sexto sentido interior»; en el Mahabharata, toda la lucha (en su forma original) gira en torno a esta idea. El héroe Fima, que es reacio a participar en la guerra, dice que abandonaría a su soberano, «si mi señor Juzischthira no me atara con el vínculo del deber de un Chatria, de modo que incluso debo abatir sin piedad a mis queridos nietos con sus flechas». El fuerte Karna dice:

El honor, como una madre, otorga
a los hombres la vida en el mundo,
el deshonor consume la vida,
aunque el bienestar del cuerpo prospere.

El rey Durjozana es abatido en contra de todas las leyes de la guerra y se lamenta:

¿No os avergonzáis de que Fimasen
deshonestamente me ha matado?
.....
Nosotros siempre honestamente hemos combatido,
y honor nos queda en la derrota.
Vosotros siempre deshonestamente habéis luchado,

y tenéis con vergüenza vuestra victoria.
.....
Pero yo he dominado el mundo
hasta la lejana orilla del mar,
valiente he estado frente al enemigo
y muero ahora, como un héroe
desea morir, al servicio del deber,
y acompañado de una hueste de amigos
me elevo ante los dioses.

Sin duda, son tonos muy diferentes a los que solemos encontrar en los poemas conocidos. Pero éstos y otros cientos de pasajes de la literatura india demuestran que también el antiguo indio –y este fue el que creó la India– entregó su vida no en aras del amor, sino del deber y del honor. Una persona desleal también era condenada en la India aria no porque hubiera devenido falto de amor, sino falto de honor. «Es mejor renunciar a la vida que perder el honor: la entrega de la vida se siente solo un instante, pero la pérdida del honor día tras día», dice un proverbio popular[65]. «Al héroe le parece en su corazón como si un fin pudiese ser alcanzado mediante el valor heroico, a un cobarde mediante la cobardía», constata otro proverbio y anticipa la valoración. Que se agudicen los ojos ante este rasgo del antiguo carácter indio hasta el valiente rey Poro, que, derrotado por Alejandro en una honorable batalla campal, sigue siendo todo un caballero. Herido, no huyó del campo de batalla cuando todos los demás se dispersaron: «¿Cómo he de proceder contigo?» preguntó Alejandro al adversario vencido. «Trátame, Alejandro, como rey que soy», fue la respuesta. «¿Nada más?», dijo el macedonio. Poro dijo que en lo dicho estaba todo[66]. Y Alejandro amplió los dominios de Poro, que a partir de entonces fue un fiel amigo suyo. Si este relato es histórico o no, es indiferente, pues muestra el carácter interior del honor, la lealtad, el deber y el coraje, que eran comunes y naturales a ambos héroes, y evidentemente también al historiador.

Este concepto viril del honor sostenía los antiguos reinos indios y proporcionaba el requisito previo para un vínculo social. Pero cuando este

[65] Böthlingk: *Indische Sprüche* (Proverbios indios).
[66] Arriano: *Anábasis de Alejandro Magno,* Libro V, 19, 2.

concepto de honor fue desplazado por sistemas filosóficos ritual-religiosos, ligados a la descomposición racial y la negación todas las barreras terrenales, los puntos de vista dogmáticos religiosos y luego económicos pasaron a primer plano. Con la filosofía del Atman-Brahman trasplantada a la vida terrenal, el ario negó su raza —como ya hemos señalado—, con ello su personalidad, pero también la idea del honor como columna vertebral anímica de su vida.

El amor y la compasión —aunque pretendan abarcar «el mundo entero»— se dirigen siempre al ser individual que ama o sufre. Sin embargo, el deseo de liberar a otros o a uno mismo del sufrimiento es un sentimiento puramente personal que no contiene ningún elemento realmente fuerte de formación de naciones o estados. El amor al prójimo o a los más lejanos puede dar testimonio de actos de la mayor disposición al sacrificio, pero es igualmente una fuerza espiritual relacionada con el individuo, y ningún hombre ha exigido nunca seriamente el sacrificio de todo un Estado, de todo un pueblo, en aras de un amor no relacionado con éste. Y en ninguna parte ha caído un ejército por ello.

La vida ateniense nos aparece fundamentalmente más blanda que la antigua India. También aquí se habla de una epopeya heroica, pero más justificada estéticamente. (Más detalles en el segundo libro). Sin embargo, los trescientos espartanos ante las Termopilas constituyen para nosotros un símbolo del honor y del cumplimiento del deber. Nada atestigua mejor el poder que nos mueve a los occidentales que nuestros intentos de restaurar la vida griega, que durante mucho tiempo se consideró historia. No podíamos concebirlo absolutamente de otra manera, sino que todos los helenos habían sido impulsados por el honor y el deber; recién muy tarde tuvimos que convencernos de la blandura de la vida griega en este sentido. El griego dotado de fantasía no se ajustaba tampoco en la vida común muy estrictamente a su palabra; apenas reconocía el sobrio valor jurídico de una afirmación. Aquí descubrimos, por así decirlo, la parte más vulnerable del carácter griego; aquí estaba también la verdadera puerta de entrada para el mercantilismo y el fraudulento orientalismo, de modo que la mentira y la falsedad formaron más tarde componentes constantes de la vida «griega», lo que llevó a Lisandro a decir que «los niños son engañados con los dados, los hombres con los juramentos». Pero, no obstante, el griego genuino estaba

imbuido de un sentimiento de libertad que debe ser absolutamente definido como anclado en la conciencia del honor. El asesinato de mujeres infieles y el suicidio de los hombres vencidos en batalla no es un hecho raro. «No te entregues a la esclavitud mientras aún puedas morir libremente» enseña aún Eurípides. El recuerdo de la gesta de los focenses, que, antes de la batalla rodearon a su pueblo que quedaba atrás con una valla de madera con la instrucción de poner fuego a ésta en el caso de una derrota, sigue siendo un testimonio heroico de fuerte simbolismo. Los descendientes de Zacintos prefirieron morir en las llamas antes que caer en las manos de los púnicos. Aún en época tardía (200 a. C.) se pueden encontrar pruebas de heroísmo mítico, p. ej., en Abidos, que, asediada por Filipo el Joven, no se rinde, sino que los hombres apuñalan a sus hijos y esposas, se arrojan a las cisternas y destruyen la ciudad con fuego. La misma valoración de la vida, la libertad y el honor impregna también a la mujer griega antigua, cuando era necesario protegerse contra la violación. Así se ahorcó, fuertemente inducida por su madre, Eurídice; al ser vencido el soberano de Elis en el siglo 3, su esposa se ahorcó con sus dos hijas.

Sin embargo, debe admitirse que la estática de la vida griega no estaba condicionada por el carácter, sino por la belleza, lo que, como he dicho, tuvo la fatal consecuencia de la desintegración política.

A través de Alejandro, una idea más disciplinada volvió a apoderarse de la vida griega tardía, predominantemente estética, que también era consciente de las diferencias raciales. Alejandro no perseguía expresamente la meta de una monarquía mundial y la mezcla de pueblos, sino que quería solamente reunir a los persas y a los griegos que reconocía como racialmente emparentados, para ponerlos bajo un mismo gobierno con el fin de evitar nuevas guerras. Reconoció las ideas impulsoras y los valores de carácter de la clase superior persa como ligados a su concepción macedónica del deber: por ello, sólo nombró a líderes macedonios o persas para los puestos de dirección, excluyendo deliberadamente a semitas, babilonios y sirios. Tras la muerte de Alejandro, sus sucesores trataron de imponer su tipo de Estado en sus países y provincias. El tuerto Antígono destaca aquí como un héroe de los tiempos primordiales que, a los ochenta años, cae en el campo de batalla en una lucha contra los herederos «legítimos», por no haber podido conseguir la ansiada unidad del imperio. Sin embargo, los vástagos culturales

nórdico-macedonios no fueron lo suficientemente duraderos. Cierto es que impartían el conocimiento, arte y filosofía griegos, pero no poseyeron la fuerza plasmadora de tipos, ni lograron imponer su concepto del honor. La sangre extraña subyugada venció, la época del helenismo sin carácter, frívolamente ingenioso, comenzó.

Si en alguna parte el concepto del honor ha sido el centro de toda la existencia, es en el Occidente nórdico, germánico. Con un señorío único y sin precedentes el vikingo se presenta en la historia. Al producirse un incremento de población, el indomable sentimiento de libertad empuja una ola nórdica tras otra sobre los países. Con derroche de sangre y despreocupación heroica el vikingo erigió sus Estados en Rusia, en Sicilia, en Inglaterra y en Francia. Aquí imperaban los instintos raciales primitivos sin ninguna atadura ni disciplina, sin ser trabados por reflexiones educacionales de conveniencia o un orden jurídico determinado. El único peso que el hombre nórdico llevaba consigo era el concepto de honor personal. El honor y la libertad impulsaban a los individuos a la lejanía e independencia, a países donde había espacio para señores, o los hacían combatir por su autonomía en sus granjas y castillos hasta el último hombre. La ingeniosa falta de propósito, alejada de todo interés mercantil, era el rasgo fundamental del hombre nórdico cuando a pesar de todo el salvaje ímpetu juvenil se presentó en el Occidente como creador de historia. Alrededor de los individuos se agrupaban los hombres del séquito más estrecho, lo que luego poco a poco tuvo que conducir necesariamente a la instauración de determinados preceptos de la vida social, dado que finalmente en todas partes después de una expedición seguía un sedentarismo de naturaleza campesina (que en el sur ciertamente decayó con rapidez, sucumbiendo en la suntuosidad de la putrefacción oriental de las postrimerías). Pocas veces se presenta al observador un segundo ejemplo en la historia en el cual la actitud de un pueblo esté tan pura y completamente determinada por un único valor supremo: todo el poder, todas las posesiones, todos los vínculos, todas las acciones están al servicio del honor, al que incluso la vida, si es necesario, se sacrifica sin vacilar y sin pestañear. Así como la ley del honor domina la vida, así se refleja en la poesía y se extiende como principio fundamental a través del mundo de las sagas: ninguna otra palabra se encuentra allí con tanta frecuencia como el honor. Por esa razón el heroico

mundo nórdico, a pesar de toda su salvaje discordia, de su desbordante subjetivismo, es tan uniforme en su esencia y en la línea de su destino[67]. Causa satisfacción hallar estos conocimientos en círculos de maestros alemanes que hasta ahora se habían dejado atrapar por el elegante esteticismo. Aquí se toca el nervio del destino de toda nuestra historia; todo nuestro futuro alemán, todo nuestro futuro europeo se decidirá por la forma en que se evalúe el concepto de honor. Aunque el antiguo hombre nórdico pudiera actuar con violencia, el centro consciente del honor de su ser también producía una atmósfera pura en la batalla y la muerte. «La guerra podía llevarse a cabo con brutalidad, pero admitir su hazaña se consideraba el primer requisito del hombre nórdico» (Krieck). Este sentimiento de responsabilidad exigido de cada personalidad individual, constituía la más eficaz defensa contra el pantano moral, aquella descomposición hipócrita de los valores que en el curso de la historia de Occidente se ha volcado sobre nosotros, bajo las distintas formas de la humanidad, como tentación enemiga. A veces se llamaba democracia, a veces compasión social, a veces humildad y amor. El honor personal del nórdico requería valor, autodominio, no parloteaba durante horas como los héroes griegos antes de cada combate; no gritaba como ellos cuando era herido, sino que su conciencia del honor exigía serenidad y acopio de fuerzas. Visto desde aquí, el vikingo es, en efecto, el hombre de cultura, el griego postrero estéticamente perfecto, empero, el bárbaro retardado carente de centro. La expresión de Fichte, «verdadera cultura es la cultura del carácter», revela nuestra genuina esencia nórdica también frente a otras culturas, cuyo valor máximo no es el carácter, que para nosotros es sinónimo de honor y deber, sino otro valor sentimental, otra idea alrededor de la cual gira su vida.

En el transcurso del tiempo, los destinos de los pueblos occidentales han tomado muchas formas diferentes debido a diversas circunstancias. En todas partes donde predomina la sangre nórdica existe el concepto del honor. Sin embargo, también se mezcla con otros ideales. Esto se evidencia, para anticipar un resultado, en los dichos del habla popular. En Rusia se ha impuesto la idea de una religiosidad, de un sentimiento religioso, que da incluso al arrebato más salvaje un revestimiento de fervor religioso (véase, p.

[67] Krieck: *Menschenformung* (Formación de los hombres), p. 154.

ej., en el *Idiota* de Dostoyevski el hombre que asesina por un reloj de plata, pero antes recita una plegaria), el ruso habla por consiguiente de su patria como de la *«Swjataja Rossija»*, es decir, como de la Santa Rusia. El francés aborda la vida de manera formalmente estética; por lo tanto, para él Francia es la *«Belle France»*. Similarmente el italiano. El inglés está orgulloso de su evolución histórica consecuente, de las formas de vida tradicionales. Admira por lo tanto a su *«Old England»*. Pero entre nosotros, a pesar de muchas cualidades profanas, se sigue hablando con el mismo fervor de la *«Deutscher Treue»,* Lealtad Alemana, lo que demuestra que nuestro ser metafísico todavía siente la «médula del honor» como su centro de apoyo.

Este es el concepto de honor que ha estado en el centro de la lucha durante milenios, cuando la Europa nórdica se enfrentó al sur romano en armas y finalmente fue subyugada en nombre de la religión y el amor cristiano.

2.

LA DOCTRINA DEL AMOR EN EL CRISTIANISMO

Seguramente no hay duda de que incluso, sin la intervención del cristianismo armado romano-sirio, una época de la historia germánica –la era mitológica– habría terminado. El simbolismo de la naturaleza habría dado paso a un nuevo sistema moral-metafísico, a una nueva forma de fe. Pero esta forma, sin duda alguna, hubiera rodeado al mismo contenido anímico, hubiera tenido la idea del honor como medida y Leitmotiv. Ahora, a través del cristianismo, otro valor del alma penetró y reclamó el primer lugar: el amor, en el sentido de humildad, misericordia, sumisión y ascetismo. Hoy día está claro para todo alemán sincero que con esta doctrina del amor, que abarca uniformemente a todas las criaturas del mundo, se ha asestado un golpe sensible contra el alma de la Europa nórdica. El cristianismo, tal como se había desarrollado como sistema, no conocía la idea de la raza y de la nacionalidad, porque representaba una fusión violenta de elementos diferentes; tampoco conocía la idea de honor, porque en pos de las metas

romanas postreras de poder pretendía el sometimiento no sólo de los cuerpos sino también de las almas. Sin embargo, es significativo que la idea del amor no haya podido imponerse en la conducción de las instituciones eclesiásticas. Desde el primer día, el sistema romano fue fundamental y conscientemente intolerante, por no decir lleno de odio, frente a todos los demás sistemas, tanto organizativa como dogmáticamente. Donde pudo, ha procedido con la excomunión, la proscripción, el fuego, la espada y el veneno para imponerse él solo. Dejemos de lado por completo los juicios morales, y constatemos solamente este hecho, que ni siquiera es negado por escritores católicos romanos modernos. Pero este hecho demuestra más que todos los demás que a la idea de «amor» no le es inherente ningún poder formador de tipos: porque incluso la organización de la «religión del amor» se construyó sin amor. Y aún más carentes de amor que otros poderes formadores de tipos. Los antiguos godos toleraban –como lo atestigua Döllinger– tanto la religión católica como otra y mostraban reverencia por esta necesidad espiritual de la fe como tal. Lo que desapareció en todas partes donde el espíritu de «Bonifacio» y la ley compulsiva del «amor» triunfaron[68]. A ningún alemán le resulta fácil expresar una valoración negativa frente al sistema etrusco-judeo-romano: porque de cualquier modo que él se estructure, ha sido ennoblecido por la devoción de millones de alemanes. Se apropiaron de lo ajeno en esto, junto con lo extraño pero relacionado con lo espiritual; respetaron menos lo primero, moldearon amorosamente lo segundo y afirmaron muchos valores nórdicos dentro del conjunto. Sin embargo, hoy, en un momento de gran cambio espiritual, la verdad exige el examen de lo que emana de Roma en cuanto a si es un avance para la vida, o es perjudicial para la naturaleza del Occidente germánico. No desde el punto de vista de la mala voluntad

[68] Compárese, por ejemplo, la actitud del rey «pagano» de Frisia, Radbod, en contraste con la voluntad romana de persecución. Se mantuvo fiel a la fe de sus padres, pero no persiguió a los predicadores cristianos. Cuando algunos apóstoles cristianos especialmente celosos fueron llevados a su presencia y uno de ellos, pese a la rebelión provocada, no obstante, defendió valerosamente la nueva fe, el duque «pagano» dijo: «Veo que no temes nuestra amenaza y que tus palabras son como tus obras» y envió a los predicadores «con todos los honores de vuelta a Pipino, el duque de los francos». Así refiere Alcuin. En nobleza de alma este duque pagano de los frisios está muy por encima de los «representantes de Dios» de Roma, que perseguían el fin de desterrar del mundo esta libertad interior y este profundo respeto.

personal, sino examinando las grandes tensiones y descargas de una historia de mucho más de dos mil años, y examinando los valores anímico-raciales que condicionan estas conmociones. Y entonces vemos que la lucha de griegos y romanos, que es esencialmente la misma, también ha recaído en los germanos. No puede escapar a esta lucha más que las otras dos grandes oleadas de pueblos nórdicos, porque en su afluencia de vuelta llevaron consigo los valores anímicos asiáticos que ellos antaño habían vencido, y el material humano que personifica estos valores. Los llevaron consigo pasando por sobre la Hélade, por sobre los Alpes, por sobre los límites del espacio vital germánico, a veces hasta el corazón de la propia raza nórdica.

Sin embargo, si se rastrean las causas de este gran éxito, se descubrirá, aparte de la anterior superioridad técnica del antiguo Sur experimentado y de la época de crisis de la vida religiosa de las tribus germánicas –que no habría explicado una victoria tan duradera–, la invocación de la magnanimidad germánica como una de las condiciones más importantes. Esta generosidad, plasmada simbólicamente para siempre en el Sigfrido, y que presupone un adversario con la misma valoración del honor y la forma abierta de batalla, –de hecho, cuya honestidad infantil no puede creer lo contrario– ha contribuido a muchas derrotas duras de los germanos en el curso de su historia: en ese entonces, cuando comenzó a admirar a Roma, en tiempos más recientes cuando realizó la emancipación de los judíos y otorgó así al veneno la igualdad de derechos con la sangre sana. Lo primero se vengó terriblemente en las guerras contra los herejes en la lucha de los Treinta Años que llevó a Alemania al borde del abismo, lo segundo se está vengando hoy, cuando el cuerpo envenenado del pueblo alemán yace en las más severas convulsiones. Y todavía ambos poderes, hostiles a nosotros, invocan la magnanimidad de los enfermos graves, reclaman su «justicia», predican el «amor» de todo lo «humano» y se esfuerzan por roer finalmente toda resistencia de carácter que quede.

Una victoria completa de esta «humanidad» tendría las mismas consecuencias que en su día tuvieron las victorias del Cercano Oriente sobre Atenas y Roma, de modo que esta última, antaño enemiga mortal del etrusco-pelasgo-sirio, se convirtió prácticamente en la principal representante de estas potencias tras el derrumbe de los antiguos valores de la vieja Roma. Un colapso que se debió a la descomposición física y la predicación de la

humanidad y el amor indiscriminados. La doctrina del amor, sin embargo, no fue tampoco en su más hermosa manifestación una fuerza formadora de tipos, sino un poder que derretía la resistencia.

La Iglesia misma, como sistema formador de hombres (Zuchtform) no podía ni se le permitía conocer el amor para mantenerse y afirmarse aún más como fuerza formadora de tipos. Pero ciertamente podría perseguir el poder político con la ayuda del amor. Si la conciencia de la personalidad, de la defensa del honor y del deber varonil, se transforman en humildad y dedicación amorosa, entonces se rompe el impulso de resistencia contra la fuerza que organiza y conduce a estos creyentes. «¡Un rebaño y un pastor!». Tomado al pie de la letra, como se exigía, ésta ha sido la más clara declaración de guerra al espíritu germánico. Si este pensamiento hubiera triunfado totalmente, la Europa de hoy consistiría sólo en una horda humana sin carácter que contaría con cientos de millones, gobernada con la ayuda de un miedo muy cultivado al purgatorio y a las torturas eternas del infierno, paralizada por el «amor» en la lucha por el sentimiento del honor, sus mejores partes al servicio de una beneficencia «humanitaria», la *Caritas.* Este es el estado hacia el que el sistema romano se esforzaba, hacia el que tenía que esforzarse, si quería existir como tal y como poder político y espiritual.

No es mi misión escribir aquí una historia de los dogmas, sólo deseo describir un sistema lógico con el que (en lo que a su esencia se refiere) un hombre nórdico que despierta debe, por necesidad, entrar permanentemente en el más grave conflicto espiritual. O bien se somete a ello por completo, (como a veces en la Edad Media) o lo rechaza instintiva y conscientemente por principio. En el primer caso se logrará por un corto tiempo una uniformidad exterior, que, sin embargo, tiene que estallar a causa de su imposibilidad orgánica, como lo muestran las grandes luchas hasta Döllinger, en el segundo caso el camino estará libre para una genuina cultura orgánica y una genuina forma de religión de acuerdo a la sangre y a la especie. Los últimos siglos estuvieron marcados por un compromiso silencioso que no tocaba las cuestiones ideológicas fundamentales, sino sólo las relaciones de poder organizativo y político.

Es característico del cristianismo romano que excluye en lo posible la personalidad del fundador, para colocar en su lugar la estructura eclesiástica de un gobierno sacerdotal. Jesús, ciertamente, es presentado como lo más

elevado y santo, como la fuente de toda fe y de toda bendición, pero únicamente con el fin de rodear a la Iglesia que lo representa con la aureola de lo eterno e intocable. Pues entre Jesús y los seres humanos se intercalan la Iglesia y sus representantes con la aseveración de que el camino hacia Jesús pasa únicamente a través de la Iglesia. Y como Jesús no mora sobre la Tierra, el ser humano tiene que vérselas solo con esta Iglesia, que está «autorizada» para atar o desatar eternamente. La explotación de la fe en Jesús el Cristo («el Cristo gobernante», como dice el poeta de Heliand), para la política de poder de una liga de sacerdotes que se deifica a sí misma, constituye tanto la esencia de Roma como bajo otro nombre ha sido la esencia de los políticos-sacerdotes en Egipto o en Babilonia y Etruria.

A fin de fortalecer los dogmas y mandatos que protegen el poder de la liga sacerdotal de hombres, se utilizó una gran dialéctica de individuos piadosos, que remontaban todos los decretos eclesiásticos de los 1500 años a los Evangelios, recalcando que la Iglesia posee también ella sola el derecho de decretar dogmas infalibles de validez universal. El cristianismo eclesiástico, en sus formas católica y protestante, está hoy ante nosotros como un fenómeno histórico; su principio y su fin pueden verse claramente. El edificio está terminado, cada viga tiene sus soportes, los decretos dogmáticos poseen todos sus «fundamentaciones». Ahora se ha producido la solidificación; por lo tanto, se puede hablar de la construcción sin tener que temer que se malinterpreten las fuerzas motrices de un fenómeno vivo que todavía está en proceso de transformación.

El Dr. Adam, un destacado teórico católico, asegura que: «El catolicismo no es completamente idéntico al cristianismo primitivo, ni siquiera debe identificarse con el mensaje de Cristo, más que el roble completamente crecido con la pequeña bellota» [69]. Aquí se expresa abiertamente la arrogancia santificada de la Iglesia con respecto a Jesús (la obra lleva el sello de «Imprimatur»), y toda glorificación ulterior de Cristo sirve, como se ha dicho, sólo para aumentar la tiranía gobernante de la Iglesia, no el mensaje de Cristo, de la pequeña bellota. El oficio eclesiástico descansa enteramente en manos del sacerdote, que se convierte en el representante del poder apostólico mediante la imposición de manos. En apoyo de esta doctrina, se

[69] Adam: *Das Wesen des Katholizismus* (La esencia del catolicismo), 1925.

cita la palabra de Jesús a Pedro, según la cual le llama la roca sobre la que edificará su Iglesia. El hecho de que estas palabras han sido introducidas mucho más tarde como falsificación en los viejos textos por un fiel servidor de la Iglesia[70] no impide, por supuesto, que este dogma comprobadamente falso sea repetido incansablemente en todo el mundo como mensaje de Jesús. «Cuando el sacerdote católico predica la Palabra de Dios, no es un simple hombre el que predica, sino Cristo mismo». Esto eleva la auto-idolatría del sacerdote a la categoría de una declaración de fe, que probablemente alcanza el colmo de su presunción en la opinión de que, si en algún lugar una personalidad destacada «elevara su propio pobre yo a portador del mensaje de Cristo», la Iglesia debería expresar de inmediato su anatema sobre él: «Y este anatema lo pronunciaría incluso si un ángel viniera del cielo y enseñara de forma distinta lo que se ha aceptado de los apóstoles» (Adam).

La eliminación definitiva de la autonomía humana en favor de un ministerio ficticio tiene lugar en los sacramentos: «La gracia sacramental no es generada, producida por los afanes ético-religiosos personales del receptor del sacramento, sino más bien por la ejecución objetiva del signo sacramental mismo». Esto exige el aniquilamiento de la personalidad, proclamando su inutilidad como principio «religioso». En medio de un pueblo que hubiera puesto sin consideraciones el honor –honor personal, honor del linaje, honor de la tribu, el honor nacional– en el centro de toda su vida, sin preocupación por todo lo demás, la proclamación abierta de tal exigencia nunca habría sido factible. Esto sólo se hizo posible mediante la hábil sustitución del concepto del honor por la idea del «amor», seguida de la humildad y la resignación. Acotemos aquí que el hecho de que este «signo sacramental» es presentado como «establecido» por Jesús mismo, es sólo un pequeño indicio

[70] Este pasaje (Mateo 16, 18-19) se caracteriza por sí mismo como una falsificación bastante burda de entre muchas piadosas, pues pocos versículos más adelante Jesús llama al mismo Pedro un Satanás que debía alejarse de él [Mt 16:23]. Lo mismo dice Jesús según Marcos 8, 30 y sig. ¿Habría querido construir una iglesia sobre un hombre tan claramente marcado, cuya traición a él también previó Jesús? Semejante pretensión equivale a un abierto insulto a la personalidad de Cristo. Merx dice para terminar: «La investigación histórica sobre Jesús no debe dejarse engañar eternamente por semejante falsificación; hay que ponerle fin». *Die vier kanonischen Evangelien* (Los cuatro Evangelios canónicos), III, 320.

de la despreocupación con que se hace la «historia» y se construyen «sistemas religiosos».

Ahora bien: es lógico que estas claras formulaciones de una doctrina que apunta a la magia no han podido ser impuestas en Europa con esta árida exposición, tampoco después de la destitución del honor como idea conductora suprema. Las costumbres conformes a su sangre del hombre nórdico y su modo caballeresco de pensar no pudieron ser erradicadas del todo ni a fuego y ni a espada. Así es como la iglesia fue incorporando las alegorías populares precristianas al sistema que supuestamente estaba listo «antes del cristianismo primitivo». («La iglesia ya estaba ahí —en cuanto a su estructura, germen, virtualmente— antes (!) de que Pedro y Juan se convirtieran en creyentes». Adam).

Cierto es que la fe en Wotan se hallaba en agonía, pero las arboledas sagradas donde se veneraba al «Wode» seguían siendo el destino de los peregrinos germanos. Todas las destrucciones de los robles de Wotan y todas las maldiciones de la vieja fe no surtieron efecto. Así en el lugar de Wotan fueron colocados mártires y santos cristianos, como San Martín. Capa, espada y caballo eran sus distintivos (es decir, los símbolos de Wotan), las arboledas venerables del Dios de la Espada llegaron a ser de este modo los lugares de San Martín, del Santo de la Guerra, quien aún hoy es venerado por peregrinos alemanes (véase la Capilla de Schwertsloch). También San Jorge y San Miguel son redenominaciones de antiguas figuras esenciales nórdicas, quienes mediante este «bautismo» quedaron bajo la administración de la Iglesia romana. La «diabla» Venus se transforma en la Santa Pelagia; Donar, el Tronador y Dios de las Nubes, deviene el San Pedro que vigila el Cielo; el carácter de Cazador Salvaje propio de Wotan se le otorga a San Osvaldo, y en capiteles y tallas de madera, el Salvador Widar es representado despedazando al Lobo de la Muerte, (p. ej. en el claustro de Berchtesgaden), Widar, quien quiere salvar a Odín tragado por el Lobo Fenris y mata al monstruo. La comparación con Jesús es evidente. Hasta el piadoso Hrabanus Maurus, el más erudito doctor de la Iglesia de Alemania al final del siglo 8, hace morar a Dios en el Castillo del Cielo, idea que no proviene de la Biblia, sino de la antigua alma heroica germánica.

El 1º de mayo la Germania Antigua celebraba la Noche de Walpurgis, el comienzo de las doce Noches Consagradas del solsticio de verano. Era el día

de las bodas de Wotan con Freya. Hoy en día, San Walburga celebra su onomástica el 1º de mayo, mientras todos los usos fueron modificados por la Iglesia como hechicería, brujería, etc., transformando de esta manera el simbolismo de la naturaleza en demonismo oriental.

En Regensburg (iglesia de los dominicos) se custodia un cáliz, «una cáscara de coco sobre soporte bañado en oro cobrizo, del que sólo se bebía el "día frío de San Juan"». Esta era la antigua forma del vino consagrado para la Cena de Comunión (que en el siglo 13 todavía era ofrecida por la Iglesia bajo ambas formas) el 27 de diciembre, la fiesta suplementaria del solsticio de invierno. Y en recuerdo de antiquísimos filtros de amor aún hoy (p. ej., en Ebersberg, Alta Baviera) «del cráneo de San Sebastián» se ofrece vino. Este «beber por amor» y beber por felicidad el día de San Juan Bautista, por San Martín y San Esteban, son todos antiquísimos usos. El piadoso católico Johann Nepomuk Sepp dice: «El cáliz de Cristo ha sido retenido por Roma a los laicos, pero el viejo cáliz pagano el pueblo no se lo ha dejado quitar».

Con los usos se transformaron los cánticos y las imágenes. En el libro de los Santos de 1488 vemos representado al santo Osvaldo. Está sentado en un trono ataviado con la vestimenta del rey y la corona. Pero alrededor de él vuelan los dos cuervos de Wotan. Únicamente la palma y el bastón de pastor son agregados cristianos. Bajo el nombre de Osvaldo, Odín es aún hoy venerado, y tiene, p. ej., su iglesia en Traunstein, pero también lugares santos en el bajo Rin, en Holanda, en Bélgica. Hasta la leyenda de la santa Kümmernis (Aflicción) se remite a la figura de Odín, tal como nos la describe la Edda, cuando Odín durante nueve noches herido de lanza colgaba del «árbol movido por el viento». La figura de un hombre barbudo crucificado (Odín, Donar), que lanza un zapato de oro a quien le reza, se repite en muchas esculturas antiguas y como motivo en muchas canciones. La Santa Librada de la Iglesia se ha desarrollado a partir de esta figura de una forma aún no esclarecida del todo.

Y la Iglesia tuvo que avenirse a sentar a sus santos sobre corceles fogosos, enviarlos blandiendo lanzas y espadas a la lucha con dragones y otros enemigos, a fin de alcanzar honor y fama o salvar a doncellas cautivas de las garras de un malhechor. Las columnas de Rolando y de San Jorge son ejemplos de esta índole que recién poco a poco fueron reemplazadas por

columnas de María: en el lugar de los símbolos del honor se puso la alegoría del «amor».

Los dioses nórdicos eran figuras luminosas con lanza y corona radiante, cruz y cruz gamada, los símbolos del sol, de la vida fructífera ascendente. Desde mucho antes del 3000 a. C. las oleadas de pueblos nórdicos llevaron estos signos a Grecia, Roma, Troya y la India. Todavía Minucio Félix se encoleriza contra la cruz pagana; hasta que finalmente el patíbulo romano (en forma de T), en la cual había sido clavado Jesús, tuvo que ser transfigurada precisamente en esta cruz pagana, ahora «cristiana», y el sol pagano o la cruz celestial apareció como un halo sagrado sobre las cabezas de los mártires de la Iglesia y los mensajeros de la fe[71]. El rayo de la tempestad, la lanza, deviene el símbolo del mando. El «dios cabalgante» con la lanza aparece, por consiguiente, siempre de nuevo en piedras conmemorativas y dibujos «cristianos»: este era el eterno caminante Wotan que cabalga a través de la historia del cristianismo. Escindido, en muchas figuras, este dios vive y se mueve como San Osvaldo, como San Jorge, como San Martín, como caballero con lanza, es más, como la santa Librada a través de los países católicos, y pasa aún hoy invisiblemente como el «Wode» a través del alma del pueblo en la Baja Sajonia. «Mientras un pueblo vive, sus dioses son inmortales»[72]. Esta fue la venganza de Wotan tras su ocaso. Hasta que Baldur resucitó y se llamó a sí mismo Salvador del mundo.

Por esta fuerza primigenia de la vieja tradición nórdica, que tampoco los «Bonifacio» y sus sucesores pudieron destruir del todo hasta el día de hoy, se estuvo profundamente indignado en Roma (también en Wittemberg).

---

[71] Estamos viviendo el nacimiento de una nueva ciencia: la interpretación del antiguo simbolismo germánico. El círculo con los cuatro radios aparece como una cruz celeste, es decir, como la proyección de los puntos de la brújula, la división en seis partes como los puntos de los solsticios de verano e invierno, etc. Es este simbolismo cósmico el que ha sido asumido sin ser comprendido a lo largo de los milenios, como los restos de una época que utilizaba símbolos en lugar de letras para registrar su visión del mundo del padre celestial, el nacimiento, la muerte y la eternidad. Las parábolas del sol son un extracto de esta visión del mundo.

[72] A. Dietrich: *Untergang der antiquer Religion* (El Hundimiento de la Religión antigua).

Pero no quedó más remedio que dar a las demás figuras de dioses el nombramiento de santos cristianos y trasladar de esta manera sus rasgos[73].

Sin embargo, los días de fiesta de la Iglesia cristiana coinciden con los que celebraban los pueblos originarios, ya sea la fiesta de la diosa de la fertilidad Ostara, que se convirtió en la fiesta de la resurrección, o la fiesta del solsticio de invierno, que se convirtió en el cumpleaños de Jesús. Así, la Iglesia católica, en sus formas fundamentales en el norte de Europa, también ha sido condicionada de manera nórdica. Lo grotesco de este hecho es que intenta hacer de la necesidad una virtud y se atribuye la riqueza de la vida espiritual de todas las personas. Con toda seriedad el dogma coercitivo eclesiástico, declara que toda coloración nacional tiene cabida en la Iglesia, que todas las distintas formas de devoción se encuentran bajo su cuidado; en ninguna parte «la libertad personal de expresión religiosa» está tan protegida como en la Iglesia católica (Adam). Esto, por supuesto, es una inversión de todos los hechos que hablan demasiado claro. Desde «Bonifacio» pasando por Luis «El Piadoso», que se esforzaba por erradicar de cuajo todo lo germánico, pasando por los nueve millones de herejes exterminados, se extiende hasta el Concilio Vaticano, hasta hoy, una única tentativa de imponer una inexorable fe única (unitarismo) espiritual, de difundir una forma, un dogma coercitivo, una lengua y un rito uniforme para nórdicos, levantinos, negros, chinos y esquimales (compárese el Congreso Eucarístico

---

[73] Numerosos decretos papales demuestran lo sistemática que era esta política. Así escribe, p. ej., el Papa Gregorio «El Grande» a Agustín el apóstol de los «paganos», quien le pide consejo referente a la conversión: «Porque en nuestro tiempo (hacia el año 600) ciertamente la Santa Iglesia puede cambiar para mejor con celo ardiente, algunas cosas, pero otras las tolera indulgentemente, sin embargo, de tal modo que ella a menudo reprime el mal que ella combate precisamente mediante esta tolerancia y pasar por alto» (Beda 1, 27). Y el 22 de julio de 601 el mismo Papa escribe al abad Mellitus, que si los templos paganos no serían destruidos se los podría «transformar»: «Si luego el pueblo no ve destruidos sus templos, podrá desprenderse de todo corazón de su error... y concurrir según vieja costumbre más gustosamente a los lugares que le son familiares». Y después de permitir el sacrificio: «Si de esta manera exteriormente (!) se les conceden algunas alegrías, podrán habituar su sentir más fácilmente a las alegrías internas. Pues con toda seguridad no puede ser que con espíritu riguroso se corte todo de una vez, pues también aquel que quiere ascender a la cumbre más alta sube escalón por escalón... no a saltos» (Beda 1, 30, comp. Th. Hänlein: *Die Bekehrung der Germanen zum Christentum* [La conversión de los germanos al cristianismo], Leipzig 1914 y 1910, I, 57 y 64).

de Chicago en 1926, donde obispos negros celebraron la misa). Durante dos mil años se rebela contra esto la eterna sangre de todas las razas y pueblos. Pero al igual que la idea de una monarquía mundial ha ejercido una influencia hipnótica sobre personalidades fuertes, desde Alejandro hasta Napoleón, también lo ha hecho la idea de una iglesia que domine el mundo entero. Y así como este primer pensamiento antaño cautivó a millones, así también el segundo como idea, sin que bajo su efecto se realizara un sometimiento total. Por ello, los grandes hombres de la Alta Edad Media también consideraban la Iglesia Romana como un aliado, o al menos como un ayudante para la realización de los planes románticos de poder. Esta a su vez vio en el «brazo secular» armado un medio para crear un camino libre para sus intenciones.

Examinada por sus motivos internos, esta lucha fue esencialmente una pugna por el predominio de aquello que debía ser considerado como el valor supremo metafísico y caracterológico: amor, humildad, renuncia y sumisión u honor, dignidad, autoafirmación y orgullo.

3.

LA ENFERMEDAD DE LAS PERSONAS A TRAVÉS DE LA «HUMANIDAD»

De nuevo, el amor era exigido y practicado solo por los seguidores y los grados inferiores del sistema romano; el liderazgo, para ser duradero y estimular las naturalezas fuertes, necesitaba glamour, poder, violencia sobre las almas y los cuerpos de los seres humanos. Sin duda, mediante este sistema ha sido desarrollada una gran capacidad de sacrificio anímico: aquello que la Iglesia católica llama con orgullo su «Caritas». Pero justamente aquí, en su más hermoso resultado humano, se pone de manifiesto una diferencia igualmente grande en la valoración y el efecto de una acción aparentemente igual. Así como la gracia de Dios es transmitida únicamente por la Iglesia, así también la beneficencia y la misericordia son únicamente un regalo de la Iglesia al infeliz, al pecador. Se trata de un cortejo muy hábilmente sopesado

de un hombre roto, con el propósito de atarlo a un centro de poder y hacerle consciente de su completa nada ante Dios, pero al mismo tiempo de su poder, representado por la Iglesia triunfante. Pero esta línea de pensamiento también carece de todo lo que llamamos caballerosidad. Un pueblo nórdico, determinado por el concepto de honor, tendría que predicar el apoyo de una comunidad a alguien necesitado no en nombre del amor condescendiente y la misericordia, sino en nombre de la justicia y el deber. Esto no se traduciría en una humildad sumisa sino en una elevación interior, no en la ruptura de la personalidad sino en su fortalecimiento, es decir, en el despertar del sentido del honor.

A esto pertenece la compasión eclesiástica-cristiana, que también ha aparecido en la «humanidad» francmasónica bajo nueva forma y ha llevado a la mayor devastación de todas nuestras vidas. A partir del dogma obligatorio en el amor ilimitado y en la igualdad de todos los seres humanos ante Dios, por un lado, y de la doctrina del «derecho humano» democrático y a-racial, que no se apoya en ninguna idea de honor arraigada en el país, por el otro, la sociedad europea se ha «desarrollado» prácticamente como guardiana de los inferiores, los enfermos, los discapacitados, los delincuentes y los podridos. El «amor» más la «humanidad» se ha convertido en una doctrina que corroe todos los mandamientos y las formas de vida de un pueblo y de un Estado, y con ello se ha rebelado contra la naturaleza, que hoy se venga. Una nación cuyo centro fuera el honor y el deber no conservaría a los vagos y a los delincuentes, sino que los eliminaría. Vemos también en este ejemplo que el esquema a-racial ávido de unidad va aparejado con un subjetivismo malsano, mientras una comunidad social y política soldada por el honor y el deber debe, por justicia, eliminar las penurias externas y esforzarse por elevar el sentido del valor del individuo dentro del marco de esta voluntad de perfeccionamiento, pero que igualmente estaría forzada a descartar a aquellos que no son racial y mentalmente aptos para el modo de vida nórdico. Tanto lo uno como lo otro resulta cuando se establece el honor como valor supremo de toda acción y la protección de la raza nórdica-occidental como portadora de esta idea.

Un ejemplo típico de cómo el sistema romano aprovechaba las debilidades humanas para sus fines lo constituye el dogma coercitivo de la indulgencia. Frente al pobre «pecador» la Iglesia afirma poseer un excedente

de «plenitud de expiación representativa» por parte de Jesucristo y los santos. Según su «encomienda divina» de redimir y atar, dispone del crédito del Salvador frente al transgresor en cuestión (fue especialmente el africano Tertuliano quien perfeccionó esta doctrina mercantil con mucho alarde de sutileza jurídica). Se ha tratado de rodear este dogma de muchas explicaciones misteriosas, construyéndose toda una filosofía sobre esta expiación sustitutiva, pero a nadie que tenga visión más profunda podrá quedar oculto su fundamento mercantil. Mercantil tanto en lo espiritual como en lo material. Básicamente, la idea de las indulgencias se reduce a un ejemplo aritmético, cuyas incógnitas X e Y pueden ser sustituidas por cualquier número que la iglesia elija. Esta es la cría de desmoralización caracterológica y anímica, sin tomar en cuenta las consecuencias exteriores, tales como, p. ej., se habían producido en tiempos de Lutero, cuando un representante comercial de los Fugger acompañaba permanentemente al estirado Tetzel y le sacaba todo el dinero que entraba, porque de lo contrario el tendero de Augsburgo no habría cobrado del Papa endeudado[74]. El

[74] Muchas entradas por indulgencias trajo el «Año Santo», inventado por Bonifacio VIII. La indulgencia del jubileo sólo podía ser adquirida en Roma. Al principio estaba previsto que cada 100 años debía ser festejado el «Anno sancto». Luego el jubileo fue celebrado cada 50, luego cada 33, finalmente cada 25 años, a fin de recibir con más frecuencia grandes sumas. El primer «Año Santo» (1300) trajo al Papa 200.000 extranjeros y 15 millones de florines de oro. En 1350 el Vaticano embolsó 22 millones, se comprende, por lo tanto, por qué después de los 33 años «en recuerdo de los años de vida» de Jesús (como rezaba en el segundo acortamiento del lapso de tiempo), se introdujo la pausa de únicamente 25 años: «por la cortedad de la vida humana». Se ve que hasta la muerte en martirio de Jesús puede ser buena para la fundamentación de los negocios de su «representante». Para obtener aún más dinero se introdujo la apertura y el cierre de la «Puerta de Oro» para el «Año Santo»: quien entraba aquí dejando su óbolo también podía liberar a sus amigos de todos sus pecados. En 1500 Alejandro VI utilizó las entradas de la indulgencia del jubileo para la dote de su hija Lucrecia. Cada crimen tenía su precio fijo mediante el cual uno se podía redimir: el parricidio y el incesto debían ser pagados con sumas elevadas. Recién los ataques protestantes frenaron la mala práctica. Después de esto la indulgencia era concedida por hábitos de hechicería (llevar escapularios, altares privilegiados, etc.). Negocios similares se hacían en todos los cargos inferiores. El Monasterio Monte Cassino tenía, p. ej., ¡entradas anuales de 500.000 ducados y comprendía alrededor del año 1500 4 sedes obispales, 2 principados, 20 condados, 350 palacios, 440 aldeas, 336 fincas rurales, 23 establecimientos portuarios, 33 islas, 200 molinos, 1662 iglesias! Un ejemplo entre miles. A esto se agregaba el comercio con cargos (entrega de sumas gigantescas al Papa para obtener el palio), denario

dogma de las indulgencias sólo fue posible porque la idea del sentido personal del honor no había intervenido en su formulación. Además, tenía que equivaler a socavar el sentido del honor aún existente y a sellar el pensamiento servil como un modo de ser piadoso. Examinada exteriormente, la rebeldía alemana contra este oprobio ha obligado al sistema romano a ser más prudente en la práctica del abuso de las indulgencias. Pero, en lo fundamental, es defendido aún hoy por la Iglesia como un derecho y un hábito piadoso. (Véase la Proclama de Indulgencia General de 1926). Ni que decir tiene que este disparate también se remonta al «origen bíblico». Una influencia milenaria sobre innumerables generaciones ejercida por un nuevo polo –Roma– ha tenido un efecto tan fuerte en el trasfondo no nórdico de los pueblos europeos que esta corrupción ni siquiera es sentida por ellos como una desgracia, sino como una ayuda mutua de los «miembros del cuerpo de Cristo».

LA VISIÓN DEL MUNDO DEL MÉDICO BRUJO

Partiendo de la misma mentalidad ajena a la idea del honor, puede también comprenderse la forma de la intercesión eclesiástica. Sobre la base de las resoluciones de los Concilios de Lyon, Florencia y Trento se introdujo por mayoría de votos el estado de purificación entre la vida, por un lado, y la condenación eterna o la bienaventuranza eterna, por otro, y se concedió a la Iglesia la facultad de conducir el purgatorio a buen fin mediante su intercesión. Si despojamos a esta doctrina de todos sus adornos, es decir, si la tomamos tal y como se entiende: a saber, no como una intercesión real y un recuerdo espiritual de un difunto, sino como un acto que influye en el curso del alma incluso después de la muerte, entonces tenemos la más vulgar creencia en la hechicería, tal como los pueblos de Oceanía siguen practicando hoy en día. Desde el punto de vista filosófico, las creencias en las indulgencias y la intercesión efectiva (junto con una miríada de otras, desde la doctrina del escapulario hasta los santos óleos y las reliquias milagrosas) se sitúan a la altura de una visión del mundo cuyo tipo es el del médico brujo. El curandero cuya oración trae o impide la lluvia, cuya

---

de San Pedro, dineros de dispensas, etc. Más ávido de dinero no ha sido ni el peor déspota de la Tierra que el «representante» del hombre cuyo reino no era de este mundo.

maldición mata, que ha hecho un contrato con Dios (o los dioses) y puede obligarle (u obligarles) a hacer cualquier cosa o influenciarle mediante prácticas mágicas[75].

Como figura demoníaca, el médico brujo no necesita el pensamiento independiente de sus seguidores, ni la acción consciente del honor. En consecuencia, para asegurar su posición, debe esforzarse por eliminar tanto a los unos como a los otros con todos los medios a su alcance. Tiene que engendrar miedos demasiado humanos y disposiciones histéricas; tiene que predicar la brujería y el demonismo; tiene que detener con Index, fuego y espada toda investigación que pueda conducir a otros resultados, o incluso a la liberación de toda la visión del mundo enseñada por el médico brujo. El médico brujo tiene que echar a la cárcel a un Roger Bacon exactamente igual que a un Galilei; debe proscribir y excomulgar la obra de Copérnico y tratar de destruir todos los sistemas racionales que quieren hacer valer el honor, el deber y la lealtad del hombre —es decir, las doctrinas armonizadas con un carácter de alto valor— como poderes formadores de la vida. Describir la tentativa de imponer a nivel de política mundial la concepción del mundo mágico-demoníaca del médico brujo significa escribir la historia eclesiástica y la dogmática romana. Roma, por consiguiente, ha sabido no solamente asegurarse la «vicaría de Dios» a los ojos de millones, sino, mediante la influencia sobre la creencia en la magia, siempre fomentada, de ciertas capas dentro de los distintos pueblos, también mantener despierta la creencia en la omnipotencia de sus usos (como la indulgencia, la extremaunción, etc.), practicables únicamente por los sacerdotes, sobre el

[75] Un acontecimiento que exteriormente no cuadra con esta obra, pero que en lo más íntimo es de hondo significado, sea anotado aquí para la caracterización de esta orientación espiritual. El día de Corpus Christi de 1929, en Múnich, la procesión fue sorprendida repentinamente por una fuerte tormenta con lluvia. Los monjes, monjas, acólitos, etc., pusieron sus cirios y crucifijos bajo el brazo y se dispersaron corriendo hacia los cuatro puntos cardinales. A continuación, el cardenal Faulhaber predicó en la iglesia de Nuestra Señora y exhortó a los fieles a no dejar que su fe se viera sacudida por la tormenta, aunque esta vez Jesucristo no hubiera aceptado el sacrificio que se le ofrecía... Jesús aquí, por consiguiente, ¡es presentado como fabricante de lluvia y la procesión de Corpus malograda por la lluvia como un intento fallido de brujería! La palabra filosofía de médico brujo —dicho sea esto sin ninguna intención ofensiva— caracteriza así precisamente la actitud espiritual de la Iglesia romana.

más allá. Y al mismo tiempo, el Papa supo evadir la responsabilidad de esta brujería. Otras instituciones de naturaleza similar en países extranjeros fueron en esto más consecuentes. El maestro y el cacique de una tribu «primitiva» que se arrogaba poderes mágicos, cuando sus ceremonias de sacrificios conducían a pesar de todo a la sequía o a la inundación devastadora, era muerto. El emperador de la China era igual a Dios; como Hijo del Cielo gozaba de veneración, pero era responsable de la prosperidad del pueblo y el Estado. Pero, el Papa, ha hecho imposible a la humanidad creyente en él, la posibilidad del control de sus aseveraciones, por el hecho de haber trasladado su efecto del más acá al más allá. (Pero si tiene éxito una curación hipnótica, los periódicos católicos están llenos de noticias al respecto, del mismo modo que callan absolutamente acerca de los miles que se alejan sin haber experimentado cambio alguno de los lugares de peregrinación y milagros). Puesto que los horrores del infierno –término que el piadoso Ulfilas no conocía y para el que no existía palabra germánica– no se escatimaban ni se escatiman, Roma ata las esperanzas de millones de personas atemorizadas a sus ritos y a sus efectos mágicos sin correr el riesgo de ser refutada por el experimento. Este método también ha contribuido mucho a la durabilidad del sistema romano.

El intento de hechizar al mundo puede haber fracasado, pero no del todo. La inicial superioridad técnica del sur sobre el germanismo, la consecuente erradicación de lo libre, orgulloso y consciente del honor con la ayuda de todas las alianzas imaginables, el inteligente desvirtuar de usos nórdicos, que subsistieron como tales recibiendo únicamente una administración distinta..., todo esto no ha quedado sin efectos persistentes.

LOS JESUITAS REEMPLAZAN A JESÚS

El jesuitismo sacó las últimas conclusiones del sistema romano. La piedra angular en la construcción de la filosofía del médico brujo fue creada por el Concilio Vaticano. Aquí se declaró que el médico brujo era Dios, un Dios infalible, durante el tiempo de ejercicio de su cargo. Ahora Jesús, considerado estrictamente, ya no está en representación, sino destituido. Destituido y reemplazado por el sistema romano, coronado por el médico brujo investido de todo el poder, que se hace llamar Papa. «La Biblia del

Nuevo Testamento es, en efecto, un registro significativo, pero de ninguna manera exhaustivo, de esta tradición apostólica que llena la conciencia total de la Iglesia», escribe condescendientemente el mencionado doctrinario católico moderno Prof. Adam.

Jesús ha sido empujado afuera, pero la superstición sirio-etrusca que rodeó su personalidad desde el principio ha ocupado su lugar como «tradición apostólica».

El dogma romano no tenía el concepto de honor como un problema en sí mismo. La escuela para la erradicación consciente de esta fuerza espiritual de la vida occidental, que sin embargo aparece en todas partes, es sin duda la orden que, como si fuera una burla, se llama a sí misma «Compañía de Jesús»: la forma en que Ignacio quería ver adiestrados a los seguidores de Jesús, es el más lejano contraste con el pensamiento y el sentimiento germánico. Incluso hoy en día, las opiniones difieren en cuanto a qué influencias, aparte de los instintos básicos de los vascos, fueron las más importantes en la formación y configuración de la orden. Aunque las piadosas «voces de María Laach» opinan que «el origen sobrenatural del cuaderno de Ejercicios espirituales» no fue «puesto en duda por ninguna persona sensata», este intento infantil de atribuir incluso a productos tan frescos «dictados divinos» es algo vergonzoso incluso para el sacerdocio. Se puede demostrar que los escritos del Padre García de Cisneros de Manresa, los preceptos benedictinos y franciscanos ejercieron una gran influencia en Ignacio, pero también debió conocer íntimamente los principios de las sociedades secretas religioso-políticas moriscas que se extendían por el norte de África hasta España, ya que existe una correspondencia casi asombrosa entre las órdenes musulmanas y los principios de la Compañía de Jesús. Los textos musulmanes enseñan: «Estarás bajo las manos de tu jeque como un cadáver en manos del guardián de los muertos». «Obedece a tu jeque en todo lo que te ordene, pues es Dios mismo quien ordena por su voz»[76]. Ignacio, en su famosa carta sobre la obediencia, pide lo mismo: obediencia ciega, obediencia de cadáver. La claridad de la obediencia ciega desaparecería si quisiéramos plantear interiormente la cuestión del bien y del

[76] *Livre de ses appuis*, por el jeque Si-Snoussi, traducido por M. Colas. Más detalles en Müller: *Les origines de la Compagnie de Jésus*, París, 1898. Comp. también Charbounel: *L Origine Musulmane des Jésuites*.

mal a un mandato en absoluto. Si hubiera que cumplir una orden del superior, «sea cual sea», un impulso ciego de obedecer nos arrastraría «sin dejar el menor espacio para la reflexión». Fue el 26 de marzo de 1553 cuando la exigencia de obediencia cadavérica se lanzó como un desafío abierto a la vida intelectual occidental germánica. «Dejad de lado, amados hermanos», escribió Ignacio, «en la medida de lo posible vuestra voluntad y entrega y sacrificio de vuestra libertad...». «Has de obedecer con un cierto impulso ciego, dispuesto con avidez y sin ninguna indagación (!) a dejarte llevar por lo que diga el superior...». En las «Constituciones» se lee: «Convénzase todo el mundo de que quien vive bajo la obediencia debe dejarse guiar por la divina Providencia a través del Superior, como si fuera un cadáver que puede ser llevado y colocado aquí y allá de cualquier manera; o como si fuera el bastón de un anciano que sirve a quien lo sostiene donde y como quiera...». En sus «Reglas», que Loyola adjuntó a los «Ejercicios espirituales», volvió a exigir «la suspensión total del propio juicio» y, además, «si algo que la Iglesia ha definido como negro aparece blanco a nuestros ojos, declararlo igualmente negro». En alemán: se exige sumisión, independientemente de que el siervo considere algo pecaminoso o deshonroso; aquí incluso se suprime la restricción anteriormente hecha, aunque endeble, de que solo hay que desobedecer si se exige un «pecado manifiesto»[77].

Esta franqueza, este coraje para llevar hasta la última conclusión las premisas del sistema romano, no era aún tolerada ni siquiera por los más celosos miembros occidentales de la Iglesia de aquel entonces. Incluso la Inquisición romana y la española se alzaron contra este lenguaje demasiado

[77] Un «Memorial» del Colegio de Jesuitas de Múnich comenta las reglas 35 y 36 sobre la obediencia: «Obedece ciegamente el que como un cadáver o como el bastón de un anciano, que no tienen ni sentimiento ni juicio, obedece como si el propio juicio de tal manera lo hubiera atado y en cierto modo eclipsado por completo (*totum eclipsatum*) que propiamente no juzga ni puede ver por sí mismo, sino que se ha apropiado por completo un juicio distinto, es decir, el del Superior, y de hecho tan completamente y tan perfectamente que todo lo que el superior juzga y siente es lo mismo y nada distinto de lo que él realmente juzga y siente, y que este juicio del Superior es su propio juicio natural y no desvirtuado. Esta es la fuerza de la verdadera negación de sí mismo y de la verdadera (*excaecatio*): no dejarse llevar por el propio movimiento, sino por el de los demás». (Reusch, Archivalische Beiträge: *Zeitschrift für Kirchengeschichte* [Contribuciones de archivo: Revista de Historia eclesiástica], 1895, XV, 263).

claro, de todos los rincones y de todos los confines del mundo surgieron protestas a causa del deshonor y servilismo de esta exigencia. Casi se hubiera llegado a una condena pública de la doctrina jesuítica, pero el taimado Belarmino consiguió –en el interés de la «unidad de la Iglesia»– desbaratarla[78]. La exigencia de Ignacio de llamar negro a lo blanco si la Iglesia lo ordena significaba la santificación del envenenamiento de las almas, era el reconocimiento del derecho de destrucción de las conciencias, era la abierta elevación de la mentira a obra piadosa. Que esta doctrina, que nos succionaba la médula espinal ética, no pudiera llevarse a cabo por completo no se debió, de nuevo, a la buena voluntad de la Iglesia, que es la única que puede salvar, sino solo a la fuerza defensiva del espíritu europeo y a la imposibilidad de quemar el sentido del honor europeo, incluso a través de décadas de baja crianza. Hoy se está obligado a no declarar ya como verídicas ni siquiera las palabras «dictadas por Dios» de Ignacio, no se osa exigir abiertamente en los colegios jesuitas la obediencia de cadáver y el renunciamiento al propio honor. Pero la meta y el camino hacia el estado de rebaño de siervos sin alma son inequívocamente claros. Al quebrantamiento de todo sentimiento de dignidad sirven los ejercicios de la Orden, que espantan la imaginación y subyugan la voluntad propia, al igual que el sometimiento de la personalidad anímica bajo la hipnosis de una fuerte voluntad central. El hecho de que la Iglesia no condenara la doctrina del

---

[78] El jesuita francés Julian Vincint, que tuvo la valentía de declarar herética la carta de Ignacio ya en 1588, fue encarcelado por la Inquisición y luego proclamado demente. Gracias a los cuidados amorosos de los «seguidores de Cristo», murió en la cárcel al año siguiente.

El que quiera seguir un caso semejante de brutal sojuzgamiento de un hombre recto dentro de la actual Orden jesuítica, que lea las actuaciones procesales del padre jesuita alemán Bremer acerca de su lucha contra el general de los jesuitas y el Papa que protegía contra todo derecho al primero. Bremer defendía como erudito reconocido las antiguas severas concepciones sobre moral, aquello que como molesto, sencillamente fue prohibido. Pero el pequeño Padre no se dejó simplemente estrangular como miles de otros y defendió su punto de vista sobre la base del derecho eclesiástico. Esto tuvo como consecuencia una brutalidad tras la otra, luego procesos del Padre, después la condena de Roma sin que fuera escuchado. Bremer formula contra el general de los jesuitas y el Papa, abiertamente, la acusación de falsificación de documentos. Ambos tuvieron que sufrir esto... Los hermosos tiempos de la Inquisición han pasado, de otro modo, Bremer ya se hubiera podrido hace tiempo en una prisión. Más detalles Dr. F. Ernst: *Papst und lesuitengeneral* (El Papa y el General de los jesuitas), Bonn, 1930.

cadáver demuestra que aspiraba a lo mismo que su instrumento, la Compañía de Jesús. Y así como las órdenes sirio-africanas querían trabajar para la «mayor gloria de Dios», así trabaja la Orden de los jesuitas «Ad maiorem Dei gloriam» a propósito de la descomposición del Occidente nórdico-germánico y anida naturalmente allí donde se hace notar una herida en el cuerpo de un pueblo.

Aquí no se trata de buena y mala voluntad, sino de inmutables valores del carácter. Ignacio era, aunque ambicioso, un hombre valiente, pero su sistema de servidumbre es la inversión de todos los valores europeos. Así como el materialista teórico puede ser personalmente un hombre bueno, frugal (también aquí la diferencia entre fe y valores del carácter), así también el belicoso Loyola pudo llegar a ser el símbolo de la lucha más inescrupulosa contra el alma de la raza nórdica. Para decirlo de inmediato: nada es más erróneo que comparar los *Ejercicios espirituales* de Ignacio con el sistema prusiano de crianza, como se hace a menudo con el propósito de oscurecer los hechos; más bien, estas dos fórmulas de formación masculina de tipos forman opuestos irreconciliables. Ignacio suprimió el traje monástico uniforme, renunció a un ascetismo exagerado, colocó a sus representantes no reconocidos en todas las ciudades (los «Afiliados») y les dio gran libertad en su vida exterior. A cambio de esto, los jesuitas sacrifican a la Orden: investigación propia, personalidad, dignidad humana, en última instancia, su naturaleza anímico-racial. El soldado prusiano estaba técnicamente sometido a una dura disciplina por fuera, pero por dentro era libre. El primer sistema no conoce la idea del honor, y allí donde la encuentra, trata de pisotearla; el segundo sólo gira en torno a esta idea. El primero fue y es un hongo escindido en medio de nuestra vida, un ácido corrosivo que desgasta todo lo fuerte y grandioso de nuestro propio pasado; el segundo fue y es la célula primordial para la construcción de toda nuestra existencia, como se manifestó efectivamente cuando los vikingos y los jóvenes germanos salieron a la luz por primera vez en la historia.

EL CONCILIO VATICANO

Después de Ignacio el vasco, Lainez —un judío— como su sucesor fue decisivo para el desarrollo posterior del dogma romano en una dirección que

era hostil a todos. Su eficacia, especialmente en el Concilio Tridentino, y las consecuencias de las decisiones allí tomadas serían dignas de una tesis doctoral alemana. Y el 18 de julio de 1870, el Concilio Vaticano de los jesuitas hizo su declaración final:

«Nosotros enseñamos y declaramos que, según el orden del Señor, la Iglesia romana tiene la primacía de la autoridad ordinaria sobre todas las demás... que el juicio de la Sede Apostólica, sobre la que no hay autoridad superior, no puede ser sometido por nadie a un nuevo conocimiento, ni corresponde a nadie sentarse a juzgar su juicio». «La Silla de San Pedro queda siempre incólume de todo error». «Nosotros declaramos como un dogma revelado por Dios: que el Papa romano, cuando habla desde su cátedra, decide una doctrina concerniente a la fe o a la moral que debe ser sostenida por toda la Iglesia, posee, en virtud de la continuidad divina que le fue prometida en San Pedro, aquella infalibilidad con la que el divino Redentor quiso que su Iglesia fuera dotada para decidir una doctrina concerniente a la fe o a la moral... Pero si alguien se atreve a contradecir esta decisión nuestra, Dios no lo permita, que sea excomulgado».

Así se completó el sistema romano-jesuita de aniquilación de la personalidad. Cierto es que millones de católicos fielmente creyentes percibían oscuramente toda la monstruosidad de esta auto-deificación de un cargo en sí, y algunos hombres se levantaron para protestar contra esta deshonra del ser humano, que es la esencia del Vaticano. El rector católico de la universidad de Praga escribió horrorizado: «Uno se dejó sacrificar y se sacrificó a sí mismo, arrojó la convicción, la fe, el honor sacerdotal y humano. Este es el resultado de una evolución que ve en la ciega obediencia hacia el jerarca romano la esencia del cristianismo»[79]. El obispo Strassmeyer declaró que la Curia considera al papado como una carroña, y esperaba la muerte de Pío IX, lo que significaría un «verdadero alivio para la humanidad»; J. Döllinger rechazó el dogma «como cristiano, teólogo e historiador». Hasta el gran orgullo del Centro, Windthorst, tuvo al menos el valor de rechazar el nuevo dogma de la infalibilidad, al menos entre amigos. Como informó Künzer, el canónigo de Breslau[80], le costó mucho apaciguar a Windthorst y

[79] Schulte: *Der Altkatholizismus in Deutschland* (El viejo catolicismo en Alemania).
[80] *Nordd Allg* (Periódico General del Norte Alemán), del 11 de enero de 1871.

«trató de calmar su furia contra los jesuitas, a los que declaró culpables de todo y contra cuya expulsión no movería un dedo». Pero lo que parecía posible en el siglo 16 era ahora imposible; todo fue en vano. Pío IX podía declarar con orgullo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»[81], sin que el mundo católico espiritualmente descompuesto y oprimido se atreviera a rebelarse contra esta presunción...

No se trata de que el Papa decrete como infalible cualquier mandato especial, sino el hecho de que se le permita esta posibilidad. De nuevo una parte de ese algo inasible, que todo pueblo siente como centro de su alma, ha sido roído, desintegrado. El Papa no exigirá abiertamente nada deshonroso, pero el mero hecho de la emisión de un poder en blanco por parte del mundo católico demuestra suficientemente que, efectivamente, se ha tirado el honor viril al servicio del «amor». El Concilio Vaticano significó la ruptura de los últimos caracteres de la Iglesia de la época. Y, por consiguiente, también de la actual: pues los presentes dignatarios ya han sido educados bajo el dominio de estos dogmas deshonrosos. El así llamado «catolicismo político» es únicamente la necesaria faz exterior del sistema romano-jesuítico, no un abuso, sino la aplicación consecuente de los principios romanos, aunque sea un abuso de la verdadera religión. Pues si para todo ser espiritual libre de Roma, todo poder mundano independiente de Roma aparece como «apostasía» del «gobierno legítimo», entonces todo medio justifica el fin de recuperar este gobierno político espiritual.

Este sistema supo forzar la capacidad de sacrificio del ser humano amoroso al servicio de una casta despiadada. Al cambiar el énfasis interno del sentido del honor al de la humildad y la compasión, se socavó la dignidad espiritual de los pueblos nórdicos. Las guerras, las revoluciones —en parte aprovechadas por Roma, en parte directamente provocadas por ella— trajeron consigo un mayor desgaste físico y espiritual, hasta que fue posible, con la ayuda de los judeo-demócratas, colocar la piedra angular en la cúpula del edificio en 1870. Y esto significa: renunciar al honor del individuo, de los pueblos, de las razas en favor de la pretensión de poder de una sociedad de sacerdotes que se declara a sí misma Dios.

---

[81] *Obs. Catholique* (Observador Católico), 1866, p. 357.

En este gran orden de ideas la magna hazaña de Lutero no está en el campo de la fundación de una Iglesia, sino que es mucho más significativa que la promoción de un cisma de la Iglesia. Por más que Lutero estaba aún profundamente arraigado en el Medioevo, su acción significa la gran revolución en la historia de Europa después de la invasión del cristianismo romano: Lutero negó el sacerdocio en sí, es decir, el derecho de una casta de hombres que aducía estar en relación más cercana con la divinidad que otros seres humanos, que en base a una llamada «ciencia de Dios» se arrogaba poseer mejor conocimiento de los planes de salvación de Dios y de las condiciones en el «cielo». Con ello Martín Lutero frenó el avance de aquel abuso hechicero, que desde Oriente Medio había venido hasta nosotros a través de Siria y África. El monacato y la tonsura son africanos, las mortificaciones antinaturales por las que se supone que uno se acerca «a Dios» son mediorientales, el rosario, que todavía se utiliza en el Tíbet y cuyo mecanismo ha encontrado su perfección en la rueda de oración, es asiático. Besar el pie del Papa es asiático; el Dalai Lama exige aún hoy lo mismo y muchas cosas más, que, sin embargo, no se pusieron de moda en Europa. Piénsese al respecto también en Alejandro Magno. Cuando éste hubo conquistado todo el Cercano Oriente, hizo arrodillarse delante suyo a los asiáticos cuando lo saludaban, pero con sus macedonios tuvo un trato de camaradas, un único intento de implantar también para ellos la *proskynesis* fracasó de inmediato y Alejandro mantuvo la vieja relación. Ya allí se separó la Europa nórdica del orientalismo, pero el lamaísmo, bajo la forma de la casta sacerdotal romana había efectuado su invasión, prosiguiendo la política oriental de los babilonios, egipcios y etruscos. A esta totalidad espiritual Martín Lutero había declarado la guerra, y quedó vencedor, y también todos los católicos aún conscientes del honor deben agradecer a su obra que el papado se vio obligado a reformarse, a depurarse, para poder siquiera subsistir en el mundo cultural de Europa que estaba despertando.

Imagínense adónde hubieran llegado los Estados, otrora germánicos, si hubiera triunfado aquel espíritu que quería asociar la santidad con la suciedad y la vida repugnante. San Eusebio andaba con cadenas de hierro que pesaban 260 libras, San Macario compró para sí la santidad al soportar los dolores de un montículo de hormigas en el que se sentó, San Francisco —en muchos conceptos seguramente una gran personalidad— rendía tributo

al orientalismo revolcándose desnudo sobre espinas para complacer a Dios. Especialmente las monjas piadosas bebían saliva ajena, comían ratones muertos y huevos podridos, todo para llegar a ser más «santas». El «piadoso» Hilarión es ensalzado por haber vivido solo en la inmundicia. San Atanasio estaba orgulloso de no haber lavado nunca sus pies, lo mismo se informa de San Abraham y de Santa Silvia. El convento de la Santa Eufrasia hasta había hecho un voto para que sus monjas no se bañaran nunca... Bajo el desarrollo desenfrenado de este «olor a santidad», Europa habría llegado hoy al estado de los santos cubiertos de suciedad de la India y del Tibet, unido a un estado del más completo embrutecimiento, de la más horrorosa superstición, de la pobreza y de la miseria, asociado a un constante enriquecimiento de la casta sacerdotal. Fue a través de la totalidad de los movimientos antirromanos que Europa se salvó y el mayor salvador de Occidente es Martín Lutero porque combatió la esencia de la que surgieron las condiciones esbozadas como resultados necesarios: el sacerdocio con poder mágico de Roma como continuación de las sociedades sacerdotales del Cercano y Medio Oriente. El hijo del campesino alemán se convirtió así en el eje de un nuevo desarrollo mundial, al que todos los europeos deberían estar agradecidos, pues no sólo liberó a los protestantes, sino que también salvó a los católicos de la ruina espiritual. El posterior retorno de muchos apóstatas (Viena y Múnich fueron otrora ciudades protestantes) al catolicismo sólo fue posible gracias a la limpieza forzada del olor a santo, pero no se olvide nunca que si no existiera ya el espíritu protestante el mundo tibetano-etrusco volvería a manifestarse (España, que fue el país menos protestante, ha sentido más amargamente el dominio de Roma; en ningún otro lugar de Europa había tanto atraso mental y espiritual como antes de la revolución de abril de 1931[82]). La estafa de Leo Taxil[83] ha revelado al mundo atónito hasta qué punto la delirante creencia satánica sigue prevaleciendo hoy en las altas esferas, que está al mismo nivel que el exorcismo del diablo por parte de los eclesiásticos devotos en todos los Estados.

---

[82] Fin de la monarquía borbónica.

[83] Escritor francmasón que embaucó al Papa León XIII, acusando a la masonería de adorar a un demonio con cabeza de macho cabrío.

4.

EL EMPERADOR Y EL PAPA

La esencia de la lucha entre el Emperador y el Papa fue, sobre todo, la lucha por la supremacía entre el honor del caballero y la debilitante doctrina del amor. El símbolo viviente del primer compromiso concertado lo constituye la espada con la empuñadura en forma de cruz, y el obispo montando en un caballo de guerra. Sin duda, preponderó primero el honor de caballero; incluso un Carlomagno hubiera rechazado con risas a un Pío IX. Pero consideró conveniente que su dignidad fuera santificada por la religión y que proclamara que su gobierno sobre los pueblos provenía de la gracia de Dios. Así, el emperador y el Papa fueron inicialmente aliados en la política de poder contra los «nobles sajones», para quienes —según Goethe— era un mérito odiar el cristianismo en la forma que éste exigía. Viduquindo luchó por sí mismo, pero simultáneamente por la libertad de todos los pueblos nórdicos. Al mismo tiempo, Carlos sigue siendo el rudo fundador del Reich Alemán como unidad política. Es muy dudoso que esta estructura de poder hubiera surgido sin él. Tras restablecer el honor de los habitantes de la Baja Sajonia, vilipendiados durante 1000 años, ambos grandes adversarios entran en la historia alemana: Carlos como fundador del Reich Alemán, Viduquindo como defensor de los valores germánicos de libertad.

La lealtad de vasallo y la lealtad entre hombres estaban para el caballero antiguo tan por encima de la posesión y la felicidad, como para el cantor de la Edda. El Havamal[84] termina con las palabras:

Las posesiones desaparecen,
los linajes mueren,
tú mismo mueres como ellos;
una cosa sé que vive eternamente:
la fama de las hazañas de los muertos.

[84] Uno de los poemas de la Edda poética, se data alrededor del 900-1200 d. C.

Esta es la forma nórdica de la doctrina budista del karma. En el poema de Beowulf se intenta un amalgamiento del sentimiento del honor germánico con la idea de redención cristiana, en la medida en que Beowulf se compromete a salvar a la humanidad desgarrada y atormentada; pero él no lucha con el auxilio del dogma de «no resistir el mal», sino como «un héroe que causa terror al mal» (comp. al respecto las palabras de Visnú, quien aparece siempre en el mundo para aniquilar a los malvados). Sin embargo, en Beowulf ya se percibe un cierto matiz de suavidad. Mientras que para los antiguos germanos era deshonroso volver del campo de batalla sin su líder y señor, la actitud miserable de los «discípulos» de Cristo en el Jardín de Getsemaní (lo que también le resultó muy penoso al poeta del «Heliand»[85]) ya se ha contagiado aquí. El séquito de Beowulf lo abandona, con la excepción de un sólo hombre leal, ¡porque son presa de premoniciones de muerte! Este rasgo tan poco nórdico y de corazón blando se compensa con un deliberado elogio del honor: «Ningún acontecimiento puede debilitar el amor que el hombre noble siente por su sangre». «El fin de esta vida nos amenaza a todos: por tanto, quien pueda, ¡adquiera la gloria antes de la muerte!». Finalmente, los hombres deshonrosos y desleales que huyeron son desterrados:

Ahora a todo vuestro linaje le sea vedado
la ofrenda de las espadas y los brillantes tesoros,
las alegrías de la madre patria y del terruño:
privado de los derechos de nuestra vida
ha de ser cada uno, cuando en la lejanía
los hombres nobles sepan de vuestra fuga,
ese hecho infame. La muerte es mejor
para todo hombre noble, que una vida vergonzosa.

También el caballero germánico se hace pasible de acciones poco honrosas en estado de flaqueza de voluntad y al hacer irrupción bajos impulsos, pero cuando más tarde da la cara, los confiesa y asume las consecuencias, entonces comprendemos esto más fácilmente que el comportamiento cobarde de los primeros apóstoles. Para nosotros, incluso

[85] Un poema épico sajón del siglo IX que relata la vida de Jesús.

una figura siniestra como Hagen parece significativamente mayor que, por ejemplo, Pedro, la «roca». Hagen abandona su honor al servicio del honor de su rey y al final muere orgulloso e intacto por ello. El parlanchín Pedro niega a su Señor a la primera prueba doble y triplemente; el único arranque que lo hace aparecer simpático, cuando desenvaina la espada (lo que el poeta del Heliand describe con visible alivio), es oscurecido muy significativamente por sus posteriores mentiras cobardes. La tradición de la Iglesia intenta en vano convertir a Pedro en un héroe. El piadoso poeta «HeIiand», sin embargo, maldice para excusar el comportamiento de los discípulos en Getsemaní por sus preocupaciones, pues de otra manera su sueño hubiera parecido a sus sajones deshonroso y, por consiguiente, incomprensible:

...El Nacido del Señor
Los encontró durmiendo en pena
Sus corazones estaban acongojados
Porque el Buen Señor
debía abandonarlos.

La evolución de la caballería en estamento de caballeros comenzó ya bajo Conrado II, y se mantuvo hasta bien entrado el siglo 14. Los caballeros se consideraban como «Hijos del Reich» y se obligaban a defender al Kaiser y al Reich contra los enemigos externos. Este hecho les otorgaba su razón de ser como estamento, y condujo al concepto caballeresco del honor propiamente dicho, que constituye la primera representación estamental de la idea del honor, unida a la tierra y puesta a tono con el fin supremo. Después del subjetivismo casi completo del vikingo y del antiguo jefe germánico con su séquito, una gran clase de personas está así en sintonía con el centro anímico de toda la raza. Las costumbres de prestar la espada, ceñirla y luego ser caballero representaban simbólicamente la elevación interior y el ennoblecimiento. Por más que al final la caballería haya representado, por su anquilosamiento y su encierro formalista, una porción remanente de la antigüedad en la renovada vida burguesa, incluso si las incursiones de la caballería, que permaneció en barbecho durante la paz, ofrecen una imagen poco agradable, estas son cosas a las que no puede escapar ni la mejor idea en su plasmación. Pero es un hecho que hasta hoy el término «caballeresco»

se designa únicamente a una persona que defiende enérgicamente a un semejante y sabe defender su honor.

5.

EL PAPA COMO APÓSTOL

Por supuesto, el sistema romano se afanó por poner a su servicio también a esta caballería, lo que entre otras cosas halló su expresión a través de la consagración de la espada. Pues ya en el mismo comienzo de sus diez votos el caballero se obliga a servir a la religión, luego a prestar ayuda a los que se encuentran en apuros, y recién al final a prestar obediencia al Kaiser. De este modo, también se estableció formalmente una influencia, como ya se había hecho anteriormente. Algunos historiadores piadosos han intentado incluso remontar la propia fundación de la caballería a Roma (como sus dogmas a Jesús), por lo que se hace referencia a Gregorio VII como el fundador de la caballería. Aun cuando esto naturalmente solo se realiza con el objeto de poner bajo la dependencia del Papa hasta la representación del pensamiento anti-romano mediante su remisión causal a éste, por supuesto con diferentes resultados que dimanan de ello también para el presente. Así, p. ej., el historiador Gfrörer nos sabe relatar con toda exactitud cómo también la idea caballeresca proviene de la santa Roma, para revelar sus intenciones sin rodeos: «Sólo como resultado de la enorme influencia que la Iglesia, a través de la eficacia de Gregorio VII, ejerció sobre la clase guerrera de la cristiandad, fue posible establecer la idea de la caballería en Roma. en la clase guerrera de los imperios cristianos de Occidente, y en primer lugar del Imperio Romano, la caballería alcanzó su pleno contenido como institución o corporación que se propuso la tarea de poner el heroísmo del soldado al servicio de la religión mediante obligaciones especiales». Fama, honor, tribu, pueblo, Kaiser y Reich fueron y son considerados por los representantes del sistema romano como meros nombres y trivialidades; el propósito de la falsa caballería, que se remonta al Vicario de Cristo, parece ser sólo el servicio al Papa. Aquí también se ha puesto de manifiesto la política inmutable de la

Iglesia romana, y efectivamente los predicadores hipnotizantes han conseguido verter en las numerosas Cruzadas ríos de sangre por la Iglesia tiránica, «poner el heroísmo al servicio de la religión», someter el honor al «amor». «Iper und Arras» gritaban los flamencos, «Husta heya Beyerlant», era el grito de guerra de los bávaros; Roma no podía impedirlo, pero enfrentando diferentes intereses podía sembrar la discordia. Y esto lo ha considerado hasta hoy como su cometido esencial. Roma no puede, por instinto de autoconservación, tolerar un estamento consciente de su pueblo y de su honor, y mucho menos toda una Nación afianzada en sí misma, consciente de su honor; por eso debe sembrar la discordia, la guerra y fomentar la descomposición racial. Esto pertenece a la esencia de su propio sistema a-racial y nunca cambiará mientras este sistema exista.

Otra falsificación histórica aparentemente inerradicable sigue dominando incluso los círculos que, por lo demás, dan cuenta de Roma y su sistema: como si la educación y la moral que poco a poco impregnaron a Occidente fueran una consecuencia de la actividad eclesiástica. Pero ocurre exactamente lo contrario.

Acosados por los longobardos, el Papa Esteban II (hacia el 775) suplica a Pipino por ayuda y pide ser invitado al país de los francos. Así sucedió; Pipino recibe al Papa a pie, pero éste, consciente de su debilidad, se muestra como pobre apóstol de Cristo, se envuelve con sus sacerdotes en vestimentas de crin, echa ceniza sobre su cabeza y suplica al Rey de rodillas que ayude al pueblo romano. Desde esta época Francia se considera como la hija mayor de Roma (pero renunció sabiamente desde Hugo Capeto a las seducciones de un título romano). El mismo Papa trabaja luego contra un matrimonio de Carlomagno con una mujer lombarda. Escribe que Carlos no debía manchar «de una manera desleal y altamente pestilente» el «linaje real de suprema nobleza» de los francos con la sangre de los longobardos, y ruega al cielo en caso contrario de entregar a Carlos a las «llamas eternas». Pero como esta amenaza no hizo ninguna impresión en el Emperador, el piadoso Padre se alía más tarde él mismo con el «pestilente» Rey de los longobardos.

En la época en que la espiritualización del mundo se llevó a cabo supuestamente desde Roma, las cosas eran de hecho muy poco espirituales allí. En el año 896 el Papa Esteban VI concibe la idea de escarbar de su sepulcro el cadáver putrefacto de su antecesor, condenar al muerto en un

sínodo como malvado intruso a la pena capital, hacer cortar tres dedos del cadáver «perjuro» y podrido y entregarlo al «pueblo» romano para que lo ahogara. Después de esto cambian los Papas, se derrocan mutuamente, se aprisionan alternativamente, hasta que Sergio III, a su izquierda su concubina Marozia, asciende a la «silla de San Pedro». Esta mujer, junto con su madre Teodora, se asegura a obispos influyentes como amantes y sostenes de su dominio. Cuando Sergio estuvo terminado, después de una corta pausa, Marozia elevó a su hijo a Papa como Juan XI. A causa de esto su primer hijo Alberico estaba altamente encolerizado y derrocó el gobierno de su madre. Después de su muerte su hijo invistió el cargo papal como Juan XII. Pero la situación tampoco mejoró más tarde. En 893 el Papa expulsado Bonifacio VII logró poner en prisión y dejar morir allí a su competidor «reemplazante» de Jesús, Juan XIV. Pero tampoco Bonifacio disfrutó largo tiempo de la tiara, él a su vez fue echado por la nobleza real y por la señora Teodora, como ya se dijo, la famosa madre de la tan extraordinariamente capaz ramera Marozia, cuyo nieto Crescencio el Joven llegó a ser señor de Roma, quien ahora vendía la silla papal a criaturas dispuestas. En 1024 ascendió un hombre al trono papal que nunca antes había sido eclesiástico. Compró la lugartenencia de Dios y se llamó Juan XIX. Además, fue elegido el hijo de diez años de edad de un conde, como Papa Benedicto IX. Pero como ya se había entregado a todos los vicios imaginables a una edad temprana, incluso los romanos se hartaron; así que eligieron un nuevo representante de Cristo, que se llamó Silvestre III. Pero el nuevo Papa pronto llegó a tener miedo de los peligros de su cargo y prefirió vender éste por 1000 libras a Gregorio VI, por lo que el expulsado Benedicto estuvo moralmente indignado y presentó de nuevo sus pretensiones a la silla de San Pedro. El honrado cardenal César Baronio llamaba a estos Papas simplemente «prostitutas de padrinos». Este escándalo recién llegó a su fin cuando intervino el Kaiser Enrique III.

Este fue el estado de cosas en Roma en los siglos 10 y 11, que todo alemán debería conocer, pero que prudentemente es callado por una historiografía por un lado mendaz y por otro cobarde. Precisamente en esta época comenzó la unión nacional de los alemanes bajo Enrique I, y el intento consciente de levantamiento y cultura nacionales bajo Otón I el Grande. Otón vio en la religión un momento de formación del alma y de ennoblecimiento. Gracias a él, el caballero alemán y los obispos recibieron

gran influencia, ingresaron al rango principesco y transmitieron conocimientos espirituales, fomentaron la artesanía, los oficios y la agricultura. Conducidos y protegidos por el Kaiser, no por el Papa, florecieron los primeros centros de cultura en Quedlinburg, Reichenau, Hersfeld. Los Papas, por el contrario, hicieron asesinar a honrados amonestadores, tal como Adriano IV ordenó estrangular y quemar a Arnaldo de Brescia, cuando oyó sus sermones penitenciales[86].

Los propósitos de Otón I tenían sin duda como base, la idea de una Iglesia nacional germánica, que pareció haberse extinguido con los godos arrianos desaparecidos. Por esta razón estableció que los sacerdotes fueran nombrados por el terrateniente: pero esto también lo indujo a someterse al papado; los romanos tuvieron que jurar no elegir a ningún Papa sin el asentimiento del Kaiser. Otón III nombró autocráticamente a dos Papas. En forma semejante depuró Enrique III el papado. En el gran conflicto entre el arzobispo Willigis de Maguncia contra el centralismo a-nacional romano, todos los obispos alemanes se unieron en abierto y consciente rechazo frente al Papa, quien finalmente tuvo que ceder. ¡La gente era aún más libre en Alemania en aquella época que en 1870 y 1930!

Sin embargo, el papado se vio muy reforzado por los Cluniacenses, que querían crear una organización internacional más allá del marco estatal, dependiente únicamente del Papa. Aunque este movimiento se propuso reformar el podrido sistema monástico, muy pronto reveló su actitud espiritual a-germánica. Las prácticas de penitencia hasta ahora usuales contra la carne pecaminosa demoníaca, que el germano miraba con riente

---

[86] No puedo entrar en más detalles aquí. Mencionaremos tan sólo aún que los Papas se hacían pagar determinados porcentajes de las casas de prostitución, lo que Pablo II (1464-1471) perfeccionó en una fuente de ingresos permanente. Sixto IV recibía anualmente 20.000 ducados de oro de las casas de placer. Los eclesiásticos debieron pagar determinadas tasas por sus concubinas, mientras el Vaticano pagaba a sus empleados con cheques sobre los burdeles. Sixto IV permitía mediante un determinado pago también la pederastia. Inocencio VIII tenía que alimentar a 16 hijos. Pero Alejandro VI declaró que el Papa está colocado más alto que el Rey, más o menos así como el ser humano sobre las bestias. Por tal razón probablemente hizo asesinar una docena de obispos y cardenales que le parecieron peligrosos. Por 300.000 ducados de oro el Papa Alejandro VI eliminó al pretendiente al trono turco Dschem y embolsó el dinero del «infiel» Sultán con toda tranquilidad de alma. En 1501 Alejandro VI nombró a su hija Lucrecia, por un tiempo, su reemplazante.

superioridad, fueron despojadas de su anterior forma burda y transformadas en un astuto martirio del alma (en cierto modo precursor del jesuitismo). Para determinados sectores del convento de los cluniacenses imperaba la más severa orden de no hablar, toda alegría fue prohibida y no se toleraba la amistad. La práctica de la denuncia fue señalada como un deber piadoso, aplicándoseles a los culpables penas deshonrosas. Esta forma antinatural de disciplina proviene, evidentemente, de aquella raza ligurica-oriental que antes de la inmigración nórdica estaba afincada entre otros lugares también en el sudeste de Francia. Este pisoteo de la propia alma, esta auto-castración interior y esta ansia de sometimiento a demonios y poderes mágicos extranjeros, nos muestra el espíritu de la Iglesia romana en la más estrecha acción recíproca, condicionada racialmente, con toda sangre no-aria y poblaciones descompuestas. Por consiguiente, tampoco es una casualidad que la «reforma» de los cluniacenses hizo pie de inmediato en las partes de raza oriental de Lorena. Contra esta enfermedad anímica se levantó de inmediato el arzobispo Aribo de Maguncia y apoyó a Conrado II, consciente de su poder. En el Norte se agitó casi simultáneamente la vieja sangre: el obispo Adalbert de Wettin se puso como meta una Iglesia nacional germánica; la palabra «alemán» llegó a ser por primera vez un bien común, los monjes de la iglesia romana buscaban ahora los tesoros espirituales restantes, casi destruidos, de su pueblo.

El Kaiser alemán, había sacado al Papa del pantano, otorgado prestigio a la Iglesia y ennoblecido a sus servidores. El universalismo romano, fortalecido nuevamente de este modo, utilizó naturalmente estas fuerzas, invocando —como de costumbre— falsificaciones demostrables («Donación de Constantino» y «Decretos de Isidoro»), para presentar la supremacía del papado sobre el Kaiser como «deseada por Dios» e imponer el centralismo contra el episcopalismo. Esta lucha fue llevada a cabo mediante el aprovechamiento de la totalidad de los medios a su alcance: los vasallos fueron azuzados contra el Kaiser, es más, la huelga eclesiástica contra los obispos «insubordinados» fue proclamada. Este fue el agradecimiento de Roma.

Con especial predilección por parte de los historiadores romanos es ensalzada la durabilidad del papado como prueba de su «instauración divina». Pero el que sabe que Roma debe su posición de poder en

primerísimo lugar al kaiserismo, su influencia anímica únicamente a la grandeza interior de espíritus aristocráticos piadosos como Francisco de Asís, Alberto Magno y el Maestro Eckehart, tendrá seguramente otra opinión al respecto. Por lo demás, la durabilidad de una institución no es en sí misma una prueba de su valor interior. Lo que importa es solamente la índole de las fuerzas que le han procurado la duración. A fin de cuentas, la cultura egipcia es mucho más antigua que la Iglesia romana; el mandarín cuenta con mayor número de antepasados conocidos que el Papa; Lao-Tse y Confucio vivieron hace 2500 años y gobiernan aún hoy. Y luego, después de todo, el kaiserismo germano-romano feneció recién hace aproximadamente cien años. Se acerca el momento en que el Papa se convierta también en lo que debe ser: el jefe de la Iglesia nacional italiana (es de esperar que la controversia entre el fascismo nacionalista y el Vaticano acelere la aplicación de esta necesidad). El papado (a pesar de que también hubo un número de hombres realmente grandes en la así llamada silla de San Pedro) ha debido edificar su dominio sobre la precondición del avasallamiento anímico y de la descomposición racial de los pueblos de determinación germánica. De las grandes almas libres que, ya en los siglos 11 a 14, se consagraron a Roma como idea santa, el Vaticano creó armas de servidumbre. A partir del fortalecimiento del jesuitismo, desde el Concilio Tridentino, «Roma» ha permanecido petrificada y condicionada por razas inferiores. La sucia «teología moral» de San Alfonso de Ligori por un lado, la deshonra por parte del Jesuitismo, por el otro, tuvieron como consecuencia que desde el estrangulamiento de la religión del maestro Eckehart todo lo realmente grande de la cultura europea ha surgido de un espíritu anti-eclesiástico, desde Dante (que todavía fue condenado expresamente en 1864, entre otras cosas, por haber llamado a Roma una cloaca) y Giotto hasta Copérnico y Lutero; sin hablar del arte clásico alemán y de la pintura y música nórdicas. Todo aquello que el ánimo servil llamaba «amor» se reunió bajo Roma, todo aquello que buscaba el honor y la libertad del alma se separó cada vez más conscientemente del mundo espiritual romano.

6.

LA LIBERACIÓN CIVIL DEL SIGLO XVI

Las órdenes de caballería perdieron su importancia en los siglos 15 y 16. Pero el concepto de honor que habían cultivado había despertado en los otros estamentos. Los burgueses, en particular, se liberaron del dominio del castillo, construyeron sus ciudades e iglesias, se dedicaron al comercio, y se asociaron en poderosas ligas, hasta que finalmente la Guerra de los Treinta Años acabó con toda una cultura.

La Liga Hanseática demuestra que el concepto del honor germánico se personifica hasta en el negociante allí donde éste, actuando por sí mismo sin intermediarios orientales pudo desarrollarse libremente. Al principio era una sobria asociación comercial que aseguraba el comercio, pero más tarde extendió sus brazos, no sólo comerciando, sino también construyendo, fundando y colonizando. Las ruinas de Nowgorod y Wisby hablan un lenguaje igualmente potente de fuerza ética que los ayuntamientos de Brügge, Lübeck y Bremen. Más de 75 ciudades formaron entre sí una alianza defensiva que, en su esencia más íntima, tenía como objetivo formar un centro de poder alemán ante la impotencia imperial. Pero antes de que pensamientos semejantes pudiesen hacer pie más profundamente, se precipitó la mayor catástrofe de la historia alemana. Y tuvo el mismo resultado que las guerras hugonotes en Francia: el carácter del pueblo alemán fue modificado. Si Alemania albergaba a comienzos del siglo 16, a pesar del débil régimen kaiseriano, un orgulloso campesinado y una próspera burguesía, treinta años sangrientos (que al Papa Inocencio X aún no le eran suficientes) exterminaron la mejor sangre de Alemania, numerosos enjambres de extranjeros de estados hostiles corrompieron la raza, una generación entera creció en medio del robo y el asesinato. Baviera sola contaba con 5000 haciendas abandonadas, cientos de ciudades florecientes yacían en escombros, casi dos tercios del pueblo alemán habían sido exterminados. Ya no había ni arte, ni cultura, ni carácter. Príncipes sin honor saqueaban a un pueblo miserable, y estos «súbditos» soportaban todo obtusa y pasivamente. Y, sin embargo, la sangre germánica se alzó contra la depravación de los Habsburgo y la amenaza francesa. La sangre de la Baja Sajonia que antaño había llegado hasta el Düna, ofreció resistencia a toda la

decadencia de arriba y de abajo. Las trompetas de Fehrbellin[87] y la voz del Gran Elector[88], con cuya gesta se inició la resurrección, la salvación y el renacimiento de Alemania, aún resuenan en nuestros oídos como una llamada a la promesa. Podrá censurarse a Prusia lo que se quiera: esta decisiva salvación de la sustancia germánica perdura por siempre como su gloriosa hazaña; sin ella no habría cultura alemana, ni pueblo alemán en absoluto, a lo sumo millones para ser explotados para los vecinos ávidos de botín y los codiciosos príncipes de la Iglesia.

No es casualidad si precisamente hoy en medio de una nueva espantosa caída al precipicio, aparece la figura de Federico el Grande rodeada de un luminoso resplandor, pues en él se reúnen —a pesar también de sus flaquezas humanas— todos aquellos valores de carácter por cuyo imperio hoy de nuevo luchan anhelosamente los mejores de la alemanidad: la audacia personal, decisión implacable, sentido de la responsabilidad, prudencia penetrante y el sentido del honor. Tales valores nunca habían sido elegidos con tanta grandeza mítica como la estrella guía de toda una vida. «¿Cómo puede un príncipe sobrevivir a su Estado, a la fama de su pueblo y al propio honor?» pregunta a su hermana el 17 de septiembre de 1757. Jamás una desgracia lo acobardaría, al contrario: «Jamás asumiré la vergüenza. El honor que me hizo arriesgar mi vida cien veces en la guerra me ha hecho desafiar a la muerte por causas menores». «No se dirá de mí», continúa, «que he sobrevivido a la libertad de mi patria y a la grandeza de mi casa». «Si tuviera más de una vida, la sacrificaría por la patria», escribe Federico a d'Argens el 16 de agosto de 1759 tras una terrible derrota. «No pienso en la fama, sino en el Estado». «Mi inmutable lealtad a la patria y al honor me hacen emprender todo, pero la esperanza no la guía», dice unos días después. También hace una confesión a Luise Dorothea von Gotha: «Tal vez haya llegado la hora del destino de Prusia, tal vez veamos un nuevo Kaiser despótico. No lo sé. Pero garantizo que sólo se llegará a eso después de que hayan corrido ríos de sangre, y que no veré a mi patria encadenada y la vergonzosa esclavitud de los alemanes». Y de nuevo escribe Federico a d'Argens (18.9.1760): «Usted debería saber que no es necesario que yo viva,

[87] La batalla de Fehrbellin en 1675, en la que los alemanes derrotaron a los suecos.
[88] Federico Guillermo I de Brandeburgo.

pero sí que cumpla con mi deber» y (28.10.1760): «Nunca viviré para ver el momento que me obligue a hacer una paz desfavorable... O bien me haré sepultar bajo los escombros de mi Patria... o pondré fin a mi vida yo mismo... Siempre me he guiado en mis acciones por esta voz interior y por las exigencias del honor, y pienso seguir haciéndolo en el futuro»[89].

Si Federico Guillermo I fue la imagen de la honorabilidad cívica y de la sabiduría que se limita a sí misma, Federico II es el símbolo de todo lo heroico que parecía haberse desvanecido y perecido en la sangre, la suciedad y la miseria. Su vida es la más genuina, la más grande de la historia alemana, y un alemán que intente falsear la figura de Federico con glosas burlonas se nos presenta hoy como un canalla completamente miserable.

Pero fueron sólo pocos a los que logró formar. A pesar de su gran labor pacificadora, las amplias capas de la población eran burdas, sin tradición cultural, los educados degenerados, apáticos, a-prusianos, a-germanos. Sólo de mala gana dejaron que actuaran las formas de disciplina de la idea federicana, y Federico mismo –a cuyo gobierno Kant dedicó su «Crítica de la razón pura»– no encontró dentro de la alemanidad de aquel entonces ninguna espiritualidad independiente madura frente al afrancesamiento, de modo que su amor por la literatura francesa preparó el camino para la victoria del nuevo mundo de pensamiento francés, que bajo la nueva forma de la idea del amor, bajo la forma de la doctrina de la humanidad, paralizó las fuerzas orgánicas de Prusia, que aún no había despertado a la plena conciencia, y más tarde la hizo incapaz de resistir a los ejércitos de la Revolución Francesa.

EL SURGIMIENTO DE LA MASONERÍA

La nueva doctrina de la humanidad fue la «religión» de los francmasones. Ésta suministró hasta hoy los fundamentos espirituales de una cultura universalista-abstracta, el punto de partida de todos los sermones egoístas sobre la felicidad, también acuñó (ya en torno a 1740) el eslogan político de

[89] A este respecto señalo una excelente edición de Richard Fester: *Friedrich der Grosse, Briefe und Schriften* (Federico el Grande, Cartas y Escritos), dos tomos, Leipzig, 1927, que por seleccionar lo más importante y por la generosa valoración se distingue de muchas otras.

los últimos 150 años: «libertad, igualdad y fraternidad», y dio a luz a la caótica democracia «humana» destructora de naciones.

A comienzos del siglo 18 se reunieron en Londres hombres a los cuales las querellas confesionales, dentro de la «religión del amor» tal como existió hasta entonces, les habían costado en parte el pueblo y la patria, y fundaron en medio de una época embrutecida una «Liga de la Humanidad para el fomento de la humanidad y la fraternidad». Dado que esta liga sólo reconocía al «ser humano», desde el principio no se hizo ninguna distinción racial o religiosa: «La Masonería es una liga de la humanidad para la difusión de principios tolerantes y humanos, en la que el judío y el turco pueden participar tanto como el cristiano», rezaba la constitución redactada en 1722. La idea de la humanidad debe constituir «el principio, la finalidad y el contenido» de la francmasonería. «Ella es —según el ritual de Friburgo— de mayor alcance que todas las Iglesias, Estados y escuelas, que todos los estamentos, pueblos y nacionalidades; pues se extiende sobre toda la humanidad». Así nos instruye aún hoy la masonería alemana[90]. Por consiguiente, la Iglesia romana y la contra-Iglesia francmasónica están concordes en derribar todas las barreras que son creadas por la figura anímica y física. Ambas llaman a sus seguidores en nombre del amor a la humanidad, en nombre de un ilimitado universalismo, únicamente que la Iglesia exige la sumisión total, la subordinación dentro de su propia esfera (que por supuesto debe ser toda la Tierra), mientras la contra-Iglesia predica una destrucción ilimitada de las fronteras, pone como criterio de su juicio el sufrimiento y la alegría del individuo, «del ser humano». Esto debe considerarse como la causa de la situación actual, es decir, que el bienestar material del individuo se ha convertido en el bien supremo para la democracia y recibe el primer lugar de ésta en la vida de la sociedad.

Esta visión atomista del mundo era y es el requisito previo para la doctrina política de la democracia y del dogma económico obligatorio de la necesidad del libre juego de las fuerzas. Todos los poderes que trabajaban para aflojar los lazos estatales, nacionales y sociales debían esforzarse para que esta

---

[90] R. Fischer: *Erläuterungen der Katechismen der Joh. Freimaurerei* (Comentarios sobre los catequismos de la francmasonería de San Juan), Leipzig 1902. Para más detalles, véase A. Rosenberg: *Das Verbrechen der Freimaurerei* (El Crimen de la Francmasonería) y *Freimaurerische Weltpolitik* (Política mundial francmasónica), Múnich 1921 y 1929.

filosofía masónica, y por consiguiente también la «Liga de la Humanidad», estuviera a su servicio. Aquí vemos al judaísmo internacional, por instinto y simultáneamente por reflexión consciente, anidado en la organización de la masonería. Es cierto que la esencia racial en la «Liga de la Humanidad» actuó instintivamente a la defensiva como lo hizo contra los intentos de la Iglesia de exterminar a la especie germánica, pero sin embargo es fácil comprobar que mientras el hombre nórdico se defendía de Roma, el ciego Hödur[91] le asestaba desprevenidamente un golpe mortal por la espalda: la masonería se convirtió en una asociación política masculina en Italia, Francia, Inglaterra y lideró las revoluciones democráticas del siglo 19. Su «visión del mundo» socavó año tras año los fundamentos de toda la esencia germánica. Hoy vemos a los atareados representantes de la Bolsa internacional y del comercio mundial liderando la contra contra-'Iglesia' en todas partes. Todo en nombre de la «humanidad». La hipocresía de los explotadores del mundo actual por la «humanidad» es indudablemente más humillante que aquellos intentos de servidumbre que tantas veces han sumido a Europa en la confusión y el caos en nombre del «amor cristiano». Gracias a la predicación de la humanidad y a la doctrina de la igualdad humana, todo judío, negro o mulato puede convertirse en ciudadano de pleno derecho de un Estado europeo; gracias a la atención humanitaria al individuo, los Estados europeos rebosan de instituciones de lujo para los enfermos incurables y los dementes; gracias a al humanitarismo, incluso el delincuente reincidente es juzgado como un ser humano desafortunado sin referencia a los intereses de toda la nación, liberado de nuevo en la sociedad a la primera oportunidad y sin que se le impida su capacidad reproductiva. En nombre de la humanidad y de la «libertad de espíritu», se permite a los periodistas inmundos y a toda la canalla deshonrosa la distribución de toda la literatura de prostíbulo; gracias al humanitarismo negros y judíos pueden contraer matrimonio dentro de la raza nórdica, y hasta desempeñar cargos importantes. Este humanitarismo, que no está ligado a ningún concepto racial del honor, ha convertido el fraude más escandaloso de la bolsa en una profesión respetada entre las demás, es más, la criminalidad organizada de frac y sombrero de copa decide

[91] El hijo ciego de Odín y Frigg, es engañado por Loki para que dispare una flecha para matar a su hermano Baldur.

hoy de forma casi autocrática en las conferencias económicas y de «expertos» mundiales el trabajo compulsivo de millones de personas durante décadas.

A remolque de esta democracia francmasónica llegó luego todo el movimiento marxista, que adulteró los inicios de una sana protesta de la clase obrera y sometió a la Bolsa a todos los partidos socialdemócratas con ayuda del dinero judío, de los dirigentes judíos y de la «ideología» judía, en parte individualista, en parte universalista. El trabajador industrial del siglo 19 estafado en su destino, repentinamente desarraigado, despojado de toda su escala de valores, se refugió en las prédicas seductoras de una Internacional del proletariado, creyó poder llegar a ser «libre» mediante la lucha de clases, es decir, mediante la destrucción de la mitad de su propio cuerpo, se embriagó con el poder a alcanzar y cubrió todo esto con el barniz del humanitarismo. Hoy en día, este engaño se ha hecho añicos y la dirección marxista ha quedado expuesta por el terrible fraude que perpetró contra una clase luchadora que era en sí misma poderosa y capaz de luchar[92].

La paradoja tanto de la democracia como de la doctrina marxista es que ambas representan en realidad la visión del mundo materialista más brutal y deshonrosa, y alimentan conscientemente todos los instintos que podrían promover la descomposición, mientras que al mismo tiempo profesan su misericordia, su amor por los oprimidos y explotados. Astutamente se apela aquí a la capacidad anímica de sacrificio del proletariado para hacerlo depender interiormente de sus dirigentes. Vemos aquí en el marxismo la idea de sacrificio y «amor» jugando el mismo papel que en el sistema romano. La sangre y el honor también fueron objeto de burla y ridiculización por parte de los dirigentes del marxismo, hasta que estas ideas inerradicables se difundieron entre los trabajadores. Hoy se habla finalmente de un «honor proletario». Si esta idea se extiende, aún no está todo perdido, pues defendiendo el concepto de honor en general, los trabajadores alemanes podrán un día librarse para siempre de su deshonrosa dirección marxista. Si este concepto de honor de clase se convierte en la idea del honor nacional, entonces la libertad alemana estará asegurada. Pero esto será posible solamente si todo el pueblo trabajador alemán forma un frente contra todos

[92] A. Rosenberg: *Die internationale Hochfinanz als Herrin der Arbeiterbewegung in allen Ländern* (La Alta Finanza internacional como amo del movimiento obrero de todos los países), Múnich 1925.

los que se han vendido a la economía, al provecho y a la Bolsa, indistintamente de que esta realidad se cubra con el manto de la democracia, el cristianismo, el internacionalismo y el humanitarismo.

Como una fuerza incontenible de la naturaleza, el espíritu de Federico el Grande actúa hoy en el pueblo alemán. Todo lo que se reencontró a sí mismo en medio del frenesí del subhumano triunfante, vio su más alto esfuerzo encarnado en la lucha por la libertad llevada a cabo por el viejo Fritz, como si una pluma de bronce hubiera delineado la naturaleza germánica por adelantado a través de todos los velos del tiempo. Y junto a esta grandeza aparece la incomprensible tragedia de que la libertad de espíritu posible para un grande tomó posesión de demasiados hombres pequeños y empujó lo que se esforzaba por salir de la terrible pero necesaria disciplina a los brazos de la democracia francesa, brillante con el espectáculo exterior. Napoleón encontró una Prusia librada a la prensa y a la ilustración. Ésta se derrumbó porque ya no pensaba a la manera de Federico, sino a la pacifista-liberal. «Nos hemos dormido sobre los laureles de Federico el Grande», escribió más tarde la reina Luisa a su padre. Pero de esta decadencia surgió finalmente la idea de la Alemania de todos. El honor de Prusia se convirtió en la causa de Alemania. Gneisenau y Blücher, Scharnhorst y Jahn, Arndt y Stein, todos ellos eran la personificación del antiguo sentido de honor y lo expresaron durante toda su vida, tal como la reina Luisa misma, que quiso hacer todo para aliviar la suerte de su pueblo, excepto lo que iba en contra del sentido del honor.

Todo esto lo sabemos, o deberíamos saberlo, tanto como las cofradías que desplegaron sus banderas en aquellos días y más tarde montaron las barricadas, cuando el espíritu débil y servil había privado a Alemania de los logros de su alto vuelo de las guerras de liberación, los resultados eternamente desafortunados de la Guerra de los Treinta Años que todavía prevalecen hoy. Hasta que el sueño de los alemanes se hizo aparentemente realidad en los campos de batalla de Metz, Mars la Tour, St. Privat y Sedan. ¡Aparentemente! Porque el Versalles de 1871 fue una unificación política sin contenido mítico e ideológico. El carácter incondicional de la idea de la Gran Alemania, que hizo que Blücher declarara que, si los reyes no querían que el pueblo se levantara, debían ser expulsados; que indujeron a un Stein a poner al rey de Prusia ante la disyuntiva de firmar la exhortación «An mein

Volk» (A mi Pueblo) o ir a Spandau[93], este carácter incondicional le faltó a la generación posterior a 1871. Esta última se entregó a «la economía», al comercio mundial, se volvió humanista-masónica, se «saturó», olvidó la tarea de ampliar su espacio vital, y se derrumbó, desintegrada por la democracia, el marxismo y el humanitarismo. Sólo hoy ha llegado la hora del renacimiento.

7.

LA DOCTRINA RUSA DEL SUFRIMIENTO

La humildad eclesiástica-cristiana y el humanitarismo masónico fueron dos formas bajo las cuales la idea del amor fue predicada como valor supremo a grupos de seres humanos que iban a ser dirigidos desde un centro despótico cualquiera. No importa en absoluto que muchos maestros, tanto de la humildad cristiana como del humanitarismo liberal, no lo hayan pretendido; es simplemente una cuestión de cómo se utilizó el valor proclamado. A finales del siglo 19, la idea del amor apareció en una tercera forma, que nos trajo el bolchevismo: en la doctrina rusa del sufrimiento y la compasión, simbolizada en el «Hombre Dostoyevskiano».

Dostoyevski expresa abiertamente en su «Diario» que existe un «ansia absolutamente arraigada» en el ruso por el sufrimiento, por el sufrimiento permanente, sufrimiento en todo, hasta en la alegría. Sus personajes actúan y viven sobre la base de esta idea; por lo tanto, el énfasis de la moral rusa reside también en la compasión. El pueblo sabe, por supuesto, que un criminal actúa en forma pecaminosa, pero: «Existen ideas inexpresadas... Entre estas ideas ocultas en el pueblo ruso se encuentra la calificación de los criminales como desafortunados. Esta idea es puramente rusa».

Dostoyevski es el lente de aumento del alma rusa; a través de su personalidad se puede conocer toda Rusia en su diversidad a menudo difícil de interpretar. Y, efectivamente, las consecuencias que extrae de su

[93] Antigua fortaleza cercana a Berlín transformada en prisión. En ella Adolf Hitler escribió su Mein Kampf y Rudolf Hess, su fiel lugarteniente, pagó el precio de su lealtad.

confesión son tan significativas como sus recelos a la hora de evaluar el estado del alma rusa. Observó que esta idea del sufrimiento está ligada estrechamente a un rasgo de impersonalidad y sumisión. El suicida ruso, por ejemplo, no alberga ninguna sombra de sospecha de que el yo a matar sea de esencia inmortal. No era ateo en absoluto. Aparentemente no ha oído nada al respecto: «Pensad en los anteriores ateos: cuando habían perdido la fe en una cosa, comenzaron de inmediato a creer apasionadamente en otra. Pensad en la creencia de Diderot, Voltaire... En los nuestros, tabula rasa completa; sí, y por qué mencionar aquí a Voltaire; simplemente falta dinero para mantener a una amante, y nada más».

Hallar este conocimiento en un hombre que «quería vivir únicamente para ver alguna vez a su pueblo feliz e instruido», es conmovedor y es complementado por la observación de Dostoyevski de que en Rusia no existe persona alguna que no mienta. Y eso porque allí podía mentir la gente más honorable. En primer lugar, porque al ruso la verdad le parece demasiado aburrida; en segundo lugar, empero, «porque todos nosotros nos avergonzamos de nuestro yo y cada cual se esfuerza por mostrarse de cualquier modo como algo distinto de lo que es». Y a pesar de toda su ansia de saber y de verdad, el ruso estaría, sin embargo, deficientemente armado. Pero aquí se muestra ya el reverso del servilismo: la ilimitada presunción. «Puede que (el ruso) quizás no comprende nada de los problemas que se propuso solucionar, pero no se avergüenza de ello y su conciencia está tranquila. Esta falta de conciencia atestigua tal indiferencia a la autocrítica, tal desprecio por uno mismo, que se cae en la desesperación y se pierde la esperanza de algo independiente y salvador para la nación». El teniente Pirogov[94] es golpeado por un alemán en la calle mientras lleva el uniforme completo. Después de haber comprobado que nadie había podido observar el incidente, huyó a una calle lateral para hacer esa misma tarde, como héroe de salón, una propuesta de matrimonio a una señora distinguida. Esta no sabía nada de la cobardía de su amante: «Pero, ¿crees que ella lo hubiera aceptado incluso entonces? Sin ninguna duda lo hubiera hecho».

[94] Pirogov fue un famoso personaje del cuento «La avenida Nevsky», publicado en 1835 por Nikolái Gógol.

Varios rusos viajan en un tren con Justus von Liebig, el gran químico que, sin embargo, no es reconocido por ellos. Uno de ellos, que no entiende nada de química, comienza a hablar con Liebig sobre este tema. Habla bella y largamente hasta llegar a su estación, toma entonces sus cosas y abandona, orgulloso y enormemente satisfecho de sí, el compartimento. Los otros rusos no han dudado ni un momento de que el charlatán había ganado el debate.

Dostoyevski atribuye este humillarse (combinado con una repentina arrogancia) a 200 años de una total falta de autonomía y a 200 años de escupir en la cara a los rusos, lo que habría ensanchado la conciencia rusa hasta una sumisión catastrófica. Nosotros pronunciaremos hoy otro juicio: hay algo malsano, enfermo, bastardo, en la sangre rusa que siempre se interpone en todos los impulsos hacia lo elevado. El psicologismo no es el resultado de un alma fuerte, sino precisamente lo contrario, el signo de un alma atrofiada. Así como un herido reiteradamente palpará y examinará su herida, un hombre enfermo del alma examinará sus estados interiores. En la idea rusa de sufrimiento y sumisión se halla la más fuerte tensión entre los valores del amor y del honor. En todo Occidente, la idea del honor y la libertad irrumpió una y otra vez, a pesar de hogueras e interdicciones. En el «ser humano ruso», tal y como se convirtió en casi un evangelio a principios del siglo 20, el honor como fuerza formadora no se manifiesta en absoluto. Mitja Karamasow, quien maltrata y patea a su padre, para volverse de inmediato humilde, apenas lo conoce, ni el melancólico Iván, ni el padre Zosima (una de las más hermosas figuras de la literatura rusa), ni que hablar del viejo Karamasow mismo. El príncipe Myshkin interpreta el papel de idiota enfermizo, de un hombre carente de personalidad para concluir con un poder demoledor. Rogoschin es licenciosamente apasionado, el centro europeo también le falta. Raskolnikow está desequilibrado interiormente, Smerdjakow finalmente el conglomerado de todo lo servil, sin ningún anhelo por lo superior. Además, están todos esos estudiantes gesticulantes y revolucionarios enfermos que se pasan noches enteras hablando y debatiendo sin saber finalmente sobre qué estaban discutiendo. Son parábolas de una sangre corrompida, de un alma envenenada.

En una ocasión, Turguéniev buscó en Rusia un modelo de fuerza y rectitud para el héroe de una novela. No encontró ninguno y eligió a un búlgaro al que llamó Insarov. Gorki descendió al fondo de la sociedad,

retrató al vagabundo sin voluntad, sin fe, o al menos sólo con una fe que brillaba como el fósforo en la madera podrida[95]. Andrejev llegó hasta el hombre que recibió bofetadas en la cara, y todos ellos confirman como seres humanos el amargo conocimiento de Chaadáyev, de que Rusia no pertenece ni a Occidente ni a Oriente, que no administra ninguna tradición propia orgánicamente afirmada. El ruso es un caso único en el mundo, no ha introducido ni una sola idea al conjunto de las ideas de la humanidad, y todo lo que ha recibido del progreso ha sido distorsionado por él. Si bien el ruso se mueve, lo hace sobre una línea torcida que no lleva a ninguna meta, y es como un niño pequeño que no puede pensar bien[96].

Como se ha explicado, este reconocimiento también dormitaba en Dostoyevski, la falta de conciencia de la personalidad ha sido reconocida por

---

[95] *Unterfremden Menschen* (Entre hombres extraños).

[96] Hace muchas décadas, Viktor von Helm dio un veredicto muy interesante sobre los rusos: «Rusia es un país de eterno cambio y completamente anticonservador, y un país de orígenes ultraconservadores, en el que los tiempos primitivos están vivos y que no deja de lado las costumbres y las ideas, se mire como se mire. La cultura moderna es aquí un barniz que sube y baja, produciendo sólo fenómenos repugnantes; lo que la tradición antigua ha transmitido en bienes, costumbres, herramientas, etc., es sólido, razonable, inteligentemente concebido y hábilmente utilizado».
Y en otro pasaje:
«No son un pueblo joven, sino senil, como los chinos. Todos sus defectos no son crudeza juvenil, sino que surgen de la enervación asténica. Son muy viejos, antiguos, y han conservado las cosas más antiguas de forma conservadora y no las abandonan. La antigüedad más antigua se puede estudiar en su lengua, su superstición, su derecho de herencia, etc. No tienen escrúpulos, son deshonestos y no tienen sentido del honor. No tienen conciencia, son deshonestos, bribones, descuidados, incoherentes, sin sentimientos ni autoactividad, pero solo en las formas modernas de cultura impuestas, que exigen una subjetividad desarrollada e independiente; son inmensamente morales, sólidos como una roca, fiables, cuando se trata de su propia forma de vida antigua y primitiva. Son un pueblo inmóvil. Uno así, según la profunda observación de Goethe, también trata la tecnología con la religión. Y en las viejas ramas rusas de la tecnología actúan sólidamente en todo aquello en lo que no se requiere una individualidad nucleada basada en sí misma, sino la fabricación común según las reglas heredadas inscritas en cada una; entonces trabajan como los castores, las hormigas, las abejas. Toda la industria europea en Rusia es patética para reírse de ella; todo es sólo para el espectáculo, calculado para el momento, frágil, encalado, siempre imitado de manera infantil según los últimos patrones supremos y de la manera más imperfecta, burda e insípida». Cf. Schiemann: *Viktor Helm, ein Lebensbild* (Viktor Helm, una biografía), 1894.

él claramente. Pero del atormentador anhelo de obsequiar al mundo, a pesar de todo, algo independiente, ha brotado su «pan-humanismo», que presuntamente debía tener idéntico significado que el rusianismo. Sería Rusia la que habría conservado fielmente en su seno la verdadera imagen de Cristo, con el destino de un día, cuando los pueblos de Occidente hubieran perdido el rumbo, señalarles un nuevo camino de salvación. La humanidad sufriente y resignada sería una profecía para la venidera «Palabra» de Rusia.

Hoy está claro que el intento desesperado de Dostoyevski es esencialmente igual al comportamiento del ruso que había enfrentado a Justus von Liebig; un alma rota, carente de personalidad, que se arroga la capacidad de convertir al mundo.

Dostoyevski tuvo éxito con todos los europeos que se encontraban en un estado de cansancio, con todos los bastardos de la intelectualidad de la gran ciudad y —omitiendo sus opiniones antisemitas— con el mundo literario judío, que vio en sus figuras y en el sombrío pacifismo de Tolstoi otro medio oportuno para la desintegración de Occidente. No se trata aquí de la capacidad artística de Dostoyevski (véase el segundo libro), sino de las figuras como tales que creó y el entorno que las acompaña. A partir de ahora, todo lo que estaba enfermo, roto, podrido se consideraba «humano». Los humillados y perseguidos se convirtieron en «héroes», los epilépticos, problemas de un profundo humanismo, en cierto modo intocables, como los santos mendigos podridos de la Edad Media o un Simón Estilita. Así, el concepto de humanidad germánica se convirtió en su contrario. Humano es para el occidental un héroe como Aquiles o el Fausto en lucha por la creatividad; humano es una fuerza como el infatigable Leonardo; lo humano es un espíritu de lucha como el que experimentaron Richard Wagner y Friedrich Nietzsche. Hay que erradicar de una vez por todas esta enfermedad rusa de representar a los criminales como desafortunados, y a los hombres podridos y decadentes como símbolos de humanidad. Incluso el indio, al que muchos rusos se refieren falsamente, acepta su destino como autoinfligido, culpa de una vida anterior. Independientemente de cómo se interprete esta doctrina de la transmigración, es aristocrática y proviene de un corazón valiente. Pero el lamento del «poder de las tinieblas» es el balbuceo impotente de una sangre envenenada. Esta sangre corrompida se creó su valor máximo del ansia de sufrimiento, humildad, «amor humano

universal» y se volvió enemiga de la naturaleza, como lo fue una vez la victoriosa Roma, hasta que Europa fue capaz de sacudirse a medias el ascético masoquismo egipcio-africano.

El hecho de que el amor de la antigua Grecia se denomine hoy con la misma palabra que la así llamada doctrina cristiana, e incluso que se mencione a Dostoyevski y a Platón en el mismo sentido, ha sido un desastre. El Eros de la antigua Grecia era una exaltación anímica, siempre unida con el sentimiento generador natural, y el divino Platón es una figura completamente diferente de la que los teólogos y profesores nos presentan. Desde Homero hasta Platón, la naturaleza y el amor han sido uno, al igual que el arte más elevado de la Hélade permaneció ligado a la raza. El «amor» eclesiástico, en cambio, no sólo se oponía a todo pensamiento de raza y nacionalidad, sino que fue mucho más lejos. El «santo» Zenón dijo en el siglo 4 d. C: «La mayor gloria de la virtud cristiana es el haber pisoteado a la naturaleza». La Iglesia ha seguido fielmente este dogma allí donde ha podido afirmarse. El insulto del cuerpo como impuro prosigue ininterrumpidamente hasta nuestros días, cuando el nacionalismo y el pensamiento racial son combatidos como paganos. La «imitación de Jesucristo», cuando los piadosos se revolcaban en cenizas, se castigaban con látigos, andaban con pus y llagas, se cargaban de cadenas de hierro, como Simón estuvieron agazapados durante treinta años sobre una columna o, como San Taleleo se pasaron diez años apretados dentro de una rueda de carro, para permanecer el resto de la «vida» dentro de una estrecha jaula, esta «sucesión» era paralela al «bien» abstracto de Sócrates y al posterior «ser humano» de Dostoyevski.

No se trata de un «amor» sin naturaleza, ni de una absurda «congregación de los buenos y fieles», ni de una «humanidad universal» con sangre corrompida lo que siempre ha tenido un efecto generador de cultura y arte, sino —en la Hélade— un Eros fecundo y la belleza racial, en la Germania el honor y la dinámica vital racial. Quien ignore estas leyes es incapaz de señalar el camino hacia un futuro vigoroso para el Occidente germánico.

En la obra de Dostoyevski, uno puede prácticamente tocar con las manos su gran voluntad sagrada en su constante lucha con las fuerzas de la decadencia. Mientras elogia al hombre ruso como indicador del camino de un futuro europeo, sin embargo, ya ve a Rusia entregada a los demonios. Sabe de antemano quién será el amo en el juego de fuerzas: «Los abogados

desempleados y los judíos insolentes». Kérenski y Trotski están profetizados. En el año 1917, el «hombre ruso» finalmente se desintegró. Se deshizo en dos partes. La sangre nórdica-rusa renunció a la lucha, la mongólica-oriental se alzó poderosamente, llamó a los chinos y a los pueblos del desierto; judíos y armenios subieron a la dirección, y el tártaro-kalmuco Lenin se convirtió en el amo. El demonismo de esta sangre se dirigió instintivamente contra todo lo que exteriormente aún impresionaba como recto, parecía nórdico y varonil, era, en cierto modo, un reproche viviente contra un ser al que Lothrop Stoddard designó acertadamente como «subhumano». El amor de antaño, presumido de impotencia, se convirtió en un ataque epiléptico, realizado políticamente con la energía de un demente. Smerdiakov gobierna Rusia[97]. Sea cual sea el resultado del experimento ruso: el bolchevismo como soberano solo fue posible en medio de un cuerpo racial y anímicamente enfermo que no era capaz de decidir a favor del honor, sino solo hasta el «amor» exangüe. Por consiguiente, el que desee una nueva Alemania rechazará también la tentación rusa junto con su explotación judía. El rechazo de ésta ya se está produciendo. Los resultados se verán en el futuro.

8.

EL FIN DE UN MUNDO

Cuando estalló la Guerra Mundial, los principales nacionalistas de Alemania, afligidos por la enfermedad, no vieron el destino ni en el honor y la libertad, ni en la nacionalidad, ni en el amor, sino en la economía. También este envenenamiento tenía que conducir a una crisis, a la apertura del absceso purulento. Esto tuvo lugar el 9 de noviembre de 1918. El período que siguió demostró que todos los viejos partidos y sus dirigentes estaban podridos, eran inútiles para una reconstrucción de nuestro Estado. Tenían que hablar del pueblo y pensaban únicamente en la economía; hablaban de la unidad del Reich y pensaban en las ganancias; practicaban «política

[97] Smerdiakov es un criado epiléptico en *Los hermanos Karamazov*.

cristiana» y llenaban diligentemente sus propios bolsillos. En consecuencia, la situación espiritual y política de nuestro tiempo es la siguiente:

El viejo eclesiatismo sirio-judío-oriental se ha destronado a sí mismo: partiendo de una dogmática que no correspondía a las leyes estructurales anímicas del Occidente nórdico, en el afán de apartar o poner a su servicio a las únicas ideas sustentadoras y creadoras de cultura de la raza nórdica –el honor, la libertad y el deber–, este proceso de envenenamiento ya ha conducido repetidas veces a los más graves colapsos. Hoy reconocemos que los valores centrales más elevados de la Iglesia romana y protestante, como cristianismo negativo, no corresponden a nuestra alma, que obstruyen el camino a las fuerzas orgánicas de los pueblos de determinación racial nórdica, que deben hacer lugar a éstas y deben dejarse revalorar de nuevo en el marco de un cristianismo germánico. Este es el sentido de la búsqueda religiosa de hoy.

El viejo nacionalismo ha muerto. Una vez, en 1813, ardió una llama viva, pero perdió cada vez más su incondicionalidad, se envenenó cada vez más con el dinastismo torpe, la política industrial, la economía lucrativa bursátil, se enajenó en la burguesía poco imaginativa del siglo 19, gracias a la estupidez humanista, y se derrumbó el 9 de noviembre de 1918, cuando sus portadores y representantes huyeron de un montón de desertores y presidiarios.

El viejo socialismo se pudre en vida. Nacido como un anhelo orgánico, cayó en las manos de charlatanes y defraudadores internacionales, traicionó su sacrificado ascenso gracias a los vínculos capitalistas bursátiles con su dirección de sangre foránea, se mezcló con los gérmenes tártaro-bolcheviques de la decadencia y demostró de nuevo que las revoluciones orgánicas hacia la libertad no pueden llevarse a cabo con ideas materialistas. El marxismo se pudre en las extensas planicies de Rusia y en los sillones de conferencia de Ginebra, París, Locarno y La Haya... Allí la idea socialista fue completamente traicionada por las hienas de las Bolsas.

Hoy, por consiguiente, se derrumba todo un mundo. El resultado de la Guerra Mundial significó una Revolución Mundial y mostró la verdadera cara del siglo 19 sobrecargado con todo el fárrago de milenios. Valores, usos y costumbres que aún parecían tener vida se fueron extinguiendo, ya han sido superadas internamente; solo una masa que ha quedado desorientada

aún dirige sus plegarias a las ruinas de las viejas casas de ídolos. Pero de entre los escombros se levantan hoy poderes que parecieron sepultados, y se apoderan cada vez más conscientemente de todos los que luchan por un nuevo sentido de la vida y del tiempo. El alma nórdica comienza de nuevo a actuar a partir de su centro: la conciencia del honor. Y ella actúa en forma misteriosa, de manera semejante que en la época cuando creó a Odín, cuando antaño se hizo sentir la mano de Otón el Grande, cuando dio a luz al Maestro Eckehart, cuando Bach escribió poesía en tonos y cuando Federico el Único caminó por la Tierra. Una nueva era de mística alemana ha despertado, el mito de la sangre y el mito del alma libre despiertan a una nueva vida consciente.

III. MÍSTICA Y ACCIÓN

1.

En el vikingo nórdico, en el caballero germánico, en el oficial prusiano, en el hanseata báltico, en el soldado alemán y en el campesino alemán reconocemos el concepto del honor plasmador de vida en sus distintas manifestaciones terrestres. En la poesía desde las viejas epopeyas, pasando por Walther von der Vogelweide, los cantares de los caballeros, hasta Kleist y Goethe, vemos aparecer el motivo del honor como contenido y el de la libertad interior como más importante ley configuradora. Ahora bien: aún hay otra fina ramificación en la cual podemos rastrear la obra del ser nórdico: es la mística alemana.

Esta mística se esfuerza por desembarazarse cada vez más y más de las ligaduras del mundo material. Reconoce los impulsos de nuestra existencia humana, el placer, el poder, pero también las llamadas buenas obras como no esenciales para el alma; pero cuanto más supera toda la pesadez terrenal, más grande, más rica, más divina se siente interiormente. Descubre una fuerza puramente anímica y siente que ésta, su alma, representa un centro de fuerza al que nada puede compararse. Esta libertad y despreocupación del alma hacia todo, incluido Dios, y el rechazo de cualquier compulsión, incluso por parte de Dios, muestra la profundidad más profunda hasta la que podemos rastrear el concepto nórdico de honor y libertad. Es esa «fortaleza montañosa del alma», esa «pequeña chispa» de la que habla el Maestro Eckehart con siempre renovada admiración; representa la esencia más íntima, más tierna y a la vez más fuerte de nuestra raza y de nuestra cultura. Eckehart no designa con un nombre a esto, lo más íntimo, dado que el sujeto puro del conocimiento y de la volición debe ser innominado, sin cualidades, separado de todas las formas del tiempo y del espacio. Pero nosotros podemos hoy osar designar esta «pequeña chispa», que, no obstante, se ha mostrado como una llama devoradora, como la alegoría metafísica de las ideas de honor y libertad. Pues el honor y la libertad no son en último

término cualidades exteriores, sino esencialidades fuera del tiempo y del espacio, que forman aquella «fortaleza» desde la cual la genuina voluntad y la genuina razón emprenden sus excursiones al «mundo». Ya sea para vencerlo o para utilizarlos como un medio para la realización del alma.

La Buena Nueva de la mística alemana ha sido estrangulada con todos los medios por la Iglesia enemiga de Europa, antes de que pudiera llegar a florecer completamente. Este mensaje, sin embargo, nunca murió del todo; el gran pecado del protestantismo, sin embargo, fue que, en lugar de escucharlo, hizo del Antiguo Testamento el libro del pueblo, y presentó a la letra judía como ídolo. La época actual, en la que el alma está preparada para el restablecimiento, o bien escuchará el mensaje del misticismo alemán (aunque en nuevas formas), o perecerá bajo los pisotones de los viejos poderes antes de que pueda desarrollarse, como ya lo han hecho muchos intentos de reconstruir nuestro ser después del envenenamiento judeo-romano. A la «mente iluminada y el espíritu elevado» que el Maestro Eckehart exigía de sus oyentes, debe sumarse hoy una voluntad dura como el acero, que sea lo suficientemente valiente como para sacar todas las conclusiones de su conocimiento. «Si quieres tener la nuez, debes romper la cáscara» (Eckehart).

Seiscientos años han pasado desde que el más grande apóstol del Occidente nórdico nos dio nuestra religión, dedicando una rica vida a desintoxicar nuestro ser y devenir, a superar el dogma sirio que esclavizaba el cuerpo y el alma, y a despertar el Dios de nuestro propio seno, el «Reino de los Cielos dentro de nosotros».

En la búsqueda de un nuevo vínculo espiritual con el pasado, hay quienes, entre el actual movimiento de renovación en Alemania, desean volver solo a la Edda y al ciclo de ideas germánicas relacionadas. Es sobre todo gracias a ellos que, además de la fábula, la riqueza interior de nuestras sagas y cuentos de hadas ha vuelto a ser visible bajo los escombros y las cenizas de las hogueras. Pero las comunidades religiosas germánicas pasan por alto, en su anhelo de encontrar apoyo interior entre las generaciones pasadas y sus alegorías religiosas, que Wotan como forma religiosa está muerto. No murió a causa de «Bonifacio» sino por sí mismo; completó el declive de los dioses de una época mitológica, una época de despreocupado simbolismo de la naturaleza. Ya se presentía su caída en los cánticos

nórdicos, pero dentro del presentimiento del inevitable ocaso de los dioses se tenía, pese a todo, esperanza en el «poderoso de arriba». Pero para desgracia de Europa en su lugar se colocó el Yahvé sirio bajo la figura de su «lugarteniente», el Papa etrusco-romano. Odín estaba y está muerto; al «poderoso de arriba», empero, lo descubrió el místico alemán en su propia alma. El divino Valhalla descendió desde las infinitas distancias nebulosas hasta el pecho del hombre. El descubrimiento y anuncio de la libertad imperecedera del alma fue aquella acción salvadora que hasta hoy nos ha protegido contra todas las tentativas de estrangulamiento. La historia religiosa del Occidente es, por consiguiente, casi exclusivamente la historia de revueltas religiosas. Genuina religión dentro de la Iglesia sólo existió en cuanto el alma nórdica no pudo ser impedida en su despliegue (como por ejemplo en San Francisco y Fra Angélico) porque su eco en la humanidad occidental fue con todo demasiado poderoso.

En el místico alemán se manifiesta por primera vez y conscientemente —aun cuando en el ropaje de su tiempo— el renacido hombre germánico. Ni en la época del llamado Renacimiento, ni en la llamada Reforma se consuma el nacimiento anímico de nuestra cultura —esta época es más bien un despertar externo y una lucha desesperada— no, es en los siglos 13 y 14 que la idea de la personalidad anímica, la idea básica de nuestra historia, llega a ser por primera vez religión y doctrina vital; en esta época también es anticipada conscientemente la esencia de nuestra posterior filosofía crítica, y más allá de ello es proclamada la eterna confesión metafísica del Occidente nórdico, la que, aunque actuó a través de las almas de muchas generaciones, no pudo ser solucionada en forma general hasta que el tiempo hubo madurado para ello. «Los pozos más profundos tienen las aguas más altas»; nuestro tiempo ha sido destinado a hundirse en las profundidades más profundas para elevar lo más alto a la luz. Si se mostrará digno de esta misión, depende de sí mismo.

Tuvieron que pasar más de trescientos años para que el nombre de Cristo significara algo para los pueblos del Mediterráneo, y alrededor de mil años para que se extendiera en todo Occidente. Confucio murió llorado por unos pocos; recién trescientos años después de su muerte comenzó su veneración, sólo quinientos años más tarde le fue erigido el primer templo. Hoy se le reza en mil quinientos templos como el «santo perfecto». Tuvieron que pasar

seiscientos años sobre la tumba del maestro Eckehart para que el alma alemana pudiera comprenderlo. Hoy parece como si un amanecer se abriera sobre el pueblo, indicando que se ha vuelto maduro para el apóstol de los alemanes, el «santo y bendito Maestro»[98].

2.

LA NOBLEZA DEL ALMA

Cada criatura desarrolla su propia actividad persiguiendo una meta, aunque para ella misma sea desconocida. El alma también tiene su meta: llegar al conocimiento puro de sí misma y a la conciencia de Dios. Pero esta alma se ha «astillado y dispersado» en el mundo de los sentidos, del espacio y del tiempo. Los sentidos actúan en ella y debilitan –por de pronto– la fuerza de la concentración anímica; la precondición de la «obra interior» es, por consiguiente, la retracción de todas las fuerzas exteriores, la extinción de

[98] Será una eterna vergüenza que el Maestro Eckehart no haya sido tratado aún en profundidad y de forma exhaustiva en ningún sitio. Sus sermones nos han llegado, por de pronto, a través de la edición de Pfeiffer. Lo que los escritores católicos han hecho de Eckehart se ejemplifica mejor con los escritos de Denifle. El gran alemán es rebajado a un imitador, cuyas desviaciones son «rechazadas». Comp. Denifle, *Meister Eckeharts lat. Schriften* (Escritos en latín del Maestro Eckehart), 1886; *Das geistliche Leben* (La vida espiritual), un escrito lleno de melindres y cursilerías religiosas, en el cual ha sido «introducido» Eckehart. P. Melilhorn da solo un breve y poco significativo resumen «*Die Blütezeit der deutschen Mystik»,* (La época de florecimiento de la mística alemana), mientras A. Spanter ha compilado textos interesantes «*Texte aus der deutschen Mystik des 14. und 15. Jahnhunderts*» (Textos de la mística alemana de los siglos 14 y 15). Instructivos son los textos escogidos del Maestro Eckehart de O. Karrer, 1923. Con ciertas dificultades, pero con visión de la grandeza de Eckehart, es el estudio del Dr. A. Dempf en su *Metaphysik des Mittelalters*, (Metafísica de la Edad Media), Múnich, 1930. El mejor trabajo y al mismo tiempo el de mayor hondura lo suministró H. Büttner «*Meister Eckeharts Schriften und Predigten»* (Escritos y sermones del Maestro Eckehart), 2 tomos. Su traducción al alto alemán la he seguido. Sería de desear que la editorial E. Diederichs de Jena, hiciera confeccionar una edición popular muy barata, quizás abreviada, de la obra. Debe ser el primer libro en todos los hogares alemanes. Por lo que me entero, desde 1931 se halla en preparación la edición de las obras completas de Eckehart. ¡Ya es más que hora para ello!

todas las imágenes y alegorías. Esta «obra interior», sin embargo, significa: «apoderarse» del reino de los cielos, como Jesús testificó y exigió a los «poderosos» del alma. Esta tentativa del místico exige la exclusión del mundo como representación, a fin de que en lo posible como sujeto puro tomemos conciencia del ser metafísico que nos es inmanente; y dado que esto no es posible en forma completa, se crea la idea de «Dios» como nuevo objeto de esta alma, para proclamar finalmente la equivalencia de alma y Dios.

Pero esta acción solo es posible a condición de que el alma se libere de todos los dogmas, Iglesias y papas. Y el Maestro Eckehart, el prior de los Dominicos, no tiene reparos en proclamar alegre y abiertamente esta confesión básica de toda esencia aria. Él habla a través de una larga vida de la «luz del alma no creada y no creable», y predica: «Dios ha instaurado al alma en libre autodeterminación de modo que él más allá de la libre voluntad de la misma no quiere hacerle nada ni pretender de ella lo que ella no quiere». En contra de toda doctrina de fe compulsiva sigue declarando que hay tres cosas que demuestran la «nobleza del alma»: «La primera trata del ser en su esplendor (del "Cielo"), la segunda de las fuerzas en su poderío, la tercera de las obras como su fecundidad». Antes de cada «salida» al mundo el alma debe haber tomado conciencia de «su propia belleza». Pero la obra interior de la conquista del Reino de los Cielos puede, por su parte, ser realizada únicamente mediante la máxima libertad. «Tu alma no da fruto hasta que no hace la obra; y no te abandones a Dios, ni a ti mismo, porque has traído tu obra al mundo. Si no, no tendrás paz ni darás fruto hasta entonces. Y, aun así, sigue siendo bastante inquietante: porque ha nacido de un alma encadenada (a exterioridades), atada a las obras, y no a la libertad». Y cuando se plantea la pregunta de por qué Dios se hizo hombre, el herético Eckehart no responde: para que nosotros, miserables pecadores, pudiéramos anotarnos un excedente de buenas obras, sino que dice: «Yo contesto: es para que Dios nazca en el alma...». De lo que resulta luego una confesión gozosa: «El alma en la cual Dios ha de nacer, ésta debe haber perdido el tiempo y ella debe haberse perdido al tiempo, ella debe elevarse en alas y quedar completamente rígida dentro de esta riqueza de Dios: esto es amplitud y anchura que no es amplia ni ancha. ¡Entonces el alma reconoce todas las cosas y las reconoce allí en su perfección! Los maestros, sea lo que

escriban sobre lo amplio que es el Cielo: ¡la más nimia capacidad que hay en mi alma es más amplia que todo el Cielo!».

La explicación común de la mística siempre hace hincapié solo en la «entrega de sí mismo», el «abandonarse a Dios» y ve en esta auto entrega a algo distinto la esencia de la vivencia mística. Esta forma de concepción es comprensible a causa de la mística tardía falsificada en sentido romano, proviene, además, de la posición aparentemente inerradicable de que el Yo y Dios son esencialmente distintos. Pero quien ha comprendido a Eckehart como una totalidad, constará sin dificultad que esta «entrega» es realmente la suprema autoconciencia, pero que en este mundo no puede de ninguna manera ser representada en otra forma que mediante un frente a frente en el tiempo y en el espacio. La doctrina del alma, que es más que el universo, también es libre de Dios, y la doctrina del desapego significan el rechazo total del mundo de las ideas del Antiguo Testamento y del empalagoso pseudo-misticismo de los tiempos posteriores.

Aquellas palabras sobre la capacidad anímica vasta como el cosmos, son vivencia mística genuina y al mismo tiempo significan el conocimiento filosófico de la idealidad de espacio, tiempo y causalidad, lo que Eckehart también en otros lugares afirma con plena conciencia, comprueba y enseña en lenguaje más bello que lo pudo hacer cuatrocientos años más tarde Kant, más pesadamente cargado con escolástica filosófica y ciencias naturales. «El Cielo es limpio y de una no empañada claridad, a él no lo conmueve ni tiempo ni espacio. Nada corporal tiene en él su sede y tampoco está comprendido dentro del tiempo: su rotación se realiza increíblemente rápida, su trayectoria es ella misma intemporal, pero de su curso surge el tiempo. Nada obstaculiza tanto al alma para conocer a Dios como el tiempo y el espacio. Si, por lo tanto, ha de conocer de alguna manera a Dios, debe conocerlo por encima del espacio... Si el ojo ha de percibir el color, debe él mismo estar despojado antes de todos los colores. Si el alma ha de percibir a Dios, no debe tener nada en común con la Nada». Dios, esta expresión positiva del hombre religioso para la designación meramente filosófica y delimitadora de «cosa en sí» («Ding an sich»), no solo se capta así con la máxima prudencia como diferente del instinto y de la imagen (con lo que se destruye todo simbolismo de la naturaleza), sino que también se reconocen las formas puras de la percepción y se las despoja de ellas como meras

cáscaras. En otro lugar dice Eckehart: «Todo lo que tiene un ser en el tiempo y el espacio no pertenece a Dios... El alma está toda entera e indivisa simultáneamente en el pie y en el ojo y en cada miembro... El ahora en el que Dios hizo el mundo está tan cerca del ahora en el que estoy hablando en este momento como lo estaba ayer. Y también el día del fin del mundo está tan próximo en la eternidad como el día de ayer».

Para un espíritu libre como Eckehart, esta suprema conciencia filosófica lleva también a la necesaria conclusión anticlerical de que la muerte no es el pago del pecado, como quieren hacernos creer los escribas que pretenden crear un miedo tembloroso, sino un acontecimiento natural y esencialmente intrascendente que no toca nuestra eternidad, que fue antes y seguirá siendo después. Con un gesto magnífico Eckehart exclama dirigiéndose al mundo: «Yo soy la causa de mí mismo, según mi ser eterno y según mi ser temporal. Sólo por eso he nacido. De acuerdo con mi eterna forma de nacimiento he sido desde la eternidad, y soy y seguiré siendo eternamente. Únicamente lo que soy como ser temporal, eso morirá y será aniquilado; pues pertenece al día, de ahí, al igual que el tiempo, debe desaparecer. En mi nacimiento también nacieron todas las cosas, yo fui al mismo tiempo mi propia causa y la de todas las cosas. Y si yo quisiera: ni yo sería ni todas las cosas serían. Pero si yo no fuese, tampoco Dios sería». Y con superioridad agrega: «Que uno comprenda esto, no es necesario».

Nunca antes —ni siquiera en la India— ha habido una confesión anímica tan consciente y aristocrática como Eckehart la ha asentado con estas palabras, plenamente consciente de que no podía ser comprendido por su tiempo. Cada una de sus palabras es una bofetada en la cara de la Iglesia romana, que la sintió como tal, cuando al predicador más celebrado de Alemania se lo arrastró ante la Inquisición, aun cuando por miedo a sus seguidores no se osó aniquilarlo como a los herejes más pequeños. Pero cuando Eckehart murió, la Iglesia pronunció su anatema «infalible» sobre el alma alemana más profunda y sus confesiones, como lo hizo sobre todo lo grande y glorioso del alma alemana y de la historia alemana.

De la imperturbable conciencia de libertad del «ser humano noble» y del «alma noble» resulta también para el místico la opinión alemana sobre las así llamadas buenas obras. No son Ningún medio mágico, como Roma lo enseña, ninguna práctica que es asentada en el libro por Jehová, sino

simplemente un medio para someter el mundo impulsivo de los sentidos. Debe ser colocado al ser humano exterior, como Eckehart enseña «un freno» para impedirle «que se escape de sí mismo». El ser humano debe ejecutar ejercicios piadosos, no para hacer méritos con ello, sino en honor a la verdad. «Si en cambio el ser humano se halla dispuesto a una verdadera interioridad —sigue predicando el apóstol alemán— abandona audazmente todas las cosas exteriores, aunque se trate de ejercicios a los que te hayas obligado por votos, ¡de las cuales ni el Papa ni el obispo te podrían dispensar! Pues las promesas que alguien hace a Dios, de esas nadie puede librarlo». Este, a mi saber, es el único lugar en el que Eckehart emplea el nombre del Papa en forma agresiva. Y muestra su completo y autocrático repudio de la ley básica de la Iglesia romana[99]. Según Eckehart el «alma noble» del ser humano de cara a lo eterno es la representante de Dios sobre la Tierra, no la Iglesia, no el obispo, no el Papa. Nadie aquí sobre la Tierra posee el derecho de atarme o desatarme; y menos aún el derecho de hacer esto «en representación de Dios». Estas palabras, que todo hombre creyente de la familia aria de pueblos podría presentar como su declaración de fe, por supuesto, han nacido de una naturaleza completamente distinta que la filosofía del médico brujo, que Roma montó para su propio provecho, y cuyos dogmas persiguen todos un solo objetivo, hacer a la humanidad dependiente de la casta sacerdotal ligada a Roma y de cauterizarle la «nobleza del alma».

En su sermón sobre la Primera Epístola de Juan 4:9, Eckehart dice: «Sostengo decididamente que mientras hagáis vuestras obras por causa del reino de los cielos, por causa de Dios, o por causa de vuestra propia beatitud, es decir, desde fuera, no estáis realmente en el camino correcto... Quien

[99] Esta grandeza humana, que todo lo eleva, encuentra su contrapartida hostil en la presunción sacerdotal. Uno de los mayores oradores del siglo trece, el por otra parte interesante fraile menor Berthold de Ratisbona, enseñaba que cuando veía a la Virgen María con las huestes celestiales y a un sacerdote junto a ella, prefería postrarse ante este último que ante la primera. «Si un sacerdote llegara a donde está sentada mi querida Señora Santa María y toda la hueste celestial, todos se levantarían ante el sacerdote...». Además: «Quien recibe correctamente la consagración sacerdotal tiene un poder tan amplio y ancho que nunca un Kaiser o Rey obtuvo poder tan grande... Quien se somete al poder de los sacerdotes —por muy grande que sea el pecado que haya cometido— el sacerdote tiene el poder de cerrarle inmediatamente el infierno y abrirle el cielo...». ¿No es ésta la más pura hechicería siria que nos ha sobrevenido?

piense que en la contemplación, en la devoción, en los sentimientos fundidos y en los ensimismamiento especiales tiene más de Dios que junto al fuego del hogar o en el establo, no hace otra cosa que tomar a Dios, envolverlo en un manto y meterlo debajo de un banco. Si se preguntase a un hombre veraz, uno que actúa conforme a su propia razón: "¿Por qué realizas tus obras?". Si contestara correctamente, diría solamente: "¡Obro por obrar!"». La doctrina de la justificación por las obras es considerada por Eckehart directamente como una insinuación del diablo, y por lo que se refiere a la oración, dice al final con un gran gesto hacia todos: «La gente me dicen a menudo: "¡Rogad a Dios por mí!". Entonces pienso: ¿Por qué es que ustedes salen? ¿Por qué no os quedáis con vosotros mismos y tomáis de vuestro propio tesoro? ¡Llevas toda la realidad en tu esencia! Que Dios nos ayude a permanecer dentro de nosotros mismos y a poseer toda la realidad como propia, sin mediación ni distinción, en la verdadera beatitud».

Eckehart es, de ese modo, un sacerdote que quisiera excluir al clericalismo, orientar toda su actividad a abrir los caminos a los seres buscadores, considerados por él en esencia como iguales y sus pares; que no quiere avasallar el alma haciéndole creer una eterna dependencia del Papa y de la Iglesia, sino que quiere hacer consciente su belleza durmiente, su nobleza y su libertad, es decir, dar vida a su conciencia del honor. Pues el honor no es en último término otra cosa que un alma libre, bella y noble.

El mismo empeño de elevar al ser humano se pone de manifiesto cuando Eckehart rechaza la apelación a la debilidad humana: «Así pues uno puede seguir a nuestro Señor según la medida de su debilidad y no necesita, es más, no debe, creer que no es suficiente». Nuevamente el hombre es elevado, no deprimido, ocasión en la que Eckehart recuerda sarcásticamente a los que creen en la justificación por las obras: «Y en especial evita toda especialidad, sea en la vestimenta, en la comida y en el lenguaje, tales como emplear palabras altisonantes o gestos estrafalarios, con los que no se consigue ningún provecho». Después de recusar estas exterioridades, asienta, sin embargo, la más nítida afirmación del derecho de la genuina personalidad: «Pero debes saber que de ninguna manera toda particularidad te está prohibida. Hay muchas particularidades que a veces y con determinadas personas hay que observar. Pues el que es una persona especial debe también hacer cosas especiales, muchas veces y de muchas maneras». Por lo que la excepción no

se traslada al cargo y al sacerdocio (que es intocable, aunque su portador fuera un criminal), sino que debe medirse únicamente por la grandeza del alma del individuo. Nuevamente el giro interior conscientemente antirromano, conscientemente alemán.

Otrora Jesús hizo levantarse también en el sabbat a un enfermo y llevar su lecho, por lo que los devotos del país levantaron gran griterío. Pero Jesús contestó con superioridad sarcástica: el sabbat existe por causa del hombre, no el hombre por causa del sabbat, por consiguiente, el ser humano también es señor sobre el sabbat. Los sucesores de los escribas jerosolimitanos también han cuidado la estricta observancia de todos los «ejercicios religiosos», indistintamente que el interior del ser humano estuviese activo en ello o no. A ellos les dice Eckehart: «Creedme: para la perfección también se requiere esto, que uno se eleve en su obra, que todas sus obras se unan en una obra. Esto debe suceder en el Reino de Dios, donde el ser humano es Dios. Donde todas las cosas responden a él como divinas, donde el hombre es también señor de todas sus obras».

Esta relación con la acción exterior es más que clara. Sin embargo, es igualmente claro el rechazo de Eckehart precisamente a todas aquellas virtudes que con incansable paciencia uno se esfuerza por alabar o rechazar como «místicas». Constantemente se burla Eckehart del éxtasis rendido, de los «sentimientos que se deshacen en blandura», y nada es más característico para él que la interpretación que da a las palabras de Cristo sobre Marta y María.

«Todo lo finito es sólo un medio. El medio ineludible, sin el cual no puedo llegar a Dios, es mi trabajo y mi creación en la temporalidad. No nos perjudica en lo más mínimo en nuestra preocupación por nuestra salvación eterna». Aquí hay un alejamiento característico del hombre alemán de las ideas indias de la enseñanza del Atman-Brahman: el accionar no es importante, pero la acción no debe ser despreciada. María sentada a los pies de Jesús le parece a Eckehart una principianta, Marta en cambio como la superior: «Marta temía que su hermana quedara atrapada en éxtasis y bellos sentimientos y deseaba ser como ella. Entonces Cristo contestó en este sentido: "Conténtate, Marta, ella también ha elegido la mejor parte, ¡que nunca le será arrebatada!"». (Lucas 10:41-42). Esta exaltación ya se calmará. Como se ve, la aversión de Eckehart contra toda dilución en lo dulzón y

blando hasta llega a tal punto de dar a una palabra de Jesús perfectamente clara en su sentido la interpretación opuesta.

Inmediatamente después, rechaza conscientemente todas las doctrinas indias del Todo-Uno, todas las doctrinas ascéticas eclesiásticas y de la sabiduría estoica. La siguiente sentencia muestra muy claramente el reconocimiento de la polaridad de la vida hasta en la más profunda profundidad del aislamiento, de la fuerza creadora de la genuina acción, y aleja al apóstol de los valores religiosos alemanes, por igual de la vulgar justificación eclesiástica a través de las obras y de la esterilidad monástica. Con inequívoca ironía Eckehart habla a las herejes, las beguinas (como se llamaba a estas «apóstatas» de la época): «Pero ahora nuestra buena gente exige que nos volvamos tan perfectos que ningún amor pueda ya conmovernos, y que seamos intocables por el amor, así como por el sufrimiento. ¡Ellos cometen una injusticia contra sí mismos! Yo afirmo ha de nacer aún aquel santo que no pueda ser conmovido... Cristo tampoco lo poseía, esto lo comprueba su manifestación: "¡Mi alma está triste hasta la muerte!" A Cristo las palabras de tal modo lo herían... Y esto provenía de su nobleza congénita y de la santa unión, de la naturaleza divina y humana». Y luego: «Ahora bien: algunas personas hasta quieren llegar al extremo de verse libre de las obras. Yo digo ¡esto no puede ser! Los santos, precisamente, después de haber llegado a tanto, entonces recién empiezan a producir algo de provecho. Esto lo hallamos atestiguado también en Cristo, desde el primer momento en que Dios devino ser humano y el ser humano Dios, también él empezó a trabajar por nuestra bienaventuranza..., ni un miembro hubo en su cuerpo que no aportara su parte especial». ¿Y por qué motivo predicó Eckehart también esta doctrina anti-eclesiástica? Para dejar actuar también aquí la libertad anímica, lo más elevado que reconoce Eckehart, y con él la humanidad occidental nórdica. Él lo expresa de la siguiente manera:

«Dios no es un destructor de ninguna obra, sino un culminador. Dios no es un destructor de la naturaleza, sino su perfeccionador. Si Dios destruyera la naturaleza antes de empezar, lo haría con violencia e injusticia. ¡Él no hace tales cosas! El hombre tiene un libre albedrío con el que puede elegir el bien y el mal, y Dios se lo pone delante: al hacer el mal, la muerte, al hacer el bien, la vida. El hombre será libre y dueño de todas sus obras, sin ser molestado ni conquistado».

De este modo, la polaridad eterna y mutuamente enriquecedora de la naturaleza y la libertad ha sido reconocida y expresada de la manera más gloriosa. Es barrido por la mano de un genio religioso y filosófico consciente de nuestra esencia, todo el fariseísmo estéril, martirizante, oriental-sacerdotal y adicto a la justificación por las obras. La «unión sagrada» (de condición polar, pero sin mezcla) de Dios y la naturaleza es el fundamento primordial de nuestro ser, representado en la libertad del alma, coronada por la fecundidad de su obra. Y la fuerza motriz en todo es la voluntad. Según el Nuevo Testamento el Ángel Gabriel visitó a María. Pero Eckehart dice sonriendo: «En realidad, su nombre no era más Gabriel que Conrado. El nombre de Gabriel lo recibió por la obra de la que era mensajero. Pues Gabriel significa fuerza. En este nacimiento, Dios actuó –y sigue actuando– como fuerza». Con esto, la dinámica del alma de Eckehart queda en la más clara luz[100].

---

[100] Angelo Silesio es también un reflejo de las ideas de Eckehart, pero ya sentidas en términos eclesiásticos, sobre todo cuando, tras un periodo de «apostasía», vuelve a la Iglesia, que es la única fuente de salvación (1652). Sin embargo, aquí y allá también destellaba en él esa «chispa» luminosa que el mayor maestro había convertido en llama. «Sé que sin mí Dios no puede vivir ni un momento, si me destruyen, debe abandonar el fantasma de la necesidad». «Soy tan grande como Dios, él es tan pequeño como yo: ¡él no puede estar por encima de mí, yo no puedo estar bien debajo de él!». Estas palabras anuncian la carrera del alma con la que todo hombre religioso ario verdadero e intacto ha comenzado su vivencia. «También yo soy hijo de Dios», concluye Silesio a partir de la afirmación de la igualdad de Dios y de la libertad del alma, para luego subrayar la mutua condicionalidad: «Dios está tan interesado en mí como yo en él. Le ayudo a cultivar su naturaleza como él lo hace con la mía». De la vivencia anímica central resulta también para Angelo Silesio la futilidad del tener razón: «La Escritura es la Escritura, nada más. Mi consuelo es el Ser / Y que Dios en mí hable la palabra de la eternidad»; después se eleva a la altura de declarar que el mundo entero es un «juego que la Divinidad hace para sí misma». Angelo Silesio tampoco quiere conseguir el Cielo mendigando y engañando, sino «conquistando», «asaltando» y encuentra finalmente de nuevo el polo en reposo dentro de sí mismo: «Quien tiene honor en sí mismo, no lo busca desde afuera / Si lo buscas en el mundo, aún lo tienes afuera».
Estas aristocráticas confesiones del alma, incluso de este «Querubín errante», se ven ahora perturbadas por un gran número de dichos insignificantes y blandos, que parecen más y más poco edificantes cuanto más se llega al final. Al parecer, Silesio se enamoró del lenguaje de su anterior época prerromana y luego, incluso después de veinte años, diluyó lo místico en la «edificación» eclesiástica.

3.

NUEVA JERARQUÍA DE VALORES

La libertad del alma eckehartiana impulsa necesariamente otra evaluación, no sólo de la vida y de las obras, sino también de los más altos ideales de la Iglesia romana, del cristianismo tradicional en general y, por tanto, de todo el mundo revelado, entonces y ahora.

Si se reconoce al «alma noble» como el valor más elevado, como el eje con el que se relaciona todo, entonces las ideas de amor, humildad, misericordia, gracia, etc., se hunden en el segundo y tercer nivel. Y aquí, también, Eckehart no tiene miedo de escuchar la voz de la «pequeña chispa», de decir despreocupadamente lo que su alma le dice. Por supuesto, no hace falta subrayar que no valora ni el amor ni la humildad ni la misericordia ni la doctrina de la gracia. Antes bien, en sus sermones encontramos las más bellas palabras sobre estas ideas, pero él odia el empalagoso arrebato, los laxos «hermosos sentimientos», en suma, toda falta de firmeza interior. Su doctrina del amor es la representación del amor como fuerza, que se sabe idéntica a aquella potencia divina que se esfuerza por conquistar; el amor debe «irrumpir a través de las cosas», pues sólo un «espíritu vuelto libre, ése fuerza a Dios hacia sí». Ahora hay que imaginarse lo que significaba para un prior dominico a comienzos del siglo 14, frente a una Iglesia intolerante, de dominio universal, practicar una revaloración de los máximos valores vigentes, es más, hasta osar hacer la tentativa de transmitir al simple creyente un valor supremo positivo nuevo. Esto no podía hacerse en un ataque abierto contra Roma, sino solo en la presentación positiva figurativa de experiencias anímicas. Con este conocimiento como base léase el sermón de Eckehart sobre la «reclusión del alma» (Abgeichiedenheit der Seele), quizás la más bella confesión de la conciencia germánica de la personalidad.

Eckehart trata en ella los valores más altos de la Iglesia cristiana, el amor, la humildad, la misericordia, y encuentra que deben ceder en altura, profundidad y grandeza al estado del alma por sí misma. Rechaza la glorificación del amor por parte de Pablo, pues lo mejor del amor es que nos obliga a amar a Dios. Pero, ahora bien, es mucho más importante que

obliguemos a Dios a venir a nosotros y no que nosotros nos obliguemos a llegar a Dios, porque nuestra alma se basa en ser una con Dios. Los lugares propios de Dios son la unidad y la pureza, pero éstas se basan en la reclusión. «Por lo tanto, Dios no puede dejar de entregarse a un corazón apartado». Además, el sufrimiento de este mundo sigue estando relacionado con la criatura, cosa que ya no ocurre con la reclusión. De este modo, se aniquila el mundo hasta la nada, lo que nos acerca a Dios. En cuanto a la humildad, cuando se practica, el alma se doblega bajo las criaturas, por lo que el hombre vuelve a salir de sí mismo. «Aunque esa salida sea algo excelente, permanecer en el interior sigue siendo algo superior». «La reclusión perfecta no conoce ninguna referencia a la criatura, no se inclina hacia abajo ni se eleva, no quiere estar ni abajo ni arriba, sólo quiere descansar en sí misma, no amar a nadie ni dañar a nadie. No busca ni la igualdad ni la desigualdad con ningún otro ser, no quiere esto ni aquello: solo quiere ser uno consigo mismo».

El alma autocrática no se ha expresado en ningún lugar de forma tan nítida y clara como aquí. Es el necesario contramovimiento rítmico tras el reconocimiento de la obra fructífera; lo que Goethe alabó más tarde como el más alto de todos los evangelios: el respeto a uno mismo.

Según Eckehart, la misericordia no es otra cosa que una salida de uno mismo, y por las mismas razones no debe valorarse tanto como la reclusión. Sin embargo, como el ser de Dios también está separado de todos los nombres, se deduce que todo lo externo no puede acercarse a él. Desde esta posición Eckehart pone ahora también dentro de los límites justos la oración rodeada de tanta magia y su importancia. «Yo sostengo: por todas las oraciones y todas las buenas obras, la lejanía de Dios se conmueve tan poco como si no existiera, y Dios, por tanto, no se vuelve más benévolo e inclinado hacia los hombres que si nunca hubiera realizado la oración o la buena obra». Esto es más que claro: un completo rechazo también de la intercesión, lindante con la magia, de la Iglesia en «representación» y «única que da la bienaventuranza». Y luego sigue al final una confesión nacional (völkisch):

«Mantente al margen de todos los hombres, permanece ajeno a todas las impresiones recibidas, libérate de todo lo que pueda ser un ingrediente extraño a tu ser... y pon tu mente siempre en una mirada sana: en la que

lleves a Dios en tu corazón, como el objeto del que nunca se apartan tus ojos».

Esta grandeza de alma que descansa en sí misma se manifiesta luego en la opinión sobre la doctrina religiosa romana y la ulterior protestante.

Dentro de este mundo de imágenes no somos capaces de representarnos un fortalecimiento anímico como consecuencia de una concentración interior, sino como un regalo del Ser Eterno conceptuado como Dios. Partiendo de este estado de cosas el paulinismo –y con él todas las Iglesias cristianas– han perfeccionado la doctrina de la Gracia como el supremo misterio del cristianismo. El concepto judío del «siervo de Dios» que recibe su parte de Gracia del Dios arbitrario absolutista, ha pasado de este modo a Roma y Wittenberg, aferrándose todavía a Pablo como creador real de esta doctrina, lo que equivale a decir que las Iglesias no son cristianas, sino paulinas, ya que Jesús alabó incuestionablemente la unidad con Dios como redención y meta, no el otorgamiento condescendiente de Gracia por parte de un ser todopoderoso, frente al cual hasta la más grande alma humana representa la nada pura. Esta doctrina de la Gracia naturalmente es muy oportuna para toda Iglesia, en cuanto ella y sus dirigentes se presentan como «lugartenientes de Dios» y pueden de esa manera también reunir en sus manos mágicas el poder del otorgamiento de la Gracia. Muy distinta debía ser la posición con respecto al concepto de la Gracia de un genio como Eckehart. También él encuentra bellas palabras sobre el Amor y la Gracia de Dios: donde en un alma existe la Gracia, ésta es «pura y semejante a Dios y emparentada con Dios». Ya aquí hallamos el viraje hacia la altura, no hacia la profundidad y la sumisión. La gracia «no actúa» porque es «demasiado noble» para eso, sino que es una «interioridad y apego y unidad con Dios, eso es la gracia». Pero esta Gracia no es acaso posible mediante la omnipotencia de Dios y nuestra nimiedad, –como las Iglesias enseñan– sino antes al contrario mediante la condición de imagen y semejanza del alma con Dios. Eckehart parte en esta meditación de Agustín, pero seguramente habrá sabido que las ocasionales confesiones anímicas de éste condujeron, sin embargo, a derrumbes totales (él exige la pena de muerte para los herejes) y a un «Estado de Dios» con el objeto del avasallamiento del alma de los seres humanos. Pero Eckehart infiere del hecho de la grandeza del alma: «Si ella no poseyese ésta, no le sería posible en absoluto devenir Dios

mediante la Gracia, ni por encima de la Gracia». Aquí se presenta de nuevo el gesto característico del nórdico sobresaliente, que juzga con un claro instinto anímico (Eckehart von Hochheim era de la nobleza turingia) frente a las conclusiones del Agustín desgarrado, esclavo y bastardo. En este estado persistente de vivencia de Dios el alma se eleva hasta una luz cada vez más alta: «Entonces cada una de las fuerzas del alma deviene la imagen de una de las personas divinas: la voluntad, la imagen del Espíritu Santo, la capacidad de cognición, la del Hijo, la memoria, la del Padre. Y su naturaleza deviene la imagen de la naturaleza. Y, no obstante ello, el alma permanece indivisiblemente una. Esto es en este asunto la última razón, para la cual me habilita el conocimiento que tengo de mí mismo». Y, a pesar de ello, sigue luego todavía la más alta confesión: «Ahora escuchad, en qué sentido el alma deviene Dios, ¡también por encima de la Gracia! Pues lo que Dios le ha otorgado así, eso no ha de cambiar nuevamente, ya que con ello ha alcanzado un estado superior, en el que ya no necesita la Gracia»[101].

Aquí se expresan abiertamente pensamientos que un Lutero ni siquiera se atrevería a pensar después de otros doscientos años de amordazamiento de Occidente por parte de los «Vicarios de Cristo». Para Eckehart, esta posición sobre la idea de la gracia se traduce también en una valoración completamente diferente del pecado y del arrepentimiento.

«Haber pecado no es un pecado cuando nos afligimos», comienza el Maestro Eckehart su sermón sobre la «bendición del pecado», palabras que de inmediato lo llevan a millas de distancia de la contrición usual exigida. Por supuesto que no se debe pecar, pero aun cuando la acción aislada haya estado «dirigida contra Dios», el «generoso y fiel Dios» sabe cómo sacar lo mejor de ello. Este Dios no hace cuentas en un libro de registro del pasado, pues: «Dios es un Dios del presente». Nuevamente se da un paso alejándose de todo el historicismo materialista de nuestras Iglesias. Recién un Paul de Lagarde osó de nuevo hablar tan abiertamente como antaño el prior

[101] Compárese esta magnífica confesión aristocrática con el mitad-africano Agustín, que conmovedoramente lucha por el esclarecimiento y, sin embargo, es esclavo: «Dios, el hombre quiere alabarte, una pequeña porción de tu criatura, el hombre que arrastra con él su mortalidad, arrastra con él el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios».

dominico del siglo 14. Por lo cual se le impuso una proscripción de parte de los sacerdotes protestantes similar a la de Eckehart por parte de los romanos.

Eckehart distingue dos especies de arrepentimiento: el sensual y el divino. El primero –bajo lo cual evidentemente debe comprenderse al eclesiástico– queda «atascado en la miseria y no se mueve del lugar». Significa, por ende, sólo un infructuoso lamentarse: «de ello no sale nada». Distinto el arrepentimiento divino: «En cuanto tan sólo en el ser humano surge una desaprobación interior, inmediatamente él se eleva también a Dios, y se afirma, armado cuidadosamente contra todo pecado, en una voluntad inconmovible». De este modo también aquí vuelve a estar enfatizada la dirección hacia arriba y todo se juzga sólo según si ha hecho creativa al alma, la haya enderezado o no: «Pero el que realmente hubiere entrado en la voluntad de Dios, tampoco querrá que el pecado en el que ha caído haya sucedido en absoluto». Esto es lo mismo que afirmaba Goethe, cuando declaraba que un maestro humano también apreciaría el error: «Sólo lo que es fructífero es verdadero».

Visto desde el centro del Maestro Eckehart, es decir, desde el punto de vista del alma autónoma, divina, libre, bella y noble, todos los valores eclesiásticos más elevados aparecen así como valores de segunda y tercera categoría. Amor, humildad, misericordia, oración, buenas obras, Gracia y arrepentimiento, todo esto es bueno y útil, pero únicamente bajo una condición: cuando vigoriza la fuerza del alma, la eleva, la hace más semejante a Dios. Si no es así, todas estas virtudes se vuelven inútiles, hasta perjudiciales. La libertad del alma es un valor en sí, los valores eclesiásticos significan tan sólo algo en relación a un factor que se halla fuera de ellos, sea Dios, el alma o «la criatura». La nobleza del alma que depende solamente de sí misma es lo más elevado de todo; a ella sola el ser humano debe servir. Nosotros, los contemporáneos, la llamaremos la raíz metafísica más profunda de la idea del honor, que igualmente es una idea en sí, es decir, sin referencia alguna a otro valor. La idea de la libertad no puede ser concebida sin el honor, éste a su vez no sin la libertad. El alma produce cosas buenas hasta sin relación alguna con Dios, enseña Eckehart, la desliga por consiguiente de todo, en la medida en que esto es posible expresarlo con palabras. Con esto el Maestro Eckehart se muestra no como un entusiasta exaltado sino como

el creador de una nueva religión, de nuestra religión, desligada de la esencia extraña, tal como nos ha sido introducida por Siria, Egipto y Roma.

4.

RAZÓN Y VOLUNTAD

Sin embargo, Eckehart no solo nos transmitió un valor religioso y moral supremo, sino que también se anticipó psicológica y —como ya se ha indicado— epistemológicamente a todos los descubrimientos importantes de la «Crítica de la razón pura», aunque no se dedicara a investigaciones puntuales.

Después del bienaventurado percatarse de la «pequeña chispa», el misterioso centro de nuestro ser, el «espíritu devenido libre» del Maestro Eckehart, aunque religiosamente eufórico, filosóficamente ecuánime, remonta el camino del alma al mundo.

Descubre tres fuerzas por medio de las cuales el alma llega al mundo: la voluntad, que se vuelve hacia el objeto, la razón, que ve y ordena lo que se capta, y la memoria, que almacena lo experimentado y visto. Estas tres fuerzas son, en cierto modo, la contraparte de la Santa Trinidad. Toda una serie de profundas discusiones están dedicadas al tema de la razón-voluntad: ambas son libres en el alma, pero dependiendo del estado de ánimo y de la ocasión, el Maestro Eckehart asigna el primer lugar a uno u otro poder en el curso de sus décadas de sermones. (Büttner).

La razón «se da cuenta» de todas las cosas, explicó una vez Eckehart, pero es la voluntad «la que puede hacer todas las cosas». «Así, allí donde la razón no puede ir más lejos, la voluntad se eleva por encima en la luz y el poder de la fe. Allí la voluntad quiere estar por encima de toda cognición. Ese es su mayor logro». Por otra parte, es precisamente la razón, que «separa, ordena y fija» y luego reconoce que todavía hay un superior, la que primero da a la voluntad el impulso adecuado. «Aquí la razón está por encima de la voluntad». La voluntad es libre: «Dios no obliga a la voluntad, la deja en libertad, ¡de modo que no quiere nada más que lo que es Dios y la propia

libertad! Ahora el espíritu ya no es capaz de querer nada más que lo que Dios quiere. No se trata de una falta de libertad por su parte, se trata de su misma libertad»[102]. Eckehart menciona luego palabras de Cristo: él no ha querido hacer siervos de nosotros, sino que nos ha llamado amigos, «pues un siervo no sabe lo que su señor quiere». Esta nueva y siempre renovada enfatización de la idea de libertad, sin embargo, no siempre coincide con la experiencia. De ello se queja la gente. Y Eckehart con ellos: «Esta, es también mi queja. Esta experiencia es algo tan elevado o también común, que tú no puedes comprarla por un héller o medio penique. Ten solamente una justa intención y una voluntad libre, entonces te será dada». Esta es la enseñanza de Kant sobre el conflicto entre la idea y la experiencia, tanto en la teoría como en la práctica. Al mismo tiempo Eckehart se burla de «algunos sacerdotes», que «son altamente ponderados y quieren ser grandes

---

[102] No puedo abstenerme de citar una palabra relacionada con el espíritu del Chandogya Upanishad:
«Por cierto, de voluntad (Kratu) está formado el ser humano; tal como es su voluntad en este mundo, así devendrá el ser humano cuando haya perecido; por eso ha de procurarse tener buena voluntad...».

«Espíritu es su sustancia, vida su cuerpo, luz su figura, su decisión es la verdad, su yo el infinito, todo lo sabe, todo lo trabaja, abarca el universo, silencioso, despreocupado: este es mi alma (atman) en lo íntimo del corazón, más pequeña que un grano de arroz o de cebada, o grano de mostaza, o grano de mijo o el núcleo de un grano de mijo, esta es mi alma en lo íntimo del corazón, más grande que la tierra, más grande que el espacio del aire, más grande que el Cielo, más grande que estos mundos».
«El que todo lo hace, el que todo lo sabe, el que todo lo abarca, el silencioso, el despreocupado, ésta es mi alma en lo más íntimo del corazón, éste es el Brahman, a él, partiendo de aquí, entraré». «El que esto ha experimentado, ciertamente, no lo duda». «Así habló Candilya...».
Quien en estas palabras no oye rumorear aquel golpe de alas del que Goethe dijo que en un instante deja tras sí eternidades, ese ya no tiene sensibilidad por la grandeza de alma. Y en la Brihadaranyaka Upanishad (Gran Upanisad del Bosque) canta un filósofo embriagado de gozo:
El que conoce el atman y sabe «eso soy yo»,
¿en virtud de qué anhelo se ataría a este cuerpo?
El que ha encontrado el atman, el que lo ha conocido
oculto en lo más hondo de su ser, de todo es creador,
suyo es el mundo entero, y el mundo mismo es él.
(Lección cuarta, 4, 10. Traducción de Juan Arnau).

sacerdotes». Algo semejante hizo también Kant con respecto a los maestros de escuela, los «filósofos» y la «charlatanería de los milenios».

En suma, todo lo que el alma es capaz de procurar de cualquier manera, debe estar resumido en la simple unidad de la voluntad: ¡y la voluntad debe entregarse al bien supremo y quedar adherido a él inquebrantablemente! Visto desde este punto de vista, la idea de amor vuelve a recibir su lugar adecuado en la obra anímica-crítica de Eckehart: ella no está al servicio de la imaginación arrebatadora, ni de los dulces sentimientos, o al éxtasis sexual-psíquico, donde la Iglesia lo ha trasladado con un hipnotismo bien meditado, sino que ella se encuentra al servicio de la voluntad libremente creadora, autoritaria en el mejor sentido. «Quien tiene más voluntad, también tiene más amor», dice Eckehart, lo que representa casi lo contrario de las doctrinas de la clerecía romana y de las hoy cada vez más rígidas Iglesias protestantes, cuyo mayor deseo sería erradicar la voluntad propia, a fin de poner luego a su servicio el «amor» del siervo vaciado de su médula. Hasta qué punto Eckehart estaba consciente también aquí de su posición única, lo muestran las palabras: «En este sentido el amor pertenece por completo a la voluntad». Y luego sigue la abierta burla de la doctrina eclesiástica del amor: «Pero ahora hay una segunda cosa, una manifestación y un efecto del amor que por cierto es muy llamativo como fervor, recogimiento y júbilo. Pero hablando sinceramente: ¡esto no es lo mejor de ninguna manera! pues a veces no proviene de amor a Dios, sino de simple naturalidad, que se lleguen a gustar tales sentimientos que se derriten en ternura...». La ironía es más que evidente. Pero precisamente del amor sometido a la libre voluntad despierta el genuino concepto de la lealtad. Quizás no traiga ya consigo tantos «sentimientos», «vivencias» y «éxtasis» como la «lealtad» del siervo, pero es auténtico solamente cuando va unida con una voluntad fuerte.

Con el «par de alas de la razón y de la voluntad» debemos elevarnos: «de esta manera uno nunca se queda atrás, sino que aumenta hacia lo poderoso sin cesar». No por un incierto revoloteo, sino gracias a la altura de la conciencia despierta: «En toda obra, uno debe hacer uso consciente de su razón y captar a Dios en el sentido más elevado posible».

El dominio de la voluntad, de la razón, de la memoria, se refiere a los sentidos, que median entre el Yo y la naturaleza; estos, a su vez, se refieren directamente al mundo exterior, que incluye también al ser humano como

persona (cuerpo). Toda esta multiplicidad de manifestaciones se presenta como condicionada por el espacio y el tiempo, a los que —como ya se dijo— Eckehart reconoce igualmente como formas de percepción sólo vinculadas con este mundo, aunque puras.

Toda su doctrina religiosa carece, además, de causalidad. Al captar a Dios como un Dios del presente, no le interesa en absoluto un proceso genético, es decir, histórico-causal; esto pertenece al mundo exterior, no al estudio de las almas y de Dios. Con ello Eckehart renuncia a la mezcla oriental de libertad y naturaleza, a todas aquellas fábulas y «milagros», sin los cuales las Iglesias de la —como dijo Jesús— «raza adúltera» aún no pueden salir adelante hoy. Que la Tierra sea un disco o que flote como una esfera en el éter, no afecta, por ende, a la genuina religión, por consiguiente, tampoco a la doctrina de Eckehart, mientras que este descubrimiento de Copérnico ha derrumbado interiormente nuestras dos Iglesias cristianas, aun cuando procuran engañarse al respecto a sí mismas y al mundo con mentiras cojas[103].

Precisamente en su teoría de la voluntad, que supera de antemano a Schopenhauer, Eckehart se muestra como un filósofo occidental-dinámico que reconoce la eterna polaridad de la existencia. La esencia de los logros de la razón es un «movimiento hacia las cosas externas» para «imprimir» este conocimiento en el alma. «Este mismo movimiento continúa ahora en la voluntad, que de la misma manera no llega nunca a estar en reposo». Así, incluso el místico sin igual, que quisiera desprenderse de todo para permanecer en la pura visión de Dios, que se esfuerza por «descansar en Dios sin fin», sabe que este descanso sólo puede durar unos instantes, que es la meta, pero que esta meta sólo se alcanza mediante un movimiento siempre nuevo del alma y de sus potencias. Aquí el maestro Eckehart se muestra superior también a los sabios indios y reconoce el eterno ritmo como la precondición de toda fecundidad. De esta visión teórica extrae también (véase el caso de Marta-María) la conclusión práctica para la vida. Aunque

[103] Es precisamente en el dogma materialista de la resurrección donde se revela la judaización sin remedio de las Iglesias. Las palabras de Pablo, surgidas íntegramente del círculo judío de ideas historicista-materialista: «Si Cristo no ha resucitado, toda nuestra prédica es nula y nula vuestra fe» (I Corintios XV), muestra tanto la indisolubilidad de la cosmovisión pre-Copernicana con la creencia en la resurrección, como del fundamento puramente materialista de nuestras Iglesias pseudo-cristianas.

el alma, la voluntad, busca lo eterno, «sin embargo nunca se extingue en ella lo que ardientemente ama... Ese ser humano no busca el descanso, pues ninguna inquietud lo perturba. ¡Ese hombre está bien conceptuado por Dios porque toma todas las cosas en forma divina, mejores de lo que son en sí! ¡A la verdad! Esto requiere diligencia y una conciencia alerta, verdadera, efectiva de lo que la mente tiene que basarse a pesar de las cosas y las personas. El hombre no puede aprender esto huyendo del mundo: huyendo de las cosas y volviéndose a la soledad, lejos del mundo exterior. Sino que debe aprender una soledad interior, donde sea y con quien sea, debe aprender a pasar a través de las cosas...».

Eckehart cree que esta dualidad como ley básica de su existencia puede descubrirse también en Jesús: «También en él (Jesús) hay diferencia entre las fuerzas superiores e inferiores, también en él ellas tenían dos clases de obra. A sus fuerzas superiores les era propio un poseer y disfrutar de bienaventuranza eterna. Pero las inferiores, éstas estaban a la misma hora en el peor sufrimiento y luchaban en la Tierra. ¡Y ninguna de estas actividades obstaculizaba a la otra en su propósito...! Cuanto más prolongada e intensa la lucha (de las fuerzas superiores e inferiores), tanto más grande y loable también la victoria y el honor de la victoria».

5.

LA UNA CATÓLICA

En contraste con la personalidad de Eckehart, el sistema religioso mágico de Roma destaca aún más claramente ante nosotros: es el caos espiritual de los pueblos sirio-africanos, la «religión de los poseídos por el demonio» (Frobenius), que, desde el Este del Mar Mediterráneo, con ayuda de los cultos mágicos y de la Biblia judía y con el mal uso de la figura de Jesús, se creó su centro en Occidente. Con el progresivo despertar de Occidente, y tras el estrangulamiento de la mística, este planteamiento ha hecho todo lo posible por desvirtuar la cosmovisión anti-romana, y representar la Una

católica como la que satisface todas las exigencias, incluso las modernas. Así es como funciona hoy en día[104]:

El filósofo romano-jesuita identifica tres grandes tipos de cosmovisión: la dirección de la inmanencia (el estado del ser), que quiere descansar en sí misma; la dirección de la trascendencia (la objetividad), que sólo permite que Dios sea el primer originador, de ahí la doctrina del deísmo; la dirección del trascendentalismo, que representa el intento de conectar las otras dos actitudes mentales. Por la elaboración de estos tipos tiene lugar la lucha filosófica de los milenios. Ahora bien: el cristiano romano debe estar por encima de esta lucha, separado y, sin embargo, abarcando todos los tipos, viviendo en todos ellos. Según Roma, la lucha de los tres tipos filosóficos nunca puede llegar a la unidad; todos los intentos de superar las contradicciones (antinomias) de la vida dentro de los tres sistemas son vanos y siempre acaban en la declaración forzada de identidad de los opuestos. Esto sucedería porque las tres orientaciones típicas sientan la misma «falsa» precondición: como si el ser humano fuera de alguna manera igual a Dios, como si Dios, en cierto modo, fuera sólo el ideal infinitamente lejano de los afanes humanos. Pero de esta manera la criatura sería considerada como autocráticamente cerrada, lo que equivaldría a una tentativa de destrucción anímica del Dios creador que flota por encima de todos. Aquí es donde interviene la doctrina romana con su «visión básica»: a saber, que (según el IV Concilio de Letrán de 1215) Dios es semejante y desemejante a su criatura al mismo tiempo. Semejante porque ha colocado dentro de la misma la posibilidad de la «intranquilidad ante Dios», no-semejante porque como criatura poco importante sólo puede hallar «tranquilidad en Dios». El ser humano no vive, tanto, en su atmósfera anímica, sino en el círculo de dominio del Dios absoluto, lejano, imperante. El católico estaría, por tanto, «abierto hacia arriba», lo que se traduce en una auténtica tensión esforzada, no en una «lucha», no en una «unidad explosiva» (Przywara, S. J). Esta era la base de Roma, la *analogia entis,* la analogía del ser: «Dios se diferencia en realidad y esencia del mundo, por encima de todo lo que es o puede ser pensado aparte de él, inefablemente exaltado, ha creado la creación a partir

[104] Sigo aquí a E. Przywara, S. J.: *Religionsphilosophie katholischer Theologie* (Filosofía religiosa de la teología católica), Múnich, 1926.

de la nada en plena libertad para la revelación de su perfección a semejanza de la perfección de las criaturas».

Este razonamiento romano, que presuntamente ya habría existido antes de la «llamada de Pedro», muestra demasiado a las claras su proveniencia. El terrible e inaccesible Dios que ocupa el trono que todo lo domina, este es el Yahvé del así llamado Antiguo Testamento, al que se alaba temblando y al que se adora con miedo. Él nos crea a todos de la nada, realiza milagros mágicos cuando le conviene y forma el mundo para su glorificación. Pero esta creencia sirio-africana en la hechicería no pudo ser impuesta al europeo a pesar del fuego y la espada. La herencia anímica nórdica consistió efectivamente en la conciencia no solo de la semejanza con Dios, sino de la igualdad con Dios del alma humana. La doctrina india de la igualdad del Atman con el Brahman —«Suyo es el universo, porque él mismo es el universo»— fue la primera gran confesión al respecto; la doctrina persa de la lucha mancomunada del ser humano y del luminoso Ahura Mazda nos mostró la acerba concepción nórdico-irania; el cielo griego de los dioses surgió de un alma tan grande como la doctrina autocrática de las ideas de Platón. La antigua idea germánica de Dios, a su vez, no es en absoluto concebible sin libertad interior. Y Jesús también habló del reino de los cielos dentro de nosotros. La voluntad de búsqueda del alma ya fue mostrada por Odín, el errante del mundo, por Eckehart, el buscador y confesor, y por todos los grandes, desde Lutero hasta Lagarde. Pero esta alma también vivía en el venerable Tomás de Aquino y en la mayoría de los Padres occidentales de la Iglesia. La Analogía entis (si se omite la premisa de la creación del mundo de la nada) fue arrancada del Antiguo Testamento por el espíritu europeo-nórdico: el sistema romano por ello, no está terminado «desde Jesús», sino que es comprobadamente un compromiso entre Siria-África y Europa, en el que se hicieron todos los préstamos espirituales posibles, pero con la presuntuosa declaración de que son solo partes de la única y santa doctrina católica, la única que otorga la bienaventuranza. Tomás y su adversario Duns Scotus se hallaban en el límite de lo tolerable para Roma, pero Eckehart ya no, pues su éxito hubiera significado la destitución de Yahvé. Pero la destitución de este Dios tirano hubiera sido equivalente a la destitución de su representante papal. Desde entonces, el desarrollo intelectual europeo ha seguido su camino sin, al lado o contra Roma, con

Roma excomulgando donde podía; si nada funcionaba, simplemente se «incorporaba» lo nuevo y se defendía como «parte del catolicismo original».

En esencia, el concepto romano del demonio elevado a Dios implica la destrucción de nuestra alma volitiva, un atentado contra la polaridad del ser espiritual. A través de la analogía entis, la filosofía moderna de la religión romano-jesuita trata de escapar a esta consecuencia, que entre nosotros aun no puede ser impuesta, afirmando la existencia de una «tensión», que es mucho más fructífera que el intento de «explicar la identidad de los opuestos». En este caso Roma ha puesto a su servicio la vieja doctrina platónica del ser y el devenir. Nos hallamos esforzándonos en un eterno devenir, pero con la conciencia de un ser que «deviene». A esta idea nórdica de autorrealización se le da el sentido de un movimiento de la criatura «hacia Dios» en una corrupción judeo-romana, por lo que la autorrealización se convierte en una realización del Dios en cuya mano sólo representamos arcilla sin forma o un cadáver.

Estas aparentes concesiones del yahveísmo romano al Occidente volitivo y consciente de su alma, han retenido a más de uno en Roma, que de conocer la esencia se hubiera ido hace tiempo. Pues que yo me regale en libertad anímica (como Eckehart) o me someta servilmente al Señor (como Ignacio), para ser usado en cierto modo como barro amasable, como bastón o para ser dado vuelta como un cadáver, esto hace la diferencia entre hombre y hombre, entre sistema y sistema, en último término, entre raza y mestizaje. Roma-Yahvé significa: despotismo hechicero, creación mágica de la Nada (una idea para nosotros delirante). El Occidente nórdico dice: Yo y Dios somos polaridad del alma, el acto de creación es toda unión consumada, la separación provoca fuerzas dinámicas renovadas. La verdadera alma nórdica está siempre «hacia Dios» y siempre «desde Dios» en su huida. Su «reposo en Dios» es al mismo tiempo «reposo en sí mismo» —esta unión, sentida como entrega y autoconciencia al mismo tiempo, se llama misticismo nórdico. El «misticismo» romano significa esencialmente la exigencia imposible de la abolición de la polaridad y la dinámica, significa el sometimiento de la humanidad. La filosofía romana, pues, no se sitúa, como pretende, al margen de las tres direcciones típicas del alma, la inmanencia, la trascendencia y el trascendentalismo, abarcándolas a todas ellas, sino que representa una tentativa de compromiso de unir partes de

todos estos tipos con la creencia judeo-siria-africana. La doctrina romana no fluye desde un centro en miles de corrientes a través del mundo, sino que reviste su base siria con las enseñanzas prestadas y falseadas del hombre nórdico, tal como en distintas personalidades nacionales edificó su mundo de ideas. De ello se desprende también la posición con respecto al problema del Ser existente y el Ser así (Dasein und Sosein).

La doctrina judeo-romana proclama con su afirmación de la creación del mundo de la Nada por un Dios, una relación causal entre el «creador» y la «criatura», traslada así una forma de ver que sólo es válida para este mundo al ámbito metafísico y afirma su posición de que «representa» al Creador, hasta el día de hoy con la energía más tenaz en la conciencia de librar la batalla por su existencia en este punto. Contra esta monstruosa doctrina básica, el espíritu germánico se ha mantenido desde tiempos inmemoriales en la más feroz posición de combate. Incluso el mito de creación nórdico más antiguo del mundo, el indio, no conoce la Nada. Él habla únicamente sobre una fluctuación, sobre un caos. Él se imagina al cosmos como originado por un principio de ordenamiento, actuando desde adentro, luchando contra el caos, reflexiona sobre la idea del «Ordenador desde afuera» (¡no en el Creador a partir de la Nada!), pero concluye con la mayor prudencia filosófica tras la pregunta de dónde surgió la Creación:

El que ha causado la Creación,
que la contempla desde la más alta luz del cielo,
que la hizo o no la hizo,
¡Él lo sabe! —¿o es que él tampoco lo sabe?

El monismo indio había nacido, en realidad, de un agudo dualismo: el alma es lo único esencial, la materia una ilusión que debe ser superada. Una creación de esta materia, y hasta de la Nada, hubiera parecido a todo ario indio como materialismo blasfemo. En el mito indio de la Creación predomina un ambiente semejante al de la Hélade, al de la Germania: el Caos se subordina a una voluntad, a una ley, pero nunca se origina de la Nada un mundo, tal como lo enseñaban los hijos del desierto sirio-africano y lo adoptó Roma junto con su demonio Yahvé. La frase de Schiller: «Cuando pienso en Dios, renuncio al Creador», significa en la más breve

forma el claro rechazo por parte del alma racial nórdico-aria del enlazamiento mágico-hechicero de «Creador y criatura» como Dios y criatura sin honra. Roma ha mezclado juntos a Isis, Horus, Yahvé, Platón, Aristóteles, Jesús, Tomás, etc., y quiere imponer por la fuerza este «ser así» (Sosein) al «ser existente» (Dasein) de las razas y pueblos, o, donde esto no es posible, instilarlo mediante falsificaciones seductoras, con el fin de deteriorar esta existencia desarrollada en conformidad con la naturaleza, para luego reunir a los anímica y racialmente estropeados bajo el techo «católico».

A esta grandiosa tentativa destructora de pueblos se le han opuesto pocos ejemplos que han tenido un efecto de creación de tipos. Uno de los grandes renunció a la filosofía romana del médico brujo, otro la combatió por sí mismo, el tercero se dedicó a otros cometidos. La defensa sistemática de Europa contra el ataque de gran alcance aún no se ha iniciado en ningún lugar a gran escala. El luteranismo lamentablemente es en esta lucha un aliado de Roma a pesar de sus «protestas», pues la «ortodoxia» luterana se ha cerrado hasta ahora a la vida por su juramento sobre la Biblia judía. Predicaba igualmente un «ser así», sin tener por norma la existencia orgánica. Hoy finalmente comienza un despertar auténtico de la hipnosis impuesta por la violencia: no desde un dogma coercitivo, por ende, de procedencia judeo-romana-africana, nos acercamos a la vida, sino desde el «ser existente» (Dasein) queremos determinar el «ser así» (Sosein) como otrora lo perseguía el Maestro Eckehart. Esta existencia, empero, es el alma ligada a la raza con su valor supremo, el honor y la libertad anímica, que determina la articulación arquitectónica de los demás valores. Esta alma racial vive y se despliega dentro de una naturaleza que despierta determinadas cualidades y reprime otras. Estas fuerzas de raza, alma y naturaleza son los requisitos eternos de la existencia y la vida, de los que resultan la cultura, la creencia, el arte, etc., como el «ser así» (Sosein). Este es el último viraje interior, el nuevo mito despierto de nuestra vida.

Así hablaría también el hombre de la gran ansia, Paracelso, si hoy aun viviera entre nosotros. Un ser despierto en un mundo de inflados eruditos abstractos, foráneos a su pueblo, que con autoridades aglutinadas de Grecia, Roma y Arabia, emponzoñaban el cuerpo humano viviente, volvían aún más enfermo al enfermo y, a pesar de todas las riñas entre ellos, formando como

un muro en la causa común contra un genio que bajó en búsqueda a las causas primeras de la existencia. Investigar la naturaleza en la totalidad de sus leyes, evaluar los medicamentos como medios de apoyo para favorecer el proceso vital del cuerpo, no como mezclas mágicas incoherentes, eso fue lo que impulsó a Theophrastus von Hohenheim como profeta solitario por su mundo en aquella época, inquieto, odiado y temido, con la impronta del genio, que no consideraba las iglesias y los altares, las doctrinas y las palabras como fines en sí mismos, sino que los valoraba según la profundidad con que descansaban en el entorno de la naturaleza y la sangre. El gran Paracelso se transformó así en el portavoz de todos los naturalistas y místicos alemanes, un gran predicador del «ser existente» (Dasein), para elevarse como el Maestro Eckehart tanteando hasta los astros y encuadrarse autocrática-humildemente en las grandes leyes del universo, lleno de dicha tanto por la pureza del sonido de un ruiseñor como por el inexplicable manantial borboteante y creador del propio corazón.

6.

LA INQUISICIÓN CONTRA EL APÓSTOL ALEMÁN

Con su religión antirromana, su doctrina moral y su crítica del conocimiento, Eckehart se aparta consciente, es más, abruptamente, de todos los preceptos básicos tanto de la Iglesia romana como de la posterior luterana. En lugar de la estática judeo-romana, puso la dinámica del alma nórdica-occidental; en lugar de una violación monista, exigió el reconocimiento de la dualidad de toda vida; en lugar de la doctrina de la sumisión y la servidumbre, predicó la confesión de la libertad del alma y la voluntad, en lugar de la presunción eclesiástica de la vicariedad de Dios, él colocó el honor y la nobleza de la personalidad anímica; en lugar del amor arrebatador, rendido y sumiso, puso el ideal aristocrático de la reclusión y el aislamiento personal del alma; en lugar de la violación de la naturaleza, puso su perfección. Y todo esto significa que en lugar de la visión del mundo

judeo-romana se coloca la confesión anímica occidental-nórdica como el lado interior del hombre germánico-alemán de la raza nórdica.

Eckehart sabía exactamente que dentro de la Iglesia se dirigía a muy pocos; por lo que a menudo tuvo trato con beguinos y begardos herejes, les predicó y tuvo con ellos largas conversaciones de sobremesa. Como «hermano Eckehart» es mencionado por ellos, y mientras rechazó punto por punto los dogmas coercitivos sirio-romanos, en ninguno de sus discursos habló contra los «herejes». Pero también quiso buscar y unir a las personas de su índole dentro de la Iglesia. A esta meta estaba dirigida su actuación en Erfurt, en Estrasburgo, en Colonia y en Praga. Eckehart niega rotundamente que pueda haber dogmas, que simplemente se «deba creer», porque así se exigiera por los superiores y por la tradición. Invoca la alta razón libre y su alma libre como dones de Dios que hay que escuchar. Dice expresamente a sus oyentes que, en el caso de que siguieran sus enseñanzas se remitieran abiertamente a él: «Respondo con mi cuerpo de ello». Pero también los oscurantistas estaban trabajando, confabulando contra el gran espíritu, como siempre. Cuando Eckehart enseña en Colonia, alrededor de él están encendidas las hogueras de la piadosa Inquisición. Hasta dentro de su Orden muchos se quejan de que él habla demasiado en el idioma del país y ante «gente común» sobre cosas que podrían inducir a la herejía. El arzobispo de Colonia luego acusó a Eckehart ante el Papa, quién gustosamente hubiera acabado con él, pero necesitaba a los Dominicos como sostén político en sus luchas con el Káiser y por tal razón no osaba aún quemar a su cabeza espiritual. Así el «caso Eckehart» fue examinado por un hermano de la Orden que lo absolvió. (Tal absolución, después del dogma de la infalibilidad a comienzos del «libre» siglo 20 ya no hubiera sido posible). Y, sin embargo, la Inquisición luego se puso a la obra. El 24 de enero de 1327, Eckehart rechaza su intervención como acto arbitrario e invita a sus adversarios para el 4 de mayo de 1327 a presentarse ante el Papa. Una declaración similar de Eckehart en la Iglesia de los dominicos en Colonia termina con las palabras: «Sin abandonar con ello ni una sola de mis sentencias, corrijo y me retracto... de todas aquéllas con respecto a las cuales

se estuviese en condiciones de probar que se basan en un uso erróneo de la razón»[105].

La declaración de Eckehart fue lógicamente rechazada por los piadosos inquisidores como «frívola». Pero antes de que pudiera viajar para ver al Papa, murió. Si de muerte natural o mediante la ayuda adicional de un polvillo, no ha llegado a ser conocido. De cualquier modo, la más potente fuerza que hubiera podido convertir a la iglesia romana en una iglesia alemana, estaba quebrada. La muerte de Eckehart fue una de las mayores horas decisivas del destino de Europa. Su religión alemana fue luego «condenada» oficialmente por Roma mediante una bula. Por de pronto, la «retractación» de Eckehart se presentó como una disculpa general según el método probado (para engañar a los seguidores), mientras que Eckehart, por el contrario, estaba dispuesto a defender su doctrina con todas sus fuerzas. Característico de su libertad es que no invoca dogmas eclesiásticos, es más, ni siquiera a la Biblia (como más tarde Lutero), sino exclusivamente a la libre cognición de la razón. Después de esta primera falsificación, los piadosos seguidores de Roma «corrigieron» al Maestro Eckehart y lo catalogaron como discípulo espiritual de Tomás de Aquino[106].

La decadencia externa del centro romano en el siglo 13 fue acompañada por una degeneración general del clero en todos los países, que desde hace tiempo se habría convertido en el hazmerreír de todos los pueblos, de no ser por los esfuerzos de algunas personalidades destacadas por salvar la situación

---

[105] Véase Büttner: *Predigten* (Sermones).

[106] A pesar de la materia mágica que Tomás tuvo que encuadrar dentro de un sistema racionalista con ayuda de Aristóteles, y de la contradicción en sí que ello implicaba, la grandiosidad de la tentativa y la intensidad de la energía espiritual de Tomás no ha de ser impugnada. Tomás era, como quizás no sea de conocimiento general, longobardo. La familia de los señores de Aquino se gloriaba de esta ascendencia germánica y apoyaba al más grande de los Hohenstaufen, Federico II. Así Thomas von Aquino el mayor, conde de Acerra, quien como lugarteniente de Siria allanó a Federico el camino a la «Tierra Santa», acompañó al Káiser en su primera expedición a Alemania, luego fue enviado como comisionado especial a Sicilia y más tarde negoció en nombre de Federico con el Papa. Además, Thomas II von Aquino, otro lugarteniente de Federico y su yerno, quien sucumbió junto con el último de los Staufen, Conrado. El «S. Tomás» evidentemente era un descastado y desertor. Puso su espíritu a disposición de Roma, del que ésta aún hoy se nutre. Por lo demás Tomás fue un discípulo de Albrecht von Bollstedt (de Albertus Magnus) y del irlandés Petrus von Hibernia.

una y otra vez. Como reacción contra este encanallamiento se constituyeron en el siglo 13, entre otras, también las sociedades de los Hermanos y Hermanas del Espíritu Libre, en las cuales se manifestaron los primeros precursores de la mística. Junto con ellos actuaron los beguinos y begardos, aquellos círculos con los cuales el Maestro Eckehart mantuvo relaciones estrechas. Este movimiento piadoso, pero a-eclesiástico, atravesó (fuera y dentro de la Iglesia) como una ancha corriente los países alemanes. Sobre todo, retomó una característica básica del arrianismo destruido: enseñar la religión en la lengua nacional. Ya en este punto se mostró desde el primer comienzo hasta hoy la lucha nunca extinguida entre el folclore orgánico y el injerto romano-latino (Gregorio VII había calificado de impertinencia el uso de la lengua vernácula durante el servicio divino). El verdadero sentimiento del pueblo rechazaba la lengua latina extranjera, que sólo se consideraba una fórmula mágica incomprensible que había que repetir maquinalmente y que también se utilizaba como tal. Hacia mediados del siglo 13, el movimiento religioso alemán desafió la hostilidad de Roma hacia el pueblo utilizando la sagrada lengua materna alemana. Los sermones y las conferencias ya no se pronunciaban en latín, sino en alemán, que llegaba al corazón. Y el mayor pionero de nuestra naturaleza fue Eckehart, a quien sus alumnos y seguidores (incluidos Suso y Tauler) siempre llamaron el «bendito y santo maestro». Eckehart, si bien tuvo que escribir también mucho en latín, ha sido el primero que hizo del idioma alemán también el idioma de la ciencia. Se ha afanado trabajosamente en reemplazar la sintaxis latina por formaciones de palabras alemanas; también aquí fue un hereje, cuya obra –pisoteada y semi estrangulada por la Iglesia romana– recién fue proseguida de nuevo por Martín Lutero, y que de esta manera creó la base para la existencia misma de la nacionalidad alemana. Hoy, cierto es, que también los sacerdotes católicos predican en alemán, pero toda la liturgia, los proverbios y también los cánticos y fórmulas de oración, una parte de nuestro pueblo sencillo tiene que murmurarlos siempre aún en idioma latino. La Iglesia no puede prescindir de esta violencia, porque debe conservar su carácter a-nacional, pero los pueblos no pueden ya tolerar estos remanentes de un paganismo foráneo. Que el tibetano de vueltas a su molinillo de oraciones o que un pequeño labriego alemán ore en latín, en ello

fundamentalmente no existe diferencia: ambas cosas significan un ejercicio mecánico en contraposición a la genuina profundización religiosa.

Así se desvaneció, gracias a las falsificaciones romanas, el verdadero Eckehart a los ojos del pueblo alemán. Sin duda, la ola religiosa continuó por las tierras de Viduquindo, bajando por el Rin, y por todas partes surgieron confesores de la libertad del alma: Suso y Tauler, Ruysbroek y Grootes, Boehme y Angelus Silesius. Pero la mayor fuerza del alma, el más hermoso sueño del pueblo alemán, había muerto demasiado pronto; todo lo posterior es solo –visto desde muy arriba– un reflejo de la gran alma de Eckehart. De su virilidad se hizo exaltación ampulosa, de su amor vigoroso se hizo éxtasis dulzón. Apoyado en esta dirección por la Iglesia, la corriente de la «mística» enervada desembocó de nuevo en el regazo de la Iglesia romana. La gesta de Lutero rompió por fin la corteza ajena, pero también él, a pesar de su anhelo, no encontró el camino de vuelta a ese único fondo del alma del Maestro Eckehart, a su libertad espiritual. Su Iglesia, no libre desde el primer día, se anquilosó por consiguiente en un lugar y se cubrió de arena en el otro. El alma alemana tuvo que buscarse otro camino distinto del eclesiástico. Lo encontró en el arte. Cuando enmudeció el espíritu de Eckehart creció la pintura germánica, resonó el alma de J. S. Bach, vino el Fausto de Goethe, la «Novena» de Beethoven, la filosofía de Kant...

Finalmente, sin embargo, la más profunda y fuerte de las enseñanzas de Eckehart. Algo que, más que nada, parece estar dirigido proféticamente a la gente de nuestro tiempo.

El sermón del «Reino de Dios» lo termina Eckehart con las siguientes palabras: «Este discurso no está dirigido a nadie, fuera del que ya lo considera como su propia vida o que, por lo menos, lo posee como un anhelo de su corazón. Que esto nos sea revelado, Dios nos lo conceda».

Sólo a los anímicamente emparentados se dirigían, por consiguiente, todas sus palabras, a todos los «seres humanos interiores o nobles» se dirige su doctrina, y aquí se pone luego de manifiesto un misterio que recién hoy vuelve a nacer a nueva vida.

En un sermón (sobre 2. Cor. 1:2) distingue Eckehart entre la sangre y la carne. Por sangre entiende (como él cree con San Juan) todo «lo que dentro del ser humano no está sometido a su voluntad» es decir, lo que actúa en la subconsciencia, una contraparte del alma. Y en otro lugar dice luego

Eckehart (sobre Mateo 10, 28): «Lo más noble que hay en el ser humano es la sangre si quiere lo justo. Pero también lo peor que hay en el ser humano es la sangre si quiere el mal».

Con esto ha sido expresada la última palabra complementaria. Junto al mito del alma libre eterna se encuentra el mito de la religión de la sangre. Lo uno se corresponde con lo otro, sin que sepamos si aquí hay causa y efecto. La raza y el Yo, la sangre y el alma, están en la más estrecha relación, para un bastardo la doctrina del Maestro Eckehart no sirve, tampoco para aquella foránea mezcla de razas que desde el Este se ha infiltrado en el corazón de Europa y representa el elemento más sumiso de Roma. La doctrina del alma de Eckehart se dirige a los portadores de sangre igual o emparentada, que tienen vida similar o poseen lo expresado como «un anhelo de su corazón» no a los anímicamente extraños y sanguíneamente enemigos. Pero esto exige también un rechazo inverso. Aquí el Maestro Eckehart expresa luego la confesión nacional: «Ningún recipiente puede albergar en sí dos clases de bebidas: si ha de contener vino, hay que verter de él el agua para que no quedé ni tan siquiera una gota». Y a continuación: «Hay que respetar el modo de otras gentes y no insultar el modo de nadie... Es imposible que todos los seres humanos sigan solo un camino». Y más adelante: «Pues algunas veces lo que para uno es vida, es la muerte del otro».

Esto es absolutamente lo contrario de lo que nos enseña la Iglesia de Roma (y en último término también la de Wittenberg). Ella quiere forzarnos a todos –blancos, amarillos, negros, indistintamente– a un camino, a una forma, bajo un solo dogma, y por eso, cuando llegó al poder, envenenó nuestras almas, nuestras razas europeas. Lo que era su vida, fue nuestra muerte. Que no nos hayamos muerto se lo debemos únicamente al poder del alma germánica que hasta ahora ha evitado el triunfo definitivo de Roma (y Jerusalén). En el Maestro Eckehart el alma nórdica tomó por primera vez plena conciencia de sí misma. En su personalidad se hallan afirmados todos nuestros grandes hombres posteriores. De su gran alma puede nacer –y nacerá– un día la religión alemana.

7.

ECKEHART Y GOETHE

Eckehart comparte un parentesco espiritual con Goethe. Toda su existencia estaba también enraizada en la libertad del alma, pero al mismo tiempo en el compromiso con la vida creativa. Naturalmente, el artista enfatizó esta faceta mucho más que la mística religiosa. Toda la vida de Goethe fue un balanceo entre dos mundos; cuando uno amenazaba con aprisionarlo por completo, huía apasionadamente al otro. Si el Maestro Eckehart hablaba del «reclusión» por un lado y de la «obra» por el otro, Goethe prefiere llamar a estos dos estados meditación y acción (Sinn und Tat). La «meditación» significa el desembarazarse del mundo, el ensanchamiento hasta lo infinito del alma, la «acción», el trabajo que desemboca en una creación en este mundo. Al igual que el Maestro Eckehart, Goethe subrayó siempre de nuevo la ley de nuestra existencia: que la meditación y la acción son esencialidades del ser humano que en alternación rítmica se condicionan y se acrecientan recíprocamente; que lo uno señala hacia lo otro, recién lo hace reconocible y lo vuelve creador. Retirarse del mundo y vivir para la autocontemplación no fomenta ni siquiera nuestro autoconocimiento: «A sí mismo, en realidad, uno puede observarse y escucharse únicamente en la actividad». Quien haya adquirido el hábito de probar la acción en el pensamiento y el pensamiento en la acción no podría equivocarse, y si se equivoca, pronto encontrará su camino de vuelta al camino correcto. El «meditar», que siempre ha sido un órgano dominante en nosotros los indoeuropeos, no necesita una estimulación constante, y por eso encontramos menos estímulos en este sentido en Goethe. Por el contrario, subraya con mayor firmeza la restricción que la acción. «Confieso que desde siempre el gran cometido aparentemente tan importante: conócete a ti mismo, siempre me pareció sospechoso, como un ardid de sacerdotes unidos en liga secreta, que buscan desconcertar a los seres humanos mediante exigencias inalcanzables y los quieren seducir a apartarse de la actividad contra el mundo exterior para dedicarse a una falsa contemplación interior. El ser humano sólo se conoce a sí mismo en cuanto conoce al mundo, al que solo percibe dentro de sí y a sí mismo sólo dentro de él. Todo objeto nuevo, bien contemplado, abre un nuevo órgano dentro de nosotros». «El entendimiento no puede hacer nada para curar los sufrimientos del alma,

el razonamiento poco, pero la acción decidida, en cambio, puede hacerlo todo».

En forma siempre nueva Goethe no cesa de señalar infatigablemente la acción vivificante; hasta el modesto oficio. El más grande himno a la actividad humana es el Fausto. Después de circunnavegar y penetrar en todas las ciencias, en todo el amor y el sufrimiento, Fausto es liberado por la acción. Para el espíritu que siempre aspiraba a lo infinito, la acción restrictiva, la contención de un raudal de agua como obra útil para el ser humano, fue la piedra clave de su vida, el último peldaño hacia lo desconocido. La nobleza de la acción culmina en la obra de arte: «La enseñanza del verdadero artista desvela el sentido, porque donde faltan las palabras, hablan los hechos».

«Quien temprano experimenta condicionamiento, llega cómodamente a la libertad». «Es suficiente que uno se declare libre para que al instante se sienta como condicionado, si osa declararse como condicionado, entonces se siente libre». «Un maestro es aquel que se da cuenta de que la limitación es una etapa necesaria para el desarrollo más elevado, incluso para la mente más grande». «¿Cómo puede uno llegar a conocerse? Mediante la contemplación jamás, pero sí mediante la acción. Intenta cumplir con tu deber, y sabrás enseguida lo que hay en ti. El deber, empero, es la exigencia del día».

«Es una desgracia para el hombre que arraigue en él una idea que no influya en la vida activa, o que incluso le aleje de ella».

«... En mi opinión, la determinación y su consecuencia son las cosas más venerables del hombre». «Siempre es una desgracia cuando el hombre es inducido a esforzarse por algo con lo que no puede conectarse por medio de una autoactividad regular».

Por tal razón, también el ser humano más insignificante puede ser «completo» si se «mueve dentro de los límites de sus capacidades y habilidades». «En y dentro del suelo se encuentra para las más altas necesidades terrenas el material, un mundo de la sustancia, entregado a las más altas capacidades del hombre para su elaboración, pero en ese camino espiritual se encuentran siempre simpatía, amor, actividad libre regulada. Poner en movimiento estos dos mundos uno contra el otro, manifestar sus cualidades mutuas en la forma transitoria de la vida, esa es la forma más elevada a la que el hombre tiene que formarse».

Cuando Goethe hubo saciado todos sus sentidos en Roma, escribió: «Ahora no deseo saber nada más que cómo producir algo y ejercitar mis sentidos adecuadamente». Pero inmediatamente después dice: «Conmigo comienza una nueva época. Mi mente está ahora tan dilatada por el mucho ver y conocer, que debo limitarme a cualquier trabajo». En otro lugar dice resumiendo: «Había procedido en toda mi vida componiendo y observando, sintética y analíticamente; la sístole y diástole del espíritu humano fue para mí un segundo aliento».

Cuando Schiller muere, dice para dominar su desesperación: «Cuando recuperé mi ánimo, miré alrededor buscando diversas actividades», y cuando en 1823, al perder a su hijo, se vio atormentado por graves penurias anímicas y físicas, recuerda su sentido, que ya parecía perderse en el más allá: «Y ahora adelante: ¡sobre las tumbas!».

Este estado anímico de Goethe se asemeja en lo esencial a la verdadera vida de todos los grandes del Occidente nórdico. Un Leonardo pone como por arte de magia en su Sta. Ana, en los ojos de Juan el Bautista, en el rostro de Cristo un mundo sobrenatural inasible, y simultáneamente es ingeniero, el técnico más genial, que nunca creyó haber ideado suficientes cosas para poner a la naturaleza a su servicio. Se podría pensar que muchos de los dichos de Leonardo salieron de la boca de Goethe. En Beethoven, tras el más profundo rapto místico, aparece de repente un luminoso Scherzo, y su Oda a la Alegría es un conmovedor canto a la soledad. Beethoven, que parecía desvanecerse en sus sueños, pronunció al mismo tiempo las palabras del dinámico hombre occidental: «La fuerza es la moral de los hombres que se distinguen ante los demás; también es la mía»; «asir el destino por las fauces», fue la meta que se fijó. La misma poderosa yuxtaposición caracteriza también la personalidad de Miguel Ángel: léanse sus sonetos a Vittoria Colonna y obsérvense después sus Sibilas y el Cristo que condena el mundo. También aquí se pone de manifiesto que la mística occidental no excluye la vida, sino que, por el contrario, ha elegido la existencia creativa como compañera. Cuanto más heroica sea el alma, más poderosa será la obra exterior; cuanto más cerrada sea la personalidad, más transfigurada será la obra.

El ser dinámico germánico no se expresa en ninguna parte en la huida del mundo, sino que significa la superación del mundo, la lucha. Y esto en dos sentidos: religioso-artístico-metafísico y luciferino-empírico.

Ninguna raza ha enviado a través del globo un explorador tras otro, que no fueran meros inventores sino en un sentido real descubridores, como el Occidente nórdico: es decir, hombres que transformaron lo que habían encontrado en una imagen del mundo. Se han encontrado los continentes más oscuros, los polos más fríos, los bosques tropicales primigenios y las estepas más desnudas, los mares más lejanos y los ríos y lagos más ocultos, y se han conquistado las montañas más altas. El anhelo de tantos hombres de todos los tiempos y pueblos de volar por el espacio, solo en el europeo se convirtió en la fuerza que llevó a la invención. Y quien no sienta en el automóvil, en el expreso ferroviario, el poder luciferino venciendo violentamente el espacio y el tiempo, quien no sienta en medio de las máquinas y acerías, en medio del engranaje de miles de ruedas, este pulso de la superación empírica del mundo, no ha comprendido un lado del alma germano-europea y entonces tampoco conocerá nunca el otro lado, el místico. Piénsese en la repentina exclamación del centenario Fausto:

Los pocos árboles que no son míos
arruinar mi posesión del mundo.

Aquí no habla la codicia de explotar la propiedad para obtener riqueza, sino el impulso del Señor, «que siente la dicha al mandar».

Hay que distinguir entre luciferino y satánico. Lo satánico denota el lado moral de la superación mecanicista del mundo. Está dictado por motivos puramente libidinales. Esta es la actitud judía ante el mundo. Lo luciferino es la lucha por el sometimiento de la materia, sin que la ventaja subjetiva sea el móvil. Lo primero surge de un carácter no creativo y, en consecuencia, nunca encontrará, es decir, descubrirá, nada, ni inventará realmente nada; lo segundo conquista las leyes naturales con la ayuda de las leyes naturales, las traza y construye obras para que la materia se someta a sí misma.

Que la superación luciferina del mundo puede sin dificultad transformarse en satánica es fácil de comprender; por eso necesariamente en una época principalmente luciferina, como la que pereció en la Guerra

Mundial, el judaísmo obtuvo una entrada doblemente fácil y oportunidades para proliferar.

8.

LA SABIDURÍA DE LAO-TSE

«La calma es superior a la emoción. El débil obliga al fuerte. La suavidad vence a la rigidez». En estas palabras se encuentra el estado de ánimo de toda una cultura, el alma de la raza china, encarnada en Li-Pejang (Lao-Tse), que vivió hace 2.500 años y, sin embargo, nos habla como un sabio cansado de hoy. Ningún hombre leerá el Tao-Te-King sin verse envuelto en un hálito del más genuino ser. Abandonarse a él es una de las más bellas experiencias de un estado de ánimo relajado y suave: el hombre se decidirá por el camino inmutable; lo recorrerá enteramente por su propia voluntad, no deberá hacer nada, pues solo el destino le llevará al camino correcto de la tranquilidad, del bien. El hombre no debe esforzarse por comprender la naturaleza del hombre. Sólo debe saber una cosa: «La destrucción del cuerpo no es una pérdida. Esto es la inmortalidad». Cuídate de todos los excesos y avanza tranquilo y sonriente por el camino misteriosamente prescrito por el destino.

La alegría de la sabiduría Lao-Tse es el anhelo de una contraparte anímica y espiritual. Sin embargo, no es una armonía y nada es más equivocado que alabar la sabiduría de Oriente como si también nos correspondiera o incluso como si fuera superior a nosotros, como tienden a hacer hoy en día los cansados europeos que se han quedado sin ritmo.

Además, otro contraste.

Al estudiar la historia y la literatura del judío no se encuentra casi nada fuera de una constante «actividad» sin fin, una concentración completamente unilateral de todas las fuerzas para el bienestar terrenal. De esta disposición mental, podría decirse, casi amoral, surge un código moral que sólo conoce una cosa: la ventaja del judío. De esto se deriva el permiso, incluso la aprobación, del engaño, del robo, del homicidio. De aquí se deriva el perjurio religiosa y éticamente permitido, la «religión» del Talmud, de la

mentira «legal». Todas las tendencias naturalmente egoístas reciben un estímulo de energía mediante la «moral» que las permite. Mientras que en casi todos los pueblos del mundo las ideas y sentimientos religiosos y éticos se interponen como obstáculos en el camino de la arbitrariedad y el desenfreno puramente libidinoso, en los judíos es a la inversa. Así, hemos visto la misma imagen durante 2500 años. Codicioso de los bienes de este mundo, el judío se mueve de ciudad en ciudad, de país en país, y se queda donde encuentra la menor resistencia para su incesante actividad parasitaria. Se le expulsa, vuelve, una generación es asesinada, la otra comienza imperturbablemente el mismo juego. Mitad bufonesco y mitad demoníaco, ridículo y trágico simultáneamente, despreciado por toda la grandeza y, no obstante, sintiéndose inocente (por estar desprovisto de la capacidad de poder comprender algo distinto a él mismo), Ahasvero[107] se mueve a través de la historia del mundo como el hijo de la naturaleza de Satanás. Eternamente bajo diferentes nombres y, sin embargo, siempre siendo el mismo; eternamente afirmando la verdad y siempre mintiendo; eternamente creyendo en su «misión» y, sin embargo, siendo totalmente estéril y condenado a ser un parásito, el eterno judío formaba el más lejano contraste con Iagñavalkia, Buda, Lao-Tse. Allí reposo, aquí actividades mercantiles, allí bondad, aquí taimería; allí paz, aquí odio abismal contra todos los pueblos del mundo; allí comprensión ilimitada, aquí incapacidad e incomprensión absolutas.

A la misma distancia de ambos opuestos se encuentra la idea nórdica, pero no como si estuviera entre ellos, sino que se encuentra fuera de la línea que los une. Pues la calma de Goethe no es la calma de Lao-Tse y la acción de Bismarck no es la actividad de Rothschild. La personalidad germánica no tiene ni un poco de la calma china ni nada de la actividad judía (en el sentido de la personalidad), más bien, lo que a veces es exteriormente similar está determinado por fuerzas y dirigido hacia objetivos que (por lo que se puede afirmar tras el examen más cuidadoso) son fundamentalmente distintas de las del chino y el judío.

El ser nórdico también cree profundamente en las leyes eternas de la naturaleza; también sabe que está ligado a esta naturaleza. No lo desprecia,

[107] El judío errante.

sino que lo toma como una alegoría de lo sobrenatural. Pero al mismo tiempo no ve en la no-naturaleza, en la personalidad, una arbitrariedad; no se contenta con creer en la inmortalidad como tal, sino que se maravilla de la naturaleza eternamente única de su Yo no-natural en cada autoevaluación. También encuentra una naturaleza esencialmente diferente con cada persona, que igualmente oculta en sí misma un microcosmos igualmente rico y relacionable. Si Li-Pejang dice que el hombre perfeccionado no entra en conflicto con los demás porque todos tienen la misma dirección, entonces, en comparación con el sentimiento nórdico, se ve aquí una actitud de indiferencia que deja al viajero sin atención, deseando sólo seguir en silencio su propio curso. Aquí nos hallamos, pues, ante el interrogante de si esta aparentemente hermosa y gran calma del chino no significa una inmovilidad interior del alma, solo el reverso del interior escasamente vivo.

El indio también enseñó que «el otro» sigue el mismo camino hasta el final. Creyó poder decir a toda criatura de este mundo la «gran palabra»: «esto también eres tú», pero el énfasis de su visión metafísica está muy alejado de las conclusiones de los chinos. Li-Pejang se dedica a la parte moral de nuestro ser y deja la metafísica para sí misma. Predica honestidad hacia honestos y hacia deshonestos, amor hacia el amigo y hacia los no-amigos. Esto es, dice, la verdadera bondad, en este sentido los hombres nobles son de la misma opinión. El indio está completamente absorbido por el lado metafísico del hombre. Pone tanto énfasis en ello que finalmente llega a la opinión, también expresada, que la acción como tal no puede tener ninguna influencia sobre el que sabe, participante del Atman-Brahman. Él no será «contaminado por las obras, por el mal». De todos modos, todo lo carnal no es más que un engaño, una ilusión, y todo lo que le suceda es irrelevante. Esta es la conclusión definitiva de la India.

Li-Pejang enseña la inacción porque el «camino y la vía correcta» están predestinados para cada hombre y, al actuar, buscar e investigar, sólo seguirán la discordia y el infortunio. La India exige la inacción por la convicción de que no tiene ninguna influencia en el ser metafísico del hombre. Aquí actúan almas fundamentalmente diferentes. Divagar sobre la igualdad de los «seres humanos buenos» se torna un crimen. Es mil veces más bello y sublime ver con qué riqueza de alma hemos llegado a este mundo, cómo en diversos lugares de la Tierra actúan distintas almas para

expresarse balbuceando. Es un gran error querer inmiscuirse aquí como un extraño y tratar de borrar los contrastes. Es raro que un acercamiento y una fusión de almas y razas diferentes a gran escala den como resultado algo hermoso. En la mayoría de los casos, se produce una atrofia. Por ejemplo, los entusiastas misioneros pueden haber ido alguna vez a la India y a China con tan altas intenciones, no han hecho pese a ello, nada más que perturbar un desarrollo propio. Pero de la misma manera debemos defendernos cuando hoy vienen hombres y comienzan a sonreírse de la naturaleza de los grandes de Occidente señalando a la India y China como lo más grande a lo que nosotros, europeos equivocados, debemos elevarnos. Por más bellamente que hable Iagñavalkia, por más halagadoramente que los sones de Lao-Tsé penetren en nosotros: si damos acogida permanente a estos sonidos estamos perdidos anímicamente. O seguimos nuestro camino o caemos en el caos, en el frenesí, en el abismo.

Lo sabemos: todos tenemos una dirección: el anhelo de salir de «la oscuridad hacia la luz», de salir de los lazos terrenales hacia una eternidad desconocida. Pero no nos satisface en absoluto saber que hemos tomado el mismo camino, ya sea en un sentido moral o metafísico, sino que nos interesa la forma de sentir y pensar. El chino tiene una historia de mil tomos, que no es historia sino crónica enumerada; todo, hasta los más pequeños detalles le parecen importantes al narrador. El indio no ha prestado ninguna atención real a esta temporalidad. Él no tiene una auténtica crónica, tampoco una historia. Tiene únicamente sagas, cantos e himnos. Ni el uno ni el otro buscaba el desarrollo. El primero no había entendido el desarrollo de la personalidad, ya sea de una persona o de un pueblo, el otro la veía como una ilusión y por lo tanto sin importancia.

El hombre germánico apareció en la historia del mundo. Circunnavegó toda la tierra; descubrió millones de mundos; excavó ciudades antiguas olvidadas hace tiempo bajo el calor tropical del sol; investigó la poesía, los castillos legendarios; descifró rollos de papiro, jeroglíficos e inscripciones de fragmentos de cerámica con un esfuerzo indescriptible; examinó morteros y piedras milenarias en busca de sus componentes; Aprendió todas las lenguas del mundo; vivió entre los bosquimanos, los indios y los chinos y se formó una imagen múltiple del alma de los pueblos. Vio crecer la técnica, la industria, la filosofía, la moral, el arte y la religión desde comienzos de la más

distinta especie hasta convertirse en obras de distinta naturaleza: comprendió la personalidad porque él mismo era una personalidad. Entendía las acciones de los pueblos como hechos, es decir, como fuerza anímica formada, como expresión de una peculiar interioridad. No sólo se interesaba por el hecho de que la gente pensara y actuara de tal o cual manera, sino que no descansaba hasta que, al menos, aprendía a intuir las fuerzas internas que lo provocaban. El empeño, tan popular durante mucho tiempo, de comparar a los chinos con los alemanes porque ambos pueblos estaban poseídos por la manía de coleccionar y registrar, se queda totalmente en la superficie. El alma de un pueblo no debe medirse por las peculiaridades individuales, sino por los logros. Y aquí vemos que el chino sigue siendo un catalogador, el alemán, sin embargo, como señor de la ciencia histórica (si es que se puede usar esta palabra) y de la filosofía; es decir, el coleccionar fue en un caso la meta, en el otro, un medio. Con uno, el fin último era la coordinación mecánica, con el otro, una visión del mundo. Y esta es la diferencia.

También es muy superficial decir simplemente, como en el caso particular mencionado, que los alemanes se diferencian de otros pueblos o razas en que son un pueblo con un don para la historia. Más bien, aquí hay algo diferente. Porque el germano, especialmente el alemán, en su más profundo interior siente o al menos intuye conscientemente el valor y la dignidad de la personalidad; debido a que se percata cuando en cualquier lugar ésta se desarrollaba o atrofia, por eso, en base a un sentimiento vivo, en la actividad máxima del alma, es impelido a observar, a investigar, a sondear a sus semejantes. Por eso entendió la historia como el desarrollo de la personalidad de un pueblo, por eso buscó bajo los escombros y las ruinas milenarias, los testimonios del poder humano.

Aquí hemos llegado a uno de los fenómenos primordiales que no se pueden explicar ni investigar.

Porque el espíritu germánico siente instintivamente la eternidad y la inmortalidad de la personalidad, porque no defiende el concepto «tú también eres todo», vive en el anhelo de investigar las manifestaciones de otras personalidades ajenas. El griego no se preocupaba de su prehistoria porque era un hombre del presente, una persona; el indio no tenía historia porque consideraba el tiempo, el desarrollo, la personalidad, todo como una ilusión; el chino coleccionaba todos los datos de su pasado hasta la vida

cotidiana del señor del centro, coleccionaba datos de la persona, no interpretaba realidades de la personalidad; igualmente el egipcio momificador. La idea consciente de una cultura cualquiera como expresión de algo que nunca existió antes y que nunca se repetirá, de algo misteriosamente peculiar, ese es el verdadero talante místico del espíritu nórdico-germánico.

Por tal razón los europeos pudieron descifrar jeroglíficos y fragmentos de arcilla babilónicos; por eso generaciones enteras pusieron su energía creativa en excavaciones en Grecia, Egipto, a lo largo del Ganges y del Éufrates para buscar e interpretar un ser. Si el espíritu europeo hubiera significado únicamente un moldeamiento de la persona exterior, entonces nunca se hubiera producido esta expansión y concentración orgánica. A esto se le llama espíritu fáustico y por ella se entiende el esfuerzo hacia el infinito en todos los campos. Pero la base de esto es la singularidad y dignidad de la personalidad, que no se siente en ningún otro lugar del mundo con la misma intensidad.

En base a este profundo respeto, un Herder pudo recoger las voces de los pueblos desde la India hasta Islandia, un Goethe presentarnos como por arte de magia a Persia; los eruditos germanos pudieron presentar las realizaciones del alma india, tan lejana y a menudo tan cercana (Müller, Deussen, etc.). Una imagen del mundo llena de relaciones, dibujada en contraste y así sentida con alta conciencia, se despliega ante nuestra visión interior. Todo se presenta singularmente coloreado y configurado, vislumbrado y extraño a la vez, y en medio de ello y al lado de ello estoy yo, el hombre nórdico, lo personal devenido en conciencia, como el último misterio de la existencia, solitario. Este ánimo interior o esta conciencia es la razón última de lo quebrado, fragmentario, abandonado, infinitamente lejano en toda la cultura europea. Don Quijote, Hamlet, Parsifal, Fausto, Rembrandt, Beethoven, Goethe, Wagner, Nietzsche, todos ellos han vivido, expresado o creado esto, o son testimonios de esta vivencia. Y así también aquí el concepto nórdico de la acción va creciendo hasta constituir algo completamente distinto de lo que un Lao-Tse entendía por «hacer» y lo que a un Buda le pareció perjudicial por acarrear sufrimientos. La idea de la acción está aún más divorciada de la actividad industriosa judía, que siempre tiene como resorte principal un propósito puramente terrenal-corporal. Para

el occidental, la acción es la expresión de un ser interior en un desarrollo anímico sin finalidad terrenal, es decir, una forma de nuestra actividad anímica. Siguiendo esto, solo vivimos realmente aquí en la tierra y para un propósito superior. Atribuimos a la acción una dignidad que es la única que puede llevarnos al conocimiento de nosotros mismos. Aquí recuerdo la sentencia más profunda de Goethe: «Cada acto, bien considerado, desencadena una nueva capacidad en nosotros».

Aquí habla un alma completamente distinta que en el Tao-Te-King, pero también es fundamentalmente diferente de la que enseñó el cuádruple camino sagrado. Lao-Tse rechaza la acción, porque debe ir acompañada del hacer; Buda teme igualmente el sufrimiento. Un Goethe, en cambio, también acepta el sufrimiento, hasta lo considera necesario, elevador del alma («El que no puede desesperar no debe vivir»), al igual que el gran Meister Eckehart, a menudo encuentra la dicha que expande el alma en un solo momento, en la vivencia de la acción creadora, todo el sufrimiento se hace valer y se supera. Nada puede compararse con este poder del alma. Es un poder primordial, en absoluto silencioso y reconciliado con el abandono, sino que se eleva con amplias alas sobre todo lo terrenal.

Si consideramos no tanto la vida exterior, sino el anhelo interior de un pueblo tal como se expresa en sus más grandes, podemos decir, en resumen: para el chino, el reposo es la superación de la acción para recorrer el camino del destino sin acción consciente; para el indio, el reposo significa la superación de la vida, la primera etapa del paso a lo eterno; para el judío, el reposo es el acecho de una actividad que promete el éxito material; el reposo del hombre nórdico es concentración antes de la acción, es mística y vida simultáneamente. La China y la India quieren superar de distinta manera el pulso de la vida, en el judío el reposo es únicamente una consecuencia de circunstancias exteriores, el ser nórdico, a la inversa, quiere un ritmo condicionado por el interior, orgánico, creativo. Por supuesto, solo hay unos pocos que son capaces de llevar este ritmo nórdico a lo largo de toda su vida, a lo largo de todo su trabajo. Pero por eso los consideramos los más grandes de nuestro espíritu y de nuestra raza.

En algunos de nuestros grandes, este ritmo —con toda la pasión en el detalle— se respira a grandes rasgos. Esta es la obra de Leonardo, Rembrandt, Bach, Goethe. En otros, este pulso era más violento, más

repentino, más dramático. Esto nos lo dice la obra de Miguel Ángel, Shakespeare, Beethoven. Y Emmanuel Kant, que a tantos les parece la moderación personificada, enfatiza como su más profunda convicción que únicamente mediante la exaltación, es decir, la más alta disposición anímica para la acción, puede ser producida una gran obra. Esta fue una delicada autoconfesión. Por eso en la obra del sabio de Königsberg se escucha el poderoso batir de alas del alma nórdica: «Nunca se ha logrado nada grande en el mundo sin entusiasmo».

Así, pues, también en lo que se refiere a la relación con la acción, se hallan claramente ante nuestros ojos las orientaciones anímicas de los diferentes pueblos. Los chinos y los indios, por lo demás diferentes, por un lado, el judío como contraste y contradicción (¡no como antípoda espiritual!), y fuera de ellos el ser humano nórdico-germánico como antípoda (en esta cuestión) de las dos direcciones, de los dos polos de nuestra existencia: combinando el misticismo y una vida de acción, siendo sostenido por un sentimiento vital dinámico, elevado por la creencia en la libre voluntad creativa y el alma noble. «Hacerse uno consigo mismo» es lo que quería el Maestro Eckehart. Y eso es lo que finalmente nosotros también queremos.

LIBRO SEGUNDO:

LA ESENCIA DEL ARTE GERMÁNICO

La obra de arte es la representación viviente de la religión.

Richard Wagner.

I. EL IDEAL RACIAL DE BELLEZA

1.

Los tiempos del virtuosismo se aproximan a su fin. Nos hemos cansado de dejarnos seducir y deslumbrar una y otra vez; estamos hartos de la exhibición nerviosa de las últimas décadas; odiamos el inaudito despliegue técnico de todo lo que todavía hoy se llama arte. Sentimos que el tiempo del intelectualismo como fenómeno que presumía de tener validez cultural está muriendo; que los adivinos que nos lo proclaman como el futuro, como el fin de nuestra cultura europea, son ya profetas de un pasado obsoleto. Estos hombres, interiormente agotados, ya antes de pensar y de escribir habían perdido la fe. Por tal razón su filosofía y su concepción de la historia también debe terminar en una incredulidad. La muerte y el poder material consumen con avidez sus obras: los débiles se rompen, los fuertes sienten crecer su fe y su resistencia.

El rechazo del materialismo teórico en la ciencia y en el arte puede ser considerado como interiormente cumplido, la oscilación del péndulo hacia la otra dirección (teosofía, ocultismo, etc.) ya está en marcha; la dirección de nuestro ser comienza a revivir gradualmente como contraste de ambas corrientes.

También la época de las estéticas de gruesos tomos ha pasado. La labor preponderantemente analítica en todos los terrenos nos ha obsequiado también una larga serie de obras que se ramifican hasta lo más minucioso, sobre la esencia del arte y de la sensación estética. Aquí se acumula una enorme cantidad de trabajo intelectual, pero hoy nadie lee a Zimmermann, Hartmann, ni siquiera a Fechner, Külpe, Groos, Lipps, Müller-Freienfels, Moos y muchos otros. Nadie sabe cómo integrar los puntos de vista de Winckelmann y Lessing en el pensamiento actual, Schiller, Kant y Schopenhauer son venerados por el público en general casi sólo de nombre. No porque en sus obras no encontremos los más profundos pensamientos, sino porque ya no somos capaces de utilizarlos como un todo en el campo

del estudio del arte. Todos miran casi exclusivamente a Grecia y todos siguen hablando de una presunta estética universal posible. Y cuando constatan las diferencias entre las artes de los distintos pueblos, su pensamiento teórico –ese pensamiento que llamamos filosofía del siglo 18– entra en contradicción con sus propias obras, o violenta los productos artísticos de su propio pueblo. La contradicción entre la teoría y los hechos vive tanto en Goethe como en Schiller y Schopenhauer. La gran culpa de toda la estética del siglo 19 ha consistido en que no se basaba en las obras de los artistas, sino que analizaba sus palabras. No se dio cuenta de que la admiración de Goethe por el formalmente eficiente Laocoonte era una cosa, la hazaña de Fausto algo esencialmente diferente, que el instinto germánico de Goethe era demasiado poderoso, pero cayó en la trampa de creer que los helenos eran artísticamente superiores a las formas de arte nórdicas.

El punto de partida de nuestra estética diseccionista era falso, por lo que no pudo producir efectos más profundos. No ayudó a nuestro ser a adquirir una conciencia más brillante, no tuvo un efecto orientador, sino que se acercó al arte de Europa con estándares generales borrosos o solo griegos –a menudo griegos tardíos.

En el pasado, la gente hablaba sin preocuparse de la filosofía o la historia de Oriente hasta que se dieron cuenta de que este Oriente supuestamente unificado comprendía pueblos con culturas que se excluían completamente. Hoy se ha puesto de moda hablar de «Occidente». Esto se hace con mucha más justificación que en relación con el «Oriente», pero también es demasiado vago si no se destaca el elemento nórdico que forma el Occidente.

Casi todos los filósofos que han escrito sobre la «condición estética» o sobre la determinación de los valores en el arte han pasado por alto el hecho de la existencia de un ideal racial de belleza en términos físicos y de un valor máximo racial de tipo anímico. Es obvio que, si queremos hablar de la naturaleza del arte y de su efecto, la representación puramente física de un griego, por ejemplo, debe tener un efecto diferente en nosotros que, por ejemplo, el retrato de un emperador chino. Cada línea del contorno recibe en la China una función distinta que en la Hélade, que no puede ser interpretada ni «disfrutada estéticamente» sin conocer la voluntad conformadora racialmente condicionada. Toda obra de arte plasma, además,

un contenido anímico. Por lo tanto, esto también, junto con su tratamiento formal, sólo puede comprenderse a partir de las diferentes almas raciales. Por ello, nuestra estética tal como fue hasta el presente ha sido —a pesar de muchos aciertos en los detalles— intrascendente como obra total. En esto, el artista verdadero, tanto ingenuo como consciente, siempre ha procedido de forma racial y ha encarnado externamente las características anímicas utilizando aquellos tipos raciales que le rodeaban y que se convierten principalmente en los portadores destacados de ciertas peculiaridades.

Por muy emparentado que nos parezca la Hélade en muchos aspectos, el griego tiene un centro interior diferente al del indio, el romano o el germano, que determinó el ritmo de su vida. Se trata de un valor estético. La belleza era la medida de la vida helénica en el simposio, cuando los helenos se reunían sentados en círculo tomando vino diluido y se discutía un tema en conjunto; la belleza era el motivo que todo lo mueve en la Ilíada, y triunfó incluso cuando los pobres y andrajosos griegos se enfrentaron a un general romano cuyo carácter evocaba recuerdos de sus antiguos antepasados: Tito Quincio Flaminino (228-174 a. C). Se lo recibió en razón de su dignidad y belleza como a un héroe nacional, Atenas lo celebró como un héroe propio. Este era el más profundo anhelo griego por las cumbres de la vida, incluso durante la decadencia, y si queremos comprender a la Hélade debemos ignorar nuestro valor supremo —el carácter— como tal. Un hombre verdaderamente bello podía ser honrado como un semidiós en la Hélade después de su muerte. Así, incluso los Egestanos[108] mitad griegos, erigieron un monumento e hicieron sacrificios al hombre considerado el griego más bello en la batalla contra los cartagineses. Puede ocurrir que los helenos perdonen a un enemigo que lucha contra ellos en batalla abierta si destaca por su belleza, porque tal belleza les parecía una parte de la divinidad, de la que Plutarco nos ha dejado un relato conmovedor. Incluso el comandante persa Masistios, muerto por los griegos, tras observar su belleza, es paseado por los guerreros griegos para ser admirado, y con respecto a Jerjes, los griegos declararon que su belleza ciertamente le daba el derecho de gobernar a su pueblo. Pero este exterior fue considerado —seguramente a pesar de más de una mala experiencia— como el reflejo de un alma noble. Por lo

[108] De la antigua ciudad de Egesta en Sicilia.

tanto, el héroe es siempre bello. Pero esto quiere decir: de un determinado tipo racial.

El héroe griego, por ejemplo, aparece casi con la misma forma no sólo en la escultura helénica, sino también en el arte a pequeña escala, en la pintura de jarrones; en su cuerpo esbelto representa, por así decirlo, el tipo del ideal moderno de belleza, pero en su perfil tiene una forma más suave que el germano posterior. Junto al gran arte helénico, hay que estudiar las pinturas de los jarrones de Exequias, Clitias y Nicóstenes para observar cómo se muestran, por ejemplo: a Ajax y a Aquiles jugando un juego de mesa, a Castor con su caballo; la hidra de Charitaios con las amazonas; la mujer rubia de Eufronio en el cuenco de Orfeo, que se parece casi a Gretchen[109], la magnífica Afrodita con el ganso[110] la crátera napolitana de Aristófanes y Ergines, etc. A lo largo de miles de jarrones y cráteras, encontramos un tipo que sólo cambia ligeramente y que, al parecer, era el único que transmitía a los griegos la emoción de lo heroico, lo bello y lo grande. A su lado, sin embargo, existe un consciente contraste racial, p. ej., en la representación de Sileno, el Sátiro y el Centauro. Así, el cuenco de Fineo contiene tres encarnaciones de la lascivia masculina con todos sus atributos. Las cabezas de los tres son redondas y regordetas, las frentes hinchadas como si tuvieran hidropesía, las narices cortas y bulbosas, los labios hinchados. Exactamente igual describe también Andocides a Sileno, lo dibuja además peludo y con larga barba; el cuello grueso y carnoso sigue siendo visible en el dibujo de perfil. El mismo tipo está brillantemente representado en Cleofrades[111], donde el genuino bacante griego en la figura y la línea del cráneo proporciona un contraste consciente de alma y raza. Asimismo, Nicóstenes retrata al Sileno portador del odre como una caricatura virtual mitad animal, mitad idiota, mientras que Eufronio ha dejado un plato de Sileno que representa el tipo racial negroide-oriental, tonto y peludo. Al lado de estos dos grandes contrastes: el esbelto, vigoroso, aristocrático heleno y el bajo, obtuso, bestial Sileno, que sin duda pertenece a la raza sometida por los griegos, o al tipo de los esclavos introducidos, también emergen luego, al

---

[109] Margarita. Personaje femenino del Fausto de Goethe.

[110] Comp. al respecto E. Pfuhl: *Malerei und Zeichnung der Griechen* (Pintura y Dibujo de los griegos), fig. 498.

[111] Pfuhl, a.a.D, fig. 379.

aumentar la infiltración de sangre asiática, figuras en la pintura que a veinte pasos de distancia deben ser interpretadas como semíticas y judías. Un cuenco del maestro de Eos, por ejemplo, nos muestra a un mercader semítico con un saco a la espalda, mientras que la temprana crátera sur italiana de Fineo representa a un arpista, cuya cabeza y movimiento de manos aún pueden admirarse en carne y hueso en el Kurfürftendamm[112].

Miles de jarrones y pinturas, desde Asia Menor hasta los murales de Pompeya, demuestran que la pretendida impresión artística y estética de un héroe o de un hombre ardientemente poseído fue interpretada y representada en términos raciales a lo largo de ocho siglos. A medida que avanzaba la bastardización de lo griego, aparecían figuras híbridas «humanas» con miembros fofos y cabezas sin contorno; el caos racial de la época de una progresiva democratización transcurre mano a mano con la decadencia artística. Ya no existe un alma que quiera expresarse, ya no existe ningún tipo que personifique el alma. Vive solamente «el ser humano» del helenismo, una criatura que no puede tener un efecto estético ni inspirador, porque el alma racial, formadora del estilo heleno, había muerto para siempre. Ya ocurría que los «aqueos de rubios rizos» de Píndaro eran una singularidad en el Mediterráneo, o, como al comienzo del siglo 5 refieren el *Physiognomika* de Adamantio con respecto a los verdaderos helenos, «eran lo suficientemente altos, firmes, de piel blanca, manos y pies bien formados, el cuello poderoso, el pelo castaño, fino y suavemente ondeado, la cara rectangular; los labios son finos, la nariz recta, los ojos con una mirada brillante y poderosa; son las personas con los ojos más bellos del mundo».

Homero y su creación son tan nórdicos como las bellas artes de Grecia. Cuando Telémaco se separa de su madre, «la hija de ojos azules de Zeus» le envió «viento favorable para el viaje». Cuando a Menelao se le vaticina su destino[113], se le profetiza una vida divina, que lo conducirá a los «confines de la Tierra... al campo elíseo, donde mora el héroe Radamantis el Rubio». Solamente con una «sien de rizos dorados» pudo también Hölderlin imaginar el genio de Grecia. Y Homero afirma como consciente hombre señorial:

---

[112] Avenida principal de Berlín que durante la época pre-hitleriana se caracterizó por su cosmopolitismo y judaísmo.
[113] *Odisea,* IV, 560.

Porque el hombre resuelto es siempre el mejor para completar cualquier obra, aunque se acerque desde lejos como un extraño.

En Tersites, sin embargo, surge un oscuro y deforme traidor hostil al «héroe rubio», aparentemente la encarnación de los espías del Cercano Oriente en el ejército griego. El precursor de nuestros pacifistas de Berlín y Frankfurt. Homero[114] describe a los hermanos de Tersites, los fenicios, como «ladrones, que traen innumerables baratijas en la nave oscura». Así, Homero creó el arte anímico-racial y contribuyó al nacimiento de aquellas imágenes que más tarde se erigieron a la «hija de ojos azules de Zeus», guio los pinceles de los pintores, pero también dio al principio alienígena y hostil al héroe su forma racial.

Sileno no es, por consiguiente, una «figura achaparrada, característicamente dibujada», como nuestros historiadores del arte nos quieren hacer creer, sino la representación plástica de las características de un alma racial foránea, tal y como se le presentó al griego. La aparición del culto fálico posterior y de las fiestas báquicas libertinas demostró la desintegración dionisíaca tardía, todo ello se remonta al desenfreno racial de los subyugados tipos raciales orientales que, hasta entonces, habían sido considerados como aburridos y limitados.

Este ajuste de tipo racial se observa en la fuerza elefantiásica de Sócrates. No existe duda alguna al respecto de que Platón ha glorificado desmedidamente al sutilizador. Sin embargo, una auto-confesión de Sócrates en los diálogos platónicos es genuina. Declara allí que con el señuelo de un rollo de papel escrito se lo podía alejar de la más hermosa naturaleza[115]. En medio de la extrovertida cosmovisión griega, esto era una admisión de la más aburrida pedantería. Sócrates es un ejemplo de que la fuerza anímico-racial del genio, la mejor filosofía moral y la mejor estética «universal» están

---

[114] *Odisea,* XV.

[115] Textualmente dice el pasaje significativo a comienzos del Fedro: *«Me gusta aprender. Y el caso es que los campos y los árboles no quieren enseñarme nada; pero sí, en cambio, los hombres de la ciudad. Por cierto, que tú sí pareces haber encontrado un señuelo para que salga. Porque, así como se hace andar a un animal hambriento poniéndole delante un poco de hierba o grano, también podrías llevarme, al parecer, por toda Ática, o por donde tú quisieras, con tal que me encandiles con esos discursos escritos».* (Platón, *Fedro,* 230d).

lejos de ser lo mismo. Lo piadoso y lo bello siempre ha sido griego, pero la lucha les parecía a los helenos una ley eterna de la naturaleza, a la que incluso Palas Atenea servía. Una nueva época de la historia griega no comenzó con Sócrates, sino que con él un hombre completamente diferente entró en la vida helénica. Ciertamente también él estaba formado por las sagradas tradiciones de Atenas, por Homero, las tragedias, Pericles y los arquitectos de la Acrópolis; ciertamente él mismo participó como soldado en la lucha por el poder político, y, pese a todo, Sócrates es el hombre carente de genio, aun cuando noble y valiente, de una raza distinta, no griega. Vivió en una época en la que Atenas se estaba desviando y su antaño aristocrática democracia (que sólo abarcaba a los griegos, no a los extranjeros) estaba descendiendo a los abismos del caos. Bajo esta tiranía de los demagogos, el gran Alcibíades fue desterrado, todo el ejército de Atenas pereció ante Siracusa, casi todas las demás conquistas se perdieron. Los aristócratas triunfantes hicieron luego beber a cientos de demócratas el cáliz del veneno, más tarde ellos mismos corrieron la misma suerte. Un Aristófanes se burló de la vieja tradición, los nuevos maestros Gorgias, Protágoras, etc., se deleitaron en la mera y bella forma. Entonces hizo su aparición el hombre foráneo, ya marcado mil veces antes como Sileno. La otra raza en su máximo despliegue, plasmada anímicamente en la medida en que ello era posible por la cultura de la Hélade: sobria, irónica, robusta; consciente de hallarse frente a una forma desintegrada: intrépida, valiente. Fuerte en lógica y con dialéctica pulida, el feo Sócrates lleva a la desesperación a los hermosos, pero interiormente devenidos inconscientes, maestros griegos. Más allá de ello busca «el bien» en sí, predica la «comunidad de los buenos» y reúne alrededor de sí a una nueva e inquieta generación griega.

En una ocasión, Pericles, como señor de Atenas, tuvo que suplicar ante el tribunal que se le concediera la ciudadanía a su último hijo nacido de su esposa extranjera. Como caso excepcional, se le fue concedido. Esta estricta ley racial, previamente introducida por él mismo, se desintegró en la progresiva sangría de Atenas. Pero fue Sócrates, el no griego, quien le dio el golpe de gracia en una época de descomposición. La idea de una «comunidad de los buenos» trajo una nueva clasificación de personas. No según las razas y los pueblos, sino según los individuos. Tras el colapso de la democracia racial ateniense, Sócrates fue así el socialdemócrata internacional

de la época. Su valentía y sabiduría personal dieron una consagración promocional a la doctrina destructora de la raza. Fue su discípulo Antístenes (hijo de un esclavo del Cercano Oriente) quien sacó luego las conclusiones y predicó la demolición de todas las barreras entre todas las razas y pueblos como progreso humano[116].

Sócrates vive sólo gracias a Platón como el héroe tal como lo veneran todas nuestras eminencias catedráticas. A través de Platón, el genio griego agradeció al hombre que representaba la sobria prudencia en medio de una época de descomposición, amó a este hombre y le erigió un monumento eterno poniendo también en boca de Sócrates las palabras de su alma. Así, el verdadero Sócrates desapareció de los ojos del mundo. Solo unos pocos pasajes de Patón apuntan a él. En el Fedón, por ejemplo, Patón nos dice que Sócrates declaró que no estaba capacitado para investigar los procesos orgánicos. Al fin y al cabo, la verdadera esencia de las cosas no consiste en su examen mediante la observación, sino en nuestro pensamiento sobre ellas; no hay que «estropearse la vista» con mucha observación. Si una persona quiere averiguar si la tierra es plana o redonda, «no le conviene» investigar esto, sino simplemente preguntar a la razón: ¿qué es más razonable? ¿Es más razonable imaginarse a la Tierra en el centro, o no? Ciertamente, Platón no inventó este pasaje; corresponde al mismo Sócrates que declaró querer abandonar corriendo la más hermosa naturaleza tras un rollo de papel escrito; pero también es el mismo Sócrates que aparta su mirada de la Grecia racialmente hermosa y proclama una humanidad abstracta, una hermandad de los buenos. Esto fue el alejamiento del sol hacia la sombra de una sofística doctrina compulsiva. Así como que el dogma judío se superpuso a la religión, el método «científico» socrático, contrario a la vida, se superpuso a Europa. Aristóteles fue su heraldo esquemático, Hegel su último gran discípulo. «La lógica es la ciencia de Dios», dijo este Hegel. Esta palabra es un puñetazo en el rostro de toda religión genuinamente nórdica, de toda ciencia genuinamente germánica, pero también genuinamente griega. Pero la palabra es genuinamente socrática y por consiguiente Hegel, junto a

[116] Antístenes (446-366 a. C.) fue filósofo y alumno de Sócrates. Según Diógenes Laercio, su madre era de Tracia, región que hoy existe en la intersección de Grecia, Bulgaria y Turquía. No está claro si realmente abogaba por la destrucción de las barreras raciales.

Sócrates, no por nada es un santo para la mayoría de nuestros profesores universitarios.

Ciertamente, la imagen del alma y la apariencia externa no siempre coinciden, pero éste era el caso de Sócrates. En un entorno en el que Eros y la belleza racial nórdica de la rubia Afrodita, del rubio Jasón cuyos cabellos nunca habían sido tocados por las tijeras; desde el Dionisio de piel blanca, esbelto y rubio de Eurípides hasta la «encantadora cabecita rubia» en los «Pájaros» de Aristófanes, se extiende el mismo ideal de belleza sustentador y plasmador del genuino helenismo, aquí apareció el tipo hirsuto de Sátiro como un símbolo de lo foráneo. Pero también aquí, si es que en algún lugar, el desvío de la mirada del mundo tenía que significar el colapso. Lo bello desapareció, figuras bastardas surgen también en el arte, lo repulsivo, lo absolutamente feo y contrario a la naturaleza se convirtió en «hermoso».

La predicación de lo «razonable y bueno» era la manifestación paralela de la descomposición racial y anímica griega. Lo «bueno» destruyó entonces el ideal racial de belleza en el arte, así como las ideas heroicas sustentadoras de la vida estatal y social. La parábola más grande, porque personalmente más noble, de este caos invasor, hostil a la raza y al alma del helenismo, ha sido Sócrates.

En términos de desarrollo de la historia: un Patón vierte todo su genio sobre el hombre imperturbablemente sobrio y le da la inmortalidad; pero lo que Patón era esencialmente: un aristócrata, un luchador olímpico, un poeta ebrio de belleza, un diseñador plástico, un pensador exuberante, uno que, al final, quiso salvar a su pueblo sobre una base racial a través de una constitución estatal violenta, incluso dictatorial hasta el último detalle, que no era socrática, sino el último gran florecimiento del helenismo intelectualmente ebrio. Lo que Praxíteles creó más tarde fue una protesta contra todo el socratismo, fue el último himno a la belleza racial nórdica-griega, al igual que la magnífica Nike de Samotracia. Pero Sócrates con todo fue símbolo. La Hélade pereció en el caos racial y en lugar de orgullosos atenienses, los «graeculi» despreciados en todas partes poblaron las provincias de la Roma que surgía. Los graeculi sin carácter, por los cuales uno se podía hacer «educar», a los que se les pagaba y se les echaba cuando uno se cansaba de ellos.

Sócrates-Antístenes triunfaron, la Hélade se extinguió. El «sentido común» había destruido al genio cuando experimentó su hora de debilidad. Lo feo se convirtió en la norma cuando lo bello le hizo la concesión a «lo bueno».

Cuando Sócrates se hallaba ante sus jueces, dijo: «Nunca se ha hecho un mayor servicio a Atenas que a través de mí»[117]. La «humildad» y «modestia» del «enviado por Dios» —como además dijo de sí mismo— tenía también su reverso. Sócrates sintió inconscientemente que Grecia se estaba rompiendo...

2.

GERMANOS Y GRIEGOS

De este mismo espíritu, encarnado en su día por Sócrates, nació la «estética» occidental de una tardía época «humana».

Al igual que Sócrates, buscó al «ser humano», no al griego, ni al germano, ni al judío ni al chino, «descubrió» las llamadas leyes universales y predicó el ánimo estético y la contemplación, porque sus creadores habían perdido en su mayoría todo sentimiento de voluntad anímica-racial y de ímpetu artístico. En su entusiasmo por la Acrópolis, nuestros académicos también pasaron por alto el hecho de que aquí se trataba de una vertiente del hombre nórdico, pero que en lo artístico representaba una contrapartida de la germánica. Donde el griego sintetizaba formalmente, individualizaba plásticamente, el germano creó la expresividad de lo anímico y la riqueza de relaciones. Donde el griego fijó el movimiento racial-heroico en el reposo, el posterior hermano nórdico, impelido por una distinta voluntad formadora, transformó reposo en movimiento. Donde el griego generalizaba, el artista gótico, el hombre del barroco, el romántico, personificaba. Pero el gozo producido por las líneas rumoreantes de las tres mujeres del frontón del Partenón hasta la Nike de Samotracia hizo sin embargo vibrar en nosotros una cuerda que resonó en tono agudo y sigue resonando hasta hoy porque,

---

[117] *«Yo creo que todavía no os ha surgido mayor bien en la ciudad que mi servicio al dios».* (Platón, *Apología de Sócrates*, 30b).

sin duda, aquí fue puesto al descubierto un parentesco anímico-racial. Si los teóricos del siglo 18 y 19 hubieran tomado plena conciencia de este hecho, no habrían hecho de la admiración del formalmente eficiente pero aburrido Laocoonte el punto de partida de una estética «general», no habrían declarado la formalidad del edificio del Partenón como medida para el juicio sobre todo el arte. Pasaron por alto precisamente lo que crearon sangrienta y genuinamente en Hellas, y sobre las ruinas de la Acrópolis, con la medida centimétrica de un sentimentalismo embelesado y sin embargo polvoriento del paso «humanitario» y más tarde en el tiempo de culto material embrutecedor de una decadencia europea, proporcionaron el leitmotiv para tesis doctorales sin instinto. De esta manera la valoración artístico-anímica tanto del arte griego como del nórdico-europeo fue falseada. Por ello, aún hoy vemos las figuras de la Hélade y Germania en una perspectiva errónea.

Sólo para los esteticistas, que practican la estética por la estética y no por el arte y la vida, una línea no es más que una línea, un adorno. Sin embargo, para todo artista —consciente o inconscientemente— es una función, el portador de un logro. Está ligada a un material determinado. En el ser humano, los diversos tipos raciales son la encarnación de esencias espirituales definidas que condicionan, espiritual y racialmente, la totalidad lineal de color que los describe. Cuando Velázquez quiere crear un contraste para una pequeña infanta de cabello rubio, coloca a su lado una «enana», es decir, uno de aquellos tipos bastardos con los que España está superpoblada[118]. Todo lo atrofiado y servil de la Tierra se perpetúa para la eternidad en el arte desde Velásquez hasta Zuloaga[119] en estos pobres seres lisiados de ojos rasgados. Sancho Panza es el tipo racial del moreno puramente oriental: supersticioso, incapaz de cultura, titubeante, materialista; «fiel» hasta cierto punto, pero sobre todo meramente sumiso. También Sancho no es solo un «gordo», sino una entidad anímica-racial concentrada, tal como su señor representa una distorsión tragicómica de la caballería nórdica, que bajo un sol extranjero había llegado a una obstinada exageración, pero que todavía corría en la sangre de Camoens[120] al igual que en las venas de Cervantes.

---

[118] Diego Velázquez realizó varios cuadros de la joven infanta Margarita Teresa de Austria en la década de 1650. El cuadro en cuestión es «Las Meninas» de 1656.
[119] Ignacio Zuloaga (1870-1945).
[120] Luís Vaz de Camoens (1524-1580), el mayor poeta en lengua portuguesa.

Incluso hoy, en los viejos círculos aristocráticos de Castilla, la sangre que trasluce azul bajo la piel clara, es decir, nórdica, es considerada como signo de una ascendencia noble[121].

Los contornos del Sileno «griego» corresponde al dibujo del Sancho «español» y de los enanos «españoles». Más allá de esto, encontramos a los portadores de la misma naturaleza espiritual atrofiada bajo formas similares en toda Europa.

Los pueblos del Occidente son una consecuencia de mezclas raciales y sistemas de crianza política, sin embargo, cada uno de ellos ha recibido lo esencial de las fuerzas formadoras de Estado del estrato nórdico y al mismo tiempo con ello las fuerzas formadoras de toda la cultura. Estrechamente relacionado con este hecho está también el determinante ideal nórdico de belleza, que a veces sigue teniendo efecto incluso en zonas donde la sangre nórdica se ha extinguido hoy por completo. La idea de un héroe en toda Europa se equipara a una figura alta y esbelta, con ojos brillantes y centelleantes, una frente alta y una musculatura poderosa pero no excesiva. Una imagen heroica asociada a una persona de baja estatura, hombros anchos, piernas arqueadas, cuello grueso y cabeza chata representa una imposibilidad, incluso cuando tipos como Ebert han salido a la superficie de la vida. Basta con mirar las cabezas de los reyes Staufen, el monumento de Magdeburgo, la cabeza de Enrique II; obsérvese cómo por ejemplo Rethel se imagina el rostro de Carlomagno, cómo también es dibujado su adversario Viduquindo; léase lo que la antigua Francia refiere sobre Roldán, lo que Wolfram cuenta sobre Parsifal, para saber que aquí lo interior y lo exterior produce un apretado entrelazado anímico-racial, como se muestra una y otra vez –bajo miles de formas– lo que percibimos como gran arte. El S. Jorge de Donatello muestra en su calma el mismo ideal de belleza que el Gattamelata, es más, hasta como el fiero Colleoni, distorsionado en la expresión facial; el duque de Wellington y Gustavo Adolfo se diferencian de

[121] Bajo el mando del visigodo Pelayo comenzó la lucha asturiana de liberación contra los moros. El Cid es tan germánico como lo fue un Roldán franco. Enrique, Alfonso, etc., no son más que nombres alemanes modificados; Cataluña se llama Gotalonien, Gotenland (La tierra de los godos); Andalucía tiene su nombre de los Vándalos: Vandalitia. Todavía en el siglo 11 la liturgia en las iglesias de España era visigoda. De ojos azules era Isabel de Castilla, rubia era la belleza de las mujeres del Cervantes.

Moltke casi únicamente por la moda de la barba y el peinado. Sin embargo, hay un cambio en relación con el pasado: antes, el héroe y comandante dirigía personalmente a su pueblo en la batalla, toda la persona se convertía en un símbolo. Hoy existe una dinámica más interna: la voluntad y el cerebro dirigen desde un centro de millones. En consecuencia, no se incluye en la representación tanto la figura completa como solo la cabeza, cuyo dibujo permite una concentración mucho mayor en lo que es esencial para nosotros. La frente, la nariz, los ojos, la boca, la barbilla se convierten en portadores de una voluntad, de una dirección de pensamiento. El pasaje de lo estático a lo dinámico también es reconocible aquí. En este punto, el arte occidental-nórdico se separa del ideal griego.

Schiller escribió otrora al contemplar la Juno de Ludovisi:

«Para decirlo francamente, el hombre sólo juega donde es hombre en el pleno sentido de la palabra y solo es plenamente hombre donde juega...»

«Ya tiempo atrás esta frase vivió y actuó en el arte y en el sentimiento de los griegos, de sus espíritus más excelsos... Tanto la compulsión material de las leyes de la naturaleza como la compulsión espiritual de las leyes morales se perdieron en su concepto superior de necesidad, que abarcaba ambos mundos simultáneamente, y de la unidad de aquellas dos necesidades les surgió recién la verdadera libertad. Inspirados por este espíritu, borraron de los rasgos de su ideal, al mismo tiempo que la inclinación, todo rastro de la voluntad... La forma descansa en sí misma, una creación completamente cerrada y como si estuviera más allá del espacio sin ceder, sin resistencia».

La belleza condicionada por la especie como estática exterior de la raza nórdica, eso es el helenismo, la belleza propia de la especie como dinámica interior, eso es el Occidente nórdico. El rostro de Pericles y la cabeza de Federico el Grande son dos símbolos de la amplitud de un alma racial y de un ideal de belleza racialmente idéntico.

Es vergonzoso y, sin embargo, un hecho que, aunque existen innumerables «estéticas», el requisito indispensable de la estética en general: la representación del desarrollo de los ideales raciales de belleza, no se ha escrito hasta hoy[122]. Los profanos, los estudiosos del arte, incluso los propios

[122] Hasta ahora sólo se pueden encontrar aproximaciones a esto en la *Rassenkunde* (Estudios raciales), de Günther y en Schultze-Naumburg: *Kunst und Rasse* (Arte y Raza).

artistas, recorren las galerías con los ojos cerrados, leyendo poemas europeos y chinos sin ver la verdadera esencia y la verdadera ley del diseño. No obstante, y sin reconocimiento, el alma nórdica conformadora se impone prácticamente sobre ellos. Basta con echar un vistazo a una de las obras más venerables de la pintura europea: el tríptico de Eyck con los niños cantores[123]. Los Eyck repitieron una y otra vez la misma imagen ideal del ser humano nórdico, técnica y artísticamente no del todo a la altura de los posteriores, pero con un sentido interior de la forma igual a cualquiera de ellos. La cabeza juvenil del ala izquierda (del espectador), al destacarse de perfil del fondo, es de la más pura belleza racial y encuentra su contrapartida masculina en el rostro de Dios en la parte superior central. Las cabezas de los Eyck del Museo de Berlín respiran un espíritu similar. Y para profundizar: el Dios por el que Miguel Ángel despierta a Adán muestra el mismo tipo que la cabeza de Dios en la obra de van Eyck, ciertamente sin que Miguel Ángel tuviera ni siquiera un indicio de la existencia de la creación de Eyck. La misma cabeza, sin embargo, aparece (aunque modificada por la tensión anímica) en la figura de Moisés estremeciéndose de ira. Tanto el holandés como el italiano solo pudieron representar la poderosa majestuosidad de forma típica. Ni Jan van Eyck ni Miguel Ángel podían personificar su ideal de grandeza, fuerza y dignidad a través de un semblante racial judío. Basta con imaginar un rostro de nariz torcida, labio colgante, ojos negros punzantes y pelo lanoso para sentir de inmediato la imposibilidad plástica de encarnar al Dios europeo a través de una cabeza judía (y menos aún a través de una «figura» judía). Este reconocimiento por sí solo debería ser suficiente para rechazar completamente la concepción interna de Dios por parte del judaísmo, que forma su esencia con el exterior judío. Pero aquí nuestra alma ha sido contaminada por los judíos; los medios para este fin fueron la Biblia y la Iglesia de Roma. Con su ayuda, el demonio del desierto se convirtió en el «Dios» de Europa. Los que no lo querían eran quemados o envenenados. El hombre occidental sólo se salvó a sí mismo a través del arte y creó su divinidad en pintura y piedra, a pesar de la trágica lucha que costó realizar su belleza interior en colores y mármol y poner toda esta riqueza al servicio de un espíritu que ni una sola mano de artista europeo pudo encontrar los

[123] El «Políptico de Gante», de los hermanos Hubert y Jan van Eyck.

medios para encarnar como dios, de hecho, sólo como belleza. Miren ahora las Sibilas de Miguel Ángel, su Jeremías, sus Esclavos, su Niño de San Petersburgo, su Lorenzo, y encontrarán siempre un cierto tipo de confesión anímica-racial.

Casi el mismo ideal de belleza guio a Tiziano durante toda su vida. El «Amor sacro y amor profano», su Venus (Berlín) nos dio un tipo de mujer como las mujeres del frontón del Partenón, como las mujeres que una vez cruzaron los Alpes con los conquistadores germánicos. La Flora de Tiziano, su «Sagrada Familia» (Múnich) repiten el mismo lenguaje, mientras Giorgione, igualmente veneciano, creó en sus Venus una obra sencillamente clásica de la belleza femenina nórdica, y Palma Vecchio, nuevamente un veneciano, no encontraba placer en ninguna otra cosa que no fueran mujeres altas, rubias, de ojos azules (p. ej.; sus Tres Hermanas en Dresde). Este ideal de belleza estaba impuesto de tal modo que las mujeres morenas hasta se hacían decolorar su cabello para aparecer bellas, es decir, rubias.

Y otro gran italiano nórdico más debe ser recordado aquí: Dante. También su ideal de belleza está determinado germánicamente, y quizás no haya en ningún lado una expresión tan directa como en sus cánones de piedra:

¡Ay! ¿por qué no clama ella
por mí, como yo en ardiente abismo por ella?
Yo gritaría en seguida: «¡En tu ayuda vengo!»
Y el mayor placer me causaría, pues con la derecha
agarro las ***rubias trenzas****,*
que Cupido hizo rizadas y ***doradas****, para mofarse de mí,*
¡y luego me entregaría al placer!
.....
Habría agarrado los ***mechones rubios*** *así,*
que son el azote y flagelo de mi corazón...

Y cuando Dante se encuentra con el rey Manfred en el Purgatorio (3er canto), escribe:

Me giré y le miré directamente a la cara.
Era ***rubio, apuesto y de noble*** *apariencia...*

Desde aquí hay un solo paso hasta Rubens. Cierto es que exagera lo carnal, pero la estructura de sus mujeres está determinada completamente por el tipo racial nórdico, el que —en forma semejante como antaño en Grecia— se contrapone al Fauno enano, de cuello de toro, de cabeza ancha y redonda.

Rembrandt era un buen estudioso de la Biblia (más correctamente, habrá leído poco de la Biblia, pero sí el libro popular holandés *Trouringh* de Jacob Cats, ya que seguía sus descripciones en casi todas partes), y se creyó obligado a pintar muchas cabezas judías para representar las historias bíblicas «correctamente». Al José sorprendido lo describe, pues, también como hablando con las manos al protestar su «inocencia» ante el marido de la mujer atacada, Potifar (Berlín), pero en cuanto Rembrandt se ocupa de asuntos serios, tiene que abandonar el gueto de Ámsterdam. El padre del «Hijo Pródigo» (San Petersburgo) está desprovisto de todos los atributos judíos: una elevada figura nórdica de anciano, con manos espirituales, bondadosas. La regularidad de los artistas nórdico-italianos era extraña a Rembrandt; no buscaba tanto la línea como la atmósfera, las sinfonías tonales de color, el misticismo. Sin embargo, su Cristo en Emaús (París) está concebido tan nórdicamente como los retratos de su madre (San Petersburgo), y la espléndida figura de Dánae (San Petersburgo) demuestra que Rembrandt no podía representar la belleza real de otra manera que la que el alma de Giorgione tenía en mente. Uno de los cuadros más delicados de Rembrandt se llama la «Novia judía», y se impone directamente constatar aun aquí toda ausencia de «belleza» judía, sustituido por un sentimiento nórdico robusto, pero delicado.

También los personajes de Rafael no son sólo «figuras varoniles, bellas y poderosas», como nos han asegurado hasta la saciedad nuestros filósofos del arte, sino que son encarnaciones de la misma alma racial nórdica que también habla desde el autorretrato juvenil de Rafael. Un fino observador ha declarado acertadamente que el niño Jesús de la Madona Sixtina es, en cuanto a mirada y postura, «francamente heroico» (Wölfflin). Esto está bien expresado, salvo que falta la justificación esencial de por qué la supuesta familia judía parece heroica. Aquí no solamente son decisivos la composición y la distribución de colores, tampoco la «dedicación» y «determinación» sino, como precondición para el éxito de una voluntad de dar forma, nuevamente

el ideal racial de belleza. Ver en lugar del niño Jesús de pelo rubio y piel clara a un niño judío de pelo negro y lanoso y piel morena sería una imposibilidad, como una «madre de Dios» o un santo similar, aunque éste llevara el «rostro noble» de un Offenbach o un Disraeli. El medio de nuestra exteriorización anímica ha sido, por ende, siempre el ideal racial-nórdico de belleza; la posibilidad de expresarse aquí es lo que ha dado vida a las llamadas Iglesias «cristianas» en primer lugar. Eso sí, aquí también se ha realizado todo lo grande contra la vieja esencia bíblica. Una observancia del viejo espíritu bíblico mediante la personificación plástica hubiera despertado únicamente repugnancia y risa despectiva... Tan hermosas como las mujeres de Rafael son las figuras poéticas de Botticelli, la Madona de Holbein en Darmstadt...

Se pueden seguir estos indicios a través de todo el arte occidental. Ciertamente, a menudo mezclado con otros tipos (occidental-mediterráneo, oriental-alpino y dinárico), la belleza racial nórdica aparece una y otra vez como un gran ideal dominante y estrella guía. Apenas uno de cada mil de los vivos se forma enteramente según este ideal; la apariencia de muchos (fenotipo) no suele coincidir con la imagen hereditaria (genotipo), pero el anhelo que creó y formó siempre buscó la misma dirección. Obsérvese la cabeza de Leonardo, el autorretrato de Tintoretto (París), el autorretrato de juventud de Durero..., es la misma alma que desde ellos nos mira.

El siglo 19, como en todas las cosas, muestra una cierta interrupción, ya que otros problemas (el paisaje, etc.) pasaron a primer plano. En Alemania, Uhde y Gebhard intentaron un arranque en el sentido de la realización de belleza nórdica, pero quedaron atascados en la anécdota, les faltó el impulso del genio y un entorno entregado a una búsqueda similar. Marees se esforzó en apoyarse sobre la forma griega y agonizó sobre la «belleza» toda su vida; se derrumbó (por cierto, era mitad judío). Feuerbach peregrino al sur, se volvió frío y formal, a pesar de los temas trágicos...

La ciudad cosmopolita comenzó su labor destructora de razas. Los cafés nocturnos del hombre del asfalto llegaron a ser talleres, la dialéctica bastarda teórica llegó a ser la oración acompañante de siempre nuevas «tendencias». El caos racial de alemanes y judíos, las criaturas de la calle alienadas de la naturaleza iban por ahí. El resultado fue el «arte» mestizo.

Vicent van Gogh, un hombre lleno de anhelos, pero quebrado, se trasladó a las afueras para pintar. Quería volver a su tierra: la «figura del campesino trabajando» era lo realmente moderno, el «corazón del arte moderno, lo que no hicieron ni el Renacimiento ni la escuela holandesa ni los griegos». Agonizó sobre este ideal y confesó: si hubiera tenido la fuerza antes, habría pintado «figuras sagradas»; se habrían convertido en personas como los primeros cristianos. «Más tarde» quiso a pesar de todo retomar aun la lucha. Hoy, perecería con estos pensamientos. «Sólo pinta, no pienses, pinta lo que sea, col, lechuga, para calmarte...». Y Vincent pintó manzanos, coles y piedras del camino. Hasta que se volvió loco.

Gauguin buscó un ideal de belleza en los mares del sur. Dibujó la raza de sus amigas negras, la naturaleza melancólica, las hojas y los mares ricamente coloreados. Él también estaba podrido y desgarrado por dentro, como todos aquellos que rastreaban el mundo buscando una belleza perdida, se llamaran Böcklin, Feuerbach, van Gogh o Gauguin. Hasta que esta generación también se cansó de esta búsqueda y se entregó al caos.

En su día, Picasso copió con sumo cuidado a los viejos maestros, pintó cuadros de gran fuerza (uno de ellos cuelga en Schtschukin, en Moscú) y, finalmente, recomendó al público sin rumbo sus ilustraciones teóricas en cuadros claroscuros. Los parásitos periodísticos se apoderaron con avidez de esta nueva sensación y se entusiasmaron con una nueva época del arte. Pero lo que Picasso seguía ocultando tímidamente detrás de las piezas de arte geométrico salió a la luz abiertamente y con descaro después de la guerra mundial: el mestizaje se arrogó el derecho de poder presentar sus engendros bastardos, producidos por sífilis espiritual e infantilismo artístico, como «expresión del alma». Observe con atención los «autorretratos» de un Kokoschka, por ejemplo, para comprender a medias el horrible interior a la vista de este arte idiota... En una novela, Hanns Heinz Ewers habla de un niño de predisposición tan antinatural que hallaba un placer especial en enfermos de elefantiasis. Nuestra «intelectualidad europea» se encuentra hoy en el mismo estado, adorando a los Kokoschkas, Chagalls, Pechsteins, etc., a través de plumas judías como los líderes de la pintura del futuro. Allí donde la forma se aventura más allá, también lleva los rasgos mestizos-judíos, como en el caso de Schwalbach, que ya se atreve a representar a Jesús con los pies planos y las piernas arqueadas. Una cierta robustez muestra Lovis Corinth,

pero también este carnicero del pincel se desintegró en la bastardización de colores arcillosos del Berlín devenido sirio.

El impresionismo, originalmente apoyado por fuertes talentos pictóricos, se había convertido en el grito de guerra del intelectualismo descompuesto. La visión atomista del mundo atomizaba también el color; las ciencias naturales chatamente intelectuales encontraron su precipitador en los prácticos y teóricos del impresionismo. El mundo desprovisto de mitos se creó también un arte sensual desprovisto de mitos. Las personas que en su interior querían abandonar este páramo se derrumbaron. Van Gogh es un ejemplo trágico del anhelo insatisfecho que termina en la locura. Gauguin es otro símbolo de las tentativas para liberarse del intelectualismo. Solo los Paul Signac pincelaban sin inhibiciones, pegando sin pensar sus trozos de color uno al lado del otro.

Estos hombres estaban indefensos en su presente. Sus combatientes igualmente despistados de espaldas al futuro. El destino homérico prometido a Böcklin[124] ya está decidido. Colgar la Isla de los Muertos en la pared hoy en día se ha convertido en una imposibilidad interior. El juego de las ninfas en las olas nos impone un tema que sencillamente ya no podemos soportar. Las mujeres con túnica azul griega bajo los álamos junto al río oscuro; la flora que se pasea por el campo; el arpista sobre la tierra verde, son cosas que significan para nosotros el absurdo artístico y que siempre falsean la fuerte originalidad de Böcklin, que irrumpe eternamente en otras obras. Pero una generación de eclécticos que, hastiados por la atomística del siglo 19, tenía la mirada fija en el 16, sintió a Böcklin precisamente en sus debilidades como custodio de la fantasía alemana. Los esfuerzos por preservar este lado de su naturaleza han sido conmovedoramente fieles. Pero la fuerte fantasía en la mayor medida no había dominado la vida, sino galvanizado sombras de la antigüedad –aun cuando con intensa fuerza–, y se había apropiado indebidamente de los medios de representación. Böcklin es más fuerte cuando prescinde de las alegorías. Hoy en día, pensamos en muchos intentos clasicistas con la misma melancólica incomprensión que en Jakob Burckhardt, que con toda seriedad hizo observaciones artísticas con motivo de las imitaciones de edificios renacentistas de la época. Los hombres que se

[124] Arnold Böcklin (1827-1901), pintor suizo.

rodearon de muebles y cuadros de la «gran época», que representaban de un modo encantador el «nacimiento del ser humano moderno» en la cultura del Renacimiento, ya no tenían un gran impulso real para la necesidad de un nuevo nacimiento del hombre lejos del siglo 19. Y si llegaban a vislumbrar esta necesidad, temían la confrontación positiva con el espíritu impresionista de la época. Se apartaron de la vida y practicaron su talento en el objeto inútil.

Toda la tragedia de una época sin mitos se hace patente también en las décadas siguientes. Ya no se quería el intelectualismo, se empezó a odiar las interminables descomposiciones de los colores, se despreciaba el color marrón de las galerías y las copias de Tiziano. Con justo sentir se buscaba liberación, expresión y fuerza. Y la consecuencia de esta fuerte tensión fue el engendro irrisorio del expresionismo. Toda una generación clamaba por expresarse y ya no tenía nada que expresar. Clamaba por belleza y no tenía ya ideal de belleza alguno. Quiso intervenir en la vida con nuevas creaciones y había perdido toda fuerza genuina de plasmación. Así, la expresión se convirtió en manera; así, en lugar de engendrar una nueva fuerza formadora de estilo, se continuó con la atomización. Sin sostén interior, se devoraba el «arte primitivo», no tenía límites el elogio del Japón y de China, se empezaba con toda seriedad a atribuir el arte europeo-nórdico al Asia. (Burger)[125].

Potentes fuerzas como Cézanne y Hodler fracasan en su lucha por un nuevo estilo, a pesar de todos los intentos de sus seguidores por aferrarse a ellos como abanderados de una nueva voluntad, y a pesar de todos los esfuerzos filosófico-literarios de proveer de muletas intelectuales este anhelo.

Así alternaba una mística de taberna de segunda con el cerebrismo, el cubismo y con el caos lineal, hasta que también se estuvo harto de todo esto y hoy vuelve a intentarlo –infructuosamente– con la «nueva objetividad».

La esencia de todo este desarrollo caótico reside, entre otras cosas, en la pérdida de ese ideal de belleza que, en tantas formas y disfraces, había sido

[125] Léase p. ej., el siguiente galimatías del muy alabado esteta: «El cosmopolitismo y el internacionalismo son sustituidos por la idea de un universalismo que busca la naturaleza y la comunidad de amor de lo espiritual en el organismo del cosmos. Europa se descubrió a sí misma, la estrechez de su espíritu cultural y la madre de la civilización, y se encontró con la raíz asiática de su cultura». *Einführung in die moderne Kunst* (Introducción al Arte moderno), p. 38.

el fundamento de apoyo de toda la creación artística europea. La doctrina democrática corruptora de razas, la ciudad cosmopolita destructora del pueblo, unida a la actividad sistemática desintegradora judía. El resultado fue que no solamente se quebraron visiones del mundo e ideas estatales, sino también el arte del Occidente nórdico.

Aquí hemos llegado a uno de los criterios más profundos de cualquier consideración del arte, que, sin embargo, siempre se ha pasado por alto, es más, apenas se ha adivinado, por todos los estetas propiamente dichos.

La estética se ocupa, entre otras cosas, de los juicios de gusto, es decir, exige que una obra de arte no guste sólo a una persona, sino que encuentre un reconocimiento «general». La búsqueda de esta ley «general» del gusto lleva décadas calentando las mentes. En el proceso, se ha ignorado una condición previa de toda polémica: ¡una obra de arte sólo puede ser «agradable» si se mueve en el marco de un ideal de belleza orgánicamente definido! Kant definió: «La belleza es la forma de la finalidad de un objeto, en la medida en que se percibe sin la idea de una finalidad en él»[126]. Aquí Kant había pronunciado una palabra profunda, de la que, sin embargo, sólo sacó la conclusión de que hay que asumir un «sentido común estético»[127], que es generalmente indirecto, y que descansa en un modo puramente humano de las facultades cognoscitivas, es decir, en el estado de ánimo. Con ello Kant torció la búsqueda en el punto crítico hacia una dirección nefasta. La belleza de la Venus de Giorgione tiene un efecto inconscientemente intencionado en nosotros; pero también lo tiene cualquier otra belleza genuinamente racial, es decir, orgánica-anímicamente condicionada. A partir de la primera idea de Kant, la conclusión para nosotros hoy es: la pretensión de «validez universal» de un juicio de gusto se desprende sólo de un ideal racial-nacional de belleza y se extiende también sólo a aquellos círculos que, consciente o inconscientemente, llevan la misma idea de belleza en sus corazones.

Con esta realización fundamental, se han eliminado de forma definitiva todas las estéticas «universales» anteriores, y se ha despejado el camino que conduce a la visión anímico-orgánica del mundo frente a la visión abstracta-

---

[126] *Crítica del Juicio,* artículo 17.
[127] l. c. art. 20.

universalista o atomista-individualista del arte. Sin embargo, esta toma de conciencia exige otras ideas importantes.

3.

BAJO LA SOMBRA DE GRECIA

En el esfuerzo por separar el objeto estético de todos los elementos extra-estéticos, siempre se ha separado el contenido de la forma. Con plena razón, para prevenir la eterna mezcolanza, acaso, de sermones de moral y estética. Sin embargo, esta separación metodológicamente necesaria ha olvidado destacar lo más importante: que en el caso del arte nórdico-occidental no se trata sólo de un problema de contenido, sino también de un problema de forma. Para nosotros, la elección o eliminación de ciertos elementos de contenido es ya un proceso formativo, completamente artístico. Pero como esto fue olvidado en vista de la glorificación unilateral del arte griego —que también está malinterpretado—, se ha dejado de lado un componente esencial del arte occidental y no debería sorprendernos que el burgués haga luego un «arte moral» de lo que se ha dejado de hacer.

Este resultado se produjo porque los estetas alemanes, que miraban fijamente la escultura helénica, declararon que la estética sólo tenía que ver con la belleza, es decir, con el estado de fácil liberación de la coacción moral, la presión mecánica y la tensión mental. Esta belleza de Grecia, sin embargo, era quizá el elemento estático de la vida helénica. Se puede discutir si la arquitectura, la escultura, la epopeya o la tragedia es lo más grande que nos ha dejado la Hélade, pero no cabe duda de que la plástica interior y exterior era el principio y el fin de toda actividad artística griega. Hasta en la tragedia de Sófocles queda conservada esta estática plástica, hasta en el horror de las obras de Eurípides el destino se presenta menos como condición y desarrollo interiores que como interrelación de condiciones incomprensibles y de acontecimientos destructivos exteriores. La belleza griega es, por tanto, siempre un ser estático, no dinámico. Pero buscar esta misma belleza en el arte del Occidente y admitir a ella sola en el círculo de las reflexiones

estéticas, fue un pecado contra el espíritu de Europa: porque nuestro arte fue desde el primer comienzo, a pesar del ideal de belleza semejante, dirigido no hacia la belleza plásticamente en reposo, sino hacia el movimiento anímico; esto quiere decir, no es el estado exterior el que se hizo forma, sino el valor anímico en su lucha con otros valores o fuerzas opuestas. Al elegir un contenido que impulsa la obra de arte y determina necesariamente su forma, el arte nórdico está significativamente más en sintonía con la personalidad, su transfiguración, fortalecimiento y afirmación que el arte helénico. La obra de arte más elevada en Occidente no es, por tanto, una obra «bella», sino una obra que impregna el exterior de fuerza anímica, que lo eleva por encima de sí mismo desde el interior. El poder del impulso interior es el momento que no pertenece a la estética griega, sino que debe incluirse necesariamente en la estética sobre el occidente nórdico como un problema de forma, igualmente sin un sabor puramente intelectual o moral.

Como en muchos casos, aquí también Schiller, por su instinto y en contra de sus prejuicios helenísticos adquiridos, vio correctamente, pero no fue capaz de sacar las conclusiones. Escribió: «Cuánta atención prestamos en los juicios estéticos al poder más que a su dirección, cuánto más en la libertad que en la regularidad, es ya suficientemente evidente por el hecho de que preferimos ver la potencia y la libertad expresadas a expensas de la regularidad, que la regularidad observada a expensas de la potencia y la libertad. El juicio estético contiene más verdad en esto de lo que se suele creer. Evidentemente, los vicios, que atestiguan la fuerza de la voluntad, anuncian una mayor disposición a la verdadera libertad moral que las virtudes, que se apoyan en la inclinación, porque al malhechor consecuente no le cuesta más que una sola victoria sobre sí mismo convertir en bien toda la consistencia y firmeza de voluntad que prodiga en el mal».

Estas palabras anuncian ya abiertamente un aspecto de la explicación del por qué acaso figuras como Ricardo III y Yago pueden tener sobre nosotros un efecto estético. Ellos actúan tal como son, por imperio de una ley interior que les es inmanente, sin que en esto estemos tentados de emitir juicios moralizadores. Es en parte su fuerza vital lo que nos reconcilia con todo. Pero esto no fue así recién desde Shakespeare, sino que se encuentra ya al comienzo del arte alemán. El Cantar de los Nibelungos es tal vez la más poderosa creación artística occidental volitiva, y de hecho es aquí mismo el

más alto valor de la propia raza nórdica que se convierte en problema, impulsa a las almas y recibe hasta en el traidor de máxima talla su realización artísticamente perfecta.

Yo sé que en contra de la comparación de la Epopeya de los Nibelungos con la Ilíada se objetará que en vista del desarrollo histórico del pueblo griego y del alemán ellas no son «contemporáneas». Sin embargo, la comparación es posible si se siguen las leyes internas de la forma, que siempre han sido las mismas. Si se considera que el Cantar de los Nibelungos es lo suficientemente grande como para compararlo con la Ilíada como una contraparte artística diferente pero equivalente, también estamos en desacuerdo con Goethe, quien afirmó que no se debe disminuir el disfrute de la epopeya alemana comparándola con la griega: se trae de Homero «un estándar demasiado grande».

Cierto es que la Ilíada y el Cantar de los Nibelungos han sido comparados entre sí con bastante frecuencia, y tras largas consideraciones por parte de los germanistas y tras la opinión rápidamente formada de nuestros helenistas, el resultado de tales comparaciones ha sido siempre que la Ilíada está muy por encima del poema alemán en términos artísticos, pero que éste pone ante nuestra vista caracteres más formidables.

Hoy en día hay que renunciar a estos puntos de vista, que nacieron de la presuposición de la validez universal de los preceptos artísticos griegos. Porque reconocer que una obra de arte presenta personalidades fuertes es reconocer una fuerza creativa de igual valor que la creó. Es de una clase distinta a la helénica, pero es igual a ella en términos artísticos.

Si nos imaginamos la riqueza y la vívida plástica de la Ilíada (las múltiples maneras, p. ej., en que Agamenón incitaba a los comandantes de su ejército a la batalla, y las siempre novedosas descripciones de las batallas individuales), el cantar heroico alemán no saldrá airoso en el cotejo. La técnica es no pocas veces torpe, las descripciones se repiten aquí y allá (evidentemente debido a posteriores adaptaciones por parte de juglares) sin estar formalmente pulidas. Pero, en cambio, los Nibelungos llevan una vida mucho más viva en su interior, sus acciones fluyen de la voluntad de poderes y de conflictos interiores, se desarrollan según una determinada postura anímica. El entrelazamiento de las acciones nacidas de la vida interior personal crea el contraste trágico que conduce a la catástrofe.

Desde el principio, por supuesto, hay que formular protesta contra la malinterpretación de querer disminuir a Homero como creador. Él dio forma al mundo de los dioses para el pueblo griego, y este mundo ha proporcionado la forma para los artistas visuales durante siglos. Pero el enfoque artístico de Homero era distinto de lo que corresponde a nuestra esencia. Sus figuras se mueven en la esfera media de lo humano, no se hunden en misteriosos precipicios anímicos, no muestran ansia alguna hacia las más altas alturas, las acciones no surgen como consecuencias de una férrea necesidad interna, no aparecen como expresiones de potencias volitivas demoníacas o divinas del ser humano mismo, sino que son el resultado de influencias externas.

Se podría rebatir esta observación diciendo que son precisamente las características menos grandiosas las que resultan mucho más difíciles de plasmar artísticamente que los arrebatos extraordinarios de la mente humana. Pero, por supuesto, esa no es la cuestión aquí.

Cuando después de una lucha de diez años Troya finalmente cae, la causa de esta lucha entre pueblos también se libera: Helena entra al círculo de los combatientes. Homero no describe su belleza, pero sí la impresión que causaba en todos los que la rodeaban. Los guerreros, que habían perdido amigos y hermanos y sufrido mil penurias, pensaron que merecía la pena haber derramado ríos de sangre por esta mujer, por esta belleza. ¡Eso es ser griego! Si Helena era interiormente digna de ser colocada de esta manera en el punto central de un drama de pueblos es irrelevante. Hasta es probable que la muchacha se haya encontrado junto a Paris tan a gusto como en el lecho del rey de Esparta. En todo caso, ni un solo lamento por su suerte se encuentra en parte alguna.

Una amante hermosa es la causa de una lucha entre pueblos y se la considera suficientemente grande para ello. Puede que en la historia se hayan producido cosas similares cien veces: pero si un poeta construye este hecho como base de una obra poderosa, ya demuestra en la selección del contenido que ha creado una característica de la forma que es muy diferente de nuestra naturaleza. El demonismo motor interior falta o es puesto de lado deliberadamente; la forma, la belleza, ocupa su lugar.

Al igual que la pequeñez y el aislamiento de la polis griega permitían al ciudadano común tener una visión clara de las circunstancias que

determinaban su vida, y no desequilibraban diariamente su capacidad de juicio con las exigencias que se le planteaban, también el espíritu griego en el arte se muestra capaz de una clara delimitación. Habla en esta certeza artística de propósito tanto de Iktinos y Kallikrates como de Fidias y Homero y Patón. Nada queda sin un esquema claro en su obra, muy poco queda sin decir, pero todo se plasma –si se puede decir así– en una forma concentrada y una objetividad clarificada y transfiguradora.

Una vez conseguido esto de forma totalmente satisfactoria, el griego no se cansa de variar en múltiples formas el tema básico hallado, una peculiaridad que Goethe elogió con admiración a Eckermann en varias ocasiones.

No hay nada más magnífico que la forma en que Homero eleva la naturaleza a una forma de arte. No nos encontramos con largas descripciones de la naturaleza, sino con un contenido atmosférico del material en cuestión, a menudo comprimido en una sola palabra. Esta forma maravillosamente concisa de Homero ha sido la magia con la que ha hechizado a siglos y milenios una y otra vez; gobierna toda su obra, vive en todos sus detalles. Tiene eterna juventud y omnipresente inmortalidad.

Su efecto tan particular reside en la fuerza creadora que le permite prescindir de descripciones de la naturaleza, humanizarla de inmediato, acercarla a nosotros mediante una alegoría de fuerte plasticidad al llevar a una impresión sus múltiples estados. A los aqueos mismos Homero siempre los caracteriza como «revestidos con bronce», Aquiles pasa a través de la obra como el «veloz corredor», Héctor se acerca como «el que agita el penacho del casco» a las puertas de Troya, Hera galantea a Zeus como la diosa de «enormes ojos». Las naves de los griegos son descritas exhaustivamente con sólo dos palabras: «Oscuras y cóncavas». Todo esto tiene el efecto del trazo de pincel de un gran pintor, quien con un movimiento capta sobre la tela color y línea de un ser. Esta es la forma en su más alta perfección, el alegre mensaje de los griegos. Cuando Goethe llama a su Heideröslein «bella como la mañana» (sólo utilizó esta forma una vez, pertenece sólo a las Heideröschen), se muestra aquí la misma ley artística que formó el aire espiritual de la vida de la Hélade.

El poeta germano eligió y dio forma a algo distinto. El contenido al que se le da forma no es la persona (belleza), sino la personalidad (desarrollo

volitivo). El acontecer exterior es sólo motivo para la expresión y la repercusión de un carácter (no la causa), o la encarnación directa de tendencias volitivas humanas internas. El honor y la lealtad en todos sus matices aparecen de inmediato al comienzo del arte nórdico como las fuerzas motoras. Gudrun es raptada al igual que Helena, pero ella no se rinde. Ella prefiere el servicio de una sirvienta a la vida en el deshonor, a pesar de que Hartmut, en su virilidad y caballerosidad, constituye un motivo mucho más fuerte y también artísticamente más fundado para la rendición que el lastimoso Paris. Pero sólo la belleza y, sobre todo, el orgullo y la lealtad de la hija del rey nos proporcionan el motivo artísticamente satisfactorio para que la sangrienta batalla se libre en el Wülpensand. La tragedia de los Nibelungos se basa precisamente en esta justificación interior, en el reconocimiento de los valores internos del carácter. Si Sigfrido hubiera sido como personalidad un hombre sin valor de la clase de Paris, para ninguno de nosotros el amor conyugal de Krimhilda sería comprensible, a ninguno le parecería probable esta demoníaca lealtad de mujer; ninguno de nosotros habría podido encontrar comprensible la traición no sólo de los hermanos sino de todos los borgoñones, suficientemente justificada tanto humana como artísticamente, si la figura de Sigfrido no hubiera sido retratada en la gloria eterna. Sigfrido puede ser representado como el dios moribundo de la primavera, como un dios de la luna o del sol (Siecke), pero en el momento en que aparece como personalidad en un poema, se convierte en un contenido al que hay que dar forma. Si el genio perfecto se ha encarnado en algún lugar, es aquí. Donde aparece Sigfrido, todos los corazones están con él; donde puede ayudar, se pone sin vacilar, desinteresadamente y con confianza al servicio de sus amigos elegidos. Debido al amor carga sobre sí –por la forma en que realiza con Gunther la conquista de la mano de Brunilda–, una culpa. Y a causa de esta culpa sucumbe.

Su antagonista, Hagen, es una mezcla de avaricia y lealtad incondicional, una figura cuyo contorno esquemáticamente gigantesco es la contrapartida artísticamente más fuerte del luminoso Sigfrido. Un tipo de valentía incondicional, que al final, gracias a su coherencia con la muerte, nos reconcilia con muchos de sus crímenes. El encuentro de Kriemhilden con Hagen y Volker en la corte de Etzel es una de las imágenes poéticas más

dramáticas que se puedan imaginar; la vigilia de los dos compañeros, la canción del juglar, son de una poesía varonil y gloriosa.

En la necesidad trágica con la que chocan las diferentes naturalezas volitivas, cómo la culpa y la expiación dan lugar a una nueva culpa, cómo el honor lucha contra el honor, la lealtad lucha contra la lealtad y se encarna en los personajes humanos de forma alegórica, tal y como aparece desde el principio, más grande que la vida, en el arte germánico.

Estas fuerzas, amorosas o combativas, son el material con el que ha surgido una gran síntesis poética, y es completamente ocioso discutir acerca de cuántas manos han trabajado en el Cantar de los Nibelungos, pues los numerosos cantos populares se han convertido en una sola obra.

Los últimos investigadores afirman que la figura de Rüdiger fue un ingrediente final (de un quinto poeta). Que así sea. Entonces este quinto era también un gran artista. Porque en toda la literatura mundial se buscará en vano una personalidad de tan sencilla grandeza interior como la que encarna el Margrave Rüdiger. Uno se ve obligado a reconocer la fuerza espiritual y el poder que existen en este nuevo personaje. Lo más importante es el juramento de lealtad a su reina, la promesa de su honor de hombre que debe triunfar sobre todas las demás fuerzas. Pero se ve enfrentado a viejos amigos, huéspedes que él mismo ha conducido al país y a los cuales ha asegurado protección, es más, hasta al prometido de su única hija. Entonces Rüdiger, en férrea consecuencia, toma conscientemente sobre sí la muerte, a pesar de que por la falta de defensa de Etzel y Krimhilda surge aún una fuerte tentación de quebrar su palabra de hombre. La idea del honor llega a ser la fuerza que impulsa todo su actuar. Piense, por ejemplo, en la figura de Aquiles, una de las personificaciones heroicas más brillantes de todos los tiempos, que, sin embargo, deja a todo su pueblo sin líder por un insulto personal, y después en el Margrave Rüdiger, que antes de su combate a muerte entrega su escudo a un adversario para enfrentarse a él totalmente armado, y apreciará el abismo que existe aquí entre la figura y el contenido, pero al mismo tiempo captará también la forma tan diferente que tiene la plasmación artística[128].

---

[128] Una contrapartida humana y artísticamente bella de Rüdiger y Gernot se encuentra en el 6° canto de la Ilíada. Allí, Glauco y Diomedes se reconocen como camaradas unidos por una amistad paternal y una antigua hospitalidad. Cambian sus armaduras en recuerdo de

Están operando en la obra dos almas populares de distinta especie, para transformar la naturaleza en arte. Una también permite hacer llorar y reír al hombre, amar, odiar y realizar hechos heroicos, pero no hace del interior la fuerza que todo lo mueve, deja de lado la personalidad como fenómeno que debe ser plasmado, dedica todo su amor al mundo exterior y se crea con la palabra y con el cincel una maravillosa arma para lograr la belleza; la otra se sumerge de inmediato en lo más profundo del ser humano y domina todas las fuerzas anímicas para formar un todo en su interior condicionado artísticamente, sin dar a la belleza formal el peso decisivo.

Incluso la obra más grande del hombre muestra un punto débil; así lo hace el Cantar de los Nibelungos. La relación de Sigfrido con Brunilda no se establece aquí tan completamente como en las antiguas tradiciones. Esta relación ha encontrado su interpretación definitiva en la Edda: la «Canción de la muerte de Sigfrido» es una de las mayores revelaciones de la naturaleza germánica, la canción del amor, la lealtad, el odio y la venganza.

Ya es hora de dejar de considerar a los cantantes de nuestra prehistoria como inofensivos y torpes hacedores de versos, como todavía tiende a ser el caso en el subconsciente de nuestros estetas góticos, a pesar de todo el reconocimiento condescendiente de los «grandes personajes» de sus cantos. Más bien tenemos que clasificarlos entre los más grandes artistas creativos. Los caracteres sólo pueden ser creados por un carácter; las personalidades vivas, es decir, las figuras que han permanecido como parábolas intemporales de nuestro ser a lo largo de los siglos, solo pueden ser el resultado del genio artístico y del poder de la forma.

Ningún héroe más noble se alzará jamás
bajo el sol de la Tierra que sólo tú, Sigfrido.

Entendemos a Goethe cuando dice: «Homero dibuja con una pureza que asusta» (una observación, por cierto, que desmiente otras confesiones de Goethe sobre la armonía) y también creemos apreciar el autocontrol artístico y la grandeza épica de Homero, pero también debemos confesar: nosotros

---

este antiguo vínculo y, en lugar de luchar entre ellos, hacen un trato para evitarse en el campo de batalla. Sin duda, una solución importante para el conflicto dado. ¡Qué diferentes son Hildebrand y Hadubrand!

también nos asustamos cuando pensamos en la enorme creación del Cantar de los Nibelungos, que es enorme sobre todo en términos artísticos. Si se ha reconocido a Homero como a uno de los más grandes artistas de todos los tiempos y pueblos, es el momento de poner a nuestros poetas en su justa medida y darse cuenta de que sus carencias y errores son de carácter técnico y formal-artístico, pero que su genio formativo no tiene parangón[129].

De este modo, ambas epopeyas se enfrentan como alegorías artísticas nacionales; la una se inclina, de acuerdo a su nacimiento interior, más bien hacia la forma clara, la otra, partiendo de la lucha anímica, evoluciona pugnando hacia la epopeya trágica. Homero domina el material, los poetas del Cantar de los Nibelungos –y los creadores de todas las canciones germánicas– el contenido. Debido a estas metas diferentes, condicionadas por el temperamento y la reflexión, se originan obras de arte que, igualmente grandes, no pueden ser medidas con el mismo patrón, y para las cuales se requiere por consiguiente una estética diferente, para valorar con justicia cada carácter específico. Así como uno no puede acercarse a Miguel Ángel con la misma vara de medir que Fidias, así tampoco, en vista de la epopeya helénica, a la alemana.

Los aspectos individuales se discutirán más adelante. Las consideraciones anteriores, sin embargo, conducen ahora a un tercer hecho, que no solo ha sido ignorado casi universalmente por los esteticistas, sino que ha sido negado rotundamente: la voluntad estética. La negación de esta voluntad es

---

[129] Hasta qué punto en todos los poemas germánicos la idea del honor se presenta como determinante del destino ya ha sido expuesto anteriormente. Pero en cuanto a la fuerza puramente artística, que, p. ej., en la Canción de Hildebrand todo lo impulsa y condiciona, ha escrito muy bellamente L. Wolff en *Die Helden der Völkerwanderungszeit* (Los Héroes de la Época de las Migraciones de Pueblos), p. 148.: «El sufrimiento, por lo demás la esencia de "nuestros" dramas, no es la meta del poema, sino solo el punto de partida. Cuanto más aplastante la fuerza oscura, tanto más grande se yergue ante ella el heroísmo. Sin saberlo, el hijo ataca al padre a quien cree muerto. Lo encomia por encima de todos los héroes e insulta al desconocido que tiene ante sí y que es precisamente este glorificado. Ensalza la lealtad y el coraje de Hildebrand y simultáneamente le enrostra perfidia y cobardía. Habla del espíritu combativo del viejo y éste debe dominarse durante largo tiempo para no castigar al hijo. Todo el poema está compuesto en forma extraordinariamente certera desde el punto de vista artístico, mediante contrastes del mayor dramatismo, y –como se guía por un valor– es orgánico como las leyes de la marea del mar».

quizá el capítulo más vergonzoso de la estética alemana. Hay miles de testimonios de la lucha de los artistas europeos por el contenido y la forma: pero los profesores de arte los han ignorado. Era una creencia obligatoria que el arte solo se ocupaba de los «sentimientos ilusorios», que flotaban como si no hubieran sido tocados por la vida como «belleza libre» por encima de las nubes de polvo de las habitaciones de los eruditos. La voluntad había sido confiscada para la moral y no se permitía que fuese sacada de la carpeta que llevaba ese rótulo...

4.

ESCRITURA: LA VOLUNTAD DESCARGADA

Richard Wagner escribió a Mathilde Wesendonck: «Usted sabe que personas como nosotros no ven ni a la derecha ni a la izquierda, ni hacia delante ni hacia atrás, el tiempo y el mundo nos son indiferentes, y solo una cosa nos determina, la necesidad de descargar nuestro propio interior». Balzac confesó en *Cousine Bette:* «El trabajo constante es la ley del arte como de la vida, pues el arte es creación idealizada. Los grandes artistas, los poetas perfectos, no esperan órdenes ni estímulos; dan a luz hoy, mañana, siempre. De ahí el hábito del trabajo, ese conocimiento constante de las dificultades, que lo mantiene en constante concubinato con la musa, con las fuerzas creadoras».

Tales confesiones no han llegado a los oídos de nuestros papas de la estética. Ya es hora de que se establezca por fin la existencia de la voluntad estética creativa en el artista y, por consiguiente, también en los «conocedores». En la toma de conciencia de la elección del contenido y en el anhelo de la descarga volitiva, el concepto nórdico-occidental de la belleza se revela, por así decirlo, desde dentro como su propia esencia, que ya no puede ser captada sólo por la biología, sino que sólo puede ser insinuada.

La esencia de la existencia humana es, corporal y anímicamente, una apropiación y un procesamiento constantemente renovados del material que penetra desde el exterior y de la experiencia interior. La voluntad de formar

y el espíritu toman posesión creativa del entorno y del mundo interior. Esta conformación es, por mucho que la cognición la co-determine, un acto de la voluntad, por mucho que esta voluntad conduzca al santo, al investigador, al pensador, al estadista o al artista. Toda forma es un acto, todo acto es esencialmente un testamento descargado. Nuestros investigadores de la psicología del arte se centran casi exclusivamente en cómo apreciamos y cómo contemplamos el arte. Creen que esta investigación es adecuada y está justificada, pero sabemos que debemos ir más allá de sus investigaciones si queremos descubrir la voluntad personal-racial artística. Antes de poder discutir las influencias sensoriales, emocionales e intelectuales de una obra de arte, hay que establecer claramente nuestro punto de partida.

La ley de la fuerza eternamente continua se aplica no sólo en la esfera física sino también en la anímica. Nos parece evidente que la voluntad heroica sigue vibrando y engendrando voluntad. Nuestros estudiosos son especialmente aficionados a descubrir la energía inicial de un fenómeno religioso o político. Se escriben gruesos volúmenes para conectar las estructuras de pensamiento de nuestro tiempo con ciertos pensadores del pasado. Esta actividad de los profesores de filosofía se considera a veces incluso la propia filosofía, tan importante parece. Los sistemas de estética también se investigan cuidadosamente y se registran. El arte y los artistas, sin embargo, han sido olvidados casi por completo; se ha labrado una estética especial para ellos, que ha dado la espalda al Occidente nórdico, mirando al sureste o a las nubes, para aplicar la medida de valor supuestamente descubierta allí también al arte europeo.

Pero, ¿qué fue lo que llevó a un Beethoven a correr por Viena bajo la tormenta y la intemperie, para detenerse de repente y, ajeno al mundo, marcar un ritmo con sus puños? ¿Qué fue lo que obligó a un Rembrandt, sumido en la pobreza, a despreciar todo lo externo y a permanecer ante el lienzo hasta que le fallaron las fuerzas? ¿Qué era lo que impulsaba a Leonardo a investigar los misterios de la figura humana? ¿Qué era lo que movía a Ulrich von Ensingen a idear sus planos de iglesias? Todo esto no era otra cosa que la encarnación de una voluntad artística (estética), una fuerza que, junto a lo heroico y lo moral, debe ser reconocida finalmente como un misterio primordial si queremos superar de una vez nuestra estética de profesor secundario. Sobre todo porque en ningún lugar se ha expresado tan

claramente la efervescencia de la voluntad en el arte como en el Occidente nórdico. El no haber hecho resaltar esto con toda claridad es uno de los mayores pecados de omisión del siglo 19.

En su interior, el griego participó en un acto de voluntad en la hora del nacimiento de su arte. Hay una leyenda griega que nos refiere acerca de un artista que amaba tan ardientemente su obra, que su amor transformó a la piedra muerta en vida palpitante. En este mito se establece el credo de una voluntad estética de carácter universal. También la tumultuosa pintura en el Partenón, la danza griega y la perdida música griega (de la que toman su nombre todas las demás «musas») habrán hecho más audible este murmullo de la voluntad antes de lo que hoy aparece. Sin embargo, en los helenos, tras el acto de creación voluntaria, se establece una contención espiritual de la forma, que se convirtió en característica del griego. Este autocontrol desencadenó un estado de ánimo «contemplativo» en el observador occidental, sobre el que luego construyó la estética en general.

El sentimiento estético significa un estado de gozo; el estado de ánimo estético, es decir, la contemplación sin deseo en la que el sujeto puro de la cognición se eleva hacia una objetividad pura. Así es la doctrina de la estética de Kant y Schopenhauer. Así escribieron después noventa y nueve de cien filósofos del arte. También este juicio se basó en la mencionada creencia forzada que ha condenado a toda nuestra estética a la esterilidad: la afirmación tan peculiar de que no existe una voluntad estética. Esta afirmación también reúne a rivales acérrimos en otros aspectos. Se ha pasado por alto el hecho de que hay una fuerza detrás de toda obra de arte, al igual que la hay detrás de una confesión religiosa. Por eso nuestra estética se basa en la percepción, en las ideas, en los conceptos, sólo en las disecciones del sentido de la belleza y no en el hecho de que toda creación artística se basa en una voluntad plasmadora, que se concentra en la obra y que se propone necesariamente despertar una potencia activa del alma, si no se quiere que todo el esfuerzo sea en vano.

En el campo del arte observamos un fenómeno paralelo a la evolución de la concepción religiosa. Un impulso anímico-racial crea obras de naturaleza genialmente desprejuiciada, se apodera de su entorno actual con una grandeza infantil, supera las viejas formas, cambia sus líneas de fuerza con prepotencia. Hasta que, con la extranjerización de la concepción del

mundo, forzada y mantenida por un poder político, se superponen también conceptos jurídicos ajenos a las costumbres que han crecido dentro del derecho, y junto a todo ello, también gana entrada una nueva «doctrina del arte». Cuando Wotan estaba en agonía y nuestra alma buscaba nuevas formas, se presentó Roma; cuando el gótico había concluido su línea vital, apareció el Derecho romano y los sacerdotes del arte humanista, quienes desde arriba trataron de estropearnos mediante el empleo de nuevas normas de valor. Con el redescubrimiento de Platón y Aristóteles, con los primeros descubrimientos de obras de arte helénicas, el espíritu nórdico, en una época de búsqueda, se apoderó del arte recién descubierto, pero con ellas también su falsificación romana tardía. Nadie discutirá que el antiguo ideal de belleza griego correspondió al nórdico, pues era preponderantemente sangre de su sangre; pero, de todos modos, esta belleza griega era un testimonio de una cultura particular, que en medio del desgarrado e individualista pueblo griego constituyó el lado estático del mismo, su mito formador de tipos. Pero la belleza exterior no ha sido nunca el valor supremo del ser occidental-nórdico, sino la voluntad plasmada, que se pone de manifiesto como honor y deber (Federico y Bismarck), como drama anímico (Beethoven, Shakespeare), como atmósfera condensada (Leonardo, Rembrandt). A esta voluntad artística rebosante de vigor le fue obsequiado en el siglo 15 una medida estética proveniente de un entorno completamente diferente. El Renacimiento muestra la lucha entre el instinto y la nueva idea en el campo artístico, al igual que la Reforma en el religioso. Tras el siglo 16 de vida en el norte de Italia y la contundencia del Barroco, el valor máximo supuestamente griego gana cada vez más terreno. Los resultados de la investigación de los restos griegos (gemas, jarrones, varias pinturas y retratos) se convierten en la base de una estética «universal», las formas griegas se valoran como «puramente humanas». Surge entonces la doctrina de la «contemplación sin voluntad», seguida de la negación de la voluntad estética. El mito griego de la armonía y la calma voluntaria eclipsó el instinto germánico, la carrera hacia la poderosa auto-confesión y también la descarga artística de la voluntad. La dicotomía continúa hasta hoy, y sólo tímidamente surgen nuevos puntos de vista de vez en cuando.

Aunque nuestra estética había extraído manifiestamente sus normas de la Hélade, creía con orgullo que sus rasgos básicos eran «puramente humanos»,

universalistas. Al igual que en la vida del Estado, también en el arte se asumieron dos tipos de vida cultural puramente profesoral: el individualismo y el universalismo, es decir, una dirección del alma que declaraba que el ego y sus intereses eran el punto de partida y de llegada del pensamiento y la acción, y otra que quería integrar este ego bajo las leyes de la «universalidad». Lo peligroso de esta aparentemente esclarecedora clasificación de tipos consistió en hacer que lo «universal» se evaporara en lo infinito. El universalismo aparentemente generoso condujo en su día a la «Iglesia mundial» internacional, al «Estado mundial», más tarde a la «Internacional» marxista y a la «humanidad» democrática de hoy. El universalismo como principio básico de la vida es tan estéril como el individualismo; de triunfar cualquiera de estas dos visiones del mundo, el final ha de ser necesariamente el caos. Por lo cual el individualismo suele envolverse en el manto universalista, queriendo aparecer como bueno y moral y que no entraña peligro. De un modo completamente diferente se presenta la cosa cuando tanto el individualismo como el universalismo son referidos conjuntamente a un centro distinto, condicionado orgánicamente. Para el ego, la raza y el pueblo son la precondición de su existencia, pero significan también simultáneamente la única posibilidad de su potenciación. Sin embargo, al mismo tiempo, lo «universal» coincide con la raza y el pueblo, por lo que encuentra aquí su límite orgánico. El individualismo y el universalismo encuentran en sí mismos líneas rectas hasta el infinito; en relación con la raza y el pueblo, fluyen rítmicamente hacia adelante y hacia atrás, al servicio de los mandamientos raciales, permitiendo la creación. Esta concepción dinámica general de la vida también debe encontrar su contrapartida en la contemplación del arte de Occidente.

En el arte, pues, hay tres prerrequisitos orgánicos de esta consideración en los que debe apoyarse en el futuro toda auténtica estética de Europa si quiere ser un eslabón de servicio en la vida del Occidente nórdico que despierta: el ideal nórdico-racial de la belleza, la dinámica interna del arte europeo, por consiguiente, el contenido como un problema de forma, y el reconocimiento de la voluntad estética.

Estas últimas afirmaciones nos llevan, necesariamente, a argumentar sobre las consecuencias de la actitud interior ante el problema del arte y con el concepto de voluntad de Schopenhauer, que se ha hecho popular. Hasta

que esto no se haya superado, no podrá hablarse de esclarecimiento –y no solamente en materia de arte– y la esencia del estado estético no podrá comprenderse ni instintiva ni conscientemente.

II. VOLUNTAD E INSTINTO

1.

En las palabras de Kant, que desgraciadamente se han vuelto tan triviales, de que el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral dentro de nosotros constituyen nuestra existencia sin estar en una relación de causa y efecto entre sí, está expresado, sin embargo, un profundo pronunciamiento por la contemplación polar del mundo y por el sentimiento dinámico de la vida. En realidad, tampoco ningún europeo genuino ha podido existir como creador fuera de esta condición de su vida, aunque en algunos de ellos el anhelo de la abolición de los opuestos, por el reposo, por la estática y el monismo ha sido enorme e intensa. Nada es más típico de este anhelo, pero nada prueba más claramente la imposibilidad del monismo para nosotros que el caso de Artur Schopenhauer, ese romántico que creyó poder dominar la sangrienta dinámica de su ser con la «veloz espada de la razón», y se quebró en ello. La explicación del mundo sólo en términos de voluntad le aleja del pensamiento indio, que él creyó poder interpretar como el propio, aunque el indio no sitúa la salvación en un acto de voluntad sino en un acto de conocimiento. Pero la forzada tentativa monista de Schopenhauer de la interpretación del mundo como voluntad y representación pone al descubierto un proceso cuyo conocimiento y valoración es fundamental para nuestra visión del mundo, pero no menos para la captación de la esencia de nuestro arte.

Objeto y sujeto constituyen correlaciones que no pueden ser desligadas entre sí. Este es el punto, la constatación de una polaridad, del que parte Schopenhauer. A partir de aquí se vuelve, por un lado, contra el idealismo, que considera la proposición de causalidad no como una idea propia del hombre, sino como una propiedad esencial de la cosa en sí, que produce el objeto, y por otro lado contra el materialismo dogmático, que se esfuerza por presentar la actividad de la representación por parte del sujeto como el resultado de las formas y efectos de la materia. Pues la cognición, que ha de

ser explicada, materialmente explicada, se presupone aquí desde el principio, y hemos «imaginado, en efecto, la materia con la cognición, pero de hecho no hemos pensado en otra cosa que en el sujeto que representa la materia, el ojo que la ve, la mano que la siente, el entendimiento que la conoce».

Es un error del materialismo partir de lo objetivo, dado que éste ya está condicionado por el sujeto y sus formas de percepción, por consiguiente, no es algo absoluto; con igual razón se podría interpretar a la materia como modificación de la cognición del sujeto; así, Schopenhauer se sitúa entre el realismo dogmático y el idealismo dogmático; no parte ni del sujeto ni del objeto solamente, sino de la «representación como primer acto de conciencia». Coincide con Kant en la doctrina de la idealidad del espacio, el tiempo y la causalidad, como puntos de vista puros, es decir, no empíricos, que hacen posible la experiencia en primer lugar, y todo su esfuerzo en el primer libro de su obra principal consiste precisamente en demostrarlo, en explicar que si se considera la materia como una cosa en sí misma y se intenta explicar el sujeto a partir de ella, el resultado es un materialismo plano; si, por el contrario, se considera el sujeto como un absoluto, surge el espiritualismo. Si dogmáticamente se separa objeto y sujeto, se tiene el dualismo. Si se afirma que ambos son uno y lo mismo, entonces resulta el espinosismo. Todos estos son puntos de vista dogmáticos, mientras que solo conocemos el objeto y el sujeto como dos correlatos, la objetividad y la representación del sujeto.

Poseemos dos intelectos: el entendimiento, la facultad de reconocer la conexión causal (que tenemos en común con los animales), y la razón, la facultad de abstracción (que nos es dada solo a nosotros). La función del entendimiento consiste en la formación de impresiones, la actividad de la razón en la formación de conceptos, de los cuales surge nuestro lenguaje, la ciencia y en general toda nuestra cultura. Esta razón es «de naturaleza femenina: sólo puede dar después de haber recibido». Esto expresa el dogma básico de la visión de Schopenhauer. La razón —una función del cerebro; el mundo resulta así un «fenómeno cerebral». El pensamiento, por su parte, es un proceso de emisión, similar a la formación de la secreción salival.

El trabajo de la razón consiste en crear conocimiento, es decir, juicios abstractos; «conocimiento significa: tener tales juicios en poder de la mente

para su reproducción arbitraria, que tienen su fundamento suficiente de conocimiento en algo aparte de ellos, es decir, son verídicos».

El objeto es, por consiguiente, representación, se nos aparece en las formas puras de percepción del tiempo, el espacio y la causalidad. Todo está en ellas y todo es a través de ellas. Con esto, la visión del mundo queda estrictamente cerrada y no parece quedar ningún resquicio para ascender o descender a un terreno primordial. Pero Schopenhauer encuentra aún «otro lado» del mundo. Nuestra razón, observando el pasado y el futuro, consciente de una muerte segura, debe plantearse la cuestión del dónde y el adónde del hombre, de la naturaleza del mundo y del Yo. Y Schopenhauer, que anteriormente aseguraba que todo el mundo sería «total e íntegramente» representación, rompe las barreras puestas por él mismo. «Pero lo que nos impulsa a investigar es precisamente que no nos basta con saber que tenemos representaciones, que son tales y tales, y que están conectadas según estas y aquellas leyes, cuya expresión general es siempre la ley de la razón. Queremos saber el significado de aquellas representaciones: preguntamos si este mundo no es nada más que representaciones, en cuyo caso debería pasar delante de nosotros como un sueño insustancial, indigno de nuestra atención, o si es otra cosa, algo más, ¡y qué entonces sería esto!». Hasta ahora nadie ha sido capaz de dar más que una respuesta puramente negativa a esto, una respuesta bastante abstracta, sin contenido y solo limitada. El Nus de Anaxágoras, el Atman de los indios, la Cosa en sí de Kant. Pero, Schopenhauer devela esta cosa en sí como el ser interior conocido por nosotros de la manera más «íntima», como la voluntad. A ella no puede llegarse partiendo de la representación, más bien constituye un ser completamente extraño a sus leyes y sus formas. La voluntad sólo puede ser conocida intuitivamente. El hombre miraría los movimientos y acciones de su cuerpo de la misma manera que miraría los cambios en otros objetos en términos de causa, estímulos y motivos. Sin embargo, sólo comprendería su influencia como la conexión de cualquier otro efecto que se le aparezca con su causa. Pero no es así, pues la palabra voluntad le da «la clave de su propia apariencia, le revela el sentido, le muestra el engranaje interior de su ser, de su hacer, de sus movimientos».

Al sujeto, pues, su cuerpo se le da de dos maneras: primero, como representación, como objeto entre los objetos, y sujeto a sus leyes; luego, de

otra manera, a través de «lo que es inmediatamente conocido por todos, que la palabra voluntad denota». «Todo acto de voluntad es al mismo tiempo un acto de movimiento de su cuerpo, no como si uno fuera causa, el otro efecto, sino que son uno y el mismo traído a la conciencia de diferentes maneras». «La acción del cuerpo no es otra cosa que lo objetivado, es decir, el acto de la voluntad que ingresó al campo de la percepción».

Yo no reconozco a la voluntad como algo íntegro y perfecto, sino solo en actos aislados en el tiempo; por consiguiente, no puedo representar la voluntad, ella está fuera del espacio y del tiempo. Siendo independiente de la representación, la voluntad no está sometida a la proposición de la causa, es a-causal; ella es en todos los fenómenos la misma esencia. Según Kant todo esto solo corresponde a la cosa en sí, por consiguiente, es la voluntad la cosa en sí. Como tal es libre, como fenómeno es dependiente, prefijado (determinado). La libertad, pues, queda atrás, por así decirlo, y nunca sale a la luz en la acción. De ello se desprende que nuestro carácter empírico, tal como se nos presenta en nuestras acciones, no es libre e inmutable, sino que representa la objetivación del inteligible libre; el carácter empírico se relaciona con el inteligible como la apariencia lo hace con la cosa en sí. La voluntad se objetiva más perfectamente, por así decirlo, en el punto focal, en el instinto sexual, en la voluntad incondicional de vida. Es un deseo y un esfuerzo eternos que, tras una breve satisfacción, siempre se ve impulsado de nuevo por el deseo y sigue este rasgo demoníaco del ser sin descanso ni reposo.

Pero no solamente en el hombre nos sale al encuentro esta voluntad como cosa en sí, sino más bien ella es en toda la naturaleza el momento impulsor que se halla detrás del fenómeno. Cierto es que ella se objetiva de la manera más perfecta en el ser humano, pero si vemos la poderosa e incontenible urgencia con que las aguas se apresuran hacia la profundidad, la constancia con la cual el imán se dirige siempre hacia el polo Norte, la violencia con la cual los polos de la electricidad se afanan por reunirse, y la que precisamente tal como la de los deseos y obstáculos humanos es acrecentada cuando vemos al cristal erguirse rápida y repentinamente, etc., por lo que no nos costará —según Schopenhauer— ningún esfuerzo de imaginación reconocer, incluso a gran distancia, nuestra propia esencia, aunque tenue y tácita, pero no por ello menos plausible, «así como la primera aurora comparte con los

rayos del pleno mediodía el nombre de luz solar»; ésta es la voluntad. De acuerdo con ello existen diversas gradaciones de objetivación de la voluntad, éstas son las ideas platónicas. Ellas son aquellos eslabones intermedios que son introducidos entre los dos mundos separados entre sí: representación y voluntad, y por tanto establecen la relación recíproca que de otra forma no puede ser entendida de ninguna manera, es decir, ¡una multiplicidad sin principio de multiplicidad! Como el peldaño más bajo se presentan las fuerzas generales de la naturaleza: gravedad, impenetrabilidad, rigidez, elasticidad, electricidad, magnetismo, etc. También ellas son, tal como nuestra propia voluntad, a-causales, y como ésta, únicamente sus manifestaciones aisladas están sometidas a la proposición de la causalidad. Ellas son «qualitas occulta». En una etapa superior de la objetivación de la voluntad, vemos que el individuo se vuelve cada vez más prominente en el hombre y en el animal, principalmente en este último, y es aquí donde se muestra la esencia del universo, que la lucha por su existencia manifiesta la voluntad.

La lucha general en la naturaleza es más visible en el mundo animal, «que tiene como alimento el mundo vegetal y en el que cada animal mismo se convierte en presa y alimento de otro, es decir, debe ceder la materia en la que se representa su idea por la representación de otra, en la que cada animal solo puede mantener su existencia a través de la constante anulación de otro; de modo que la voluntad de vida se carcome constantemente a sí misma... hasta que por fin la raza humana considere la naturaleza como un producto para su propio uso». Espantoso y sin sentido es este poder que, a través de tanta variedad y gasto de fuerza, astucia y actividad, sólo es capaz de ofrecer una efímera y fugaz sensación de felicidad en el apareamiento y la satisfacción del hambre como contrapartida; el esfuerzo y la recompensa son desproporcionados entre sí. En todas partes Schopenhauer ve «la miseria general, el trabajo inquieto, la presión constante, la lucha sin fin...», en el mejor de los casos el aburrimiento.

Únicamente una voluntad ciega pudo colocarse a sí misma en esta situación. En la naturaleza inorgánica toda lucha tiene lugar según la inmutable ley de causa y efecto. En el reino vegetal los movimientos siguen a los estímulos, es decir, las causas provocan acciones que no son iguales a las mismas; finalmente aparecen motivos y conocimientos como conductores

de nuestras acciones animales. Todo esto tiene lugar con sujeción a leyes, no hay lugar para la libertad de la razón y sus ideas, es un «órgano subordinado».

Cierto es que el conocimiento, tanto el perceptivo como el racional, surge de la voluntad en sus peldaños más elevados de la objetivación, ya que el ser humano necesariamente requiere otras capacidades que la naturaleza inorgánica, el mundo vegetal y animal; por consiguiente, aquel está originariamente puesto por completo al servicio de la voluntad, sin embargo, algunos seres humanos excepcionalmente grandes son capaces de escapar de este yugo. El conocimiento es entonces un mero «espejo claro del mundo».

De esta manera el mundo como representación, con todo, ¡se ha originado en la voluntad! A pesar de la inicial protesta de Schopenhauer de aseverar aquí un nexo causal, la causalidad, aunque encubierta, se presenta. De ello resulta como consecuencia lo siguiente: la razón es sólo reflexión, ella es una «potencia totalmente femenina»; está condicionada por el concepto necesariamente determinado por la percepción es, por consiguiente, a-creadora. No somos libres: pues nuestro accionar está determinado necesariamente por motivos, ya sean estos reales o imaginarios; el «carácter inteligible» que en cierto sentido actúa detrás de los seres humanos, que se halla fuera de la necesidad, aparece en la vida como congénito e inmutable, por lo tanto, está sujeto al principio de la causalidad.

Sin embargo, a partir de estos grilletes de la «voluntad» demoníaca, es precisamente esta razón amordazada la que, a través de un «excedente de inteligencia», es capaz de elevarse a la contemplación sin voluntad, como un «sujeto de cognición» puro para ver a través y superar el terrible poder de la voluntad, su falta de fundamento y su sinrazón como un «ojo puro del mundo». Esto sucede a través del genio del artista que, liberado de la voluntad, es ahora capaz de representar la naturaleza de forma pura y objetiva; pero sucede sobre todo en el fenómeno de la santidad, donde la razón logra transformar el olvido estético temporal en una contemplación permanente sin deseos, en ver a través de la ilusión del mundo y negar la voluntad de vivir.

El fin es la nada a la que el hombre mira después de todo su esfuerzo y agonía. «La nada permanece ante nosotros. Pero lo que resiste a esta fusión

en la nada, nuestra naturaleza, es sólo la voluntad de vivir, que nosotros mismos somos como es nuestro mundo... Pero si dirigimos la mirada desde nuestra propia escasez y autoconciencia hacia aquellos que superaron el mundo, en los que la voluntad, habiendo alcanzado el pleno conocimiento de sí misma, se encontró en todo y luego se negó libremente a sí misma, entonces en lugar de la transición constante del deseo al miedo, en lugar de la esperanza nunca satisfecha... esa paz que está por encima de toda razón, esa calma completa de la mente como la que representan Rafael y Correggio, sólo ha quedado el conocimiento, la voluntad ha desaparecido».

«Nosotros, empero, miramos entonces con profunda y dolorosa ansia sobre este estado, al lado del cual lo lamentable y desesperante de nuestro propio estado, por contraste, aparece a plena luz. Sin embargo, esta contemplación es la única que puede reconfortarnos permanentemente cuando, por un lado, hemos reconocido el sufrimiento incurable y la miseria sin fin como esenciales para la aparición de la voluntad, del mundo, y, por otro lado, con la voluntad suspendida, vemos que el mundo se disuelve y sólo queda ante nosotros la nada vacía... Lo confesamos libremente: lo que queda después de la abolición completa de la voluntad es, en efecto, nada para todos los que todavía están llenos de voluntad. Pero a la inversa, también, para aquellos en los que la voluntad ha girado y ha sido negada, este mundo nuestro, tan real, con todos sus soles y vías lácteas, no es nada».

2.

EL CONCEPTO CENTRAL DE SCHOPENHAUER

No entra en el ámbito de este libro discutir la totalidad de la doctrina de Schopenhauer, sino solo destacar aquellos puntos que pueden ser útiles para evaluar nuestras leyes de la vida y sus expresiones en la visión del mundo, la ciencia y el arte.

En primer lugar, hay que destacar el concepto central de la filosofía de Schopenhauer, la voluntad. Hemos visto que se presenta como algo que se conoce inmediatamente y se nos da a todos. Pero cuando se pronuncia la

palabra voluntad, toda persona desprejuiciada que aún no haya sido hipnotizada por Schopenhauer se da cuenta del principio que no puede interpretarse más y que se conoce de hecho «en lo más íntimo», que, a pesar de todo egoísmo innato, habla a menudo en nosotros y ha producido a veces figuras incomprensiblemente poderosas en la historia de las naciones. Quizás nos venga a la mente la fuerza del alma de los místicos alemanes, de Lutero, la devoción de muchos hombres que luchan por una idea, la figura del conquistador del mundo de Nazaret, en fin, todas las personalidades que han representado el libre albedrío contra todas las fuerzas de la vida. Esto es lo que pensaríamos si se nos pidiera que buscáramos el ser en nosotros que se designa con la palabra voluntad y que se supone que nos es conocido «más íntimamente». Pero cuanto más leemos en Schopenhauer, más resulta que esta concepción de la voluntad es supuestamente falsa e infantil. Por el contrario, la voluntad es, en efecto, distinta de toda apariencia, infundada y misteriosa, sino un impulso demoníaco violento y sin propósito que va de deseo en deseo. Vive en el hombre y en el animal, aparece en la planta y en la piedra. Hace que las aguas se precipiten por las rocas, que el imán atraiga al hierro, que la planta se esfuerce por subir, que el macho vaya hacia la hembra, que una criatura destruya a otra...

Esta voluntad que, como se asegura, es una unidad, se deshace por intermediación de las ideas en un múltiple mundo de cuerpos, se provoca sus objetivaciones y «se enciende» en su peldaño más alto «una luz», el intelecto. Este es completamente dependiente de ella y ha nacido para su servicio. Mira hacia todas las direcciones, en busca de presas a fin de seguir constantemente a su tiránico señor. Esboza al mundo como representación, y nos encontramos con el extraño hecho de que el cerebro, que ciertamente es la precondición polar de la representación de tiempo y espacio, es simultáneamente sujeto de representación y objeto de representación. Esto recuerda a la vieja historia según la cual la gallina salió primero del huevo, pero el huevo salió primero de la gallina.

En realidad, Schopenhauer ya había concluido su filosofía en el primer libro de su obra principal. Había demostrado que todo es «a través» de la representación, que todo tiene como condición el tiempo, el espacio y la causalidad, que no somos en absoluto libres. No había dejado ninguna puerta trasera abierta a la razón, este órgano subordinado, y había limitado

toda su capacidad a la representación. De ahí se derivan todas las monstruosidades posteriores al respecto.

Pero la voluntad, que por lo demás en todas partes tan oportunamente (el por qué, eso sigue siendo un eterno misterio) producía sus objetivaciones por sí misma, había cometido una imprudencia (tanto menos comprensible, cuanto que se asegura expresamente que las funciones del cuerpo son absolutamente y en todas partes apropiadas a la voluntad) y dotó al cerebro de un «excedente» de intelecto. Algunos hombres se rebelan de repente y, viendo a través de la voluntad siniestra, renuncian a esta cosa en sí misma y se mantienen como puros sujetos de cognición, creando obras de arte eternas y convirtiéndose en santos. ¿De dónde viene este poder del órgano terciario, el intelecto, para poder denunciar simplemente su obediencia a su tirano indomable? No lo sabemos, pero sin esta afirmación, la arquitectónica schopenhaueriana de la voluntad incondicional, las ideas, las objetivaciones, el estado estético, etc., no es cierta. Y tampoco es cierta de otra forma.

Lo que se necesita, sobre todo, es la percepción de que la pretensión de haber unido lo natural y lo metafísico en un sistema monista unificado ha sido posible aquí jugando con dos concepciones bastante diferentes de lo que debe entenderse por voluntad. En ninguna parte he encontrado expuesto esto con suficiente nitidez. Aunque Rudolf Haym, en su obra sobre Schopenhauer, rechaza muy enérgicamente la voluntad como principio de la explicación de la naturaleza; aunque J. Volkelt explica la dicotomía en la concepción de la voluntad, pero quiere mantener el principio; K. Fischer habla tan bien como no lo hace de la voluntad; H- St. Chamberlain (yendo al otro extremo) rechaza la doctrina de la voluntad en general, pero en todas partes me parece que se ha puesto demasiado poco énfasis en la doble aplicación del concepto.

Unos años antes de la publicación de su obra principal, Schopenhauer había percibido la voluntad como algo grande y sagrado. Dice de ella: «Mi voluntad es absoluta, está por encima de toda corporeidad y naturaleza, es originalmente santa y su santidad sin barreras». Pero entonces esta idea de la voluntad, reconocida como fuerza metafísica, adquirió colores brillantes y, como un camaleón, se mezcló permanentemente en toda la obra de Schopenhauer.

Schopenhauer dice, por ejemplo, que es la voluntad de la que nos sentimos únicos responsables y de la que también podemos ser únicos responsables, ya que el intelecto es un don de los dioses y de la naturaleza; esto muestra que la voluntad es considerada instintivamente como la esencia del hombre. Muy cierto, sólo que aquí la voluntad se utiliza en un sentido que va en contra de la voluntad de Schopenhauer, que es un impulso egoísta sin rumbo e inmutable.

O, si Schopenhauer presenta el mundo como un todo intencionado en el que todo está en una «incomprensible armonía» entre sí, esto no rima con una voluntad ciega. Sin embargo, el recurso de que la voluntad es irracional, pero actúa «como si» fuera razonable, es demasiado pobre.

Si, además, las ideas han de representar objetivaciones más fuertes y más débiles de la voluntad, entonces, de nuevo, a un ser sin objetivo se le atribuye una facultad de medir consciente de su objetivo, en la medida en que, cuanto más fuerte se objetiva, más se diferencia.

Además, toda la concepción teleológica de la naturaleza se sale del sistema de Schopenhauer. Solo capto una acción humana como tal si veo su finalidad, es decir, si presupongo una voluntad creadora y propositiva. Pero si veo la naturaleza como propositiva, al igual que la finalidad inconsciente, entonces presupongo un principio ordenador, sea cual sea su naturaleza, sólo que no una voluntad loca, ciega y sin propósito.

Por lo tanto, una cosa debe quedar clara: que la misma palabra voluntad designa dos conceptos fundamentalmente diferentes. El primero señala un principio opuesto a toda la naturaleza con su lucha por la autoconservación, el otro caracteriza la esencia del egoísmo. En definitiva, hay que distinguir entre voluntad e instinto. La voluntad es siempre lo contrario del instinto y no es idéntica a él, como enseñaba Schopenhauer desde su dogmática monista. La diferencia entre voluntad e instinto y atracción no es cuantitativa sino cualitativa. Si siento en mí —aquí tiene razón Schopenhauer— un deseo animal, dirigido enteramente hacia lo sensual, subconsciente o entrando en el círculo de la conciencia, gobernando indomable y revelando todo su propósito precisamente en su existencia y en su afirmación, entonces, si soy poeta, puedo pensar en un impulso similar en el reino vegetal y en el mineral. Pero no puedo hacer de esta analogía poética la base de una visión filosófica

del mundo. Tanto menos puedo hacerlo porque entonces entraría en un círculo con la explicación de la razón del que no se puede escapar.

Me veo obligado a suponer que el otro factor que contrarresta el deseo también encarna otro principio; que la razón (que está unida a este principio, con su ayuda puede superar el yugo del impulso ciego, ya sea temporalmente o para siempre) también está condicionada por el cerebro, pero no producida por el mismo, pues la función de un órgano no puede imaginar lo mismo.

Me veo obligado a darme cuenta de que todo mi ser deseante es polar, dividido en dos partes: una sensual-impulsora y otra suprasensual-volitiva; que las dos almas que Fausto sentía en su pecho son, en realidad, dos principios que sólo un dogmatismo ciego es capaz de presentar como uno y el mismo. Si Goethe oía «muy silenciosamente, muy audiblemente» una voz que le decía lo que «debía hacer» y lo que «debía rehuir», la pasión le arrancaba a menudo en la otra dirección. La parte moral del hombre se basa, por tanto, en que el hombre sabe que en su interior está vigente una ley moral categórica y también siente la posibilidad de obedecerla. De lo contrario, todos los mandamientos morales sólo serían ridículos y Cristo y Kant debían ser personas muy estúpidas. El deber y el poder se presuponen mutuamente: sin libertad no hay sentimiento de responsabilidad, ninguna moral, ninguna cultura anímica.

Y al final, Schopenhauer se echa a sí mismo de la silla de montar. Cuando el instinto, que arrastra tan violentamente, reconocido por la razón terciaria, de repente comienza a soplar suavemente y a ronronear placenteramente, es una consecuencia que incluso a Schopenhauer, que estaba obsesionado con su idea, debe haberle causado dolores de cabeza a veces. La «veloz espada de la razón» (Deussen) no puede resolver un conflicto mundial sólo con el conocimiento, lo que lleva a dos conclusiones: o se parte de lo fáctico y, teniendo ante los ojos ejemplos del tipo más sublime, se reconoce la posibilidad de la victoria de la voluntad sobre el instinto; o se da un golpe violento y se declara el mundo entero como no libre, renunciando así a cualquier posibilidad de purificación. En aquella posición estaban Cristo, Leonardo, Kant y Goethe, en ésta los indios y Schopenhauer. Pero por una sola vez este último permitió súbitamente un presentarse en el mundo de la libertad, una vez, como «única excepción». El «Deberás», sobre el que

generalmente se desata tanta burla, apareció en la conclusión como *deus ex machina;* el impulso caótico sin rumbo tiene ahora de repente una fuerza moral en su interior, y el orden moral del mundo, al que Schopenhauer concede con razón gran importancia, se salva. Por lo demás, la voluntad original de Schopenhauer sólo conoce lo físico, no lo moral; ahora aparece como lo contrario.

De modo que también Schopenhauer, cuando enseña la negación de la voluntad, la entiende como la negación del instinto y la afirmación de la voluntad. Pero esto es una incoherencia de todo el sistema y lo desquicia por completo. Lo que Schopenhauer defendió con tanto celo y energía a lo largo de su vida fue la afirmación de que el instinto constituía la esencia del universo y del hombre y era idéntico a la voluntad; lo que admite, felizmente, pero de forma incoherente con su sistema, es que esta voluntad es al mismo tiempo moral, redentora, que el hombre representa algo muy distinto aparte del instinto y del entendimiento terciario. La voluntad moral, tal como surge en el último libro de «El mundo como voluntad y representación», niega toda la doctrina de sus primeros libros, y Schopenhauer confiesa más tarde en una carta, acosado por interrogadores molestos, que «la cosa realmente es una especie de milagro...».

Esta forzada visión monista del mundo presenta una ancha grieta y ninguna época la podrá ya cerrar. Lo que Schopenhauer dice más tarde sobre la individualidad implantada en la cosa en sí y su naturaleza imperecedera es hermoso y hace honor a su ocasional triunfo sobre sí mismo, pero igualmente no se aviene con el constante sarcasmo sobre la misma. Dice: «... De ello se desprende que la individualidad no se basa únicamente en el principio de individualización y, por lo tanto, no es a través de la mera apariencia; sino que está arraigada en la cosa en sí, en la voluntad del individuo; pues su carácter mismo es individual. Pero cuán profundas son las raíces es una de las preguntas que no me comprometo a responder»[130]. Esto lo escribe el hombre que afirmó toda su vida haber encontrado el principio de unidad del mundo, la piedra filosofal, y vilipendió a todos los que se negaron rotundamente a aceptarlo.

---

[130] Carta del 1 de marzo de 1858.

Si el instinto disfrazado de voluntad debe representar un principio de «unidad», no es la unidad de todo el ser humano, sino sólo el resumen de una parte de él, la natural. Schopenhauer se encargó de llevar esto a cabo de manera brillante. Al descifrar el instinto como principio más o menos destacado, su doctrina no es materialista, sino un monismo naturalista. Pero dado que Schopenhauer no ha sido una sombra exangüe, sino una personalidad potente, diremos además algunas palabras sobre él, ya que las naturalezas de Schopenhauer no son raras entre el pueblo alemán.

3.

SCHOPENHAUER COMO PERSONAJE

Con frecuencia se han hecho comparaciones entre el hombre y la obra, y se señaló, por un lado, los abiertos contrastes, pero, por el otro, la coincidencia de muchas doctrinas con la personalidad. Y es cierto: el hombre que con toda convicción se consideraba un fundador de religión y predicaba la negación del mundo vive una vida bastante despreocupada como patricio en posición acomodada y se afana por su bienestar con celo que impresiona directamente como grotesco. Abandona Berlín a causa de un mal sueño y por miedo al cólera; en Frankfurt vive en la planta baja para poder ponerse a salvo rápidamente en caso de incendio; en todas las visitas lleva consigo un vaso para no exponerse a un peligro de contagio por beber de vasos posiblemente sucios... Aquí se pone de manifiesto su «voluntad» con un poder elevado hasta la patología. Schopenhauer estaba poseído de un sentimiento de miedo sencillamente demoníaco ante la muerte; estaba poseído de un brutal egoísmo y estaba lleno de una indecible ira contra aquellos que tenían algo que objetar contra él. Pero, al mismo tiempo, era un intelecto que abarcaba todo el mundo, cuyas brillantes percepciones y destellos de genialidad siguen proporcionando miles de revelaciones anímicas, que iluminó maravillosamente muchas cuestiones y que escribió un alemán de un esplendor, un colorido y una claridad que sólo muy pocos entre los más grandes pueden igualar.

Por otra parte, sólo en raras ocasiones sintió esa voz silenciosamente perceptible de la que hablaban Goethe y Kant, que aparecía simplemente como un anhelo indeterminado. No podía captar la sutileza de Schleiermacher ni la grandeza de Fichte; estaba aplastado y asfixiado por la enfermedad de un engreimiento de gran alcance y sólo hablaba con malicioso regocijo de las debilidades de aquellos con los que se encontraba en la vida.

La expresión de que el ser humano no es un libro sofisticado, sino un producto de la naturaleza con «sus contradicciones», a ninguno le viene mejor que a Arthur Schopenhauer; rara vez posiblemente la contradicción entre instinto, juicio y voluntad haya sido tan fuerte en un corazón. Al avanzar su edad sintió con agrado retirarse el instinto sensual y, a partir de entonces, sus pretensiones de fama se desvanecieron notablemente en favor de un pesimismo fundamental (en el sentido de la amargura). Como anciano septuagenario escribe: «El hecho de que el Antiguo Testamento fije la vida en 70 u 80 años me preocuparía poco, pero Heródoto también dice lo mismo en dos pasajes: esto pesa más. Pero el Sagrado Upanishad dice en dos oportunidades: 100 años es la vida del hombre... Esto es un consuelo»[131].

Schopenhauer, sin embargo, solía sentir la lucha interior de dos naturalezas de forma decidida; su obra principal tampoco fue escrita, como pretenden algunos filósofos superficiales (Fischer), por un espectador frente al teatro de la vida, sino por un actor participante, aprehendido por el demonio. Si no fuera así, como intelecto, habría visto fácilmente los huecos de su obra, pero de esta manera eran el reflejo de una experiencia real. Al igual que el propio Schopenhauer se sentía retorcido bajo un gran impulso, el mundo que le rodeaba parecía ineludiblemente expuesto a él. Así como él vio ensancharse su intelecto, así también en su obra hizo teóricamente desprender a éste por completo del yugo del instinto. Y así como él mismo sólo poseía un sentido impotente del libre albedrío, el orden moral del mundo también emerge sólo muy tímidamente al final. Que sólo el conocimiento del instinto podría superarlo, lo predicaba Schopenhauer como un anhelo, pero él mismo, a pesar de toda la perspicacia, no fue capaz de realizarlo. Y si tal inteligencia no pudiera llevarlo a cabo, entonces esta

[131] Parerga II, cap. 8, art. 116.

grandiosa auto-confesión, y tal es «El mundo como voluntad y representación», se condena a sí misma. Schopenhauer no ha querido ver, o por un patológico aferrarse a una concepción dogmática, admitir, que una docta percepción filosófica teórica por sí sola no puede traer ayuda, sino la presencia de un factor del cual han dispuesto todos los verdaderamente grandes: la voluntad que domina o vence al instinto. Si Buda reconoce al instinto como sufrimiento, esto es solo un lado de su ser; pero cuando lo anula mediante el acto vivido, entonces esto es el otro lado volitivo. Cuando Cristo se levanta contra la «raza de víboras», cuando asume la muerte por una idea, es el efecto de un principio de libertad opuesto al instinto de la vida, que ninguna controversia es capaz de eliminar y que no se basa en la sola perspicacia.

«La conciencia autónoma», tal como Goethe la entendía, se pone de manifiesto como «sol del día ético», como un principio que Schopenhauer creyó haber superado al introducirlo por contrabando en el instinto, para dejar luego tornasolear ambos en forma entremezclada.

La filosofía de Arthur Schopenhauer constituye un recipiente lleno de muchas exquisiteces, sostenido por la cinta de hierro de su robusta individualidad. Ahora, cuando esta ciencia ha caído, todas las partes, por más hermosas que son como tales, están en desorden. La personalidad no era suficiente para una obra plenamente realizada, pulida, y la filosofía de Schopenhauer fue un sueño trágico de un buscador desesperado. La voluntad, con cuyas manifestaciones dispersas y sobre cuyas contingencias el «genial espíritu del mundo toca sus ingeniosas melodías», solo puede ser una voluntad genial. Pero la voluntad, que es solo un impulso sin fundamento, sin meta, ciego, es un instinto puramente animal. El primero es un principio creador de valor, el segundo es un principio no creativo y deprimente. La primera nos revela la dignidad en el ser humano, la segunda su lado vano. Todos los grandes artistas y santos están llenos de la primera, la han plasmado en hechos como obra de arte y como vida; a través de ella y de la razón formadora de ideas han dirigido el impulso hacia canales en los que encontró su lugar adecuado como material de su obra. Arthur Schopenhauer también quiso conseguirlo, y falló porque le faltaba junto al intelecto, la voluntad. Esto es lo trágico de su vida y de su obra. Y como tal tragedia Schopenhauer estará siempre seguro de nuestra veneración, como el ejemplo

de una lucha heroica –y en su grandiosidad genuinamente occidental– por la esencia de este mundo; un hombre ha puesto aquí todo sobre una carta, y ésta ha fracasado. Los intentos desesperados por alcanzar las alturas siempre acaban cayendo en la nada. Pero incluso el nada indio Schopenhauer confesó que lo más alto que podía alcanzar una persona era una «vida heroica». Esto es una confesión nórdica como más hermosa no puede hallarse. Y por eso Arthur Schopenhauer es nuestro.

4.

CINCO ÁREAS DE LA VOLUNTAD

Para lo que quiero decir en este libro, me parece especialmente importante la discusión precedente sobre la filosofía de Schopenhauer, cuyos escritos están hoy no solo en las mesas de los profesores, sino también en las de los hombres de negocios y, gracias a su brillante estilo y a su cautivador poder de persuasión, se han abierto camino en los círculos más amplios. El concepto de «voluntad» es, pues, familiar en todas partes y, probablemente, ahora se entiende mayoritariamente en el sentido de Schopenhauer como un impulso ciego, aunque otro punto de vista lo acompañe siempre medio inconscientemente. Este concepto de la voluntad debía ser sometido a un breve examen y mostrar su contradicción en sí mismo, o bien debía ser interpretado como instinto y nada más. La voluntad debe ser entendida en su antigua pureza, como un principio del reino de la libertad que contrarresta el instinto egoísta, tal como lo entendieron Kant y Fichte, si se quiere volver a liberar una base para un sentimiento nórdico de la vida. Pero esta controversia es también de importancia fundamental para la comprensión del arte occidental y sus influencias anímicas. Cuando hablo de una concepción estética del arte que no carece de voluntad, no es que quiera sentar la imposible afirmación de que el arte debe actuar sobre el instinto, la «voluntad» de Schopenhauer, sino que las obras de arte, y sobre todo un determinado grupo de ellas, no se dirigen únicamente, o en absoluto, al

sujeto de la cognición inmerso en un estado de ánimo contemplativo, sino que pretenden despertar una actividad mental, una voluntad.

Una de las ideas más importantes sobre la naturaleza de todos los seres humanos es el reconocimiento del hecho de que son criaturas en formación. Toda su actividad mental y racional se basa en el esfuerzo por la transformación; sólo así puede apoderarse del mundo circundante, captarlo como una unidad, pero también forma su propio ser interior con sus poderes y proyecta este acto hacia el exterior como religión, moral, arte, idea de ciencia, filosofía. Cinco tendencias viven en el hombre; cada una exige una respuesta. En el arte, busca la forma exterior e interior; en la ciencia, la verdad en la coincidencia del juicio y el fenómeno natural; de la religión, exige un símbolo vívido de lo suprasensible; en la filosofía, exige la concordancia de la voluntad y la cognición, de la religión y la ciencia. En la moral crea los necesarios principios rectores de la acción.

Toda vez que el ser humano entra en una de estas cinco áreas expresa una plasmación de distinta orientación, una voluntad de distinta acción. Este esfuerzo de la voluntad y de la cognición no puede interpretarse desde el conjunto de la naturaleza; o bien son indiferentes al instinto y a su satisfacción (ciencia, filosofía), o bien están dispuestas a luchar (moral, religión), o bien atraen a ambas a la esfera de su plasmación (arte). La distinción de estas diferentes actitudes de las fuerzas anímicas, que se remontan a la voluntad y a la razón y se unen en el alma, en la personalidad, significa el primer requisito de una auténtica cultura, su forma de vida uniforme el mito de una raza. La distinción puede hacerse de forma ingenua-inconsciente o filosófica-consciente; pero la forma y el color del énfasis en la tendencia individual que se produce también depende de la diversidad, de la riqueza de relaciones de una cultura como expresión de una raza determinada anímicamente.

III. ESTILO DE PERSONALIDAD Y OBJETIVIDAD

1.

El espacio es una simultaneidad, la esencia del tiempo es una sucesión; el espacio es concebible como reposo, el tiempo sólo puede medirse por el movimiento. Un alma artístico-estática preferirá, por tanto, siempre las artes espaciales y destacará en las otras una yuxtaposición espiritual a las demás artes más que en la secuencia y la separación. Una fuerza creadora artístico-dinámica, por el contrario, tratará de realizar en su arte todas las cualidades del movimiento exterior e interior, es decir, se adueñará especialmente de las artes del tiempo (música, teatro) y también representará el desarrollo, el devenir, en las artes del espacio; se empeñará por concentrar hasta en la simultaneidad del espacio el pasado, presente y futuro en un solo instante. Por eso, por ejemplo, la pintura occidental es principalmente un arte de retrato. Esto significa que el movimiento interior más elevado debe conjurarse en una forma de simultaneidad necesariamente espacial: la dinámica de toda una vida experimentada en un solo momento. Esta era la naturaleza del arte de Rembrandt, Leonardo y Miguel Ángel. Pero el dinamismo es siempre una descarga de voluntad. También en el arte.

Estas consideraciones son fundamentales para captar la esencia de la antigüedad y de Occidente, es decir, cuando uno se da cuenta de que la Hélade era artística-estática, mientras que Europa es artística-dinámica-volitiva. La consecuencia de estas diferentes actitudes mentales fueron dos tipos de estilo, que me gustaría llamar estilo de objetividad y estilo de personalidad.

Todo investigador serio de la regularidad artística se ha visto obligado a reconocer al menos una dualidad de la creación. Como se estableció en la discusión del concepto de la voluntad de Schopenhauer, su teorema metafísico fracasó debido a una mezcla no natural de dos tendencias de la voluntad. El instinto y la voluntad se sitúan en un frente común con el intelecto, son en efecto ambos una voluntad, pero en direcciones divergentes.

La creación artística como tal es siempre una formación libre, pero aquí también esta voluntad original de formar se divide en al menos dos corrientes de fuerza. Como ya he dicho, esto no es un descubrimiento nuevo. Un tipo de arte se ha denominado apolíneo, el otro dionisíaco, y así se quería designar tanto las diferencias de mente como los diferentes estilos de creación artística. Esta acuñación de Nietzsche tiene su justificación en el contexto del arte griego. Pero fue un error fundamental trasladar estos términos, inseparables del espíritu del helenismo, al arte de otros pueblos. El arte occidental nórdico nunca es apolíneo, es decir, sereno, equilibrado, armónicamente formal, y nunca dionisíaco, es decir, sensualmente excitado, extático. Ni siquiera se pueden encontrar las palabras en alemán para captar adecuadamente el aliento del arte helénico. Hay que tener ante los ojos a Calícrates, Fidias, Praxíteles, Homero y Esquilo, el culto a los ancestros griegos y las obras de Baco, las tumbas y la creencia en la inmortalidad, para entender lo que se supone que significan lo apolíneo y lo dionisiaco. Trasladar esta otra expresión del alma al arte alemán ha sido imposible y solo ha creado confusión.

Schiller, por su parte, había intentado interpretar la dicotomía de la creación artística (limitada sólo a la poesía) como ingenua y sentimental. Esto le llevó a muchos callejones sin salida, por ejemplo, se vio obligado a describir tanto a Homero como a Shakespeare como poetas ingenuos. Sin embargo, al final, su aguda mente siempre le rescataba de todos los apuros. Y aunque se adhiere a la doctrina obligatoria de la contemplación estética, cada uno de sus tratados contiene tal cantidad de observaciones profundas que revelan nuestra esencia, todo alemán debería conocer sus «Cartas estéticas», «Sobre la poesía ingenua y sentimental», «Sobre la gracia y la dignidad», «Sobre lo patético», «Reflexiones sobre el uso de lo mezquino y lo bajo en el arte», etc.

La ulterior división común en un estilo idealista y otro naturalista no es formalmente esclarecedora ni productiva por otra parte. Porque el arte germánico siempre ha sido ambas cosas a la vez. Un Leonardo que recomendaba a sus alumnos que estudiaran también las manchas de la pared y que al mismo tiempo dibujaba la cabeza de Cristo; un Durero que pintaba con fidelidad microscópica un conejito o el ala de un pájaro, creaba «El caballero, la Muerte y el Diablo» y la «Pasión pequeña» eran «idealistas» y

«naturalistas» al mismo tiempo. Un Rembrandt no rehúye ninguna representación, ni siquiera del hombre animal, y sin embargo es el creador del «Hijo Pródigo». Un Grünewald no escatimó en la representación de la tortura física y pintó la Resurrección junto a ella; un Goethe compuso el Sabbath del Blocksberg y el Coro Místico en una misma obra.

El arte europeo nunca fue una «idealización» en el sentido empalagoso que conocemos, nunca una evasión o apaciguamiento temeroso de la naturaleza. A través de la naturaleza corrió más bien el camino de la plasmación de los artistas occidentales. Antes de que la naturaleza fuera superada, había sido expresada inexorablemente.

No era un ideal de belleza-armonía en el sentido de la antigüedad el que dominaba en Europa, sino el ideal de una nueva voluntad estética que se encarnaba desconsideradamente.

Por lo tanto, para revelar la esencia de nuestro arte, no se puede escribir una filosofía de lo bello y lo armonioso –siempre estática–, es decir, aplicar la norma obtenida de la antigüedad. El concepto de lo bello, para que sea útil, debe tener un significado ampliado. Además del ideal racial nórdico, sólo el resplandor interior de una voluntad significativa que empuja a través de la materialidad puede ser considerado «bello» para nosotros.

La belleza de la Novena Sinfonía es esencialmente distinta de la belleza de un templo griego; la cabeza de Tito de Rembrandt en Petersburgo es una bella alma distinta a la del Apolo de Praxiteles.

La belleza griega es la plasmación del cuerpo, la belleza germánica es la plasmación del alma. Uno significa equilibrio exterior, el otro, ley interior. Uno es el resultado del estilo objetivo, el otro del estilo personal.

También la designación: estilo tipificador e individualizador ha sido empleada a menudo. Y como por lo común no se investiga mayormente ni se ahonda, se cree que el artista tipificador prescinde más de las contingencias y busca únicamente plasmar los grandes rasgos del carácter, y que el individualizador, a la inversa, prefiere precisamente estas arbitrariedades y particularidades. Mediante tal apreciación el problema del estilo es captado solo como un método y no como necesidad artística. Se puede luego leer en páginas enteras como algún artista se ha elegido ya uno ya el otro estilo, a fin de trabajar «de acuerdo a su espíritu». Se suele pasar por alto el hecho de que se trata de procesos internos, por lo que los

estudiosos llegan incluso a la conclusión de que Fausto es el resultado de un estilo individualizador en la primera parte y tipificador en la segunda.

Por supuesto, el desarrollo interno de la personalidad no puede ser captado de esta manera. Porque si la personalidad, la individualidad y la subjetividad se consideran una misma cosa, la consecuencia necesaria es una confusión tras otra.

El estilo tipificador y el individualizador no son dos métodos que los hombres de todos los pueblos utilicen según sus necesidades, sino que el estilo objetivo y el personal son leyes esenciales de la obra artística de ciertos pueblos, y luego, en un sentido más restringido, también de los propios artistas individuales.

Las palabras iguales nunca son como las monedas iguales. Dependiendo del entorno, transmiten diferentes matices de conceptos. No obstante, hay que ponerse de acuerdo sobre el significado predominante de un término y elegir palabras diferentes para otros matices si es posible. La personalidad (voluntad más razón) es el poder opuesto a la sustancia, lo metafísico en el hombre, en un sentido más estrecho la energía (actividad) interna e inquieta del ser interior, el misterio primigenio (fenómeno primigenio) del alma germánica, la persona (impulso más intelecto) es el cuerpo del hombre y sus intereses. La individualidad significa la unión inseparable aquí en la tierra de la persona y la personalidad. El tratamiento «individual» se refiere a esta unidad, el «tratamiento personal» a la personalidad, la presentación subjetiva a las pulsiones comprensibles de la persona.

El objeto es siempre el mundo. Entre ellos también el ser humano como persona. La fuerza de la objetividad del arte depende de la fuerza y la diversidad de estas actitudes.

Todos aquellos que hasta ahora encontraron diferencias esenciales entre la orientación objetiva y subjetiva de la creación, se vieron inducidos por estas investigaciones no proseguidas mayormente a enfrentar a la objetividad únicamente subjetividad, es decir, arbitrariedad o estados de ánimo opuestos al valor del objeto, sin fuerza formadora de estilo. Por lo cual también todos ellos —para proteger a los grandes artistas contra esta interpretación— caracterizaron la «objetividad cristalina» como su esencia y la única norma del arte más elevado. A una disección demasiado rápida le siguió una sinopsis defectuosa, al menos unilateral, un cortocircuito intelectual. Esta

doctrina obligatoria de la validez general de la norma de «objetividad» debe ser abandonada.

Goethe expresó alguna vez una concepción muy singular. Opinó que a cada voluntad personal corresponde algo objetivo de la naturaleza, es decir, toda volición artística personal puede ser transformada en algo objetivo-sujeto-a-leyes, en algo orgánico-legal, es decir, que encuentra allí su contraparte. Esta actitud tan específica y personal ante el mundo de la materia ha dado lugar, de hecho, a las proezas interiores de los estilos «románico» y gótico, que se mantienen solos en su unidad interior. El sentimiento de este hecho lógico y natural frente a las catedrales de Reims, Ulm y Estrasburgo, nos ha hecho pasar por alto durante largo tiempo qué violencia se ha cometido en estas obras contra la piedra. No hemos prestado atención a cuán grande expresividad plasmadora, cuán intensísima fuerza artística interior debe haber sido necesaria para poner a la materia esquiva al servicio de una idea que evidentemente actuaba en su contra. Porque pensemos que a ningún pueblo se le había ocurrido tallar en la piedra motivos transparentes de encaje y construir torres con ellos de esta manera. El bloque de piedra, el relieve, la escultura masiva solían significar arte escultórico monumental. Un nuevo espíritu había aparecido aquí en el Gótico. Y, sin embargo: la catedral de Estrasburgo está ahí como si hubiera surgido del suelo, parece objetiva, es decir, fáctica y lícita.

Aquí se revela un estado de cosas notable. La personalidad artística más pesada lleva en todas partes la forma como la gravedad, es decir, lleva consigo una ley viva. Si, después de varios intentos violentos, los artistas descubrieron los medios para dominar la materia, entonces una obra de arte es, al final, una creación orgánicamente eficaz. La verdadera personalidad se enfrenta primero hostilmente al objeto que debe ser alterado, luego éste se ve obligado a responder a una voluntad formal. Cuando esto ocurre, el resultado es el estilo de la personalidad.

El subjetivista no está dominado por una dirección de la voluntad (ni siquiera en el caso del trabajo individual), sino por contingencias internas y externas. El subjetivismo significa, en todos los aspectos y en todos los ámbitos, la violación tanto de la personalidad como del objeto, de la «cosa»; a veces es un dulce juego o una repulsiva falta de forma (desde el lado de la forma), luego otra vez una burla sensual, una anarquía enloquecida o un

deseo desenfrenado (como sentimiento), pero lo uno como lo otro sin regularidad interior ni exterior, sin forma interior ni exterior. El subjetivismo como problema filosófico, además de artístico, es el resultado de una esterilidad interior (el mestizaje racial) de un pueblo, de una individualidad, de toda una época, o en general —como fin— el símbolo de un derrumbe anímico-racial.

2.

EL TEMPLO GRIEGO Y LA CATEDRAL GÓTICA

En ningún lugar se oponen tan claramente la estática y la dinámica artísticas como en la arquitectura griega y gótica. Dentro de toda la arquitectura nórdica, estas creaciones constituyen las expresiones más contrastadas de la voluntad formadora que se pueden concebir. La arquitectura gótica representa el intento, solo una vez en serio y solo una vez en toda la historia de la arquitectura, de crear un arte espacial a partir de un sentido metafísico del tiempo. La esencia del tiempo está condicionada por una dirección, en contraste con las tres dimensiones del espacio. El gótico también conoce solo una sucesión de formas, un esfuerzo por una sola dirección. Por tanto, está en lucha con el material, con el bloque de piedra, con la carga horizontal y el soporte vertical, así como con los medios que exigen espacio, la superficie de la pared, el techo. El gótico es, por tanto, la realización de un anhelo que sólo conoce un camino; es la primera encarnación pétrea del alma dinámica occidental, que la pintura trató de encarnar más tarde, pero que sólo pudo realizarse plenamente en la música —y hasta cierto punto también en el drama. Desde este punto de vista general, el gótico es algo sumamente personal: la eterna irracionalidad, la voluntad de occidente en la forma temporalmente determinada de una de sus oscilaciones rítmicamente recurrentes.

Naturalmente también el templo griego era la expresión de un sentimiento popular, y de este modo, en cierto sentido, la expresión de una personalidad. Pero si entendemos la personalidad (y esto debería hacerse

siempre ahora) como un contraste con lo material, un esfuerzo agresivamente activo e incansable por transformar lo material en una parábola para la voluntad más íntima y las fuerzas artísticas de la forma, entonces sentimos poco de esta voluntad en el templo griego: el templo griego se construía en honor de un dios y también albergaba una estatua de este dios, pero sin embargo no era este espacio interior, que de este modo se santificaba, lo esencial, sino la forma general exterior. Por tanto, todo el edificio se percibe desde el principio como una porción de plástica, y más precisamente como una configuración cúbica del espacio que descansa en sí misma. El templo griego se encuentra aislado, no tiene ninguna relación necesaria con su entorno, y debe ser visto desde todos los lados, a pesar de una fachada principal. La construcción dórica clásica es la más perfecta ritmización del espacio descansando en sí misma. Las escalas de las partes individuales ocultan las escalas del conjunto; ninguna línea, ninguna decoración que apunte más allá de la propia forma del templo. Todo es refinado, para ser captado por la vista o incluso experimentado como una función; la carga y el soporte se expresan de la manera más clara y están en perfecto equilibrio entre sí.

Toda la construcción está dividida en tres capas: el techo que gravita, con friso y arquitrabe, la hilera de columnas sostenedoras, la base de escalones ampliamente extendida. Por ser conceptuada la obra total como una pieza, p. ej., la columna dórica clásica carece de base. Si el griego hubiese prestado o debido prestar atención a lo individual, el empleo de la base se hubiera producido de inmediato (como más tarde en la época del arte jónico y del Renacimiento). Sin embargo, en la época dórica, toda la base constituía la base de toda la fila de columnas y la carga se transmitía a través de ellas. La carga de la cubierta es asumida por los pilares en puntos individuales. El capitel dórico, que sigue la línea de fuerza matemática en su trazado y representa la más ingeniosa creación de una voluntad estilística basada en la objetividad, se inserta aquí como un cojín, por así decirlo. El carácter de contraposición de la columna es insinuado mediante un pequeño hinchamiento del fuste. La horizontalidad de la carga está acentuada nuevamente mediante la tripartición del arquitrabe, mientras que lo sobresaliente del saledizo de la cornisa es simbolizado mediante las gotas. Encima de ello se yergue la terminación libre del cimacio con ligero envión

al aire. En las esquinas del frontón y en su parte superior se sitúan los acroterios como puntos de descanso. Por razones estáticas y pictóricas, las columnas de las esquinas están algo reforzadas y dobladas hacia dentro, y por razones de perspectiva, los escalones no son estrictamente horizontales. Hallamos, de esa manera, en todos lados una voluntad artística que se esfuerza por la expresión de lo objetivo y al mismo tiempo con genialidad formal. Las variaciones en las proporciones del ordenamiento de las columnas, la introducción de un ornamento más rico en los tímpanos del frontón, sobre los frisos, la jónica que se vuelve más ligera, todo esto no ha modificado en lo esencial el leitmotiv griego. Durante más de medio milenio, este genio griego, claro y libre, remodeló una y otra vez la ley básica, reconocida como perfecta, y dejó huellas inconfundibles allí donde pudo actuar.

No hay un impulso interior que se pueda sentir una y otra vez, apenas algo personal en nuestro sentido que hable desde las piedras. Tampoco tiene nada de subjetivo o sensualmente expresivo: es el espíritu de la objetividad artística que nace una sola vez en el mundo en esta perfección.

También el gótico reconoce naturalmente precondiciones objetivas: la ley arquitectónica (construcción) técnicamente clara. Hasta se ha tratado de «explicarla» sobre la base de consideraciones puramente de ingeniería. Pero para el espíritu germánico (el gótico pertenece a la época germánica del Occidente nórdico, a diferencia de la alemana, que conscientemente comenzó en el siglo 18, pero recién hoy despierta a la plena conciencia), los nuevos inventos técnicos tales como el arco ojival, el sistema de contrafuertes y arbotantes, la bóveda de nervaduras, no son sino medios para el fin, para llevar a la realidad una nueva voluntad, no meta. Esta nueva voluntad tomó autocráticamente las formas existentes y es comprensible que artistas, filósofos y estéticos grecizantes vociferaran por la «ruda violación de la belleza griega». En realidad, todos los elementos de la forma actual sólo reciben una eficacia (función) diferente a la anterior. La columna individual, anteriormente un soporte compacto, pierde su autonomía como miembro individual. Es reunida con otras en un haz de pilares y alargada todo lo posible hacia lo alto. El capitel de este haz no debe ser interpretado como un cojín para la concepción de una carga, sino que significa sólo un golpe de compás en el fluir de las líneas deviene esencialmente la acentuación del

principio del arco ojival ricamente diseñado. Aquí, una tarea puramente estática se convierte en un efecto dinámico.

Todas las ventajas técnicas del nuevo método de construcción están claramente reconocidas y aprovechadas. La posibilidad de abovedar con igual altura de arcos espacios de distinta magnitud, de insertar el peso de la bóveda mediante bóvedas de nervaduras en solo pocos puntos, de hacer recoger luego aquél mediante arbotantes y transmitirlo a los fuertes puntales... este juego totalmente nuevo de las fuerzas crea otras bases de leyes arquitectónicas y exige soluciones que sólo pueden ser juzgadas partiendo de la particularidad técnico-anímica, no enturbiadas por pautas griegas. Si, p. ej., Schopenhauer afirma que la esencia del arte arquitectónico consiste en expresar lo más claramente posible la recíproca relación entre carga y sostén, y que esto a su vez se realiza de la mejor manera mediante la horizontal y la vertical, entonces él se halla por completo bajo la influencia griega. El juego de presión y contrapresión es, en el gótico, mucho más vivo y variado que en el templo griego. Visto desde aquí, la solución griega es pobre y limitada más estática que dinámica, es más estado de inercia que corriente fluyente de líneas. A esto se asocia en los artistas constructores góticos la ejecución consciente de un ritmo armónico, sensible pero no pesado. Así, p. ej., las líneas de unión entre la cúspide y el punto de apoyo del arco de la nave central y las líneas que llevan de una base al capitel del haz de pilares contiguos siempre forman paralelas. La línea mencionada en primer término incide en su prolongación, en el pie de la columna de la nave lateral. Las mismas reflexiones tienen lugar al trazar el plan de las fachadas laterales y de toda la construcción exterior. De ahí que no puede ponerse en duda que lo puramente objetivo de la construcción nunca fue descuidado; ¡cómo de otra manera se hubieran podido erguir en los aires las torres! Pero, sin embargo: todo esto era únicamente medio para el fin. Porque toda la materia se subordinaba a una determinada voluntad. Esta voluntad tenía el afán de alejarse de la tierra, no quería saber ya nada del peso de la carga horizontal, quería superar toda la gravedad terrena, no quería una construcción funcional de la materia sino expresar la actuación de un muy particular movimiento anímico. No buscó ejemplos, tomó con entera independencia el material existente, lo examinó y le imprimió luego su cuño: era personalidad. Mediante la transmisión oblicua de fuerza estaba dada la primera posibilidad

de llevar a la realidad esta idea. De contrafuertes articulados se alza un arco calado, ricamente diseñado; la línea ascendente de éste se prolonga en el techo en ángulo agudo, y finalmente es tomada por la torre, que, mediante los dibujos más finos, siempre nuevos y hacia arriba más ligeros, se desvanece en el aire. La última impresión de una carga es provocada aún por las superficies del casco de la torre. Por esta razón aquí todo el afán está dirigido a configurarlo lo más liviano posible; para ello se insertan al perfil puntas cruciformes de hojas talladas, a fin de interrumpir aun esta línea que evoca carga. La superficie misma es calada o reemplazada totalmente por volatilizaciones colocadas verticalmente, como en la catedral de Amberes. Lo que aquí ha sido realizado por una voluntad tenaz, que deja debajo suyo el peso de la Tierra, ni siquiera lo puede apreciar aún nuestro tiempo, que hoy pasa incomprensivo al lado de las maravillas arquitectónicas góticas. Solo unos pocos se mantienen devotos ante los testigos de un gran espíritu, el espíritu de los poderosos, tan denostado, pero en muchos aspectos genuinamente germánico de la «Edad Media». Si una gran fe genuina entra de nuevo en nuestros corazones, entonces el «alma gótica» también despertará de nuevo en una nueva forma. Ahora está aún revoloteando en otras zonas.

La disputa por la esencia del gótico está terminada. Sus fundamentos se originaron en la Francia nórdica. En aquel entonces los antepasados de los hugonotes aún no habían sido expulsados, en aquel entonces la guillotina aún no había derramado la más valiosa sangre nórdica. En aquel entonces dominaba aun un ritmo occidental en el reino de los francos. Pero lentamente fueron empujados hacia adelante los elementos del «románico» mediterráneo y del sureste alpino, que más tarde se mezclaron con los germánicos y crearon al francés, que alcanzó su apogeo en los siglos 17 y 18. Aislados grandes hombres miran aún hoy llenos de añoranza hacia el Pasado hundido; son hombres de una sangre que se extingue.

Pero, aunque la Francia del Norte era todavía casi totalmente germánica en la «Edad Media», ya en esa época surgían ciertas diferencias entre el gótico francés y el alemán. Cierto es que potentes se irguieron la Notre-Dame de París, la catedral de Reims, la de Amiens, la de Ruan. Pero todas están construidas según el mismo tipo básico; son de tres naves, con el coro hexagonal y la pintoresca galería del coro; todas ellas tienen dos torres.

Todas las construcciones conservan, además, en su fachada principal la tripartición: portales, ventana-roseta, galería real, así como líneas divisorias horizontales. La idea gótica no llega a irrumpir completamente. En Alemania se observa la mayor diversidad desde el principio. El presbiterio se construye de forma hexagonal, luego cuadrilateral, las proporciones difieren mucho, aparecen iglesias de salón (naves de la misma altura), como la hermosa iglesia de Elisabeth en Marburgo; Ulrich von Ensingen construye su catedral de cinco naves y la dota de una sola torre (Ulm). Más rápido que en Francia, el arco se vuelve cada vez más puntiagudo, el muro desaparece casi por completo, el portal se eleva con pestañas cada vez más ligeras, en la fachada se elimina la línea horizontal, el espacio central entre las torres se estrecha. Finalmente, no queda ya nada más que una tendencia hacia arriba que se repite por doquier. Los perfiles hablan de ello, las esculturas adicionadas siguen la línea arquitectónico-artística, una obra de encaje de piedra, que se burla de toda pesadez, se encarama hacia lo alto en las paredes. Y como una poderosa sinfonía, las luces inundan los salones. Su destello irreal hace desaparecer el último vestigio del mundo[132].

---

[132] Durante mi trabajo en este libro me llegó a las manos el librito de K. Scheffler: *Der Geist der Gotik* (El Espíritu del Gótico). Scheffler toca las cosas correctas aquí y allá. Pero como no distingue claramente, sino sólo una vez, vuelve a relacionar erróneamente y se entrega a generalizaciones bastante superficiales. Aquello que nosotros sentimos como espíritu gótico no ha existido ni entre los egipcios ni griegos ni en pueblos prehistóricos, es más, hasta en lo que se refiere a la poesía india debe tenerse cuidado de no agregarle poéticamente un espíritu tal. Scheffler no ha separado lo personal y lo subjetivo, además ha efectuado una mezcla del espíritu de las razas que es completamente inadmisible. De esta manera llega a escribir hasta lo siguiente: «... Como se podrá probablemente decir que la raza semita según toda su predisposición se inclina a la forma vehemente. A ella le es propio el fervor especulativo, la desconsideración hacia sí mismo y aquel genio del sufrimiento que son los fundamentos de una predisposición gótica del espíritu» (p. 68). Esta frase rebosa de monstruosidades: «forma vehemente» y espíritu gótico están muy distantes de ser la misma cosa; el semita nunca fue especulativo-filosófico; fue despiadado no tanto contra sí mismo como contra sus enemigos. Y por lo que se refiere al «genio del sufrimiento», esto no es algo gótico, sino problemática rusa. Ciertamente, existe un sentimiento de sufrimiento, pero para formarlo, y esto es lo que quiere decir crear arte, hace falta una acción, es decir, una fuerza de ataque. Esta tiene un origen distinto al del sufrimiento. Scheffler comete el error inverso al de los sucesores de Nietzsche. Estos trasladaron expresiones anímicas helénicas al arte germánico, Scheffier traslada la personalidad germánica a lapones, chinos y a toda la «humanidad». Una empresa que hoy en día es imperdonable.

A diferencia del templo griego, el estilo gótico alcanza su máxima expresión en el interior. Los grandes ventanales con vidrieras, que desplazan deliberadamente los muros constrictivos, disuelven la sensación de estrecho confinamiento gracias a sus colores y efectos de luz. También aquí el movimiento se traslada conscientemente a la quietud de la sala, es decir, el sentido del tiempo a un arte espacial. El juego del sol a través de los cristales coloreados es, en su movilidad, lo contrario del efecto cromático del Partenón, por ejemplo, donde el color no era más que una superficie tintada que destacaba espacialmente sobre otra. Este sentimiento del mundo en la arquitectura gótica se ha remontado al anhelo germánico por el bosque (Chateaubriand llegó a ver en ello el «espíritu del cristianismo», aunque era y es el más acérrimo enemigo del sentimiento germánico por la naturaleza), las columnas los troncos de los árboles, los patrones de arcos apuntados el follaje, las ventanas las vistas del cielo; sin duda hay algo de verdad en esta interpretación, pero aquí se confunden causa y efecto. Las columnas, etc., no son nuevas realizaciones del bosque, sino que apuntan al mismo ser irracional que una vez buscó los bosques oscuros y ondulantes y las vistas de extensiones infinitas; este ser creó los contrafuertes góticos y el juego místico de colores a partir del mismo sentimiento por el mundo.

Así, incluso el espacio interior de la catedral gótica se convirtió en cambio y correlación, y no en líneas y formas espaciales que vuelven sobre sí mismas. Lo mismo ocurre con la estructura exterior.

Si el templo griego era una plástica que debía ser observada desde todos los ángulos, si estaba en sí fríamente terminado e independiente, en cambio, la catedral gótica se alzaba de entre un enjambre de pequeñas casas puntiagudas. Necesitaba estas como medida de su tamaño y las casitas y sus habitantes se apoyaban en la creación común de su alma. Que se ría de ello quien quiera, para mí ya se expresa aquí la esencia de dos almas: armonía de lo exterior (aislamiento) y afán interior de la (dinámica) personalidad (relación). Por eso fue una brutalidad despejar el derredor de las catedrales de Colonia, Ulm, etc; para poder «contemplarlas mejor». Nuevamente se había partido aquí del espíritu griego, nuevamente se había cometido un pecado contra sí mismo, no se había comprendido a sí mismo. Una vez cometido el hecho, ciertamente a los profanadores se les llenaron los ojos de lágrimas. Ahora quieren edificar nuevas casitas...

El espíritu personal y a la vez tipográfico de los siglos 13 a 15 hablaba en poesía, en piedra y en madera. Aparece en camas, armarios, cofres, barandillas. Una y otra vez trata de ser íntima y múltiple, mostrando siempre disgusto por la forma probada. Es un canto a la individualidad incluso en los burgueses. Y mientras tanto, Walther von der Vogelweide canta sus irreprimibles canciones de libertad. Wolfram von Eschenbach y Meister Gottfried componen melodías alemanas y entonces otro medio se convierte en la expresión del alma alemana: el estilete y el pincel, que más tarde son sustituidos por el órgano y la orquesta.

La esencia helénica culmina en la escultura, y la arquitectura también forma parte de ella. Todo está subordinado al punto de vista plástico. La escultura griega se centra casi exclusivamente en la persona del hombre. El ser humano como cuerpo ha sido el motivo durante siglos y se ha realizado con el mayor grado de perfección en miles de obras.

También aquí dominaba la voluntad objetiva de estilo. Todo lo arbitrario es reprimido todo lo irracional es retrotraído a relaciones simples, todas arrugas y los pliegues son alisados, todas las exageraciones eliminadas. La liga juvenil griega, la Efebia, creó aquí su arte. De este modo, las obras forman larga hilera hasta Fidias, Escopas y Praxíteles[133], en total armonía lineal y equilibrio con centro de gravedad corporal ponderado. Hasta el movimiento ha sido transformado en reposo, hasta la palestra en posición de equilibrio ponderada. Esto es casi un completo descarte de la personalidad. Se tiene a menudo la sensación de que esta forma y esta superioridad de autocontrol surgen de un cierto sentimiento de temor. Pues la muy alabada alegría del arte griego no agota su esencia. Un rasgo subterráneo de melancolía atravesaba el alma griega; pero, —en este caso por suerte— no era lo suficientemente intenso como para influenciar la creación artística. Donde el equilibrio griego fue roto, eso se produjo como bacanal «dionisíaca», y para la persona era toda la atención en la casa de baños, durante el festín, en el arte. De ahí que el falo sea el símbolo abiertamente expuesto de la vida «griega» en descomposición de las postrimerías. La voluntad del griego había

[133] También en sus más subjetivas derivaciones (Pompeya) el helenismo queda formalmente intacto. Esta seguridad de la forma es la fuerza y la debilidad del griego. Fuerza en cuanto los helenos quedaron a cubierto de más de un camino extraviado; debilidad, porque es un testimonio de deficiencia de volición interna.

sido gastada hasta tal punto en la lucha contra el instinto, que en la creación del arte la razón reflexiva se hizo cargo del rol conductor. De ahí la objetividad del helenismo. De ahí también nuestra doctrina obligatoria del estado de ánimo estético a-volitivo.

3.

LA CLANDESTINIDAD RELIGIOSA

Lo que tenían en común el arte griego y el gótico era su base religiosa. En el estado de ánimo religioso, aunque a menudo sólo sea tácito, se revela toda la atmósfera del alma de un pueblo. El aflojamiento de las ataduras materiales y la búsqueda a tientas de algo eterno (el sello de este estado de ánimo) es para nosotros una señal de que la fuerza elemental espiritual y únicamente creativa del hombre está realmente viva. De este estado de ánimo surge el santo, el gran explorador de la naturaleza, el filósofo, el predicador de un valor moral, el gran artista. Si un hombre o un pueblo carece de este estado de ánimo aún sin forma, pero único capaz de dar a luz, también carece del requisito previo para un arte grande y verdadero. Su subjetivo errante tendrá entonces necesariamente la ventaja. En honor de los dioses crearon Fidias y Kallikrates; en honor de Dios trabajaron las almas populares durante siglos enteros en la catedral de Colonia, en los templos en las rocas de la India, en estatuas del eternamente silencioso Buda. El elemento primigenio deviene forma mediante un renacimiento artístico. Y aunque este elemento divino no lleve nombre, su aliento sopla en un autorretrato de Rembrandt, en una balada de Goethe.

Este fondo primigenio genuinamente religioso falta, excepto en casos aislados, en la raza de los semitas y sus hermanastros bastardos, los judíos.

El estado de ánimo apartado del mundo, madurado a fe religiosa, siempre, aun cuando necesariamente debe conservar representaciones terrenales, tendrá la tendencia de desprenderse del último resto de la tierra, o de envolverse por completo en el silencio. Esto no puede ser de otra manera en la creencia en la inmortalidad sentida inmaterialmente.

En todo el llamado Antiguo Testamento no encontramos la creencia en la inmortalidad, como es bien sabido, salvo la precipitación de la influencia externa demostrable de los persas sobre los judíos en el «exilio». La creación de un «paraíso» en la tierra es el objetivo judío. Para ello, como se dice en los últimos «libros sagrados», los justos (es decir, los judíos) se arrastrarán fuera de sus tumbas en todos los países a través de agujeros especialmente perforados para ellos por fuerzas desconocidas a través de la tierra hasta la tierra prometida. El Targum, los Midrashim, el Talmud, describen este glorioso estado del paraíso esperado con el más amplio placer. El pueblo elegido gobernará entonces el mundo renovado. Todos los demás pueblos son sus esclavos, mueren, vuelven a nacer, para ser echados nuevamente al infierno. Los judíos, empero, no se irán de aquí y llevan una vida bienaventurada sobre la Tierra. Jerusalén ha sido edificada de nuevo con el mayor esplendor, las fronteras del sabbat están guarnecidas de piedras preciosas y perlas. Si alguien tiene que pagar deudas, arranca una perla del cerco y está libre de todos los compromisos. La fruta madura cada mes, los racimos de uvas son tan grandes como toda una habitación, el cereal crece por sí mismo, el viento junta los granos, los judíos necesitan tan sólo recoger a paladas la harina. Ochocientas especies de rosas crecen en los jardines, ríos de leche, bálsamo, miel y vino corren a través de Palestina. Cada judío posee una tienda, encima de la cual crece una parra áurea, de la cual penden treinta perlas; bajo cada parra hay una mesa de piedras preciosas. En el Paraíso florecen 800 especies de flores, en cuyo centro está el árbol de la vida. Este posee 500.000 clases de perfumes y sabores. Siete nubes están sobre el árbol y los judíos golpean sus ramas desde cuatro lados para que su gloriosa fragancia se extienda de un extremo a otro del mundo, y así sucesivamente.

La tierra de la leche y la miel se ha vuelto religiosamente seria y ha celebrado su resurrección en el marxismo judío y su glorioso «Estado futuro» (Zukunftsstaat). Este estado anímico explica la avaricia del pueblo judío hasta el día de hoy, y al mismo tiempo su falta casi total de auténtica fuerza creadora anímica y artística. Falta el elemento religioso primordial, la creencia exterior en la inmortalidad es solo una adaptación superficial a puntos de vista ajenos, nunca una fuerza motriz determinada interiormente. Por esta razón, el «arte» judío nunca será personal, pero tampoco un estilo realmente objetivo, sino que revelará meramente destreza técnica y artilugio

subjetivo que sólo busca el efecto exterior; por lo general asociado a ingredientes groseramente sensuales, cuando no orientado totalmente a la inmoralidad. En el «arte» judío tenemos casi el único ejemplo donde un viejo grupo de seres humanos (pueblo no se puede decir) que ha participado de muchas grandes culturas, no ha podido liberarse del instinto; el «arte» judío es, por lo tanto, también casi el único que se dirige al instinto. Por lo tanto, no despierta el auto-olvido estético, ni se dirige a la voluntad, sino simplemente (en el mejor de los casos) al juicio técnico o a la excitación emocional subjetiva.

Veamos a los artistas judíos. Podemos empezar con los Salmos, que alternativamente parlotean con miedo, exultan de terror o echan espuma por la boca de forma vengativa (salmos que sólo gracias a la versión poética de Lutero suenan a menudo tan hermosos), pasando por el gimiente Gebirol, el lascivo David ben Selomo hasta el infame Heinrich Heine. Préstese atención a Kellermann, que endiosa a Mamón, o a Schnitzler, el buscador sensual. Felix Mendelssohn fue conducido por Zelter a través de años de trabajo hasta Bach, para quien el judío hizo entonces propaganda. Lo mejor de su obra es técnicamente formal. Fíjese incluso en Mahler, que intentó decididamente llegar a las alturas, pero que finalmente tuvo que «judear» (Louis) y esperar lo último de una orquesta de mil voces. Mírese la producción exagerada y en masa del circo teatral Reinhard Goldmann, examínese los niños prodigio judíos en el piano, con el violín, sobre el escenario: talmi (similor), técnica, artilugio, efecto, cantidad, virtuosidad, todo lo que se quiera, pero nada de genio, nada de creatividad. Con su alienación hereditaria de la naturaleza europea, toda la judería se convirtió en promotora del «arte» negro en todos los ámbitos.

Que la prohibición de no hacer dioses se debe a la completa incapacidad de hacer arte plástico, ya fue comprobado por Dühring; ésta es también la razón por la que pudo ser efectiva durante milenios. Las actuales tentativas desesperadas de artistas plásticos judíos de demostrar su talento mediante futurismo, expresionismo y «nueva objetividad», son un testimonio viviente de esta vieja realidad.

No hay que negar las aproximaciones individuales a las aspiraciones más elevadas (Juda Halevi), pero el judaísmo en su conjunto carece de la fluidez de la que nacen las obras verdaderamente grandes.

Si, como en nuestro tiempo, los «artistas» judíos ocupan un lugar preponderante en nuestra vida artística, entonces esto es un signo infalible de que nos habíamos extraviado del camino correcto, de que –solo temporalmente, con suerte– se había enterrado una fuerza anímica que no debía perderse.

El arte del islam puede interpretarse como algo casi puramente subjetivo. Todo el murmullo de las salpicaduras de las pintorescas fuentes, todos los lugares sombreados, acogedores y murmurantes, todo el abigarramiento de los colores tornasoleantes, toda la iluminación con millares de velas de la Alhambra, todo el juego desconcertante de líneas de la ornamentación de las paredes de los palacios, no puede hacer olvidar la pobreza anímica interior. La mayor parte de lo grande, empero, que el islam nos ha dejado en su camino a través del mundo –las potentes cúpulas de los sepulcros de los califas, la transmisión de la sabiduría griega, los cuentos llenos de fantasía– los reconocemos hoy como préstamos de un espíritu extraño, ya sea que proceda de Grecia, Irán o India. Un sistema desprovisto de religión metafísica, no pudo ser realmente creativo. Aun cuando el más allá árabe no fijaba ningún lugar sobre la Tierra tal como lo hicieron los judíos, sin embargo, el contenido representativo es esencialmente el mismo. Que esta esterilidad del alma vaya unida a una fe indomable no altera los hechos. Siempre reconoceremos al árabe como un personaje peculiar, pero no como una persona creativa.

Esta contrapartida nos muestra el anhelo de la mayoría de los otros pueblos en relación con los demás. Visto desde aquí, Lao-Tse se acerca a Iagñavalkia, a Cristo y a los grandes de Europa, por muy diferentes que sean. Se ponen en juego fuerzas que, aunque viven espacialmente cerca, en su interior son mundos aparte.

Al islam le es ajeno la sujeción a leyes tanto en lo objetivo como en lo personal. Así como no ha engendrado ni una gran epopeya ni una gran música, tampoco ha creado un arte arquitectónico propio. Ha tomado todas las ideas arquitectónicas de los persas arios, no ha impuesto a la materia hallada ninguna forma realmente nueva y sujeta a leyes como genuina expresión anímica, sino que se dedicó casi exclusivamente a un juego decorativo arbitrario.

A través de tal subjetividad se originó, p. ej., el arco en forma de herradura. La viga horizontal que soporta el armazón para el asentamiento del arco común, descansaba sobre los salientes de la columna o del pilar. Después de su remoción resultaba una saliente muy notable, que ahora simplemente fue rellenada con mortero. Esto dio al arco una forma no dictada por ninguna necesidad estática; por otra parte, tampoco fue la expresión de una voluntad interior de formar. Fue una arbitrariedad poco artística. Sin embargo, esta forma se repitió después a lo largo de la línea del arco, dando lugar al arco de trébol, a los arcos con lenguas de piedra que sobresalen, etc. Obsérvense ahora las diversas variedades. Sea en la Mezquita de Córdoba, de El Ashar, del Minarete Kait-Bai, de la Mezquita Barkuk en el Cairo, de la Mezquita Meschkehmeh en Bulak, en la Iglesia conventual de Segovia... Además, algunos edificios tienen un conjunto de arcos que se encuentran con el vértice del otro, los más imposibles juegos con bóvedas, colmenas (sala de los Abencerrajes), etc. Los ornamentos «islámicos» a veces muy entrelazados, a menudo severos, los dibujos en vestimentas y enrejados, procedían casi todos de Persia. Los antiguos dibujos iranios de telas y los manuscritos provistos de dibujos han sido los modelos para esto.

Mientras la columna dórica desprovista de base estaba condicionada estrictamente desde el punto de vista, técnico-arquitectónico y artístico-arquitectónico, este principio es totalmente inadecuado para la sala de la famosa Alhambra. Haciendo abstracción por completo de que las columnas en la mayoría de los casos han sido recogidas de otros edificios y tuvieron que ser niveladas en su altura mediante cojinetes de distinto grosor, los arcos se apilan doblemente encimados. Las columnas parecen poder soportar apenas la presión y propiamente agujerean el arco.

La esencia de la arquitectura islámica se revela en el muy ensalzado arabesco. Verdaderamente esto es lo más hermoso que los árabes han creado. Pero tampoco es una pieza de arquitectura, sino un simple adorno. El espíritu de arbitrariedad se evidencia precisamente aquí: el ornamento cubre toda la pared, carece de dirección; puede ser prolongado hacia todos los lados o terminado arbitrariamente. Mientras el adorno griego estaba encerrado dentro de un determinado espacio, compuesto para una determinada delimitación de superficie, mientras en la obra gótica todo se subordinaba a la dirección vertical que pugnaba por escapar de la Tierra,

originándose por tal motivo en cada caso una sujeción externa a leyes como consecuencia de una orientación interior hacia una meta, en cambio, en el arabesco impera la falta de mesura, la inexpresión. El mejor instinto para el valor de la «arquitectura» islámica lo han demostrado los pintores de bastidores de los teatros de operetas o especialidades. Aquí encajan trivialidades decorativas y el exceso de dirección.

Es necesario poner de manifiesto esta esencia extranjera. Hoy en día podemos hacerlo con justificación, porque al observar de cerca los métodos puramente técnicos de construcción, se nos da un medio para juzgar también otras expresiones del estilo islámico. Nuestros «filósofos» deberían dejar de buscar un «alma mágica» en el arabesco, para encontrar en él algo parecido al ser fáustico que se esfuerza por llegar al infinito. Más de una cosa que el islam nos ha dejado en herencia es seguramente mejor de lo que recién se ha descrito, pero entonces también se evidencia, en la mayoría de los casos hasta comprobable documentalmente, que los verdaderos creadores de esta herencia no fueron árabes. Así como la ciencia «árabe», el cultivo de la filosofía griega no estaba en manos de los árabes, sino que era practicada casi exclusivamente por persas que hablaban árabe, así también, p. ej., la mezquita del profeta en Medina fue erigida por artesanos foráneos. El Walid tuvo que recurrir a Bizancio para poder edificar en Jerusalén. Griegos erigieron «la maravilla del mundo» en Damasco. En Egipto, los árabes encontraron una rica arquitectura copta; la hermosa construcción de muchos de los edificios allí fue realizada por ingenieros coptos. Así un artista copto edificó la mezquita lbn-Tulun. Él fue también el que usó por primera vez conscientemente el arco ojival. El modelo para ello lo ofreció, sin embargo, la puerta de mármol (Quartier Nayassin) que antaño había pertenecido a una iglesia normanda (St. Jean d'Acre Akkon). Todo esto debe tomarse en consideración a fin de obtener una visión justa de las diferentes influencias: sasánidas, coptos y griegos ofrecieron el fundamento. Luego se desarrolló sobre ello la arbitrariedad árabe con su sobresaturación decorativa.

Ahora se comprenderá que la imitación de estos elementos árabes (arco de trébol, arco conopial, arabesco, etc.) nunca debe arraigar entre nosotros, pues nos son ajenos y deben permanecer para siempre divorciados de nosotros como testimonio de un alma ajena a la que no se puede aplicar ni el concepto de arte de la personalidad ni el de estilo de la objetividad.

4.

EL ESTILO INDIVIDUAL

Entre el subjetivismo artístico sin dirección y el estilo interiormente orgánico y, sin embargo, autodidacta de la personalidad, hay naturalmente toda una escala de artistas y movimientos artísticos. Muchos artistas están dotados de tendencias para «lo más alto», sin que, sin embargo, sean capaces de guiar este don hacia una perfección artísticamente bien lograda; los otros se adueñan despreocupadamente de la vida común, la describen, pintan, estilizan, por puro placer en la formación. La individualidad –como la asociación dada aquí en la tierra de persona y personalidad– se posesiona de nosotros.

Entre el subjetivismo y el arte de la personalidad hay que establecer, por tanto, una etapa intermedia: el paso de la arbitrariedad a la ley interior; llamemos a estos ámbitos el estilo individual, que subraya algo parecido al crecimiento (orgánico), pero también indica una limitación. Estas designaciones (hay que subrayarlo expresamente) son metódicamente necesarias para captar la vida, que siempre está en movimiento. Sólo podemos reconocer algo si lo vemos como una forma, aunque los contornos no sean rígidos sino plásticamente móviles.

El amor a lo individual es una característica tan excelente de Europa y especialmente de su corazón, Alemania, que necesitamos echar tan sólo una fugaz mirada a la poesía, al arte arquitectónico, a la escultura y a la pintura, para hallar la confirmación de esta opinión. Los tallistas góticos de piedra y de madera, los pintores de paisajes de todas las comarcas, los dibujantes de las biblias en los conventos, los inventores de las letras crespas, los cuentistas de historias extravagantes..., en todos ellos el afán de expresión, y más exactamente de una expresión muy enérgica, ha devenido estructura a través de mil manos. En los cientos de pintores de Holanda vive el mismo espíritu, también en todas las artes de la vieja Francia aún está vivo y en aisladas individualidades encuentra todavía hoy su nueva acuñación.

A este campo pertenece como uno de los más grandes Pedro Pablo Rubens.

Nadie pone en duda que en él han visto la luz del mundo grandes tesoros de fantasía rebosante de fuerza, pero cómo dispuso de ella, a qué materia, a qué contenido, la aplicó, cómo estaba determinada la orientación de su tratamiento eso nos muestra a este artista colocado casi exactamente en el medio entre sujeto y personalidad. Toda su plasmación se refiere a la naturaleza sensual, con sus mil colores y formas, con sus pasiones, alegrías y temores. Encontramos toda la escala de nuestra individualidad mortal expresada desde la fina ternura de su retrato con Isabella Brandt hasta el frenesí de celo de la Gran Kermesse; desde la sensual alegría de vivir de las lascivas ninfas y el embriagado Sileno hasta el grito de desolación de la carne en la caída al infierno de los condenados. Los temas son siempre nuevos y vivientes, la composición perfecta y a pesar de toda la bacanal de los sentidos, de una objetividad artística segura de su meta. Pero en ninguna parte Rubens logra una creación que sea capaz de iluminar toda esta lujuria terrenal o esta pena terrenal como una parábola, que dé cuenta del éxito de una visión grande, genuina, interior, supramundana. Rubens lo intentó, ¡incluso a menudo! Pero su gigantesco lienzo de Cristo ascendiendo al cielo, que, de pie sobre el globo terráqueo, aplasta la cabeza de la serpiente, los dragones apocalípticos y otros monstruos, las nubes apretadas, los ángeles regocijados y las túnicas revoloteantes y relucientes, todo ello representa un gasto de material e imaginación sin parangón; pero solo son intentos fallidos. Cuanto mayor es la extensión de sus obras, menor es su empuje espiritual. Y los viajes infernales de Rubén –obras maestras de la vida, el movimiento y la composición– sólo muestran una exuberancia exterior y son trucos persuasivos para hacer creíble un poder sobrenatural, de otro mundo, mediante el uso de la fuerza externa.

Un Rembrandt se despide de este mundo con obras en las que a veces una sonriente superación del mundo, a veces una estremecedora desesperación ha guiado el pincel. La última obra de Rubens es él mismo como el San Jorge en reluciente armadura, que abate al dragón. Rubens vive una rica existencia como hombre, es venerado como artista por todo un mundo, y trabaja el despreocupado refinamiento de la individualidad. Rembrandt se retrae completamente en sí mismo y considera a todo el mundo –sin sentimentalidad, pero lleno de los más profundos presentimientos– como una materia que debe ser superada. La obra de

Rubens es una portentosa sinfonía de la vida en todas sus formas, el poder de esta existencia es su contenido. Como su obra más grande aparece, por tanto, también aquella en la cual todas las buscadas alegorías del tesoro de leyendas griegas que dilapidó en María Médici, todos los símbolos apocalípticos son echados a un lado y la vida loca de su mundo circundante suministró el fundamento: la Kermesse en el Louvre. El que haya estado alguna vez frente a esta obra ve en un momento aquello para lo cual un Schopenhauer necesitó toda una vida para describirlo: la fuerza del instinto ciego. Sin cualquier alegoría la vida misma se ha transformado aquí en tal. Los comilones y bebedores, las rameras y los mozos lascivos, los cantores y las ebrias bailarinas repiten una y la misma canción, la del animal desenfrenado. La fuerza artística que todo esto por así decir lo lanzó de un golpe sobre el lienzo, es en su manera única. La persona en todos sus desenfrenos, esto ha sido el contenido y la forma artística de Rubens.

Franz Hals, que pintó la vida en el lienzo con brocha gorda, riendo y burlándose, es similar, pero menos potente; Adrian Brouwer, que murió demasiado pronto, está inspirado por el mismo espíritu, pero lleno de un impulso mucho más dramático. Sus representaciones del individuo y de lo libidinoso recuerdan a menudo a la feria de Rubén y sugieren a un artista que –de haber vivido más tiempo– podría haber luchado con el material y formado una vida dramática interior a partir de la pintura de género holandesa.

Otro cuyas obras podemos calificar sin dudarlo de estilo individual es Lorenzo Bernini. El constructor de las columnatas de la Plaza de San Pedro, el gran escultor, fue venerado por toda una generación como uno de los mayores genios artísticos. También nosotros tendremos que admirarle a menudo, pero sus payasadas en la construcción de la escalera de la Sixtina, su toque notablemente sensual, por ejemplo, en el Cupido y la Psique, su uso exagerado de material cautivador es para nosotros un signo de adaptación al gusto de las masas, o al menos significan una falsificación de la fuerza creativa más íntima. Al igual que Rubens, hombre de la mayor imaginación y dominio de la materia, maestro en la explotación de todos los medios y trucos pictóricos y perspectivos, carece sin embargo de esa grandeza de alma y de la magia misteriosa que emana de las obras de un Leonardo o un Rembrandt o de las del maestro Erwin.

Unas palabras sobre la época y el término «barroco».

Nuestras historias del arte hablan de los «maestros del Barroco» como representantes de un único movimiento artístico e intelectual. Sin embargo, la verdad de esto se convierte en una afirmación engañosa si no se explica cuál es la esencia del término Barroco. Se dice que, en contraste con el principio renacentista de esforzarse sólo por la armonía, el barroco se esfuerza por el poder de expresión. Aparte de que esto no es cierto para los más grandes del Renacimiento (Leonardo, Donatello, Masaccio), hay que seguir diseccionando la segunda afirmación para no quedarse tranquilo con una frase vacía. Porque, ¿qué significa decir que Miguel Ángel es barroco al igual que Velázquez, Shakespeare, Rembrandt, y al mismo tiempo Rubens y Hals, el Hijo Pródigo e «il Gesu» en Roma? Aquí aparecen, pues, diferencias bastante enormes que no pueden englobarse en una sola palabra, a menos que se haya llegado primero a un acuerdo fundamental sobre distinciones claras acerca de la multiplicidad que abarca un solo término.

Vemos el gótico desde una distancia mucho mayor que el periodo «barroco», captando su propósito unificado con más claridad de lo que es posible aquí. Sin embargo, ya hay elementos y expresiones secundarias muy diferentes que hay que tener en cuenta en su evaluación. El «Barroco» es ahora una nueva ola intelectual que debe ser apreciada no solo en su duración temporal, período de oscilación y potencia, sino especialmente en su superficie y profundidad valorativa. Y es precisamente aquí donde resultará fructífera la norma extraída de la esencia de nuestro arte, que ya vimos surgir en el gótico: la fuerza del efecto de la personalidad artística, de la individualidad, del subjetivismo.

En Miguel Ángel se ve, con razón, al artista que en la forma más evidente rompió con todos los dogmas estéticos de Grecia: ningún apaciguamiento de pasiones existentes mediante una forma equilibrada, sino quebrantamiento de las mismas a través de leyes propias, a través de una voluntad personal de artista. Como en una protesta salvaje y consciente contra la Hélade se encuentran ante nosotros los trabajos del hombre que no hablaba ni griego ni latín, que creó Los Esclavos, el Moisés, los sepulcros de los Médicis, y cuyas Sibilas y Profetas dan cuenta de tal riqueza anímica que Goethe pudo decir que después de Miguel Ángel ya no le gustaba la naturaleza misma, pues no podía mirarla con un ojo tan grande como él. Miguel Ángel se creó

él mismo la ley que únicamente siguió, por la que únicamente fue capaz de vencer a la materia. En forma igualmente personal procedió Rembrandt e igualmente grande, Shakespeare.

En la obra de la vida de estos hombres hallamos la escala de lo crasamente individual hasta la total «espiritualización». El «Monje en el trigal» de Rembrandt, sus cabezas de judíos, sus grabados al agua fuerte de rincones y de seres humanos abandonados, son obras que se apoderan de la vida en todas sus alturas y profundidades, se extienden desde la «Pareja en la cama» hasta la «Hoja de los cien florines». Los sucesores y pequeños contemporáneos se quedaron en la esfera individual. La fuerza de la concentración que se puso en evidencia en el plano y en la construcción del San Pedro de Miguel Ángel, se transformó más tarde en un despliegue de energía más bien exterior; su vestíbulo para la biblioteca vaticana, que desprecia todas las barreras de las leyes de la construcción, con las pilastras caladas y los tumultuosos trazados de líneas, fue una irrupción subjetiva única, pero que en muchos otros llegó a constituir el principio básico permanente. Ahora se amontonan las colecciones de columnas, aparecen cornisas sinuosas, nichos pintorescos son labrados dentro de las paredes, los frontones son calados y cubiertos de cartuchos. Torres y fachadas son perfiladas con formas redondas y potentes volutas se extienden hasta el centro del edificio. *Il Gesu, Maria della Salute* y centenares de otras construcciones dan testimonio de grandes exteriorizaciones de fuerza, pero también de una voluntad de estilo determinada solo por lo individual-pictórico. Esta es hundida aún más profundamente dentro de la esfera del subjetivismo; la Contra-Reforma jesuítica vio en el despliegue de rayos de latón, oropeles de papel, guirnaldas de yeso revestidas de pintura dorada y otras sandeces que deslumbran a la masa, un medio de volver a conquistar mediante el «arte» las almas que se habían perdido por la Reforma. Si aislados Papas habían prestado ayuda al gran arte para la glorificación de Roma, y la suya propia, en parte también por verdadero placer creador, ahora surgió una mezcla de poderosa intención pictórica y completo salvajismo artístico, el llamado estilo jesuita, que tuvo un efecto casi exclusivamente sensual.

Las «columnas sentadas», los bastidores de cartón y estuco de un Pozzo, S. J., son modelos clásicos de aquellos crímenes artísticos que aún hoy se

encuentran por doquier en toda Europa. El alto vuelo del gótico había pasado, la Roma sin raza, triunfante, había vencido al espíritu nórdico al menos en el arte arquitectónico. El protestantismo a su vez, cayendo en el extremo opuesto, permitió que entrara en sus casas de Dios una pobreza que enfriaba el alma de la misma manera como ésta fue sobrecalentada sensualmente mediante oro, latón e incienso en las iglesias jesuíticas.

En sus más grandes representantes la era del barroco debe ser equiparada a la voluntad íntima de los creadores de las catedrales de Ulm, Strassburg, Reims, Laon, Compiégne y Colonia, solo que este espíritu esta vez se ha servido de otros medios. Si en los siglos 13 y 14 el arte arquitectónico fue el medio que lo dominaba todo y que corporizaba el más profundo anhelo, en cambio en los siglos 16 y 17 lo fue la escultura, pero sobre todo la pintura (sostenida por el espíritu musical); el lugar del compás y de la escuadra lo ocuparon el escoplo y el pincel. Si en el siglo 13 se pudo hablar con razón de un alma occidental personal orientada muy unitariamente, entonces ahora, además, con mayor precisión de personalidades individuales, que ciertamente también podían destacarse más en un cuadro que en la construcción durante largos años, poniendo en movimiento muchas manos, de una catedral.

Así como el gótico al final se extinguió en proezas de bóvedas juguetonas y patrones de burbujas de pescado, así el barroco en los incapaces imitadores de Miguel Ángel. El sentimiento vital llevó al maestro Erwin y a Rembrandt a las más altas alturas, mientras que por debajo el anhelo de miles de personas no era lo suficientemente fuerte como para seguirlos.

Lo esencial: la autocrática superación y la dominación de la materia constituyen la base tanto del gótico como del barroco. Pero mientras una de las épocas realizó planes de asalto al cielo, la otra era concentración anímica. Un nuevo paso fue dado en ese sentido cuando la poesía y la música, en una nueva onda «gótico-barroca», posibilitaron al ser nórdico y alemán las más profundas expresiones...

Ahora surge en la estructura interna lo que debe llamarse arte germánico (o nórdico-occidental). Su meta es la corporeización de la máxima energía anímica con siempre nuevos medios bajo siempre nueva forma. De tendencias subjetivas y creaciones individuales (es decir, unidades) surge como flor una nueva espiritualización del mundo, para –después de haber

desplegado su esplendor– volver a hundirse en lo carente de forma para su refundición.

Tres veces lo hemos vivido: en la época del gótico, del barroco y en la época de Goethe, cuyas repercusiones subjetivas se producen en la actualidad. Este es el pulso vital de Europa, que late más rápido y de forma más dramática que el de otros pueblos. Sumamente grave es el gemir de los pájaros de mal agüero que hoy se explaya entre nosotros y anuncia el hundimiento cultural del Occidente, porque no se presta atención al ritmo, sino que se pretende creer únicamente en una única gran toma de aire. Si otros pueblos no parecen poseer este ritmo, sino que han dejado tras de sí una sola gran línea vital, entonces esto no significa para nosotros de ninguna manera una ley de la vida, y aquellos hombres que de preferencia usan el ejemplo de la planta que florece y muere deberían proseguirlo un poco más, a fin de que se haga aplicable para nosotros. Un viento abrasador de otoño sopla hoy en nuestro mundo cultural. Los que se sienten viejos encuentran muchas razones para presentar el próximo invierno como el último. Para los que han perdido la fe, la mente fría es a la vez maestra y diseñadora. Pero el que ha reconocido no el tomar-aliento multimilenario de la China sino el violento pulso de Europa como una peculiaridad que solo le pertenece a él y una actitud ante la vida que solo a él le es propia, ¡mira con un ojo diferente tanto al pasado como al futuro, como heraldo de nuestra «fatídica desaparición»! El gótico terminó en el más aburrido sistema gremial, la práctica de los maestros cantores en la más seca sobriedad, el barroco se desbordó en mil trucos de manicomio. Hoy vemos, después de un enormemente desorientado empleo de viejas formas, desfogarse la igualmente desorientada anarquía. Puede que aún no hayamos llegado al fondo de la marea. Pero como ya tres veces, Europa recuperará el aliento por cuarta vez. Cuáles medios serán los justos, para la renovada interiorización de nuestra vida, eso aún no lo sabe nadie. Pero, en cualquier caso, serán los que se vinculen con lo eterno y su dirección para experimentar el nacimiento de una auténtica forma nueva.

De la confrontación de las leyes estilísticas, esencialmente condicionadas por el tiempo, también da lugar a la solución fundamental de una cuestión muy discutida en las últimas décadas y que vuelve a tener una importancia

práctica capital en la arquitectura actual: la permisibilidad de utilizar formas estilísticas antiguas.

La segunda mitad del siglo 19 fue también la época de una búsqueda sin precedentes de todas las formas en la arquitectura y la artesanía. Autoridades de todos los tiempos, modelos de todos los siglos e imágenes de las obras de todas las naciones adornaban el taller del artista de la construcción y parecía natural en aquel momento que se le permitiera imitarlos a todos. El desarrollo técnico había progresado a una velocidad inimaginable, requiriendo siempre nuevas fábricas, estaciones de ferrocarril, centrales eléctricas, etc., de modo que no había tiempo para la penetración artística de las nuevas exigencias. Ya no era posible tratar las nuevas cuestiones de forma imparcial y uno se dejaba llevar sin rumbo por las viejas corrientes de agua. Comenzó aquella construcción de horribles estaciones ferroviarias, fábricas y depósitos, con capiteles griegos fundidos, hojas de acanto, imitaciones de formas moriscas, góticas, chinas, unidas a la más cruda construcción de hierro. Toda Europa sigue cubierta de estos productos de una decadencia artística sin precedentes. Y cuando una nueva generación quiso violentamente llegar a ser «personal», nació el mal afamado «estilo juvenil», cuyos crímenes artístico-artesanales pueden ser admirados desde París hasta Moscú y Budapest. Hoy en día, todavía hace estragos sin control en muchos lugares. La fuerza creadora se rompió porque había sido desfigurada ideológica y artísticamente por un estándar ajeno y, por tanto, ya no estaba a la altura de las nuevas exigencias de la vida.

El nuevo entusiasmo por el gótico, que se vivió a principios del siglo XX, hizo que se construyeran nuevas iglesias y ayuntamientos «góticos». Esto demuestra que es imposible utilizar las formas góticas para la creación del presente. Nuestro sentimiento del mundo contemporáneo ya no es vertical, quiere poder y expresión, pero ya no en la forma de la antigua voluntad gótica. Pues el estilo personal gótico, aunque haya surgido del carácter arquetípico germánico, sólo refleja un cierto tipo de sentimiento que solo prevalecía en aquella época. Para los edificios monumentales, nuestro tiempo debe apilar bloques de construcción sobre bloques de construcción, para las torres de agua necesita formas enormes y cerradas, para los silos de grano masas simples y gigantescas. Imponentes deben presentarse nuestras fábricas, los edificios comerciales dispersos han de ser reunidos en gigantescas casas

del trabajo; las usinas de electricidad extensamente articuladas se posarán sobre la Tierra. Las construcciones de una gran fábrica, antes aglomeradas el azar, se unirán orgánicamente en una comunidad interior; de los buques modernos desaparecerán las piletas de natación pompeyanas y los salones de estilo Luis XVI, que hoy en día no sirven ni para los advenedizos más ordinarios. Los hoteles han de desprenderse de sus adornos de similor, las estaciones ferroviarias «moriscas» serán demolidas, una canción de hierro y piedra se entona con nuevos ritmos. Y aunque a la decepción le siguiera el desencanto, ya había una auténtica alegría de crear en el mundo cuando la historia de los artistas de la construcción empezó a comprender las nuevas cuestiones de la vida y luchó por una expresión acorde con su naturaleza y su tiempo. El desenfreno que aún era posible en las otras artes encontró su ley reguladora en la arquitectura a través de la utilidad como fin último y el cálculo económico. Al igual que la verdad suele ser la mejor política a largo plazo, la conveniencia tectónica es el mejor requisito para toda arquitectura. La forma gótica demuestra haber sido superada para siempre, pero el alma gótica ya está luchando visiblemente para cada persona no ciega por una nueva realización. Y fuera de él un nuevo ritmo hecho de piedra. Esto comenzó en Estados Unidos, que hasta ahora ha fracasado por su falta de cultura; en Alemania, en cambio, se comienzan a presentar nuevas soluciones al problema de la construcción moderna: el rascacielos. El efecto disuasorio del arte norteamericano advenedizo, con sus rascacielos de estilo renacentista o con frontones góticos, con dibujos barrocos, o la más aburrida técnica de ingeniería (que hasta en Norteamérica se acerca a su fin) nos ha hecho olvidar que aquí se exigía una respuesta a un interrogante también inherente a nuestra vida. Un coloso de piedra tras otro se apretuja en las antiguas casas de América, las iglesias, antaño los edificios más altos, yacen en grotesca atrofia en medio de un enorme montón de piedras. Nueva York se construyó sin una medida interna de valor y escala orgánica. El arquitecto gótico sabía muy bien que no podía colocar una iglesia y una torre del ayuntamiento una al lado de la otra. El tamaño de un edificio habría destruido el tamaño del otro, privando a la altura de su escala necesaria. Las prisas y las penurias americanas estaban libres de estas consideraciones. Sin embargo, las experiencias realizadas allí dan lugar a exigencias del tipo más ineludible para Europa.

Junto con el problema de un edificio con cimientos más amplios, nos esforzamos por avanzar hacia arriba desde el nuevo estilo vertical, un macizo potente que, con las propias alas laterales como escala de su magnitud, constituye un sistema arquitectónico por sí mismo. Desarrollará sus propias normas. Por ello, exigiremos una ley elemental que obligue a no levantar ningún edificio nuevo en un entorno dominado por edificios de varias plantas. Lo mismo ocurrirá con los edificios que se eleven a partir de un área pequeña. Sólo así se puede lograr el ritmo espacial y la fuerza interior.

De ello resulta la interesante relación de que el uso de las formas exteriores góticas significa una imposibilidad interior, pero que la voluntad interior gótica y su ley de construcción deben experimentarse de nuevo[134] si se quiere que surja una auténtica arquitectura del futuro.

La relación con las formas arquitectónicas griegas es a la inversa. Ellas son, como se ha expuesto, de naturaleza objetivamente eficaz. Un cimacio griego es el ABC de toda terminación libre de comisa. Puede tener más ímpetu en su contorno que en el Partenón, sin embargo, la forma básica sigue siendo la línea formada por dos cuartos de círculo. Si una carga horizontal debe ser recibida por una columna de piedra, entonces el capitel dórico, el fuste dórico de la columna con su acanalamiento, su suave hinchazón, reproduce con fidelidad casi mecánica el transcurso de la línea de fuerza. Asimismo, la forma del ábaco solo será pasible de muy pocas modificaciones. Estas formas del estilo griego son eternamente objetivas y han reclamado con razón su uso; al fin y al cabo, ¡si es que se quieren expresar estas delicadas transiciones entre carga y soporte! El Renacimiento creyó deber hacerlo, el clasicismo del siglo 19 más aún. También aquí en el transcurso de los últimos años ha tenido lugar un alejamiento y viraje interior. Hoy se desdeña estos eslabones intermedios al igual que se rechazaba la

[134] No nos podemos ocupar aquí de detalles. Remito a los por todos conocidos rascacielos de Nueva York, luego al espantoso proyecto de la Tribune Tower (Chicago) de los arquitectos Howells y Hood y al mucho más genuino diseño del finlandés Saarinen, aunque de ninguna manera ni definitivamente satisfactorio. Además, los intentos de Russel y Crosell de conseguir su estructura a partir de la propia masa del edificio, los diseños urbanísticos de Hugh Ferris y Dudok, y el edificio de aspecto ciertamente colosal de la New York Telephone Company. En Alemania son dignas de notar las propuestas de Wilhelm Kreis, los proyectos para la casa alta de la Liga Nacional-alemán de Dependientes de Comercio de Hamburgo, la Casa de Chile, etc.

dirección vertical del gótico. Las líneas que se interseccionan chocan entre sí clara y nítidamente; también aquí no impera una armonía amortiguada, sino abierto cambio de dirección. Rudo y duro como los puños que encimaron piedra sobre piedra. La búsqueda del «gótico» moderno no pugna por elevarse a través de las nubes, sino que apunta al trabajo monumental. Igual que Fausto deseca pantanos, y después de parecer él mismo irremisiblemente perdido en el pantano de clasicismo y la anarquía, notamos cada vez con más claridad lo que hoy quiere: ennoblecimiento, espiritualización e impregnación anímica del trabajo más rudo.

Y hay una última cosa que nos da derecho a hablar de las formas básicas de la arquitectura griega antigua como algo siempre reutilizable, algo que se remonta a la prehistoria y que combina la practicidad con la naturalidad y la personalidad racial. En todos los lugares donde prevaleció la cultura de las razas mediterráneas, podemos encontrar el edificio redondo como su tipo de construcción. Este es el tipo básico de la casa etrusca, los castillos prenórdicos de Cerdeña y el tipo del castillo original de Tirinto. En el norte, sin embargo, el edificio rectangular se desarrolló orgánicamente mediante el uso de madera larga. Ya desde los tiempos de la cultura megalítica, hay pruebas de edificios de planta rectangular con porche y postes: el arquetipo de la posterior casa ática, el edificio del templo griego. Los tipos de casa de Haldorf, Neuruppin, en Brandeburgo, las casas de la Edad de Piedra son los arquetipos que las tribus nórdicas llevaron al valle del Danubio, a Moravia, a Italia, a Grecia, pero sobre todo las formas megalíticas de los castillos de Baalshebbel. En el siglo 8 a. C., nos sale al encuentro luego esta casa germánico-griega, sobre los escombros del viejo castillo circular del Tirinto pre-indogermánico surgió la construcción nórdica rectangular; según este principio fueron edificadas las casas reales en Micenas, en Troya, en todas aquellas partes donde el ser humano nórdico se presentó conquistando y engendrando. El «rubio Menelao» del que refiere Homero pertenece al castillo de Alkinoos, que Ulises divisa «edificado con postes» (Odisea 7), los Grandes Reyes aqueos Atarisias (Atreo) y sus compañeros, que extendieron su mano hacia las costas del Asia Menor, ellos son los constructores de los palacios troyanos que transmitieron su plano hasta los tiempos más tardíos, hasta Halicarnaso. El desarrollo y la idea fundamental de la arquitectura griega son, por consiguiente, de la misma naturaleza que el sentimiento

germánico. A estas ideas –independientemente de la forma sujeta al tiempo– han seguido siendo fieles también la catedral «románica» (en realidad del todo germánica) y la gótica. El principio basilical, que constituye la base de ambas formas, significa la esencia de la construcción nórdica del espacio. En Italia, donde la marea nórdica, aun cuando se extendió por todo el país como en Grecia, a menudo solo bañó los centros etruscos y, por tanto, los dejó intactos, experimentamos con especial claridad la lucha contra el diseño rectangular. Ella parte, de la casa circular etrusca, pasando por la construcción en herradura, hasta los planos de las residencias romanas de Pompeya. Cierto es que esa construcción circular aparentemente también se remite a lo puramente técnico, pero estos orígenes se remontan a mitos antiguos. El matriarcado originario de los pueblos pre-nórdicos del Mar Mediterráneo fue simbolizado por el pantano, respectivamente las plantas y los animales palustres, los signos de relaciones sexuales comunes generalizados. Isis, la madre-naturaleza, se representa sentada en los juncales del pantano, Artemisa y Afrodita son veneradas «en juncos y pantanos». Pero de este mismo juncal simbólico también nació la originaria casa etrusca, al ser clavados los tallos de junco en círculo en el suelo, reuniéndose los caños en la parte superior. Esta forma fue imitada luego en piedra. El primer culto del matriarcado, el culto del pantano, tiene, por ende, el mismo simbolismo que la choza-habitación del pueblo primigenio «italiano» venerador de la madre. La lucha, no obstante, se muestra más tarde ante todo en las controversias entre el principio central y el basilical en la construcción de iglesias. La gran construcción en cúpula del San Pedro originario (que más tarde fue modificado basilicalmente) muestra esta idea del antiguo pensamiento de la casa circular al igual que S. Stefano Rotondo o María della Salute. Es cierto que la fuerza formadora nórdica más tarde se ha adueñado a menudo también de este principio, sin embargo, siempre ha seguido siendo interiormente extraño para nosotros. La construcción circular limita la mirada hacia todos lados, carece de orientación, en el fondo es simultáneamente también libre hacia todos lados; en el sentido más profundo del concepto tridimensional del espacio una construcción circular no puede en absoluto transmitir un real sentimiento de espacio, por más fuerte que haya sido la mano del artista que la creara.

En oposición a los pueblos del Mar Mediterráneo con sus imágenes de dioses mezcladas con animales, el griego nórdico (en el que a menudo podemos leer mejor nuestro ser que en las antigüedades germánicas casi completamente destruidas por los monjes) llevó en su corazón una imagen de los dioses libre y desprovista de demonios.

Como bellamente señala Karl Schuchhardts[135], la divinidad se asentaba allí donde el primer rayo de sol iluminaba una cima. Allí donde había picos libres al este, el hombre nórdico trasladaba a su dios: así al monte Athos, al monte Olimpo, al monte Parnaso, al monte Helicón, en el norte a los montes Wodans y Donar. Donde no había montañas, las altas cumbres del bosque ocuparon su lugar: el roble de Zeus, los robles sagrados de los pueblos germánicos, que son cortados por Bonifacio. Pero –añadimos– en el lugar de estos robles asesinados surgieron los campanarios «románicos», las torres góticas de las iglesias. ahora captaban los primeros rayos del sol divino en alturas vertiginosas; la torrecilla se convierte en su sirviente e intérprete, y cuando los remates brillan en rojo, este resplandor despierta esos mismos sentimientos de sublimidad que cuando el pueblo de Homero miraba al Olimpo o la antigua Germania se reunía en el alto robledal al amanecer.

De este modo el gótico y la Hélade han vuelto a aproximarse interiormente en forma estrecha en nuestra vivencia anímica y artística. No pensamos en dejar que las nuevas posibilidades queden sin utilizar, ni en atarnos para siempre a formas y técnicas limitadas en el tiempo; al contrario, afirmamos el flujo de la vida, la diversidad de los estados anímicos y de tiempos. Sin embargo, más allá de esto, seguimos sintiendo felizmente las fuerzas de la vida que nos conectan misteriosamente, y en este caso especialmente la del sentido del espacio, que posee las mismas formas de representación, que para nosotros son primigenias, como requisito para su realización.

El giro desde una técnica adoradora de la materia hacia un genuino sentimiento de estilo ha sido efectuado hoy. La personalidad occidental, aún intacta, no intentará escapar de la tierra en un anhelo eterno, sino que respetará la tierra, la moldeará y la «espiritualizará». Verá en lo finito una alegoría de lo infinito, imbuirá de fuerza al alma. Hoy en día, la arquitectura

---

[135] *Vorgeschichte von Deutschland* (Prehistoria de Alemania), Múnich, 1928.

(a pesar de la escuela de arquitectura de Dessau) es el primer arte que está en camino de volver a ser honesto. A ella le espera el gran cometido de superar a la técnica mediante técnica y nueva creación. Quien tenga ojos para ver divisará la búsqueda, que se vuelve consciente, de proporcionar a la nueva voluntad de forma de nuestra vida una estructura interiormente verdadera, en la obra de los silos de granos de California, en un barco de vapor del Lloyd Norte Alemán, en los puentes del ferrocarril de los Tauern... Llegará el momento en que esta nueva búsqueda de la verdad dé lugar también a teatros, ayuntamientos y edificios sagrados; hoy, un arquitecto moderno mira con pena y vergüenza la Friedrichstrasse de Berlín, el ayuntamiento de Múnich, a la espantosa catedral nueva de Barcelona y a miles de otros testimonios de un arte interiormente falso y de un caos cosmovisional.

5.

EL UNIVERSALISMO EMERGENTE

Se ha distinguido entre el estilo de la personalidad y el estilo de objetividad. Confieso que es crítico hablar hoy sobre «personalidad», cuando todo individuo inmaduro aplica despreocupadamente a sí mismo este concepto y todo dirigente exige hoy para el futuro del pueblo y del Estado en primer término un tipo y una cría de tipos. Sin embargo, está claro que la forma que adoptará nuestra existencia en todos los ámbitos tendrá su punto de partida, como siempre ocurre ahora, en los grandes individuos. El miedo a ser considerado de mal gusto y a ser tomado por escritor de folletos ha hecho que muchas personas serias se abstengan de utilizar la palabra personalidad, pero hay que hacerlo. Al evitar el concepto y la palabra personalidad existe el peligro de una volatilización de los razonamientos y del idioma en lo irreal e inasible; en el «sentimiento de lo infinito» sin límites, p. ej., como se ha puesto de moda expresarse hoy.

En el Yo se hallan incluidos el individualismo y el universalismo. La época individualista, tal como transcurre hoy en peligrosas convulsiones, ha

permitido a la doctrina universalista recobrar fuerza. Estas ideas antinaturales engendran necesariamente formas contrarias a la vida, contra las que el individualismo se rebela entonces de nuevo, y a las que somete por la fuerza, si es necesario. El desconsiderado individualismo y el ilimitado universalismo se condicionan recíprocamente. Recién mediante el concepto de nacionalidad y racialismo como expresión —o, si se quiere, como fenómeno paralelo— de una determinada actividad anímica, tanto el uno como el otro principio reciben una limitación, también de carácter físico-orgánico. Pero una fuerza anímica clara y una conciencia de un ser espiritual-volitivo siempre activo significan precisamente personalidad. Esta es y sigue siendo la más profunda vivencia de los occidentales y ninguna falsa vergüenza debe impedir el tratamiento de este problema, sin la cual, en definitiva, nada puede remontarse a su origen.

Al igual que hoy, tras el colapso del individualismo económico, el Estado y la economía se construyen a partir de pensamientos universalistas (mientras que el nacionalista-socialista parece haber nacido ya como una visión orgánica y fructífera del futuro), la explicación del alma y el arte occidentales como el eterno esfuerzo por dar expresión al sentimiento de soledad e infinitud significa un esfuerzo concurrente que se aleja de las personas y la personalidad hacia a lo amorfo e ilimitado. El sentido del infinito se encuentra en el gótico, en la música evanescente, en las perspectivas infinitas de los jardines de Le Nôtre, en el claroscuro de Rembrandt, en el cálculo infinitesimal.

Ciertamente, el sentimiento de soledad y de infinitud es también una característica del ser occidental. En el teatro, obsérvese la referencia a esto en el Acto III de Tristán, luego cierren los ojos y pónganse en la posición del hombre solitario en su imaginación. En lo alto de un acantilado rocoso, sobre él un infinito azul lleno de agonía, cercano a la intemporalidad. El alma de Tristán anhela algo infinitamente lejano, una idea que para él aquí en la tierra se llama Isolda. En medio de esta desolación, un sonido se escucha desde algún lugar, unas notas de flauta de pastor en un ritmo idiosincrásicamente remoto, que expresa precisamente lo que no puede ser revestido con palabras nacidas de la razón.

Wagner trabajó en el Tristán en Venecia, solo, deliberadamente encerrado, separado de Mathilde, con pensamientos suicidas en el corazón.

Otro cuadro. En medio del máximo ambiente pequeño-burgués vivía Hans Sachs. Al principio del III acto también él crece hacia la soledad. No está solo. A su alrededor miles de personas embriagadas de la mayor alegría festiva, una ciudad pintoresca, parejas felices de enamorados, entre ellos su protegido que se desgasta con su propia persona. Todos animando a «nuestro gran Sachs». Los gritos de salvación resuenan en su honor. Y en medio de este ajetreo se mantiene sonriente, rico pero solitario, desamparado, y expresa palabras sobre lo eterno del arte; para muchos incomprensibles, palabras sobre «maestros alemanes». Nuevamente el sentimiento de infinito, y no obstante llevado a la expresión en forma completamente distinta que en el Tristán. En Tristán, Wagner creó en concordancia de lo exterior e interior, en Hans Sachs, en contraste.

Pero, ¿qué es lo que da lugar a este sentimiento de infinito, de abandono y de soledad, un sentimiento que no encontramos tan pronunciado en ninguna de las almas raciales y culturales que conocemos? Sobre las múltiples diferencias de las almas de los pueblos se ha llamado lo suficientemente la atención, también sobre el eterno afán de las naturalezas fáusticas y sobre su sentimiento de lo infinito, pero aún no se ha elevado a la plena conciencia. También el indio tuvo un sentimiento de eternidad, éste es una antigua propiedad aria. Pero el indio se diluyó en el universo, su ansia buscaba la completa disolución, su infinidad era el saber de la igualdad de todas las manifestaciones, del Yo y del Alma del Mundo. No podía sentir la soledad en nuestro sentido: ¡se veía a sí mismo en todas partes!

El ser humano fáustico no solamente penetra en lo infinito y en lo más profundo, sino que él es verdaderamente solitario... Pero esto solo es posible porque interiormente experimenta algo inmortal que le es propio solo a él, porque no solo se distingue de su entorno como persona, sino porque es una personalidad, es decir, siente un alma inmortal, que aparece una sola vez, una fuerza de singularidad, eternamente activa, dominante, investigadora, carente de tiempo y espacio, desligada de todo nexo terreno. Este es el secreto del alma germano-nórdica, el fenómeno primordial, como lo llamaría Goethe, detrás del cual ya no podemos buscar, reconocer ni explicar nada, que sólo debemos venerar para dejar que actúe en nosotros.

La idea de la personalidad imperecedera es el desafío más fuerte a este mundo de apariencias. El indio, después de haber distinguido entre el alma

y el mundo, rechazó este último como una mentira y una farsa, atribuyendo la verdadera realidad solo a la primera. Según él, el alma, el Atman, el Ser era el Uno y Único. El Atman estaba plenamente contenido en la gota de agua, en el animal, en el ser humano, estaba indistintamente en todas las criaturas de este mundo como algo «sin edad, joven», como un «milagro prematuro». A partir de este sentimiento de todo lo que se difumina en el infinito, las diferencias incluso de las razas humanas y los espíritus fueron pasadas por alto, todas las diferencias terrestres fueron consideradas como engaños, declaradas inexistentes con el mayor poder mental. «Tú también eres todo», esa es la enseñanza del alma india; era la dilatación ilimitada (expansión) siguiendo a la contracción filosófica (intensión) sin precedentes.

La razón filosofante insta en todo momento a unir lo múltiple de este mundo en la unidad, a formar experiencias a partir de las percepciones, a formar la unidad a partir de la multiplicidad. La India era predominantemente filosófica, es decir, no trasladaba la salvación a una transformación religiosa y volitiva, sino a un acto de conocimiento. El que penetraba la ilusión de este mundo estaba salvado. También corresponde a este talante filosófico básico el que una multiplicidad de almas, pensamiento tal como aparece en épocas posteriores en el sistema Sankhya, le parezca una blasfemia del sentido filosófico. Así aparecerá también para todo filósofo inclinado solamente a la cognición; la filosofía de la razón como tal siempre apuntará a un monismo indio o adorador de la sustancia.

A este punto de vista se opone el alma religiosa de Occidente, esta vez de acuerdo con las enseñanzas de Jesús: la afirmación de la eterna personalidad frente a todo un mundo. Ella proviene en su aislada corporeización (manifestación) de un algo desconocido, que solo surge en nosotros como la sombra de un recuerdo en algunas horas de elevación interior; ella tiene que realizar aquí sobre la Tierra un cometido desconocido, descargarse y volver a su propia esencia primigenia. Toda personalidad es única, sin fin; esta es la voluntad religiosa en oposición al monismo filosófico. La mónada se halla sola en el universo, ella vuelve a lo que, en el idioma de la religión, llama «el Padre». Lo que despierta la resistencia filosófica es la experiencia religiosa.

Por eso, a pesar de todas las Iglesias cristianas, Jesús es un eje de nuestra historia. Por eso se convirtió en el Dios de los europeos, aunque hasta hoy

en una distorsión no pocas veces repulsiva. Si este sentimiento concentrado de la personalidad, que construyó catedrales góticas, que creó un retrato de Rembrandt, pudiera penetrar más claramente en la conciencia del público en general, se pondría en marcha una nueva ola de toda nuestra moral. Sin embargo, el requisito previo para ello es la superación de las composiciones anteriores de las Iglesias «cristianas».

La dignidad de la personalidad no tiene nada que ver con la persona, de lo contrario, las personas más mundanas tendrían que encarnar la creencia en la inmortalidad personal con más fuerza. Pero éstos sólo exigen la extensión de su animalidad al infinito. La grandeza de Egipto, por ejemplo, está sobrevalorada. Las pirámides y la momificación no son la expresión de un sentido de eternidad de otro mundo, sino de una burda afirmación de la existencia. Por eso Egipto ha sido tan incomprensiblemente rígido, porque todo fue puesto o forzado al servicio de este mundo, un estado burocrático y clerical. Eso también tiene una grandeza fina, solo que una grandeza muy diferente a la que los románticos con inclinación personal tratan de atribuirle.

Examinado detenidamente, en la doctrina india antigua está, no obstante, ya encerrado también el concepto de la inmortalidad personal, a pesar de todas las protestas en contra. Pues si yo como planta, animal o ser humano con todo soy siempre un Yo, que vuelve a nacer, entonces se admite un algo inmutable, en el cual algo cambia. El concepto del Karma, rodeado de muchos misterios de la filosofía budista, aquí no aclara nada. La conocida alegoría de obra y carro es crasamente materialista y se basa en falsos juicios de semejanza. El «corazón del corazón» (Novalis) que renace según nuestra fe. La doctrina de la trasmigración dé las almas (metempsicosis) es, por consiguiente, entendida como alegoría, la respuesta más creíble a un interrogante que no debería en absoluto formularse con la intención de obtener una respuesta positiva a ello. Si yo reconozco que aquí estoy atado a formas de percepción sin las cuales nada en absoluto es para mí realmente representable (tiempo, espacio, causalidad), tampoco podría comprender ni la más verídica respuesta, pues ésta presupone formas de percepción completamente distintas o ningunas en absoluto. Si hablo de inmortalidad personal, y me enfrento a la conclusión de suponer en el «más allá» una masa de personalidades cada vez mayor, que todas las personalidades inmortales podrían al mismo tiempo multiplicarse (un pensamiento espeluznante), o que

existe un número bastante definido de personalidades inmortales que se realizan en la recurrencia eterna, la respuesta es que aquí se mezclan áreas y concepciones que surgen en nosotros bajo otras condiciones. ¡De las leyes del reino del «más allá» no sabemos nada! Las leyes que son válidas aquí (también hay que rechazar la idea de «aquí» y «allí», pero demuestra que no podemos evitar su uso) no son aplicables en el «otro» estado.

En la idea de la personalidad se concentra, en cierto modo, el problema metafísico en un punto. Todo ser humano siente en sí una cantidad de posibilidades plásticas, sabe que alguna predisposición se marchita, que otras capacidades se han desarrollado o pueden desarrollarse. Y, no obstante, él se reconoce a sí mismo en toda nueva acción. Sabe que las líneas constructivas de su ser permanecen las mismas, se ve aparentemente frente a una ley incondicional. Esta imposibilidad de escapar de sí mismo y a pesar de ello, a su vez, la seguridad de ser un Yo, es la causa por la cual el reconocimiento de la libertad de la voluntad y el reconocimiento de la ley inflexible habitan juntos en un mismo ser humano. Jesús opinaba que un cardo no puede dar higos, por consiguiente, tampoco un hombre malo hacer obras buenas. A pesar de ello exigía la vuelta interior. Lutero escribió un libro sobre la no-libertad de la voluntad y uno acerca de la libertad del hombre cristiano; Goethe pronunció sus «Urworte» (Palabras originales), Kant desarrolló el hecho de las antinomias; Schopenhauer niega la libre voluntad, pero vuelve a introducir el ordenamiento moral del mundo.

Para todos los europeos en el concepto de la personalidad está encerrado el último misterio, pero al mismo tiempo el antagonismo entre la libertad y la no libertad es para nosotros solo condicional. Si hacemos abstracción de las influencias puramente mecánicas del exterior, que actúan sobre nosotros como criaturas de la naturaleza (esta influencia introducida en forma completamente falsa, por contrabando, en el tratamiento del problema de la personalidad), entonces la causa del antagonismo consiste en que nosotros mismos, en diferentes situaciones, nos juzgamos desde diferentes puntos de vista. Si sentimos la «falta de libertad» de nuestro ser, el impulso incondicional de poder actuar de esta manera y no de otra, inconscientemente dividimos nuestro ego en dos partes y sentimos la que nos pesa, en lugar de decirnos que nosotros, como personalidad, nos queremos así, que esta actuación es un ser interior que se desarrolla externa y

vivencialmente a través del tiempo. Cada uno ha creado la ley para sí mismo. Que creara esta ley, es la libertad de su personalidad. Esta cognición coincide exactamente con la doctrina del maestro Eckehart.

No es, como enseña Schopenhauer, que el carácter empírico y el inteligible sean dos fenómenos de dos planetas, por así decirlo, que existen fuera de la personalidad individual, como un orden general del mundo empírico y moral, y que constituyen al ser humano por coincidencia accidental, como también afirma la doctrina india del karma. Tanto si la lengua vernácula alemana proclama que cada uno es el artífice de su propia fortuna, como si Goethe habla del poder creativo de un genio o Eckehart exige que uno se convierta en «uno consigo mismo», en esencia dice lo mismo. Es la especial actitud germánica ante el viejo problema de la humanidad.

La idea de la personalidad inmortal es poesía del alma, pero es una fantasía religiosa que no contradice la crítica más estricta del conocimiento, sino que puede abordarse –aunque con cautela– incluso desde el lado material de la vida. Frente a lo inorgánico, la pregunta del porqué, de la finalidad, carece de sentido. La vida, sin embargo, no puede captarse de otro modo; en todas partes hay una realización de algo, las transformaciones están siempre condicionadas por una meta. Así que la vida tiene un propósito, es decir, un propósito inconsciente. Todo ser recibe instintos, afanes, para su camino, que sirven a esta tendencia hacia una meta, por consiguiente, al logro de un fin. ¿Es, pues, un pensamiento absurdo si aquí reclamamos una semejanza también para el ser humano?, dicho más limitadamente, para el ser humano nórdico, y decimos: el hecho de que la creencia en una inmortalidad irrumpe siempre de nuevo y nos guía interiormente, muestra que ella es una fuerza que nos ha sido conferida adicionalmente, que ya de por sí representa nuestra inmortalidad. Un gran investigador de la naturaleza y gran pensador al mismo tiempo, Karl Ernst von Baer, ante la pregunta respecto a la esencia de la vida declara: «Dado que la auto-plasmación no consiste uniformemente en el logro de una determinada forma, sino que prepara los órganos para el futuro empleo y que las substancias son continuamente transmutadas para la autoplasmación, por lo tanto, el carácter

más general del proceso vital me parece ser la tendencia a un fin»[136]... Reconoceremos que la esencia de la vida solo puede ser el proceso vital mismo o el transcurso de la vida. No buscaremos entonces por la localización en el espacio de la vida, dado que el proceso vital solo puede transcurrir en la observación del tiempo... «Me parece que la verdadera tarea de la investigación de la naturaleza es comprender cómo la vida natural consiste en necesidades intencionales y los objetivos perseguidos con determinación»[137]. Aquí se nos presenta ahora una prueba de carácter: ¿somos capaces de interpretar la pletórica vida racial y sus leyes como alegoría de algo eterno o no? ¿Podemos tener la vivencia de nuestra voluntad de inmortalidad como un medio tendiente a un fin? ¿Percatamos por sentimiento que, así como la vida aquí ya descarta el espacio, también ya se halla por encima de la común causalidad, que después de haberse desembarazado también del tiempo, perdura aún?

Un ejemplo paralelo, que aclara aún más nítidamente la situación, lo muestra la doctrina de la predestinación. Ella significa en el mundo de ideas occidentales nada más que el «Dios dentro del pecho», que no es la antítesis del yo, sino el ser propio mismo y determina la meta a través de la índole del ser. En el mundo de ideas judeo-sirio-romano, sin embargo, que separa violentamente personalidad y Dios y los enfrenta como enemigos, la idea de la «predestinación» se transformó en una concepción demencial que rebajaba al ser humano a un esclavo nato.

Una de las criaturas sacadas de la Nada era para siempre elegida por el espíritu creador arbitrario, la otra condenada para siempre. El porqué siguió siendo un secreto del hechicero instructor. Aquí presenciamos de nuevo la calamidad, cuando idearios de índole muy especial son «asimilados» por un modo de pensar foráneo; la bastardización espiritual y anímica es entonces la consecuencia ineludible. El respeto innato de la personalidad germana por otras especies ha ocupado las posibilidades plásticas de nuestro ser en una dirección que ha hecho que se marchiten muchas cosas que podrían haber florecido conforme a la propia especie. Gracias a Dios la monstruosa doctrina

---

[136] *Ueber Zielstrebigkeit in den organischen Körpern* (Sobre la finalidad de los cuerpos orgánicos).

[137] *Ueber Zweckmässigkeit und Lielstrebigkeit überhaupt* (Sobre la conveniencia y el propósito en general), 1866.

de la predestinación de Agustín no ejerció influencia realmente duradera, un signo del inconsciente rechazo que no entregó lo último tampoco a la «Roma Eterna».

Únicamente en el «cristianismo» estrictamente eclesiástico-judío sigue viviendo aún la completa separación entre la personalidad y Dios, a pesar de que la figura de Jesús exige precisamente esta unidad en una medida como en la historia rara vez ha crecido hasta tan cautivadora grandeza: la personalidad absoluta que es, vale decir, vive libre de acuerdo a su propia ley, como señor sobre la persona. Sin embargo, esto supone el mayor contraste posible con la llamada «vivencia de la personalidad», como dice nuestro lenguaje de moda. Porque lo primero es dominación, lo otro, impotencia. Si añadimos que esta libertad está orgánicamente circunscrita por la raza y el pueblo, tenemos ante nosotros el eterno prerrequisito de toda época cultural de Occidente que es peculiar de la especie.

La idea de una personalidad autónoma y la doctrina de la predestinación están ahora estrechamente vinculadas al concepto de destino.

Aquí se enfrentan dos cosmovisiones irreconciliables: la de la India antigua y la de Oriente Próximo. El indio, como aristócrata del alma, sólo se atribuye a sí mismo su destino en la tierra. Si le preguntas a un ciego de nacimiento por qué cree que tiene que sufrir este castigo, te responderá: porque hizo el mal en una vida anterior. En consecuencia, ahora deberá tolerar una desgracia acorde con sus actos. Este pensamiento, perfectamente lógico, excluye por completo lo externo, niega de forma bastante autocomplaciente precisamente aquello que los que hemos crecido en el ámbito de la actividad eclesiástica estamos acostumbrados a caracterizar como «destino inexorable». Este énfasis en lo externo es el desafortunado legado que debemos a la forma anterior del cristianismo, que trajo consigo el mundo del pensamiento del Cercano Oriente a Europa. Mientras la época homérica vivía su vida llena de confianza en sí misma y en el universo, a causa de posteriores graves conmociones externas también la vida interior griega llegó a vacilar. En la tragedia, aparecen por ello, la personalidad y el destino de una manera completamente dualista. Inocentes-culpables, las personas sucumben a las fuerzas externas (Edipo). A partir de esta desesperación, el alma escindida dio el siguiente paso: la sumisión a un hechicero que controlaba esta alma, que absorbía la personalidad por

completo, que se presentaba como el destino, como el «representante de Dios» y se esforzaba por mantener al hombre en una eterna humildad sumisa.

De nuevo, el germanismo aparece en doble oposición a estos dos tipos. No presume de declarar inexistentes el universo físico y sus leyes, pero tampoco sabe nada del fatalismo semítico o del delirio mágico sirio. Más bien, vincula el Yo y el destino como hechos que existen simultáneamente, sin preguntarse por la causalidad de ambas partes. La relación de los pueblos germánicos con el concepto de destino es bastante similar a la presentación posterior de Lutero de la coexistencia de las leyes naturales y la libertad personal. Su actitud espiritual hacia el universo coincide exactamente con las investigaciones epistemológicas de Emmanuel Kant sobre un reino en el que hay libertad y un reino de necesidad natural[138].

En ningún lado, quizás, se evidencia más claramente esta concordancia esencial de todo lo nórdico-alemán que en la yuxtaposición de antiquísimas sagas y canciones germánicas con esa suprema elevación del pensamiento kantiano, pero también con el himno de Hölderlin de que nunca el oleaje del corazón podría espumar tan bellamente si el destino no se alzara como una roca silenciosa contra él. En los Campos Cataláunicos chocan germanos contra germanos, ambas partes en la creencia del deber de combatir por su libertad y su honor. Y el bardo germánico concluye su canción del destino:

La maldición nos golpeó, hermano, matarte debo.
Que permanezca eternamente inolvidable,
duro es el dicho de las Nornas.

---

[138] Cabe añadir aquí que la confianza del simple creyente en «Dios, el Padre» es similar en esencia al concepto de destino que se dibuja aquí. La idea del «Padre» es la necesaria personalización que realiza el hombre religioso frente al filosófico, por lo que los valores del personaje son exactamente los mismos. Por eso, un pensador germánico podría llegar fácilmente a entenderse con un campesino nórdico que cumple recta y obedientemente con el deber de su vida, si las Iglesias envenenadas por los sirios no envenenaran y confundieran la propia confianza con doctrinas de pecado, promesas de gracia, purgatorio, condenación eterna. Es cierto que los que tienen confianza en su propia especie también tienen confianza en «Dios». Uno condiciona al otro. Por eso, las Iglesias de hoy y sus representantes necesitan gente dudosa, dividida y desesperada para poder imperar.

Aquí aparecen las Nornas actuando desapasionadamente como la alegoría de una necesidad inescrutable y, sin embargo, sentida de las leyes cósmicas. Los germanos en lucha toman ahora sobre sí conscientemente, al servicio de los valores interiores voluntariamente reconocidos, este destino y lo realizan sin lamentarse, como hombres libres. Los hijos de las Tierras del Norte, Hamdir y Sörli, cabalgan, instigados por su madre, hacia el Sur, solos, a la corte del rey godo Ermanerich, para vengar la muerte de su hermana. Saben que también ellos cabalgan hacia la muerte, pero se doblegan conscientemente y libres ante el servicio por el honor del linaje, luchan hasta la última gota de sangre, y las últimas palabras de Sörfi:

Bien hemos luchado, estamos parados sobre los cadáveres de los Godos,
y nos hemos alzado en armas como águilas sobre las ramas.
Buen honor es el nuestro, si hoy llega el fin:
la noche nadie verá cuando el Norna hable.

son de una naturalidad heroica sin sentimentalismo, que encuentra su par, en cuanto a espíritu heroico magnánimo, únicamente en las demás canciones germánicas. Ante todo, en la Epopeya de Hildebrand. Padre e hijo están parados el uno frente al otro, el primero como guerrero que vuelve a su hogar, el segundo como protector de su tierra. El padre reconoce al hijo, éste sin embargo ve en sus palabras de bienvenida solo un ardid de guerra e irrita con frases de escarnio al viejo héroe. Este resiste hasta que su hijo le acusa de comportamiento deshonroso. Entonces exclama Hildebrand:

«¡Ay de ti, Dios que impera, destino desventurado vendrá!»
«El más cobarde sería pues, aquel que viene del Este,
el que ahora el combate te negara, cuando tantas ansias por él sientes».

En el cumplimiento de las leyes autogeneradas del honor, el viejo Hildebrand ve también el destino reinante, una visión que llega hasta el misticismo germánico más profundo, que percibe el «alma no-creada» como Dios, como Destino propio. Pero simultáneamente la solución heroica de la epopeya de Hildebrand enseña aquello que Kant, en la máxima altura de la reflexión filosófica, llamó el reino de la libertad y el reino de la naturaleza, que en todas partes están separados, pero a los que el ser humano pertenece

simultáneamente. En este lugar se origina luego aquello que Kant llamaba lo sublime de la naturaleza humana: la conciencia del valor de la personalidad frente a un poder externo y terrible. Y L. Wolff señala muy acertadamente[139], que el Dios invocado por Hildebrand no es el Dios del cristianismo, que presuntamente tiende su clemente mano protectora sobre todos los creyentes. A través de este Dios cristiano la concepción del destino ha devenido, por un lado, individualista-egoísta, por el otro, debió conducir siempre, examinada consecuentemente, como se ha explicado, a la doctrina de la predestinación. La vieja epopeya de Hildebrand ha aparecido —como motivo— más tarde en todos los pueblos, y más exactamente en adulteraciones que sustraen lo esencial de todo el drama: en estas canciones, el padre solo se entera de que ha matado a su hijo después de cometido el hecho, o bien lo reconoce y cabalga tranquilamente a casa con su esposa Ute tras un breve torneo. Aquí ya son perfectamente palpables las influencias cristianas, que eliminan la idea del honor.

Y otra cosa más mostraron estas canciones germánicas (tales como la antigua versión de la Canción de Walthari, el relato de Aldwin y Thurisind y todos los demás), que el honor no provoca conflictos, sino que en la lucha sobre la Tierra soluciona los conflictos. La vida germánica recién llegó a ser problemática cuando los nuevos valores adquirieron iguales derechos que los supremos valores germánicos de honor, libertad, orgullo y valor. Este conflicto que desgarra el corazón de Europa es hasta hoy la causa más profunda de nuestra falta de estilo interior, de cultura popular, y de Estado Nacional. El amor y el cristianismo no pusieron freno a la «autodestrucción germánica», sino que avivaron la lucha de todos contra todos. Pues ya en la época de la migración de pueblos las tribus germánicas separadas violentamente sintieron con aflicción su antagonismo: «La maldición nos golpeó, hermano, matarte debo», canta el viejo poeta gótico... El imperio de Teodorico parecía entonces garantizar de nuevo la unidad germánica, si es que los francos romanizados no volvían a destrozarlo todo. Así continúa el trágico conflicto, se perdió la posibilidad de elevar la idea del honor personal, del honor del linaje, del honor de la tribu a un sentido general del honor

[139] *Die Helden der Völkerwanderungszeit* (Los Héroes del período de migraciones de pueblos), Jena, 1928, p. 146.

germánico, gracias al cristianismo romano. También cuando el guerrero de la época de la migración de pueblos se hubo convertido en el caballero asentado.

Según el punto de vista germánico, el destino y la personalidad están en constante interacción, y todo drama verdaderamente nórdico combinará de una u otra forma los acontecimientos externos y los valores internos del personaje, sin permitir nunca que discurran inconexos uno al lado del otro, algo que es tan cierto en el Cantar de los Nibelungos como en Fausto y Tristán. La estética empalagosa también ha malinterpretado este gran drama y lo ha visto solo desde el punto de vista de la embelesada Isolda. Sin embargo, ésta, quizás la obra más grande de Wagner, no es un drama de amor, sino un drama de honor. Porque Tristán siente como desprovisto de honor su amor invencible por la prometida de su rey y amigo, por eso se mantiene alejado de ella, por eso quiere luego beber el brebaje mortal cuando reconoce1a imposibilidad de dominar su amor. Cómo ahora este «más leal de los leales» arroja lejos de sí este concepto de honor, que constituye toda su vida, y se entrega a su pasión, éste es el enigma inexplicablemente irresuelto, que es simbolizado por el brebaje de amor. El punto culminante interior del drama es el instante cuando Marke y Tristán se encuentran frente a frente (no la muerte por amor, que significa un desenlace). Y mientras el Rey pregunta pensativamente al «más leal de los leales»:

¿Dónde están ahora el honor
y el auténtico linaje,
si el custodio de todos los honores,
si Tristán los perdió?
.....
El insondable
terriblemente profundo
misterioso motivo,
¿quién lo anunciará al mundo?

surgen de la orquesta aquellos sonidos que llenos de pesadumbre palpan hacia lo metafísico, como si preguntaran por la más profunda pregunta del

ser germánico: cómo aquél, «el más alto en todos los honores», pudo devenir «deshonroso». Algo que es imposible y que, sin embargo, parecía estar irremediablemente demostrado. Este último interrogante queda sin respuesta a pesar de la interpretación simbólica, Tristán muere por causa de su acción, conscientemente toma sobre sí la muerte y arranca el vendaje de las heridas sangrantes. Él muere a causa de la lesión exterior de algo que le es invulnerable, e Isolda por comunidad de destino con él. Tristán muere a causa de un conflicto de honor, Isolda a causa de una pena de amor.

Ese es el «destino» germánico y la superación germánica de la vida a través del arte. Pero dar forma a todo esto supone la mayor altura del arte de la personalidad.

Fuera de las Iglesias, en el siglo 19 surgió una visión del mundo, siguiendo a los filósofos naturales del siglo 18, que, sin crítica alguna, se esforzaba por clasificar a todo el ser humano en las leyes mecánicas de la naturaleza. Este intento torpe y materialista de proclamar una «ley económica» ineludible se considera hoy superado. En su lugar, sin embargo, ha surgido otro punto de vista (especialmente a través de Spengler) con un ropaje encantador, representado por el «hombre fáustico», dotado de un considerable poder de persuasión: la llamada visión morfológica de la historia. Estos maestros de las figuras históricas presentan con bastante acierto la causalidad y el destino como dos ideas que no coinciden. También renuncian en voz alta y abiertamente al fatalismo semítico que reconoce todos los acontecimientos como inalterables, pero ahora trasladan la idea del destino a los llamados círculos culturales que son ciertamente verificables históricamente, empero, –y aquí surge el peligroso error– sin examinar el origen orgánico-racial de estos círculos culturales y de su extinción. Desde lejanías nebulosas baja, según Spengler, semejante círculo cultural, tal como el Espíritu Santo, sobre un pedazo de la Tierra; los seres humanos que pertenecen a él viven una época heroica de elevación cultural del espíritu, luego la desintegración de la civilización y la decadencia. Y de estos cuentos se extraen después conclusiones preconizadoras de nuestro futuro[140]. Además, la esencia de este

[140] El Dr. H. Günther, en la 12ª edición de su *Rassenkunde des deutschen Volkes* (Estudios raciales del pueblo alemán), lanzó al respecto a Spengler una réplica aniquiladora. Spengler fantasea con un «símbolo de primer rango y sin precedentes en la historia del arte», que los griegos de la prehistoria «de repente» «volvieron» de la construcción en piedra a la

«nuevo» concepto de destino es su no reversibilidad, y al final nos encontramos con el hecho inesperado de que Spengler ha logrado introducir tanto el concepto naturalista-marxista como el mágico-proximoriental bajo la apariencia de Fausto. La doctrina de la naturaleza vegetal de los acontecimientos humanos nos sitúa de nuevo en la serie causal, y la doctrina de la no reversibilidad se supone que nos somete a un fatalismo. El realmente fáustico «¡sin embargo, yo quiero!» Spengler no lo conoce, él no ve las fuerzas anímico-raciales que moldean el mundo, sino que inventa esquemas abstractos a los que ahora tenemos que someternos como el «destino». Consecuentemente pensada hasta el fin, esta doctrina, brillantemente expuesta, niega la raza, la personalidad, el valor individual, todo impulso realmente promotor de cultura, en una palabra, el «corazón del corazón» del hombre germánico.

A pesar de ello, la obra de Spengler fue grande y buena. Golpeó como una tormenta, rompió ramas podridas, pero también fertilizó una tierra anhelante y fértil. Si es verdaderamente grande, debería alegrarse por ello: porque ser fructífero (sea por error) es lo más alto que se puede alcanzar. Ahora, empero, el despertar anímico-racial ha crecido mucho más allá de la «doctrina de la figura», ha crecido del pasado, ha encontrado su camino de regreso a los valores eternos y, a través de épocas de confusión, saluda a la gente y al arte de los tiempos pasados como un presente vivo.

---

construcción en madera. Y pasa por alto al respecto que la ola de raza nórdica trajo consigo esta construcción en madera, es decir, que una nueva alma se anuncia, que no es la misma que estaba actuando como Spengler se complace en hacernos creer falsamente. Además, Spengler constata la repentina modificación de la forma de sepelio en los tiempos védicos y homéricos. Y Günther debe también aquí llamarle la atención sobre el hecho que nuevamente la sangre nórdica trajo consigo el sepelio por cremación. Tal como aquí, en todas partes las fantasías de Spengler se desvanecen en la nada, por hermosas que sean algunas partes de su obra y por mucho de verídico que también contienen.

IV. LA VOLUNTAD ESTÉTICA

1.

Esta aparente digresión era necesaria porque permite comprender que lo esencial no es el «sentimiento de eternidad e infinidad», sino la personalidad dentro de las personalidades igualmente condicionadas, que es el fenómeno primordial de toda creación artística. El fenómeno del infinito de Lenotre y el misterioso claroscuro de Rembrandt no son un desenfoque hacia el infinito, sino una tensión anímica entre otras. Es curioso lo poco que los sistemáticos prestan atención al ritmo que siguen todos los grandes artistas de Europa, a veces conscientemente, a veces por instinto. Su arte no transcurre sobre una línea desde lo material hasta lo infinito, sino que recae nuevamente sobre el Yo, como si siempre condensara de nuevo las fuerzas anímicas para volver a lanzarlas hacia afuera. En el momento cuando Beethoven, en las mayores alturas, cercano a la disipación, forma imágenes tonales, irrumpe repentinamente en ello un jubiloso scherzo. En medio de los motivos de rechazo al mundo, resuena una imperiosa voluntad de lucha. Esto no son inhibiciones, sino ritmos vitales del arte occidental. El scherzo de un Beethoven, la acción final de la vida del Fausto centenario, la grandeza heroica del Sigfrido wagneriano, la superación sonriente de lo trágico y de lo limitado del Hans Sachs, la mística del Maestro Eckehart y su rica y activa vida, solo son comprensibles si se renuncia a todo monismo rígido. Interpretar la disipación hacia lo ilimitado como «alma occidental» es la tentativa fundamental de introducir fantasiosamente la nebulosa magia siria en la cultura de Europa.

La música de Bach y Beethoven no es el nivel más alto posible de volatilización del alma, sino que se nutre de la irrupción de una fuerza anímica sin parangón que no se limita a desprenderse de los grilletes materiales (eso es sólo el lado negativo), sino que expresa algo perfectamente determinado, aun cuando esto no pueda ser siempre cosechado de

inmediato como negro sobre blanco[141]. La superación germánica del mundo no es una expansión sin bordes (lo que sería «disipación»), sino energía acrecentada (es decir, acción volitiva), el «dulce acorde sagrado», al que Schubert atribuyó la omnipotencia.

La voluntad es la impronta del alma para una energía consciente de la meta, pertenece, por lo tanto, a la forma de pensar fijadora de metas (final), mientras que el instinto está ligado al modo de pensar investigador, de causas (causal). Incluso hoy en día, la voluntad estética se niega dentro del yo volitivo, que incluye toda finalidad. Sin embargo, es precisamente esta voluntad la que es, si no la más fuerte, sí la más completa expresión de la voluntad humana en general. Porque la creación artística es la transformación consciente de la materia y el contenido a través de una unidad ligada en todo arte por determinadas formas. Si las otras direcciones de la voluntad solo tienen un rasgo, una sustancia, el arte toma como materia toda la sustancia y el contenido, tanto sensual como suprasensual. En el sentido más amplio toda nuestra apropiación formada del mundo y del yo es una actividad volitivo-artística. La imagen mítica del dios que surca los aires en un carro de truenos y el mármol de Palas Atenea son, en esencia, consecuencias de la misma actividad formativa. Hasta la idea del éter y la ley de la conservación de la fuerza presuponen potencias anímicas formadoras semejantes.

Un ejemplo: el «Hijo pródigo». Es éste un cuadro del último año de vida de Rembrandt; lo pintó en un estado de la más profunda pobreza y desesperación. Se lo encontró después de su muerte entre trastos viejos. Vemos aquí el sufrimiento pasado concentrado en un instante, representado en la figura despiadadamente naturalista del pecador arrodillado. Al mismo tiempo parte de esta figura andrajosa, tranquilizadora y transfiguradora, un triunfo sobre todo lo horrible. El amor infinito habla desde el rostro del padre que se inclina. Aquí se enfrentan inexorable naturalismo, con todas sus contingencias y manifestaciones individuales, y la total superación de la naturaleza, como en pocos cuadros de todo el arte pictórico. Desde el punto de vista puramente formal, gráfica tanto como pictóricamente, todo corre desde indeterminada oscuridad hacia el anciano, inundado de blanda luz, su

[141] Figura usual en Alemania que alude al contraste de las letras negras de un impreso y el fondo blanco del papel.

rostro y sus brazos, toda la escala de matices desde el más profundo pardo, rojo y amarillo, encuentra aquí su luminoso punto culminante. Las direcciones de los ojos de las personas espectadoras igualmente convergen allí. Y al mismo tiempo existe aquí el máximo acrecentamiento dentro de la escala anímica: desde la indiferencia de simple espectador, de la curiosidad, de la devoción más profunda a la redención liberadora, edificante...

La actividad anímica plasmadora que había tenido lugar dentro de Rembrandt ha sido trasladada totalmente a las almas de ambos seres humanos, del hijo y del padre. Ha mostrado aquí la lograda transformación de afecto en libre accionar. La libertad ética ha recibido un modo de expresión artística; de una alegoría moralizadora se hizo una vivencia artística. Pues aquí no se nos enseña que es pecaminoso actuar tal como lo hizo el hijo, no se nos predica humildad alguna ni se nos ordena perdonar, sino que se nos presenta el acto libre y redentor de un ser humano, llevado a la más viva conciencia con todos los medios de la fuerza plasmadora, tal como los viejos mitos lo han hecho con la naturaleza. En el mismo estado de ánimo en el que Rembrandt se encontraba entonces, un Schopenhauer hubiera asentado los más profundos pensamientos sobre la nulidad del mundo, Cristo hubiera enseñado el perdón de todos los que nos desean el mal, Shakespeare hubiera escrito un drama conmovedor –un Rembrandt pudo hablar sólo con el pincel. Era una coerción anímica en una dirección perfectamente determinada; no era de naturaleza filosófica, ni ética, sino artística.

Durante décadas, la obra de Dostoyevski ha estado en medio de las más enconadas controversias. Los literatos delicados y sin gracia habían condenado la implacabilidad de las descripciones del horror, del vicio, reprendían el efecto aterrador de los estados de ánimo insuperables. Por otra parte, los adictos a la nicotina y a la absenta encontraban un voluptuoso placer en admirarse como Raskolnikovs, Myshtins o Karamazovs. Los unos censuraban la «forma desequilibrada», los brincos de la exposición, luego a su vez lo infinitamente detallista, otros elogiaban las figuras de Dostoyevski como profetas de una nueva religión. Algunos vieron la única pauta de valor en lo presuntamente humano-significativo, otros en el inexorable naturalismo.

En la medida en que los dostoyevskianos son tipos rusos, o hasta reclaman el derecho de ser valorados como ejemplos de una nueva naturaleza anímica, está plenamente justificado el más acerbo rechazo contra esta pretensión. Pero no se puede aceptar que estéticos que presuntamente se afanan de modo escrupuloso por separar con todo rigor el «objeto estético» de lo extra estético, se quejan de que al leer el Raskolnikow uno se siente «ablandado y molido, aplastado en todas sus fibras» e irrumpen en el lamento: «¿De dónde, pues, ha de venir el grado de libertad y equilibrio que constituye el elemento vital para la contemplación estética?» (Volkelt). Aquí evidentemente se confunde el objeto heroico y moral con el estético. Esto tiene su razón en el hecho de que se examinan los efectos puramente psíquicos del ser humano moral, pero la fuerza plasmadora, la voluntad estética del poeta, no es tomada en consideración. En consecuencia, la crucifixión de Grünewald también tendría que ser rechazada como siniestra porque las mujeres se desmayaron ante ella. Porque también aquí no se nos ahorra nada terrible y el «equilibrio estético» antiguamente santificado es atacado sin piedad por esta obra cumbre de la vieja pintura alemana. ¡Pero no debemos sentir a los héroes o a las víctimas individuales, sino la fuerza que los creó!

La obra de Dostoyevski tampoco puede medirse por los estándares morales humanos ni por los estándares de la llamada forma objetiva, sino que hay que decidirse, por fin, a completar toda su estética artística con otro modo de apreciación, tal como aquí se intenta. Es esto el reconocimiento de una fusión volitiva profundamente interior. Frases de equilibrio moral, dominio formal, etc., ya no tienen cabida aquí.

Fue de un modo general la culpa de 99 entre 100 estéticos del arte que, al estudiar los caracteres de un drama, de un cuadro, ponían sus pequeños sentimientos y temores en el primer plano de este análisis y no la fuerza artística que creó las obras. Si reconocemos la necesidad interior de su ser, es precisamente este poder creativo el que nos atrapa cuando nos desprendemos de lo material. La represión tanto de los apetitos como de los nobles impulsos de la voluntad no se realiza en el arte europeo para hacer lugar al «instinto del juego», sino en una acepción mucho más profunda de la volición artística. No se supone que debo disfrutar de una obra de arte de forma lúdica y en equilibrio de todas las fuerzas mentales, sino que debo tomar conciencia de un poder creativo de la forma. Y mi satisfacción no

consiste en haber visto las apariencias, sino en haber experimentado a los seres trabajando, en sentirme llamado a experimentar a este ser trabajando a través de las apariencias.

No son Aliosha, Dimitri o Iván Karamazov los que me interesan en la misma medida que el poder, no la intención que mueve a cada uno de ellos en sus múltiples caminos, sino la creación orgánica que se hace visible a través del poeta humano para abrirse paso en nuestros corazones. Que yo considere las figuras como ideales de vida es otra cosa. Si aplicamos la medida crítica, debemos querer determinar no cuánto se ha conservado nuestra «libertad estética», ni si los personajes están sanos o podridos, sino si tienen un efecto necesario, es decir, si han nacido, al moverse, de un núcleo interno unitario. Aquí se encuentra el nudo que durante tanto tiempo se ha tratado infructuosamente de desatar. Pero aquí también entran en juego nuevas diferencias estéticas, y mientras detrás del Príncipe Myshkin, miserable como unidad ética, sentimos una potencia inexorablemente creadora, vemos detrás de Thomas Buddenbrook sólo a un esteta masticador de lapiceras devanarse los sesos a la luz de la lámpara por problemas que excitan los nervios. El ataque epiléptico de Myshkin es una irrupción interior, la fatídica pérdida de dientes del pobre Buddenbrook una mala suerte, penosamente preparada, pero, sin embargo, solo una mala suerte. Y mientras el idiota delirante junto al cadáver de su amada significa un derrumbe anímicamente necesario, Thomas Buddenbrook asesinado por Thomas Mann sobre el empedrado de la calle nos impresiona de forma tan desagradable como cómica.

2.

SHYLOCK COMO PROBLEMA ESTÉTICO

El ejemplo de Dostoyevski conduce ahora a otro problema ya tocado al pasar: ¿cómo es que caracteres repugnantes y hasta putrefactos pueden tener efecto estético? ¿Cómo es, por lo tanto, que obras de arte que tienen como objeto una forma exterior que de ningún modo corresponde al ideal de

belleza del pueblo, del artista, y que tampoco enseñan valores tales como deberíamos exigirlos desde el lado moral, despiertan, sin embargo, a menudo una fuerte impresión estética? La respuesta de Schiller de que instintivamente prestamos más atención a la fuerza que a la regularidad toca la esencia, pero no la interpreta. Pues lo que nos conmueve es precisamente la ley propia del objeto estético, aunque represente —digamos— un valor de préstamo (valor adoptivo) o incluso un valor hostil.

La figura de Shylock como tal no nos puede «gustar» incluso su pensamiento contradice los mandatos de nuestra alma en todos los detalles. Sin embargo, pocas veces una creación se afianza en la misma medida que esta figura: porque es racial-anímicamente completa en sí misma. Exteriormente está condicionada por todos los rasgos raciales judíos desde las imágenes rupestres de Egipto hasta Trotsky; en lo anímico Shylock muestra la esencia del ideal del Antiguo Testamento, pasando por el Talmud, el Schulchan-Aruch hasta el moderno banquero de la Wallstreet. En Shylock, este ser milenario se convirtió en una nueva creación del judío, como el margrave Rüdiger y Fausto la creación del ser nórdico. Shylock actúa como debe hacerlo; una vez planteado, actúa necesariamente como un testimonio más de la voluntad estética del artista. La sospecha de Schiller de que en el gran criminal nos infunde admiración la fuerza que por su magnitud manifiesta la posibilidad de un repentino cambio, aquí, por consiguiente, es errónea. Shylock no puede cambiar nunca jamás, su cuerpo sigue un mandamiento que, en la inmutabilidad de su ser, tiene un efecto similar a la ley que prescribe a las estrellas su ciclo. Así, Shylock es a la vez un individuo y un tipo, un judío y el judaísmo. Lo mismo es válido para el Mefistófeles, cuya impresión estética igualmente no es debida ni a la belleza ni a la fuerza, sino a su necesidad interior, es decir, al acto artístico que lo creó. Puramente personales, sin llegar a ser tipos, son Ricardo III, Yago, Franz Moo... Mientras que el artista evidentemente se equiparó con los valores heroicos representados por Rüdiger o Fausto, está frente a los otros como forma puramente espiritual-volitiva. Pero precisamente estas figuras —también la Hille Bobbe, Pére Grandet, Tartufo— nos demuestran dónde debernos buscar en última instancia las raíces tanto de la creación estética como de la vivencia estética.

Una posición intermedia, por ejemplo, entre Sigfrido y Shylock, la ocupan aquellas obras en las que el artista no forma su propio valor más alto en la lucha contra otros poderes, ni coloca otras fuerzas interiormente muy ajenas en el centro de una obra, sino que evidentemente ha intentado expresar un alma foránea hasta sus últimas consecuencias. Aquí se anuncia, obviamente, el problema más angustioso de la historia del arte occidental: el sufrimiento de Cristo con el clímax de la crucifixión.

Junto con la doctrina eclesiástica de que Jesús se sacrificó conscientemente por toda la humanidad, se describieron al mismo tiempo minuciosamente sus torturas, para hacer lo más evidente posible la fuerza de la entrega. La muerte por sacrificio elevó la idea de la humildad a valor supremo, es decir, el amor sumiso, que se entrega a sí mismo sin voluntad propia. La aceptación de este valor fue la característica del Medioevo eclesiástico, devino así el valor adoptivo también para el artista occidental, que en su obra trató de ponerse en concordancia con él. Como signo de especial piedad, se crearon miles de crucifixiones que subordinaban la figura de Cristo a la doctrina de la humildad. El niño rubio sonriente, que a menudo miraba «en forma sencillamente heroica» al mundo, se transforma en una figura atormentada por el dolor, quebrada, con rasgos desfigurados y heridas purulentas. El sentimiento del derrumbe total, de la desesperación, del sacrificio mortal llegó a ser la antítesis medieval de la heroica naturalidad de un Rüdiger, Hildebrand, Dietrich y Sigfrido. La máxima obra de esta especie, que eleva a alegoría este valor adoptivo eclesiástico, es el Altar de Isenheim. Esta obra es la realización más consecuente del ideal de la humildad, corporizado mediante una voluntad de artista que en cuanto a fuerza impetuosa busca su par en la historia mundial. Esta Crucifixión llega directamente al límite de la exaltación patológica, tanto de lo material como de la energía artística volitiva. Las muchas heridas de arma blanca en el cuerpo del martirizado, la María que cae desfalleciente como en sueño hipnótico, representa el punto culminante del «arte cristiano». Al mismo tiempo, empero, la obra total pone en evidencia la misma voluntad estética en la Resurrección, en la cual tiene lugar una nueva y extraña transformación; el Jesús oscuro de la cruz se convierte de repente en un Cristo resucitado claro, esbelto y rubio. En un círculo místico de colores se

eleva etéreamente, de nuevo incomparable como alegoría del estado de colapso sin voluntad.

Desde este logro supremo, este valor prestado de Occidente ha ido perdiendo cada vez más su ímpetu. La Crucifixión y la Resurrección se convierten casi en reproches puramente decorativos, ocasiones de bellos efectos de color y de luz. Rembrandt sigue probando a menudo el motivo, pero nadie ha alcanzado la fuerza de Grünewald. El tema se ha agotado, el impulso interior para crear la Crucifixión está ausente en el actual sentimiento de la forma y el mundo. Una crucifixión en el sentido genuino en que la pintó Grünewald (como obra de arte y confesión) no puede ser pintada ni esculpida ni musicalizada ni poetizada hoy en día. También el valor adoptivo ha sido abandonado. Pero un antiguo-nuevo tema se ha presentado en este proceso: Jesús el héroe. No el maltrecho, no el mágicamente desvanecido del gótico tardío, sino la personalidad singular austera. La creación de esta nueva imagen de héroe aún no está completada: pero en Rüdiger, en el Maestro Eckehart, está prefigurada.

3.

TEORÍAS ESTÉTICAS

La estética alemana clásica, desde Winckelmann hasta Schopenhauer, partió de la obra de arte, aunque solo de la griega tardía. Pero esta desatención de la vida real a la larga no pudo bastar; los nuevos estéticos, por consiguiente, trasladaron la estética, siguiendo la corriente general de la época, cada vez más exclusivamente a los sentimientos del receptor del arte, y según el temperamento cada uno de ellos descubrió otras vivencias en sí mismo, sobre las cuales edificó luego una nueva estética, pero que otra vez era una «estética universal». De este modo la estética llegó a ser cada vez más una parte de la llamada psicología, el estudio del alma. El sensualismo fue conquistando el terreno paulatinamente a lo largo del camino, lo que tampoco es sorprendente a la vista de las opiniones generalmente adoradoras de la materia de las últimas décadas. El arte se convirtió en una contrapartida

del enfoque puramente económico, ya que, como se decía, sus formas se esforzaban por transmitir «el contenido más rico posible con un mínimo de esfuerzo» (Müller-Freienfels). El sentido de placer que proporciona el arte pareció, por tanto, un alivio de la actividad cerebral. Lo irracional-inconsciente fue desechado como «parche»: se decía que el sentimiento estético se basa en la imitación interior, en la empatía motriz. Finalmente, Müller y sus adeptos encuentran en el goce del arte una elevación general del sentimiento propulsor de la vida. Aquí se acerca mucho a los hallazgos esenciales, pero se queda atrapado en la mera psicología, lo que le permite pasar por alto lo que se da objetivamente en la obra de arte. El mismo camino siguió Groos. Un examen minucioso de los valores asociativos se lo debemos a Külpe; a pesar de mantener el enfoque psicológico, este autor vuelve a dirigir nuevamente la atención a la obra de arte y exige la descomposición de lo bello en sus elementos, exige (a semejanza de Volkelt) normas de arte «a las cuales hay que ajustarse si se quiere producir efectos estéticamente agradables». La exploración profundizada de la belleza como propiedad real de objetos artísticos es la meta para otros estetas. Una catedral gótica se compone de piedras, una melodía de tonos. Ni piedras ni tonos son lo bello, sino su conjunto sujeto a leyes. La belleza está adherida a la materia sin poder ser percibida con los sentidos. Sin embargo, la belleza no consiste en la suma de las propiedades individuales de las partes, sino que es también un algo determinado. Es propiamente independiente de las partes, como ya lo demuestra todo triple acorde musical. Esto separado de lo objetivo, la apariencia estética, significa la esencia del objeto estético, que excita sentimientos de fantasía de dos clases: sentimientos de intuición y de participación. Con esto Witasek está en camino hacia una interpretación del arte que había tenido una gran difusión: la así llamada estética intuitiva, que especialmente fue fundamentada detalladamente por Lipps, según él el estado estético es un sentimiento de placer que debe ser atribuido a la comodidad del alma, en el sentido de que el alma capta fácilmente todo lo que le parece agradable. Lo bello significaría actividad vital, la fealdad sería negación de la vida; por tal razón lo primero despertaría sentimientos de placer, lo otro, sentimientos de disgusto. Aquí habría ya una «intuición», que se acrecienta por una alegría con el que está alegre y una tristeza con el que está triste. La posibilidad de intuición dependería de la posibilidad de la

aprobación por parte del gozador del arte. Nuestra propia fuerza o ansia debería encontrar en la obra de arte su contraparte. Más tarde Lipps trasladó su centro de gravedad de la investigación estética cada vez más al sujeto y declara que toda expresión percibida existe únicamente en el observador mismo: «Todo esto es empatía, un desplazamiento de uno mismo hacia el otro. Los individuos extraños que conozco están objetivados... reproducciones de mí mismo, reproducciones de mi propio yo, en resumen, productos de la empatía»[142].

El goce estético resulta así ser una auto-gratificación anímica. De este modo una piedra que cae se transforma en una «que propende», igualmente la montaña «propende» solo «audazmente» hacia el cielo porque nosotros ponemos dentro de él esta animación (que las montañas también se «tienden», eso lo pasa por alto Lipps). La pasividad y la actividad del material devienen vivencias sentimentales; la pesadez, la dureza, etc., pierden su objetividad y reciben intuitivamente cualidades líricas del yo: «La necesidad en los objetos... ha sido introducida en ellos por intuición y es, según su origen, no otra cosa que la necesidad de nuestro juicio experimentada en nosotros. Los objetos no son... obligatorios u obligados, solamente yo soy eso».

De esta manera las condiciones han sido puestas con toda seriedad cabeza abajo. Las tentativas de perfeccionar, de completar la teoría de la intuición psicológica, de amalgamarla con la estética clásica, han sido numerosas (Meumann, Dessoir, Volkelt, etc.), pero en ninguna parte ha sido expresado clara y abiertamente el conocimiento de que la negación dogmática de la voluntad estética condicionada nacional-racialmente, constituye la causa fundamental de casi todas las diferencias de opinión. Este conocimiento solo tiende el puente del objeto al sujeto, desde la voluntad formativa del artista (como máxima manifestación de fuerza) a la voluntad formadora del receptor del arte (como grado más bajo).

En parte alguna este hecho puede ser demostrado más claramente que en la música. Este arte es inmaterial, tiene solo contenido y forma. Sus medios de representación son ritmos del tiempo, sus leyes, arquitectónica del tiempo. En su reflexión, valorada como uno de los más profundos ensayos, sobre la

---

[142] *Kultur der Gegenwart* (Cultura del presente), p. 359-360.

esencia de la música, Schopenhauer declara que el efecto de este arte es tan único porque se dirige directamente a lo más íntimo, a la voluntad. Aquí Schopenhauer ha visto con justeza, pero sin darse cuenta de que con esto destruye tanto su sistema filosófico como también su confesión estética. Pues, en primer lugar, la «voluntad ciega» es presentada aquí de nuevo como contraste de sí misma, como movimiento más sagrado del alma, ya que todo goce del arte significa superación de todo lo instintivo. En segundo lugar, la influencia de la música sobre la voluntad es presentada como la mayor vivencia artística por un pensador que, con elocuencia sencillamente hipnotizante, había descrito la esencia del estado estético precisamente como contemplación.

Escuchar música de verdad no significa hundirse en la tranquilidad, ni en los dulces sueños, sino experimentar una voluntad de forma y una arquitectura de la forma a través del medio sin materia del sonido. Pero esto quiere decir, además: sentir crecer las fuerzas formadoras durmientes en el oyente, semejantes a las del artista. La música –y con ella todo otro arte– es una reinterpretación del «mundo», una apropiación, una exposición del alma desde el más silencioso silencio de un Fra Angélico y Raabe hasta la fiereza de un Miguel Ángel y Beethoven. El artista procede de adentro hacia afuera, el receptor de afuera de la obra creada hacia adentro, para llegar a la vivencia que embargaba al artista durante la creación originaria de la obra. Esto es el único genuino curso circular del «sentimiento estético», y el más elevado cometido de la obra de arte es acrecentar la energía plasmadora de nuestra alma, afianzar su libertad frente al mundo y hasta superar a éste.

Pues, ¿qué es lo que quiere decir cuando se afirma que un ser humano, después de la visita de una galería de cuadros, ha visto a la naturaleza estéticamente? ¿No significa que se ha despertado en esta persona un poder dormido que no era lo suficientemente fuerte como para auto-activarse en la dirección del arte? ¿Y de dónde proviene que semanas, meses y hasta años después de contemplar una obra o de escuchar una pieza de música, podemos evocar la misma en la imaginación con tal fuerza que vuelve a presentarse el estado anímico de entonces? Es más, muchos seres humanos tienen esta vivencia anímica a menudo después de alejarse de la obra de arte, esto es, después de desaparecer manifestaciones concomitantes materiales, a menudo perturbadoras. ¿Y qué significa decir que un artista ha

tenido un efecto sobre otro? ¿Significa esto otra cosa que se ha despertado una voluntad de formar que había estado dormida hasta entonces y que solo tenía que ser despertada por un impulso de tipo especial? (Naturalmente no hablo aquí de la imitación de la técnica). Toda nuestra memoria podría incluirse en esta consideración. Se puede, por ejemplo, comprobar que cuando un sonido especial o un ruido ha provocado una conmoción interior, como por ejemplo una descarga de granada que sepultó a un soldado y causó un shock nervioso, un sonido semejante muchos años después provoca el mismo efecto físico y anímico. Aquí evidentemente existe una fuerza formadora que merece ser tratada alguna vez a fondo en conexión con la filosofía y la estética.

4.

BELLEZA Y SUBLIMIDAD

Esto nos lleva al polo opuesto de lo bello. Además de la investigación de esto, Kant también recurre al sentimiento de lo sublime. Según esto, hay otro fenómeno que despierta un «enfoque desinteresado» y que, sin embargo, no es bello, lo sublime. Este modo de apreciación no es tranquilo o liviano, sino movido; el equilibrio, la armonía de las fuerzas anímicas acaece recién a través y después de un conflicto. Si nosotros nos encontramos colocados ante algo simplemente grande, algo ilimitado y amorfo, entonces nuestra imaginación es incapaz de aprehender esto como un todo. Nos sentimos pequeños como seres sensitivos y al mismo tiempo, precisamente debido a este sentimiento, se alza en nosotros otro, que dice que somos infinitamente más que tan solo un ser sensitivo, pues somos nosotros los que nos sentimos pequeños.

Las rocas audaces y sobresalientes, las nubes de tormenta, los huracanes, el océano agitado son potencias de la naturaleza frente a las cuales nuestra resistencia física debe aparecer como infinitamente pequeña. Pero cuando nos sumergimos en la contemplación de estos poderosos fenómenos, experimentamos una elevación de nuestras fuerzas anímicas y descubrimos

en nosotros una capacidad de resistencia completamente diferente, que nos da el valor de poder medirnos con la aparentemente todopoderosa naturaleza. «Por consiguiente, el sentimiento de lo sublime en la naturaleza es respeto ante nuestro propio destino»[143]. (Obsérvense las concepciones religiosas que de esto resultan, que deben conducir al honor y a la veneración, a una religión como Eckehart la confesó). Este sentimiento de lo sublime es causado también por un disgusto que nuestros nervios sensitivos perciben como algo trivial, para luego pasar a un sentimiento de placer en la realización de la superioridad humana y terminar en una tranquila contemplación desinteresada. Así que aquí también, al final, se produce un equilibrio en nuestras facultades mentales, no sólo entre la imaginación y el entendimiento, sino entre la imaginación y la razón. «Lo sublime es aquello que a través de la resistencia contra el interés de los sentidos agrada en forma inmediata»[144].

Lo sublime surge a través de una cierta sublimación, al trasladar el sentimiento que nos despierta la razón, sobre el objeto. Mientras, por lo tanto, lo bello exige la representación de una cierta cualidad del objeto, lo sublime, en cambio, consiste «exclusivamente en la relación en que lo sensitivo en la representación de la naturaleza es juzgado apto para un posible uso suprasensual de ello».

En el arte, según Kant, lo sublime solo puede surgir en la lucha de la voluntad moral contra la sensual. Pero como la voluntad moral como tal no tiene pasión y solo significa la buena disposición, su manifestación tomaría la forma del afecto.

Si la idea del bien aparece con afecto, es entusiasmo; este entusiasmo no es moral, sino sublime. «Así, los hombres ideales aparecen en el arte como portadores de este sentimiento y son los verdaderos héroes del drama trágico, que, como héroes de la libertad y mártires, trabajan para dar a lo sublime, que siempre se relaciona con el modo de pensar, lo intelectual y las ideas de la razón supremacía sobre la sensualidad».

Estas observaciones aclaran el punto de vista de Kant sobre dos estados mentales que, divorciados de lo instintivo, nos permiten sentir una armonía

---

[143] *Kritik der Urteilskraft* (Crítica del Juicio), art. 27.
[144] Ibidem, art. 29.

de nuestras fuerzas vitales internas, y nos han de poner en un estado de visión abúlica, de contemplación. En cuanto a la derivación de los juicios estéticos (es decir, la justificación de sus puntos de vista), no podemos detenernos aquí en ello, pero debe señalarse como importante que Kant sólo permite que tales juicios se apliquen a lo bello, «en la medida en que uno se da cuenta de lo mismo en la forma en relación con la naturaleza, y puede plantear diversas cuestiones al respecto». En cambio, lo sublime en la naturaleza en realidad se califica así impropiamente, y es solo un fundamento del modo de pensar de la naturaleza humana. Para tomar conciencia de este fundamento, la aprehensión de un objeto por lo demás amorfo e inadecuado solo proporciona la ocasión, el cual de esta manera es usado subjetivamente en forma adecuada al fin, pero no es juzgado como tal por sí mismo y por su forma[145].

Estas consideraciones nos muestran en Kant la misma lucha que en Schiller: no puede negar la emoción frente a las grandes figuras del drama, pero con notable obstinación quiere volver siempre a la «armonía de las fuerzas anímicas», en lugar de reconocer la vivencia espiritual-volitiva y el despertar de la energía anímica como la esencia del estado estético. Solo con hesitación nuestros pensadores quisieron admitir de cualquier forma que fuera la sublimidad en el arte, tomaron sus ejemplos casi únicamente de la naturaleza, porque percibían el sentimiento de la sublimidad solo como reacción. Pero pongámonos, pues, frente a una catedral gótica: también aquí existe una grandeza monumental aplastante, la atemorización de la persona, y a pesar de ello la vivencia de la personalidad, de lo sublime. Pero esta catedral es, sin embargo, una acción, una creación artística humana de la índole más portentosa, justamente la representación artística de un sentimiento sublime. Así que aquí, la creación y la emoción se remontan a una misma fuente; lo que me obliga a la reverencia es, en última instancia, la unidad con la personalidad, el pueblo, el ser humano, el poder de la forma que se revela aquí.

Es tentador intercalar aquí una larga exposición sobre confesiones de artistas sobre la creación y la vivencia, ya que es característico para la estética profesional haber pasado por alto las mismas, aunque deberían constituir la

[145] Ibidem, art. 30.

base esencial de toda observación sobre el arte. Sin embargo, esto ampliaría demasiado el alcance de este capítulo, por lo que solo se darán algunas alusiones.

En su correspondencia, por ejemplo, experimentamos a Hector Berlioz como un artista que pasó por todos los altibajos, que en todas partes es acción, vivencia. Después de escuchar una de sus propias composiciones, le dice a su amigo Ferrand que podría haber gritado lo colosal y terrible que le había parecido, y constata con satisfacción de un oyente que estaba pálido de emoción. Desde Lyon, Berlioz escribe lleno de anhelo: «Creo que me volveré loco cuando vuelva a escuchar música de verdad». A R. Kreutzer le escribe extasiado: «¡Oh, genio! ¿Qué hago si un día quiero representar pasiones? No me entenderán, pues ni siquiera han saludado con coronas al autor de la obra más gloriosa, ni lo han llevado en volandas, ni se han arrodillado ante él». En 1856, amonestó a Theodor Ritter: «¡Recuerda el 12 de enero! Ese es el día en el que te acercaste por primera vez a las maravillas de la gran música dramática, en el que obtuviste tu primer indicio de la sublimidad de Gluck». «Nunca olvidaré que su instinto artístico, sin vacilar, rindió un homenaje arrobador a este genio, hasta ahora desconocido para usted. Sí, sí, convéncete, digan lo que digan los que solo tienen media pasión, medio corazón y solo una mitad del cerebro, hay dos grandes deidades superiores de nuestro arte: Beethoven y Gluck».

A Berlioz se le podría calificar ahora de excesivamente patético; pero la medida en que toda la fuerza de voluntad se agota en la creación también nos fue comunicada por el aparentemente sobrio Flaubert:

«Para un artista —escribe a Maupassant— solo hay una cosa: ¡sacrificar todo al arte! Llevo 14 años trabajando como una mula. He vivido toda mi vida en esta obstinación del monomaníaco, con exclusión de mis otras pasiones, que encerraba en jaulas y que a veces iba a ver a solas».

«Vosotros los líricos sois felices, vosotros tenéis un vertedero en vuestros versos. Si algo os atormenta, escupís un soneto, y esto alivia vuestro corazón. Pero nosotros, pobres diablos, los prosistas que tenemos prohibida cualquier personalidad (y especialmente yo) seguimos pensando en toda la amargura que nos cae en el alma, en todo el fango moral que nos agarra por el cuello».

Este es el estado de ánimo del que Nietzsche dijo:

«El que tiene mucho que proclamar,
guarda mucho silencio en su interior.
Quien alguna vez ha de encender el rayo,
debe durante largo tiempo ser nube».

Apenas alguien ha descrito tan bellamente la hora de nacimiento de una gran obra como Nietzsche: «¿Tiene alguien a fines del siglo 19 un concepto claro de aquello que poetas de épocas vigorosas llamaron inspiración? Revelación en el sentido de que, de repente, con una certeza y una libertad indescriptibles, algo se hace visible, se hace audible, algo que le hace a uno temblar y volcarse en lo más profundo... No se escucha, ni se busca; se toma, no se pregunta quién da; como un relámpago se ilumina un pensamiento, con necesidad, en la forma sin vacilar, nunca he tenido elección. Un éxtasis, cuya enorme tensión a veces se descarga en un torrente de lágrimas, en la que el paso involuntariamente ora avanza con ímpetu, ora se hace lento; un total estar fuera de sí... una profundidad de dicha en la que lo más doloroso y tétrico no impresiona como antítesis, sino como condicionado, como reto, como un necesario color dentro de tal superabundancia de luz... Todo sucede en el más alto grado involuntariamente, pero como en un huracán de sentimiento de libertad, de incondicionalidad, de divinidad».

¿No es esta la misma esencia en origen y liberación que hace que un Lenau confiese después de una actuación de Fidelio?: «Allí me volvió a embargar una tormenta de emociones y durante dos horas fui ciertamente el más feliz de la tierra... Cuándo pienso en tales goces, ¡pierdo el ánimo para reñir con el destino!».

¿Y el propio Beethoven, el hombre que, a través de sus obras, acabó por sacudir los cimientos de toda la estética que busca la «contemplación» y la «armonía»? Le dijo al joven músico Louis Schlösser: «Me preguntarás de dónde saco mis ideas? No puedo decirlo con certeza; vienen sin llamar, indirectamente, directamente, podría agarrarlas con las manos, al aire libre, en el bosque, en los paseos, en la quietud de la noche, en la madrugada, estimuladas por estados de ánimo que, en el caso del poeta, se traducen en palabras, en mi caso en tonos, que suenan, rugen, asaltan, hasta que finalmente se presentan ante mí en notas». Tras escuchar la Cavatina en mi bemol del Cuarteto en si bemol mayor op. 130, Beethoven expresó a Holz:

«Nunca mi propia música ha provocado tal impresión sobre mí; hasta el recuerdo del sentimiento de esta pieza siempre me cuesta una lágrima». Y para protestar, sin embargo, luego contra todo sentimentalismo y todo instintivo de exagerado enternecimiento, al escribir el 15 de agosto de 1812 a Bettina von Armin, expresó:

«A Goethe le he expresado mi opinión acerca de cómo el aplauso actúa sobre alguien como nosotros, y que por personas como él uno quiere ser escuchado con el intelecto; la emoción solo es adecuada para mujeres, al hombre la música debe hacerle surgir fuego del espíritu».

Este fue el testimonio del ser germánico triunfante en un hombre en el cual roían y tironeaban más de una inquietante fuerza anímico-racial de clase humana inferior, y que en Beethoven emergen de vez en cuando tal como las figuras grotescas foráneas en la catedral gótica.

Y finalmente ¿qué es lo que probablemente diría el más grande cantor entre los alemanes y el más delicado heraldo de su alma, sobre el intento de destruir el ímpetu del corazón a través de la denigración de la vivencia artística a una nada que se diluye? No había sufrido Hölderlin por estos seres humanos ya en una época cuando aún no actuaban como miembros omnipotentes de nuestra vida, ya entonces, cuando Hyperion, a la búsqueda de grandes almas, tuvo que comprobar que, por asiduidad por la ciencia, es más, hasta por su religión, solo habían devenido bárbaros: artesanos, pensadores, sacerdotes, portadores de títulos encontró Hyperion, pero no hombres. Seres fragmentarios sin unidad del alma, sin fuerza ascensional interior, sin totalidad vital. Así, incluso las virtudes se le aparecieron a Hölderlin como un mal brillante, y como descubrimiento más conmocionante sintió que estos hombres hasta querían elevar la estrechez del alma a ley para el todo. ¡Qué habría sentido Hölderlin en una época posterior, cuando el arte se deslizó desde la altura de la todavía teóricamente concedida «liberación de la contemplación» en territorio neutral hasta el nivel de la promoción de la digestión, del fomento del turismo, de la bacanal de la técnica de ruidos! Otrora quiso regalar a su Diotima el genio de Grecia, y solo pudo dar a luz una canción del lamento del genio herido; hoy su obra sería un único grito de desesperación o de ataque, su canción aún más el flujo del más íntimo y ardiente tormento de la voluntad. Pero la belleza que Hölderlin percibía como religión no era la saciedad «contemplativa» de

nuestros filosofantes doctores, sino plenitud de vida acrecentada al máximo, un haz de todas las elevaciones del alma, todos los anhelos del corazón, de todas las fibras de la voluntad. ¡Y los himnos de Hölderlin! Un único ascenso radiante de los más empinados valores de la vida y de divino anhelo de lejanía, una apelación al «corazón gigante» del mundo, y él sabía qué era lo que decía cuando escribió referente a los «consejeros cuerdos»:

«Ahora florece el nuevo arte de asesinar el corazón,
La daga de la muerte en la mano de un asesino
Se ha convertido en el consejo del sabio...».

De esta manera se puede examinar el anhelo y la creación y la vivencia de todos los genuinos artistas del Occidente, en todas partes se halla al comienzo la voluntad artística condensada, dispuesta a adueñarse de una gran visión, a amasarla, a plasmarla, a producir una nueva creación y luego, en esta descarga de la voluntad estética –en concordancia con la voluntad general– procurarse la propia felicidad.

Es precisamente este arte profundamente volitivo el que se enfrenta en forma hostil a una aseveración que igualmente es expuesta reiteradamente con predilección por nuestra estética moderna: como si hubiera un genio inmoral o respectivamente amoral. Este punto de vista, que es obviamente de naturaleza puramente intelectual, se remite a la intentada separación del espíritu artístico del ser volitivo en general. No sería erróneo ver aquí un rasgo de la raza mediterránea impura que ha sido difundido especialmente por el gremio literario judío. El arte nórdico-germánico desmiente esta afirmación desde el principio, aunque sólo sea por la elección del contenido. Lea las cartas de Wagner a Liszt para ver hasta qué punto la raza genuina está separada del intelectualismo de asfalto. Reténganse también en la memoria las palabras de Beethoven: «Händel es el más grande compositor que jamás vivió. Yo descubriría mi cabeza y me arrodillaría sobre su tumba». «La obra más grande de Mozart sigue siendo la "Flauta Mágica"; pues recién aquí él se muestra como un maestro alemán. Don Juan tiene aún por completo el corte italiano y, además, el sagrado arte no debería nunca dejarse denigrar hasta otorgar relieve a un sujeto tan escandaloso».

Las grandes creaciones del Occidente germánico solo se han llevado a cabo con este carácter: tanto las catedrales como los dramas y las sinfonías.

La mayor tentativa consciente de despertar con todos los medios del ojo y oído esta sublimidad de la voluntad, es el drama musical de Wagner. Wagner declaró al baile, la música y la poesía como un arte y atribuyó el desgarramiento y la incapacidad generativa de su tiempo al hecho de que cada una de las tres artes, aisladas, habría llegado a los últimos límites de su capacidad de expresión y se habían distorsionado. La música absoluta de Beethoven condujo al maestro, con este conocimiento, de vuelta a la voz humana en la IX Sinfonía. Como el ritmo es el hueso, la voz humana es la carne del sonido. A la música sola, empero, le faltaría la «voluntad moral», su aislamiento significa caos o tediosa música de programa. El drama, alienado de la música y el baile, como estructura más perfecta de la lírica, empero, termina, después de realizado el desligamiento de las «otras» artes, necesariamente en la tragedia solo escrita, que nunca puede ser representada. Así fracasó Goethe, así fracasaron tanto más sus seguidores. El baile, originariamente genuino y pletórico de sangre solo como baile nacional, en unión con la música popular y con el canto, devino debido a esta separación un movimiento de las piernas alienado de la naturaleza, sin contenido y sin genuino ritmo. La obra de arte del futuro la vio Wagner, por consiguiente, en la reunión de las tres artes, que constituyen sólo un arte: en el drama de palabra y tono (Wort-Ton-Drama).

Wagner luchó contra todo un mundo degenerado en populacho y triunfó; la labor cultural de Bayreuth es incuestionable. Pero, sin embargo, hoy comienza un alejamiento de la doctrina básica de Wagner, como si la danza, la música y la poesía tuvieran que estar unidas para siempre y de la forma que él resolvió; como si Bayreuth fuera en realidad la «culminación del misterio ario» inmutable.

Wagner ha separado severamente las condiciones bajo las cuales la palabra posee la incondicional preponderancia, de aquéllas donde la música debe tomar la conducción, a fin de relevar la acción exterior por la interior. Y, sin embargo, dos hechos nos muestran que la forma del drama musical de Wagner tampoco fue lograda por él siempre de manera total (como lo hizo en «Tristán e Isolda» y en los «Maestros Cantores»), que también él creó un drama que alcanzó tal altura que el teatro debió aquí fallar lo mismo que

en el Fausto («El Anillo de los Nibelungos»), y, que por otro lado demuestra que a menudo precisamente por la asociación de palabra y música, el baile en su forma más general como gesto dramático, es violentado.

La palabra, a pesar de su innata musicalidad, es siempre la portadora de un pensamiento o sentimiento. Por más que se quisiera considerar al lenguaje portador de pensamientos como elemento «extra-estético», no obstante, él es, a pesar de todo, la precondición de todo drama genuino. Su claridad y posibilidad de entendimiento determinan la altura y la amplitud del auditorio, de ahí que la técnica del lenguaje fuera valorada como premisa de todo gran actor. Sólo a través del medio del lenguaje se manifestaba la voluntad de forma del poeta. Ahora bien: mientras la palabra describe un conflicto humano, relata un acontecimiento o transmite un razonamiento, no es favorecida por la música, sino perturbada. El acompañamiento musical destruye directamente el medio de la transmisión de la voluntad y el pensamiento. Esto se pone de manifiesto, entre otros, en el relato de Tristán en el 1er. Acto, en el diálogo de Wotan con Brunilda, en la maldición de Alberico, en el canto de las Nornas en el Preludio del Ocaso de los Dioses. En todas aquellas partes donde debe ser transmitida una estructura de pensamientos, la orquesta intercepta, obstaculiza el camino. Lo mismo es válido para casi todas las escenas de masas. Las expresiones de la gente quedan completamente ahogadas en la imagen sonora fuertemente hinchada; el público solo oye exclamaciones inarticuladas en voz alta, solo ve manos levantadas aparentemente sin razón. Esto no conduce a la estructura, sino al caos. Compárese, p. ej., sólo el comienzo del Egmont con la llegada de Brunilda al palacio en Burgundia. La escena popular de Goethe muestra la más grande vivacidad plástica, unas pocas palabras de la izquierda y de la derecha dibujan los pensamientos y los estados de ánimo de capas enteras de personas. Lo común en relación con Egmont da entonces a esta individualidad un verdadero poder contundente. Un acompañamiento musical durante esta escena de la multitud le quitaría todo el ritmo y carácter[146].

---

[146] El venerable H. St. Chamberlain puede seguramente ser considerado como el más consciente defensor de la idea del drama en palabras y música de Wagner. Al mismo tiempo defiende apasionadamente la idea de Goethe de que entre el genuino arte poético, es decir, el «arte de la ilusión», y todas las demás artes está abierto un abismo, que aquí no tiene lugar

Aparte de la imposición de que Brunilda revele sus secretos anímicos ante el pueblo reunido, la actitud de éste —acompañada de música— ha llegado a ser en el drama musical para nosotros una escena obstaculizante, que solo con el entusiasmo por la voluntad de Wagner no es criticada. Aquí el tono ha matado a la palabra.

Esto sucedió porque se mantuvo el dogma obligatorio de que durante el drama musical la música no debe interrumpirse ni un instante. Por mucho que tenga derecho a tomar el protagonismo único al principio del Oro del Rin, en el 2° y 3° acto de Tristán, en el 3° acto de los maestros Cantores, se interpone en el camino de la palabra al conducir al hombre al alma de Tristán Marke y Hans Sachs. La música de Beethoven para «Egmont» es el drama musical más profundo. Pero esta música no sería tan apasionante si el enfrentamiento entre Egmont y Orange, o entre Egmont y Alba, estuviera también acompañado por la orquesta.

Aparte de la danza, el teatro es el único arte en el que la persona viva es también un medio de actuación. Su tarea no es solo tener un efecto dramático en el tiempo, sino también espacialmente a través de los gestos. El movimiento es una función del espacio y del tiempo; una forma de nuestra facultad de percepción se encuentra en una determinada relación con la otra. El afecto expresado en palabras exige necesariamente un fuerte exterior: movimiento de todo el ser humano. La velocidad de la experiencia interior corresponde a la velocidad del cambio en el espacio. En el teatro de palabras es posible crear estas relaciones espacio-temporales sin restricciones y despertar así en el oyente y el espectador el ritmo inherente, pero también el llamado factor motor.

Durante un tiempo se exageró la importancia de este factor motor: concretamente, cuando la estética sensualista-psicológica dominaba el

---

absolutamente ninguna comunidad de límites. El arte de la ilusión tiene que ver únicamente, según él, con representaciones, mientras las otras artes serían en algún sentido «realmente» artes de los sentidos. Aquí evidentemente estamos en presencia de una «contradicción plástica», tal como Chamberlain comprobó algo semejante en Wagner mismo. A mí me parece que la delimitación de Goethe es más acertada: son artes diferentes que pueden fecundarse y potenciarse mutuamente, no el recuperado «arte único»; el enlace de palabra y tono en el cantar no se puede aplicar simplemente como programa a un gran drama. Surge así una nueva vía, un nuevo tipo de encuentro entre la palabra y el sonido y la mímica, que quizás podría compensar algunas aberraciones post-wagnerianas.

campo; pero la reacción «clásica» ha vuelto a relegarlo a un segundo plano. Pero, sin duda, este despertar motriz del ser humano es la imagen externa de una alta pulsión volitiva. Los clarines que llaman al ataque, la marcha de Hohenfriedberg, bajo cuyos sones millones han marchado a la muerte, muestran en qué medida el heroico sonido vibrante es capaz de generar una voluntad que se traduce motrizmente en las más altas tensiones energéticas corporales. Esto incluye el ritmo de la danza genuinamente nacional, a cuyos sonidos responden mental y motrizmente las personas en cuestión. También en este caso, el tiempo y el espacio se encuentran en una determinada relación que no está inhibida por ningún tercer factor. Pero si al drama hablado se agrega la música y a la música de baile, la palabra, y eso no durante cortos períodos de tiempo sino permanentemente, entonces es inevitable que se generen discordancias artísticas. Es cierto que la gente se burlaba de la antigua ópera en la que un héroe anuncia su huida y permanece en pie durante otros diez minutos, pero incluso en los dramas de Wagner la concordancia interna entre el contenido de las palabras y el gesto no es impedida con frecuencia por la música. Cuando, p. ej., Brunilda ve repentinamente a Sigfrido en la corte de Gunter y apasionadamente va a su encuentro, su palabra cantada frena el curso del movimiento. Y Sigfrido debe inversamente, realizar un gesto de rechazo prácticamente en cámara lenta. Lo mismo vale para la mayoría de las escenas en el Oro del Rin entre los dioses y los gigantes.

Si en estos casos la música por estar atada a la posibilidad física del canto, perturba el transcurso de un proceso anímico-motor, en cambio, en otros casos, la palabra no puede seguir a la rapidez de la danza; también ésta debe, en consecuencia, sufrir aquí un falseamiento, que probablemente se da raramente en el drama musical.

Estas observaciones no significan una crítica de cosas sin importancia, sino que apuntan a una esencia que Wagner y todos los cantantes de ópera han sentido ciertamente con dolor; dicen que las tres artes no pueden estar unidas al mismo tiempo a largo plazo, pero, independientemente de cómo se hayan enfrentado entre sí en épocas anteriores, las leyes propias de ninguna de ellas pueden ser despreciadas sin perjuicio artístico. No son un solo arte. El intento de hacerlo por la fuerza destruye los ritmos mentales y dificulta la expresión e impresión motora. Aquí Wagner, cuya obra de arte

entera no es otra cosa que una única y tremenda descarga de voluntad, se interpone a veces en su propio camino. La premisa de su grandeza fue también la condición de algunas debilidades. La mayoría de los receptores del drama musical de Wagner lo sienten de forma inconsciente, sin poder explicar este malestar; sin embargo, entonces prevalece la incomparable impresión de los pasajes místico-heroicos y compensa la desproporción anteriormente sentida de forma oscura entre el espacio y el tiempo. (Murmullos del Bosque, Marcha Fúnebre)[147].

De ninguna manera por estas observaciones la acción de Wagner es empequeñecida en modo alguno. Ella ha engendrado vida, y esto es decisivo. Seguramente, también fue una bendición que las artes completamente aisladas volvieran a ser asociadas. Con esto se han fecundado recíprocamente. Quizás vendrá alguna vez otro grande, que tomando como materia la plena vida actual y teniendo en cuenta la recién experimentada autonomía de las tres artes, nos obsequie una nueva forma del drama de palabra y tono, con «Egmont» y «Tristán» como modelos.

Pero lo esencial de todo arte del Occidente se ha revelado en Richard Wagner: que el alma nórdica no es contemplativa, que tampoco se pierde en la psicología individual, sino que tiene la vivencia volitiva de leyes anímico-cósmicas y las configura arquitectónica-espiritualmente. Richard Wagner es uno de esos artistas en los cuales coinciden aquellos tres factores que cada uno por sí importan una parte de nuestra vida artística total: el ideal nórdico de belleza, tal como exteriormente se manifiesta en Lohengrin y Sigfrido, ligado al más profundo sentimiento de la naturaleza, la energía volitiva interior del ser humano en «Tristán e Isolda» y la pugna por el valor supremo del hombre nórdico-occidental, el honor del héroe, unido a la veracidad interior. Este ideal interior de belleza está realizado en Wotan, en

[147] Como nota expreso mi convicción de que Wagner en el «Anillo» impone a los seres humanos y al teatro tales exigencias que éstos sencillamente no pueden seguir sus grandes aspiraciones. Fuera de ello, junto a lo simbólico se presentan efectos (Anillo, Parsifal) cuya impresión es demasiado técnica. Al igual que se ha renunciado a la reproducción de la clásica Noche de Walpurgis, tampoco se podrá realizar nunca satisfactoriamente la materialización del Anillo. Mientras Tristán y Hans Sachs tienen vida eterna, el Anillo o bien deberá ser reestructurado por una mano igualmente genial, o desaparecerá poco a poco del teatro.

el Rey Marke y en Hans Sachs (Parsifal es una atenuación de fuerte acento eclesiástico en favor de un valor adoptivo).

Aquí es donde la vida del alma de Wagner se encuentra con el trasfondo más profundo de todos los grandes europeos. No quiero ya enumerar sus nombres. «Lo más elevado es un curso de vida heroico», confesó incluso Schopenhauer. Este poder de la voluntad heroica es el medio misterioso que ha guiado a todos nuestros pensadores, investigadores y artistas. Es el contenido y el anhelo en las más grandes obras de Occidente, desde el conde Rüdiger hasta la «Heroica», pasando por el Fausto y Hans Sachs. Ella es la potencia que todo lo forma. Su despertar en el que la recibe es también la última meta de la creación artística occidental. Esta realización está tan alejada de la alienación de la vida de nuestro clasicismo como del arte sensual y superficial y del formalismo de hoy en día. Abarca ambos y se adentra con ellos en las profundidades, donde encuentra todo lo que fue creado a partir de la esencia del alma nórdico-occidental.

5.

EL ETERNO ANHELO

Lo que es evidente en la descarga de la voluntad en el más grande es también una característica de todos los demás artistas genuinos de Occidente, es decir, también de aquellos cuyo ímpetu anímico no da evidencia de una voluntad de formar igualmente fuerte, pero sí de idéntica orientación. El resultado aquí también es bastante peculiar. Lo llamamos lo acogedor, lo íntimo, lo humorístico. No sé si los productos de otras razas, o incluso de grupos étnicos afines, podrían describirse con estas palabras: las pequeñas casas góticas de frontón puntiagudo con sus buhardas y ventanas de pequeños vidrios, los miradores salientes, las puertas talladas, las arcas con herrajes y los revestimientos de madera pintada, las habitaciones bajas con la vista a la pieza del vecino. Además, se juntan a esto los relatos de Gottfried Keller, las poesías del pastor Mörike, que tanto amaba a los pájaros, y quiso tener todas sus cosas reunidas en la estrecha habitación; los escritos poéticos

de Raabe, el arte de un Dickens, la pintura de un Cranach, en todas partes encontramos la tranquila personalidad germánica en su esencia tan acogedora. Raabe expresó esta esencia en un verso:

«En el círculo más estrecho
cosas amplias como el mundo».

Pero la tranquilidad de estos artistas no es tampoco aquí la «quietud clásica». Ciertamente todo lo germánico tiene como fundamento también una profunda ansia por la «calma marina de la mente»; desde hace cientos de años seres humanos nórdicos pasan por sobre los Alpes; los ojos de innumerables generaciones se han dirigido hacia la Hélade. Pero nada es más superficial que decir que el alemán busca su esencia perdida, su actitud ejemplar y su armonía. ¡Oh, no! El anhelo por el ritmo, la expresión de una intensa volición anímica es aquí la base, que también caracteriza esta búsqueda como un anhelo no sólo de la revelación del propio ser, sino, además, como búsqueda por la complementación del mismo. El hombre nórdico eternamente investigador y activo, busca la calma, está a veces inclinado a valorarla más alto que todo lo demás. Pero si la ha logrado, no se detiene mucho tiempo, sigue buscando, investigando y plasmando («¡Nada de quietud!, escribe Beethoven en 1801 a Wegeler, no conozco otra quietud que el sueño, y mucho me duele que ahora debo dedicarle más tiempo que antes»). Y cuando él está «tranquilo», sin embargo, sigue bullendo algo en las profundidades, siempre pronto a transformarse en manifestación activa. El arte germánico es acción, esto es, voluntad plasmada. Dickens engalana el mundo y a las personas con una belleza eterna, pero totalmente anti-griega. Esta belleza interior suya es un juego de voluntades, a veces más oscuras, a veces más claras, pero siempre relacionadas con un movimiento efervescente. «Bleak House» es quizás el fruto más delicioso de este arte, de atmósfera aún más inquietante que «David Copperfield». Bajo el rostro benévolo de Raabe, también fermenta un anhelo activo en «Abu Telfan», que se hincha con acordes dramáticos en «Die Innerste». No del todo tan profundamente, a pesar de su patetismo más fuerte, escribe C. F. Meyer sobre la base de la misma tradición anímica la «Richterin» (La Juez), la «Hochzeit des Mönchs» (Las nupcias del Monje) y «Jurg Jenatsch»,

mientras Keller talla en madera como un escultor gótico sus figuras extravagantes, les hace extrañas arrugas en la cara y luego las envía al mundo sin sentimientos tal como son. Una plenitud gigantesca de vida es la que ha sido engendrada por el alma germánica, hasta un Hermann Löns, que oyó palpitar el alma de la Tierra en su interior. Este lado místico-natural es tan palpable en la obra de Löns como en «Ueber allen Wipfeln ist Ruh...» (Sobre todas las copas de los árboles hay quietud) y «Dämm'rung senkte sich von oven» (El crepúsculo se tendió desde arriba) de Goethe. En la más breve descripción está oculta una eterna volición, un eterno movimiento, y los «Wehrwölfe» (lobos de defensa) actúan según su más íntima voluntad anímico-racial de libertad tanto como Fausto, quien quisiera explorar todo el mundo. Una vez más: Raabe, que vivía en el silencio exterior, era un verdadero «pastor hambriento», hambriento de sabiduría y de visión del mundo. «¡Mira a las estrellas!», enseña. «¡Cuidado con los callejones!», vuelve a sonar. Ve la verdadera armonía no sólo en la calma del mar, sino también en la salvaje tormenta que arrastra al hombre, y da a su héroe Robert Wolf el lema para el viaje de la vida: «¡Adelante incluso con cadenas!». A través de los poemas de Gottfried Keller, que sin embargo parecen estar tan claros y circunscritos en el cálido sol, también inunda el trasfondo palpable de un heroísmo evidente. «Julieta y Romeo en la aldea» es una pieza de una grandeza inquebrantable como «Frau Regula Amrain» es un ejemplo de orgullo interior. La muchacha, que teje su lienzo de boda y teje poéticamente su amor en él, vuelve a cantar: y si el hombre no quiere luchar por la patria, que el lienzo de boda se convierta en un vestido de entierro. Y el pastor que muy arriba en las montañas reconstruye siempre de nuevo su choza destruida por aludes y la mira con sufriente resignación, declara: «Si en el dominio de mi país cae la leona devastadora de la servidumbre, yo mismo prendo fuego al hogar y salgo a recorrer el ancho mundo».

El hombre nórdico vestido de burgués es humorista. Se resiente y se lamenta en lo más profundo, pero el hervidero es domado por el autocontrol consciente y dorado por la comprensión humana. Por lo tanto, un Goethe no pudo ser humorista tampoco como un Leonardo o Shakespeare. Ni siquiera Cervantes es un humorista, como algunos todavía creen. Pero los profundos humoristas como Gottfried Keller, Willelm Busch, Wilhelm

Raabe, también Charles Dickens y Spitzweg sí pertenecen al susurro del ser europeo; son puntos de descanso alegres, pero en un terreno oscuro. El bosque es más que un determinado número de árboles, el pueblo más que la totalidad de sus miembros, el Estado más que la suma de sus leyes. El bosque, es además movimiento, rumoreante ritmo, juego de luces y de sombras, claro trazado de líneas y oscuro misterio; el pueblo es, como esencia popular, lucha, triunfo, derrota, risa y dolor, su vida cae en cascada o fluye en una amplia corriente. Y, sin embargo, es un agua que refleja el carácter. Así la «calma» de Storm, Raabe y Keller debe estar al lado de la grandeza de Goethe y Wagner, la sonriente tragedia de Busch al lado del patetismo, que camina a grandes pasos, de Schiller. Una oscura corriente subterránea de la sangre y del alma los une a todos, e incluso en los más «tranquilos» resuena la eterna canción alemana del eterno devenir y la lucha por su ser.

Ningún artista vivo ha plasmado el rasgo volitivo, místico-natural, de forma más magnífica que Knut Hamsun. Uno no sabe por qué el agricultor Isak está desbrozando laboriosamente un terreno tras otro en una zona olvidada por Dios, por qué su mujer se ha unido a él y da a luz seres humanos. Pero Isak obedece a una ley inexplicable, realiza por primigenia voluntad mística un trabajo fructífero, y al final de su existencia mira seguramente él mismo asombrado hacia atrás sobre la cosecha de sus afanes. La «Bendición de la Tierra» es la gran epopeya actual de la voluntad nórdica en su eterna forma primigenia, heroica incluso tras el arado de madera, fructífera en cada movimiento muscular, directa hasta el final desconocido. Pero igualmente inexplicable –y lógico y natural– es el Benoni, el comerciante Mack, es la baronesa Edvarda, es el cazador Glan. Cada personalidad ha recibido el soplo de una ley interior desde un principio. Y de acuerdo con ella actúa. Hace cosas aparentemente inconciliables, y éstas son, sin embargo, lógicas y naturales. No hay necesidad de explicarlas, de comprenderlas «psicológicamente»; su apariencia exterior es en sí misma su voluntad interior. Pero la resonancia de nuestra voluntad con el poder que los creó a todos es la verdadera «vivencia estética». Como contraste de estas leyes del ser inmerso en la tierra de Isak, aparecen los «Vagabundos». En el mismo medio, Hamsun describe las leyes del universo y del alma de forma misteriosamente natural. De nuevo son los agricultores, los pescadores, los

comerciantes en los que se refleja un mundo. A través de los viajes, los anhelos insatisfechos pierden la conexión con la madre tierra, cuya bendición ya no está sobre ellos. Ellos se desplazan de un lugar a otro, cambiando de actividades y de amores: como las raíces han sido arrancadas de la tierra prodigadora de fuerza, mueren también las flores. Así van siguiendo su vida, Edevart, August y Lovise Margrete, y no saben por qué y para qué. Ellos son el ocaso, en el mejor de los casos, transición, piezas de prueba de la humanidad para llegar a nuevas formas y tipos, crear valores, lograr un nuevo honor. Viven como el poeta los ha creado, de forma natural y misteriosa. Cuán completamente desde este punto de vista, quedan relegados a segundo plano todos los Hauptmann, incluso Ibsen. También a través de Hamsun el mundo fue superado una vez más.

Y, por último, ¡el anhelo! Al fin y al cabo, es lo que impulsa el corazón de un artista a crear tanto como lo que impulsa al investigador a los descubrimientos. Todo el romanticismo alemán es tan inconcebible sin el anhelo como lo fue el gótico. Hölderlin es el más grande entre los artistas del anhelo de nuestro tiempo, siempre irrumpe este elemento primigenio de su ser, indistintamente si ve el ideal de la Hélade en la Diotima o si entona la Canción a los Alemanes. Un Hölderlin no lo comprendería en absoluto si con respecto a él se hablase de contemplación, nada hubiéramos comprendido de él si no compartimos la vivencia del elemento volitivo-estético del anhelo en su creación, en la totalidad llevada al máximo de nuestro propio anhelo vivo. Y este impulso primigenio es también el que otorga a dos productos del presente alemán una parte de valor eterno: «Volk ohne Raum» (Pueblo sin espacio), de Hans Grimm y el «Paracelsus», de Erwin Kolbenheyer. Las campanas que tañen desde la aldea junto al Weser y acompañan a Cornelius Friebott a través del mundo, son expresión del anhelo por espacio, por tierra de labranza, por el empleo de las fuerzas creadoras innatas. Estas campanas de anhelo de Lippoldsberg tañen también más allá de la muerte del buscador, provocada por la mano de connacionales empujados a sendas erradas, el toque de diana para todos los alemanes en el gran globo terráqueo. Si en cuanto a lo formal-técnico en el *Volk ohne Raum* puede quizás objetarse algo, si en cuanto al diseño de algunos seres humanos puede quizás en cuanto a la fuerza de la caracterización quedar detrás, por ejemplo, de la «Kristin Lavranstochter» de la noruega Sigrid

Undset (cuya creación, p. ej., del Erlend Nilulaussohn es una obra maestra), no obstante ello, le falta a ésta el anhelo primigenio que nos sale al encuentro desde todas las facetas del ser de Grimm. Cuanto más sus personajes hablan sobre fe y teología, tanto más se enfría el lector, porque siente aquí intenciones y tentativas de transmisiones de pensamientos al interior, de figuras que no aparecen en absoluto como portadores de tales sentimientos vitales. Y aquí es donde Kolbenheyer, que igualmente vuelve al Medioevo, se aproxima estrechamente a Grimm. «No hay pueblo como éste, que no tiene dioses y anhela eternamente ver a Dios», hace decir Kolbenheyer al eterno Caminante, dirigiéndose al Dios de la Cruz. Aquél toma sobre sus fuertes brazos al cansado Cristo que, como pordiosero, yace al lado del camino, y lo lleva a través de las comarcas alemanas. Y la pobre, atormentada figura de Cristo aspira el fuerte aliento de este ingenio alemán y deviene más fuerte y más vigorosa. Hasta el gran Tuerto (Wotan) habla sobre los alemanes: «No se confiesan ya por mí, pues ellos tienen ya solamente palabras para sus eternos dioses que llevan el sello de la muerte, todo lo demás les parece pequeño. Pero ellos me viven. ¡Que la sangre de este pueblo aún lleva tanto manantial primordial por sus venas! Así tienen que ser los anhelosos entre los seres humanos...». De esta visión de los mundos surge para el poeta el gran buscador Paracelso, colocado en el umbral de dos grandes épocas, mirando más allá de ambas con el anhelo de un tiempo en el que la palabra ya no se enfrentará a la palabra, altar contra altar, sino que todo esto se integrará en las leyes primordiales de la vida...

¿Alguien cree que Kolbenheyer escribió su gran obra por placer artístico y no porque él mismo es un anhelante solitario? ¿Y alguien cree que puede entender su obra si no ha sentido el poder del anhelo creciendo en su interior? El que eso cree, no solamente no ha comprendido esta «novela», sino que no ha percibido ni de lejos el arte germánico en su esencia general, ni a Ulrich von Ensingen ni al Maestro Erwin, ni al poeta del «Fausto» ni al creador del «Hyperion». Y todos ellos, a partir de este sentimiento, no querían que el resultado de su trabajo fuera la «contemplación», tampoco que condujera al conocimiento de las «ideas platónicas», como opinaba Schopenhauer (lo que estaba pensado en forma puramente intelectualista), sino más bien despertar el anhelo, es decir, sacar un lado volitivo de nuestro

ser de la torpeza de un sentimiento general en una dirección, sostenerlo y en esta generación de poder, crear una vida anímica activa.

6.

LA BÚSQUEDA RELIGIOSA DE EUROPA ENVENENADA

Es un hecho significativo de la historia del mundo: por muy religiosos que fueran los europeos de épocas anteriores, por mucho que en muchos lugares se esté llevando a cabo una profunda búsqueda religiosa, aunque siga oculta para muchos, y por muchos místicos y hombres piadosos que el Occidente ha engendrado: Europa no ha poseído todavía genios religiosos absolutos, es decir, encarnaciones completamente autónomas de lo divino en un ser humano. Por muy ricos que seamos, por muy poderosos que seamos en la formación y en la superación, no hemos sido capaces de crear una forma de religión digna de nosotros: ni un Francisco de Asís, ni un Lutero, ni un Goethe, ni un Dostoyevski significan para nosotros fundadores de religión. Ni un Iagñavalkia ni un Zaratustra, ni un Lao-Tse ni un Buda ni un Jesús han surgido de Europa.

La búsqueda de la religión por parte de Europa se vio envenenada por una forma ajena a la fuente cuando su primera época mitológica estaba llegando a su fin. El hombre occidental ya no era capaz de pensar, sentir y rezar a su manera. Tras una infructuosa resistencia violenta, tomó el subtítulo de fe que le fue impuesto a la fuerza por la Iglesia. Un rico tesoro de leyendas floreció en el pedregoso terreno del dogma judeo-romano; espléndidas figuras brillaron a través de los rígidos exteriores sirios con su fervor en la presunción o transformación del verdadero Jesús; se encontraron héroes para luchar y morir por esta fe adoptiva. Sin embargo, la gesta del hijo del rico mercader de Asís no significa ninguna creación, ninguna superación aristocrática del mundo como la gesta del indio que yacía sonriente en la tumba que él mismo había cavado, sino una mera negación. La renuncia al yo, ese es el canto trágico de todos los santos europeos, un lado puramente negador de la vida religiosa occidental, porque al europeo no se le permitió

actuar de manera positiva de acuerdo a su propia naturaleza. Allí donde lo intentó, como en la figura del «bendito maestro» Eckehart, todos los valores eclesiásticos desaparecieron y se desintegraron, allí se alzó repentinamente una nueva estructura anímica, que recién hoy se hace visible en toda su magnitud, que se colocó en el lugar de la Iglesia extraña, y, sin embargo, tuvo que actuar dentro de su dominio. Así, este apóstol de los alemanes murió antes de poder enseñar al pueblo la superación religiosa del mundo que le correspondía y vivir en este sentido.

Y así Europa fue y se sometió físicamente al mundo y el universo. Pero la búsqueda anímica, que no podía ser religiosa sino únicamente judeo-romana, trasladó el peso de la voluntad religiosa a la artística. Los antiguos himnos de la India son menos productos artísticos que confesiones filosófico-religiosas, las imágenes y dioses de la China se detienen en la distorsión grotesca de la naturaleza, o se elevan hasta su estilización y formalización, las pinturas de Egipto son composiciones gráficas y Grecia llegó a ser para nosotros forma abstracta. Solo en Europa el arte llegó a ser un medio genuino de superación del mundo, una religión en sí. La Crucifixión de Grünewald, una catedral gótica, un autorretrato de Rembrandt, una fuga de Bach, la «Heroica», el Chorus Mysticus, son alegorías de un alma completamente nueva, de un alma constantemente activa, como únicamente Europa la ha dado a luz.

Wagner anhelaba el arte popular como símbolo. El carácter común de la fuente original de las artes separadas se le aparece como el heraldo de una nueva época. Esta «religión del futuro» por lo pronto no somos capaces de crearla, «porque, a pesar de todo, somos solo individuos aislados, solitarios»: «La obra de arte es la representación viviente de la religión; pero las religiones no las inventa el artista, ellas solo surgen del pueblo»[148].

Un arte como religión, eso lo quería antaño Wagner. Fue el único, junto con Lagarde, que luchó contra todo el mundo burgués-capitalista de los Albericos, y sintió junto a un don también una misión en el servicio por su pueblo. Él no dijo completamente desmoralizado: «Ya no comprendo al mundo», sino que quiso crear un mundo distinto y vislumbraba la aurora de una nueva vida renaciente. Se le opuso una prensa mundial comprada, una

[148] *Das Kunstwerk der Zukunft* (La Obra de Arte del Futuro).

pequeña burguesía satisfecha, toda una época carente de ideas. Y aunque muchos en nuestro tiempo sean ajenos a las formas del pensamiento de Bayreuth o simpaticen con él: para la generación de aquel entonces este pensamiento ha sido la genuina fuente de vida en medio de una época bestializante. En todos los Estados en los que había personas que no solo se ocupaban de la vida a través de la estética y la protesta estéril, Bayreuth encontró almas resonantes, y mientras los antaño aclamados «poetas sociales» hoy solo se ganan la vida a duras penas, el valor interior de Bayreuth todavía se proyecta vivificante en nuestro tiempo, y más allá de él, en el futuro del venidero Reich Alemán. Un Gerhart Hauptmann se limitó a roer las raíces podridas de la burguesía del siglo 19, construyó obras de teatro según los informes de los periódicos, luego se «instruyó» a sí mismo, abandonó el movimiento social en dura lucha, se estetizó en la atmósfera galitziana del *Berliner Tageblatt* (Diario Berlinés), imitó ante el fotógrafo la postura de Goethe y luego, en 1918, después del triunfo de la Bolsa se dejó presentar por la prensa de ésta al pueblo alemán, como su «más grande poeta». Desprovistos de valor en su interior, Hauptmann y su círculo son descomponedores estériles de una época a la que ellos mismos pertenecen en su interior. En ninguno de ellos, ni en los Sudermann, ni Wedekind, y menos aún en la pléyade posterior (Mann, Kaiser, Werfel, Hasenclever, Sternheim) ardía una auténtica protesta en el corazón, no: así como el socialismo marxista falla políticamente, así el movimiento de renovación que ansiosamente también se afana por la expresión artística, fue traicionado, falseado por este pretencioso gremio literario «alemán» y hebreo. Todos estos poetas de obreros se deshacían interiormente en cortesías ante el poder del dinero y de sus siervos, a los que presuntamente combatían. Todos ellos son advenedizos espirituales que se convierten en estirados y «humanos» en cuanto se les permite compartir la comida en la mesa de los príncipes del oro. El gran rasgo genuinamente revolucionario de los «Räuber» (Bandidos), de «Kabale und Liebe» (Cábala y Amor) y hasta del mismo Wilhelm Tell no se percibe en ninguna parte en el siglo 19. La creación de la ramera Lulú es lo más alto a lo que pudieron llegar los «poetas». Y para suprimir todo lo que se atreviera a surgir que fuera auténtico y pujante, los señores del dinero formaron un cártel con los directores de teatro y los hombres de prensa judíos. Estos ensalzaban todo lo descarado, disolvente, artificioso, impotente

y contrahecho, hasta imponerlo, y lucharon aún más unidos y conscientes contra cualquier renovación genuina del mundo de lo que lo hicieron en su día contra Richard Wagner. Porque ellos sabían: lo grande significa la muerte de lo pequeño, un nuevo valor, una vez reconocido, rompe el cuello de lo carente de valor. En esta gran lucha nos hallamos hoy más que nunca. Ya no podemos cerrarnos al torrente de la vida, ajenos al mundo, como Raabe o Keller, ni queremos hacerlo, aunque sepamos que toda una internacional al frente de un ejército mestizo de «artistas» es hostil al nuevo valor del alma racial que despierta, incluso hasta la muerte. O precisamente: por ello. Los Barbusse, Sinclair, Unamuno, Ibáñez, Maurois, Shaw y sus editores se hallan en la más estrecha colaboración con los Mann, Kaiser, Fulda y su pandilla de periodistas. Aseguran el elogio, traducción y representación mutuos. Uno publica entrevistas con el otro. Toda la prensa mundial se entera con tres meses de anticipación del gran acontecimiento de que Thomas Mann escribe una novela. Cada uno informa al asombrado globo por boca del otro: lo que se digna a pensar, cómo trabaja: en el interior o en el exterior, por la mañana o por la tarde... Sin embargo, esta pequeña burguesía escritora de hoy se pudre en cuerpo vivo a pesar de todos los cantores de himnos en medio de la propaganda judía: todavía balbucea algo sobre humanidad, paz entre los pueblos, justicia, y, sin embargo, no tiene ella misma ni un gramo de humanismo auténtico, pletórica de sangre, para dar; ha hecho la paz con las potencias que consideran a la Guerra Mundial como su negocio, y escribe en los periódicos que día tras día se burlan del derecho genuino de los pueblos a la expresión específica de su ser. Podridos como la democracia política misma son también sus salmistas todos, se llamen Shaw y año tras año no hagan otra cosa que profanar cadáveres y al respecto, ni siquiera saben si esto gusta o no, o Heinrich Mann y propinen una patada a alguien que ellos no han derribado...

Para el siglo 19 hay otra razón atenuante: que sus gentes se encontraban en medio de una apresurada corriente del industrialismo que nacía, y que como muchos otros también fueron tomados por sorpresa por lo nuevo. Sentían que los viejos valores se tambaleaban, pero ¿quién quería tomar el relevo cuando no veían el amanecer, sino que perecían? Pero a principios del siglo 20 ya había personas lo suficientemente presuntuosas como para actuar como heraldos de un nuevo sistema. Y hoy vemos que todo lo que

proclamaban era una moda pomposa, en cuyo poder ascendente ellos mismos no creían. Ibsen y Strindberg lucharon honradamente hasta la muerte: los últimos cantantes de la democracia y el marxismo de hoy no tienen fe en otros ni llevan en sí mismos valores propios. Cavan ahora en la literatura china, griega, india, por figuras (Klabund, Hoffmannsthal, Hasenclever, Reinhardt), las engalanan o se traen negros de Timbuktú para presentar a su selecto público una «nueva belleza» un «nuevo ritmo vital».

¡Esa es la esencia de la espiritualidad de hoy, ese es el drama moderno, el teatro moderno, la música moderna! Un hedor de cadáver emana desde París, Viena, Moscú y Nueva York. El *foetor judaicus* se mezcla con la escoria de todos los pueblos. Bastardos son los «héroes» de la época, la revista de rameras y el baile al desnudo bajo la dirección de negros eran la forma artística de la democracia de noviembre. El final, la peste del alma parecía haber llegado.

Los millones de trabajadores en las minas y ante los altos hornos eran esclavizados y explotados. Sufrían todos los horrores de un nuevo dominio de la máquina. Pero no querían rendirse, querían luchar. Luchar por la existencia: buscaron un líder, pero no hallaron ninguno, y es penoso tener que constatar el paralelismo de que, a la cabeza de figuras cubiertas de hollín, pero vigorosas, marchaban (mientras era seguro) abogados judíos y traidores mantenidos por grandes bancos, mientras que los «poetas obreros» eran incapaces de producir una sola figura de luchador. El ejército de trabajadores en lucha no recibió una figura heroica, ni en la vida ni en el arte. Bebel siguió siendo toda su vida un pequeño sargento, y Hauptmann no creció más allá de los «Weber» (Tejedores) y el «Colega Crampton». Ya en este solo hecho reside la prueba de que el marxismo no puede ser un movimiento de libertad alemán, y tampoco occidental: pues un movimiento propio de la especie crea su propia figura heroica y su valor supremo orgánico. En lugar de estas fuerzas, sin embargo, vinieron los cobardes líderes marxistas, que se dejaron comprar por todos los que tenían dinero; el lugar de un todo fue ocupado por la clase como valor de similor. El obrero alemán olvidó que no hay que negar al pueblo y a la patria, sino que hay que conquistarlos. Ahora, bajo dirección judía, destruyó a ambos por mucho tiempo. El nuevo movimiento obrero que despierta hoy —el Nacionalsocialismo— tendrá que demostrar si es capaz de dar al obrero alemán, y con él a toda la nación, no sólo una idea

política, sino también un ideal de belleza de la fuerza y la voluntad masculinas, un valor supremo anímico que domine todo lo demás y, por tanto, el requisito para un arte orgánico que fluya a través de la vida y genere vida.

En todas las ciudades y en todas las aldeas de Alemania vemos ya los primeros indicios de ello. Los rostros que asoman por debajo de los cascos de acero en los monumentos a los guerreros tienen en casi todas partes una semejanza que puede llamarse mística. Una frente empinada y surcada, una nariz fuerte y recta con un marco angular, una boca apretada y estrecha con la hendidura profunda de una voluntad tensa. Los ojos bien abiertos miran al frente. Conscientemente en la distancia, en la eternidad. Esta hombría enérgica del soldado del frente se diferencia notablemente del ideal de belleza de tiempos anteriores: la fuerza interior se ha hecho aún más evidente que en la época del Renacimiento y del Barroco. Pero esta nueva belleza es también una imagen inherente de la belleza del trabajador alemán, del alemán luchador de hoy. Para que esta alegoría prodigadora de vida no se generalice y triunfe, los bastardos adictos a la morfina pintan en diarios y revistas judías de «trabajadores» caras contrahechas y distorsionadas, hacen tallas en madera en las que la idiotez y la epilepsia han de representar voluntad y lucha, mientras las Iglesias siguen encargando aun consuetudinariamente «crucifixiones» o hacen poetizar al «Cordero de Dios». Será ya inútil: la traición de 1918 comienza a vengarse de los traidores. De los estremecimientos de muerte de las batallas, de la lucha, de las dificultades y de la miseria, una nueva generación se esfuerza por emerger, una que por fin tiene ante la vista una meta propia de la especie, una que posee un ideal de belleza propio de la especie, antiguo y nuevo, que está animada por una voluntad creadora propia de la especie. Suyo es el futuro.

Detrás del valor estético hay claramente un valor «extraestético». Personalidad y tipo, una condiciona y potencia la otra. Una personalidad genuina tiene siempre un valor supremo, incluso la sumisión incondicional de un esclavo genuino le da una cierta forma de vida; solo el mestizo y el bastardo vacilan de los gritos de triunfo a los lloriqueos infundados, del erotismo antinatural a la teosofía, de la insolente falta de religión al éxtasis demoníaco.

En medio de este derrumbe, la nueva generación de Alemania busca un nuevo arte, pero sabiendo que tal arte no nacerá antes de que un nuevo y más noble valor se haya apoderado de nosotros, dominando toda nuestra vida. No es casualidad que la Guerra Mundial aún no haya encontrado su cantor. Por conmovedoras que sean las distintas canciones, el pueblo y la Patria eran valores que habían brotado de repente; solo en medio de las batallas se había despertado el mito alemán. A los que lo vivieron con la mayor intensidad los cubre el césped o las olas del mar. Los demás cayeron a menudo en el fango del colapso. La mayoría perdió la fe de que luchaban por algo de valor. Sin embargo, hoy en día, el individuo sigue convirtiéndose en una persona en general. La dureza de los tiempos clava en el corazón de cada alemán que cada sacrificio en la Guerra Mundial, por pequeño que fuera, significó la devoción de 80 millones de personas, pero que estos 80 millones pertenecen juntos para siempre, junto con sus hijos y descendientes más lejanos, sencillamente por la comunidad de los sacrificios hechos por ellos. El entusiasmo abstracto por la «Patria» de antes de la Guerra, se transforma hoy, a pesar de todos los parlamentos y políticos, en verdadera vivencia mítica. Esta vivencia se convertirá, y tiene que convertirse, hasta llegar a ser un lógico y natural sentimiento de la realidad. Este sentimiento, empero, significa, que los átomos del pueblo, las almas individuales, comienzan poco a poco a orientarse en el mismo sentido. Las personalidades que desde hace años promueven esto con todas sus fuerzas, serán entonces necesariamente empujadas a la cabeza. Y no importa cómo siga desarrollándose la vida política, ¡el nacimiento del poeta de la Guerra Mundial habrá tenido lugar! Entonces sabrá, junto con todos los demás, que los dos millones de héroes alemanes muertos son los verdaderamente vivos, que no dieron su vida por otra cosa que por el honor y la libertad del pueblo alemán, que en esta gesta se encuentra la única fuente de nuestro renacimiento espiritual, pero también el único valor bajo el que todos los alemanes pueden inclinarse sin contradicción. Este poeta alemán ahuyentará entonces, con mano fuerte, a las alimañas de nuestros teatros, inspirará al músico a una nueva música heroica y guiará al escultor hacia el cincel. Los monumentos heroicos y las arboledas conmemorativas serán convertidos por una nueva generación en lugares de peregrinación de una nueva religión, donde los corazones alemanes serán moldeados siempre de nuevo en el

sentido de un nuevo mito. Entonces, a través del arte, el mundo habrá sido superado una vez más.

LIBRO TERCERO:

EL REICH VENIDERO

En toda la historia de la vida de un pueblo su momento más sagrado es aquel en que despierta de su impotencia... Un pueblo que con placer y amor capta la eternidad de su nacionalidad, puede celebrar en todas las épocas la fiesta de su renacimiento y el día de su resurrección.

Friedrich Ludwig Jahn.

I. MITO Y TIPO

1.

Un día llegará el tiempo en el que los pueblos venerarán a sus grandes soñadores como los más grandes hombres de acción. Aquellos soñadores a quienes su anhelo devino imagen, y esta visión en la meta de la vida. Formados en una idea cuando caminaban por esta tierra como hombres poseídos por la religión, filósofos, inventores y estadistas; en figuras plásticas, cuando eran al mismo tiempo artistas que componían en palabra, tono o colores. El sueño del inventor es la primera expresión de una fuerza anímica; dirige todos los impulsos interiores en una dirección, potencia todas las energías anímicas y espirituales en el tormento de reconocer que la visión interior no puede realizarse completamente, y da a luz finalmente a la acción creadora, en torno de la cual gira un tiempo nuevo como alrededor de su eje.

Antaño el espíritu nórdico soñaba junto al Mar Mediterráneo, en la Hélade; soñaba con la proximidad del sol, con el vuelo del hombre por encima del Olimpo. Este anhelo creó el drama de Ícaro. Y como Ícaro, murió, sólo para volver a latir con vida en otro lugar. El hombre soñador enviaba por los aires a las doncellas del sol y las doncellas de la espada, vio en medio de la tormenta y tempestad correr velozmente encima de sí a las valquirias, y luego él mismo se elevó hasta al infinitamente lejano Valhalla. El antiguo anhelo se convirtió en imagen en Wieland el Herrero, y murió una vez más para despertar a una nueva vida en el taller de Leonardo. La imagen del poeta se convirtió ahora en voluntad práctica y transformadora. Una humanidad fuerte se había apoderado ya de la naturaleza y escuchaba sus leyes con una mirada señorial. Pero aún era demasiado pronto. Cuatrocientos años más tarde, los que soñaban con el vuelo humano dominaron la frágil materia. Esta vez la materia fue vencida, concentrada a propósito en energía dominada, la fuerza motriz propulsora había sido encontrada. Y un día un dirigible plateado surcó los aires, brillante, rápido y

bajo control, el sueño de muchos milenios hecho realidad. Las formas de realización eran diferentes de las que habían concebido los primeros soñadores, lo cual era un mero tecnicismo temporalmente ligado, pero el impulso anímico-señorial era lo eterno, la voluntad inexplicable que fijaba metas y superaba la gravedad de la Tierra.

Otrora los hombres soñaron con un ser que todo lo veía y que todo lo oía. Lo llamaban Zeus, que vigilaba la tierra desde las nubes del Olimpo, o Argos Panoptes, que estaba encargado de ver. Sólo pocos tuvieron la audacia de exigir algo similar para el hombre. Pero estos pocos soñadores investigaban la esencia del dios lanzador de rayos y examinaban las fuerzas de la naturaleza que tan misteriosamente se descargaban. Y una vez, con ayuda de estas potencias, hablaron unos con otros, muy distanciados, conectados solo por un cable. Luego tampoco este cable fue ya necesario. Torres altas, esbeltas, irradian hoy misteriosas ondas hacia todo el mundo que se transmiten a miles de kilómetros en forma de canciones o música. Nuevamente un sueño audaz se hizo vida y realidad.

En medio de un desierto, guerreros y conquistadores soñaron antaño con un paraíso. Este sueño de unos pocos se convirtió en el trabajo de millones. Desde un río al otro corría agua murmurante por zanjas en todas las direcciones, atravesando el árido desierto en líneas bien pensadas. Y como impulsada por fuerzas mágicas, la arena amarilla reverdeció y los campos de espigas se precipitaron preñados de pesados frutos. Crecieron pueblos y ciudades, florecieron el arte y la ciencia, hasta que sobre este «paraíso» creado como por arte de magia por una raza humana soñadora, pasaron ejércitos conquistadores que no conocían sueños, aniquilándolo todo. Se alimentaron aún de los frutos del país, pero no fueron capaces de soñar vívidamente. Los canales se obstruyeron de arena, el agua se estancó, volvió al cauce original y desde allí fluyó al informe Océano Indico. Los bosques se desmoronaron, los campos de trigo desaparecieron, en el lugar del pasto volvió a estar la piedra quebradiza y la arena huidiza. La gente se degeneró o se marchó, las ciudades se hundieron, el polvo se asentó sobre ellas. Hasta que miles de años más tarde soñadores nórdicos excavaron la cultura petrificada de entre escombros y ceniza. Hoy se encuentra ante nuestros ojos todo el cuadro del paraíso pasado, un sueño terminado de soñar, que generó vida, belleza y fuerza mientras actuaba una raza capaz de soñar una y otra

vez. Pero en cuanto las razas de prácticos sin sueños tomaron el control e intentaron realizar el sueño, la realidad se hundió junto con el sueño.

Así como en la Mesopotamia el hombre soñaba con la fertilidad y el poder, en la Hélade una gran raza soñaba con la belleza y con el Eros vivificador; así en la India y en el Nilo el hombre soñaba con la disciplina y la santidad; así el hombre germánico soñaba con el paraíso del honor y el deber.

Al lado de los sueños que con la voluntad hacen surgir la fértil realidad y de los destructores desprovistos de sueños, también hay sueños aniquiladores. Estos son tan reales y a menudo tan fuertes como los creadores. Todavía se nos habla de los pequeños pueblos oscuros de la India cuya mirada penetrante hipnotiza serpientes y pájaros y los obliga a caer en las redes de los cazadores; conocemos el maligno pero monstruosamente poderoso sueño de Ignacio, cuyo aliento destructor de almas todavía perdura sobre toda nuestra moral. Y también se conoce el sueño del gnomo negro Alberico, que maldijo el amor para obtener el dominio del mundo. En el Monte Sión se alimentó durante siglos este sueño, el sueño del oro, del poder de la mentira y del odio. Este sueño impulsó a los judíos por todo el mundo. Un sueño fuerte y sin sosiego, aquí crea realidad, allí la destruye, portador de malignas visiones de sueño aún vive y teje hoy entre nosotros. Su sueño, experimentado por primera vez con todas sus fuerzas hacía tres mil años, casi se había hecho realidad tras muchos fracasos: El oro y la dominación mundial. Renunciando al amor, a la belleza, al honor, solamente soñando el sueño del dominio sin amor, feo, deshonroso, el judío parecía más fuerte que nosotros hasta 1933: porque habíamos dejado de realizar nuestro sueño, incluso intentábamos torpemente experimentar el sueño del judío. Y eso también provocó el colapso alemán.

Pero lo más grande y gratificante en medio del caos actual es un despertar mítico, sensible y vigoroso, es el hecho de que hayamos empezado a soñar de nuevo nuestros propios sueños. No con una intención premeditada, sino de forma original, en muchos lugares a la vez y en la misma dirección. Es de nuevo el viejo-nuevo sueño del Maestro Eckehart, Friedrich y Lagarde...

Érase una vez los vikingos nórdicos que salían al mundo. Realizaban incursiones como cualquier otro guerrero, pero soñaban con el honor y el Estado, con gobernar y crear. Y allá donde fueron, surgieron estructuras de

cultura peculiar: en Kiev, en Palermo, en Bretaña, en Inglaterra. Allí donde surgían seres ajenos a la especie y a los sueños, las realidades soñadas se hacían añicos; allí donde vivían soñadores semejantes a la especie, nacía una nueva cultura.

El sueño de un Reich santo y honorable, condujo la espada de los antiguos Káiseres alemanes, pero también la de los caballeros que se alzaron contra ellos. Este sueño los llevó a la lejana Roma, al infinito Oriente. La sangre se escurrió entre las ruinas de Italia, en el «Santo Sepulcro», sin poder resucitar como realidad vivida. Hasta que el viejo sueño volvió a la vida sobre las arenas de la Marca. Pero también se hundió una vez más y pareció perdido y olvidado. Y hoy, por fin, hemos vuelto a soñar.

Un vidente había asentado, en medio del deleite por el segundo Reich, el sueño germano-nórdico occidental, fijando él, prácticamente solo, metas específicas. Escribió en sus *Deutsche Schriften* (Escritos Alemanes) y lo desparramó en sus otras grandes obras: «No ha habido aún nunca un Estado alemán... El Estado (actual) es una casta, la vida política una farsa, la opinión pública una cobarde ramera... Que el Reich Alemán no es viable, está ahora a la vista de todos... Vivimos en medio de la guerra civil, que sólo provisoriamente toma su curso sin pólvora ni plomo, pero, en cambio, con la mayor vileza mediante el silencio y la calumnia... Padecemos por la necesidad de tener que hacer en 1878 lo que hubiéramos debido hacer en 878... La creencia en la inmortalidad se hace para nosotros más y más condición indispensable, bajo la cual podemos solamente soportar la vida en este Reich judeo-alemán compuesto de arcilla y hierro... El concepto de religión del cristianismo es erróneo. Religión es la relación personal con Dios. Es presencia incondicional... Pablo introdujo el Antiguo Testamento dentro de la Iglesia, por cuya influencia el Evangelio, en cuanto esto es posible, ha sucumbido... Que a cada Nación le es necesaria una religión nacional, resulta de las siguientes reflexiones: las Naciones no se originan por generación física, sino por acontecimientos históricos, pero están sometidas a la acción de la Providencia. Por eso las Naciones son de designación divina, son creadas... Reconocer permanentemente la misión de la propia Nación significa sumergirla en la fuente que da eterna juventud: servir siempre a esta misión significa adquirir fines más elevados y con ellos una vida más elevada... Religión mundial en singular y religiones nacionales en plural, esto

son los puntos programáticos de los dos adversarios... ¡Las naciones son pensamientos de Dios...! Catolicismo, protestantismo, judaísmo, naturalismo deben abandonar el campo ante una nueva visión del mundo, así como ya no se piensa más en las lámparas de noche cuando el sol matutino alumbra por sobre las montañas —o de lo contrario la unidad de Alemania será más cuestionable de día en día... Para el hombre sólo hay una culpa, la de no ser él mismo... El gran futuro que yo anuncio y exijo aún se halla lejos de nosotros...».

No hace tanto que este gran soñador alemán nos abandonó: Paul de Lagarde murió el 22 de diciembre de 1897. Él fue después del Maestro Eckehart quizás el primero que ha expresado el eterno sueño alemán, sin aquellas ataduras que otrora encadenaban aun al gran Maestro. Lo que hace miles de años movía a los caballeros alemanes, impulsándoles hacia las alturas, pero también hacia el error y la culpa, cobró aquí conciencia por primera vez: hoy el pueblo alemán empieza a soñar de nuevo los sueños de Eckehart y Lagarde. Aún muchos no tienen el valor para este sueño; aún foráneas visiones de sueño inhiben en muchos casos su accionar anímico, por lo que he aquí el modesto y presuntuoso intento de establecer en contraste, como objetivo onírico y real, lo que en los dos libros anteriores ha sido expuesto, más bien analíticamente, como nuestro ser. Como imagen, en cuanto ella está llena de las eternas ideas nórdico-germánicas, no en detalles técnicos. Y donde estos deben ser trazados, entonces con la despierta conciencia de que también pueden tener un efecto completamente diferente, cuando se hayan hallado nuevos medios de dominio sobre la Tierra. El vuelo de Ícaro se diferenció de la construcción del Zeppelin casi en todo; la voluntad, empero, que dio dirección al afán, era semejante. Y una voluntad determinada, fundada sobre una clara jerarquía de valores, unida a una fuerza de visión orgánica, forzará un día su realización en todos los campos, superando todos los obstáculos.

2.

¿QUÉ ES UN MITO?

Los valores de carácter, las líneas de la vida espiritual, los colores de los símbolos corren uno al lado del otro, se entrelazan y, sin embargo, dan como resultado un ser humano. Pero sólo en completa plenitud de sangre cuando ellos mismos son consecuencias, nacimientos de un centro que está colocado más allá de lo solo investigable por la experiencia (empíricamente). Este resumen incomprensible de todas las direcciones del yo, del pueblo, de una comunidad en general, constituye su mito. El mundo de los dioses de Homero era un mito de este tipo, que siguió protegiendo y preservando a Grecia cuando personas y valores extranjeros empezaron a apoderarse del helenismo. El mito de la belleza de Apolo y del poder de Zeus, de la necesidad del destino en el cosmos y del ser humano que misteriosamente está ligado a él, fue accionar griego a través de milenios, aunque recién con Homero cobró una fuerza formadora de tipos.

Pero tal fuerza descomunal no la despliega únicamente una visión creadora de sueño, sino que también del parasitario sueño de dominio mundial del judío ha partido una fuerza descomunal, aunque destructora. A lo largo de casi tres milenios, ha hecho avanzar a los magos negros de la política y la economía, la corriente de estos libidinosos poderes de oro a menudo crecía insaciable, los hijos de Jacob, renunciando al «amor», trabajaban en las redes de oro para atar a los pueblos magnánimos, de pensamiento tolerante o débiles. En Mefistófeles esta fuerza llegó a ser figura dibujada inimitablemente, pero ella muestra la misma ley estructural interior que los señores de las actuales Bolsas de cereales y brillantes, de la «prensa mundial» y de la diplomacia de la Liga de las Naciones. Siempre que la fuerza de un espíritu nórdico empieza a flaquear, la esencia terrestre de Asuero[149] se absorbe en los músculos que flaquean; siempre que se abre una herida en el cuerpo de una nación, el demonio judío se introduce en el punto enfermo y, como un parásito, se aprovecha de las horas de debilidad de los grandes de este mundo. No se esfuerza por conseguir el dominio como un héroe, sino por hacer al mundo «tributario de intereses», eso guía al parásito con fuerza de visionario. No luchar, sino robar; no servir a los valores, sino

[149] Nombre que recibe el Rey persa en el libro bíblico de Ester.

explotar la devaluación es su ley, según la cual se ha movido y de la que nunca podrá escapar mientras exista.

Hoy nos encontramos en este gran conflicto, quizás final, entre dos almas que son mundos aparte. Y este enfrentamiento entre el genio alemán y el demonio judío fue caracterizado involuntariamente en su esencia por un mitad judío (Schmitz)[150]. Escribe: «El demonio maligno de los judíos es... el Fariseísmo. Es, en efecto, el portador de la esperanza del Mesías, pero al mismo tiempo es también el guardián de que no surja ningún Mesías... Esta es la forma específica y altamente peligrosa de la negación mundial judía... El fariseo niega activamente el mundo, procura que nada, si es posible, tome forma, y al hacerlo se deja llevar por un afecto demoníaco. Esta negación aparente es, pues, en realidad un tipo de afirmación del mundo particularmente violenta, pero de signo negativo. El budista sería feliz si el mundo se durmiera a su alrededor, el fariseo estaría acabado si la vida no quisiera tomar forma a su alrededor una y otra vez, porque entonces su función vital negadora dejaría de tener actividad». «Ellos (los negadores) son el espíritu que siempre niega y oculta bajo la afirmación extática de un ser utópico que nunca puede llegar a ser, la venida del Mesías. Tendrían que ahorcarse como Judas si realmente viniera, ya que son totalmente incapaces de decir que sí».

Si se quiere investigar el fondo de esta confesión y de manifestaciones similares, a veces repentinas, entonces se muestra en todos lados un resultado: el parasitismo. Este término no debe entenderse como una evaluación moral, sino como la descripción de un hecho biológico de la vida, al igual que hablamos de fenómenos parasitarios en la vida vegetal y animal. Si el cangrejo cirrípedo se introduce por el ano del cangrejo de bolsillo, poco a poco crece dentro de él y le succiona la última fuerza vital, éste es el mismo proceso que cuando el judío penetra en la sociedad a través de las heridas abiertas en el pueblo, consumiendo su fuerza racial y creativa hasta su hundimiento. Esta destrucción es precisamente esa «negación activa del mundo» de la que habla Schmitz, esa «preocupación» de que «nada tome forma» porque el «fariseo», decimos parásito, no tiene autocrecimiento interior, ni forma orgánica del alma y, por tanto, tampoco forma racial. Este

[150] Oskar Schmitz en *Der Jude* (El Judío), 1926, edición especial.

punto extraordinariamente importante sólo ha sido señalado hasta ahora por un investigador[151] que, tras la comprobación rigurosamente científica de las leyes de la vida que actúan en el parásito judío, encuentra también aquí la explicación correcta del hecho de que la diversidad externa del judaísmo no constituye una contradicción con su unidad interna, sino –por extraño que pueda parecer– su condición. Aquí Schickedanz acuña el muy acertado término de una contra-raza judía, en el sentido de que la actividad parasitaria provoca igualmente una cierta selección de la sangre, siendo siempre la misma, siempre opuesta a la labor constructiva de la raza nórdica. E inversamente, cualquiera haya sido el lugar del mundo donde se formaron gérmenes parasitarios, éstos siempre se han sentido atraídos por el judaísmo, exactamente como cuando la escoria de Egipto abandonó junto con los hebreos la tierra de los Faraones.

Corresponde a esta revalorización parasitaria de la vida creadora que también el parásito tenga su «mito»; en el caso del judaísmo, similar a las ilusiones imperiales de un loco, el mito del elegido. Suena como una mofa que Dios haya elegido como su favorita a esta contra-nación, cuya descripción ya la han suministrado exhaustivamente Wilhelm Busch y Schopenhauer. Pero dado que la imagen de Dios está formada por seres humanos, es comprensible que este «Dios» haya elegido a este «pueblo» entre todos los demás. Por lo que ha sido de provecho para los judíos que su incapacidad pictórica les impidiera representar a este «Dios» también físicamente. El horror que, de otro modo, habría causado entre todos los europeos habría impedido sin duda la adopción de Yahvé y su ennoblecimiento por poetas y pintores desde el principio.

Con estas palabras ha sido dicho lo más importante sobre el judaísmo. Del demonio de la eterna negación brota el incesante roer de todas las expresiones del alma nórdica, aquella imposibilidad interior de decir sí a las creaciones de Europa, esa perpetua lucha contra una auténtica estructura cultural al servicio del anarquismo amorfo, que sólo se vela escasamente con insustanciales «profecías».

---

[151] Arno Schickedanz: *Sozialparasitismus im Völkerleben* (Parasitismo social en la vida de los pueblos).

El parasitismo judío, como una magnitud concentrada, se deriva del mito judío del dominio del mundo prometido por el Dios Yahvé a los justos. La cría racial de Esdras y el Talmud de los rabinos, han creado una comunidad de sangre y de mentalidad de increíble tenacidad. El carácter de los judíos en su actividad de negociantes intermediarios y en su descomposición de tipos foráneos siempre ha sido el mismo, desde José en Egipto hasta Rothschild y Rathenau, desde Filón pasando por David ben Selomo hasta Heine. Hasta 1800, fue sobre todo el código moral sin escrúpulos el que tuvo un efecto de cría; sin el Talmud y el Schulchan Aruch, el judaísmo en su conjunto es inconcebible. Tras una breve época, en la que los judíos también aparecieron «emancipados», a fines del siglo 19 la idea contra-racial pasó a primer plano como pretenciosa y dejó su impronta en el movimiento sionista. Los sionistas profesan su lealtad a Oriente y hoy se oponen enérgicamente a ir a Palestina como pioneros de Europa. Un destacado escritor llegó a afirmar abiertamente que los sionistas «se unirían a las filas de los pueblos asiáticos que están despertando». Del fuego de todos los arbustos espinosos y de las noches de soledad les resuena solo una llamada: Asia. El sionismo, dice, es sólo una idea parcial del pan-asiatismo[152]. Al mismo tiempo, se estableció una conexión espiritual y política con la idea del bolchevismo rojo. El sionista Holitscher experimentó en Moscú el paralelismo interior entre Moscú y Sión, y el sionista F. Kohn explica que una única línea conduce desde los patriarcas hasta Karl Marx, Rosa Luxemburg y todos los bolcheviques judíos que han servido a la «causa de la libertad».

Este sionismo pretende querer fundar un «Estado judío»; puede existir un deseo bastante honorable entre unos pocos líderes de que alguna redención final construya una pirámide de vida en el suelo de la nación judía. La construcción de un Estado así da lugar a una estructura vertical, en deferencia y contraste con la estratificación horizontal de su existencia anterior. Desde el punto de vista judío original, se trata de un contagio extranjero del sentimiento nacional y de la concepción del Estado de los pueblos de Europa. Un intento de formar una comunidad verdaderamente orgánica de campesinos, obreros, artesanos, técnicos, filósofos, guerreros y estadistas judíos contradice todos los instintos de la contra-raza y está condenado desde

[152] E. Höflich: *Die Pforte des Ostens* (La Puerta de Oriente).

el principio al colapso si realmente se deja a los judíos entre ellos. Los ortodoxos, por tanto, representan a todas luces la verdadera esencia judía cuando rechazan tajantemente esta vertiente del sionismo como imitación de las visiones occidentales de la vida y reivindican una «misión mundial», combatiendo conscientemente el intento de hacer de «Israel» una nación como cualquier otra como «decadencia». Esta actitud lógica ha llevado a muchos sionistas a «recapacitar», y es así que el propio movimiento ya es visto hoy con ojos completamente distintos que en la primera época de su aparición, cuando Theodor Herzl lo creó como protesta contra el rechazo al judío por parte de los europeos, que se sentía en todas partes. En el Congreso Sionista celebrado en Zúrich en agosto de 1929, un destacado dirigente, Martin Buber, explicó los diferentes puntos de vista:

Hay tres visiones básicas de la nación judía: una que dice que Israel es menos que una nación. Una segunda, que sitúa a Israel junto a la nación moderna. Y finalmente una tercera, que es también la visión de Buber, que muestra a Israel por encima de las naciones.

A este respecto, dice el órgano central de la ortodoxia de Frankfurt, «Der Israelit»[153]: «Esto es lo que venimos diciendo desde hace años y con lo que justificamos nuestro rechazo del sionismo moderno, que no sitúa a Israel por encima de las naciones. Si la ideología sionista estuviera fecundada por la idea de los elegidos de Israel marchando en un papel protagonista a la cabeza de las naciones con una misión profética, si Buber, el intermediario exitoso de la palabra y del pensamiento bíblico, comprendiera la misión supranacional de Israel tal como debería haberla aprendido de los profetas, y si entonces estas palabras, comprendidas de esta manera, se colocasen como puntos programáticos en el centro del pensamiento y la acción sionistas, difícilmente tendríamos motivos para ver en el sionismo una concepción opuesta de la nación judía, de su esperanza mundial y su misión mundial, y para luchar contra ella».

Pero esta «esperanza mundial» de «ser los elegidos» debe consistir en vivir succionados en todas las naciones y remodelar Jerusalén sólo como un transitorio centro consultivo, desde el cual los instintos milenarios podrían ser vigorizados mediante planes racionalmente estructurados. Así, el

[153] Nº 33 del 15 agosto de 1929.

sionismo no sería entonces ningún movimiento político-estatal, como suponen los incorregibles ilusos europeos, sino un refuerzo esencial precisamente de la capa parasitaria horizontal del comercio intermediario espiritual y material. El entusiasmo del sionista Holitscher por el caos racial moscovita es, por tanto, tan significativo como las investigaciones del sionista Buber, el proasiatismo del sionista Höflich y la concepción unitaria del Padre Jacobo con Rosa Luxemburg por parte del sionista Fritz Kohn.

El viejo mito de ser los elegidos engendra un nuevo tipo de parásito con la ayuda de la tecnología de nuestro tiempo y la civilización universal de un mundo que se ha quedado sin alma[154].

3.

EL MITO CATÓLICO

El poder de la Iglesia romana descansa en la creencia de los católicos en la representación de Dios por el Papa. Todas las acciones y dogmas del Vaticano y sus servidores han servido y siguen sirviendo para imponer y mantener este mito. El mito de la vicariedad de Dios no podía reconocer a ninguna raza o nación como valor supremo, sino solamente la magnitud del amor y de la humildad de los adeptos frente al Papa representante de Dios. Por esta sumisión se prometió la dicha eterna. En la esencia del mito romano (sirio-judío-alpino) reside, por tanto, la negación de la personalidad como la forma más peculiar de la raza, y con ella la inferioridad del pueblo. Raza, pueblo, personalidad son medios que tienen que servir al representante de Dios y a su poder mundial. Por tanto, Roma no conoce necesariamente una política espacial orgánica, sino sólo un centro y la diáspora como comunidad de creyentes. El único principio rector para el Papa, consciente de su deber para con su mito, por tanto, puede ser sólo fortalecer recíprocamente la

[154] Aquí no es el lugar para tratar exhaustivamente el problema judío. Remito a mis escritos: *Die Spur des Juden im Wandel der Zeiten* (La huella del judío a través de los tiempos), *Unmoral in Talmud* (Inmoralidad en el talmud), *Der staatsfeindliche Zionismus* (El sionismo antiestatal), *Die Internacionale Hochfinanz* (La alta finanza internacional).

diáspora a través del centro y elevar el prestigio del centro mediante éxitos en la diáspora.

Como Estado mundial de las almas creyentes, Roma no tiene territorio nacional, o más bien sólo lo exige como símbolo del «derecho» a un gobierno terrenal. También aquí se libera de todas las voluntades ligadas con el espacio, la sangre y el suelo. Así como el auténtico judío sólo ve al «puro» y al «impuro» el mahometano sólo al creyente y al infiel, así Roma solamente ve al católico (al que identifica como cristiano) y al no-católico («pagano»). Así que el Vaticano, al servicio de su mito, tiene que juzgar tanto las luchas religiosas como las nacionales y de clase, las disputas dinásticas y económicas, únicamente desde el punto de vista de si la destrucción de una religión, nación, clase, etc., no católica, promete un aumento de poder al número total de católicos, ya sean blancos, negros o amarillos. En este caso debe llenar de voluntad de combate a los creyentes. Los instrumentos de Roma han defendido a veces la idea de la monarquía absoluta cuando lo han considerado oportuno, o cuando las presiones del mundo exigían ceder, para proclamar con la misma insensatez la idea de la soberanía popular tras el cambio del sentimiento mundial en el siglo 18. Estaban a favor del trono y del altar, pero también de la república y la Bolsa cuando esta postura prometía un acrecentamiento del poder. Ellos eran chauvinistas hasta la última posibilidad, o predicaban el pacifismo como genuino cristianismo cuando el pueblo o la clase en cuestión debían ser aplastados, pulverizados. Al respecto, no es ni siquiera necesario que los instrumentos del Vaticano –nuncios, cardenales, obispos, etc.– fueran mentirosos y defraudadores conscientes, ellos pueden, por el contrario, haber sido personalmente hombres sin tacha, pero el Vaticano cuidaba, después de una exacta valoración de las personalidades que convenían en cada caso, de que, p. ej., a París se destinara un nuncio que sin inhibiciones pudiera declarar, en asociación con el «Institut Catholique», que luchar contra Francia significa luchar contra Dios, cuidaba por el ascenso del apasionado belga Mercier, que azuzaba a sus compatriotas católicos a la resistencia contra los «bárbaros» prusianos protestantes, pero también de que en los altos puestos de Alemania fueran ubicados, en cambio, pacifistas. Así sucede también que, p. ej., un jesuita predica en nombre del cristianismo odio y nuevamente odio, pero el

miembro de la misma Orden en algún otro país desecha el odio como a-cristiano y exige humildad y sumisión.

Por mucha falsedad individual que pueda haber, en relación con el mito romano como eje de todos los acontecimientos, la acción romana solo es lógica y está por encima de toda moralización sentimental... Pues no existe el «cristianismo», como no existe la «economía», la «política» como norma en sí misma. Tanto lo uno como lo otro son medios para ligar a almas de determinada orientación al mito de la representación de Dios sobre la Tierra. Cuáles deben ser los eslóganes temporales es una cuestión de conveniencia; el mito central determina todo lo demás. Su triunfo absoluto significaría que una casta de sacerdotes domine sobre un montón de miles de millones de seres humanos que, sin raza, sin voluntad, como una comunidad estructurada a la manera comunista, considerarían su existencia como un don de Dios transmitido por el todopoderoso médico brujo. Algo parecido a lo que los jesuitas intentaron implantar una vez en Paraguay.

Millones de personas siguen sirviendo hoy en día a este sistema[155] sin raza ni personalidad, sin saberlo ni comprenderlo, porque todos ellos están

---

[155] La siguiente omisión, sumamente interesante, del editor de la revista estrictamente eclesiástica «Schönere Zukunft» (Un futuro mejor), el Dr. Josef Eberle, de Viena, muestra cómo la verdad se escapa a veces, incluso involuntariamente, de las manos de los partidarios de la Gran Roma. Con motivo de la querella entre el gobierno mexicano y la Iglesia romana en 1926, Eberle escribió en el nº 46 del 2 de agosto de 1926 de dicha revista:
«Los asaltos a iglesias no son nada nuevo en México, han estado a la orden del día una y otra vez desde hace unos cien años, desde que se sacudió el dominio español y un fuerte régimen autoritario. Existen ciertas condiciones previas para la agitación religioso-cultural en las propias condiciones de la población. *Gratia supponit naturam*: el cultivo de la vida sobrenatural presupone condiciones naturales ordenadas. Estas faltan en un país que muestra una mezcolanza de población —19% de blancos, 38% de indios y 43% de mestizos— y la constante pugna de estos estratos entre sí. Esta mezcla racial es probablemente una de las razones por las que en México, como en algunos otros Estados sureños americanos, el cristianismo, el catolicismo, no alcanza el mismo nivel elevado en el tipo promedio de personas que en otros lugares, razón por la cual estos Estados sureños americanos dependen a menudo de la atención pastoral del clero extranjero».
Estas palabras de un hombre que durante años ha combatido la idea de un Estado-nación por anticristiana, representan un ataque a la cosmovisión romana como es inconcebible de forma más aguda: pues a través de esta confesión de un fanático partidario católico-eclesiástico queda claro que no es la fe romana la que determina la elevación espiritual y moral de un pueblo, sino que es sólo el ser humano racialmente superior el que crea algo

también vinculados por la política nacional, espacial o de clase y consideran una promoción a veces existente de sus propios intereses como auténtica benevolencia por parte del Vaticano, que los nuncios en el lugar respectivo están llamados y encargados de representar.

El hecho de que esta política romana se vea frustrada por otras fuerzas, que a menudo tenga que ceder ante ellas externamente, cuando crece en las almas otro valor supremo que el amor a Roma, no cambia nada de la naturaleza y voluntad del Vaticano mientras exista el mito de la representación de Dios y, por tanto, la pretensión de poder sobre todas las almas. Sólo esta realización central hace comprensible la política de jesuitas, cardenales y prelados a través de siglos: el tipo sacerdotal servía al mito del médico brujo en la Iglesia, el arte, la política, la ciencia y en la educación.

La desgracia que se ha abatido sobre el mundo actual también ha quebrantado a muchas personas íntegras. Forzados exterior e interiormente a someterse, millones buscan sostén en tipos que se han mantenido inmóviles. El mito romano se ha aprovechado de esta perturbación de las almas; así resulta que las clases pre-arias, que una vez escaparon a la crianza romana gracias a la fuerza germánica, tienden ahora de nuevo a la vieja fe y hasta unen sus voces a la prédica del derecho al dominio mundial del hechicero de Roma sobre nuestro pueblo.

El mismo Papa al que Europa debe el documento más deshonroso de todos los tiempos, Pío IX, expresó una vez un pensamiento que, sin duda, debe ser considerado como un evidente resultado del mito romano. El 18 de enero de 1874 (es decir, el aniversario de la fundación del Reich Alemán), declaró ante una congregación de peregrinos internacionales que: Bismarck era la serpiente en el paraíso de la humanidad. A través de esta serpiente el pueblo alemán es seducido a querer ser más que Dios mismo, y que a esta

---

valioso a partir de esta fe romana. Por tanto, la Iglesia romana destructora de razas sigue necesitando fuerzas raciales fuertes allí donde quiere dar forma, mientras ella misma se esfuerza por destruir razas y pueblos a través de su dogma. Casi al mismo tiempo que cuando el Dr. Eberle asentó involuntariamente la confesión por el pensamiento racial arriba citada, tuvo lugar en Chicago el gran Congreso Eucarístico, en el que participaban «católicos» de todas las razas. En Chicago, por ejemplo, los negros son dueños de una gran catedral, ¡y un obispo negro celebró misa allí! Esto significa reproducir por todas las partes de la tierra esos fenómenos bastardos que pueden observarse en México, en América del Sur y en el sur de Italia. Aquí Roma y el judaísmo caminan de la mano.

sobrevaloración de sí mismo seguirá una denigración como ningún pueblo aun la debió sufrir. Sólo el Eterno sabe si «el grano de arena en las montañas del eterno desquite» no se ha desprendido ya, que, acrecentándose en su descenso hasta formar un alud, dentro de algunos años, chocará contra los pies de barro de este Reich transformándolo en escombros, este Reich que, como la torre de Babel, ha sido erigido «en reto a Dios» y sucumbirá «para la mayor gloria de Dios».

En este «eterno desquite» para «la mayor gloria de Dios» trabajaron afanosamente los diplomáticos juramentados al mito romano, al igual que en tiempos de Carlomagno, Otón I y Fernando II. Así fue como el Partido del Centro en Alemania se mantuvo fiel a sí mismo cuando pasó de proteger el trono y el altar a aliarse con los marxistas antirreligiosos, como Bismarck ya había predicho en 1887 cuando declaró en el Reichstag que los jesuitas se convertirían un día en los líderes de la socialdemocracia. Al servicio del «eterno desquite», el Centro llamó a la «hermandad en armas» con los marxistas contra el Imperio protestante, y en los fatídicos días de 1914, el Vaticano acicateó a la católica Austria-Hungría a derribar al herético ruso al igual que al Estado de la «serpiente en el paraíso», para sacar provecho de una guerra mundial. Que millones de fieles católicos tuvieran que ser sacrificados en el proceso era, como en todo gran plan de batalla, inevitable.

En estos y en miles de otros ejemplos se puede ver, en cierto modo simbólicamente, la causa y efecto en acción. La causa fue la opinión de Pío IX proveniente del mito romano de que el nuevo Reich Alemán debía ser aniquilado, una opinión que emerge con la misma claridad en las conocidas palabras de Benedicto XV, que se lamentaba de ser francés solo de corazón, se manifiesta con igual claridad que en los escritos, entre otros, del pequeño cura párroco Dr. Mönius, que niega la realidad de los francotiradores belgas, pero presenta a los soldados alemanes como profanadores de altares y bandidos, y declara gozosamente que el sector católico del pueblo alemán impide la formación de un Estado nacional.

Por consiguiente, la promoción del colapso del Reich alemán no proviene solamente de la política bursátil pan-judía y su instinto parasitario vinculado al mundo, sino también de un antiguo afán romano, mítico, sirio-proximoriental, firmemente establecido. A finales de 1924, el órgano del Centro, la «Germania», hizo una confesión asombrosa al respecto; escribió:

quien quisiera establecer las líneas fundamentales de la posición del partido del Centro desde 1917 (!), ha de tener presente que esta postura fue determinada por católicos prominentes, que con su voluntad y acción políticas no se han alejado de la posición católica fundamental. Lo cual es bastante correcto: al socavar la conciencia de poder autóctona alemana, los dirigentes del Centro sirvieron al mito romano a-racial contra la herejía evangélica y, en general, germánica. Más adelante dice: precisamente el católico de Prusia estuvo en un mundo circundante completamente distinto que, p. ej., el católico de Baviera. Su trabajo desde 1917 debe entenderse probablemente en el sentido más profundo como «la superación de la psicosis histórica de Brandeburgo-Prusia» y como un intento de volver a las puertas de la germanidad medieval.

Estas palabras las debería conocer todo alemán para comprender lo que hoy, y desde hace 1500 años, está pasando en el mundo. En 1917 comenzó el abierto trabajo de descomposición a través del Reichstag, cuando el Centro, los demócratas y los marxistas lograron imponer su resolución de anti-paz. En 1917 Erzberger cometió su «indiscreción» por la que la carta de Czernin llegó a conocimiento de la Entente, mientras el Kaiser Carlos, quebrando su palabra de honor, agenció la traición con Poincaré[156]. A esto se le llama política católica. Y si la «Germania» constata para Prusia un «ambiente» distinto, que condiciona también una distinta postura de los políticos católicos, entonces con la primera observación se hace referencia al mundo circundante nórdico con conciencia del honor nacional. Había que «superar» el Imperio alemán de Federico el Grande y Bismarck y, con la ayuda de los partidos aliados de la bolsa de valores totalmente judía, desintegrar el Norte protestante. En Baviera, en el «otro ambiente», tuvo que seguirse consecuentemente una política más conservadora y preservadora del pueblo, dado que aquí era necesario proteger la propia confesión. La «política unitaria» del Centro y la política «federalista» de la rama bávara sirvieron a un mismo objetivo hasta la victoria de Adolf Hitler: el fortalecimiento del centralismo romano-sirio.

El filósofo clásico de este pseudo-federalismo, que hasta procedió a llamarse gran-alemán en lugar de gran-romano, es, según es sabido,

[156] Véase Fester: *Die Politik Kaiser Karls* (La política del Kaiser Carlos).

Konstantin Frantz. En su escrito *Die Religion des nationalen Liberalismus* (La religión del liberalismo nacional), afirmaba que la base de la asociación europea de pueblos debía ser Alemania, tanto desde el punto de vista político como eclesiástico, y por ello también el lugar de cultivo de la instrucción universal. En lugar de ello se la quería plasmar como un cuerpo nacional cerrado, para el cual también habría únicamente una instrucción nacional que sirva ella misma al poder y a la unidad. ¡Horroroso! Este hecho, resultado de la destrucción de la antigua Confederación, era el carácter universal que naturalmente tenían los asuntos alemanes. No se puede hacer de Alemania un país como, p. ej., Francia o Italia. El núcleo y el modelo de una federación europea que se irá formando paulatinamente, debía ser y devenir Alemania, este es su destino. Cabe ahora preguntarse: ¿quién, pues, determina este destino? ¿Alemania o un señor foráneo sobre nosotros?

Además, opina Frantz que el federalismo no excluye sino incluye, que no quiere nada especial para sí, sino siempre simultáneamente para todos. Nada de la autosuficiencia restringida del particularismo, él apunta, dice, al todo y a lo grande. Él persigue la unidad, pero a través de la libre unificación de los miembros sobre la base de una comunidad espiritual: «En lugar de la centralización, por consiguiente, más bien la concentración, como un accionar conjunto de círculos vitales autónomos, cada uno de los cuales sigue existiendo a su manera y con ello sirve mejor al todo».

Aquí hemos llegado al núcleo de la cuestión: el pueblo alemán ha de incorporarse «federalmente» a una «totalidad». Y este «todo», para el cual Alemania ha de ser un medio para el fin del dominio «concentrado», significa la política mundial del Vaticano. En otras palabras, se intenta llevar a cabo una vez más el sangriento experimento fallido del Estado mundial confesional a-racial. Nosotros hemos de ser para ello el objeto de prueba; tirando por la borda todo lo adquirido como cultura nacional con la sangre vital de nuestros mejores, inscribir la guerra confesional sobre la bandera (nuevamente en nombre de Dios y del amor), y refirmar con ello que hemos renunciado a nosotros mismos.

El artículo de la «Germania» habla abiertamente (en el año 1924) de la vuelta al Medioevo. Quienes entendieron el Concordato de Baviera, que acababa de concluirse en aquel momento, saben que significó el primer paso abierto para recoger los éxitos del «gran católico» Erzberger (así decía en su

discurso fúnebre), y organizar a Baviera como trampolín para la reconquista de Alemania, es decir, como caldo de cultivo de conflictos interreligiosos.

¡De regreso a la Edad Media mediante una revolución! ¡Una consigna extraña! El Papa Pío XI dijo (fiel a la política de Pío IX) el 23 de mayo de 1923 en el Consistorio que el catolicismo alemán «tanto en medio de la encarnizada guerra mundial como en las enmarañadas circunstancias actuales, ha dedicado su celo, su energía y su capacidad organizativa a reparar la triste defección de la Iglesia romana, que tuvo lugar hace 400 años». Esto es claro. El *Bayer. Kurier* (Correo Bávaro), el órgano del Centro bávaro, sin embargo, nos amenazó a todos desembozadamente de una manera tal que uno se tiene que extrañar de que las siguientes palabras pasaran casi desapercibidas. Escribió el 5 de julio de 1923: «actúa una justicia inmanente en la historia mundial, que sabe castigar y vengar, como también ha alcanzado al pueblo alemán porque no quiso doblegarse ante la autoridad impuesta por Dios, un proceder que ahora desde hace ya cuatro siglos ha traído toda la penuria sobre los países alemanes y que consagra a la Nación alemana al hundimiento, si a última hora no sabe aprender de la historia».

Es decir: o bien el pueblo alemán se somete al dictado de una potencia extranjera, o la «justicia vengadora» lo borrará de la Tierra.

El *Augsburger Postzeitung* (Periódico de Augsburg), uno de los principales periódicos católicos del sur, fiel servidor del mito romano, escribió el 16 de marzo de 1924 en una polémica contra Ludendorff: «Ella (la Iglesia católica) es la única institución religiosa a gran escala —la única institución en casi todo el mundo— que nunca se ha subordinado al Estado... Por eso sus vínculos son más sagrados que los del pueblo, sus organizaciones más altas que las del Estado. Para el nacionalista es el Estado o el pueblo lo absoluto, el valor y el fin más elevado».

También aquí, el abismo infranqueable entre el pueblo alemán y las pretensiones de poder de un mito extranjero y su institución, cuyo centro se encuentra fuera de Alemania, se marca con una apertura agradecida, por la que se reconoce expresamente que el Estado y el pueblo sólo tienen una importancia subordinada para este centro. Al mismo tiempo, se reivindica con toda claridad la superioridad de los intereses eclesiásticos sobre los estatales y populares, es decir, el derecho a la traición en nombre de un ideal superior sobre otro inferior. El tipo nórdico debe someterse al esquema

romano, el mito nórdico a la magia romana. En esta agudeza, sin embargo, muchos buenos alemanes no quieren imaginar el problema en el caso de un conflicto con los intereses del poder eclesiástico por cobardía innata o por conveniencia. Pero, en realidad, este problema toca día a día los intereses vitales de cada alemán, y la decisión de si debe dar su apoyo primordial a las pretensiones eclesiásticas de poder o a las necesidades alemanas, no podrá sustraerse nadie, tanto más cuanto que la prensa negra reivindica expresamente el privilegio de la política de poder eclesiástica (no la actividad pastoral no eclesiástica).

En consecuencia, la política de Pío XI se sitúa inequívocamente bajo el signo de una nueva contrarreforma, azuzando todos los instintos de la Inquisición, con el fin de doblegar para siempre a la Alemania germánica. Ya en su discurso inaugural había hecho responsable al «turbio espíritu de la Reforma» de todas las «rebeliones desde hace cuatro siglos». Lutero habría quebrantado la moral cristiana (es decir, que el encanallamiento de la Iglesia de aquel entonces fue «moral cristiana») y se habría interpuesto entre el alma y Dios. Esta interrupción del negocio de la mediación espiritual no es, por supuesto, algo que la Iglesia romana pueda soportar. En diciembre de 1929, el Papa Pío se alegró del declive del protestantismo, sólo para expresar su disgusto por el avance de este protestantismo en Roma unos meses más tarde, describiéndolo descaradamente como un «insulto al divino fundador de la Iglesia católica». En su discurso navideño de 1930 el Papa llamó al protestantismo pérfido, encubierto, pero al mismo tiempo audaz y descarado, para alcanzar la cima del azuzamiento el 16 de marzo de 1931 al osar designar a todas las confesiones a-católicas y protestantes como «herejía obsoleta». Como el mundo aquí no tiene que vérselas con un pequeño capellán instigador, sino con la cabeza de todos los católicos, que suele pesar sus palabras, todas estas invectivas no significan otra cosa que un consciente azuzamiento de más de cien millones de personas con el propósito de extender aún más las posiciones de poder que han ganado, mediante un ataque envolvente contra el protestantismo. Con esto se descubre la verdadera esencia del «reinado de Cristo», de la así llamada «Acción Católica», de la política pacifista desmoralizadora del pueblo por parte del partido del Centro, de la declaración de excomunión del nacionalismo alemán por parte del episcopado romano en Alemania y de las declaraciones

episcopales en general contra el nacionalismo. Ningún católico alemán puede hoy cerrarse a la terrible verdad de que la decidida y a-sentimental política romana ha unido sus fuerzas con la subhumanidad marxista y con todos los enemigos exteriores de Alemania para terminar aquello que en noviembre de 1918 aún no se ha logrado completamente. La política romana sacrifica, para alcanzar esta meta, incluso la existencia y la vida de la totalidad de la generación católica actual, a fin de forzar bajo su dominio a los futuros herederos atrofiados de todos los alemanes. Esta es la «misión occidental», de la que todavía deliran las voces católicas del Centro, aquella «restauración de la latinidad» con la ayuda de las amenazas coercitivas de la Francia que lamentablemente todavía nos es hostil, y de sus aliados.

Exactamente de este modo, la prensa de Centro habla como el principal partido social-cristiano de Austria. A principios de 1921, en la revista *Das neue Reich* (El Nuevo Reich) el principio del Estado nacional puro fue calificado directamente de anticristiano. ¡Habría que elegir! Y así también los oradores del Congreso Católico Alemán de 1923 en Constanza llegaron a la conclusión de que la mayor herejía de hoy es aquel «nacionalismo exagerado», que ya había causado los «peores estragos y devastaciones» incluso en las mentes de los católicos. Consigna que los obispos alemanes repiten todos los meses.

Estas confesiones, que fácilmente se podrían citar por millares, son claras e inequívocas, pero son esfuminadas dado que de tanto en tanto los dirigentes del Centro, cuando no era posible de otra manera, rebosaban de amor a la Patria, y, cuando no había más remedio, se atrevían incluso a declarar que el respaldo de la política de poder eclesiástico es lo propiamente alemán. De esta actitud espiritual surge la valoración de la historia alemana, el rechazo del intento de crear un Reich verdaderamente alemán y el empeño de no permitir nunca jamás un tipo de futuro genuinamente alemán. El llamado Sacro Imperio Romano Germánico, aquella entidad inorgánica por la que cientos de miles de alemanes derramaron su sangre en vano, es rodeado hoy de una gloria de cuento de hadas y la Edad Media se representa como una época de paz fruto de que la Iglesia determinó el destino del mundo. También nosotros veneramos las grandes figuras del pasado alemán, también nosotros estamos orgullosos de las personalidades que gobernaron Europa en aquella época. Pero no estamos orgullosos de ellas como

representantes de pretensiones eclesiásticas de poder, sino como representantes de la sangre alemana y de la voluntad alemana de poder. Enrique I, que en 925 unió a las tribus alemanas enfrentadas, rechazó la unción del Papa e hizo del Rin el río de Alemania, es considerado por nosotros como el heraldo de un Reich alemán; asimismo, Enrique el León aparece como uno de los hombres más grandes de nuestra historia, que con todo el poder de una fuerte personalidad intentó poner fin a las conquistas en Italia, comenzó la colonización del Este, poniendo así una piedra fundamental para un venidero Reich alemán y creó fuertes seguridades para la preservación y vigorización de la nacionalidad alemana. Pero esta admiración no nos impide rechazar el desafortunado sistema del Gran Imperio Romano a-racial, que tuvo que derrumbarse y se derrumbó cuando los demás pueblos de Europa fundaron sus Estados nacionales. Intentar imponer hoy de nuevo este mito es un crimen contra el pueblo alemán, y todos luchamos por que llegue un momento en que la defensa de esta idea sea considerada por toda la nación una traición tan grave como el intento de establecer una república mundial bolchevique.

Todas estas manifestaciones de personas ligadas al mito romano no son una casualidad, sino sólo algunos síntomas entre miles de la eficacia del pensamiento romano de dominación eclesiástica mundial, que exige amor, sumisión, obediencia servil, negación del honor nacional en nombre del «lugarteniente de Cristo». Además del judaísmo demoníaco, éste es el segundo sistema foráneo de crianza que debe ser superado anímico-espiritualmente si se quiere desarrollar un pueblo alemán honorable y una verdadera cultura nacional.

La esencia de la revolución mundial actual reside en el despertar de los tipos raciales. No sólo en Europa, sino en todo el planeta. Este despertar es el contra-movimiento orgánico contra los últimos vástagos caóticos del imperialismo mercantil liberal-económico, cuyos objetos de explotación, por desesperación, se dejaron atrapar en las redes del marxismo bolchevique, para completar lo que la democracia había comenzado: la erradicación de la conciencia nacional y racial. La situación del Imperio Romano en el momento de la aparición del cristianismo era similar a la del Occidente actual. La fe en los antiguos dioses se había perdido, la clase dirigente nórdica casi había muerto por descomposición, la voluntad del Estado se había

quebrado. Ningún ideal formador de tipos dominaba el mundo, sino miles de maestros delirantes provenientes de todas las zonas. En medio de este caos, una «religión del amor» nunca habría podido triunfar. Ella podía ciertamente conducir al sacrificio de individuos, a sublevaciones y revoluciones, tales como Pablo las perseguía como meta final, cuando pronunciaba sus sermones hipnotizantes, frecuentados principalmente por mujeres apasionadas; pero triunfó como forma sólo gracias a la voluntad judía y a su propio fanatismo, que se transfirió como ansia de poder, ansia de dominación mundial, al Estado conquistado. Hoy los viejos dioses están igualmente muertos, la fe oriental en el Emperador «por la gracia de Dios» ha desaparecido irremediablemente, la divinización «del Estado» en sí ha desaparecido igualmente, porque sin contenido se había transformado en un esquema exangüe. La democracia triunfó cuando ella misma ya se hallaba en el estado de putrefacción parlamentaria. Las Iglesias rígidas ya no dan satisfacción al buscador y un ejército de sectarios busca apoyo interior en apóstoles callejeros o predicadores de tiendas de campaña que «investigan» seriamente la antigua Biblia judía para profetizar una vida eterna aquí en la Tierra para ellos y sus seguidores. El pensamiento a-racial del internacionalismo ha alcanzado así su clímax: el bolchevismo y los fideicomisos mundiales son sus signos ante la caída de una época como la historia de Europa nunca ha visto más hipócrita y deshonrosa.

Hoy en día, el caos casi se ha elevado a un punto consciente de la agenda. Como última consecuencia de una época democráticamente descompuesta, los alienados mensajeros de la anarquía están apareciendo en todas las grandes ciudades de todos los países. La materia inflamable existe en Berlín al igual que en Nueva York, París, Shanghái y Londres. Como defensa natural contra este peligro mundial una nueva vivencia se extiende por el globo como un fluido incomprensible, que instintiva y conscientemente sitúa la idea de la nacionalidad y de la raza en el centro del pensamiento, unida a los valores supremos orgánicamente dados de cada Nación, alrededor de los cuales gira su sentir, que siempre ha determinado su carácter y el colorido de su cultura. Como tarea, millones de personas captan de repente lo que había sido en parte olvidado, en parte descuidado: experimentar un mito y crear un tipo. Y sobre la base de este tipo construir el Estado y la vida. Pero ahora se plantea la cuestión de quién, en medio de todo un pueblo, está

llamado a diseñar y poner en práctica la arquitectónica formadora de tipos. Con ello, se toca un problema dentro de la raza y el pueblo: la cuestión de los sexos.

II. EL ESTADO Y LOS SEXOS

1.

Hemos visto cómo detrás de todos los valores religiosos, morales y artísticos, están pueblos racialmente determinados, cómo debido a entremezclamientos desenfrenados finalmente son anulados todos los valores genuinos, las individualidades nacionales desaparecen en un caos racial, para seguir vegetando como una mezcolanza a-creativa, o bien para someterse espiritual y materialmente a una nueva y fuerte voluntad racial. Pero dentro de estos opuestos globales de razas y almas, la vida también gira alrededor de dos polos: el masculino y el femenino. Si las características raciales externas y las características emocionales más profundas, las direcciones y las estructuras de valores del hombre y la mujer de un pueblo condicionado por el tipo son idénticos, entonces la naturaleza ha creado la polaridad sexual además de las polaridades de una naturaleza físico-cosmovisional, para producir tensiones, generaciones y descargas orgánicas, como precondición de toda creación. De esta intuición fundamental se desprenden dos cosas: que ciertas peculiaridades de lo masculino y lo femenino, aunque en niveles diferentes y dentro de un tipo diferente, serán sin embargo similares según las leyes simples y primordiales de los planos físicos de este mundo; pero también que los intentos de abolir las tensiones sexualmente condicionadas deben implicar necesariamente una reducción de las fuerzas creadoras. Lo que significa el colectivismo sexual en el caso de la mezcla de razas, lo significa también el borrar los caracteres sexuales dentro de una raza, el segundo de los cuales, a primera vista, parece ser la consecuencia de la predicación de una humanidad a-racial.

Se podría pensar que el reconocimiento del hecho de la polaridad sexual, que es el que mantiene la creación, genera la tensión y la descarga, debería constituir una convicción eterna e inquebrantable, por estar comprobada miles de veces. De hecho, todos los pensadores más profundos han sido de esta opinión que, como consecuencia lógica y natural resultante de la vida,

lleva a la conclusión de que el hombre es superior a la mujer en todos los campos de la investigación, la invención y la creación, cuyo valor, sin embargo, descansa en el valor igualmente importante de la conservación de la sangre y la multiplicación racial, que presupone todo lo demás. Sin embargo, en tiempos de catástrofes externas y descomposición interna, el hombre afeminado se eleva junto con la mujer emancipada como símbolos de la decadencia cultural y el hundimiento estatal. Los discursos de la Medea de Eurípides son del mismo tipo que las peroraciones de Fräulein Stöcker o de Miss Pankhurst, sin que, a pesar de todas las libertades de la mujer durante el Renacimiento, la era del Rey Sol, el jacobinismo y la democracia de hoy, se haya mostrado algo distinto de lo que Aristóteles expresa con pocas palabras: «La hembra es mujer en virtud de una cierta falta de capacidades»[157]. Así lo reconocieron los antiguos poetas creadores de mitos cuando simbolizaron el destino inscrito en la ley cósmica a través de seres femeninos: los germanos mediante las Nornas, y los griegos mediante las Moiras. La falta de capacidad es consecuencia de la orientación hacia lo vegetal y lo subjetivo. Le falta a la mujer de todas las razas y épocas el poder de una visión de conjunto tanto intuitiva como espiritual: en todas partes donde emerge en la historia mundial una plasmación mítica del mundo, una gran epopeya, un gran drama o una hipótesis científica que investiga el cosmos, hay un hombre detrás de ello como creador. Para el antiguo indio ario es el Prayápati, es decir, el «Señor de las criaturas» el que forma este mundo, o directamente el Purusha, es decir, hombre y espíritu; los germanos forman el cielo y la tierra a partir del gigante Ymir y en todas partes es un espíritu masculino quien da nacimiento a un orden mundial contra el caos.

Así, en todas partes donde surge algo típico y formador de tipos, el hombre actúa como causa creadora. Dos de los mayores actos masculinos de todos los tiempos se llaman Estado y matrimonio.

El actual feminismo ha encontrado en Bachofen —sin la intención del autor— una transfiguración de su naturaleza, y más de un pensador enfermizo

---

[157] *«Por naturaleza la mayoría de las cosas tienen elementos regentes y elementos regidos. De diversa manera manda el libre al esclavo, y el varón a la mujer, y el hombre al niño. Y en todos ellos existen las partes del alma, pero existen de diferente manera: el esclavo no tiene en absoluto la facultad deliberativa; la mujer la tiene, pero sin autoridad; y el niño la tiene, pero imperfecta».* Aristóteles, *Política,* 1260a, 6.

ha tomado sus extravagantes fantasías sobre el matriarcado, al margen de sus interesantes detalles, como hechos históricos reales. Por más que él y todos los relacionados con él tengan razón en considerar al hetairismo como una forma del dominio de las mujeres, es un error suponer que hubo formas estatales de esta ginecocracia. Bachofen no se privó de suponer la existencia del matriarcado en algunos lugares simplemente porque las mujeres ocupaban altos cargos y luego explayarse poéticamente al respecto. Hasta va tan lejos como para afirmar esto para Esparta, en vista de las libertades femeninas dentro de esta ruda tribu dórica. Y eso que precisamente Esparta ofreció el ejemplo de una razón de Estado de la más completa organización sin agregado femenino alguno. Los reyes y los éforos constituían el poder absoluto, cuya esencia fue precisamente la preservación y difusión de este poder mediante la multiplicación y la vigorización de la capa superior dórica. Con este fin también las mujeres debieron participar de juegos gimnásticos; pero por lo demás se les prohibía llevar joyas de oro, así como peinados refinados. Si entre los germanos la mujer gozaba de alto respeto, no fue porque aquí siguieran actuando condiciones matriarcales como «primer peldaño», sino por el contrario, porque el patriarcado había sido realizado en forma total, lo único que garantizaba la continuidad y, como consecuencia de la composición racial de los nórdicos, estaba unido al mayor respeto ante la mujer. Acompañado de aquella magnanimidad que formaba parte de aquel ser eternamente inquisitivo y libre, pero que en tiempos de crisis también puede convertirse en un inmenso peligro para el conjunto; lo que sucedió cuando se les concedió la emancipación a los judíos, y más tarde cuando la idea de la emancipación política de la mujer fue reconocida en el ámbito jurídico-estatal.

2.

EL ESTADO SURGIÓ DE ASOCIACIONES MASCULINAS

Una opinión que sigue prevaleciendo es que la célula del Estado es la familia. Este concepto ha llegado a ser un dogma obligatorio que, en vista de

las aspiraciones democráticas y marxistas corruptoras de toda idea de familia, se reafirma constantemente. Este dogma nubla la visión no sólo de la cuestión de la mujer, sino también de la naturaleza del actual movimiento de renovación y el nuevo concepto del Estado en nuestro futuro.

El Estado no ha sido en ninguna parte la consecuencia de un pensamiento común de hombre y mujer, sino el resultado de la asociación de hombres, empeñados con una sola mente en algún propósito. La familia ha demostrado ser pronto el pilar más fuerte, pronto el más débil de la arquitectura estatal y nacional, incluso a menudo se ha puesto intencionadamente a su servicio, pero en ningún caso ha sido la causa, ni el sostén más importante de un Estado, es decir, de una comunidad de poder político y social.

La primera asociación con un fin determinado que se origina en todas partes del mundo es la reunión de los guerreros de un clan, de una tribu, de una horda con el fin de protegerse en común contra un entorno hostil extranjero. En la subyugación de una tribu por otra, la alianza de guerreros derrotada se incorporaba a la victoriosa. Así surgió el primer germen del «Estado», presente inconscientemente en la idea. Todo lo que llamamos Roma, Esparta, Atenas y Potsdam tiene su origen en la alianza guerrera de hombres. Pero toda la esencia estatal de China, Japón, India, Persia y Egipto también se basa en este fundamento original, que luego adoptó un carácter diferente en condiciones externas más tranquilas, pero en esencia siempre siguió siendo una asociación masculina: y eso hasta el hundimiento de una u otra cultura. Pero el hundimiento significó la disolución de la idea de un sistema de selección masculino, de una norma masculina de formación de tipos.

Egipto pasó con relativa rapidez de la asociación masculina guerrera a una asociación técnica, que durante mucho tiempo llevó el sello del escriba erudito y del funcionario, y luego fue desplazada cada vez más por la asociación sacerdotal. De ahí que se haya calificado a Egipto de típico Estado de funcionarios, y que se haya considerado al «escriba» como su tipo esencial; en cada caso se reconoció una norma técnica perfectamente determinada como medida de todo el accionar, que ha tenido un efecto formador de tipos a lo largo de los milenios. El primer gran logro cultural del Imperio del Nilo fue, por tanto, la recuperación de la tierra y la

explotación de los cambios del suelo asociados a las inundaciones. Egipto no tiene nombres tribales; no conoce asociaciones de género ni enemistades de sangre. La familia no ha desempeñado en la grandiosa estructura estatal egipcia casi ningún rol; a pesar de ello, esta idea estatal egipcia de los funcionarios eruditos ha sido de una tenacidad que resistió los milenios. Pero este tipo fue engendrado por la asociación de técnicos egipcios, los eruditos, los «escribas», que debían deliberar sobre la regulación del caudal, el riego de la tierra, los efectos atmosféricos, los planes de construcción reales, etc., y luego hacían consagrar religiosamente toda la actividad por la asociación de sacerdotes. «He aquí que no hay nadie que se mantenga en pie que no sea gobernado, sólo el escriba que se gobierna a sí mismo», es la frase central de la enseñanza de Duauf. Así, el técnico erudito, el escriba correcto, pero no incorruptible, engendró una comunidad estatal.

Algo parecido ocurrió en China. También aquí la sociedad de los guerreros se transformó en una sociedad de eruditos. Después de que Lao-Tse y Confucio juntos se hubieron impuesto como clásicos del alma china, sus doctrinas de la moral y de la vida (preponderando al respecto totalmente Confucio) devinieron medida y directriz para la vida estatal, la religión y la actividad científica del pueblo chino. Para mantener la norma, la sociedad guerrera se transformó en una sociedad exteriormente poco cohesionada, que encuentra su tipo dominante en el erudito mandarín. Este tipo ha dominado la vida de China durante miles de años; no hay ningún funcionario elevado que no haya hecho su examen filosófico en las enseñanzas clásicas de Confucio. Este sistema de formación ha mantenido unido al imperio chino incluso en épocas en que la asociación puramente política se debilitó por guerras y revoluciones: la asociación de hombres mantenida unida por un sistema evidentemente condicionado racialmente, ha perdurado a través de estas épocas. En China, sin embargo, existe también todo el culto a los antepasados, que ha engendrado un instinto de unión, al menos en la creencia en los clanes, y que, en su conexión con la tierra, proporcionó y sigue proporcionando el cemento más duradero de la antigua China. Desde el punto de vista de la influencia de la mujer, la familia no contribuyó prácticamente nada al tipo de sociedad y Estado chinos.

Estos dos ejemplos, aparentemente algo distantes, se complementan asimismo en los reinos fundados indiscutiblemente por arios. Esto se

demuestra claramente en el sistema de castas de la India. El estilo de vida de la antigua India estuvo determinado inicialmente por la casta guerrera de los kshatryas. En los antiguos cantos védicos se respira un espíritu valiente y desafiante que se extiende hasta la decadencia post-cristiana; más aún, hasta hoy día los rajputs (clanes guerreros) constituyen un cuerpo extraño, a pesar de todo de condición aria, dentro de la India desintegrada. Sin embargo, poco a poco, el liderazgo espiritual del pueblo pasó a manos de los brahmanes, que finalmente sometieron a todos los indios a su dominio espiritual. El conocimiento secreto y los ritos mágicos fueron los elementos formadores de estilo que prevalecieron con tanta fuerza que aún hoy el brahmanismo representa la fuerza vinculante a la que se someten cientos de millones de personas. Es característico que los brahmanes (en contraste con los papas romanos, por ejemplo) nunca aspiraran al poder político, y sin embargo su autoridad era tan grande que introdujeron la quema de viudas falsificando un antiguo texto de los Vedas, una medida que sólo puede remontarse a una sociedad masculina autocrática. En ninguna parte ha aparecido con más fuerza el poder de una idea convincente, formadora y arquitectónica que en el tipo del Brahman desarmado y, sin embargo, gobernante; el poder formador de estilo de su filosofía sigue siendo admirable, incluso cuando la doctrina del Todo-Uno, irrestrictamente amplia y negadora de la raza, fomentó la mezcla con los aborígenes, y mestizos oscuros llegaron a ocupar altos cargos.

Otro ejemplo igualmente vivo de la asociación masculina como núcleo del Estado y columna vertebral de un estilo de vida nos lo ofrece la Hélade en sus tipos, que se circunscriben a los nombres de Esparta y Atenas. Sería repetir un saber elemental si se quisiera describir el poder de la asociación de guerreros sobre la vida espartana; pero en Atenas no fue esencialmente diferente. Más tarde, cuando se produjo el reconocimiento de la desintegración durante la democratización, siempre se podía recurrir y confiar en las asociaciones masculinas. Los miembros de estas asociaciones no se designan como familia o clan, sino que se llaman «hermanos»; también en la vida griega representaban un alejamiento consciente de los lazos de parentesco que dependían de los sentimientos. Aquí en Atenas la asociación juvenil, la efebie, ocupa el primer lugar, y no es casualidad que Aristóteles comience su relato de la constitución de Atenas con esta asociación juvenil

estatizada. Este control por parte del Estado significaba el intento –llevado a cabo poco antes que él por la democracia individualista en proceso de desintegración– de restablecer la original y antigua liga griega de hombres guerreros[158]. En nuestro idioma, no significa otra cosa que la introducción del servicio militar obligatorio general para todos los jóvenes atenienses libres. Al cumplir 18 años, éstos eran alojados en barracas, uniformados en forma idéntica; maestros de gimnasia y educadores velaban severamente por el cumplimiento de la disciplina que garantizaba la fuerza y la unidad. Este acto desesperado de la democracia griega, que se apoyó en las organizaciones juveniles existentes sabiendo que el Estado aristocrático ateniense había surgido una vez de ellas, llegó demasiado tarde. La fuerza de Atenas había sido descompuesta por demagogos, sofistas, demócratas, mujeres emancipadas de su calidad de mujer, y por la mezcla racial, y tuvo que hacer lugar a una nueva y vigorosa alianza de hombres: los guerreros de Alejandro Magno. Si se profundiza aún más, habrá que abordar también los gremios de artistas atenienses y las escuelas de filósofos, incluida la Stoa, como alianzas masculinas, sin pasar por alto el gran papel en la vida griega de las diosas de los oráculos. Pero precisamente estos constituyen el lado puramente sensual y no formador de tipos de la vida pre-griega; ellos y el culto de Dionisio sin duda están ligados racialmente con el estrato subyugado de los aborígenes, así como Baco llegó a ser el símbolo de la época griega postrera. Las fiestas de Baco, el hetairismo y la democrática emancipación de los esclavos fueron las fuerzas desintegradoras de la nación griega, del Estado ateniense y la cultura helénica en general.

Podemos observar una relación muy interesante entre el Estado, el pueblo, la asociación masculina y la familia en Roma. El individuo en Roma casi deja de ser personalidad. Todo su servicio y toda su vida pertenecían a la comunidad. Pero la conciencia del poder y de la grandeza de esta comunidad formaba a su vez el orgullo y la propiedad personal del ciudadano. Pero si en lo estatal era solamente un número, en cambio, el individualismo del derecho privado no tenía restricciones. Aquí entra también la «familia», que ha constituido, sin duda alguna, una piedra

[158] Para más detalles sobre la cría de tipos E. Krieck: *Menschenformung* (Formación de hombres).

enormemente importante en la construcción del Estado romano. Sin embargo, como es sabido, esta «familia» no era otra cosa que un instrumento del *pater familias,* que disponía vitaliciamente del cuerpo y de la vida de todos sus miembros, es decir, imperaba también aquí la inexorable disciplina masculina. A esta tiranía de la cabeza de la familia se sustraía únicamente el hijo adulto mediante su ingreso a la liga de hombres: la curia, el ejército. Aquí el hijo estaba en pie de igualdad con el padre y hasta, a veces incluso lo superaba. Estos dos poderes se equilibraron mutuamente, velaron por la disciplina cívica y crearon ese rígido tipo romano que conquistó el mundo, cuyas leyes siguen determinando la norma de la vida occidental incluso hoy. Y aquí hay que decirlo de una vez: el derecho romano crasamente individualista, privado-capitalista, creó el poder romano, pero —desvinculado de su entorno nativo— ha tenido un efecto corrosivo en el ser germánico, y debe ser eliminado si queremos recuperarnos.

Los principios de la Roma en derrumbe fueron retomados por una nueva alianza de hombres empeñados en dominar el mundo: la Iglesia católica.

El cristianismo entró en la historia del mundo llevado por una gran personalidad, pero como un movimiento de masas sin raza, al principio sólo impulsado emocionalmente (afectivamente) y disolviendo el Estado. Pero cuando hubo conquistado al Estado, los sacerdotes, a semejanza de los de Egipto y la India, empezaron a desarrollar la arquitectura del pensamiento, a hacerse pasar por los únicos mediadores entre el hombre y Dios, y a corregir la historia desde este punto de vista. Este sistema eclesiástico, que ya se ha descrito, ha mostrado un enorme poder de crianza y se ha plasmado en un pacto masculino muy extremo por el celibato de sus representantes. Las mujeres eran, y siguen siendo, consideradas únicamente como elementos serviles, por lo que la introducción del culto a Isis-María, entre otras cosas, también tuvo en cuenta sus sentimientos maternales. Mediante esta admisión del lado emocional —que comienza con la devoción sumisa y termina en la histeria religiosa—, unida a la completa exclusión del elemento femenino de la estructura del edificio eclesiástico, el sistema eclesiástico-romano de la unión masculina ha establecido su resistencia, aunque no debe pasarse por alto que los tipos del brahmán y del mandarín son mucho más antiguos y parecen más consolidados que el tipo del sacerdote romano.

Que los dirigentes de estas asociaciones masculinas se han afanado en todas partes a presentar su dominio como deseado por Dios, se comprende por sí mismo. Así lo hicieron tanto el faraón egipcio como el brahmán, el que declaró audazmente que quien conoce los secretos de los Vedas y domina la ceremonia del sacrificio, «en sus manos están los dioses».

En Occidente, la idea de la nobleza divina fue asumida por un grupo de hombres muy distinto del sacerdocio romano: la caballería germánica, que alcanzó su apogeo en el kaiserismo. La Edad Media significó el agónico intento de «armonizar» el monacato y la caballería, esos dos grandes tipos de asociación masculina, en el que cada uno se esforzaba por supeditarse al otro.

El sistema romano no era nórdico en su esencia, y la caballería de la Edad Media era, por tanto, sólo una cara de la lucha por romper con él. Los estamentos y gremios germánicos, las confederaciones de ciudades, la Hansa, etc., aparecen como otras fuerzas que se liberaron del pensamiento romano. El protestantismo como sentimiento anti-romano correspondía, por tanto, a un estado de ánimo extendido por toda Europa; era, como confesó incluso un Görres, la conciencia ética del hombre germánico. Pero la Reforma no tuvo ningún poder formador de tipos, sino que simplemente aflojó el terreno para la idea nacional, que sólo está empezando a desplegar su poder mítico en nuestro tiempo. Hoy está claro que el sistema romano de formación sólo pudo ser eliminado por otra fuerza formadora de tipos: ésta se desarrolló primero en el tipo de oficial prusiano que, como se evidenció en 1914, ha llegado a ser el tipo del soldado alemán. El ejército prusiano, luego alemán, fue uno de los ejemplos más grandiosos de la alianza arquitectónica masculina, correspondiente al hombre nórdico, construida sobre el honor y el deber. Por tal razón era natural que contra él se haya dirigido el odio de los demás.

Estas observaciones podrían ampliarse a voluntad: la Orden Alemana de los Caballeros de la Espada, los Templarios, la liga de los Francmasones, la Orden de los jesuitas, la Asociación de los Rabinos, el Club Inglés, las Corporaciones Estudiantiles Alemanas, los Freikorps alemanes después de 1918, las SA del NSDAP, etc.; todos estos son ejemplos contundentes del hecho incontestable de que un tipo estatal, nacional (völkisch), social o eclesiástico, por más que pueda diferir en sus formas, se remite casi

exclusivamente a una asociación de hombres y a su formación. La mujer, la familia, es incluida o excluida, su capacidad de sacrificio es forzada al servicio de un tipo, y sólo el poder de otra idea la libera del sistema de formación, para utilizarla como elemento estimulante de la descomposición, tal como en la democracia helénica, en la Roma postrera a-racial, como en el actual movimiento de «emancipación» o para, tras una transición revolucionaria, poner su fuerza de entrega apasionada al servicio de un nuevo ideal formador de tipos.

3.

EL INICIO DE LA «EMANCIPACIÓN»

La demanda de igualdad política para las mujeres fue la consecuencia natural de las ideas de la Revolución Francesa. Esta impulsó todos los afanes subjetivos en base a sus llamados derechos humanos, y así como de la insensata igualdad de los seres humanos surgió la emancipación de los judíos, así también surgió la «liberación de la mujer de la esclavitud masculina». La demanda de la emancipación de la mujer se plantea hoy en nombre de un individualismo desenfrenado, no en nombre de una nueva síntesis. Por consiguiente, el movimiento también fue concebido por los seguidores en el sentido de un vivir desenfrenado. A ello se sumó la situación social, que empeoraba como consecuencia del comercio mundial y la sobreindustrialización. Las mujeres se vieron obligadas a ayudar a sus maridos en las fábricas para mantener a la familia; esta mayor oferta de mano de obra redujo aún más el salario del hombre. Esto prolongó antinaturalmente el tiempo de soltería, lo que a su vez aumentó el número de las mujeres en condición de casarse que permanecen solteras y, a su vez, esto condujo a un aumento de la prostitución. Aquí hubiera tenido el Estado uno de sus cometidos más importantes. Pero no estaba a la altura del avance de la industrialización y la proletarización, y tal vez no podría estarlo. Así, el movimiento obrero, totalmente justificado, vio en la mujer a una compañera de fatigas e hizo de su causa un punto programático de sus esfuerzos.

La «Asociación por el Sufragio Femenino», fundada en 1902, anunció las siguientes reivindicaciones en 1905: Admisión de las mujeres en todos los cargos de responsabilidad del municipio y del Estado; participación de las mujeres en la administración de justicia; sufragio municipal y político, etc. Este era el intento programático y deliberado de hacerse con el control del Estado.

Si tenemos en cuenta el hecho descrito al principio, de que, en toda la historia del mundo, el Estado, la arquitectura social y, en general, toda unión duradera han sido el resultado de la voluntad masculina y del poder creativo masculino, entonces está claro que una influencia permanente de la mujer sobre el Estado, debe representar el principio de una decadencia evidente. Lo importante aquí no es en absoluto la buena voluntad de «cooperar positivamente», ni una u otra personalidad femenina capaz, incluso grande, sino la naturaleza de la mujer, que en última instancia aborda todas las cuestiones lírica o intelectualmente, no arquitectónicamente, es decir, considerando sólo al individuo, atomísticamente y sin visión de conjunto. Nuestra «humanidad» democrático-feminista, que se compadece del delincuente individual, pero se olvida del Estado, del pueblo, en definitiva, del tipo, es el caldo de cultivo de todos los esfuerzos que niegan las normas o sólo participan de ellas emocionalmente.

Es característico de la naturaleza de los pioneros de un «Estado de mujeres» que su ataque (en línea con toda la prensa judía marxista y democrática) se dirigiera instintivamente contra el «militarismo prusiano», es decir, contra la base de reproducción y creación de tipos de todo Estado, mientras ha habido culturas, pueblos y Estados. Así, p. ej., Inglaterra fue elogiada porque no conocía «ningún militarismo continental» (Schirmacher). Los ingleses, sin embargo, habían concedido a las mujeres el sufragio político desde 1832 y el sufragio municipal desde 1835, en plena igualdad con los hombres, pero luego lo volvieron a abolir por razones muy concluyentes de la experiencia (introduciéndolos de nuevo recién en 1929 bajo la nueva presión de la democracia). Acerca de Alemania y sus «violaciones» las emancipadas no tenían buena opinión: «Ninguna de nuestras cultas naciones modernas está en la situación de deber su existencia política a una guerra victoriosa librada hace apenas un siglo. Pero toda guerra, toda acentuación y fomento del militarismo son disminuciones de los poderes culturales y de

la influencia de las mujeres». Las «emancipadas» no tienen ojos ni comprensión para el hecho de que cada cultura desde hace 8000 años sólo ha surgido bajo la protección de la espada y ha perecido sin remedio donde la voluntad incondicional de autoafirmación ya no estaba presente. Así como el hombre infectado por el marxismo sólo ve a su clase y a sus correligionarios, la emancipada sólo ve a la mujer. No a la mujer y al hombre, a la espada y al espíritu, al pueblo y al Estado, al poder y la cultura. Y así como el siglo 19, desprovisto de mitos y de carácter, se vio impotente ante el parlamentarismo, el marxismo, en definitiva, ante todas las fuerzas en descomposición, así también lo estamos frente al feminismo atomizador de los políticos democráticos que se sienten especialmente generosos al emprenderlo.

Esta «generosidad», o más bien debilidad de la fuerza masculina formadora de tipos, ha animado, también, pues, al movimiento feminista a expresar aquello a lo que todo apunta: a la obtención del poder. El poder es dulce; las mujeres lo persiguen igual que los hombres, y el hecho de que las energías femeninas se tensen cuando los hombres se cansan es un fenómeno natural.

Para justificar esta pretensión general de poder, surgió toda una literatura destinada a demostrar la «igualdad absoluta» de la mujer, en la que el hecho de que las mujeres den a luz se presentaba en una lógica refrescante como la causa de la igualdad «fundamental» (EIbertskirchen).

Si ahora se alude a la historia como principal testigo de la falta de poder formador de tipos de la mujer, ésta se queja de la violenta opresión que la inhibió, sin darse cuenta de que esta admisión por sí sola es decisiva. Pues precisamente los más grandes genios masculinos han sido a menudo hijos de la pobreza y de la opresión y, a pesar de esto, han llegado a ser soberanos y formadores de hombres. Ahora, además, hay una evidente falsedad histórica en la afirmación de la opresión. Incluso en la oscura Edad Media, las mujeres de la nobleza disfrutaban de una educación mejor que la de los rudos caballeros que partían a la batalla y la aventura. También habrían tenido suficiente ocio para estudiar en el hogar anatomía y astronomía. Sin embargo, de entre estas mujeres no surgió ningún Walther von der Vogelweide, ningún Wolfram, ningún Roger Bacon, quien, acosado por la Iglesia en toda Europa, llegó a ser uno de los fundadores de nuestra ciencia.

Para eso no se necesitaba ningún «poder», sino sólo aquella visión sintética formadora de ideas que es, de una vez por todas, el sello distintivo del ser masculino.

El helenismo dio libertad espiritual aun cuando no a la esposa sí a la hetaira. Fuera de la lírica sexual de Safo no se ha originado, no obstante, nada digno de mención, antes bien precisamente esta libertad femenina fue un signo plástico de la decadencia helénica. El Renacimiento también dio a las mujeres las mismas oportunidades que a los hombres. A Vittoria Colonna, a Lucrecia Borgia, quizás además a alguna otra las conoce la historia de nuestra cultura; a la primera por los poemas de Miguel Ángel, a la segunda por su libidinosidad desenfrenada. También en este caso, la mujer no ha logrado crear valores duraderos de genio.

4.

LA «LÓGICA» DE LA EMANCIPACIÓN

La irrupción del movimiento feminista en el mundo en colapso del siglo 19 tuvo lugar en un amplio frente y se intensificó naturalmente con todas las demás fuerzas desintegradoras: el comercio mundial, la democracia, el marxismo y el parlamentarismo. Sin embargo, la tremenda laboriosidad de las mujeres en todos los campos ha provocado que incluso muchas pioneras se muestren modestas al cabo de las décadas, cuando se contaban las hazañas y las victorias; sólo quedan Sonja Kowalewsky, Madame Curie, cuyo genio se desvaneció repentinamente cuando atropellaron a su marido, y una legendaria inventora de la segadora. Por lo demás: un cierto número de médicas capaces, artesanas, oficinistas laboriosas, científicas naturalistas eruditas, pero ninguna síntesis...

La «ciencia» de la emancipación declara que las así llamadas cualidades femeninas han sido provocadas únicamente por la milenaria dominación del hombre. Si dominaba la mujer —como se dice que temporariamente ha sucedido—, se habrían desarrollado características «femeninas» en el hombre. Por tal razón, sólo debe ser valorado el rendimiento, no el sexo.

Esta «lógica» es tan típica como ampliamente difundida. Ella surge en lo esencial de la teoría polvorienta del medio ambiente, según la cual el ser humano no sería nada más que un producto de su entorno. Incluso hoy en día, hay que recurrir a este tendero darwinista para proporcionar el apoyo «ideológico» y la columna vertebral «científica» a los activistas de los derechos de la mujer. Aquí coexisten dos líneas de pensamiento incompatibles. Por un lado, forma parte del arte de la propaganda invocar la caballerosidad y la compasión masculinas para retratar el destino de las mujeres privadas de libertad y cultura por los groseros hombres del pasado y exigir un cambio para el futuro; por otro, hoy se intenta demostrar que los hombres se han «atropellado» del todo, que se acerca el «siglo de las mujeres», que ya hubo Estados de mujeres en el pasado en los que los hombres hacían de obedientes mascotas. De esto se supone que debemos extraer la seguridad de que el colapso del Estado masculino no traerá el caos, sino, por el contrario, el comienzo de una verdadera cultura, un verdadero Estado humano.

Es divertido seguir el enfoque de estos nuevos historiadores. Informan, por ejemplo, de que ni las mayores promesas podían persuadir a una Kamchadalin para que lavara la ropa, remendara prendas o realizara otras tareas domésticas (de ahí, presumiblemente, procede la alta cultura de Kamchadalia). Egipto ha sido objeto de especial atención, y se ha rebuscado en Diodoro, Estrabón y Heródoto para hallar palabras que permitieran interpretar los vestigios de una veneración de la mujer como prueba de la existencia en Egipto de un Estado de mujeres. Esto se desprende, p. ej., de la inscripción sobre las esculturas de una puerta del rey Ramsés y de su esposa. Pues allí dice: «He aquí lo que dice la Diosa Consorte, la Madre Real, la Soberana del Mundo». Esto habría de probar que la Reina estaba por encima del Rey... La palabra Madre se ignora deliberadamente. Además, el egipcio masculino habría realizado principalmente los trabajos de la casa, mientras la mujer gobernaba. Concedido. Pero entonces se abandona de una vez por todas la vieja doctrina de que: ¡las mujeres no fundaron Estados ni crearon la ciencia por el mero hecho de estar oprimidas! Al mismo tiempo –naturalmente sin quererlo– demuestran otra cosa: que las mujeres con o a pesar de toda la libertad no han fundado ni mantenido ningún Estado. A partir del rey Menes (hacia 3400 a. C.), la historia del Estado egipcio es la

historia de los hombres. La primera tumba real es la de Chent, cuyo gobierno sentó las bases de la cultura egipcia. El rey se convierte en la encarnación de Horus; incluso después de la muerte puede «arrebatar a las esposas de sus cónyuges donde le plazca, si su corazón se deja llevar por la lujuria». «El Dios» se le llama, o «la gran Casa» (par'o, Faraón). La realeza encuentra su firme barrera en el ceremonial, en el orden jurídico tipificador, a cuya obediencia está ligada su divinidad. Cada uno de los reyes se edifica en lo posible su propia residencia, su propio monumento funerario. El ritmo de la vida común está determinado —véase más arriba— por el funcionario, el chambelán, el técnico, en suma, por el «escriba». Tras tiempos de agitación, Amenemhet I ascendió al poder creativo y comenzó el periodo clásico de Egipto.

El hecho de que el Estado egipcio masculino sea a veces el de mayor libertad para las mujeres demuestra que puede haber dominación femenina, pero no un Estado femenino. Este concepto es una contradicción en sí, del mismo modo que la expresión «Estado de hombres» en realidad representa una tautología.

No es como si hubiera una oscilación pendular entre dos tipos —el Estado masculino y el Estado femenino— y como si la etapa intermedia de equilibrio e «igualdad» fuera el objetivo deseable de la cultura. Más bien, la «oscilación del péndulo» que se aleja de la plasmación del tipo masculino significa una época de degeneración. El péndulo no oscila hacia un nuevo tipo, sino que cae en el pantano. El ejemplo no sólo cojea, sino que ofrece una imagen bastante engañosa. Para una raza europea (y no solamente para ella) la época del dominio de mujeres es una época de derrumbe de la estructura vital, que, si continúa, significa la caída de una cultura, de una raza.

Si en el curso de la historia europea las mujeres han llegado a gobernar (a través de la sucesión dinástica), y han gobernado bien o mal, lo han hecho en medio y sostenidas por la forma respectiva del Estado masculino. Se han subordinado a su tipo, para que tras su muerte puedan volver a convertir en sucesor a un hombre. Ministros, generales, soldados mujeres, ése sería un requisito previo para un «Estado de mujeres».

La época del hundimiento del principio monárquico-absolutista en Francia llevó a las mujeres —naturalmente—, a una influencia decisiva. La dama noble poseía todos los derechos de los señores feudales y

arrendatarios; podía alistar tropas y recaudaba impuestos. Las propietarias latifundistas tenían asiento y derecho de voto en las representaciones estamentales (p. ej., Madame de Sévigné) y hasta llegaron a ser pares de Francia. En el sistema gremial en desintegración, las maestras artesanas tenían incluso el derecho profesional al voto. Las ideas de la Revolución francesa incluían la liberación de la mujer (sus portavoces eran las mujeres del mundo galante, Olympe de Gouges y Theroigne de Méricourt); pero mientras los revolucionarios lucharon, las mujeres perdieron todos los derechos que habían poseído bajo el antiguo régimen. Más tarde, cosecharon los beneficios de la victoria democrática. Las emancipadas odian a Napoleón debido a su Código Napoleónico antifeminista, y alaban tanto más a los estadounidenses por haber concedido a las mujeres la igualdad de derechos desde el principio. Esto es exacto. Si nos fijamos ahora en la historia de Estados Unidos, observamos claramente dos cosas: dominio de la mujer en la sociedad, pero el Estado masculino. El hombre estadounidense sigue empleándose a fondo en la vida actual, la búsqueda incesante del dólar determina casi exclusivamente su existencia. El deporte y la tecnología son su «educación». Todos los caminos del arte, la ciencia y la política están abiertos a la mujer libre. Su posición social es indiscutiblemente superior a la de los hombres. La consecuencia de esta dominación femenina en Estados Unidos es el sorprendente bajo nivel cultural de la nación. Un tipo genuino de cultura y de vida sólo surgirá en América algún día, cuando la caza del dólar haya adoptado formas más suaves y cuando el hombre meramente técnico de hoy comience a reflexionar sobre la naturaleza y la finalidad de la existencia. Emerson [159] representó el primer momento reflexivo en América; pero, por desgracia, sólo duró un momento.

A pesar del predominio social de las mujeres, el Estado es, por su propia naturaleza, masculino; si la diplomacia y la defensa nacional fueran también femeninas, Estados Unidos como Estado no sería nada en absoluto.

La esencia del Estado puede ser diferente en términos de contenido, formalmente siempre es el poder. El poder se gana y se mantiene en este mundo sólo a través de la lucha, en la lucha por la vida y la muerte. Si hemos de considerar seriamente la demanda femenina de poder político, entonces

[159] Ralph Waldo Emerson (1803-1882).

debemos asumir que pueden mantener ese poder con un ejército femenino. No es necesario tratar aquí con más detalles la ridiculez y la imposibilidad orgánica de esta exigencia. Las enfermedades femeninas aumentarían rápidamente en el ejército, el derrumbe de la raza sería inevitable. Incluso un ejército mixto de hombres y mujeres no sería más que un gran burdel.

Al Estado masculino actual se le acusa de doble moral. En primer lugar, es un hecho que él creó y preservó la familia, no la familia a él. Es un hecho que el Estado masculino también impone a la parte masculina culpable en caso de divorcio, por ejemplo, la obligación de mantener a su esposa divorciada según su estado. Pero en ninguna parte se ha oído a las mujeres que reclaman la «igualdad de derechos» decir que en caso de infidelidad por parte de la esposa quieren imponerle el deber de mantener al marido engañado. Y, sin embargo, ésta sería una exigencia bastante evidente si no hubiera diferencias. En realidad, las activistas de los derechos de la mujer, en su esencia más profunda, no quieren otra cosa que mantenerse a costa del hombre. En Estados Unidos se ha llegado al punto de implantar la ley de divorcio unilateral en casi todas partes. Además, se pretende imponer al hombre la obligación legal de ceder un determinado porcentaje de sus ingresos a la mujer.

Así como los judíos claman en todas partes por la «igualdad de derechos» y entienden por ello sólo su privilegio, así también la emancipada de pocas luces se queda estupefacta ante la prueba de que no reclama igualdad, sino una vida parasitaria a expensas del poder masculino, provista además de privilegios sociales y políticos.

El hombre contaminado por el liberalismo del siglo 19 tampoco lo entendía. El caos del presente es la Némesis vengadora por este olvido de sí mismo. Hoy, el hombre despierto ve que la papeleta de Dios es un trozo de papel vacío sin importancia, que el sufragio de cuatro colas –universal, igual, secreto, directo– no es una varita mágica, sino una herramienta de descomposición de los demagogos enemigos del pueblo. ¿Se debe quitar entonces el sufragio universal a las mujeres? ¡Sí! ¡Y a los hombres también! Un Estado nacional no dejará realizar elecciones decisivas por masas anónimas –masculinas o femeninas–, sino por personalidades responsables.

El liberalismo enseñaba: libertad, libertad de residencia, libertad de comercio, parlamentarismo, emancipación de la mujer, igualdad de los seres

humanos, igualdad de los sexos, etc., es decir, pecaba contra una ley de la naturaleza, de que la creación sólo se origina mediante la liberación de tensiones condicionadas polarmente, que es necesario un gradiente de energía para realizar cualquier tipo de trabajo, para crear cultura. Hoy, en pleno derrumbe del viejo mundo feminizado, el pensamiento alemán exige: autoridad, fuerza formadora de tipos, limitación, disciplina, protección del carácter racial, reconocimiento de la eterna polaridad de los sexos.

5.

NEGACIÓN DE LA IDEA DEL DEBER

La reivindicación de la igualdad de derechos, o más correctamente del «Estado de mujeres», tiene un trasfondo muy significativo. La exigencia de poder determinar libremente en la ciencia, el derecho y la política, muestra, por así decir, rasgos «amazónicos», es decir, tendencias a competir con el hombre en terrenos decididamente masculinos, a apropiarse de sus conocimientos, su capacidad y su accionar, de imitar su proceder. Junto a esto, sin embargo, está la demanda de libertad erótica, de desenfreno sexual.

El pensamiento puramente individualista, como causa de todas las condiciones sociales y políticas podridas, también aflojó las formas de crianza de la parte masculina, antes más estrictas, en todos los pueblos. Si ahora se creyera que la mujer pondría en actividad todas sus fuerzas para protegerse a sí misma y a sus hijos de las consecuencias de la disolución, vemos que la «emancipada» hace exactamente lo contrario: ella exige el derecho de la «libertad erótica» ahora también para la totalidad del sexo femenino. Ciertamente algunas mujeres serias se han opuesto a esta actividad, pero la doctrina de la «revolución erótica» ha prevalecido a menudo en las filas de las activistas por los derechos de la mujer, cuando estaba claro que, si en algún sitio, era aquí donde tendría que aparecer un poder creador de tipos y formativo de la mujer. Las palabras: «Una mujer que se respeta a sí misma no puede contraer matrimonio legal» (Anita Augspurg) pueden considerarse el evangelio del programa erótico. Aderezadas con la insistencia en el «valor

de la personalidad» y la «autodeterminación», las mujeres enloquecidas entregan la última protección de su sexo, destruyen la única forma que les ofrece a ellas y a sus hijos una seguridad en la vida. Las emancipadas responden exigiendo que el Estado se ocupe de sus hijos. ¿Qué Estado? ¿Es que éste es quizás una institución de amparo para las consecuencias de una sexualidad desenfrenada? También se advierte en esto la negación de la idea del deber para sí y de las exigencias hacia otros. Esto admite que la idea de Estado no existe en absoluto para las verdaderas «emancipadas». Pues, sin el concepto del deber, un Estado es inconcebible a largo plazo. La emancipada maldice el matrimonio como prostitución; pero si «el Estado» paga en lugar del hombre, ¿qué cambia en todo el asunto?

Si el hombre pensara sólo en forma subjetiva, vale decir, sin relación con el conjunto, todo esto al fin y al cabo podría parecerle conveniente. Él va de una mujer a la otra, se divierte a sus anchas, pero la cuenta de todos modos la pagaría solamente la mujer cuando queda embarazada. Esta consecuencia necesaria de las enseñanzas de la emancipación ha hecho fruncir el ceño a muchos reflexivos. Después de muchas deliberaciones, se exigieron entonces «disposiciones bastante enérgicas» contra el hombre polígamo, que realmente podría tener la increíble idea de disfrutar de bastantes matrimonios gratuitos (Ruth Bre). Así se acabaría de nuevo el «amor libre»; la mujer prescribiría la medida necesaria de placeres amorosos para el hombre.

Las demás «emancipadas» han encontrado una salida mejor, como sabemos: aborto, cuando la prevención no ha servido de nada. «A lo lejos ya llama seductoramente la época en que la ciencia logrará encontrar medios innocuos para la destrucción de la vida en germinación... Una alegre perspectiva para todas aquéllas que no están poseídas de la *rage du nombre* (furia de los números). Así escribió la señora Stöcker en «Mutterschutz».

Este grito de anhelo de una profetisa tiene naturalmente también su base «científica». En cuanto al aborto, la opinión es que sólo es punible gracias al Estado masculino. Sería muy diferente en un «Estado de mujeres». Allí la mujer otorgaría de inmediato el permiso para la destrucción de la vida naciente. Esto pertenecería también a los derechos, a la libertad física de la mujer. (Con orgullo se hace notar que el Cantón de Basilea ya ha permitido el aborto). Estos científicos de la liberación de la mujer se hallan con su

séquito entusiasmado, están así una vez más en el más hermoso frente unido con la totalidad de la política de la democracia y del marxismo dirigida a la descomposición y destrucción de nuestra raza. Del derecho a la libertad personal absoluta se sigue necesariamente la negación de las barreras raciales. La «emancipada» puede reclamar para sí el derecho de relacionarse con negros, judíos, chinos, y la mujer, la elegida preservadora de la raza, se habría transformado, gracias a la emancipación, en la destructora de todos los fundamentos de la nacionalidad.

Las auténticas «emancipadas» carecen en todas sus consideraciones no solo del concepto del honor y el deber, sino también de casi cualquier compromiso moral. Sólo conocen las ideas y conceptos de «desarrollo», «relaciones de poder», «reestructuración», pero la necesaria contrapartida de la idea de desarrollo, la idea de la degeneración, está casi completamente ausente. Por eso hablan muy fríamente de que, si los esfuerzos hacia el «estado de las mujeres» se intensificaran, al lado de la prostitución femenina se implantaría también la masculina (junto con burdeles de hombres). El hecho de que esto no pudiera ser a gran escala —debido al atraso físico de los hombres en comparación con las mujeres— se interpreta como un signo especialmente hermoso de la gloria venidera.

Otro fuerte grupo de las emancipadas (Elbertskirchen, Meisel-Hess, Augspurg, etc.) combate naturalmente la prostitución, pero menos por razones morales generales que para asegurar a las mujeres un mantenimiento vitalicio. La deshonestidad de la lucha de este grupo queda patente en el hecho de que no quieren reconocer ningún lazo matrimonial (al fin y al cabo, la única consecuencia posible), sino que reivindican un amor «libre» para toda la vida.

Un cierto anticipo de las condiciones del futuro deseado del Estado de mujeres nos lo ofrecen algunos centros de nuestras ciudades democráticamente gobernadas. Los delicados hombrecillos que caminan a pequeños pasos en zapatos de charol y medias moradas, adornados con pulseras, con finos anillos en los dedos, con ojos sombreados de azul y fosas nasales rojas, éstos son los «tipos» que tendrían que generalizarse en el «estado de las mujeres» que se avecina. Las auténticas y consecuentes emancipadas ven todo esto no como decadencia y degeneración, sino como un «golpe de péndulo» del odiado Estado de hombres hacia el paraíso de

mujeres, en cierto modo como necesidad histórica del desarrollo. Así se abandona toda distinción de valor, todo bastardo, todo cretino puede considerarse orgullosamente un miembro necesario de la sociedad humana y reclamar el derecho a la libre actividad y a la igualdad de derechos.

A la vista de las condiciones sociales actuales, la prevención de la natalidad, por ejemplo, puede entenderse como un acto de desesperación, pero una cosa es promover la caída del pueblo y otra luchar con apasionada voluntad por un poder estatal que se fije como meta la eliminación de las condiciones de esta miseria que nos corrompe a todos. La primera significa la ruina cultural y racial, la segunda la posibilidad de salvación para mujeres y hombres, para todo el pueblo.

En vista de las condiciones presentes el hombre no debe ser en absoluto defendido. Por el contrario: él es culpable, en primer término, de las crisis vitales de la actualidad. ¡Pero su culpa reside en un lugar muy distinto que donde las emancipadas la buscan! Su delito es haber dejado de ser hombres, como en muchos casos las mujeres han dejado de ser mujeres. El hombre se ha quedado sin visión del mundo. Su fe religiosa anterior se vino abajo, sus conceptos científicos se volvieron vacilantes; por eso su poder de formación de tipos y estilos se perdió en todos los campos. Por eso la «mujer» alcanzó el timón del Estado como «amazona», por un lado; por eso exigió la anarquía erótica como «emancipada», por el otro. En ambos casos, no se emancipó del Estado masculino, sino que sólo traicionó el honor de su propio sexo.

La prostitución religiosa era muy común entre los pueblos orientales. Los sacerdotes no se perdieron este placer, como tampoco lo hicieron las devotas babilonias y egipcias. Basta con echar un vistazo a la historia de la diosa Ishtar, por ejemplo, para ver la caída de un pueblo en la transformación de esta deidad. Al principio era una diosa virgen de la caza, incluso de la guerra. Todavía se la dibujaba con barba en tiempos de Hammurabi. Luego fue considerada como reina del cielo, como diosa del amor y de la fertilidad. Bajo las influencias fenicias se convirtió en el espíritu protector de la prostitución «religiosa», hasta que finalmente, como Astarté, se convirtió en el símbolo de la anarquía sexual. Con esto también Babilonia, desintegrada como Estado y tipo, había llegado a su fin.

Quien quiera evitar la caída de Europa debe romper de una vez con la visión liberal, desintegradora de Estados, y reunir todas las fuerzas, hombres

y mujeres, cada cual en los terrenos que le han sido encomendados, bajo el lema: protección racial, fuerza popular, formación estatal.

6.

LA MUJER COMO PROTECTORA DE LA VIDA

Por supuesto, en las observaciones anteriores no se ha hecho un juicio de valor sobre las mujeres. Sin embargo, es decisivo para la formación de una futura generación de personas con conciencia alemana que el hombre aborde el mundo y la vida inventando, plasmando (arquitectónicamente) y compendiando (sintéticamente), mientras que la mujer lo hace de forma lírica. Aun cuando el hombre promedio en la vida común no revele siempre gran arquitectónica espiritual, sigue siendo un hecho que las grandes fundaciones de Estados, los códigos de derecho, las asociaciones formadoras de tipos de naturaleza política, militar y eclesiástica, los vastos sistemas filosóficos y creativos, las sinfonías, los dramas y los edificios sagrados han sido creados por el espíritu sintético del hombre desde que la humanidad existe. En cambio, la mujer representa un mundo que no es inferior, sino igual al del hombre en su belleza e idiosincrasia. La «amazona» emancipada es la culpable de que la mujer empezara a perder el respeto por su propio ser e hiciera suyos los valores del hombre. Esto significó una perturbación anímica, una remagnetización de la naturaleza femenina, que hoy vive en la confusión, similar a la naturaleza masculina «moderna», que en lugar de ocuparse de la arquitectónica y la sintética de la existencia, comenzó a adorar a los ídolos de la humanidad, el amor al hombre, el pacifismo, la liberación de los esclavos, etc. También se comete un error si se considera esto como una fase de transición. Gracias al movimiento de «emancipación», la mujer no se ha vuelto arquitectónica, sino meramente intelectual (como «amazona») o puramente erótica (como representante de la revolución sexual). En ambos casos, ha perdido su propia esencia y aún no ha alcanzado lo masculino. Lo mismo es válido —inversamente— para el hombre «emancipado».

Desde el punto de vista de la mujer, el Estado, el código legal, la ciencia, la filosofía podrían verse como algo externo. ¿Para qué siempre formas, esquemas, conciencia? ¿No es lo que fluye espontáneo, inconsciente en la vivencia de lo más profundo, más grande y hermoso? ¿Necesitamos siempre obras para probar el alma? ¿Y estas formas y obras del hombre no han nacido a menudo de una atmósfera de lo femenino-lírico, que sin la mujer no se hubieran concretado en todos los casos?

La vida es ser y devenir, conciencia y subconsciencia al mismo tiempo. En su eterno devenir, el hombre busca crear un ser mediante la formación de ideas y obras, trata de plasmar el «mundo» como una estructura arquitectónico-orgánica. La mujer es la eterna guardiana de lo inconsciente. Los mitos nórdico-germánicos representan a la diosa Freya como custodia de la eterna juventud y belleza. Si se la robaran a los dioses, envejecerían y declinarían. Su relación con Loki revela una sabiduría mítica.

Loki era un bastardo de los dioses. Durante mucho tiempo se debatió si debía ser reconocido como un igual en el Valhalla. Finalmente así sucedió. Este bastardo de Loki desempeñó el papel de negociador cuando el castillo de Odín debía ser construido de nuevo por los Gigantes. ¡Ofreció a Freya como pago! Cuando los dioses se enteraron de este trato, se negaron a llevarlo a cabo. A raíz de ello Loki también engaña a los Gigantes. De este modo Odín, el custodio del derecho, incurrió él mismo en culpa. La expiación es la caída del Valhalla. En este mito se asienta la realización más profunda, sólo hoy reavivada: el bastardo entrega sin vacilaciones el símbolo de la inmortalidad racial, de la juventud eterna, y también suma a los nobles en la culpa. ¿Qué pudo susurrar Odín al oído del difunto Baldur cuando le acompañó en su último viaje?

Traducido al idioma actual, el mito germánico dice: *en la mano y en la naturaleza de la mujer está la preservación de nuestra raza.* Toda nación puede salir aún de la esclavitud política, pero ya no de la contaminación racial. Si las mujeres de una nación dan a luz bastardos negros o judíos, si la avalancha de lodo del «arte» negro sigue pasando por Europa tan libre de obstáculos como hoy, si a la literatura de burdel judía se le permite que siga llegando a los hogares, si el sirio de Kurfürstendamm sigue siendo considerado un «connacional» y posible hombre para el matrimonio, entonces un día se dará la condición de que Alemania (y toda Europa) estará

poblada en sus centros intelectuales sólo por bastardos. Con la doctrina del «renacimiento» erótico el judío toca hoy –y también con la ayuda de las doctrinas de la emancipación de la mujer– las raíces de todo nuestro ser. No se sabe con certeza cuándo la Alemania del despertar estará preparada para llevar a cabo una limpieza completa con escoba de hierro y disciplina implacable. Pero si en alguna parte, es en la prédica de la conservación de la pureza de la raza, donde ya hoy se encuentra el cometido más sagrado y grande de la mujer. Esto significa la custodia y preservación de ese inconsciente, de la vida aún no concentrada, pero por ello precisamente original; de la vida de la que dependen también el contenido, la esencia y la arquitectónica de nuestra cultura racial, de esos valores que son los únicos que nos hacen creativos. Pero en lugar de prestar atención a esto, lo más importante y lo más grande, muchas mujeres seguían escuchando los gritos de distracción de los enemigos de nuestra raza y de nuestra nación y estaban dispuestas con toda seriedad a luchar a muerte contra los hombres en aras de las papeletas y los escaños parlamentarios. Supuestamente, para no seguir siendo una «ciudadana de segunda clase», la mujer ha sido azuzada a exigir el «derecho electoral» (como si bajo el actual dominio del dinero el destino fuera decidido mediante elecciones), mientras que su instinto para la elección del hombre le es contaminado a través de las revistas y obras que abierta y encubiertamente corrompen el alma y la raza. La mujer de hoy lleva el dinero a los grandes almacenes judíos, de cuyas vidrieras luce la decadencia centelleante de una época en putrefacción, y el hombre actual, liberal y atenuadamente nacional, es demasiado débil para oponerse a la corriente general. La pasión lírica de la mujer, que en tiempos de necesidad es capaz de volverse tan heroica como la voluntad de formación del hombre, parecía haber quedado sepultada durante mucho tiempo. Es tarea de la mujer genuina limpiar estos escombros. La emancipación de la mujer de la emancipación feminista, es la primera exigencia de una generación femenina que quiere salvar de la ruina al pueblo y a la raza, al inconsciente eterno, base de toda cultura.

Los tiempos de Biedermeier y de la «chica soñadora», han pasado definitivamente a la historia. Las mujeres pertenecen a la vida de la nación en su conjunto; deben tener todas las oportunidades de educación; debe prestarse el mismo cuidado a su formación física mediante los ejercicios

rítmicos, la gimnasia y el deporte que para los hombres. En las condiciones sociales actuales, no se le deben poner dificultades en su vida profesional (por lo que las leyes de protección de las madres deben aplicarse de forma aún más estricta). Pero, sin embargo, el esfuerzo de todos los renovadores de nuestra nacionalidad tenderá, una vez quebrado el sistema explotador democrático-marxista, enemigo del pueblo, a abrir el camino a un orden social que ya no obligue (como ocurre hoy) a acudir en masa al mercado laboral de la vida, que consume las más importantes fuerzas de la mujer. Las mujeres deben tener todas las oportunidades para desarrollar sus puntos fuertes, pero debe haber claridad sobre una cosa: el hombre debe ser y seguir siendo juez, soldado y jefe de Estado. Hoy más que nunca, estas profesiones exigen una actitud poco lírica, incluso ruda, que sólo reconozca lo típico y lo nacional en su conjunto. Significaría descuidar nuestro pasado y nuestro futuro si los hombres cedieran aquí. El hombre más duro es apenas suficientemente duro para el férreo futuro. Cuando se fije la pena de muerte para las burlas a la raza y al pueblo, cuando la cárcel espere a los que contaminan la raza, entonces necesitaremos nervios de acero y poderes formativos robustos hasta que lo que es «monstruoso» para algunos se haya convertido en evidente para todos.

Las almas diferentes no deben ser niveladas, «igualadas» sino que deben ser respetadas como seres orgánicos, cultivadas en su peculiaridad. La arquitectónica y lírica de la existencia es un acorde, el hombre y la mujer son los polos generadores de la tensión vital. Cuanto más fuerte sea cada ser en sí mismo, mayor será el efecto de trabajo, el valor cultural y la voluntad de vivir de todo el pueblo. El que pretenda socavar esta ley, debe encontrar en el auténtico hombre y en la auténtica mujer sus decididos enemigos. Si ya nadie se defiende contra el caos sexual y racial, entonces la caída se vuelve inevitable.

En el primer libro ha sido tratado detenidamente el valor supremo del germano. A él le sirven —de diferente manera— el hombre alemán y la mujer alemana. Pero cultivarlo como tipo vital puede y debe ser el cometido del hombre, de una asociación de hombres. Nosotros nos encontramos en medio de un descomunal proceso de fermentación, aún muchas personalidades y asociaciones luchan contra el Medioevo eclesiástico y la francmasonería, sólo en una lucha defensiva instintiva y negativa. Aún siguen divididos, porque

primero hay que plasmar el tipo del futuro y no se reconoce necesariamente el valor supremo del honor. La gran idea emana de unos pocos, pero para formar a otros en líderes, estos pocos sólo deben tolerar en puestos dirigentes a personalidades para quienes las ideas del honor y del deber hayan llegado a ser una cosa lógica y natural. Cualquier concesión en este sentido –por la razón que sea– tendrá un efecto perjudicial a largo plazo. La fuerza, el alma y la actitud racial deben coincidir para ayudar a crear el tipo venidero. Realizar esto es la primera y última tarea de un líder para el porvenir alemán.

7.

EL MÁS ALTO VALOR DEL HONOR

El Reich alemán, si ha de subsistir después de la revolución de 1933, será, por consiguiente, la obra de una decidida asociación de hombres, que deben tener en claro qué valor debe considerarse supremo en la futura vida de la nación. El valor supremo, en torno al cual deben agruparse todos los demás mandamientos de la vida, debe corresponder a la naturaleza más íntima del pueblo; sólo entonces soportará la dura disciplina necesaria, una disciplina que dure décadas, y la soportará con alegría. Pero este único giro interior debe llevarse a cabo; de él se deriva todo lo demás.

Del dogma de la «representación de Dios» el papado extrajo su fuerza moral y teórica, pero luego también la fuerza que se traduce en acción práctica-política. Sólo este dogma míticamente fundado ha determinado los tipos, la historia de pueblos de millones. Este dogma es rechazado hoy consciente y despiadadamente, se combate y se sustituye por la creencia en la propia alma y en los valores raciales, que también han alcanzado un poder mítico. La idea del honor –del honor nacional– se convierte para nosotros en el principio y el fin de todo nuestro pensar y actuar. Ella no tolera ningún centro de fuerza equivalente al lado suyo cualquiera sea su índole, ni el amor cristiano, ni la humanidad francmasónica, ni la filosofía romana.

Todas las fuerzas que formaron nuestras almas tuvieron su origen en grandes personalidades. Actuaron fijando metas como pensadores,

develando esencias como poetas, formando su propio tipo como estadistas. Todos eran, de alguna manera, soñadores de sí mismos y de su pueblo.

Un Goethe no criaba tipos, sino que él significó un enriquecimiento general de toda la existencia. Muchas de sus palabras han hecho brotar manantiales anímicos ocultos que, de otro modo, no habrían salido a la luz. Y esto en todos los ámbitos de la vida. Goethe representó en Fausto nuestra esencia, lo eterno que, tras cada refundición de nuestra alma, es inherente a la nueva forma. Ha llegado a ser de esta manera el custodio y preservador de nuestra predisposición, como nuestro pueblo no posee ningún otro. Una vez superados los tiempos de amarga lucha, Goethe volverá a tener un efecto notable hacia afuera. En las décadas siguientes, sin embargo, dará un paso atrás porque detestaba el poder de una idea formadora de tipos y no quería reconocer la dictadura de un pensamiento, tanto en la vida como en la poesía, sin el cual, sin embargo, un pueblo nunca seguirá siendo un pueblo y nunca creará un auténtico Estado. Del mismo modo que Goethe prohibió a su hijo participar en la guerra de liberación alemana, y debió dejar a los Stein, Scharnhorst y Gneisenau el martillo forjador del destino, tampoco él sería —estando hoy entre nosotros— un líder en la lucha por la libertad y la remodelación de nuestro siglo. No hay verdadera grandeza sin sacrificio limitador; el infinitamente rico no podría reunirse y perseguir implacablemente una sola cosa.

Tampoco Jesús fue un formador de tipos, sino un enriquecedor de almas. Su personalidad ha sido insertada en la liga sacerdotal de Roma por Gregorio «el Grande», Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII. Se convirtió en el siervo de sus «siervos» exactamente con el propósito contrario al que había imaginado. Algo parecido ocurre con San Francisco. Por el contrario, Mahoma y Confucio eran fuertes poderes creadores de tipos. Ellos fijaron una meta, señalaron caminos; Mahoma exigió el cumplimiento de sus doctrinas, mientras Confucio, en acción de efecto más silencioso, creó y mantuvo la nacionalidad china. De manera fundamentalmente similar a Mahoma, Ignacio formó un tipo. Pisoteó conscientemente el sentido del honor del hombre, fijó una nueva meta para el pensamiento, dio formas y medios precisos, fue así un criador consciente de almas, y más allá de eso, el espíritu jesuita también creó para sí un tipo que podía determinarse fisonómicamente, por así decirlo, exteriormente.

En el ámbito artístico experimentamos fenómenos similares. Hay personalidades que son únicas, que no crean un estilo general, pero otras que viven para formar tipos. Miguel Ángel, por ejemplo, enriqueció el arte como muy pocos, pero la continuación de su método de trabajo condujo al caos. Lo mismo puede decirse de Rembrandt y Leonardo. Rafael, por su parte, ha demostrado una gran fuerza formadora de tipos, similar al de Tiziano y el arte griego.

Una influencia análoga también la ofrece la vida política. Un Alejandro concibe y encarna la idea de un imperio mundial. Roma se apropia de este pensamiento. El nombre propio César se convierte después en los títulos monárquicos de Kaiser y Zar. Asociado con el pensar eclesiástico-romano, se origina el tipo del Soberano por la gracia de Dios. Napoleón es una fuerza revolucionaria tan poderosa como César, pero hasta hoy sólo ha tenido un efecto agitador, no de creación de tipos. De otra manera Lutero rompió la costra foránea sobre nuestra vida, pero no anunció un tipo ni en el orden religioso ni en el estatal. Él tuvo que volver a liberar nuestra predisposición, dar el golpe contra la roca para permitir la irrupción de la fuente de vida obstruida. El hecho de que, durante mucho tiempo, con la excepción de los grandes reyes prusianos, ningún hombre fuera capaz de forzar a la misma a un cauce orgánico, significó la tragedia de la posterior historia alemana.

En vista del derrumbe del Segundo Reich después de apenas 44 años de existencia, se plantea una última cuestión, además de las ya comentadas al principio: ¿existía o no en 1870 una fuerza estatal formadora de tipos? Sí o no. Yo creo que Bismarck —por lo que se refiere a las consecuencias de su accionar y a los móviles del mismo, no a los medios de trabajo— será juzgado algún día de forma similar a Lutero. Pertenece a esas naturalezas que, dotadas de una voluntad que sólo aparece en contadas ocasiones, pueden imponer su sello a toda una época, pero que alrededor de sí crean un páramo, sembrado de personalidades muertas que no se habían subordinado incondicionalmente. Durante décadas se ha denunciado que Bismarck, con el sentimiento de su absoluta supremacía, consideró a todos los ministerios en cierto modo como diferentes oficinas privadas, y a los ministros como sus directores de secretaría. Y por poco prudente que pueda haber sido el comportamiento de Guillermo II frente a Bismarck, y por mediocre que aparezca su talento al leer sus «Ereignisse und Gestalten» (Acontecimientos

y figuras), contienen una imagen correcta. Guillermo compara a Bismarck con un bloque errático en campo abierto. Si lo dieras vuelta, no encontrarías más que gusanos debajo. Esto simboliza nuestra historia política de los últimos cincuenta años. La idea de 1871 de volver a instituir un Kaiser fue sólo una retrospección al kaiserismo «por la gracia de Dios» interiormente muerto, y al mismo tiempo se unió en matrimonio ilícito con el liberalismo caótico. Sólo un Bismarck logró aún insuflar a esta estructura inorgánica un cálido soplo vital. En el sentimiento de su irremplazabilidad, su imperioso sentido del deber aumentó hasta el punto de no permitir ninguna sucesión de carácter independiente. La historia de Alemania no habría cambiado en esencia, aunque Guillermo II hubiera mantenido a Bismarck en el cargo. Así el gran hombre creó y construyó con una mano el Reich y con la otra colocó la mecha en su propia casa. Y no hubo ninguna otra fuerza política para impedir el desastre.

Junto a Bismarck, sin embargo, actuó una personalidad a la que cabe atribuir que Alemania no se hundiera antes, y a la que principalmente hay que agradecer la posibilidad de los cuatro años y medio de heroica lucha en la Guerra Mundial: Moltke (una importante referencia de Spengler). El creador del Gran Estado Mayor General es la más grande fuerza formadora de tipos desde Federico el Grande. No fue el hombre que forjó el alma del pueblo en la batalla política de las palabras, pero sí el que ayudó a cultivar los valores existentes de la personalidad e hizo del sentido de la responsabilidad del individuo un requisito previo para toda acción. La relación introducida por Moltke entre el general responsable y su jefe de Estado Mayor fue precisamente lo contrario de lo que Bismarck hizo en la diplomacia, ya que incluso se esforzaba por hacer que sus ministros dependieran económicamente de él. El subalterno inmediato estaba obligado a defender sus opiniones con toda energía, fundadamente, y en caso de una orden en contrario hasta de protocolizarlas. Este principio aplicado desde arriba hacia abajo, promovido por reglamentos que tenían todos como objetivo educar al soldado alemán –a pesar de la disciplina más estricta– para que se convirtiera en un ser humano y combatiente de pensamiento independiente y actuación resuelta, fue el secreto alemán del éxito en la Guerra Mundial. A pesar de los inevitables defectos humanos, el tipo de soldado alemán que se desarrolló a partir del oficial prusiano de

Federico el Grande es la prueba elocuente de que sólo el método del conde Moltke puede ser el camino de salvación también para el emergente Tercer Reich, si se quiere evitar que después de un alzamiento liberador y de la embriagadora alegría sobrevenga de nuevo un derrumbe.

Moltke fue una personalidad de inexorable consecuencia; pero su dinámica no se vertió como la de Lutero o de Bismarck en terribles erupciones, también rara vez se retrajo en contrición anímica igualmente profunda como las almas de los otros dos. No obstante, Moltke ejercía un efecto irresistible en quienes le rodeaban. Obligatorio, pero no opresivo. El Segundo Reich alemán se fundó en los campos de batalla, creado por Bismarck; pero fue sobre todo la personalidad y el poder creador de tipos del genio de Moltke lo que lo preservó. Así sucedió que después de Bismarck llegaron a ser Cancilleres del Reich todas nulidades o naturalezas maleables carentes de orientación, que oscilaban entre sus doctrinas y las fuerzas liberales, para llevar finalmente el pueblo alemán a las redes de diplomáticos enemigos conscientes de sus fines. Así fue como el ejército gris alemán produjo un número tan grande de destacados comandantes y soldados como el resto del mundo no podía presumir. El verdadero Reich Alemán en 1914-1918 ya no estaba en Alemania, sino que se hallaba en el frente. En el frente, junto a las Islas Malvinas y en Tsingtau, el África Oriental Alemana, en el Océano Indico y sobre Inglaterra. En Alemania, las alimañas se sentaban en los sillones ministeriales y no sabía qué hacer con el formidable Estado en campaña.

No fue la culpa del sistema de Moltke si el tipo del oficial de antes de la Guerra se haya distanciado cada vez más del resto del pueblo, se transformó en casta y comenzó finalmente a evidenciar los aspectos perjudiciales para Alemania de tal distanciamiento inorgánico. Un estamento militar basado únicamente en el honor tenía que separarse cada vez más del comerciante sin escrúpulos y del estafador bursátil. Pero para realizar esta separación, debieron trazarse límites abruptos, que humanamente parecieron desagradables, pero eran necesarios para la preservación del tipo. Este oficial perseguido por la prensa calumniadora judía fue el que más tarde defendió desinteresadamente a Alemania y se entregó casi totalmente en los campos de batalla, y más allá de ello, aún formó a aquellos que desde 1914 hasta 1918 vistieron por primera vez la vestimenta gris del honor.

La Alemania burguesa y marxista se había quedado sin mitos; ya no tenía un valor supremo en el que creyera, por el que estuviera dispuesta a luchar. Quería conquistar el mundo «pacíficamente» desde el punto de vista económico, llenar sus bolsas de dinero, y ya había caído tan bajo en su mercantilismo y regateo que se asombraba cuando otras naciones no lo soportaban y formaban alianzas contra el peligro del viajero comercial alemán. En agosto de 1914 el valor supremo del Ejército de Moltke se convirtió finalmente en el valor supremo de todo el pueblo. Todo lo que aún era auténtico y grande se desprendió de la escoria mercantil y agradeció al soldado alemán la custodia del Concepto nacional del honor. Moltke pareció triunfar sobre Bleichröder. Luego fue abandonado por el comandante supremo. En lugar de aprovechar ahora la oportunidad, tras muchos años de despreocupación por el valor más elevado de nuestro pueblo, y colgar de la horca a aquella chusma que le había escupido durante años, el Kaiser tendió la mano a los dirigentes marxistas, rehabilitó involuntariamente a los traidores a la Patria y puso a la alimaña como señor del Estado en lucha por su existencia. Hasta que él, junto con el pueblo, recibió las gracias de esta alimaña el 9 de noviembre de 1918.

Es indiscutible que el tipo de Moltke, durante el primer periodo de una futura Alemania, es el que formará nuestra asociación de hombres – llamémosla Orden Alemana. Para elevar las almas en medio de la caótica confusión actual, lo que se necesita son sermones de naturaleza luterana que hipnoticen, y escritores que remagneticen conscientemente los corazones. El líder luterano del Reich venidero, sin embargo, será consciente de que debe renunciar al sistema de Bismark y aplicar los principios de Moltke a la política si desea no sólo realizarse a sí mismo, sino también crear, más allá de su muerte, un Reich duradero, juramentado a un valor supremo. Como quiera que las cosas evolucionen, ya sea en poderes eruptivos o en poderes creadores de formas, ambos sólo pueden ser de naturaleza anímica-nórdica. Con los descendientes de las razas completamente extranjeras que se han infiltrado en Europa, no es posible formar una clase dirigente germánica, a menos que se renuncie a un Sacro Imperio Germánico de la Nación Alemana y se deje el futuro al «libre juego de fuerzas» en la esfera política, como se hizo como principio para la esfera económica después de 1871. Pero entonces todos los sacrificios en espíritu y sangre habrán sido hechos en

vano. Al cabo de poco tiempo, la misma «democracia» tomará el timón y la lucha de liberación alemana no habrá sido más que un episodio en el camino de la ruina, no la señal de un nuevo ascenso tan apasionadamente buscado.

Una creencia, un mito, sólo es auténtico si ha captado al hombre en su totalidad; y aunque el conductor político no pueda probar en la periferia de su ejército individualmente a sus seguidores, en el centro de la Orden debe ser asegurada una rectitud absoluta. Aquí deben ser relegadas a segundo plano, para bien del futuro, todas las consideraciones políticas, tácticas y propagandísticas. El concepto fritziano[160] del honor, el método de formación de Moltke y la voluntad sagrada de Bismarck, estas son las tres fuerzas que encarnadas en diferentes personalidades en grado diverso sirven todas solamente a una cosa: al honor de la Nación alemana. Es el mito el que debe determinar el tipo de alemán del futuro. Una vez que lo hayamos reconocido, empezaremos a darle forma en el presente.

[160] De Federico el Grande.

III. PUEBLO Y ESTADO

1.

Pueblo, Estado, Iglesias, clases y ejércitos han mantenido entre sí relaciones de poder muy diferentes en el transcurso de nuestra historia. La adopción del cristianismo romano significó fundamentalmente el abandono de la orgánica idea germana del rey como medida del accionar mundano en favor de la idea del Káiser, desligada de lo terrenal, tal como la Iglesia la había tomado como herencia de la antigua Roma. Tuvieron que pasar mil años para que la realeza nórdica –empezando por Enrique el León y continuando por Brandeburgo– se reafirmara, mientras que el kaiserismo romano se perdía en el pantano de la Casa de Habsburgo. Cierto es que también los Staufen tenían la suficiente autoconciencia como para declarar a su kaiserismo como alemán e independiente de Roma (en la asamblea de Besancon, p. ej., los legados papales que describieron al kaiserismo como feudo papal fueron casi muertos a golpes por los condes y duques de Federico I), pero esta autoconciencia no fue estructurada sobre una doctrina asentada en el principio de la supremacía del Káiser sobre el Papa, por tanto, no llegó a ser una tradición y una fuerza formadora de tipos que siguiera actuando.

Roma, por otra parte, falsificó deliberadamente su «Donación de Constantino»[161] en el año 750 (se suprime el hecho de que Constantino había sido bautizado como arriano). El Papa Adriano II mintió a Carlomagno al afirmar que esta «donación» se hallaba en el Archivo del Vaticano, y el Rey de los Francos engañado reconoció fundamentalmente la supremacía del obispo romano, aun cuando en el año 800 el Papa se arrojó al suelo ante

[161] La Donación fue una notoria falsificación compuesta en el siglo VII d. C. en la que se afirmaba que el emperador romano Constantino había «donado» todo su reino al Papa, tras la supuesta conversión de Constantino al cristianismo en el año 337 d. C. La falsificación se mantuvo durante varios siglos y no salió a la luz hasta la obra de Lorenzo Valla en 1440.

Carlomagno[162]. Los siguientes Papas extrajeron ya del documento falso la consecuencia de su supremacía asentada legal y tradicionalmente (a pesar de la falsificación demostrada posteriormente); surgió toda una literatura en torno al privilegio de la Iglesia sobre el kaiserismo, que en la bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII alcanzó su punto culminante. En ella Bonifacio «declaró, definió» que «es una necesidad para la salvación que toda criatura esté sometida al Papa romano». Esta bula fue calificada expresamente por el general jesuita Werntz, fallecido en 1914, como «definición dogmática» que «registra solemnemente la relación correcta entre la Iglesia y el Estado para la eternidad de los tiempos». Este es precisamente el juicio de los demás doctores de la Iglesia. De ahí se derivan necesariamente todas las reservas sobre los juramentos estatales de una persona que reconoce a Roma como valor supremo. Lehmkuhl, S. J., consejero del partido alemán del Centro, declaró que estaba claro que los juramentos cívicos «nunca» podían ser obligatorios cuando contradicen el «derecho eclesiástico». Pero dado que este «derecho» exige la subordinación del Estado a la Iglesia, Roma exige por principio que no se reconozcan juramentos que no estén «santificados» por ella. Ya Sánchez, S. J., adjudica a la Iglesia el poder de anular juramentos, y Lehmkuhl, S. J., hasta defiende públicamente la deserción, ¡incluso obligando a los católicos a hacerlo si se les obligaba a participar en una «guerra injusta» (como en 1866 y 1870)![163]

Esta posición inequívoca de la Iglesia romana frente al Estado representa una contrapartida natural desde el punto de vista de la idea alemana del Estado nacional.

Tras el colapso de la monarquía absolutista en 1789, los principios democráticos lucharon con la idea nacionalista. Separados desde el principio y llevando más tarde ambos movimientos a la petrificación, se formuló una

---

[162] Una recopilación precisa de todas las falsificaciones en las que se basan las pretensiones de la Iglesia romana sería extraordinariamente instructiva. Aparte de la infame «Donación de Constantino», está la falsificación de los resultados de la Asamblea eclesiástica de Nicea, según la cual se mantuvo la supremacía del obispo romano como existente desde tiempo inmemorial; además las historias de mártires «auténticas» compuestas mediante falsificaciones, en número de más de 500; la falsificación de la conversión y bautismo de Constantino el Grande, el Pseudo-Cirilo, etc. En suma, casi todas las exigencias atestiguadas «documentalmente» de la Iglesia romana se basan en falsificaciones de documentos.

[163] Comp. Hoensbroech: *Der Jeuitenorden* (La Orden Jesuita) t. I., p. 330.

nueva doctrina del poder ajena a la sangre, alcanzando su apogeo en Hegel y retomada luego por Karl Marx en una nueva distorsión: equiparar Estado con gobierno de clase. Hoy nuestra posición frente al Estado es semejante a la de Roma sólo desde el lado interno del problema: «el Estado», que se había puesto a sí mismo y al pueblo a merced de los ambiciosos poderes económicos, aparecía cada vez más ante las amplias masas como una herramienta desalmada de violencia. La opinión de Hegel sobre el carácter absoluto del Estado como tal se había impuesto en las últimas décadas en Alemania (y no sólo en Alemania). El funcionario se fue elevando cada vez más a la categoría de amo y, gracias a la misma actitud de los gobernantes, olvidó que no era ni podía ser otra cosa que un agente del pueblo en su conjunto para llevar a cabo negocios técnicos o políticos. «El Estado» y «el funcionario del Estado» se desprendieron así del cuerpo orgánico del pueblo y se situaron frente a él como un aparato mecánico separado, reclamando finalmente el dominio sobre la vida. A esta evolución se opusieron millones en posición de combate; pero como tal posición no se atrevía a manifestarse abiertamente en el campo nacional, los descontentos tomaron partido por la socialdemocracia internacional, sin ser en su interior realmente marxistas.

La revuelta de 1918 no había cambiado nada en todo esto, porque los marxistas, naturalmente, no tenían nada que ver con el pueblo alemán. Ellos sólo se esforzaron por la aplicación de ciertos principios internacionales, usaron el viejo aparato técnico y «el Estado en sí» volvió a la más enérgica actividad contra los «negadores del Estado». Se habían invertido así los papeles, la esencia desalmada había permanecido. Pero esta esencia se había vuelto mucho más clara después de 1918, porque «el Estado» anteriormente con todo, reprimía aún de vez en cuando a declarados enemigos del pueblo, pero ahora, en la persona de su fiscal, condenaba a hombres de los que él mismo tenía que admitir mediante finos juicios que todo su pensar y actuar había consistido sólo en servicio y sacrificio por el pueblo.

Así, de 1918 a 1933, Estado y pueblo se enfrentaron abiertamente como adversarios, a menudo como enemigos mortales. De cómo se supere este conflicto interno dependerá el destino exterior de Alemania.

Hoy en día el Estado ya no es un ídolo autónomo ante el que todos deban postrarse en el polvo; el Estado ni siquiera es un fin, sino que es sólo un medio para la preservación del pueblo. Un medio entre otros, tal como lo

deberían ser igualmente la Iglesia, el derecho, el arte y la ciencia. Las formas estatales cambian y las leyes estatales desaparecen, el pueblo permanece. Sólo de esto se deduce que la nación es lo primero y lo último a lo que todo lo demás debe someterse. Pero de esto también se deduce que no debe haber fiscales del Estado, sino únicamente fiscales del pueblo. Esto cambiaría toda la base jurídica de la vida y haría imposibles unas condiciones tan degradantes como las que han estado a la orden del día en la última década. Uno y el mismo fiscal solía representar al Estado imperial, luego al republicano. Un juez «independiente» dependía igualmente de un esquema como tal. Y así pudo suceder que en base al «derecho» romano el fiscal del Estado como «servidor del Estado» en nombre «del pueblo» impedía la conducción nacional (völkisch) del pueblo: la abstracta «soberanía popular» de la democracia y la frase despectiva de Hegel: «El pueblo es aquella parte del Estado que no sabe lo que quiere», han engendrado el mismo esquema insustancial de la así llamada «autoridad del Estado».

Pero la autoridad del pueblo es superior a esta «autoridad del Estado». Cualquiera que no admita esto es un enemigo del pueblo, aunque sea el propio Estado. Esa fue la situación hasta 1933.

Esto en cuanto a uno de los lados, el esquemático. En cuanto al otro, el sustancial, debe decirse que un legitimismo incondicional es exactamente tan a-nacional (unvölkisch) como el viejo derecho estatal. También la cuestión de la monarquía (y del monarca) es una cuestión de conveniencia (aunque en el sentido más elevado) y no una cuestión dogmática. Quienes la consideran como tal no difieren esencialmente en su carácter de los socialdemócratas, que son en cierto sentido republicanos legitimistas, independientemente de lo que pueda sucederle al pueblo en su conjunto. De esta manera el justo instinto del pueblo alemán que despierta se siente hoy en todas partes. Así es como prevalecerá. La república tendrá que convertirse en étnica (völkisch) o desaparecer. Y una monarquía que no se deshace desde el principio de ciertos viejos prejuicios tampoco podría durar mucho. Porque entonces tendría que perecer por las mismas razones que en su día lo hizo el imperio de Guillermo II.

El espíritu del porvenir ha dejado claras hoy sus exigencias. Su reinado comenzó el 30 de enero de 1933.

En el siglo 17 comenzó la renuncia del Papa al Estado mundial declarado; en 1789 la dinastía como valor absoluto hizo lugar al liberalismo carente de estilo. En 1871 el ídolo Estado comenzó a independizarse del pueblo, el que, sin embargo, recién lo había creado. Hoy, el pueblo empieza por fin a reclamar conscientemente el lugar que le corresponde.

2.

LA LIBERTAD SOLO ES POSIBLE EN EL TIPO

La exigencia de libertad, lo mismo que el clamor por la autoridad y el tipo, han sido casi en todas partes erróneamente formulados y contestados inorgánicamente. La autoridad fue exigida en Europa en nombre de un principio estatal abstracto o en nombre de una revelación religiosa presuntamente absoluta, es decir, en nombre del individualismo liberal y del universalismo eclesiástico. En cada caso fue formulada la pretensión de que todas las razas y pueblos debían subordinarse a esta autoridad «otorgada por Dios» y a sus formas. La respuesta a estos dogmas coercitivos fue el grito de libertad sin restricciones para todas las razas, pueblos y clases por igual. La autoridad a-racial exigía la anarquía de la libertad. Roma y el jacobinismo bajo sus viejas formas y en su tardía formulación más pura en Babeuf y Lenin, se condicionan en lo interior recíprocamente.

La idea de libertad, así como el reconocimiento de la autoridad, adquieren ahora un carácter completamente distinto dentro de la cosmovisión anímico-racial actual. La comunidad del pueblo, por cierto, no está caracterizada sólo por una raza, sino también por factores de carácter histórico y espacial, pero en ninguna parte es la consecuencia de una mezcla uniforme de elementos raciales diferentes, sino que a pesar de toda la diversidad siempre está caracterizada por la preponderancia de la raza básica, que determinó el sentimiento vital, el estilo estatal, el arte y la cultura. Esta dominación racial exige un tipo. Y una genuina libertad orgánica sólo es posible dentro de tal tipo. La libertad del alma, así como la libertad de la personalidad, es siempre figura. La figura está siempre delimitada

plásticamente. Esta delimitación está condicionada racialmente. Pero esta raza es la imagen externa de un alma determinada.

Así se cierra el círculo. El internacionalismo judío de tipo marxista o democrático queda tan fuera de este organismo como la autoridad romana que pretende validez internacional junto con todas las pretensiones eclesiásticas de poder.

El anhelo de personalidad y tipo es, en lo más íntimo, la misma cosa. Una personalidad fuerte actúa como formadora de estilo, el tipo empero –considerado metafísicamente– ya está dado antes de ella, la personalidad es, por consiguiente, sólo su más pura expresión. Este eterno anhelo adopta en cada época una forma distinta. A finales del siglo 19 asistimos a la aparición de un gran número de personalidades que, como sangre de nuestra cultura en su conjunto, le imprimieron un carácter indeleble. La era de la máquina destruyó tanto los ideales de personalidad como las fuerzas formadoras de tipos durante mucho tiempo. El esquema, la mercadería de fábrica, devino señor; el árido concepto de causalidad triunfó sobre la auténtica ciencia y filosofía, la sociología marxista estranguló a través de su delirio de masas (doctrina de la cantidad) todo ser (calidad), la Bolsa se convirtió en el ídolo de la peste de la época adoradora de la materia (materialista). Friedrich Nietzsche representó el grito desesperado de millones de oprimidos contra ello. Su salvaje prédica del superhombre era una violenta ampliación de su sometida vida personal, estrangulada por la presión material de la época. Ahora al menos un hombre destruyó repentinamente todos los valores en una rebelión fanática, incluso empezó a vociferar furiosamente, un sentimiento de alivio recorrió las almas de todos los europeos en búsqueda. Que un Nietzsche haya enloquecido, es una parábola. Una enorme voluntad reprimida para la creación irrumpió como un torrente, pero la misma voluntad ya mucho antes quebrada interiormente no pudo ya forzar la plasmación. Rebasó las márgenes. Una época amordazada durante generaciones comprendió en su impotencia sólo el lado subjetivo de las grandes intenciones y vivencias de Friedrich Nietzsche, y distorsionó la más profunda lucha por la personalidad en un clamor por dar rienda suelta a todos los instintos.

A la bandera de Nietzsche se enfilaron luego los estandartes rojos y los predicadores ambulantes nómades marxistas, una clase de gente cuyas

doctrinas apenas habían sido expuestas como locura con la misma mofa que Nietzsche. En su nombre se produjo la infestación de la raza por todos los sirios y negros, bajo su signo, cuando precisamente Nietzsche se esforzaba por la alta crianza racial. Nietzsche había caído en los sueños de cortesanos políticos en celo, lo que era peor que caer en manos de una banda de ladrones. El pueblo alemán sólo oyó hablar de la disolución de todos los lazos, del subjetivismo, de la «personalidad» y nada de la disciplina y la alta educación interior. La bella frase de Nietzsche: «Del futuro llegan vientos con secretos aleteos; y a oídos finos llegan las buenas nuevas»[164], fue sólo una ansiada premonición en medio de un mundo demente, en el cual él, junto con Lagarde y Wagner, vivía como casi el único con previsión.

Esta época de locura finalmente está muriendo. La personalidad más fuerte hoy ya no exige personalidad, sino tipo; surge un estilo de vida nacional (völkisch) arraigado en la tierra, un nuevo tipo de hombre alemán, «de ángulos rectos en el cuerpo y en el alma», plasmarlo es la misión del siglo 20. La auténtica personalidad de hoy trata precisamente en su más alto desarrollo de formar plásticamente aquellos rasgos, de proclamar con más fuerza aquellos pensamientos que ha vivido, experimentado antes, como rasgos del imaginado nuevo y sin embargo antiguo tipo alemán de hombre. ¡Liberarse no *de,* sino *para* algo!

El tipo no es un esquema, así como la personalidad no es subjetivismo. El tipo es la forma plástica ligada a la época de un contenido anímico-racial eterno, un mandamiento de la vida, no una ley mecánica. En el reconocimiento de este hecho eterno, la voluntad por el tipo es también voluntad de severa disciplina estatal formadora, en una generación que es subjetivamente carente de disciplina y está petrificada convencionalmente.

La vivencia del tipo, sin embargo, es el nacimiento del conocimiento del mito de toda nuestra historia: el nacimiento del alma racial nórdica y el reconocimiento interior de sus valores más elevados como estrella guía de toda nuestra existencia.

3.

[164] Nietzsche, *Así habló Zaratustra,* De la virtud que hace regalos.

LA LUCHA POR LA LIBERTAD INTERIOR

Otro conocimiento más reside en la comprobación de que la idea del honor nacional, que no puede ser asida con las manos, muestra, sin embargo, su arraigamiento en la más firme y más material realidad: en la tierra de labranza de una Nación, es decir, en su espacio vital.

La idea del honor es inseparable de la idea de la libertad. Por muchas versiones diferentes que se encuentren de esta idea, la versión metafísica más profunda es sin duda la confesión alemana, desde Eckehart, Lutero y Goethe hasta H. St. Chamberlain, que la ha interpretado tan luminosamente para nuestro tiempo: en el reconocimiento del paralelismo entre las leyes de la naturaleza y de la libertad, resumido en el ser humano individual, sin que este enigma pueda solucionarse más allá de ello. El exterior sometido a la causalidad responde como otros seres orgánicos, a estímulos y motivos, de lo cual lo más íntimo, la visión unida a la voluntad, sin embargo, permanece intocado e intocable, por mucho que pueda ser impedida en sus efectivizaciones en forma puramente mecánica. Por lo cual ya el solo hecho de que seres humanos nieguen esta libertad interior demuestra que esta existe.

La gran catástrofe de nuestra vida espiritual consistió en que un pecaminoso desplazamiento de la concepción de libertad, condicionada por envenenamiento de la sangre, comenzó a dominar cada vez más en la vida alemana: como si la libertad fuera sinónimo de individualismo económico. Por este motivo la verdadera libertad interior de la investigación, del pensar y plasmar fue perturbada: la visión y la voluntad quedaron cada vez más al servicio de la especulación y del instinto. Esta invasión de la «libertad» en los procesos orgánicos condujo inevitablemente a una alienación de la naturaleza, a enseñanzas abstracto-esquemáticas, económicas y políticas que ya no escuchaban las leyes de la naturaleza, sino que siguieron al instinto solitario del individuo. Así, un cambio epistemológico aparentemente menor ha provocado un inmenso desastre material en el mundo, pues día tras día se venga la naturaleza inexorable hasta la catástrofe que se avecina, comparable a un fin del mundo, en la que la así llamada economía mundial, junto con su infraestructura artificiosa contraria a la naturaleza, se derrumbará. Si la presión externa no tiene por qué quebrar una personalidad

fuerte, si a lo sumo puede aplastarla mecánicamente, es evidente, sin embargo, que puede provocar el envenenamiento del carácter de millones de personas. Tal envenenamiento fue causado entre el pueblo alemán por la falta de espacio vital. En el siglo 19, la superficie de tierra en la que los campesinos aún podían vivir se hizo cada vez más pequeña, y el número de proletarios sin tierra y sin propiedades cada vez mayor. En el reducido espacio de las grandes urbes se empujaban los millones, pero cada vez más alta creció la marea humana. Ella clamó por industrialización, por exportación, por economía mundial, o más bien: en su penuria llegó a parar bajo la influencia de conspiradores sirios, que no quisieron transformar a los millones de desposeídos en seres humanos ansiosos de espacio, sino proletarizar a los que aún poseían algo, para asegurarse ejércitos de esclavos sin suelo ni propiedad, y explotarlos a través de una nunca alcanzable voluntad de «pacificación mundial internacional». Con este robo de la idea del espacio se logró el envenenamiento del alma: la idea del honor nacional apareció de repente como un fantasma insustancial, los predicadores de la lucha por el espacio fueron marcados como «imperialistas enemigos del pueblo», y una justificada y gigantesca lucha de liberación fue falseada, marxísticamente descaminada, para acabar desesperada en el pantano del comunismo internacional.

La auténtica idea creadora de libertad sólo puede florecer plenamente en todo un pueblo cuando tiene aire que respirar y tierra que labrar. Por tanto, un honor vivo y activo sólo puede verse en acción en una nación que disponga de suficiente espacio vital; y más profundamente: allí donde se levanta la idea del honor nacional atormentado, resuena la demanda de espacio. Por eso ni el judaísmo ajeno al suelo ni la Roma ajena al suelo conocen la idea del honor; o mejor dicho: porque no conocen esta idea, por eso tampoco obra en ellos el anhelo de la tierra cultivable, sobre la cual una raza fuerte y alegre esparce su semilla fructífera. Hoy, cuando todos los enemigos atacan el honor de Alemania, también le han robado su espacio; por eso, la lucha metafísica es también, en última instancia, una lucha por los valores más íntimos e inconfesables del carácter, es decir, una lucha por el espacio vital. Uno fortalece y refuerza al otro. Con la espada y el arado, por el honor y la libertad así suena, por consiguiente, el grito de batalla de una nueva generación, que quiere erigir un nuevo Reich y busca normas según

las cuales sea capaz de juzgar fructíferamente sus acciones y sus esfuerzos. Este grito es nacionalista. ¡Y socialista!

4.

EL CONCEPTO DE SOCIALISMO

En general, socialismo se utiliza para describir una concepción que exige la subordinación del individuo a la voluntad de una colectividad, ya sea de clase, Iglesia, Estado o pueblo. Esta determinación conceptual carece absolutamente de contenido y deja juego libre a todas las relaciones arbitrarias, dado que el contenido esencial de la palabra es dejado completamente de lado. Si la actividad social significa una empresa privada con el propósito de salvar al individuo del colapso anímico y material, entonces el socialismo significa la salvaguarda del individuo o de comunidades enteras llevada a cabo por un colectivo, ante toda explotación de sus fuerzas de trabajo.

Por tanto, toda doblegación del individuo bajo los dictados de un colectivo no es socialismo, de ahí que tampoco toda socialización, estatalización o «nacionalización». De otra manera también se podría considerar el monopolio como una especie de socialismo, que es lo que prácticamente hace el marxismo a través de su doctrina hostil a la vida: ayudar a aumentar el capitalismo de tal manera que se concentre en pocas manos, para luego colocar la llamada «dictadura del proletariado» en manos de los grandes explotadores mundiales. En el fondo, esto no significa en absoluto un cambio de condiciones, sino sólo un capitalismo mundial de diferente signo. Por eso el marxismo marcha a todas partes con la plutocracia democrática, la que luego siempre demuestra ser más fuerte que él mismo.

Que una medida sea socialista sólo puede determinarse por sus consecuencias, si son preventivas o modifican hechos existentes. El factor decisivo para esta consecuencia es la naturaleza del conjunto (el colectivo) en nombre del cual tiene lugar la aplicación de una instrucción socioeconómica que restringe al individuo. El Estado burgués-parlamentario

dispone de mil intervenciones «socialistas», impone hipotecas obligatorias a todas las empresas en favor de las «reparaciones», regula los derechos de aduana, los intereses de los préstamos y la distribución del trabajo; sin embargo, es un Estado de clase cuyos partidos gobernantes no promulgan medidas socialistas, sino medidas que gravan a todo el pueblo. Así tampoco el marxismo que combate la lucha de clases desde abajo puede reclamar el derecho para sí mismo: pues los millones de un pueblo que en su triunfo dependen de él no son aprehendidos como una totalidad, sino en su mayor parte como objetos de explotación en favor de los miembros de la comunidad de interés puramente marxista. Por eso, bajo las condiciones políticas imperantes hasta ahora, el término Estado fue empleado engañosamente, pues el «Estado» se halla o bien al servicio de la burguesía o de la lucha de clases marxista, es decir, no existe en absoluto, por más que su substituto exija adoración. Por mucho que se resista el confesionalismo y esta lucha de clases de doble faz: ninguno de ellos puede promulgar y aplicar una medida socialista. Esto sólo puede hacerlo el representante de un sistema que es capaz de comprender al pueblo como un organismo, que considera al Estado —como se ha explicado— como un medio para su protección externa y su pacificación interna, para quien toda la «nación» es la vara de medir de las acciones que restringen al individuo y a colectivos más pequeños. A partir de esta corriente de pensamiento, para la que el mundo empieza por fin a estar maduro, se resuelve la gran lucha fatal del siglo 19, la gran lucha entre el nacionalismo y el socialismo. El antiguo nacionalismo no era en muchos casos auténtico, sino una tapadera de intereses privados agrarios, grandes industriales y, más tarde, también financiero-capitalistas, por lo que no pocas veces se justificaba el dicho de que el patriotismo era el último refugio de los grandes estafadores. Y el marxismo tampoco era socialismo, sino como la socialdemocracia obviamente un apéndice de la plutocracia y, en su forma comunista, una furia destructora del pueblo contra el socialismo real que hace posible los valores de propiedad de todas las naciones. El resultado no es, pues, una lucha, sino una equiparación entre el auténtico nacionalismo y el auténtico socialismo, una síntesis bien fundada que Alemania debe a Hitler.

Una medida socialista ejemplar fue la estatización de los Ferrocarriles del Reich Alemán, arrebatados de esta manera a la arbitrariedad privada ávida

de negocios, y en la que la seguridad operativa era el requisito previo para la preservación del pueblo, lo que beneficiaba a todos los alemanes. Una medida genuinamente socialista es la municipalización de las centrales eléctricas y del suministro de agua urbano, cuyo servicio está dedicado a todos sin distinción de clase o credo. Instituciones socialistas son el transporte eléctrico municipal, la policía, las bibliotecas públicas, etc., siendo al respecto del todo indiferente si estas instituciones son manejadas por una monarquía o una república, lo que nuevamente hace aparecer la forma estatal como independiente de la esencia de las cuestiones. La monarquía, tal como lo muestra el ejemplo de los Ferrocarriles del Reich Alemán lo mismo que el del Reichsbank, era esencialmente más socialista que la república de Weimar, que, al firmar el Dictado Dawes y otros instrumentos de sumisión, puso a ambos completamente bajo el control de financistas privados, –y extranjeros.

La lucha por la existencia y la beneficencia privada (a veces también una inteligente simbiosis) determinan hoy la vida pública humana. El primero es un proceso natural de selección, el segundo una voluntad puramente humana y noble hacia el prójimo, profundizada por el cristianismo. Ambos factores, dejados a su suerte, significarían la muerte de toda cultura, de todo auténtico Estado nacional. No hay, por consiguiente, absolutamente ninguna idea estatal «natural», pero tampoco una «cristiana». El auténtico Estado según la concepción germánica consiste en atar la lucha por la influencia a determinadas premisas, en permitir que proceda sólo bajo la regla de los valores del carácter. El individualismo económico moderno como principio del Estado significaba, por tanto, la reivindicación de la igualdad de un defraudador exitoso con un hombre de honor. Por eso, incluso después de 1918, el chantajista y sus camaradas triunfaron en todas partes. La *Caritas,* por su parte, como limosna de un dictador a millones de oprimidos o como caridad personal, no cura ningún daño, sino que sólo emplasta heridas purulentas. Es la contrapartida a la explotación ilimitada. A veces, el mayor defraudador incluso construye hospitales para sus víctimas, expoliadas durante décadas, y luego se deja celebrar por sus periódicos como filántropo.

El que hoy quiera ser nacionalista debe ser socialista. Y viceversa. El socialismo del Frente gris de 1914-1918 quiere llegar a ser vida estatal. Sin ello el marxismo nunca será superado, el capital internacional nunca será

neutralizado. Por estas razones se hace comprensible que una medida genuinamente socialista –interpretable como tal a través de sus consecuencias– será neutral hacia la idea de propiedad privada. La reconocerá allí cuando garantice la seguridad general, y la limitará allí cuando albergue peligros. Por tal razón, p. ej., la reivindicación de la propiedad privada y de la estatización de los ferrocarriles son reivindicaciones socialistas (y nacionalistas). Ambas sirven a los oprimidos económicamente, con el fin de proporcionarles el requisito previo para las creaciones culturales y estatales.

Desde este nuevo punto de vista, por lo tanto, muchas expresiones de la vida de amplios sectores de la población se verán bajo una luz completamente diferente a la de antes.

La conexión entre individualismo y universalismo económico se puede rastrear directamente en los últimos 100 años en el campo político, en el movimiento democrático y marxista, que parte de la felicidad del individuo y al mismo tiempo proclama una cultura de la humanidad, quiere una Paneuropa, en definitiva, una república mundial, ya sea una república de hombres de la bolsa, ya sea una estructura de la dictadura del proletariado como forma protectora de esta dictadura mundial de la bolsa. Tanto el Plan Dawes como el Plan Young son parábolas de una convergencia de universalismo e individualismo exangüe. De ello se desprende que sólo las interacciones entre el yo y la sociedad, entre el yo y la nación, deben reconocerse como orgánicas, porque el concepto de sociedad –o sea de algo organizado por el hombre– incluye para nosotros el vínculo orgánico y sanguíneo a través de los valores e ideales del carácter. Todo el nuevo sistema de pensamiento y de Estado surge de este punto de vista fundamental, basado en la comprensión básica de que no es el individualismo abstracto ni el universalismo abstracto ni el socialismo abstracto, por así decirlo, lo que desciende de las nubes y forma a los pueblos, sino que, a la inversa, los pueblos sanos de sangre no conocen el individualismo como norma, como tampoco conocen el universalismo. El individualismo y el universalismo, vistos fundamental e históricamente, son las cosmovisiones de la decadencia, en el mejor de los casos del ser humano infeliz, fisurado por alguna circunstancia, que se refugia en un último dogma coercitivo para escapar así de su fisura interior.

De toda esta experiencia de un nuevo nacimiento, del reconocimiento de valores eternos ancestrales y de la nueva configuración de los opuestos orgánicos, surge de repente para nosotros una luz radiante cuando examinamos el desarrollo de las últimas épocas de la historia. Vemos, y este punto tan importante debe ser enfatizado una vez más, dos grandes movimientos —el nacionalismo y el socialismo— luchando entre sí a lo largo del siglo 19 y en el 20, y el hecho de que ambos llegaron a ser grandes y fuertes muestra que ambos tienen necesariamente un núcleo orgánicamente sano, fuerzas motrices orgánicamente sanas, sin importar qué personas y sistemas hayan tomado posesión de estas voluntades y sistemas de pensamiento en el curso del tiempo. Vemos cómo el viejo nacionalismo alemán, después de su gran estallido en las guerras de liberación, después de su más profunda fundación por Fichte, después de su explosiva aparición por Blücher y el barón vom Stein y Ernst Moritz Arndt, y encarnado en su vigor militar por Scharnhorst y Gneisenau, pasa a manos de una generación interiormente obsoleta, pero aún fuerte en lo organizativo, tal como fue representada más nítidamente por el sistema de Metternich. El floreciente y ascendente auge del nacionalismo pasó así, inmediatamente después de su origen, a un fatídico vínculo con el dinastismo.

El valor del Rey o del Káiser en sí se halló más alto que el valor de todo el pueblo. Vemos crecer un gobierno de cortesanos, que habría llevado antes al colapso si el formidable poder de Bismarck no hubiera intentado una vez más forjar la monarquía y la nación en un bloque de unidad bajo liderazgo dinástico. Pero mientras que el rey Federico el Grande encarnó esta unidad incluso en los días más difíciles del destino, su sucesor, el káiser Guillermo II, ya había perdido esta fe al declarar querer evitar a su pueblo una guerra civil y cruzar la frontera. Con ello separó el concepto dinástico de la totalidad del pueblo, y el 9 de noviembre de 1918 se quebró la idea del Estado dinástico, lo que paulatinamente comienzan a comprender todos los círculos nacionalistas alemanes conscientes.

Además del dinastismo, el nacionalismo alemán del siglo 19 estaba estrechamente ligado a la democracia liberal, que se hizo cada vez más fuerte cuanto más crecían los trusts industriales, la economía mundial, el gran comercio y los bancos mundiales. Los intereses económicos de estos trusts fueron presentados no pocas veces como intereses nacionales, por ejemplo,

el Deutsche Bank y sus beneficios en Turquía fueron falsificados como intereses nacionales del Reich alemán. Durante la Guerra pudimos presenciar que el clamor de batalla de la Nación no consistió en la declaración de que el suelo que había sido conquistado por el Ejército popular alemán debía pasar ahora a ser propiedad del Reich Alemán, sino que durante años se habló sólo de las minas metalíferas de Briey y Longwy, es decir, los intereses de la industria y el beneficio se situaron por encima de los intereses de toda la Nación. Hoy, el nacionalismo burgués agoniza a causa de esta combinación antinatural y de la inversión de la jerarquía, y recién una nueva vivencia anuncia un nuevo nacionalismo y con ello se vincula inconsciente y conscientemente con todas las luchas germánicas por la libertad del pasado, pero sobre todo con la grandeza incondicional de aquellos hombres que en 1813 condujeron de nuevo a Alemania desde las profundidades a las alturas.

Así como el nacionalismo del siglo 19 fue envenenado por las fuerzas marxistas-liberales, también lo fue el socialismo. En lo que antecede, ya hemos definido como socialista una medida llevada a cabo por el Estado para proteger a la población en su conjunto de toda explotación y, además, una medida estatal para proteger al individuo del afán de lucro privado. Pero lo que importa también aquí es no solamente una acción formal en sí, sino que una acción se hace socialista sólo con referencia a su resultado. Por eso es posible que una acción socialista no conduzca, como ya se ha dicho, a una estatización formal; al contrario, puede significar incluso una personalización, una liberación de muchas fuerzas individuales, si esta liberación conduce a un fortalecimiento de la totalidad. Cuando en una ocasión Bismarck fue atacado por el bando conservador como «socialista», declaró que el concepto socialista bajo ciertas condiciones no tenía nada de repulsivo en absoluto. Él había socializado los ferrocarriles y trae al recuerdo la acción de la liberación de los campesinos por el Reichsfreiherrn vom Stein, que igualmente representó una medida socialista. Aquí nuestra concepción concuerda en lo más profundo con la de Bismarck. La acción del Reichsfreiherrn vom Stein significó la liberación de cientos de miles de labriegos de una monstruosa dominación coercitiva. Mediante esta liberación de las fuerzas productoras se elevaron el bienestar y el carácter del pueblo, y la acción del

Reichsfreiherrn vom Stein sigue siendo hasta hoy uno de los más grandes hitos en la historia de la libertad socialista alemana.

Con esto el nuevo pensamiento ha sido puesto al descubierto de forma tangible. Sitúa al pueblo y a la raza por encima del Estado respectivo y sus formas. Declara que la protección del pueblo es más importante que la protección de una confesión religiosa, de una clase, de la monarquía o de la república; ve mayor delito en la traición al pueblo que en la alta traición. Así, el movimiento renovador alemán reivindica la misma libertad frente al Estado formal que Roma: ve en el luchador contra «el Estado», que sufre en la cárcel y en la penitenciaría por su pueblo y su honor, no a un criminal sino a un noble. No reconoce ninguna obligación interior frente a una estructura que ha surgido de un 9 de noviembre de 1918. Pero «injusta» no es para nosotros ninguna lucha cuando casualmente está dirigida también contra aquellos miembros de una doctrina que falsea políticamente una genuina religión, que quisieran hacer pasar por su «fe» la traición a la Patria como principio, sino que una lucha injusta es una lucha contra compatriotas. Y, por consiguiente, son enemigos mortales de un pueblo alemán y de un Estado alemán venidero todos aquellos poderes que alzan la confesión o la clase como su grito de combate contra los compatriotas alemanes[165].

---

[165] Un alejamiento, una lucha contra el propio Estado puede, por ejemplo, tener un carácter «antinacional» justificado, a saber, cuándo es conducida por caracteres señoriales conscientes de su raza y no por naturalezas serviles. Pues también a tales su derecho a la propiedad de tierras les ha sido y es menoscabado, robado. Esto lo vimos durante 14 años, cuando el populacho democrático del dinero, después de la expropiación de los bienes muebles, extendió su mano también a la propiedad inmueble, robando indirectamente a los labriegos y terratenientes a través de hipotecas, anarquía del mercado, etc. Bismarck dijo una vez que un Estado que le quitaba su propiedad ya no era su patria. Esto fue el rechazo de un señor; movidos por sentimientos semejantes, alemanes despojados de su suelo partieron hacia todas las partes del mundo, para adquirir propiedad; el posterior y con frecuencia producido apartamiento de la Madre Patria primigenia, se debe al nuevo nexo con la posesión lograda trabajosamente. Pero el grito de «La propiedad es un robo» era el grito de guerra de una naturaleza esclava poco creativa. No es de extrañar que el sirio Marx recogiera este grito y lo colocara a la cabeza de su estéril doctrina. Sin embargo, allí donde el marxismo se convirtió de algún modo en dominante, pudo ser desenmascarado como falso: en su punto más extremo se ha puesto de manifiesto luego con la mayor nitidez precisamente la avidez por la posesión. Por eso, en vista del anterior robo al pueblo, el grito

El nuevo Reich exige de todo alemán que actúa en la vida pública el juramento no a una forma del Estado, sino el juramento de reconocer en todas partes, según su fuerza y capacidad, el honor nacional alemán como suprema norma de su proceder, y de actuar en favor de él. Si un funcionario, alcalde, obispo, superintendente, etc., no puede prestar tal juramento, pierde inevitablemente todo derecho a ocupar un cargo público. Estos derechos de ciudadanía propiamente dichos, que todo el mundo solía recibir como regalo a los 21 años, tendrán que adquirirse en un nuevo Estado. (Un pensamiento que el programa nacionalsocialista ya sostiene). Adquiridos mediante una conducta irreprochable en las instituciones educativas y en la vida práctica. Un alemán que ofende el honor de la nación abandona su pretensión de recibir derechos de cualquier tipo de este pueblo. Los hombres que no pueden prestar juramento al pueblo alemán por conflictos de conciencia no deben ser perseguidos por el Estado, pero huelga decir que con ello pierden su derecho de ciudadanía. Por lo tanto, no se les permite ser maestros, sacerdotes, jueces, soldados, etc. La concepción liberal del mundo, en su exorbitancia antipopular, había traído consigo que bajo el concepto de la doctrina de la libertad de pensamiento también fuera entendida la doctrina de la igualdad de derechos para toda actividad de naturaleza política y didáctica, sin ninguna referencia a un centro formador. De ello se deducía lógicamente que no sólo un opositor a una forma de gobierno, sino mucho más que eso, un opositor a la nación como tal, que al fin y al cabo tiene que sostener a cada Estado, tenía que gozar de los mismos derechos que alguien que había dado su vida cien veces por esta nación. El bastardo intelectual liberalizador tuvo hasta como especialmente «humano» cultivar las «ideas universales» internacionales, pero se reía del poderoso énfasis en los derechos del propio pueblo como algo retrógrado. Que a ello tuviera que seguir el caos es más que natural.

Se comprende también por sí mismo que siempre habrá y deberá haber personalidades y grupos muy diferentes dentro de un pueblo. Un «pueblo de hermanos» es una utopía y ni siquiera es bonita. La hermandad total significa la compensación de todos los desniveles de valor, de todas las

---

de combate para todos los proletarios, precisamente para ellos, debe ser: creación de una nueva propiedad, lucha por un nuevo espacio vital.

tensiones, de toda dinámica vital. También aquí la lucha sigue siendo la chispa que da vida. Pero todas estas luchas deben transcurrir dentro de un ideal, deben ser examinadas en cuanto a su valor con respecto a una medida: si los pensamientos predicados y las medidas exigidas, son aptos para ennoblecer y vigorizar la nacionalidad alemana, para fortalecer la raza, para elevar la conciencia del honor de la Nación. Los partidos políticos que en su actividad se preocupan en fortalecer la solidaridad internacional de clase o los intereses confesionales internacionales, no tienen derecho a existir en un Estado alemán. La actividad de estos partidos antipopulares en el pasado y en el presente ha roído y desgarrado el alma del alemán. Por un lado, incluso los partidarios del marxismo y del Centro siguieron siendo a pesar de todo alemanes, por el otro, debieron reconocer valores ajenos a la germanidad como los más elevados. El problema del venidero Reich del anhelo alemán consiste, por consiguiente, en predicar una nueva visión del mundo a estos millones atormentados y descarriados, en darles un valor supremo que lo forme todo a partir de un nuevo mito, o dicho más exactamente, en limpiar de los escombros de los siglos el valor de la nación y del honor nacional que dormita en todos ellos y poner toda la vida bajo su signo. Sólo cuando esto haya sucedido podrá nacer un Reich alemán, de lo contrario todas las promesas son palabras vacías.

El aparato puramente estatal, sin embargo, solo puede ejecutar de un modo imperfecto este trabajo de tipificación del pueblo. Las leyes estatales solo pueden ser de carácter definitorio o restrictivo, no de carácter vital. El Estado puede y debe, p. ej., reprimir a un partido bolchevique apátrida; pero a la larga sólo lo puede hacer si está respaldado por una fuerte ola vivificadora y un trabajo social creativo. Este trabajo deberá realizarlo una asociación de hombres conscientemente estructurada.

Desde 1933 sabemos con la ayuda de qué fuerzas fue sustituido el no-Estado de noviembre de 1918 por un Reich Alemán. Conocíamos desde hace años al hombre que izaría una nueva bandera sobre las torres de las ciudades alemanas. Conocemos y finalmente experimentamos hoy las fuerzas del alma racial despertando de un profundo sueño, que tuvo que cargar este hombre. Es tarea de este nuevo fundador del Estado estructurar una asociación de hombres, digamos una Orden Alemana, compuesta por

personalidades que hayan tomado parte destacada en la renovación del pueblo alemán.

Los miembros de esta «Orden Alemana» serán designados por el primer jefe de Estado después de la nueva fundación del Reich de entre todas las clases del pueblo. La precondición es: logros al servicio de la nación, indistintamente del campo. El Consejo de la Orden así nombrado se completa siempre con nuevos nombramientos cuando fallece un miembro. El jefe de Estado –presidente, Káiser o Rey– nosotros decimos el Führer, determina a su sucesor para el Consejo de la Orden gobernante. (En este aspecto técnico, la organización de la Iglesia romana como continuación del antiguo senado romano nórdico es ejemplar). De este modo las fuerzas al servicio del pueblo del Consejo de la Orden ascienden así desde todos los estratos de la nación hasta la cúspide a través de sus asociaciones de ciudades y distritos, en cada caso condicionadas por logros personales sobresalientes; se preserva así la conexión entre el pueblo y los dirigentes, evitándose la formación de una casta aislada, tal como se manifestó después de 1871. Por otro lado, sin embargo, la democracia desenfrenada y la demagogia que siempre la acompaña están siendo abandonadas y sustituidas por el Consejo de los Mejores. Una monarquía hereditaria induce al portador de la corona, aunque sólo sea por su propio interés, a ajustar su política interna con los intereses del pueblo, no obstante, existe el peligro de la decadencia de una dinastía, como ocurre con cualquier linaje. De este modo un bizantinismo se instalaría necesariamente, sin que el cargo del Káiser esté representado dignamente. Como consecuencia de estas circunstancias resulta, empero, justo lo contrario a la estabilidad de la vida estatal que se pretendía con el establecimiento de una monarquía hereditaria: una degradación del kaiserismo, agitación, revolución.

Hoy en día, el pueblo rara vez puede reconocer de forma inmediata a un gran hombre, para ello necesita catástrofes precedentes en las que emerja uno visiblemente. En la vida común, por lo tanto, una elección de presidente o de Káiser, ejercida directamente por 70 millones, es sólo una cuestión de dinero. De ello se deduce que, en 99 de cada 100 casos, no es un auténtico líder popular, sino un empleado de la bolsa, del dinero en general, quien llega a la cima. Por lo tanto, hay que acabar de una vez por todas con esta

fraudulenta exigencia democrática en el primer Estado popular alemán que se avecina.

De ello resulta también que un parlamento que aconseje al gobierno junto al Consejo dirigente de la Orden Alemana, no debe llegar a formarse a través de un ofuscamiento de las masas, como bajo el dominio del inmoral sistema democrático-parlamentario. Más allá de los límites de la comunidad de la aldea, de la ciudad mediana, el hombre promedio pierde la medida para su juicio. Sólo es capaz de evaluar de forma independiente el valor de una personalidad si ha podido seguir sus actividades en el mismo lugar. Esto no es posible cuando los grupos partidarios influyen en las elecciones a favor de figuras en su mayoría desconocidas. Por consiguiente, se debe partir incondicionalmente del principio de que no son las listas, sino las personalidades las que son decisivas en una elección, en cuanto estas aún sean consideradas necesarias. En un Reich Alemán de nuestro anhelo, por lo tanto, la forma electoral deberá dar paso poco a poco al principio del nombramiento de líderes responsables en todos los campos por el Führer del pueblo y del Estado en los cargos más altos y luego por estos designados para los cargos más bajos. De este modo, cada grupo será tenido en cuenta en su relación con el conjunto de la manera que le corresponde, con lo que la actividad libremente creadora puede aparecer como garantizada sin excesos separatistas.

En esta estructura global, la Wehrmacht (fuerzas armadas) debe ser objeto de una consideración especial. Debe mantenerse al margen de cualquier lucha política partidaria, pero su supresión política, tal como lo perseguían las democracias de la Bolsa y de periodistas, debe terminar de una vez por todas en el Reich venidero. El ejército no está hecho para ser conducido sin palabras al campo de batalla, pero tampoco para ser traicionado y desarmado por cobardes demócratas pacifistas en nombre «del Estado». Las espantosas experiencias de la Guerra Mundial se nos presentan aquí como un ejemplo de advertencia para todos los tiempos. No deben repetirse nunca más. Mediante la unión personal de los cargos de Führer, Canciller del Reich y Jefe Supremo de la Wehrmacht se ha cuidado de asegurar esto.

Ya Bismarck había calificado el derecho al voto secreto como a-germánico. Lo es. Mediante esta anonimidad la cobardía del individuo es reconocida como una forma de pensar entre otras, conscientemente es

socavado el sentimiento de la responsabilidad. Aplicado a todo un pueblo, esto significa la cría de un encanallamiento anímico. Ahora bien: las fallas humanas no podrán ser evitadas tampoco en el mejor de los Estados. Un candidato rechazado considerará con demasiada facilidad como un enemigo personal a una persona que quizá le consideraba inadecuado por razones puramente objetivas, lo que le acarreará muchas e indeseables dificultades. Otra cosa es cuando no se trata de elecciones ordinarias, sino de grandes cuestiones de destino que afectan a todos los alemanes. Aquí no se apela a un juicio sobre detalles técnicos individuales que es imposible que exista, sino al instinto, al carácter del pueblo. En tales casos, después de 1933, el Führer ha apelado repetidamente a esta voluntad de autoconservación recién despertada. Estas manifestaciones le han dado también a él fuerza adicional.

La futura Alemania militante debe revelar cómo manejar este grave problema de la conexión entre la autoridad y la voluntad del pueblo[166].

En el viejo parlamentarismo, cada diputado es más irresponsable de sus actos de lo que nunca lo fue un monarca con autoridad ilimitada. En cambio, un gabinete parlamentario se basa en la famosa «mayoría de gobierno» para tomar sus decisiones. Si un programa político tiene éxito, el ministro parlamentario es un «gran hombre»; si fracasa, el ministro en cuestión —en el caso extremo— se retira sin rendir cuentas. Este hecho incita naturalmente a los parlamentarios más inescrupulosos a recomendarse siempre de nuevo como ministros, lo que no ocurriría si existiera una responsabilidad real, como se la presupone lógica y naturalmente en un jefe de ejército. La inferioridad parlamentaria provocada por este sistema deshonroso describe naturalmente este estado de cosas como una expresión del conocido espíritu progresista. En realidad, es un producto bestial y mezquino de la cobardía de la mayoría, que quiere sentarse impúdicamente a juzgar a todos y a todo, escondiéndose irresponsablemente detrás de la masa de los miembros del partido. El parlamentario tampoco tiene que rendir cuentas ante sus electores. Él ha sido elegido «por todo el pueblo», como se reza en el idioma del defraudador demócrata-marxista, por lo que no puede ser determinado en absoluto jurídicamente un círculo de electores firmemente definido. Estas

[166] Véase al respecto mi disertación *Der Deutsche Ordensstaat* (El Estado-Orden Alemán) en *Blut und Ehre* (Sangre y Honor), Múnich, 1934.

cosas cambiarían si un tribunal político nombrado por el jefe del Reich pudiera pedir cuentas a los ministros fracasados del mismo modo que un consejo de guerra puede pedir cuentas a un general derrotado; entonces la carrera ministerial se volvería considerablemente más escasa, y sólo los hombres realmente dispuestos a asumir responsabilidades aspirarían a esos puestos a los que, bajo la democracia de 1918, los sujetos más vulgares podían aspirar con las mayores perspectivas de éxito e impunidad.

Esta línea de pensamiento, sin embargo, tiene como condición previa la superación de un dogma que hoy es adorado por todos como un becerro de oro: el dogma de la libertad de movimiento sin restricciones. Hoy se ve este afluir, asesino del pueblo, desde el campo y la provincia hacia las grandes ciudades. Éstas se hinchan, enervan al pueblo, destruyen los hilos que unen al hombre con la naturaleza, atraen a aventureros y aprovechados de todos los colores y fomentan así el caos racial. La ciudad como centro de cultura se ha convertido, a través de las ciudades del mundo, en un sistema de puestos avanzados de la decadencia bolchevique. La «espiritualidad» antinatural, abúlica, cobarde, se asocia con la manía de subversión brutal, carente de tipo, de los esclavos bastardos o de las capas subyugadas, pero aún de buena raza, que quieren así luchar por su libertad en un frente falso, dirigido por el marxismo. Spengler profetiza ciudades de 20 millones y una campiña desierta como nuestro fin. Rathenau describió páramos de piedra y «habitantes miserables» de ciudades alemanas como porvenir, que rendirían servicios de esclavos para el poderío exterior. Los motivos de ambos eran ciertamente diferentes, pero juntos inculcaron en el pueblo alemán la idea de la imposibilidad de reversión. «Fijado por el destino», tal es la nueva expresión para la falta de voluntad o la cobardía; ¡pero ya se ha convertido en la consigna de los criminales políticos que quieren maniobrar para llevar a nuestro pueblo hacia la miseria de una condición final similar a la de los Fellah[167]! De esto se encargó sistemáticamente la prensa del marxismo internacional, para reunir detrás de sí un rebaño de millones carentes de voluntad como fieles seguidores, en una masa lista para el asalto. Los filósofos de débil voluntad proporcionan así a los enemigos del pueblo el fundamento

[167] «Fellah». Campesino, generalmente agricultor o jornalero agrícola en Oriente Próximo y el norte de África.

«cosmovisional», para completar una obra de destrucción largamente preparada. (Que Spengler a pesar de ello predicara poder, poder y poder, es una falta de coherencia). Todas estas mencionadas voces de oráculo sobre la «irreversibilidad del desarrollo» tienen como base el dogma obligatorio a-germánico de la libertad de movimiento como «garante de la libertad personal». Pero incluso esta doctrina supuestamente inquebrantable es sólo un problema de voluntad; la privación fundamental del «derecho» a la libertad de movimiento significa una condición previa para toda nuestra vida futura y, por lo tanto, debe aplicarse, aunque tal decisión sea sentida inicialmente por millones de personas como un grave «daño a la personalidad». Pero sólo queda una opción: perecer miserablemente en el asfalto «voluntariamente», o recuperarse en el campo y en la ciudad mediana, «a la fuerza». Que esta elección ya ha tenido lugar en el sentido de la abolición de la libertad de movimiento –aun cuando por ahora sólo en unos pocos corazones– muestra que el viraje, a pesar de todo, se está iniciando.

Sencillamente no es verdad que todas las sociedades anónimas, cárteles etc., «deban» ser reunidos en dos o tres ciudades, debiendo llevar consigo todo el aparato administrativo; no es verdad que «deban» construirse siempre nuevas fábricas en Berlín para atar allí a nuevos cientos de miles; no es verdad que la oferta y la demanda, como suele decirse, «deban» regir la vida. Por el contrario, la tarea de un auténtico Estado popular consiste precisamente en que las condiciones previas para este juego de fuerzas sean guiadas conscientemente por sus representantes. La ciudad cosmopolita, con sus parpadeantes cines y grandes almacenes, la bolsa y los cafés nocturnos, hipnotiza al campo. Bajo el signo de la libertad de movimiento la mejor sangre fluye libremente a la ciudad cosmopolita corruptora de la sangre, busca trabajo, funda negocios, aumenta la oferta, absorbe la demanda que nuevamente refuerza la epidemia de la inmigración. Este funesto círculo vicioso sólo puede romperse mediante una prohibición estricta de residencia. La salvación no está en la construcción de viviendas en la gran ciudad, por la que tanto se clama todavía –esto más bien fomenta el hundimiento–, sino en el levantamiento de la libertad de circulación liberal, destructora del pueblo. La inmigración sin autorización a ciudades de más de 100.000 habitantes debería ser abolida en el futuro. A tales ciudades sólo en casos

urgentes debe ser concedido dinero para nuevas construcciones de viviendas; el mismo tiene más bien que ser distribuido entre las ciudades más pequeñas. Sólo pueden ser erigidas nuevas fábricas en ciudades de 100.000 habitantes, cuando el objeto de explotación se halla en el mismo lugar (yacimientos recientemente descubiertos de carbón, de sal, etc.). Las posibilidades de transporte actuales no sólo permiten la distribución de las fuerzas (descentralización) de toda la vida económica sin perjudicarla, sino incluso —en el resultado final— con un incremento calculable. Esto sólo se debe a la protección de la fuerza racial y la salud pública, el capital más importante que poseemos. En los Estados Unidos, donde la aglomeración (concentración) ha tenido lugar con el ritmo más acelerado, molinos harineros gigantescos, mataderos inmensos, hacia los cuales fluyen las materias primas de todo el país, sobrecargan la red ferroviaria y encarecen a través de los gastos en fletes los productos acabados más de lo que fue ahorrado al comienzo por el rechazo de la construcción de centrales no tan grandes. El desarrollo de la acumulación liberal de personas y bienes se engaña a sí mismo. Cada vez son más las voces que, sin atreverse en un primer momento a desafiar el delirio del dogma de la libre circulación, reconocen sin embargo con sobriedad la necesidad natural de la descentralización. Llegan a la misma conclusión a partir de consideraciones puramente económicas que yo a partir de la idea de protección racial. (Ford, p. ej., exige con razón que las fábricas de algodón no se construyan en las grandes ciudades, sino que se ubiquen cerca de los propios campos de algodón).

El labriego, que sigue siendo hoy el mayor productor, no es al mismo tiempo el mayor vendedor. Depende de las etapas intermedias que transforman sus productos antes de que lleguen al mercado. Él no puede transformarlos en el lugar mismo en mercadería acabada, sino que debe cargar los transportes con productos en bruto. Este desarrollo desastroso, que pretende desarraigar al campesinado, el apoyo más fuerte de cualquier pueblo, una clase que «nunca muere» (Chamberlain), ha sido promovido conscientemente por la democracia y por el marxismo para aumentar así también el ejército proletario amontonado. De un modo directamente opuesto debe proceder una auténtica política popular. La desproletarización de nuestra nación —y de cualquier otra nación— sólo es concebible mediante

el desmantelamiento consciente de nuestras ciudades cosmopolitas y la fundación de nuevos centros. Hablar de sedentarización y nacionalización en medio de gigantescos montones de piedra es locura. Una americanización a través de la «salvación» del automóvil, como se ha intentado en Estados Unidos, supone una pérdida de energía y tiempo, a pesar del kilometraje. Los millones de personas que diariamente llegan a Nueva York desde el exterior y son expulsadas de nuevo por la tarde, sobrecargan el tráfico y encarecen la vida total más de lo que hubiera sucedido nunca mediante una estricta contención y derivación de la marea humana. En lugar de quizás cien grandes centros corruptores del pueblo, puede que algún día existan diez mil que promuevan la cultura, si la fuerza de voluntad encabeza nuestro destino y no el marxismo y el liberalismo. Gráficamente hablando, nuestra vida transcurre hoy siempre sólo sobre una línea: ida y vuelta. En el futuro deberá tener un movimiento circular alrededor de centros orgánicamente determinados. Cuando la población de una ciudad se acerca a los 100.000 habitantes, hay que buscar una salida. Nuevos fundadores deben dirigirse a lugares más pequeños o al campo, no a sótanos y desvanes, como se complace en hacerlo la democracia «humanitaria».

No hay que creer que al respecto nos queda todavía elección alguna. Basta echar un vistazo a las preocupaciones vitales de Nueva York para saber de inmediato que todo está en juego. Para hacer frente al creciente tráfico, una enorme plantilla de arquitectos e ingenieros trabaja día y noche. Se ha llegado ahora al extremo de tomar en consideración la instalación de calles de diversos pisos. Las calles para los coches deben ser trasladadas debajo de las casas, también las veredas ubicadas encima en arcadas. Deben tenderse puentes de un lado a otro de la calle, planificar toda una red de pasarelas, pasillos, pasadizos perpetuamente iluminados artificialmente. La nueva ley Norteamérica de las tres zonas permite mediante el retroceso de los pisos un desarrollo en altura de las casas que va mucho más allá aun de lo existente hasta ahora, como lo muestran los proyectos de los arquitectos H. Ferris, R. Hood, M. Rusell y Crosell. La meta de todos estos esfuerzos técnicos que presentan la libertad de movimiento como fundamento ideológico, es un montón de gigantescas pirámides de piedra, dentro de las cuales toda vida humana debe asolarse, petrificarse, y morir de una vez por todas. Este fundamento cosmovisional debe ser descartado, recién entonces quedará el

camino libre para la superación de la técnica a través de la técnica misma. La ciudad cosmopolita se creó gracias a la facilidad del tráfico. Por causa de esta facilidad de tráfico ella morirá si es que nosotros no queremos sucumbir racial y anímicamente. La Polis creó la cultura griega, la pequeña ciudad, la ciudad mediana creó toda moral popular en Europa: la visión expansiva del antiguo campesino individual captó la idea de un Estado sin perderse en el infinito. Solamente así pudo surgir una estructura cultural orgánica.

Hoy en día, la facilidad del tráfico, la prensa (si se gestiona adecuadamente), la radiodifusión y la observación personal permiten a cualquier adulto juzgar los asuntos de una ciudad cuya población no supere los 100.000 habitantes; es capaz de corregir las inexactitudes de los informes procedentes del exterior mediante sus propias observaciones. El trabajo de los políticos locales en relación con el bienestar del Estado se corresponde con las preocupaciones cotidianas del comerciante, de los trabajadores de todas las profesiones. Aquí también se abre el camino a una evaluación real del rendimiento. Para las elecciones comunales resulta, por ende, la posibilidad de una elección directa por anchas masas del pueblo, pero que igualmente debe basarse en personalidades y no en listas. Los candidatos son propuestos por gremios, asociaciones y la Orden Alemana en su representación local. Así, los electores del Parlamento descansan sobre una amplia base popular, pero no sobre masas anónimas. Para las elecciones locales, también será posible mantener el derecho de voto de las mujeres. Una voluntad popular adaptada a las personalidades visibles y procedente de abajo, se unirá así a la voluntad rectora de arriba. La monarquía sin restricciones sólo conoció la dirección de arriba hacia abajo, la democracia caótica sólo la congestión de masas de abajo hacia arriba. El Estado alemán del futuro, hecho realidad a través del acto de poder de unos pocos, no entregará las personalidades creadoras de tipos a ningún capricho electoral o fraude monetario, sino que los mantendrá en el poder por el conductor del Estado y las renovará constantemente a través de una educación de la Orden Alemana. Sin embargo, a través de la elección perfilada, las personalidades creativas tienen una oportunidad sin trabas para ascender. El Reich venidero es, por lo tanto, como ha sido expuesto, nacionalista y socialista, es decir, no está fundado sobre tibios estados de ánimo, sino sobre la pasión forjadora de tipos y la humanidad ligada a la raza. El nacionalismo en su forma más

ardiente es el requisito previo y el objetivo último del accionar, el socialismo es la protección estatal del individuo en el signo del reconocimiento de su individualidad y a favor de la protección racial.

Si esta demarcación tuvo que hacerse por un lado para superar la metrópoli asesina de pueblos, por el otro debemos prevenir contra los esfuerzos por abolir la propia ciudad para dividir Alemania en pequeñas colonias de no más de doce mil habitantes. Los defensores de estas tentadoras ideas pasan por alto el hecho de que son fundamentalmente un intento inútil de marcar el comienzo de una nueva era de «naturaleza» sin historia. Ochenta millones de seres humanos necesitan para llegar a ser una totalidad conforme a ideas, nodos de vida, lo suficientemente grandes como para dar a muchas personalidades fuertes suficiente aire espiritual para respirar, pero también lo suficientemente limitados en términos de forma, para no dejarlos perecer en el caos de muchos millones agrupados y, sin embargo, fragmentados. Sólo en la ciudad puede formarse la cultura, sólo la ciudad puede ser un foco de vida conscientemente nacional, reunir las energías disponibles, ajustarlas al conjunto y hacer posible esa cosmovisión política que Alemania, como Estado abierto en tantas direcciones, necesita más que todos los demás. Algunos centros de 500.000 y muchos de alrededor de 100.000 son, por consiguiente, una necesidad anímica, por lo que hay que perseguir incondicionalmente una descentralización de todos los asentamientos técnico-económicos a fundarse.

Aparte del rechazo deliberado de la «libertad» liberal, es el propio predicamento político-militar el que nos obliga a aplastar las urbes mundiales. Las posibles guerras futuras estarán fuertemente dominadas por las flotas aéreas. El objetivo de las bombas de gas y explosivas siempre serán las grandes ciudades. Cuanto más dispersas estén las fábricas y las ciudades, menos daños causarán los ataques aéreos. El destino nos obliga hoy, como en épocas anteriores, a que toda la nación participe en la lucha por su existencia. Antiguamente el señor del castillo edificaba un muro alrededor de sus casas burguesas, cuyos habitantes en su totalidad debían participar de todos los combates. La época liberal desarrolló ejércitos profesionales, los burgueses dejaron que los soldados defendieran sus vidas y, al mismo tiempo, criticaban descaradamente el militarismo. Este pseudo-idilio ha pasado: la tecnología, que antaño había trazado un muro de acero en torno

a todo un Estado, ha vuelto a abrirse paso y ha restablecido la ancestral relación orgánica entre las personas y la guerra. Y así, la visión del mundo y el destino ordenan juntos el desmantelamiento de la ciudad cosmopolita, y la construcción de ciudades y ferrocarriles a lo largo de puntos estratégicos. Si antes se construyeron intrépidos castillos sobre cimas de montañas, hoy se guardará todo lo importante en casamatas de hormigón debajo de la tierra. Una ciudad entera de rascacielos se convierte en una locura; este reconocimiento también forzará ciertas consecuencias de planificación urbana.

Estas son algunas líneas básicas del nuevo sistema político-estatal, ya que surgen por sí mismas del más alto valor de nuestro pueblo y de su destino. De ellas se derivan a su vez otras medidas que son de carácter puramente técnico y, por tanto, quedan fuera del marco de este libro.

Que se haya podido considerar al Estado como un campo de migraciones de pueblos sin plan alguno parecerá a una generación futura una locura, tan insensata y suicida como todas las demás exigencias del liberalismo político.

Nadie sabe si el Reich que se avecina se vestirá con el atuendo de un kaiserismo, una monarquía o una república. No podemos intuir de antemano todos los detalles de la forma del futuro. Las viejas coronas imperiales han rodado por el polvo, la república nació de un acto del que los alemanes seguirán avergonzándose después de mil años. Sólo la antigua idea germánica del Rey ha mantenido hasta hoy —así parece— su brillo mítico. Constituyó la columna vertebral orgánica en una época en la que el imperio romano se expandía sin límites sobre todo el mundo. Fue la base para la refundación del Reich en 1871. El sentimiento tribal aún lo cultiva hoy en día. Las 23 dinastías han sido derrocadas; no hay que permitir que vuelvan si no queremos que Alemania vuelva a ser víctima de una terrible lucha interna. Los Estados provinciales deben cerrar sus parlamentos y extender cada uno su venerable idea de la realeza tribal. Al viejo concepto del Káiser le está adherida la idea de un imperialismo; se piensa solamente en pompa y poder. La idea del Rey es más íntima, más unida a la tierra. El sencillo bávaro piensa en su rey tan vivamente como el leal prusiano, el «Káiser» era para el pueblo una abstracción de la «gracia de Dios». Estamos hartos del comportamiento de opereta de la época anterior a 1914; pero nos repugna aún más la mezquindad combinada con el parasitismo advenedizo de la

democracia. Queremos ver en un Rey alemán a un ser humano como nosotros, pero también a un mito heroico encarando. Así como el reluciente casco de punta ha cedido el lugar al gris casco de acero en las tempestades de las batallas, así el futuro también encontrará la forma de un liderazgo popular nacionalista-socialista alemán a través del nacimiento de un Estado-Orden, como el anhelo corporizado de la generación actual por el Reich venidero, como plena realización del sacrificio de aquellos dos millones que dieron su vida por Alemania.

De la única exigencia de situar el honor del pueblo y la protección de la raza en el centro de toda la vida estatal surge una visión del mundo que difiere del caos del siglo 19 como el día de la noche. La sangrienta guerra mundial roja-sangre, las revueltas mundiales, seguidas de la más baja calaña surgieron del ideal mercantilista sin honor. El siglo 19 tuvo como fruto más maduro el bolchevismo, la plaga más devastadora del espíritu oriental que jamás haya descendido sobre Europa desde la Inquisición. De este único viraje y renacimiento interior se eleva la imagen soñada de un nuevo Estado, claramente delineado en todos sus grandes contornos, millones experimentan ya un nuevo anhelo de tipo y ley, ligado a la tierra y sostenido por el honor. El camino está claro, trazar las huellas en él es la tarea de la vida eternamente palpitante y progresiva. El Maestro Eckehart dijo: «Son los pozos más profundos los que llevan las aguas más altas». En 1918, por su propia culpa, el pueblo alemán cayó en lo más profundo y durante quince años fue atormentado y martirizado por sus enemigos internos y externos de la manera más indigna. A pesar de ello han surgido fuerzas que, habiendo llegado a la profundidad de la vida, redescubrieron precisamente aquí las eternas fuentes primigenias de la fuerza popular alemana, y ahora llevan, dispuestos a la lucha, estas vivencias y conocimientos a través de la desolación de la época. Aquello que el siglo 19 ha delinquido en la comodidad burguesa, el desvarío criminal marxista y en la más amplia carencia de ideas, lo debe reparar el actual siglo 20 en medio de un mundo hostil como nunca antes se ha enfrentado Alemania en tal concentración de poder.

Por eso la nueva doctrina de la vida tampoco es una blanda prédica melancólica, sino una exigencia dura y acerba, porque sabemos que la doctrina del humanitarismo trató de actuar en contra del proceso de

selección de la naturaleza, y que por tal razón la naturaleza se vengará destruyendo algún día todas estas tentativas democráticas y otras similares. La esencia de la renovación alemana, por tanto, consiste en integrarse en las eternas leyes aristocráticas de la sangre y no fomentar por debilidad la selección de lo enfermo, sino, por el contrario, en llevar nuevamente a la cabeza mediante una consciente selección a los de voluntad fuerte y creativa, sin mirar retrospectivamente a lo que queda atrás.

Al contemplar hoy en su conjunto el pasado alemán, por ejemplo, si pasamos por Dinkelsbühl o Rothenburg, vemos un cuadro acabado de la cultura germánica, de una fuerza creadora y una fuerza de defensa sin par. Sabemos que la Guerra de los Treinta Años ha destruido para siempre un sentimiento vital, que los siglos 17 y 18 se hallan en medio como profundos precipicios y que recién con la vigorización del Estado prusiano comenzó nuevamente a latir una vida completamente joven. En las guerras por la libertad de 1813 y sus hombres vemos surgir el concepto de una historia alemana completamente nueva, y nosotros, los hombres de hoy, nos vinculamos con los líderes de estas guerras por la libertad como los primeros fundadores de una nueva idea estatal y de una nueva actitud ante la vida.

Pensamos en el gran Frehierrn vom Stein, que sólo conocía una Patria que se llama Alemania, y que declaró: «Me son completamente indiferentes las dinastías en este momento de grandes desarrollos; son sólo instrumentos; mi deseo es que Alemania se haga grande y fuerte, para recuperar su independencia y nacionalidad, y afirmar ambas en su posición entre Francia y Rusia; no puede ser preservada por el camino de las viejas formas decadentes y podridas». Oponerse a los «ilusos democráticos y a la arbitrariedad principesca», describió Stein como la línea de su lucha. Esto también lo hacemos nosotros, sólo haciendo resaltar que el lugar de los ilusos democráticos lo habían ocupado los criminales marxistas. Y otro más se alza ante nuestros ojos como profeta que está a la espera de su resurrección: Paul de Lagarde. Nadie vio como él las fallas conducentes a la decadencia del segundo Reich liberal, y se quejó conmovedoramente: «Nuestros días son demasiado oscuros para no prometer un nuevo sol. A este sol yo lo espero».

Y nosotros nos sentimos seguros por la concordancia con los realmente grandes de la Nación alemana, felices y llenos de fuerza en la incondicional fe de representar como renovación alemana, la aparición de aquel sol al que

esperaban Stein y Lagarde y muchos otros, por el que trabajaron como individuos. Somos interiormente fuertes y estamos henchidos como ningún movimiento revolucionario en Europa antes.

La revolución francesa de 1789 fue sólo un gran colapso sin pensamiento creativo, y hoy presenciamos su podredumbre; nuestra época de agitación y comprensión de la esencia de la sangre significa la mayor revolución espiritual que está comenzando hoy conscientemente. Y estos interrogantes de la época nos arremeten diariamente, y es deber de todos nosotros ocuparnos de ellos, tomar conciencia de la lucha espiritual e incluir a todos los despiertos en el ejército de la Alemania que despierta. Es el deber y la tarea de cada uno de nosotros captar las nuevas tareas de la nación una y otra vez, para servirles en reverencia y que esta vida es en verdad la dicha eterna.

IV. EL DERECHO NÓRDICO-ALEMÁN

1.

En la adulteración a través de influencias romano-sirias, de la idea nórdica del derecho, consciente del honor, reside una de las causas más profundas de nuestra discordia social. El pensamiento romano capitalista puramente privado «santificaba» en manos del ídolo estatal absoluto —ya fuera encarnado por la monarquía o la república— el poder depredador de un pequeño grupo de personas que habían comprendido mejor cómo deslizarse por las mallas de una red puramente formal de párrafos. El deterioro espiritual fue necesariamente cultivado por este motivo y el «derecho» los protegía. El rencor sordo de millones de sojuzgados fue, por cierto, falsificado por el marxismo, pero fue más que justificado frente al escarnio de todos los conceptos germánicos del derecho, de lo cual el Estado y la Iglesia tuvieron la misma culpa. En posesión de todo el poder, «el Estado» promulgaba ahora las llamadas leyes sociales, pero no en nombre del honor del pueblo, de la justicia y del deber, sino como un don de lo alto, como si fuera por el famoso amor «cristiano», la gracia, por piedad y misericordia. Esto no fue ni bueno ni justo, como muchos aún nos quieren hacer creer con retrospección extasiada al tiempo de pre-guerra, sino que fue más bien la continuación del insulto a nuestra nacionalidad, tal como había sido elevado a principio básico por el liberalismo de todas las formas.

Lo que habían comenzado las monarquías liberalizadoras lo completó el marxismo en todos sus matices, ya que, a pesar de sus supuestas luchas contra la democracia capitalista, procedía de la misma cosmovisión adoradora de la materia que ésta. Nunca antes el deshonroso «derecho» ha gobernado de tal manera como cuando el dinero mismo se convirtió en el gobernante sin restricciones. «El derecho» se originó en todas partes —dejando de lado su anclaje metafísico— de la autoayuda. Primero como una lucha sin cuartel por las posibilidades de existencia, por la preservación de la libertad exterior, después al servicio de determinados valores del carácter.

El ataque al honor del individuo se convirtió en el punto de partida de la defensa personal legalmente reconocida. Esta autoayuda se extendió después a la protección de los intereses y del honor del linaje. Sólo gradualmente surgieron asociaciones más amplias –Iglesia y Estado– que sustituyeron la autoayuda al servicio de la comunidad encarnada por el obispo o el rey por tribunales de validez general. Según la concepción germánica, esta intervención en la vida individual sólo está justificada en la medida en que represente una protección del honor. La Iglesia ha rechazado esta idea original del Occidente nórdico o sólo la ha reconocido a regañadientes en algunos lugares; el derecho válido entre nosotros conoció hasta hoy sólo la así llamada «defensa de intereses legítimos», siendo indistinto al respecto si esos intereses son de naturaleza honorable o deshonrosa. Un paso conforme a la naturaleza, de la protección del honor del individuo a la protección del linaje, hubiera sido el anuncio de la protección del honor del pueblo. Pero aquí nos enfrentamos quizás a la parábola más terrible de la decadencia del carácter, que comenzó hace mucho tiempo, pero que sólo hoy se ha hecho más evidente que nunca: ¡en toda la ley «alemana» no había ni una sola disposición entre miles que hiciera del insulto al honor del pueblo un delito punible! Así, pues, pudo ocurrir que el nombre y la reputación del pueblo alemán fueran mancillados impunemente por todo aquel que lo deseara. Judíos berlineses llamaron a la «Germania» –el símbolo de la alemanidad– una ramera, a todo el pueblo el «eterno boche», una «nación de funcionarios cadáveres, ganado electoral y asesinos...». Ningún fiscal levantó un dedo para meter a esta gente en la cárcel antes de 1933. En cambio, los hombres que calificaban a estos judíos de canallas fueron penados sin miramientos por «insultos».

Este ejemplo dio origen a todo lo demás grotesco y demencial de que es tan rica nuestra época. Los traidores notorios a la patria no fueron «castigados» con duras penas de prisión, ni siquiera con la cárcel, sino con honor, los sentimientos pacifistas fueron citados abiertamente por los tribunales alemanes como motivo de atenuación, mientras que los hombres que, cubiertos de cien heridas, mataron a espías a sueldo en el momento más duro de la lucha, fueron condenados a muerte o a cadena perpetua como «femicidas». Así, el canalla del pueblo había recibido honores, el luchador por el pueblo había sido privado de su honor. Tan terribles resultados puede

conseguir una «justicia» desalmada porque carece de todo criterio respecto al interés y el honor de las personas. Una interpretación germánica del derecho debe otorgar a todo miembro del pueblo el derecho de defender con la palabra y la acción el honor de la Nación, también a través de la autoayuda en el terreno de los hechos cuando las circunstancias no permiten la intervención de los tribunales. Conceder sentimientos pacifistas a los traidores como motivo de atenuación, significa declarar al cobarde en igualdad de derechos con el hombre valiente. Por tanto, está más que justificado formular por fin la siguiente exigencia:

«Todo alemán y no-alemán que viva en Alemania que, mediante la palabra, la escritura y la acción incurre en la culpa de injuria al pueblo alemán, será castigado, según la gravedad del caso, con prisión, presidio o con la muerte».

«Un alemán que fuera de los límites del Reich comete el mencionado delito será, si no se somete al tribunal alemán, declarado sin honor. Perderá todos los derechos de ciudadanía, será desterrado para siempre del país y proscrito. Sus bienes han de ser confiscados en favor del Estado».

En el manejo de la idea del derecho reside, quizás, la más grande fuerza formadora de tipos, pero también destructora de tipos. Si los puntos de vista de carácter filosófico o religioso suelen estar alejados de la vida, la existencia cotidiana exige la continua aplicación práctica del derecho regulador. En función del valor más elevado de un pueblo, de un Estado o de cualquier otra representación legal, se determinan, se forman o se hacen trizas las actitudes cívicas, pero también el estilo de pensamiento. La idea del honor y la lealtad era el rasgo básico del derecho nórdico-germánico, que siempre ha tenido un efecto de construcción nacional y estatal también fuera de Alemania. La idea del derecho romano aseguró el carácter personal de los tiempos capitalistas. El pensamiento sin honor del judaísmo —corporizado en el Talmud y en el Schulchan-Aruch— constituía el elemento corruptor siempre allí donde el judío pudo llegar a ser «representante legal». El solo hecho de que entre «nuestros» abogados actuara un número tan descomunal de judíos, y además «con éxito», ya demuestra para todo el que piensa más profundamente que habíamos sido despojados del derecho alemán.

2.

EL HONOR EN EL DERECHO GERMÁNICO

Ya me he referido al concepto caballeresco del honor al principio. Pero también aparece en todos los documentos legales del hombre germánico a través de los tiempos, como el mito eterno del alma racial nórdica. La capacidad de sacrificar la propia vida por la idea del honor es considerada por las sagas islandesas como la esencia del hombre nórdico. Este bien se protegía con el sacrificio de todos los demás bienes. Primero por cada uno personalmente, luego por representación ante la comunidad encarnada en el juez, igualmente basada en la idea del honor. «Es mejor proteger la libertad con un arma que mancillarla pagando intereses», refirió Paulus Diakonus acerca de las opiniones de los reyes longobardos. El venerable «Sachsenspiegel»[168] declara: «El bien sin honor no debe ser considerado bien, y el cuerpo sin honor se suele con razón tener por muerto». «Derecho» tenía según los conceptos germánicos, sólo aquel cuyo honor era intachable; después de 1918 solo poseían «derecho» aquellos que tenían más dinero, aunque fueran los mayores canallas. Según el derecho municipal de St. Pölten «las personas que toman bienes por honor» eran consideradas no aptas para ejercer cargos públicos. «Los gremios deben ser tan puros como si hubieran sido seleccionados por palomas», manifestaban los artesanos del pasado alemán. «Así todo honor proviene de la lealtad», como dice el *Sachsenspiegel,* y la frase de Schiller sobre la Nación indigna que no pone su todo en aras del honor, es sólo la misma expresión para la misma alma, tal como hace miles de años trabajó configurando nuestra vida, hasta que, con una religión extraña, aún no transformada, y la idea romana del Estado, también el derecho extranjero se apoderó de esta vida.

Los doctores del kaiserismo, ajenos al pueblo, injertaron leyes extranjeras y pensamientos deshonrosos en las tribus germánicas; actuaron como simples alguaciles de los poderes imperantes eclesiásticos y del Estado romano. Ya Geyler von Kaisersberg se queja de los «Charlatanes» que «con su palabrería eran enteramente perjudiciales para el bien común», y sólo se ocupaban de

[168] Código de leyes de la Edad Media.

sus propios negocios. En el año 1513 apareció un poema, el «Welschgattung», que remontaba deliberadamente la pérdida de la libertad alemana al derecho romano. Urich von Hutten por su parte señala (en el diálogo «los ladrones») a los habitantes de la Baja Sajonia, que se ayudaron de su ley sin los nuevos doctores. Alemania estaba mejor cuando el derecho aún estaba en las armas, no en los libros. Así se justificó en su esencia la primera y hasta ahora única revolución social alemana: el alzamiento de los campesinos a comienzos del siglo 16 contra la servidumbre romana en su triple forma como Iglesia, Estado y falseamiento del derecho. Hoy, a comienzos del siglo 20, se continúa la revolución anímica-espiritual. Hasta la victoria final.

El falseamiento del antiguo derecho germánico a favor de los «legítimos» tiranos eclesiásticos y seculares fue la causa del atropello social del siglo 15. Los labriegos, que invocaban sus viejos derechos, fueron mandados a casa burlándose de ellos. Ni siquiera la observación del Bundschuh[169] de que esta servidumbre «no estaba de acuerdo con la palabra de Dios» sirvió de nada ante los prelados romanos, ni ante los doctores romanos de los príncipes. Así comienzan ya desde el año 1432 los alzamientos de labriegos contra los junker (Nobles rurales) y obispos, pero también contra los judíos prestamistas usureros, que huyeron a las ciudades bajo la protección del báculo episcopal. En 1462, el arzobispo de Salzburgo impuso enormes impuestos y, cuando el atormentado pueblo se levantó contra él, el duque Luis de Baviera acudió en su ayuda para acabar con los campesinos. En 1476 apareció el primer «socialista» (Johann Behm), quien exigía la expropiación de los príncipes y prelados. Behm quería partir de Niklashausen con un gran ejército, pero fue detenido antes, secuestrado y quemado en Würzburg. Es curioso que paralelamente a estas luchas sociales surgiera el movimiento místico de los begardos, en el que Maestro Eckhart había militado en otro tiempo. En todas partes, las capas oprimidas de nuestro pueblo se rebelaron contra las formas hostiles de pensamiento, la atrofia religiosa y el bajo rigor de la ley. El «Bundschuh» y el «Arme Konrad», a veces dirigidos por los mejores caballeros (Florian Geyer), marcharon por las tierras alemanas. Pero la

[169] El «Bundschuh» era el típico calzado campesino que constituyó la insignia campal de los campesinos sublevados.

violencia de la corriente largamente contenida no pudo ser domada. Arrasando y saqueando, las turbas salvajes pisoteaban todo a su paso. Lutero –para mantener a su Reforma libre de luchas sociales– se puso del lado de los príncipes de armadura despojando así al movimiento campesino de su fuerza motriz para el bien. Así el alzamiento alemán de los labriegos, que se iba arrastrando sin grandes conductores, fue sofocado; había sido mesurado y sostenido por las aspiraciones más morales, y que en sus doce puntos exigía mucho de lo que hoy debe volver a exigir el programa de renovación, pero al que los dirigentes de la Iglesia y del Estado prestaron tan poca atención entonces como en el siglo 19, cuando una deshonrosa economía mundial volvió a esclavizar «legítimamente» a millones de personas.

La idea cooperativa tuvo en su día un impacto más fuerte que el Estado romano. A principios de la Edad Media, la caballería estaba a la vanguardia de esta fuerza social creadora. La liga feudal formada por él representó, expresado en nuestro idioma, el primer sindicato alemán. Este «sindicato» fue lo que mantuvo unido a todo el Reich, no la Iglesia romana, como una consciente falsificación de la historia nos quiere hacer creer. Después de la unión de caballeros vinieron la asociación de ciudades, los gremios, las asociaciones de aldeas y cortes, las cooperativas de comarcas rurales. Esto era el vital derecho alemán, y debe interpretarse como el primer signo de la osificación de nuestra vida cuando empezó a tener efecto el derecho eclesiástico, el *corpus iuris canonici,* a partir del siglo 13, que acababa de ser renovado durante la Guerra Mundial en 1917 y declarado fundamentalmente inmutable. Según esto, esta llamada «ley divina» no puede ser modificada por ninguna costumbre y bajo ninguna circunstancia. Además de la ley «divina», inmutable, existe una ley inferior, cambiante. También ésta es avalada o modificada por la Iglesia, el pueblo no tiene participación en ello. «El pueblo reza, sirve, expía». La ley «divina» es el gobierno ilimitado del Papa, el poder ordenador de los obispos, los sacramentos... Como se ve, también aquí Roma es consecuente y chupa hasta la última gota de miel del mito de la representación de Dios.

Si tenemos en cuenta lo fructífero y vivificante que fue en su día el antiguo Derecho germánico, recién entonces se apreciará debidamente esta estrangulación de las fuerzas creativas del derecho alemán en toda su funesta magnitud.

En el 643, aparece la Ley Lombarda del Rey Rotario, que da origen a un gran número de florecientes escuelas de derecho centradas en Pavía. Los códigos legales de las posteriores ligas de ciudades de Lombardía y Alemania se remontan a esta creación lombarda. Los francos, alemanes, etc., también llevaron consigo sus concepciones raciales del derecho durante sus migraciones y desplazaron al antiguo derecho romano. La posterior desaparición de la sangre franca y bávara volvió a promover el derecho romano tardío. La «gran» revolución francesa significó la destrucción de los componentes germánicos y de las concepciones germánicas del derecho. Desde entonces «Francia» está judeo-romanamente determinada. El derecho de los sajones creó a Inglaterra. El derecho normando constituía la base del antiguo Estado ruso. El derecho germánico creó la vida y las costumbres en los asentamientos orientales de la Orden de Caballeros, más tarde la Hansa. El estatuto alemán para las ciudades formó la organización comunal hasta en Ucrania. El derecho de Lübeck dominó y cultivó a Reval, Riga, Nóvgorod. El derecho de Magdeburgo creó la infraestructura del Estado polaco; él fue el eslabón de unión que siguió actuando como formador de tipos hasta cuando el Estado polaco se vio desgarrado por la contrarreforma y se encaminó hacia su hundimiento.

3.

PENSAMIENTO JURÍDICO Y POLÍTICA

Durante siglos se ha discutido si el derecho debe estar por encima de la política, o la política por encima del derecho, es decir, si debe predominar la moral o el poder... Mientras ha habido linajes de acción, la soberanía siempre ha triunfado sobre principios ilimitados. Si, por el contrario, en lugar de los formadores, una generación de satisfechos y estetas lideró una época, entonces los gritos de guerra fueron siempre «derecho internacional» y «principios morales», detrás de los cuales, por lo general, no se escondía otra cosa que una gran cobardía. Pero incluso cuando no ha sido así (Kant), la cuestión del derecho y la política se ha planteado erróneamente. Hasta ahora,

ambos conceptos se han considerado dos entidades separadas, casi absolutas, y luego, en función del carácter y el temperamento, se han emitido juicios sobre la relación deseable entre ellos. Por otra parte, se había olvidado que ambos —derecho y política— no son entidades absolutas, sino sólo ciertos efectos de cierto tipo de personas. Desde el punto de vista de la supremacía del pueblo, ambas ideas remiten también a un principio que está por encima de ambos, que ha de guiarlos tanto en las relaciones internas como en las externas y que, en función de su utilidad al servicio de un algo superior, los incorpora a su estructuración de la vida.

Un antiguo principio legal indio del pasado nórdico reza: «La ley y la ilegalidad no van por ahí diciendo: somos esto. La ley es lo que los hombres arios consideran correcto». Esto indica la sabiduría primigenia, hoy olvidada, de que el derecho es tan poco un esquema exangüe como la religión y el arte, sino que está eternamente ligado a una cierta sangre, con la que aparece y con la que desaparece. Si la política, en el mejor sentido de lo verdaderamente estadista, significa seguridad exterior con el fin de fortalecer una nación, entonces «el derecho» no se opone en ningún lugar a esto si se entiende en el sentido correcto como «nuestro derecho», donde es un eslabón que sirve, no que domina, dentro de la estructura general de una nación. Del mismo modo que nuestros humanistas del arte contemplaban a la Hélade sólo como un modelo artístico y no como algo orgánicamente formado, nuestros humanistas del derecho contemplaban a Roma. Ellos también pasaron por alto que el derecho romano era un producto del pueblo romano y no podía ser imitado por nosotros porque estaba relacionado con un valor superior diferente al nuestro. El tipismo social y militar de Roma dio a luz como contrapartida una concepción del derecho puramente individualista. El *pater familias,* que disponía de la vida y de la muerte de los miembros del linaje, es el símbolo de la objetivación romana, del concepto de la propiedad llevado al extremo. En la concepción romana del derecho reside al mismo tiempo la santificación del capitalismo individualista. El individuo económico se convierte en el valor supremo, al que se le permite defender sus «intereses justificados» por casi cualquier medio, sin preguntarse si el honor del pueblo ha sufrido en el establecimiento de este ego económico.

Ciertamente, el antiguo derecho romano, al que el resto de la tipología fijó sus límites no escritos, no debe ser considerado responsable de los fenómenos bastardos romanos tardíos (que, por lo demás, poseía algunos aportes longobardos de la misma especie), con los que el Estado romano y la Iglesia romana nos obsequiaron para completar «legalmente» la esclavización de los pueblos libres. Pues al adoptar el principio capitalista privado irrestricto del derecho solo, sin poder revivir realmente toda la vida romana antigua, se lo arrancó del marco de apoyo de una construcción estatal orgánica, se le dio una eficacia (función) diferente, y aún más: se convirtió en norma absoluta a partir de una función. De contrapartida al tipo rígido, el desenfreno subjetivista se convirtió en ley. Este hecho es encubierto hasta hoy por formalidades. «Los hombres nunca habrían enriquecido el patrimonio de la humanidad con la idea de un derecho independiente igual al Estado si no hubieran realizado la antítesis del *ius singolum* y el *ius populi* con poderosa unilateralidad. Aquí la soberanía del uno e indivisible poder del Estado, allí la soberanía del individuo, éstas fueron las poderosas palancas de la historia del derecho romano»[170]. Así caracterizó con acierto O. Gierke la forma de la polaridad romana de la vida. Los mil artículos son interpretados por la sociedad individualista actual como piedras que hay que sortear. Esto es natural: puesto que el individualismo económico desenfrenado, «el derecho», se concibe y se aplica sin referencia a la raza y al pueblo, y dado que, por consiguiente, el honor del pueblo no es tampoco el centro determinante, así también los caminos hacia una meta económica son juzgados sólo desde un enfoque formal-jurídico, no desde el punto de vista de la conciencia del honor nórdico-germánico.

Muchos de los que se horrorizan por estas cosas que hoy se han hecho evidentes intentan ahora salvarse reclamando la «independencia del derecho» frente a los partidos, el dinero y otros poderes. Sin embargo, pasan por alto que esta supuesta libertad, es decir, la desvinculación de un centro formativo, es precisamente a la que hay que agradecer el actual estado de carencia de derecho. Y esto también se debe a que la política, como se ha explicado, también se ha entendido como el cumplimiento de la llamada

[170] *Die soziale Aufgabe des Privatrechts* (La tarea social del derecho privado), Berlín, 1889, p. 6.

autoridad estatal puramente formal, no como un rendimiento al servicio del pueblo y su valor más elevado.

«El» derecho y «el» Estado yacen sobre nosotros como otras dos costras, al igual que «la» religión, «el» arte y «la» ciencia. Su hueca expresión de poder ha despertado a las fuerzas revolucionarias. Primero el poder de los desesperados socialmente oprimidos. Hoy, finalmente, también la revolución del alma racial nórdico-germánica, privada de su más alto valor.

Este es el hecho esencial, que, sin embargo, es oscurecido por compromisos jurídicos, como lo representa, p. ej., el Código de Leyes Civil alemán. (En el que sólo se han vuelto a imponer algunos rasgos de la antigua conciencia germánica del derecho).

Si vinculamos la conclusión de estas constataciones con lo que dijimos al principio, se deduce (ante todo pensado en términos domésticos) que el derecho y la política no son más que dos expresiones diferentes de la misma voluntad que se halla al servicio de nuestro supremo valor racial. El primer deber del juez es proteger el honor del pueblo de cualquier ataque mediante sentencias, y la política tiene el deber de ejecutar dichas sentencias por completo. Inversamente la política —como poder legislativo y ejecutivo— tiene el deber de promulgar sólo aquellas leyes que sirvan al valor más elevado de nuestro pueblo en términos sociales, religiosos y, en general, morales. Aquí el juez tiene voz asesora.

El ídolo del siglo 19 fue la economía, el provecho. Todas las leyes se basaban en este principio, toda propiedad llegó a ser mercancía, todo arte en artículo de comercio, la religión en las colonias y la misión de los «paganos» en secuaces de los traficantes de opio, contrabandistas de diamantes o propietarios de plantaciones. En vano el pensamiento nacional luchó contra la evaporación de nuestro propio tipo de vida. Era demasiado débil porque no era un mito que lo abarcara todo, sino sólo un valor entre otros. Durante mucho tiempo no fue considerado como el valor supremo, sino a menudo como un cómodo medio de explotación. Así, el derecho se convirtió también en la ramera de la economía, es decir, del afán de lucro, del dinero, que determinaba la política. La democracia «alemana» de noviembre de 1918 significó la victoria del pensamiento chantajista más asqueroso que el mundo haya visto jamás. Por lo tanto, abogar hoy por una ley como la esbozada al principio significa un ataque deliberado a la esencia

de todas las democracias actuales y sus vástagos bolcheviques. Significa la sustitución del deshonroso concepto de mercancía por la idea de honor y la exigencia del completo dominio de lo popular sobre todo internacionalismo. Todo lo que aún hoy lucha por la supremacía debe servir igualmente a esta idea: religión, política, derecho, arte, escuela, sociología.

De la exigencia de protección del honor del pueblo sigue, como lo más importante, la aplicación más implacable de la protección del pueblo y de la raza.

Esta caracterización del valor supremo anímico coincide exactamente con la esencia de las diferentes paráfrasis de la concepción alemana del derecho. Tanto si, como Gierke, se dice: «No podemos romper con el gran pensamiento germánico de la unidad del derecho sin abandonar nuestro futuro»[171]; tanto si se quiere colocar con M. Bott-Bodenhausen en lugar del concepto del ser el concepto del efecto, y en lugar de las corporaciones, la función, la dinámica[172], todo, sin embargo, conduce a situar los vínculos internos entre el derecho y el deber por encima de las mercancías y el dinero. Contrariamente a un método racional de unificación, este tipo de legislación es una actividad volitiva y moralmente unificadora. No es el derecho sin trabas a una cosa, a una propiedad, lo que el alemán (a pesar del BGB-Código Civil, artículo 903) atribuye al propietario, sino sólo en relación al efecto de este manejo de su propiedad. El estar inserto en un todo orgánico, la idea del deber, la relación viva, todo ello caracteriza la concepción alemana del derecho y todo esto surge de un centro de voluntad, cuyo mantenimiento en estado de pureza llamamos protección del honor.

Ningún pueblo de Europa es racialmente uniforme, ni siquiera Alemania. Según las últimas investigaciones, admitimos cinco razas que presentan tipos notablemente diferentes. Sin embargo, no cabe duda de que la raza nórdica fue la primera en dar el verdadero fruto de la cultura europea. De su sangre surgieron los grandes héroes, artistas y fundadores de estados; construyeron los fuertes castillos y las sagradas catedrales; la sangre nórdica escribió poesía y creó esas obras musicales que veneramos como nuestras mayores revelaciones. La sangre nórdica también plasmó la vida alemana por encima

---

[171] l. c. p. 12.

[172] *Formatives und funktionales Recht* (Derecho formativo y funcional), 1926.

de todas las demás. Incluso aquellos círculos, que ahora sólo tiene pequeños componentes de pureza, tienen su fundamento en ella. El alemán es nórdico y ha actuado como formador de cultura y de tipos también sobre las razas mediterránea, dinárica y báltica-oriental. Incluso un tipo predominantemente dinárico ha sido conformado interiormente a menudo por lo nórdico. Este énfasis en la raza nórdica no significa la siembra del «odio racial» en Alemania, sino, por el contrario, el reconocimiento consciente de un aglutinante rico en sangre dentro de nuestra nacionalidad. Sin este medio de unión, tal como nuestra historia lo ha configurado, Alemania nunca se habría convertido en un Reich Alemán, nunca habría surgido la poesía germánica, la idea del honor nunca habría dominado y ennoblecido el derecho y la vida. El día en que la sangre nórdica desapareciese totalmente, Alemania se desintegraría, se hundiría en un caos sin carácter. El hecho de que muchas fuerzas estén trabajando conscientemente con este fin se ha expuesto en detalle. Para ello se apoyan ante todo en la subcapa alpina, que, a pesar de toda la germanización, ha seguido siendo esencialmente supersticiosa y servil, sin ningún valor propio. Cuando el vínculo exterior del viejo pensamiento del Reich se había desintegrado, se activó esta sangre, junto con otras manifestaciones bastardas, para ponerse al servicio de una fe mágica o al servicio del caos democrático sin escrúpulos, que halla su heraldo en el judaísmo parasitario pero libidinosamente fuerte.

Si una renovación alemana quiere hacer realidad los valores de nuestra alma en la vida, también debe preservar y reforzar los requisitos corporales de estos valores La protección racial, la reproducción racial y la higiene racial son, por tanto, las exigencias indispensables de una nueva era. Pero la reproducción racial significa en el sentido de nuestra búsqueda más profunda, ante todo, la protección de los componentes raciales nórdicos de nuestro pueblo. El primer deber de un Estado alemán es crear leyes que correspondan a esta exigencia básica.

Y de nuevo el Vaticano se ha profesado como el enemigo más acérrimo de la crianza de los dignos y el patrón de la preservación y procreación de los inferiores. Incluso para los eugenistas católicos serios, el Papa Pío declaró a principios de 1931 en su encíclica «Sobre el matrimonio cristiano» que no era lícito impedir en modo alguno la propagación, a causa de la inviolabilidad del cuerpo, a los hombres que eran capaces de contraer

matrimonio pero que sólo podían dar vida a una descendencia inferior. Pues el individuo tiene derecho a disponer de sus miembros y debe permitírsele utilizarlos «conforme a su finalidad natural». Esto es lo que dice tanto la razón como la «doctrina moral cristiana», y que la autoridad mundana no tiene nunca el derecho de pasarlo por alto. Presentar la cría desenfrenada de idiotas, de hijos de sifilíticos, alcohólicos, dementes, como «doctrina moral cristiana» es, sin duda alguna, el colmo del pensamiento antinatural y antipopular, como muchos han declarado tal vez hoy imposible, pero que en realidad no representa ninguna otra cosa que la necesaria consecuencia de aquel sistema de caos racial que es el dogmatismo sirio-africano-romano. Todo europeo que quiera ver a su pueblo sano física y mentalmente, que quiera evitar que los idiotas y los enfermos incurables infecten su nación, tendrá, según la doctrina romana, que dejarse presentar como anticatólico, como enemigo de la «doctrina moral cristiana». Y tendrá que elegir si es el anticristo o si el fundador del cristianismo pudo realmente haber imaginado la libre crianza de inferiores de todo tipo como un dogma, como su «representante» tan audazmente exige. Quien quiera una Alemania sana y anímicamente fuerte debe rechazar apasionadamente esta Encíclica papal que propugna la cría de la subhumanidad y, por tanto, la base del pensamiento romano como antinatural y hostil a la vida.

La inmigración a Alemania, que antes se juzgaba según las confesiones y luego según la «humanidad» judía, se realizará en el futuro según puntos de vista nórdico-raciales e higiénicos. Nada se opondrá a la naturalización de, por ejemplo, escandinavos nórdicos, pero habrá que poner dificultades insuperables a la afluencia de elementos mulatizados del sur o del este. A las personas aquejadas de una enfermedad que afecte a la generación venidera se les prohibirá la residencia permanente, o se les deberá privar de su capacidad de reproducción a través de una intervención quirúrgica. Lo mismo debe hacerse con criminales reincidentes. Se prohibirán los matrimonios entre alemanes y judíos mientras los judíos puedan seguir viviendo en territorio alemán. (Que los judíos perderán sus derechos de ciudadanía y serán puestos bajo un derecho nuevo que les compete, se comprende por sí mismo). Las relaciones sexuales, la fornicación, etc., entre alemanes y judíos se castigarán, según la gravedad del caso, con la confiscación de bienes, la expulsión, la penitenciaría y la muerte. El derecho

de ciudadanía no debe ser un regalo de cuna, sino que hay que ganárselo. Sólo el cumplimiento del deber y el servicio al honor del pueblo pueden dar lugar a la concesión de este derecho, que debe tener lugar con tanta solemnidad como la confirmación de hoy. Sólo cuando se han hecho sacrificios por algo, se está preparado para luchar por ello.

Esta última medida llevará casi automáticamente al primer plano a aquellos elementos raciales que orgánicamente son los más capacitados para servir al valor supremo de nuestro pueblo. Basta con ver pasar algunas compañías de nuestra Wehrmacht o SA para ver salir del subconsciente estas fuerzas heroicas en acción. Pero para preservarlas de una traición a sus espaldas, es necesario cuidar la pureza detrás de éstas.

En una sentencia judicial de Viena, se indicó en la justificación de una consideración más indulgente que el acusado se había desenvuelto sobre todo en un entorno comercial, por lo que su fraude debía evaluarse como menos grave. Estas por una vez fueron palabras claras. La idea nórdica de antaño de separar rigurosamente las acciones deshonrosas de otros delitos ha desaparecido en la vida jurídica democrática a-racial, al igual que en la política y la economía a-raciales. Los últimos vestigios aún viven en la privación del honor durante cierto tiempo o de por vida. Estos restos generadores de valor son también las últimas fuerzas preservadoras del pueblo y formadoras de tipo, que, sin embargo, habían sido casi agotadas. En nombre de la democracia, incluso los ministros corruptos eran tratados como hombres de honor, y la gente era castigada severamente por llamarles canallas. Esto sucedió en nombre de la protección del Estado. Sólo con esto queda claro qué tipo de «Estado» había sido éste. Una nueva ley alemana restablecerá así la diferencia de valor entre honorable y deshonroso, y endurecerá el castigo de los delitos deshonrosos. Sólo así puede surgir de nuevo un tipo de hombre alemán.

4.

NINGÚN DERECHO «PER SE»

El castigo no es un medio de educación, como nos quieren hacer creer nuestros apóstoles de la humanidad. El castigo tampoco es venganza. El castigo (aquí hablamos del castigo por delitos deshonrosos) es simplemente la segregación de tipos y seres extraños. Por lo tanto, el castigo por delitos deshonrosos debe conllevar automáticamente la pérdida de los derechos de ciudadanía, en casos graves la expulsión de por vida y la confiscación de bienes. Quien no considere la nacionalidad y el honor nacional como el valor más elevado, ha perdido el derecho a ser protegido por este pueblo. Huelga decir que la traición al pueblo y a la patria sólo puede castigarse con la cárcel o la muerte.

El alemán posee una peculiaridad fatal, ya señalada varias veces, como herencia del humanismo y del liberalismo: tratar la mayoría de los problemas no en relación con la sangre y el suelo, sino de forma puramente abstracta, como si las determinaciones de conceptos fueran algo existente «por sí mismo» y como si lo importante fuera sentar una palabra más o menos elástica como programa de la lucha más fiera. El arquetipo de semejante filósofo abstracto del «derecho» de índole democrática era, por ejemplo, Karl Christian Planck, quien también durante la guerra franco-alemana sólo se dedicó a investigar si es que Alemania realmente poseía el «derecho» de imponer sus necesidades vitales. En largas disquisiciones filosóficas llegó a la conclusión de que Alemania debía abandonar el pensamiento nacionalista, porque este pensamiento actuaba en forma «provocadora» sobre los vecinos. Pero ni al filósofo del «derecho» Planck ni a ninguno de sus sucesores hasta Schücking y Friedrich Wilhelm Förster se les ocurrió que la ola nacionalista de los Estados vecinos también produciría una voluntad justificada de defender a Alemania. El resultado práctico de este esquematismo exangüe fue, no obstante, que los derechos vitales del pueblo alemán fueron cercenados en favor de la voluntad nacional de otros pueblos.

Lo que así adquirió validez en política exterior también se llevó a cabo del mismo modo en política interior. Desde el punto de vista de un «derecho» puramente abstracto, a los inmigrantes judíos del Este les fueron concedidos derechos que no sólo no tenían nada en común con los verdaderos derechos del pueblo alemán, sino que iban en contra de ellos. Y

de este modo, por necesidad natural, terminó por darse la situación que del derecho abstracto resultó el privilegio de los judíos con respecto a los alemanes.

Del mismo modo que los pseudopensadores democráticos luchaban por «el derecho», el socialdemócrata convencido luchaba contra «el capital». Nuevamente un concepto exangüe, o más correctamente, una mera palabra se convirtió en objeto de controversia para millones de personas. Y eso que era claro que entre capital y capital se interponían diferencias esenciales. Es innegable que el capital es necesario para toda empresa, y la única cuestión es en manos de quién está ese capital y por qué principios se rige, dirige o supervisa. Este es el factor decisivo, y el clamor contra el «capital» ha demostrado ser un engaño deliberado por parte de los demagogos, que han utilizado el concepto de capital enemigo del pueblo para describir a los medios productivos y recursos naturales, haciendo desaparecer de la vista al capital líquido del préstamo internacional.

Si el consciente socialdemócrata alemán desde un comienzo hubiera tenido un concepto claro de que era importante atar este capital financiero líquido, que podía transportarse fácilmente de un Estado a otro, al Estado y al pueblo mediante un acto de poder, entonces toda la lucha contra el dominio del dinero, es decir, la lucha contra el capitalismo destructivo real, se habría librado en la forma correcta. Pero así, aturdido por las frases, trotó detrás de los demagogos judíos y, al destruir el capital ligado al suelo, se dejó convertir en el campeón del capital financiero internacional, que estaba destruyendo al pueblo.

La razón de esta trágica catástrofe radicaba de nuevo en el hecho de que el alemán tomaba con demasiada facilidad conceptos generales y vacíos por hechos, y estaba dispuesto a dar su sangre por fantasmas.

También los círculos nacionales hasta el día de hoy no han quedado completamente libres de tales enfrentamientos exangües. Algunos escritores piensan de la siguiente manera: declaran que hoy «el capital» o «la propiedad» gobierna sobre «el trabajo», y que por consiguiente, en el sentido de una «eterna justicia», el esfuerzo de todo nacionalista y patriota debe estar dirigido a quebrar este dominio de la propiedad sobre el trabajo, a fin de elevar el trabajo como cartabón por encima de la propiedad. En esta versión abstracta, la yuxtaposición es tan insostenible como las investigaciones

filosóficas abstractas sobre «el derecho» y la lucha socialdemócrata contra un capital abstracto. También aquí hay que distinguir entre posesión y posesión. En el verdadero y genuino sentido la posesión (en el sentido de propiedad) no es otra cosa que trabajo cristalizado. Pues todo trabajo realmente creativo, en cualquier campo, no es más que la formación de la propiedad. (Más allá sólo llega el misterioso genio, que no se puede sopesar en absoluto). Indeleblemente implantado en el alma humana está el esfuerzo por aumentar el rendimiento de un trabajo más allá de la satisfacción de la existencia diaria, de tal manera que tras la satisfacción del instinto del momento quede una posesión. Y de la misma manera como por una necesidad inexplicable el ser humano quisiera propagarse en sus hijos, así también se afana por transmitir por herencia la posesión al futuro, a sus descendientes. Si este impulso no fuera inherente al hombre, nunca se habría convertido en inventor y descubridor, nunca se habría convertido en creador. Este sentimiento de la posesión personal se extiende de la misma manera a las obras de arte y a los trabajos científicos, que surgen de un excedente de fuerza formadora y no representan nada más que posesión, adquirida sobre la base de fuerza de trabajo excedente y rendimiento de trabajo excedente. Arremeter contra la propiedad como concepto en sí es, por consiguiente, por lo menos irreflexivo, pero en la realización práctica tal lucha lograría exactamente los mismos resultados que la lucha socialdemócrata contra «el capital».

Existe naturalmente también otra posesión, que no representa la consecuencia de un trabajo creador, sino el aprovechamiento de este trabajo a través de negocios de especulación por diferencias, o a través de un servicio informativo político engañoso. Aquí surge, pues, un criterio muy práctico para juzgar el origen de una posesión. No debe, por consiguiente, realizarse una campaña contra «la propiedad» como tal, sino lograr una agudización de la conciencia, del sentimiento del honor y de la concepción del deber de acuerdo con los valores del carácter alemán, y procurar la imposición legal de esta postura.

Por lo que se refiere al trabajo, lógica y naturalmente toda ocupación, en cuanto ésta se integra en el marco de la totalidad alemana, merece iguales honores, y Adolf Hitler ya ha cincelado con agudeza la única vara de medir para un trabajador: la medida de la irremplazabilidad de un hombre dentro de la nación en su conjunto determina la evaluación del valor de su trabajo.

Que también aquí resulta un orden de rango, es por lo tanto lógico y natural; pero de ello se deduce que el trabajo en sí no puede de ninguna manera contraponerse a la posesión en sí. La confrontación tiene lugar más bien en la separación entre posesión y posesión, entre trabajo y trabajo, entre ingenio e ingenio. Tenemos que asegurarnos de que la «propiedad» obtenida especulativamente sea confiscada por el Estado, o controlada, pero que la propiedad como trabajo cristalizado sea reconocida inviolablemente como un factor cultural eternamente estimulante. Y en la diferenciación entre trabajo y trabajo debe ser creado un momento impulsor, por el hecho de que, en vista de la valoración a favor de todo el pueblo, cada cual se esforzará por extender los logros del trabajo del individuo sobre círculos lo más grandes posibles. Entonces esto aparece como la orientación básica a partir de la cual todo alemán del futuro debe abordar los problemas del trabajo, la propiedad, la especulación y el capitalismo. En todas partes es la sangre y el pueblo lo que debe ser considerado como el elemento motor, no una palabra, no un concepto vacío.

Exactamente lo mismo se aplica a las luchas económicas dentro de todo el pueblo. La huelga y el cierre de puertas se condicionan mutuamente. Si lo uno es aceptado, entonces también lo otro debe estar permitido. Si se permite a un industrial negar la posibilidad de trabajar, el trabajador tiene el mismo derecho de quitarle su trabajo al empresario. Y esto debe hacerse de forma organizada, ya que sólo así las dos partes se enfrentarán 1:1 entre sí.

La huelga y el cierre de puertas en su forma actual son ambos hijos del pensamiento liberal. La primera no tiene nada que ver con el socialismo, lo segundo nada que ver con la economía nacional. Ambos parten del ego o de una clase y sus intereses, sin tener en cuenta a la totalidad del pueblo. La antigua oficina de arbitraje de un ministro «socialista», por ejemplo, era una burla y sólo demostraba lo irremediablemente poco imaginativo que era el aparato del Estado. Se temía hasta de proceder aquí dictatorialmente, porque esto hubiera tenido como condición una concreta responsabilidad de un ministro de Trabajo del Reich democrático. Esto habría mostrado toda la magnitud de nuestra entrega al capital mundial sin ninguna posibilidad de disimulo, sin ninguna posibilidad de echar la culpa a otros hombros. Pero los marxistas de las finanzas temían esto por razones muy comprensibles.

Así, la nación creadora alemana fue víctima de tres factores: la industria, la mano de obra indignada y un ministerio impotente de carácter democrático-socialdemócrata.

Los responsables de la gran crisis fueron nuestros anteriores gobiernos del Reich y los partidos que los apoyaban: es decir, la totalidad del Reichstag (Parlamento del Reich).

Empresario, fábrica y trabajador no son individualidades en sí mismos, sino miembros de un todo orgánico, sin el cual todos ellos no significarían nada. Por eso necesariamente la libertad de acción tanto del empresario como del trabajador está necesariamente limitada en la medida exigida por los intereses del pueblo en su totalidad. Por eso puede haber épocas en las que la huelga y el cierre de puertas deben ser prohibidos. Pero esto, sin embargo, puede hacerse solamente si el poder del gobierno que aquí interviene no ha surgido de meros grupos de interés. Pero de ello resulta, además, que la mezcla parlamentaria de individualismo económico y política partidaria era el cáncer de nuestra maldita existencia hasta 1933, que, por lo tanto, la cuestión social nunca podrá ser resuelta por la socialdemocracia, menos aún por el comunismo, que quiere poner toda la vida patas arriba declarando que una parte es el todo, y menos aún por esas capacidades económicas «nacionales», que ya fracasaron en 1917 y hoy se muestran más impotentes que nunca. «Nunca me he ocupado del problema social, lo principal era que las chimeneas humeasen», dijo Hugo Stinnes el 9 de noviembre de 1918 al señor v. Siemens. Así «piensa» aún hoy todavía una parte de la industria pesada alemana, que igualmente ha fomentado una lucha de clases «desde arriba».

Así, también visto desde este lado de la vida práctica, el viejo pseudonacionalismo y el viejo pseudosocialismo están muriendo bajo nuestros ojos en violenta agonía. Ambos estuvieron y están en contra de la naturaleza, acoplados a la «democracia económica», envenenados por ella, y pueden ser desintoxicados sólo por el nuevo nacionalismo y el nuevo socialismo, a fin de crear la disposición para un nuevo pensamiento estatal de la vida orgánica-racial.

La esencia de la que procede esta forma de ver las cosas, que se opone directamente tanto a la liberal-burguesa como a la marxista, es el antiguo sentimiento alemán, ahora enterrado por el derecho. Si el derecho romano

insistía sólo en el aspecto formal de la posesión, y elevaba esta posesión, por así decirlo, fuera de todas las relaciones como una cosa en sí misma, la concepción germánica del derecho no conoce en absoluto este punto de vista, sino que sólo conoce y reconoce las relaciones. Relaciones de tipo obligacional entre la propiedad privada y el todo, que dan al carácter de la propiedad el sentido de propiedad autorizada en primer lugar. Es en este punto donde quizás se produce el envenenamiento más profundo del pensamiento socialista. Junto a las tres grandes devastaciones del marxismo, a saber, por la doctrina del internacionalismo (que corrompe el fundamento popular de todo pensar y sentir), por la lucha de clases (que ha de destruir a la Nación, es decir, el organismo viviente, atizando una parte a la revuelta contra la otra) y por el pacifismo (que ha de perfeccionar esta obra de destrucción por la castración de la política exterior), aparece como cuarta y quizás más profunda socavación, la destrucción del concepto de propiedad, que está unido en la forma más íntima con el ideal germánico de la personalidad en general. Otrora el marxismo echó mano de la frase arrojada por Proudhon «la propiedad es un robo» y la proclamó en el sentido de combatir la propiedad privada como consigna en su lucha contra el llamado capitalismo. Esta consigna interiormente falsa (el concepto de robo no puede existir de manera alguna si no hay una idea de propiedad) introdujo a todos los demagogos en la conducción marxista y eliminó de ella a todas las personas honradas, y así sucedió lo que tenía que suceder: durante el gobierno marxista desde 1918, en manera alguna la propiedad fue declarada un robo, sino todo lo contrario, los mayores robos fueron reconocidos como propiedad legítima.

Este hecho demuestra de un solo vistazo de qué se trata el concepto de propiedad.

Una burguesía sin imaginación acusa al movimiento de renovación alemán de hostilidad a la propiedad porque prevé la posibilidad de expropiación, en caso necesario, en nombre de un Estado nacional. Incluso el burgués, robado por la inflación, se aferraba temerosamente a una concepción anticuada de la propiedad, y de este modo se sentía más ligado a las mayores pestes del pueblo que dispuesto a someter sus viejas ideas a un examen riguroso. La comprobación precedente muestra que en toda la controversia sólo se trata de dónde comienza a actuar, entre robo y

propiedad legal, la idea de la propiedad legítima. Para un hombre germánico, que siempre vincula las ideas de derecho con las ideas de acción honesta y deber, la propiedad legítima no es difícil de establecer, mientras que, con el viejo concepto de propiedad en democracia, personas que en realidad deberían estar en la cárcel o colgadas en la horca van a conferencias económicas internacionales en hermosos fracs como representantes de la llamada democracia libre. La nueva concepción, que no puede reconocer la posesión injusta como propiedad, se ha convertido así en la más firme protectora y guardiana del genuino concepto alemán de propiedad, que concuerda plenamente con el antiguo sentido germánico del derecho.

Y aquí también vemos un hecho significativo que nos remite a lo dicho anteriormente: para nosotros, el socialismo no es sólo una aplicación expeditiva de medidas para proteger al pueblo, no es sólo un esquema económico-político o sociopolítico, sino que todo ello se remonta a valoraciones internas, es decir, a la voluntad. De la voluntad y sus valores proviene la idea del deber, proviene también la idea del derecho. La sangre es una con esta voluntad, y así la afirmación de que el socialismo y el nacionalismo no son opuestos, sino en su esencia más profunda uno y lo mismo, parece estar filosóficamente justificada precisamente por el hecho de que ambas expresiones de nuestra vida se remontan a razones comunes, volitivas, primordiales, que evalúan esta vida en una determinada dirección.

Si uno piensa y vive la lucha de nuestro tiempo de esta manera, sólo entonces conocerá esas condiciones previas que dan a todas las demás reivindicaciones individuales todo su contenido, su color y su unidad. Sin embargo, si cada alemán examina todas las cuestiones de la vida desde el punto de vista del valor supremo de la nacionalidad basada en la sangre, es cierto que a veces puede equivocarse, pero siempre se dará cuenta muy pronto del error y podrá corregirlo.

5.

EL DESCARADO IMPERIO DEL DINERO

Desde los puntos de vista estatales y jurídicos descriptos, todo nuestro sistema económico actual nos parece internamente podrido y hueco a pesar de sus gigantescas dimensiones. Los carteles internacionales han celebrado deshonrosos triunfos en las grandes conferencias económicas desde 1919. Nunca el mundo ha visto una dominación más desvergonzada del dinero sobre todos los demás valores que cuando millones de todos los pueblos yacían en sangrientos campos de batalla, sacrificados y creyendo luchar por el honor, la libertad, la patria. Esta desvergüenza de la piratería bursátil internacional, que tras su victoria dejó caer casi todos los barnices de la humanidad masónica, mostró con espantosa claridad no sólo la decadencia democrática, sino también la descomposición del viejo nacionalismo, que, espada en mano, rindió servidumbre a la Bolsa. Este dominio de la Bolsa sólo se conocía a sí misma como valor supremo: «La economía es el destino», declaró orgullosamente el héroe del espíritu financiero internacional, Walther Rathenau. Dirigir una economía por el bien de la economía era la «idea» de una época desalmada. A la totalidad de la economía del siglo 19 en todos los Estados le faltó la idea del honor, indistintamente que esta economía fuera manejada por nacionalistas o internacionalistas. Por eso también condujo al dominio del canalla sobre el hombre de honor. Los profesores enseñaban en todas las universidades las llamadas leyes económicas a las que debíamos someternos. Pero ellos olvidaron que todo efecto «legal» tiene un punto de partida, una premisa, de la que resulta luego el curso necesario. Por ejemplo, la manía del oro inculcada artificialmente fue el requisito previo para la moneda de oro internacional, que se considera «ley natural», pero que desaparecerá con la abolición de esta manía del oro, al igual que la manía de las brujas de la Edad Media inquisitorial desapareció después de la Ilustración. El caos racial de las ciudades del mundo es la consecuencia por ley natural de la idea de libertad de movimiento. La dictadura de la bolsa es la consecuencia necesaria del culto a la economía, al beneficio como valor supremo. Desaparecerá cuando una nueva idea, apoyada por nuevas personas, constituya también la base de la vida económica. También en este caso es el concepto nórdico del honor el que creará un día un nuevo derecho a través de sus representantes. Antaño hasta

un comerciante quebrado sin culpa propia era considerado deshonrado, porque por su quiebra se había arruinado no solamente a sí mismo, sino también a otras personas. En el mundo actual, incluso la quiebra deliberada es un buen negocio y el estafador un miembro útil de la sociedad democrática. El derecho del Reich venidero barrerá aquí con una escoba de hierro. Tendrá que hacer suyas las palabras de Lagarde sobre los judíos, de que no se puede educar a las triquinas, sino que deben ser hechas innocuas lo más pronto posible. Millones de personas gimen hoy bajo una terrible injusticia y anhelan la salvación mediante complementos salariales, revalorizaciones, etc. Ellos olvidan que su miseria está condicionada por la vil presuposición de nuestra economía como valor supremo. Pero enseguida se darán cuenta de lo que fue el siglo pasado cuando la soga y la horca empiecen a realizar la necesaria purga. Algún día se asombrarán de lo rápido que se derrumba todo el tinglado cuando el puño enérgico de un hombre fuerte y de honor agarre por el cuello a la gentuza de la banca y la bolsa que se pavonea en frac de seda y los ponga fuera de combate por los medios legales de un nuevo sistema de justicia. Para nosotros, la única ley es la que sirve al honor alemán; una economía justa es, por tanto, sólo aquella que parte de este principio, como antaño lo hacían los oficios nobles, como sigue siendo hoy la vieja costumbre hanseática.

Se pueden tener opiniones diferentes sobre las medidas técnicas. Esto no puede discutirse aquí, porque otras condiciones hacen necesarios medios que hoy no pueden evaluarse adecuadamente. No es posible establecer en detalle las leyes de una revolución espiritual. Solo es necesario conocer el punto de partida y la meta y afanarse apasionadamente por alcanzarla.

Desde nuestro punto de vista, la economía se une al sistema de fuerzas creadoras de tipos como una función similar al derecho y la política. Todo sirve a una cosa, siempre a una sola cosa. Un Estado alemán del futuro deberá incorporar en el centro de su jurisprudencia otras dos medidas importantes, que corresponden al procedimiento selectivo orgánico de la naturaleza: destierro y proscripción. Si un alemán ha sido culpable de graves violaciones de sus deberes nacionales más allá de una ofensa personal a expiar, ya no hay ninguna razón para que la comunidad nacional siga tolerando y alimentando a este miembro nocivo entre sí; por lo tanto, pronunciará el destierro por su tribunal durante un cierto período o para

siempre. En casos graves de fuga ante el juzgado alemán, el criminal deberá ser declarado proscripto. Ningún alemán en el mundo entero tendrá entonces tratos personales o comerciales con él; esta decisión se llevará a cabo por todos los medios políticos y económicos. Hasta qué punto la familia del criminal deberá ser afectada conjuntamente, será decidido en cada caso particular, pero de cualquier modo ha de ser también tomado en consideración. Al mimar a los delincuentes, el Estado democrático fomenta una contra-selección hostil a la sangre, obliga a las personas creativas a alimentar a un gran grupo de cientos de delincuentes y a mantener la descendencia igualmente tarada de los mismos. La privación del derecho de ciudadanía, el destierro y la proscripción muy pronto producirían una notable limpieza de la contaminada vida actual, una elevación de todas las fuerzas creativas, un fortalecimiento de la confianza en uno mismo, la premisa básica también de una enérgica política exterior.

Con una hipocresía repulsiva se trata hoy la cuestión de los hijos ilegítimos. Las Iglesias acumulan vergüenza, desprecio, exclusión de la sociedad sobre las «caídas», mientras los enemigos orgánicos de la Nación abogan por la ruptura de todas las barreras, exigen el caos racial, el colectivismo sexual y la libertad de aborto. Desde el punto de vista del racialismo, las cosas aparecen bajo una luz completamente diferente. Ciertamente, la monogamia debe protegerse y mantenerse como célula orgánica de la nación, pero el profesor Wieth-Knudsen ya ha señalado con razón que sin la poligamia nunca habría surgido la corriente germánica de los pueblos de siglos anteriores, lo que significa que habrían faltado todos los requisitos previos para la cultura de Occidente[173]. Algo que exime este hecho histórico de la moralización. También más tarde hubo épocas en las que el número de las mujeres sobrepasó ampliamente el de los hombres. Hoy

[173] Prof. Dr. K. A. Wieth-Knudsen: *Frauenfragen und Feminismus* (Cuestiónes de la Mujer y Feminismo), Stuttgart, 1926. Probablemente el mejor escrito sobre el tema hasta la fecha. En el pasaje citado dice textualmente: «Yo también profeso la monogamia, pero esto no afecta a mi comprensión del hecho: la poligamia temporal de nuestros antepasados es la causa de que el hombre blanco que surgió del pobre rincón noroccidental de Europa siga siendo tan numeroso hoy en día a pesar de todos los obstáculos, mientras que con la lucha del cristianismo contra la poligamia comenzó al mismo tiempo un declive en el desarrollo militar-político de nuestra raza, —una conexión lógica que nunca antes había sido reconocida y apreciada».

vuelve a ocurrir lo mismo. ¿Van a ir por la vida estos millones de mujeres, lastimosamente ridiculizadas como solteronas, privadas de su derecho vital? ¿Debe permitirse que una sociedad hipócrita y sexualmente satisfecha juzgue despectivamente a estas mujeres? El Reich venidero responderá negativamente a ambas preguntas. Con mantenimiento de la monogamia, otorgará a las madres de niños alemanes también fuera del matrimonio el mismo respeto, y sabrá aplicar social y jurídicamente la igualdad de los hijos ilegítimos con los legítimos. Es evidente que a tales afirmaciones se oponen los representantes de la Iglesia, así como los dirigentes de todas las asociaciones «sociales» y «morales», que sin más consideran acaso un matrimonio entre un alemán católico y una mulata católica como admisible y auténticamente cristiano, pero que utilizan todos los resortes de la coacción eclesiástica y social contra un matrimonio mixto entre un protestante alemán y una católica alemana. Estas fuerzas opinan que la profanación racial puede ser moral y cristiana, pero lanzan un grito hipócrita al respecto cuando las relaciones de derecho vital (biológicas) entre los sexos se consideran desde el punto de vista de lo personal-anímico, así como desde el punto de vista de la preservación de la raza y el fortalecimiento de la nación mediante la reproducción hereditaria. Nos hallamos ante el hecho de que el excedente de nacimientos en Alemania sobre 1.000 habitantes en 1874 era de 13,4 en 1904 de 14,5 y en 1927, empero, ¡sólo de 6,4! Dado que la tasa de mortalidad pudo ser reducida un poco, la imagen general de que el excedente de nacimientos en 1874, 0,56% y en 1927, 0,40% aparece como demasiado favorable, pues oculta el déficit de mujeres en edad fértil. Según Lenz[174] Alemania necesita 1.366.000 nacidos vivos para estabilizar su población en 78 millones. Pero en 1927 sólo nacieron 1.160.000, es decir, del número mínimo de mujeres en edad fértil necesario para mantener la población, ya había un déficit del 15%. Por lo tanto, el actual excedente de nacimientos no puede ser duradero. En algunas décadas, las generaciones que ahora están en una edad mediana habrán llegado a la vejez y entonces observaremos un gran déficit de población. Si se agrega a esto que los pueblos del Oriente se siguen multiplicando continuamente –Rusia se engrandece anualmente, a

[174] Bauer-Fischer-Lenz: *Menschliche Auslese und Rassenhygiene* (Selección humana e higiene racial), t. II, p.178 y sgts.

pesar de toda la miseria, en aproximadamente tres millones de habitantes— entonces la cuestión para el pueblo alemán es sencillamente si está dispuesto a vencer o a sucumbir en los conflictos venideros. Si, frente a muchos matrimonios deliberadamente sin hijos y con un gran excedente de mujeres, las mujeres solteras y sanas traen hijos al mundo, esto supone un aumento de fuerza para la nación alemana en su conjunto. Nos encaminamos hacia las más grandes luchas por la sustancia misma; pero si este hecho es constatado y se extraen de él las consecuencias, entonces todos los moralistas sexualmente saciados y presidentes de diversas organizaciones femeninas que tejen mitones para negros y hotentotes, que donan dinero con avidez para la «misión» de los cafres zulúes, acuden y claman contra la «inmoralidad» cuando una persona declara que la preservación de la sustancia en peligro de muerte es lo más importante, algo detrás de lo cual todo lo demás tiene que pasar a un segundo plano: y para ello es necesario criar sangre alemana sana. Porque incluso la auténtica moralidad y la preservación de la libertad de la nación en su conjunto son inconcebibles sin este requisito previo. Las normas que son buenas en una paz ordenada pueden convertirse en desastrosas en tiempos de lucha por el destino, pueden llevar a la ruina. Así, un Reich alemán del futuro evaluará toda esta cuestión desde un nuevo punto de vista y creará las formas de vida correspondientes.

Esta consideración se complementa con la evaluación de la mezcla racial. Si una mujer alemana se relaciona voluntariamente con negros, amarillos, mestizos, judíos, en ningún caso tiene derecho a protección legal; ni siquiera para sus hijos legítimos o ilegítimos, los que desde un comienzo no reciben en absoluto los derechos de un ciudadano alemán. El delito de procrear con una raza extranjera se castiga con azotes, prisión, confiscación de bienes y expulsión de por vida del Reich alemán.

Pero la base para el surgimiento de una nueva nobleza la dan los hombres que han ocupado las primeras posiciones —espiritual, política y militarmente— en la lucha por el Reich venidero. En este proceso quedará en evidencia por necesidad interior, que el 80% de estas personas también se acercarán exteriormente al tipo nórdico, dado que el cumplimiento de los valores exigidos están en la misma línea que los valores máximos de esta sangre. En los otros prevalecerá la imagen hereditaria sobre la apariencia

personal, y sólo se revelará a través de los hechos. Nada sería más superficial que abordar la evaluación del ser humano individual con medidas de centímetros y números de índice cefálico, sino que debe juzgarse ante todo con la prueba de la vida al servicio de la nación, con lo que la crianza hacia un ideal racial-nórdico de belleza debe ir naturalmente de la mano.

La nueva nobleza será, pues, una nobleza de sangre y mérito. Se transmitirá de padres a hijos, pero deberá extinguirse si el hijo es culpable de delitos deshonrosos; tampoco se renovará necesariamente en la cuarta generación si la tercera tiene logros inferiores. La orden de nobleza alemana deberá ser, en primer término, una nobleza de labriegos y nobleza de la espada, porque en la sangre que elige estas profesiones parece estar preservada en la forma más segura la salud puramente física, y con ello también es más probable la condición previa para la procreación de descendientes sanos. Con más prudencia se procederá al otorgar el título de nobleza a artistas, eruditos y políticos, en los que grandes rendimientos requieren, no obstante, también grandes honores. La vieja democracia pagaba con dinero, con nada más que dinero; la nueva Alemania sabrá saldar con honor la deuda nacional con sus grandes líderes. Desde 1918 la antigua nobleza es sólo un nombre, no una comunidad legalmente establecida. El Reich emergente no restaurará esta comunidad nobiliaria, sino que hará depender la confirmación de los títulos nobiliarios de la valía personal demostrada en la lucha por Alemania. Sin esa confirmación, el antiguo apellido nobiliario pasará a ser burgués.

La nobleza, en cuanto ha sido otorgada en base a la conducta en la Guerra Mundial, conserva su validez sin necesidad de confirmación.

Mediante esta regulación, la nobleza ya no está ligada a una casta como clase social horizontal, sino que pasa verticalmente por todos los estamentos del pueblo y estimulará a todas las fuerzas sanas, vigorosas y creadoras, al más elevado rendimiento, no en el sentido del principio democrático de procurar vía libre al capaz aun cuando roce con la manga de su saco el muro del presidio, sino a logros que desde un comienzo están delimitados por el concepto del honor personal y nacional.

Con estas observaciones han sido trazadas las directrices de un nuevo desarrollo jurídico.

Pero hay que ir aún más lejos: la idea del derecho racial es una pieza moral auxiliar para la realización del derecho natural real. El derecho era percibido como algo sagrado. Los dioses, al principio personificaciones de las fuerzas de la naturaleza, se convirtieron más tarde en portadores de un pensamiento moral. Un pueblo que no conoce las leyes de la naturaleza tampoco captará en su esencia el polo opuesto, el derecho moral, es decir, una concepción del mundo que con toda seriedad se imagina al cosmos como creado de la nada por un acto arbitrario, también proclamará a un Dios arbitrario, que no reconoce ningún vínculo interior. La creación del mundo a partir de la nada exige la opinión fundamental de que este Dios «creador» también intervendrá más tarde en los asuntos del mundo desde fuera —o puede intervenir— si le place. Esto niega la ley interna de la causalidad natural. Esta es la concepción del mundo de los semitas, judíos y romanos. La creencia milagrosa del médico brujo está indisolublemente unida a la proclamación de la deidad «omnipotente» que interviene desde el exterior. Por eso estos sistemas no conocen ninguna idea orgánica del derecho, sino sólo el dominio tiránico de su «Dios» o de su representante, que quiere imponer desde el exterior su *corpus iuris canonici* a todo el mundo como «universalismo».

El hombre occidental nórdico, que reconoce una ley natural eterna y que gracias a esta postura anímica posibilitó una genuina ciencia cósmica, también exigió antaño en Odín la primera gran parábola del pensamiento moral del derecho. Odín, el dios supremo, era el guardián de la ley y los contratos. El derecho era tan sagrado como el juramento. Toda una generación de dioses tuvo que perecer porque el propio Odín pecó contra la santidad de un contrato, aunque fuera inconscientemente y traicionado por el bastardo Loki. Sólo su caída fue la expiación. También en este sentido la idea del honor se muestra como la pauta suprema del ser humano nórdico. Su violación no puede expiarse de otro modo que no sea a través de un drama; también aquí actúa una ley natural condicionada anímicamente, pero que nuestros eruditos la pasan por alto. Nuestro hundimiento actual repite el mito de la Edda, que alcanza una grandeza mística, sobrehumana, en el signo de los acontecimientos mundiales actuales. Cuando el honor, el derecho y la voluntad de poder se desmoronaron, un panteón de dioses se hundió, y en 1914 se quebró en un terrible incendio rojo sangriento una era del mundo.

Es misión del futuro volver a ensamblar estas tres grandezas bajo el signo del primer Estado popular alemán.

V. IGLESIA NACIONAL Y ESCUELA ALEMANAS

1.

Una Iglesia Nacional Alemana es hoy el anhelo de millones. Reconocer este hecho es exigir la más profunda responsabilidad a quienes expresan este anhelo. Porque ya se ha hablado bastante alto, a menudo más que alto, de la insuficiencia de las formas y de muchos contenidos de nuestras Iglesias actuales. Las raíces más profundas de este sentimiento de insatisfacción han sido señaladas en esta obra con todo el debido respeto frente al pensamiento religioso –que en cada caso ha sido ennoblecido por la fe, la vida y la muerte de muchas generaciones. Pero la verdad exige la confesión de que el nuevo anhelo no ha aparecido aún en ningún lado como acción viva, como alegoría vivida. En ningún país alemán ha aparecido un genio religioso que ejemplifique un nuevo tipo religioso junto a los ya existentes. Este hecho es decisivo en cuanto a que ningún alemán consciente de su responsabilidad puede dirigir la exigencia de abandonar las Iglesias, a aquéllos que aún están apegados por su fe a las mismas. Uno quizá les haría sentirse inseguros, les partiría el alma y, sin embargo, sería incapaz de darles un verdadero sustituto de lo que han perdido. La época liberal también ha provocado enormes estragos en el terreno eclesiástico, al creer que mediante las teorías de la evolución, mediante la «ciencia», había «superado» a la religión como tal. Estos pigmeos espirituales pasaron por alto el hecho de que el entendimiento y la razón son sólo un medio de crear una visión del mundo, la religión, en cambio, es algo esencialmente distinto, el arte, a su vez, un tercero. La ciencia es esquemática, la religión volitiva, el arte simbólico. Cada campo tiene sus propias leyes; la ciencia sólo es capaz de destruir a las Iglesias cuando se han aventurado erróneamente en su campo, lo que ha sido y es un hecho en miles de casos. Pero la verdadera ciencia nunca podrá destronar a la verdadera religión, porque ésta no es más que un signo de valores volitivos orgánicos. Si una religión ha de fundirse, renacer o ser sustituida por otra, estos valores más íntimos deben ser derrocados o recibir una clasificación

diferente. Lo trágico en la historia espiritual de los últimos cien años es que las Iglesias mismas han hecho suya la concepción liberal-materialista y defendieron sus posiciones en el campo de la ciencia en lugar de hacerlo en la esfera de los valores. Y lo que es aún más trágico es que tuvieron que hacerlo porque su estructura era puramente histórica y habían proclamado la creencia en la verdad de los relatos del Antiguo Testamento y de las leyendas materialistas posteriores como parte esencial de su totalidad. De esta manera, la era darwinista tuvo un partido fácil y pudo provocar una enorme confusión, pero al mismo tiempo (compárese la conexión entre intelectualismo y magia explicado al principio) también despejó la vía para las sectas ocultistas, para la teosofía, la antroposofía y una miríada de otras doctrinas secretas y charlatanerías. Una terrible confusión de la mente, en la que el dogmatismo y el liberalismo son igualmente culpables, es el signo de la época. Incluso bajo el gobierno de los social-cristianos en Austria, más de 200.000 personas han abandonado la Iglesia católica sólo en Viena en menos de diez años. No bajo el signo de nuevos valores religiosos, sino como consecuencia de una acción marxista, egoísta, destructora de valores generales, que estaba dirigida contra rígidos dogmas coercitivos igualmente atados a la materia.

Entre las huestes del caos marxista y los creyentes de las Iglesias andan errantes millones de personas: interiormente destruidas por completo, libradas a doctrinas desconcertantes y a «profetas» con afán de lucro, pero en su mayoría también impulsadas por un fuerte anhelo de nuevos valores y nuevas formas. Y aunque tengamos que admitir que aún no se ha dado un verdadero genio que nos revele el mito y nos eduque en el tipo, esta constatación no exime a ningún pensador profundo del deber de realizar el trabajo preparatorio que aún quedaba por hacer cuando una nueva actitud ante la vida luchaba por expresarse, generando tensiones anímicas. Hasta que llegó el momento del gran hombre que enseñó y vivió lo que antes millones sólo habían podido balbucear. Como dice el prefacio de este libro, no está dirigido a la actual generación de creyentes en la Iglesia para impedirles que sigan su camino de vida interior, sino sobre todo a todos aquellos que ya han roto con la fe de la Iglesia, pero que aún no han encontrado su camino hacia otro mito. Estas personas deberían al menos ser libradas del desesperado nihilismo, a través de la vivencia renovada de un

nuevo sentimiento de pertenencia común —*religere* significa unir—, de un renacimiento de los antiguos y, sin embargo, jóvenes valores volitivos, cuyo desarrollo en auténticas formas de religión será, en efecto, tarea de un genio posterior, pero cuya probable realización es, no obstante, el deber de cada individuo hoy. De cada individuo, ya que las sociedades religiosas sin genios religiosos de todos modos se petrificarán tan solo en asociaciones, sectas de estrechas miras, que son más insoportables que todo lo demás. Por tanto, no corresponde a las asociaciones éticas, sociales o políticas existentes ocuparse de cuestiones religiosas y, a la inversa, no pueden ser consideradas responsables de las confesiones religiosas personales de sus miembros.

A partir del mito nacionalista recién florecido, las fuerzas espirituales crecen en todas direcciones. Cada una de estas direcciones sólo puede ser dirigida por grandes personalidades, por lo que, por supuesto, es posible que una de ellas encarne muchas voluntades. Sin embargo, sólo una gran persona sin ninguna fisura en su carácter ni en su alma puede pretenderlo. Así esperamos al poeta de la Guerra Mundial, al gran dramaturgo de nuestras vidas, a los grandes arquitectos y escultores. Así luchamos por el líder del Nuevo Reich e indicamos las fibras de la voluntad también para una futura Iglesia Nacional Alemana, cuya base esencial parece ya hoy claramente esbozada. Por un lado, el rechazo de lo materialista y mágico, que mostraba el liberalismo tan estrechamente ligado al dogmatismo eclesiástico; por otro, la alta crianza de todos los valores del honor, el orgullo, la libertad interior, el «alma noble» y la creencia en su indestructibilidad.

Todas las Iglesias cristianas —más exactamente, paulinas— han hecho del reconocimiento de determinadas doctrinas sobrenaturales como creencias obligatorias (dogmas) un prerrequisito para ser miembro. Una comunidad general de opinión se convirtió en rígida igualdad dogmática; con la creciente osificación, en comunidad de intereses o enemistad. El declarar como verdaderas las afirmaciones metafísico-religiosas y acontecimientos históricos o legendarios como condición de una religión es la tradición judía, que antes se imponía con el fuego y la espada y recién hoy ha cedido —al menos exteriormente— a un punto de vista forzosamente más tolerante, aunque siempre dispuesto a suscitar nuevas batallas dogmáticas. Un estadista y pensador verdaderamente alemán abordará, por tanto, la cuestión religioso-eclesiástica desde un punto de vista diferente.

Dará espacio sin trabas a toda convicción religiosa, permitirá que se prediquen libremente enseñanzas morales de diversas formas, a condición de que todas ellas no se opongan a la afirmación del honor nacional, es decir, que refuercen los centros volitivos del alma; el apoyo a determinadas asociaciones, en cambio, tendrá que hacerlo depender de su actitud ante el Estado nacional. Desde este punto de vista la cuestión de la relación entre Estado, religión e Iglesia se contesta por sí misma. Un Estado verdaderamente alemán puede conceder a las comunidades eclesiásticas actualmente existentes, independientemente de que las tolere por completo, el derecho al apoyo político y financiero del Estado precisamente en la medida en que sus enseñanzas y actividades prácticas estén orientadas a promover el fortalecimiento del alma. Por tanto, tendrá que proteger tanto las nuevas reformas como las antiguas confesiones. Las nuevas exigencias, empero, se han anunciado ya en forma extraordinariamente perceptible.

El llamado Antiguo Testamento como libro religioso debe ser abolido de una vez por todas. Esto acabará con el intento fallido de los últimos 1500 años de hacer de nosotros espiritualmente judíos, un intento al que debemos dar gracias, entre otras cosas, a nuestro terrible dominio material judío.

Por lo tanto, una persona luchadora (no un político estatal) debe seguir fortaleciendo el movimiento que busca la eliminación de los relatos supersticiosos obviamente adulterados del Nuevo Testamento. El quinto Evangelio necesario naturalmente no puede ser añadido por un sínodo. Será la creación de un hombre que sienta el anhelo por la purificación con la misma profundidad con la que ha investigado la ciencia del Nuevo Testamento.

Se pueden leer rasgos muy diferentes en las descripciones de Jesús. Su personalidad es a menudo suave y compasiva, a veces brusca y áspera, pero siempre está impulsada por un fuego interior. Estaba en el interés de la despótica Iglesia romana el presentar la humildad sumisa como la naturaleza de Cristo, para obtener el mayor número posible de siervos educados en este «ideal». Corregir esta presentación es otra exigencia indispensable del movimiento de renovación alemán. Jesús se nos aparece hoy, lleno de autoconfianza, como Señor en el mejor y más elevado sentido de la palabra. Es su vida la que tiene sentido para los pueblos germánicos, no su agónica muerte, a la que debió su éxito entre los pueblos alpinos y mediterráneos. El

potente predicador y el iracundo en el Templo, el hombre que arrastraba y al que «todos» siguieron, no el cordero sacrificial de la profecía judía, no el crucificado, constituye el ideal formativo que resplandece para nosotros desde los Evangelios. Y si no puede resplandecer desde los Evangelios, éstos también han muerto.

La crítica científica de los textos ha avanzado tan rápidamente que se dan todos los requisitos técnicos para una nueva creación integral. El Evangelio de Marcos contiene probablemente (aunque también esté retocado) el verdadero núcleo del mensaje de la filiación de Dios contra la doctrina semítica del siervo de Dios, el Evangelio de Juan la primera interpretación ingeniosa, la vivencia de la eterna polaridad del Bien y del Mal contra el engaño del Antiguo Testamento de que Yahvé ha creado el Bien y el Mal de la nada y ha dicho simultáneamente de su mundo que es «muy bueno», sólo para convertirse en el instigador del engaño, el fraude y el asesinato. Pero, sobre todo, Marcos no sabe nada de Jesús como «cumplidor» del pensamiento judío del Mesías, que Mateo y Pablo nos han transmitido en detrimento de todo el mundo cultural occidental. Más aún. Cuando el locuaz Pedro dijo de Jesús: «Tú eres el Mesías» (Marcos 8:29), Jesús «amenazó» a Pedro y prohibió a sus discípulos decir tal cosa. Así pues, nuestras Iglesias paulinas no son esencialmente cristianas, sino un producto de las aspiraciones judeo-sirias de los apóstoles, iniciados por el autor jerosolimitano del Evangelio de Mateo y completados por Pablo independientemente de él.

Inconscientemente se le escapa al fariseo Pablo una confesión totalmente judía:

«¿Qué ventaja tiene el judío, o qué utilidad tiene la circuncisión? Realmente mucha. En primer lugar: están familiarizados con lo que Dios ha hablado. ¿Qué importa si algunos de ellos permanecieron incrédulos? ¿Debería su incredulidad anular la fe de Dios? De ninguna manera». (Romanos, 3:1).

Luego la típica presunción e intolerancia judía:

«Pero os hago saber, queridos hermanos, que el Evangelio que yo predico no es humano. Pues no lo he recibido ni aprendido de ningún ser humano, sino a través de la revelación de Jesucristo. Pero cuando plugo al que me eligió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, a fin de que yo le predicase entre los gentiles, desde aquel instante no consulté más con carne y sangre; ni subí a Jerusalén, a los que eran apóstoles antes que yo; sino que me fui a Arabia, de donde volví otra vez a Damasco». (Gálatas, 1:11-13/15-17).

Simultáneamente el moluscoide afán de proselitismo:

«Porque libre de todos, a todos me esclavicé, por ganar un mayor número. Y me hice: para los judíos como judío, por ganar a los judíos; para los que están bajo la Ley, como sometido a la Ley, no estando yo bajo la Ley, por ganar a los que están bajo la Ley; para los que están fuera de la Ley, como si estuviera yo fuera de la Ley –aunque no estoy fuera de la Ley a los ojos de Dios, sino bajo la Ley de Cristo– por ganar a los que están sin Ley. Con los débiles me hice débil, por ganar a los débiles; me he hecho todo para todos, para de todos modos salvar a algunos». (1 Corintios, 9:19).

Y luego está la imprudente adicción a la fama:

«¡Preferiría morir antes de que alguien me prive de mi gloria!». (1 Corintios, 9:15).

Pablo reunió deliberadamente todo lo estatal y espiritualmente leproso en los países de su entorno para desencadenar un levantamiento de los inferiores. El primer capítulo de la primera carta a los Corintios es un único himno de alabanza a los «insensatos del mundo», y al mismo tiempo la afirmación de que Dios ha elegido a los «viles del mundo y a los despreciados» (1 Corintios, 1:26), para luego prometer a los cristianos el derecho de juzgar: «Si ahora el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿no sois acaso dignos para juzgar las cosas más pequeñas? ¿No sabéis que nosotros juzgaremos a los ángeles? ¡Cuánto más sobre los bienes temporales!». (1 Corintios, 6:2-3). En Efesios 1:21 Pablo atribuye a Jesús todo principado, potestad y poder de este mundo y del venidero. No puede ser

negado en absoluto que su propósito era la agitación del mundo con ayuda de los desclasados de todos los Estados y pueblos con el objetivo de una teocracia, lo que eclipsa con mucho sus otras confesiones. La falsa humildad emparejada con la aspiración a la dominación del mundo, un deseo ferviente, como el de todos los orientales «religiosos» de marchar aquí mismo a la cabeza de los rebeldes, esa fue la falsificación paulina de la gran figura de Cristo. Juan interpretó a Jesús ingeniosamente, pero su comprensión de que estaba tratando con un espíritu antijudío hostil al Antiguo Testamento se vio desbordada por la tradición judía, que se ligó con los productos espirituales de desecho del mundo helénico para su reformación en la Iglesia Romana. Europa ha intentado en vano renovar esta Iglesia oriental. La anterior reverencia a su «cristianismo» ha condenado al fracaso todos los intentos de hacerlo. Sin embargo, las Iglesias «cristianas» son una distorsión monstruosa, consciente e inconsciente, del mensaje sencillo y alegre del reino de los cielos en nosotros, de la filiación con Dios, del servicio al bien y de la defensa ardiente contra el mal. En el Evangelio original de Marcos encontramos también los rasgos legendarios de los poseídos, que podemos rastrear tanto en los relatos populares como en los añadidos decorativos de las aventuras de, por ejemplo, Federico el Grande y San Francisco, de quien se dice incluso que predicó a los pájaros. Pero al Marcos primigenio le son enteramente extraños todos los arrebatos en los que se exceden partes del Sermón de la Montaña. No oponerse al mal, poner la mejilla izquierda cuando la derecha es golpeada, etc., son exageraciones feministas que no se encuentran en Marcos. Estas son adiciones falsificadas de otras personas. Toda la existencia de Jesús fue una ardiente resistencia. Por ello debió morir. Sólo personas interiormente bastardas han dado importancia a una doctrina de cobardía, como Tolstoi, que utilizó este mismo pasaje como base de su lúgubre visión del mundo.

2.

EL MALICIOSO JURAMENTO DEL OBISPO

La religión de Jesús fue, sin duda, la prédica del amor. Toda religiosidad es efectivamente ante todo también una excitación anímica que siempre estará estrechamente relacionada con el amor. Nadie desdeñará este sentimiento; crea la fluidez emocional de persona a persona. Pero un movimiento religioso alemán que desee convertirse en una iglesia nacional tendrá que declarar que el ideal del amor al prójimo está absolutamente subordinado a la idea del honor nacional; que ningún acto puede ser aprobado por una iglesia alemana que no sirva primordialmente para salvaguardar a la nación. Esto expone una vez más el conflicto indisoluble con un punto de vista que declara abiertamente que los lazos eclesiásticos son superiores a los lazos de la nación.

Una actitud así, alimentada durante siglos, no puede superarse ni con prohibiciones ni con mandamientos. El Estado solo deberá cuidar con sus medios de que no se produzcan intervenciones de índole política por parte de Roma y sus servidores. El sacerdote romano tuvo que prestar juramento al instalarse en su cargo, lo que no significa otra cosa que una deliberada incitación al odio confesional y de clase. Es más, significa el franco reconocimiento de una actividad de traición a la patria si el Estado no se somete a los intereses romanos. Este juramento de los obispos romanos rezaba: «Perseguiré y combatiré con todas mis fuerzas a los falsos maestros, a los que se han separado de la sede apostólica, a los rebeldes contra nuestro Señor y su sucesor». Por el contrario, debe imponer a todo el clero el juramento de mantener el honor de la nación, como antes imponía el juramento al monarca y en algunos Estados a la constitución; por lo demás, será tarea principal del germanismo despierto esforzarse al servicio del mito de la nación creando una Iglesia Nacional Alemana, hasta que un segundo Meister Eckehart libere un día la tensión y encarne, viva y dé forma a esta comunidad alemana de almas.

En todos los países, los miembros del ejército tienen prohibido participar en la política partidista. Esto se justifica para mantener en sus manos la herramienta del poder político en su conjunto, no carcomida por las luchas políticas. Lo mismo debe aplicarse a los sacerdotes de todas las confesiones. Su dominio es el cuidado de las almas, es decir, el bienestar espiritual, el

canónigo o pastor parlamentario político es un fenómeno muy poco edificante del liberalismo político. El Estado fascista ya se ha dado cuenta de ello. Mediante el Concordato de 1929 se prohíbe al clero católico la actividad política y también las ligas católicas de exploradores han sido disueltas a fin de no permitir que surja un Estado dentro del Estado. Dado que el Vaticano ha aprobado esto para Italia, ya no puede oponerse en principio a la aplicación de las mismas medidas en otros Estados nacionales.

Si esta separación se lleva a cabo de acuerdo con las palabras de Jesús: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», entonces podrán evitarse por completo las intervenciones, por lo demás necesarias, del Estado nacional en el ámbito de la confesión eclesiástica. Un estadista así nunca interferirá en ninguna creencia metafísica ni organizará persecuciones religiosas. Por lo tanto, la lucha por estas ideas y valores tendrá que llevarse a cabo de persona a persona, de forma a forma dentro de todo el organismo nacional, sin poder hacer uso de los medios de poder político.

En todas estas reflexiones sobre la reforma de la religión debe distinguirse entre el guía espiritual y el dirigente político estatal. Si el primero revela la dirección interior de una nueva búsqueda y con ello combate naturalmente los viejos contenidos y formas en la nueva construcción de un cuerpo anímico-espiritual, no tiene derecho alguno a exigir en ello la protección política, judicial y militar del Estado. Fue fatal para el auténtico fervor de la fe que la Iglesia romana, con la ayuda de organizaciones políticas, tratara de asegurarse el «brazo secular» en todas partes. A raíz de ello ha conquistado hoy una posición de poder enormemente fuerte, pero, sin embargo, también se ha hecho dependiente con frecuencia —gracias a los subsidios estatales— de estos Estados, de modo tal que un bloqueo del dinero podría fácilmente hacer tambalear seriamente en muchas partes el gigantesco aparato organizativo. Pero la posición del poder político —y esto es una antigua queja de los mejores pastores desde hace siglos— ha expulsado la contemplación, y lo mismo también ha dañado mucho al protestantismo, que creyó no poder quedar atrás en afanes semejantes. La tendencia de la época hacia una separación del Estado y de las organizaciones confesionales proseguirá aún durante mucho tiempo, por lo que una Iglesia Alemana deberá negarse desde el principio a depender del Estado. Ella sólo puede reclamar que goce de libertad para su acción proselitista, que sus adeptos no sean perjudicados

por las viejas Iglesias y que, al producirse una reagrupación de los creyentes, se le adjudiquen las necesarias iglesias. La misma medida debería aplicarse a las demás confesiones. Los católicos y los protestantes deben asegurarse ellos mismos su iglesia a través de contribuciones voluntarias, no hacer recolectar el dinero por la fuerza mediante la amenaza de embargos[175]; sólo así podrá volver a ser restablecida la relación justa entre la fuerza de la fe y la estructura exterior. Sólo con esta medida puede un estadista ser justo con todas las partes y separar la lucha religiosa de los individuos y de los grupos de población de la lucha política del conjunto.

Una Iglesia alemana no puede proclamar sentencias obligatorias en las que cada uno de sus miembros se vea obligado a «creer» aun a costa de perder la bienaventuranza eterna. Ella abarcará parroquias que mantienen bellas costumbres católicas (que a menudo son nórdicas antiguas), otras que prefieren las formas luteranas del culto cristiano, otras que quizás escogen alguna otra forma de culto cristiano. Pero la Iglesia alemana también concederá el mismo derecho a quienes hayan roto totalmente con el cristianismo eclesiástico y se hayan reunido en una nueva comunidad (quizás bajo el signo de la fuerza anímica de Eckehart). Los requisitos previos establecidos al principio se aplican a todos los miembros.

La fundación de una Iglesia Nacional Alemana no consiste, por tanto, en defender ninguna afirmación metafísica, ni en exigir la verdad de relatos históricos o legendarios, sino en crear un alto sentido del valor, es decir, la selección de aquellas personas que, a pesar de toda la diversidad de convicciones religiosas y filosóficas, han recuperado una profunda confianza interior en su propia especie y han luchado por una visión heroica de la vida. Es precisamente esta conversión espiritual la que me parece particularmente revolucionaria, ya que por sí sola hace que el objeto principal de las luchas religiosas anteriores —las creencias metafísicas forzadas (dogmas)— se reconozca como no esencial, y su representación se convierte en un asunto del individuo, no de una totalidad. Las luchas por la relación entre hombre y Dios en Jesús, la disputa sobre el amor y la gracia, sobre la inmortalidad o mortalidad del alma, quedan fuera del ángulo de mira de una renovación religiosa germánico-alemana; como pauta de la pertenencia a la nueva

[175] En Alemania el Estado era el agente recaudador de las contribuciones para las Iglesias.

comunidad aparece el reconocimiento de aquellos valores que nos han sido revelados en el arte dramático germánico y con la mayor grandeza se han puesto de manifiesto en la mística del Maestro Eckehart. Pero una comunidad debe ser la meta, aun cuando nosotros los del presente estemos imbuidos de la convicción de que nosotros no la alcanzaremos a vivir, pues aun con todas sus fuerzas, ni siquiera un individuo fuerte puede alcanzar siempre las cumbres de sus momentos heroicos. Pero la conciencia comunitaria podrá elevarlo aún más alto y arrastrará consigo al más débil y lo ensamblará más fuertemente en el nuevo estilo religioso de nuestro futuro, del mismo modo que el ejército alemán de 1914 hizo en su día a millones de personas sencillas capaces de sacrificios y hazañas heroicas.

Después del deshonroso Concilio Vaticano, hombres católicos honestos, reconociendo erróneamente la esencia de un dogma milenario, se esforzaron por dar vida a un llamado Viejo Catolicismo. Muchos de estos confesores soportaron las peores persecuciones porque no quisieron dejar pisotear su honor. Bismarck no aprovechó la oportunidad en su momento para proteger a estas personas francas. Pero el movimiento era demasiado débil por sí solo para ir contra la tradición de los siglos. El comportamiento de Bismarck se ha vengado amargamente. Las antiguas congregaciones católicas se marchitaron en medio del poderoso dominio romano sobre el poder político mundial, que creó para sí en Alemania el voluntarioso Partido del Centro como «Guardia de Su Santidad». «¡Viva la Inquisición eclesiástica!» gritó el jesuita Wenig en 1875. «¡No debe haber paz confesional!», contestó el 16 de mayo de 1924 el «Schildwacht» después del triunfo alcanzado. Así, el primer intento real de lograr un nuevo nacimiento desde el seno del propio catolicismo resultó infructuoso. Pero no hay duda de que incluso ahora miles de espléndidos alemanes trabajan como sacerdotes dentro de la Iglesia romana, y en lo más profundo de su corazón no tienen mayor anhelo que la purificación del cristianismo de la superstición siria y la profundización de la vida religiosa mediante la desvinculación de los fondos estatales y los incentivos del poder político. Todos ellos saben que los sermones en idioma alemán que hoy les está permitido dirigir a sus connacionales, han sido comprados con ríos de sangre de aquellos herejes que antaño por mandato de Roma tuvieron que subir a la hoguera o fueron torturados hasta la muerte en bóvedas subterráneas. Se alegrarán cuando se les permita celebrar todo

el servicio purificado sólo en la santa lengua materna al servicio de los orgullosos valores. Aún no ha llegado el momento en que los sacerdotes alemanes puedan destacarse en medio de la casta superior romana, con la exigencia de una transformación del alma, la cabeza y los miembros. Pero está llegando. También en este caso, como siempre, deberá haber mártires. Pero un Estado alemán tendrá entonces el deber de proteger a estos hombres de la persecución y dejar que se integren en la Iglesia Nacional alemana.

Lo mismo es válido para aquéllos que han reconocido que el protestantismo ha dejado de protestar contra Roma, pero en cambio hoy actúa fanáticamente en miope obcecación contra la vida viviente que de nuevo asciende. Los anteriores «apóstatas» protestantes se levantaron contra su iglesia en nombre de la «religión» del «Segundo Reich», en nombre del liberalismo. Lucharon por una renovación en el *Berliner Tageblatt.* Esto significa la bancarrota eclesiástico-anímica del siglo diecinueve, tal como se manifestó en todos los terrenos. Por temor a este signo de evidente decadencia, la generación más joven huyó de vuelta al estricto eclesiatismo. Donde ahora están irremediablemente anquilosados, sin esperanza, en puestos de superintendentes generales. Hoy vuelve a haber signos de vida también en la Iglesia luterana. Naturalmente, se está levantando una tormenta contra los innovadores que despiertan aquí. Los escribas y fariseos «luteranos» convocan hoy congresos mundiales por instinto de autopreservación, como Roma sus concilios. Pero esta vez ya no se enfrentan a un fenómeno de descomposición liberal, sino a un mito pletórico de sangre, a una actitud ante la vida que tiene un centro en torno al cual todo se forma y se moldea. Ya existen células germinales de este nuevo despertar en toda Alemania. Este nuevo Reich alemán también tendrá que proporcionarles protección estatal en el curso de futuras persecuciones.

Las comunidades religiosas germánicas hasta ahora no han pasado de planteamientos teóricos. Los ensayos prácticos no han sido alentadores. Pero como quiera que éstos terminen, las investigaciones de estas ligas en el terreno de la historia de la religión nórdica constituirán, sin embargo, la levadura que reforzará los anteriores componentes católicos y luteranos de la Iglesia alemana. Pues el lugar de las historias del Antiguo Testamento de proxenetas y comerciantes de ganado lo ocuparán las sagas nórdicas y los cuentos de hadas, al principio simplemente relatados, más tarde entendidos

como símbolos. No es el sueño del odio y el mesianismo asesino, sino el sueño del honor y la libertad lo que debe ser avivado mediante las sagas germánicas y nórdicas. De Odín a los viejos cuentos de hadas, pasando por Eckehart y Walther von der Vogelweide. Quedará reservado a una mano genial escoger del precipitado anímico de los milenios las gemas del espíritu alemán hasta ahora tratadas sólo en forma mezquina, y unirlas orgánicamente. Las condiciones temporales, romanas y judías aparecen hoy más claras que nunca. Pero el verdadero latido de nuestros cuentos de hadas, el de Eckehart, el de Lutero, late aún más claramente hacia nosotros. Para los estudiantes más maduros, se desplegará también un colorido cuadro de búsqueda religiosa en Irán, la India e incluso la Hélade, extranjeros y, al mismo tiempo, estrechamente emparentados. Una de las mayores tareas de nuestro siglo es dar al anhelo del alma racial nórdica su forma como Iglesia alemana bajo el signo del mito popular. Del mismo modo que el mito romano de la representación de Dios a través del Papa encerraba y vinculaba a pueblos muy diferentes y direcciones divergentes, también el mito de la sangre —una vez comprendido— atraerá como un imán a todas las personalidades y comunidades religiosas proporcionándoles, a pesar de sus diferencias, un asentamiento claro, la referencia a un centro y con ello la incorporación generadora de vida en la totalidad del pueblo. Los detalles de la aplicación se aclararán y determinarán en la vida venidera. Nadie puede preverlos hoy.

Estos miembros de la Iglesia Nacional, protegidos de la persecución por todos los medios estatales, pero por lo demás librados a sus propias fuerzas, constituirán ahora, por su parte, puntos de cristalización. Las iglesias puestas a su disposición en cada caso según la magnitud y la importancia de las comunidades espirituales, darán la posibilidad de una actividad pedagógica directa, y sin que se produzca intervención violenta alguna en el protestantismo o en la Iglesia romana, podrá producirse un viraje anímico que tendrá el efecto de un gran respiro, ya que la pesada costra del dominio sirio-romano no podrá ya aplastar a todos los que ansían honor y libertad. El arúspice romano y el superintendente antiguo-testamentario perderán poco a poco su poderío sobre las personalidades individuales y, en consecuencia, también sobre las aspiraciones políticas. Se habrán creado las primeras

condiciones previas para un estilo de vida religioso, pero también cultural y estatal.

3.

EL SÍMBOLO DEL CRUCIFIJO

Con la abolición de los sermones sobre el siervo y el chivo expiatorio como Cordero de Dios, el encargo a Pedro de la fundación de la Iglesia romana, el «cumplimiento» del Antiguo Testamento, las indulgencias, los milagros mágicos, etc., tendrá que producirse un cambio correspondiente en las costumbres externas (ritos). Simultáneamente con una gran literatura de esclarecimiento, que deberá ser difundida por los clérigos de la Iglesia Alemana dentro de sus comunidades existentes. Sin embargo, de la nueva actitud interior hacia la imagen de Jesús también se deriva un cambio absolutamente necesario, aparentemente sólo externo: la sustitución de los crucifijos que representan la tortuosa crucifixión en las iglesias y en las calles de los pueblos. El crucifijo es el símbolo de la doctrina del Cordero sacrificado, un cuadro que presenta ante nuestra mente el derrumbe de todas las fuerzas y que, a través de la casi siempre horrenda representación del dolor, también nos deprime interiormente, nos hace «humildes», como pretendían las Iglesias despóticas. Aunque las representaciones de caballeros y dioses germánicos se han conservado en San Jorge, San Martín y San Osvaldo, sólo tienen una existencia subordinada. Si bien, por otro lado, el beso de las heridas de sangre supurante del crucificado, representadas con todo realismo, tal como la Iglesia romana lo fomenta en muchos creyentes sudamericanos, no ha penetrado aún en el Norte de Europa, sin duda el crucificado lamentable se ha convertido en el medio por el que Roma desmoraliza y domina las almas de sus seguidores.

Una Iglesia Alemana sustituirá gradualmente la crucifixión por el ardiente espíritu instructivo, el héroe en el sentido más elevado. Ya casi todos los pintores de Europa han despojado el rostro y la figura de Jesús de todas las características raciales judías. Distorsionados como estaban por las

enseñanzas del Cordero de Dios, tuvieron que pintar a su Salvador, pero en todos los grandes artistas del Occidente nórdico Jesús es delgado, alto, rubio, de cara empinada y cabeza estrecha. Ni siquiera los grandes artistas del Sur simpatizaban con un Salvador de nariz torcida y pies planos. Incluso en la Resurrección de Matthias Grünewald, Jesús es rubio y esbelto. Desde el pecho de la Madonna Sixtina, el rubio Jesús se asoma «heroico» al mundo, igual que las cabezas de los ángeles de ojos azules desde las nubes. Nuestro sentimiento vital que despierta de nuevo no conoce el ideal de los flagelantes, una auténtica crucifixión —como ya se ha expuesto— hoy no puede ser ni pintada ni esculpida, ni vertida en poema ni puesta en música. Toda la comunidad artística alemana, que hoy se afana en bodegones de espárragos y pepinos, ha recibido con el nuevo Reich una tarea tan grande como la de cuidadora del alma alemana. Las iglesias y congregaciones de la Iglesia Alemana deberán tomar las medidas necesarias para que, en los lugares de peregrinaje tradicionalmente sagrados, poco a poco las muestras de arte bastardo de la época del barroco de influencia jesuita sean sustituidas paulatinamente por cuadros y estatuas del Prodigador de Vida, que vuelva a aparecer el Dios de la lanza, así como cuadros y dichos del Maestro Eckehart y otros predicadores alemanes. De las naves y de los altares de la Iglesia Nacional Alemana desaparecerán las guirnaldas de yeso, los rayos de latón y toda esa inundación de nuestras vidas por los trastos del estilo jesuítico y el posterior rococó bastardo. Aquí, el arquitecto alemán encontrará tareas que ya anhelan miles de personas cansadas de construir casas de comercio y palacios bancarios. Más fácilmente puede emplearse nuestra música. En Bach, Gluck, Mozart, Händel y Beethoven, el carácter heroico ha prevalecido a pesar de los versos eclesiásticos. Pero también aquí una música que hoy revolotea sin tareas encontrará un enorme campo de trabajo, y al mismo tiempo los cánticos eclesiásticos serán depurados de canciones a Jehová.

Así pues, todo para el futuro de nuestras vidas dependerá de la reversión interior religiosa-metafísica. De un centro fluirá una corriente que lo abarcará todo, que hará que el alma del predicador y del estadista sea tan fértil como la imaginación del artista y del pensador, que hoy no tienen centro y, por lo tanto, están casi locos.

Si hoy se viaja a través de ciudades y aldeas alemanas puede comprobarse con alegría que en todas partes han sido levantadas lápidas conmemorativas

y estatuas de héroes. El soldado del frente alemán con el casco de acero muestra el tipo, las inscripciones en los pedestales recogen los nombres de los héroes, flores y coronas atestiguan el amor que rodea el recuerdo de los muertos... Seguimos experimentándolo todo nosotros mismos, millones seguimos conociendo personalmente a las víctimas de la Guerra Mundial con todos sus atributos propios. Todavía no podían convertirse en una parábola en la forma en que lo son. Este conocimiento de la humanidad de las personalidades individuales que perecieron se desvanecerá cada vez más. La tipicidad de la terrible y sin embargo grandiosa época de 1914-1918 se hará cada vez más fuerte. Ya la generación venidera verá en un monumento a los combatientes de la Guerra Mundial un signo sagrado del martirio por una nueva fe. Esta es una evolución que se está produciendo en todos los Estados europeos. La tumba del «soldado desconocido» en Francia, Italia e Inglaterra, ha sido, por cierto, a menudo sólo un lugar de parada, pero no obstante ha llegado a ser ya simultáneamente para millones un centro místico semejante a los monumentos alemanes al soldado alemán invicto. Un buen número de periódicos clericales franceses, por ejemplo, califican de anticristiana esta nueva devoción, que se observa con preocupación, y temen, no sin razón, que el «soldado desconocido» pueda ocupar el lugar de los santos. Aunque la Iglesia infalible quemó una vez a Juana y luego la canonizó, pronto también reivindicará al «Soldado Desconocido» como «católico» y utilizará el agua bendita para falsificar el sentido de conversión espiritual que hoy percibe, al igual que hace con cualquier otro movimiento genuinamente nacional. Ya lo hizo en 1870-1871, cuando se instauró también entonces el culto al héroe. Si Alemania despierta de verdad y el pueblo se reúne los domingos no en torno a columnas marianas, sino en torno a estatuas de tumbas de combatientes alemanes, entonces es seguro que se producirá una llamarada de fuego contra esta costumbre «neo-pagana» como que hoy la cruz está sobre la torre de la iglesia.

La Iglesia ha consagrado como mártir y santo a todo misionero asesinado. Incluso cuando Emmeran[176], presentado por la tradición cristiana como judío, violó a la hija del duque de Baviera y por ello fue asesinado, la Iglesia infalible declaró este ignominioso final como una muerte por la fe. Hoy

[176] Véase Dr. Sepp: *Der Bayernstamm* (La Tribu Bávara), Múnich, 1882.

Emmeran es un santo al que se adora en la piadosa Regensburg. Pero es deber de una generación alemana venidera nombrar con reverencia sólo los nombres de aquéllos que lucharon en la tormenta y la tempestad por la grandeza y el honor del pueblo alemán, y honrarlos por lo que son: mártires de la fe nacional. Aquí, en este rincón de nuestra alma, vive también la única esperanza de que los pueblos de Europa reconozcan un día la esencia de las terribles catástrofes y que los verdaderos dirigentes nacionales de un tiempo posterior, al reconocer lo más precioso, la sangre humana de su nación, tomarán en todas partes plena conciencia de que el empeño de esto último sólo debe ser el último y más extremo recurso. No es el respeto o el reconocimiento de ningún «cristianismo» o pacifismo liberal lo que forma hoy una fuerza tan poderosa para cautivar almas, sino el espíritu y la palabra del legado romano Aleandro: «Nosotros los romanos nos encargaremos de que los alemanes os matéis entre vosotros y os ahoguéis en vuestra sangre», prevalece hoy igual que hace 400 años. («Lutero perdió la guerra», dijo con orgullo Benedicto XV al «historiador» judío Emil Ludwig). Ni el humanitarismo masónico, con su mendaz pacifismo mercantilista, es capaz de sentar las bases de una auténtica voluntad de paz, ya que el «negocio» rige sus actos. Sólo el reconocimiento del honor en el amigo y en el enemigo, en el soldado desconocido de fuera y en el gris campaña invicto muerto en la Patria, es la semilla hoy común a lo mejor de todos los pueblos aún valiosos. Ha empezado a brotar por todas partes; si crecerá es la cuestión de un futuro angustioso. Pero una cosa ya está clara hoy: el hombre de honor interior sólo madurará cuando se haya liberado de la cizaña que le rodea y que hoy prolifera descaradamente. Todos los poderes degenerados trabajan con todas sus fuerzas para impedir que estos mártires del honor nacional se conviertan en el símbolo vital de un futuro alemán más hermoso. En nombre de la paz mundial y de la así llamada humildad cristiana siembran discordia, o intentan matar el auténtico amor a la paz consciente del honor mediante un pacifismo mendaz.

Era la actitud de una época pasada que se consideraba pecado que un católico levantara la mano contra otro católico; una época posterior consideraba natural que los monarcas se mantuvieran unidos contra los republicanos; el siglo 19 instaba a los ejércitos de trabajadores que se contaban por millones a no tomar las armas ni siquiera en nombre del Estado

contra el compañero de clase de otro pueblo. Todos estos valores se han hecho añicos. El culto al soldado que lucha por el honor de su pueblo es el nuevo sentimiento vital de una nueva era. En nombre de esta nueva religión del honor nacional puede despertarse esa conciencia nórdico-europea (no a sabiendas de los llamados «intereses económicos comunes» con los que mercadean hoy los bastardos «paneuropeos»), que debe enfrentarse un día al Sur negro y al parásito sirio en un frente común, si no queremos perecer todos. Aquí el alemán debe recurrir ahora a su glorioso misticismo, recuperar la grandeza de alma de un Meister Eckehart y experimentar que este hombre y el héroe gris campaña bajo el casco de acero son uno y el mismo. Entonces estará libre el camino para una religión nacional alemana del futuro, para una genuina Iglesia Alemana y una cultura popular alemana unidad.

4.

EL AMOR COMO FUERZA

De estas exigencias resulta también la evaluación del valor del amor. Como se explica en el primer libro, el amor no es una fuerza creadora de tipos («solo se puede amar lo individual», Goethe), sino que siempre ha estado al servicio de otro valor, aunque los beneficiarios de esta idea debilitadora del amor-humanitarismo –la Iglesia romana, la alta finanza– hayan intentado negar este hecho. A esta fuerza que apunta al sojuzgamiento de las almas queremos contraponer la veracidad y colocar al amor bajo la fuerza creadora de tipos de la idea del honor. De este modo, sin embargo, el amor adquiere el carácter de lo recto, de lo genuino, de lo fuerte. En el lugar del amor por la sumisión estará –llevado a una fórmula– el amor por el honor. Pero lo más importante es lo siguiente: sólo las personas que exteriormente son predominantemente nórdicas se unirán a una Iglesia Popular Alemana construida libremente sobre la idea del honor nacional y personal –independientemente de la iglesia a la que pertenezcan. Lo mismo que se observa ya hoy en la Reichswehr voluntaria se repetiría en un sentido ennoblecido con el renacimiento religioso. Un amor sacrificado sería en este

caso un auxiliar de la cultivación de la nobleza del alma, pero al mismo tiempo estaría al servicio de una reorganización del pueblo alemán que, si sólo se abordara desde fuera, de otro modo nunca podría lograrse.

Y ahora podemos decir también que el amor de Jesucristo era el amor de un hombre consciente de su nobleza de alma y de su fuerte personalidad. Jesús se sacrificó como Señor, no como siervo. Su mayor seguidor, el Maestro Eckehart, también procedía de la «nobleza del alma», cuyo amor al servicio de este valor era igualmente un amor fuerte, consciente y completamente carente de sentimentalismo. Este amor no servía en «tembloroso temor», como exigía Ignacio, no servía a un sistema de esclavitud del alma y aniquilación racial, sino que servía única y exclusivamente a la libertad consciente del honor. Y Martín Lutero sabía muy bien lo que decía cuando escribió poco antes de su muerte: «Estas tres palabras, libre —cristiano— alemán, son para el Papa y la corte romana nada más que puro veneno, muerte, diablo e infierno: no pueden soportarlas, ni verlas ni oírlas: ahí nada ha de cambiar, eso es seguro»[177].

Se ha querido ver la esencia del germano en su lealtad; naturalmente no se entendía con esto la fidelidad de cadáver de Loyola, sino la lealtad al «Señor elegido por uno mismo». A lo largo de la historia, muchos pueblos germánicos han elegido Señores extranjeros y les han servido «fielmente» como soldados, filósofos o maestros de la Iglesia. Nosotros no designaremos hoy a estos hombres como leales, sino desertores. Leal es sólo el que permanece leal a su propia libertad. Muchos han podido hacer esto dentro de la Iglesia aún no petrificada, aun cuando casi todos los grandes entre ellos fueron amenazados con la cárcel, el veneno y el puñal; pero desde el reinado del jesuitismo ningún hombre nórdico puede ser conscientemente germano y al mismo tiempo seguidor de Loyola. «Una cosa por encima de todo: ser fiel a uno mismo» es lo único que vale si se quiere que se produzca un renacimiento alemán interior y exterior; el «profundo respeto ante nosotros mismos», como lo exigía Goethe, el ser «uno con nosotros mismos», como enseñaba y vivía el Maestro Eckehart. El honor y la libertad son ideas, la

[177] *Wider das Papsttum zu Rom vom Teufel gestiftet* (Contra el papado de roma, fundado por el diablo), 1545, IV, 124.

lealtad una actividad. El honor se manifiesta en la libre fidelidad a uno mismo.

Creo saber exactamente qué luchas en la vida religiosa evoca la idea de una Iglesia Nacional Alemana. Pero también creo saber una cosa: que la búsqueda de cientos de miles de personas, que se prolonga desde hace décadas, anuncia el despertar de una nueva actitud genuina ante la vida, que estas personas están cansadas del viejo escepticismo plano, pero también buscan un terreno común más allá de la experiencia individual. En la historia del mundo, sin embargo, las viejas formas nunca se han renovado simplemente incorporando el contenido y la forma de una entidad a la apariencia de otra que ya existía; más bien, ambas han tenido que ser abarcadas y unidas por una síntesis. Hay que leer la última obra de H. St. Chamberlain, «El hombre y Dios», que ya viene a medio camino de la eternidad, para comprender claramente de qué se trata: es la búsqueda de un camino directo hacia la personalidad de Cristo. Herder exigió una vez que la religión dedicada a Jesús se convirtiera en una religión de Jesús. Precisamente esto era lo que anhelaba Chamberlain. Un hombre completamente libre, que dispone interiormente de la totalidad de la cultura de nuestro tiempo, ha mostrado el más fino sentimiento por la gran simplicidad sobrehumana de Cristo y ha retratado a Jesús como aquel tal cual una vez apareció: como el mediador entre el hombre y Dios.

Para encontrar el camino de regreso a ella, hay que librar una gran lucha espiritual, si no queremos asfixiarnos por la falsedad interior y perecer miserablemente: el rechazo de los profetas extranjeros y el asimiento de aquellas manos humanas que han prestado servicios sobresalientes a la elevación de las cualidades más bellas del alma germánica. El mito del representante romano de Dios debe ser superado tanto como el mito de la «letra sagrada» en el protestantismo. En el mito del alma y el honor popular se encuentra el nuevo centro vinculante y formativo. Es deber de nuestra generación servirle. Es probable que la nueva comunidad salvadora no se establezca hasta más adelante...

5.

CONFLICTOS CONFESIONALES EN LAS ESCUELAS

Si un estadista del futuro alemán se enfrentará a las conmociones religiosas de su pueblo con la mayor cautela, sin tener en cuenta su credo personal, sin tomar en consideración sus confesiones personales, evitando en lo posible toda intervención en la lucha, en cambio, la escuela exige una postura totalmente distinta, positivamente delimitada, claramente orientada y muy energéticamente defendida. La primera y principal tarea de la educación no es la transmisión técnica de conocimientos, sino la formación del carácter, es decir, el fortalecimiento de aquellos valores que yacen en lo más profundo de la naturaleza germánica y que deben cultivarse cuidadosamente. Aquí el Estado Nacional debe reclamar el dominio absoluto sin ningún tipo de compromiso si quiere educar a ciudadanos enraizados en la tierra y que un día sean conscientes de aquello por lo que luchan en la vida, de la totalidad de valores a los que pertenecen independientemente de todos los rasgos individuales.

El único gran caos espiritual de la vida actual es el resultado de la lucha desenfrenada de docenas de sistemas de pensamiento por la supremacía: el humanista exangüe, que estranguló la verdadera efervescencia de la vida mediante visiones distantes hacia el pasado y el entrenamiento esquemático de la memoria; el realista, que rinde sus tributos al espíritu de la época de la técnica liberal; y más recientemente, los crecientes intentos de la iglesia por hacerse de nuevo con el control de las escuelas.

Tenemos, por consiguiente, tantos tipos de escuelas como sistemas basados en diferentes valores máximos. Ahí están las escuelas confesionales que hoy en día con toda seriedad también quieren enseñar geografía y matemáticas sobre la base de sus revelaciones del Antiguo Testamento, aunque tienen que admitir con ira que inmediatamente después de su presentación «religiosa» de la creación de Yahvé de la nada y el Arca de Noé y los famosos 6000 años de la creación del mundo, se proclama la eternidad del universo y se reivindican millones de años de la formación de la tierra como la condición previa de nuestra existencia en la tierra[178]. Pero el principio de la libre investigación ha costado entretanto la mejor sangre

[178] El jesuita Kathrein exige abiertamente aritmética y escritura confesionales. *Kirche und Volkschule* (Iglesia y escuela primaria).

de Europa frente a una Iglesia que, en presuntuosa estrechez de miras, aún hoy se atreve a predicar como «verdad eterna» cosas que acaban de ser superadas por la razón y, a pesar de sus «científicos eruditos», sólo prueba una cosa, que no es el impulso nórdico de investigar en busca de la verdad o del conocimiento lo que rige su accionar, sino un sistema de fe obligatoria que hace tiempo que se ha instalado en nuestro interior y que nos es hostil. El ejército de científicos eclesiásticos romanos sólo persigue un propósito, hacer que la ciencia natural, y toda la ciencia en general, se someta a la vieja superstición que Copérnico ha destrozado de una vez por todas. Así Hammerstein, S. J., sostuvo que la Iglesia había actuado absolutamente conforme a su derecho cuando en las ciencias naturales no permitió derivar el género humano de distintos ancestros raciales, ya que con ello caería la doctrina revelada del pecado original[179]. ¡El viejo relato de Adán y Eva se eleva así abiertamente como medida para toda investigación! Y más recientemente, el Papa Pío XI, en una encíclica de principios de 1930, reafirmó expresamente la disposición del Concilio Vaticano según la cual la «sana razón» sólo está para probar la verdad de la «fe» establecida para siempre. Por lo tanto, la Iglesia sólo es consecuente cuando se pronuncia contra la libertad de enseñanza y solo reconoce una explicación de los acontecimientos mundiales y de la naturaleza humana, a saber, la que establece su doctrina de la revelación.

Por supuesto, esto es más claro en la asignatura que más influye en la visión que una persona tiene del mundo: las clases de historia. Porque ésta, más que ninguna otra, es una valoración, no una lista de hechos. Que una «historia» romana niegue todas sus falsificaciones es evidente; que condene todo nacionalismo genuino también es lógico, a lo sumo puede utilizarlo de vez en cuando como medio para ciertos fines; que Lutero fue un vil bribón lo dan por sentado los profesores romanos de todos los Estados. Canisius sabe informar acerca de la «abominable lascivia» que Lutero había permitido, los evangélicos son por tanto «gente pestilente» para él. La obra jesuítica *Imago primi saeculi* designa a Lutero como un «monstruo del mundo y pestilencia sin remedio». El papa Urbano VII lo califica de «monstruo detestable». Y así hasta el día de hoy. Es completamente falso

[179] *Kirche und Staat* (Iglesia y Estado) p. 131.

quejarse en voz alta de ello, sin comprender en su núcleo el sistema romano. «Triste es la situación de una ciencia que no puede ofrecer otra cosa que una eterna búsqueda de la verdad». Esta grandiosa observación del profesor de Innsbruck, Joseph Donat[180], revela lo más profundo de un mundo intelectual anti-europeo, contra el que siempre ha luchado y sangrado todo lo que había de genuino y grandioso en nosotros, y del que Fausto dio testimonio: «A quien siempre se esfuerza aspirando a algo, a ése podemos redimirlo».

La «verdad» científica de la presentación romana de la historia, que se basaba en el Antiguo Testamento y que más tarde fue demostradamente falsificada, es en efecto tan endeble que cualquier estudiante de secundaria es capaz de revelarla hoy en día, pero la persistencia de las doctrinas romanas demuestra lo poco que el hombre está determinado únicamente por la perspicacia, cuán fuertemente actúan aquí la voluntad, el instinto y la imaginación. El sistema romano gira ahora con todas sus fuerzas precisamente sobre estas cualidades del alma humana. La Orden Jesuita es la herramienta probada para forzar al ego asustado a su servicio, azuzando la imaginación y haciendo que la razón sea ciega a cosas que toda persona despierta descubre inmediatamente. Todo el aparato eclesiástico-romano está activo desde la cuna hasta la tumba del cristiano, para apoderarse de la imaginación y no permitir ninguna pausa en esta influencia. De ahí los sortilegios de los sacramentos, de ahí las formas que adormecen los sentidos, de ahí también la exigencia de la enseñanza confesional, hasta alcanzar a la caligrafía.

Hasta ahora, a este sistema cerrado sólo se le ha hecho frente mediante un liberalismo meramente disolvente. Es una consecuencia desafortunada de la irrupción finalmente exitosa del alma nórdica desde Roger Bacon hasta Leonardo, Galileo y Copérnico. Pero más allá de la exigencia de libertad de investigación, no se ha abierto paso hasta un núcleo positivo. Al final, sin embargo, un principio básico determinó también —aunque involuntariamente— la libertad de enseñanza de la era liberalizadora: el dogma de que todos tienen derecho a lo mismo y de que toda forma no es más que una barrera y un obstáculo para el desarrollo.

---

[180] Véase más detalles en Hoensbroeck: *Der Jesuitenorden* (La orden jesuita).

Esta ciencia «incondicional» está llegando hoy a un trágico final, después de haber creado ella misma la más siniestra condición previa para nuestra decadencia racial. La concepción de la historia del mundo como historia racial esbozada al principio es el rechazo actual de esta decadente doctrina de la humanidad. También aquí la idea de la renovación alemana se opone a la romana y liberal como una exigencia claramente consciente y fundamentada en sí misma. Niega el supuesto conocimiento incondicional, combate el atractivo de la imaginación que alimenta la histeria, reconoce conscientemente la voluntad condicionada anímica-racialmente como fenómeno primordial y precondición de toda su existencia. Y exige la valoración del pasado y del presente según la apreciación de si esta voluntad, única creadora de cultura, ha sido vigorizada o debilitada por acontecimientos o personalidades históricas. Hoy ya no se pregunta si los «pecados originales» adamíticos peligran por los conocimientos, no se mide la grandeza de Federico por el hecho de haber adquirido o no poder, sino si él y sus hazañas fueron hitos en el camino hacia la grandeza alemana. Por eso nuestra generación actual, con toda su conciencia de los hechos, exige ya una nueva evaluación de nuestro pasado, tanto en términos de historia política como cultural. Esto supone también el rechazo de la libertad de enseñanza hasta ahora habitual para todas las profesiones, que no tiene restricciones en ningún sentido. La libertad de investigación permanece, por supuesto, como una conquista imperdible en la lucha contra Siria y Roma. En todos los terrenos. Tampoco la historia, ni siquiera las debilidades de nuestros grandes, deben ser encubiertas, sino que lo eterno, lo mítico que las trasciende debe ser sentido y plasmado con alma escrutadora. Surgirán entonces una serie de espíritus formados por Odín, Sigfrido, Viduquindo, Federico II el Hohenstaufen, Eckehart, Walther von der Vogelweide, Lutero, Federico el único, Bach, Goethe, Beethoven, Schopenhauer y Bismarck; incluidos también sus adversarios germánicos. Lejos de esta línea anímico-racial del desarrollo del alma alemana se hallan para nosotros los Institoris, los Canisius, lejos se hallarán también un día los Ricardo, Marx, Lasker y Rathenau. La escuela del futuro Reich alemán está llamada a servir a esta nueva valoración; su tarea más noble, si no la única, en las próximas décadas es trabajar hasta que esta valoración se convierta en algo natural para todos los alemanes. Pero esta escuela está aún a la espera de un gran maestro de

la historia alemana con la voluntad por un futuro alemán. Él vendrá cuando el Mito se haya convertido en vida.

6.

ROMA INSULTA A KANT

Así, si la valoración alemana del pasado es en general hostil a la romana y judeo-liberal, la del gran individuo lo es aún más. Aquí, en la protección de los grandes alemanes, reside el más importante derecho de intervención del Estado nacional en la escuela. Hay que tener conciencia clara de que el sistema cosmovisional romano, que posee su centro de gravedad fuera de todos los valores nacionales, también debe ver la mayor encarnación de la nación, el genio, bajo una luz muy especial. Solo a aquél que es extraño a todos los mandamientos del alma le parecerá raro si se entera de que el escritor jesuita Th. Meyer presenta a un Emmanuel Kant –justamente el más sublime maestro de la idea del deber– como una «fuente de ruina tanto moral como religiosa para el Estado y la sociedad». Su compañero de Orden, H. Hoffmann, declara que Kant no ha resuelto «en modo alguno» la tarea de establecer una verdadera ciencia; resultando delicioso escuchar tales palabras en boca de un representante de una cosmovisión que ha suprimido toda ciencia allí donde tenía suficiente poder. Más consecuente aún es K. Kempf, S. J., quien proclama: «Kant ha sacudido la confianza en nuestra capacidad de pensar». El destacado jesuita T. Resch es bastante explícito, atreviéndose a comparar a Kant con un «aliento pestilente» que envenena toda la vida de la nación y cuyo pensamiento es «engaño y patraña», mientras que Cathrein, S. J., subraya que la doctrina moral de Kant socava la base de todo orden moral, y Brors, S. J., intenta convencer a los alemanes de que casi ningún otro hombre ha hecho tanto daño a «nuestra patria» como precisamente Kant. Según el Padre Duhr, venerado por toda la desorientada comunidad católica, el «héroe de la virtud de Kant no es más que un nihilista moralizador», que un raciocinio sistemático debería romper el «hechizo de

Kant», la visión del mundo del «indiferente y decrépito anciano de Königsberg».

Que los escritores eclesiástico-romanos vean en Martín Lutero una «mancha para Alemania», un «cerdo de Epicuro», un «infame apóstata», o hasta lo llamen un «puerco obsceno», «violador de monjas» y «hocico de chancho» (Vetter, S. J.), puede ser aceptable a la vista de las condiciones eclesiásticas de la lucha; pero resulta chocante tener que constatar que destacados escritores eclesiásticos se ocupan incluso ahora de ensuciar a Goethe. El destacado jesuita Meschler arremete contra la «literatura pagana e impía», que es recomendada como «cultura nacional» y contra los «así llamados grandes clásicos»; Doss, S. J., está indignado por la opinión de que no se posee cultura si no se conoce a Goethe y Schiller, pero, dice, «al ídolo le ha sido quitada la máscara», lo que ha de destrozar a Goethe y «a más de un ídolo de moda». A los más furiosos extremos llega el más grande «crítico de arte» de la Compañía de Jesús, el suizo Baumgarten, quien lanzó al mundo dos viles panfletos contra la Weimar alemana. Para este señor, Schiller es un «literato por pan», que «rebusca material histórico picante para llenar su 'Revue' y ganarse sus honorarios». Goethe aparece como un coleccionista de fragmentos mediocre, del Fausto, Baumgarten únicamente ha comprendido que sus «pensamientos y aspiraciones enteras» giran en torno a Gretchen y Helena. El resto de la poesía de Goethe se convierte en una «glorificación de la actividad terrenal más insólita..., insensatas aventuras teatrales..., hedonismo sensual» del «semidiós egoísta», del «anciano misterioso» que representa un «peligro para la religión y la moral». De esto se desprende para el jesuita la consecuencia de que las obras de Goethe en realidad deberían ser limitadas en su difusión, no debiendo la escuela participar en el «culto a Goethe»: «En lugar de esos incesantes eslóganes de poder, habría que decir abiertamente a los jóvenes lo bajo que es Goethe como ser humano, lo hueca y superficial que era su visión del mundo, lo inmorales y corruptos que eran sus principios de vida...». «Los jóvenes y los hombres ya no tomarán un Werther, un Wilhelm Meister y un Fausto como tipos del genuino espíritu alemán, sino como figuras poéticas de una época moralmente degenerada...». De esta forma tan estrecha de miras y vil, la mayor fuerza cultural, bajo los dedos jesuitas se convierte en el «antiguo

pregonero de Plundersweiler[181]», y Weimar en general se convierte en un «pozo negro de inmundicia» para el jesuita Diehl.

Toda esta lucha se dirige, a veces instintivamente, a veces conscientemente, y a través de siglos de formación, de modo sistemático contra las grandes personalidades de un pueblo, para extinguir las estrellas rectoras de su vida, para robarle sus propios ideales, para cortar el flujo de su fuerza vital orgánica. Las palabras de Nickel, general de la Orden jesuítica del siglo 17, de que el espíritu nacional es un viento foráneo, maligno, y pestilente, constituyen aún hoy la convicción básica no sólo del jesuitismo sino de la Iglesia romana en su conjunto, aunque no siempre sea capaz de afirmarla frente al despertar nacional. «Él (el espíritu nacional) —declara Nickel en la circular a toda su Orden el 16 de noviembre de 1656, es decir, pocos años después de la conclusión de la nefasta Guerra de los Treinta Años— es el enemigo declarado y más acérrimo de nuestra Compañía; debemos rehuirlo con toda nuestra alma, con todo nuestro corazón... Para que este espíritu de pestilencia sea erradicado, os esforzaréis con ruegos, exhortaciones». A fines del siglo 19, declaró el famoso escritor católico-romano Cathrein: «Entre los logros más ignominiosos de nuestro tiempo se encuentra el principio de nacionalidad», mientras que en los años de «Gracia» 1920-1928 el nacionalismo alemán fue caracterizado por el cardenal «alemán» Faulhaber como la «mayor herejía», al igual que en el congreso católico de Constanza de 1923 y en toda la prensa romana, sólo escrita en alemán. El cura párroco muniquense, Dr. Mönius, amparado por todos sus superiores, redondeó esta opinión en una frase: «El catolicismo rompe el espinazo de todo nacionalismo»[182].

Pero a estas fuerzas que tiran hacia abajo hoy, sin embargo, ya se enfrentan fuerzas anímicas inquebrantables, de modo que también podrá procederse alguna vez conscientemente a la superación de esta manifestación del caos racial si permanecemos despiertos y no olvidamos nunca ni un solo instante que todo, pero sencillamente todo lo que comprendemos como cultura popular en el sentido más amplio, tuvo que ser arrancado a estos poderes en siglos de lucha, por lo que se hace comprensible la agitación del

---

[181] Referencia al drama satírico de Goethe, *Das Jahrmarktsfest zu Plundersweilern* (La fiesta de la feria de Plundersweiler).

[182] *Paris, Frankreichs Herz* (París, el corazón de Francia).

caos de pueblos y sus organizaciones. Lo digo todo, hasta la raíz, en la lengua materna. En los estatutos de los jesuitas leemos: «El empleo del idioma materno en todas las cosas que atañen a la escuela no debe ser permitido nunca...». Dondequiera que éste delicado despertar del alma popular se hiciera manifiesto, ahí Roma se le enfrentó: brutalmente si estaba en el poder, aparentemente tolerante, condescendiente, cuando se sentía débil. Cuando más tarde Roma tuvo que rebajar sus exigencias, la Orden intentó al menos suprimir la poesía en 1830 (¡!), y eso en un momento en que el clasicismo alemán ya se había establecido y un Goethe estaba ya cerca de la tumba. En 1832 —tras 250 años de lucha— el «reglamento de estudios» de los jesuitas permitió la enseñanza de la lengua materna, obligados a ello para no ser suprimidos por completo. Pero también aquí hay que señalar que, como señala Hoensbroech, la última edición oficial de los estatutos (Florencia 1892/93), que también contiene el «reglamento de estudios», no ha incorporado las pocas enmiendas de 1832. Quiere decir que oficialmente sigue en vigencia el ordenamiento de 1599, y los concordatos, las leyes escolares del Reich, etc., están destinados a transformar de nuevo la escuela alemana en un hervidero de caos internacional, y el destacado jesuita Duhr dejó escapar las siguientes palabras: «Este sigue siendo un principio permanente: practicar la lengua materna es aconsejable, pero no debe convertirse en una asignatura escolar propia...».

Estos ejemplos muestran la necesidad de una decisión intransigente sobre la cuestión escolar. A pesar de toda la tolerancia frente a las formas de religión, ningún hombre de Estado alemán tiene el derecho de entregar la educación de la juventud a una Iglesia, pues la consecuencia de esta cesión sería la relegación —por de pronto cautelosa, luego cada vez más manifiesta— de las grandes personalidades de la nacionalidad alemana, equivaldría a la devaluación de los creadores de nuestra cultura, en cuanto éstos no estuvieran al servicio de una Iglesia. El apoyo del protestantismo a las exigencias educativas católicas demuestra que este —atendiendo sólo a sus propios dominios— ni siquiera es consciente del peligro que corre toda Alemania y representa ciegamente los intereses de la Iglesia frente a los de los alemanes. El hombre no es nada «en sí», es personalidad sólo en cuanto está integrado espiritual-anímicamente en una línea orgánica de antepasados de miles de generaciones. Fortalecer esta conciencia, asentarla y así

engendrar la voluntad de transmitir los valores recibidos, luchar por el conjunto, esta es la misión del Estado, que sólo entonces, mediante la observancia de este saber, puede educar genuinos ciudadanos. Apuntalar metafísicamente este sentimiento primigenio, consolar a los que carecen de él y fortalecer el alma, esa debería ser la tarea del clérigo. Una tarea que exige la más alta humanidad, que es tan grande que puede llenar la vida incluso de la personalidad más grande. Pero dadas las muchas flaquezas humanas, los predicadores de todas las confesiones son empujados a querer hacer dominar su parte sobre el todo, por lo que no se los debe exponer a la tentación de influenciar la opinión general del pueblo. Tanto menos si entre ellos hay representantes de sistemas que se esfuerzan por principio en menospreciar a los grandes de la alemanidad.

Todas las demás disputas y problemas escolares, por importantes que sean, pueden obviarse aquí. Sólo se puede decir esto en resumen: la controversia actual sobre la escuela tiene la misma causa que la lucha sobre la política: ya no tenemos una imagen de la alemanidad. Por tanto, el resultado de todos los viejos partidos nunca podría ser una escuela alemana, sino un compromiso poco creativo entre el catolicismo, el protestantismo y el liberalismo judío, es decir, una división intelectual del pueblo.

La disputa sobre la escuela ha revelado probablemente con mayor claridad toda la descomposición de nuestro tiempo, pero al mismo tiempo ha demostrado también la justificación del ideal germanista, que no puede reconocer ningún compromiso, sino que exige su propia supremacía. Las confesiones no son fines en sí mismas, sino medios cambiantes al servicio de la actitud nacionalista ante la vida y los valores de carácter germánico. En caso de no serlo, este estado demuestra la enfermedad del alma popular.

Hasta ahora, las denominaciones han sido plantillas que han tratado de imponer su forma de ser a la existencia viva de los pueblos. De ahí las luchas espirituales. Estas no cesarán hasta que los pueblos hayan desaparecido como valores de conciencia y las confesiones eclesiásticas hayan triunfado, o hasta que la existencia nacional haya impuesto sus leyes de vida a las Iglesias. En el primer caso, se puede prescindir de cualquier forma de vida propia. En el segundo caso, comenzará una verdadera civilización.

El rechazo del ideal germánico en Alemania es una traición descarada. Una época posterior pondrá este crimen en el mismo nivel que la traición a

la Patria durante la guerra. Por eso no es de extrañar que los partidos que cometieron la traición de 1918 también llevaran escrita en sus banderas rojas y negras la traición al pueblo.

El requisito previo para cualquier educación alemana es el reconocimiento del hecho de que el cristianismo no nos trajo la moralidad, sino que el cristianismo debe sus valores duraderos al carácter germánico. (Razón por la cual algunos Estados no presentan estos valores). Los valores de carácter germánico son, por lo tanto, los valores eternos según los cuales debe ajustarse todo lo demás. El que no quiera esto, renuncia a un renacimiento alemán y formula también para sí mismo una sentencia de muerte anímica. Pero un hombre o un movimiento que quiera ayudar a que estos valores alcancen la victoria perfecta tiene el derecho moral de no perdonar al enemigo. Tienen el deber de superarlo espiritualmente, dejarlo marchitarse organizativamente y mantenerlo políticamente impotente. Pues si una voluntad cultural no se convierte en un impulso de poder, no debería ni siquiera comenzar una lucha.

VI. UN NUEVO SISTEMA DE ESTADOS

1.

La gran revolución mundial que comenzó en agosto de 1914 y derrocó a los viejos dioses e ídolos en todos los campos, no sólo sumió en la confusión la vida espiritual e interior-política de cada nación, sino que también borró de una vez por todas las demarcaciones del período anterior a la guerra. El acuerdo provisional de Versalles, que en junio de 1919 fue reconocido por los representantes de una sumisión anti-alemana como ley ineluctable de la república de Weimar, no impidió, sino que aceleró el flujo orgánico del nuevo mundo en formación. La disminución forzada del espacio vital alemán impone a todos los alemanes como una fuerza del destino, su antiquísimo problema vital con fuerza redoblada para una solución final. En su cobardía liberalizadora no quisieron verlo antes de 1914, y en su miopía mercantil transformaron toda Alemania en una sola máquina, de modo que en cada región había más chimeneas mirando al cielo que árboles creciendo. Todo para alimentar a los hambrientos y crecientes millones, pero sin la seria voluntad de conquistar los campos donde podían sembrar su propio pan. La fatídica cuestión del espacio vital y del pan solían resolverla los habitantes de la Baja Sajonia con la espada, que blandían delante del arado, pero los descendientes más tarde internacionalizados de estos caballeros y labriegos, con la prédica de la «penetración económicamente pacífica» en el mundo, olvidaron que ellos mismos no existirían si no hubieran sido los beneficiarios de la espada alemana. Hoy, ya no trae remedio ningún juego de escondidas, ninguna débil insinuación de «colonización interna» como única salvación, ya que con ello poco se cambia el destino total de la Nación, hoy, sólo la voluntad de crear espacio para millones de alemanes venideros, que se traduzca en una acción decidida, servirá de ayuda. Esto exige carácter. Esto exige que nos demos cuenta de que mientras Francia tenga tal poder político contra nosotros, no puede haber ningún florecimiento del pueblo alemán. Esta tensión sólo puede resolverse mediante una política europea con visión

de futuro. Si Alemania renuncia a orientar la totalidad de su voluntad hacia un único punto: espacio vital, libertad política, entonces también la Prusia Oriental se hundirá en un pantano sangriento, y el enemigo se acercará cada vez más al corazón del ser germánico desde el Este y el Oeste. Por eso la primera exigencia de una política alemana consiste en el fomento de una verdadera paz, en contra del Tratado de No-Paz de Versalles y sus consecuencias. Sólo entonces las demás naciones darán muestras reales de una voluntad de entendimiento.

Desde el punto de vista de la política racial, es sumamente importante subrayar que el tipo que determina la vida francesa actual no tiene casi nada que ver con el de la vieja Francia, sino que debe considerarse descendiente de un estrato racial diferente (el oriental de cabeza redonda) en comparación con el anterior (nórdico-occidental de cráneo largo). El francés Vacher de Lapouge ha comprobado esto ya hace tiempo, y llega a la conclusión de que el carácter del francés de hoy es muy distinto al del pasado: «Esto se manifiesta», dice Lapouge, «en los más mínimos detalles. Es suficiente comparar la poesía de cabaret, una verdadera poesía de negros, con la poesía popular de la Edad Media, para hacer evidente la regresión espiritual... Es la primera vez en la historia que un pueblo de cabeza redonda ha llegado a dominar. Solo el futuro podrá mostrar qué resultado tendrá este curioso ensayo». Las ideas de la democracia son las ideas de la raza oriental antes dominada por la raza nórdica (que incluye a los franceses del Norte, los germanos, los eslavos). Ellos triunfaron en 1789, 1871 en Francia, en 1918 abiertamente en Alemania. La lucha de la renovación alemana es una lucha por la vigencia del héroe germánico contra el mercantilismo democrático, una lucha por el poder racial europeo y su libertad. Los mejores de cada nación tienen todas las razones, por mera autopreservación, para emprender la misma lucha en el marco de su propia nacionalidad.

Gracias a la política del Parlamento francés de amenazar a Occidente con la ayuda de toda África, el París político de hoy aparece como un peligro de primer orden para toda Europa. Cuando los Estados griegos antaño se trababan en lucha, buscaron siempre nuevos ejércitos de esclavos de Asia Menor y África. Las tribus de Hellas perecieron a causa de estos esclavos, no tanto por la lucha política entre ellas.

Esta invasión de sangre extranjera se unió a la idea de un imperio mundial a-racial durante el hundimiento de la sangre nórdica en Roma. Hoy, tras el caos de la guerra mundial y el pensamiento de la revolución mundial, surge la idea de una Pan-Europa a-racial.

El predicador más ruidoso de este pensamiento, el conde Coudenhove-Kalergi, es en parte de procedencia «europea» y en parte japonesa. Es, por lo tanto, el hombre indicado para proclamar la vieja exigencia de una época decadente de un Estado unitario a-racial. Además, el movimiento paneuropeo reconoce el statu quo actual, lo que en alemán quiere decir que reconoce la dominación de la bayoneta francesa y sus pequeños aliados orientales sobre la Europa que despierta. Por lo tanto, Pan-Europa debería llamarse en realidad: Franco-Judea. A esto se agrega que la Pan-Europa rechaza a Inglaterra, pero incluye a Indochina y a todas las colonias africanas de Francia.

Todos los Estados europeos fueron fundados y mantenidos por pueblos nórdicos. Este hombre nórdico ha sido en parte destrozado, en parte exterminado por el alcohol, la guerra mundial y el marxismo. Está claro que la raza blanca no podrá mantener su posición en el mundo a menos que haya establecido el orden en Europa. De ahí surge ahora una exigencia que millones de personas sienten como necesaria y que explica tantos éxitos de la propaganda «paneuropea»: la seguridad de la política exterior del continente europeo. Sin embargo, esta idea orgánicamente correcta lleva a la conclusión exactamente opuesta a la que extraen los «paneuropeos» del Kurfürftendamm y en los clubes de logia de varios Estados. Para preservar Europa, en primer lugar, hay que reactivar y fortalecer las fuentes nórdicas de la fuerza europea: es decir, Alemania, Escandinavia con Finlandia e Inglaterra. A la inversa, hay que frenar la influencia de Francia, que ya se ha mulatizado completamente en el sur, para que deje de ser una zona de concentración de africanos, lo que ocurre cada vez más en las circunstancias actuales. Es necesario que los imperios nórdicos antes mencionados —además de EE. UU.— reconozcan esta condición previa de su propia existencia poderosa. Esto también haría innecesario un conflicto, de otro modo inevitable, entre la republica de la Francia negro-blanca en marcha y Alemania; y dejaría a esta última a su destino elegido por ella misma, sin haber amenazado ni envenenado a toda Europa.

Por cierto, una nación francesa perspicaz tendría en sus manos la recuperación de su país. Ciertamente ya no sobre la base de las antiguas tradiciones nórdicas, pero sí conforme a su peculiaridad racial alpino-occidental: si, reconociendo la necesidad biológica natural, renuncia a su predominio en Europa, deja caer a Polonia, Checoeslovaquia y los demás de la llamada Pequeña Entente, se dedica consecuentemente a la expulsión de los negros y judíos y se contenta con las fronteras determinadas por su población. Esta Francia podría vivir su cultura sin trabas por parte de Alemania y seguiría siendo un factor de peso en la política europea. Los «cien millones de franceses», sin embargo, le aseguran, por cierto, la barata gloria de un dominio temporal, pero también le aseguran en el futuro su ruina racial y estatal. Si Francia aún es capaz de tomar la decisión de forma razonable es la gran pregunta, a la que nadie responderá afirmativamente.

La «Pan-Europa» como hecho orgánico de la política exterior sólo puede existir tras la delimitación orgánica de las esferas de actuación de cada uno de los países[183].

El «sentido de la historia» no ha ido en modo alguno de Este a Oeste, sino que ha cambiado rítmicamente. Hubo un tiempo en que el norte de Europa envió oleadas fructíferas de pueblos que crearon Estados y culturas en la India, Persia, Grecia y Roma. Luego, desde Oriente, las razas orientales penetraron en Europa por infiltración, y Asia Menor envió una especie humana que llegó hasta lo que hoy es el sur de Europa; después enjambres de mongoles, y luego turcos, pasaron por las tierras europeas. El colapso actual ha dado lugar a una nueva actitud ante la vida que tendrá su efecto. La coacción exterior apoya este necesario cambio de dirección. «De Oeste a Este» es la dirección desde el Rin hasta el Vístula, «de Oeste a Este» debe resonar desde Moscú hasta Tomsk. El «ruso» que maldijo a Pedro y a Catalina era genuino. Europa no debería haberle sido impuesta. Pero entonces debe conformarse con trasladar su centro de gravedad al Asia. Sólo así logrará quizás por fin un equilibrio interior, sin retorcerse siempre en una falsa humildad y al mismo tiempo pretender presuntuosamente decir «su palabra» a la Europa, que ha perdido su «camino». Esta «palabra» debería

[183] Véase al respecto mi conferencia en Roma sobre *Krisis und Neugeburt Europas* (Crisis y renacimiento de Europa), (en *Blut und Ehre*, Múnich, 1934).

decirla una vez eliminada la mezcla de Babeuf, Blanc, Bakunin, Tolstoi, Lenin y Marx, llamada bolchevismo, no a Occidente sino a Oriente, donde hay sitio para esta «palabra». En Europa ya no hay lugar disponible.

No una «Europa Central» sin razas ni pueblos, como proclamaba un Naumann, no una Pan-Europa franco-judía, sino la Europa nórdica es la consigna del futuro, con una Europa Central alemana. Alemania como Estado racial y nacional, como potencia central del continente, asegurando el sur y el sureste; los Estados escandinavos con Finlandia como segunda confederación, para asegurar el noreste, y Gran Bretaña para asegurar el oeste y ultramar en aquellos lugares donde sea necesario en interés de los pueblos nórdicos. Esto requiere una fundamentación aún más amplia[184].

Sólo una demarcación básica más; hoy existe, con razón, una fuerte defensa del nacionalismo frente a una serie de Estados, y una corriente esquemática la denomina defensa del espíritu occidental. Este «espíritu occidental» no es esencialmente otra cosa que la amalgama del espíritu francés tardío con las ideas democráticas judías, tal como ha encontrado su expresión política en el sistema parlamentario actual. Por tanto, no hay que hablar en abstracto del dominio de un supuesto «Occidente», sino de forma mucho más tangible de un sistema de pensamiento judeo-francés. El desarrollo político de Inglaterra, por ejemplo, ha seguido caminos muy diferentes al de Francia, y cualquiera que conozca un poco la historia inglesa sabe que Inglaterra, a pesar de su supuesta representación del pueblo, ha sido gobernada durante siglos de forma totalmente aristocrática. La interesante combinación entre la aristocracia y una despreocupación personal, motivada por la seguridad del mar circundante, ha determinado la vida inglesa, y recién en tiempos más recientes, con el industrialismo y el dominio del capital financiero, la enfermedad franco-judía ha llegado a dominar cada vez más a Inglaterra. También Italia estuvo a merced de este espíritu durante décadas, pero ahora se encuentra en la más consciente y enérgica posición de rechazo frente a la totalidad de la idea democrática,

[184] Aquí no quiero ir más allá de las cuestiones fundamentales a problemas particulares directamente europeos, pues éstos ya han sido tratados de la forma más clara. véase Adolf Hitler: *Mein Kampf,* tomo 2, y mi escrito *Das Wesensgefüge des Nationalsozialismus* (Los Fundamentos del Nacionalsocialismo).

aunque en algunos aspectos (capitalismo bancario) todavía no haya sido capaz de sacar las conclusiones finales.

Tan rechazable como las explicaciones esquemáticas sobre lo «occidental» es el énfasis en el llamado «espíritu oriental», que se trae al campo contra lo occidental y al que un gran número de alemanes, incluso nacionalistas, profesan pertenecer sin tener una concepción más profunda de este espíritu oriental. Todo el Oriente es muy diverso; aquí hay que hablar de un carácter ruso, de los Estados germanizados Finlandia, Estonia y Letonia, habiendo también Polonia desarrollado sus peculiaridades claramente definidas. Dentro de la propia Rusia, multitud de pueblos orientales luchan contra las formas tradicionales del Estado germanizado. Estos movimientos de caos racial sólo pueden entenderse plenamente en relación con el movimiento bolchevique, y no es una casualidad que aquí tártaro-calmucos como Lenin, judíos como Trotsky y caucasianos como Stalin llegan alternadamente a gobernar. Además, el sur ucraniano se encuentra en la más aguda posición de defensa contra la Gran Rusia, con otros siete millones, ofrece un notable grupo autónomo en Polonia. Descartar todas estas corrientes, a menudo muy diferentes en términos de sangre, con una esquemática palabra «espíritu oriental» e introducir luego esta palabra incruenta en la política práctica, significaría la destrucción de todos los intentos orgánicos de una política exterior alemana.

Incluso se ha llegado tan lejos que un escritor que se autodenomina nacionalista declaró que la misión de Alemania es difundir el espíritu asiático-oriental. Aun cuando la Prusia Oriental se perdiera, la misión de Alemania estaría cumplida si Asia dominara desde Vladivostok hasta el Rin. A tales pensamientos llegan las personas que intentan abordar los problemas vitales del pueblo con construcciones exangües.

Pero es exactamente lo mismo cuando un grupo en Alemania declara que se debe realizar el nacionalismo, y otro replica que después de que los anteriores partidos marxistas traicionaran al socialismo, un nuevo movimiento está llamado a realizar el socialismo. No existe un nacionalismo abstracto, como tampoco existe un socialismo abstracto. El pueblo alemán no está para defender con su sangre ningún esquema abstracto, sino que, por el contrario, todos los esquemas, sistemas de pensamiento y valores son, a nuestros ojos, sólo medios para fortalecer exteriormente la lucha vital de la

nación y aumentar su fuerza interior mediante una organización justa y adecuada. Por lo tanto, debemos promover y acoger el nacionalismo como el ascenso de ciertos valores internos sólo entre aquellos pueblos de los que creemos que las fuerzas de su propio destino no se oponen hostilmente a las emanaciones del pueblo alemán. Un movimiento orgánico de renovación no puede, por lo tanto, reunir el entusiasmo por el nacionalismo en sí. Podemos observar, por ejemplo, que los mestizos sudafricanos o los mestizos de las Indias Orientales también están haciendo revoluciones «nacionalistas», que los negros de Haití y Santo Domingo sienten un despertar «nacionalista», que bajo la consigna del derecho de autodeterminación de los pueblos, de forma totalmente esquemática, todos los elementos inferiores de este globo también están reclamando la libertad para sí mismos. Todo esto o no nos interesa, o sólo en la medida en que una política alemana con visión de futuro prometa fortalecer la germanidad a través de su uso y dentro de este despertar germánico un fortalecimiento del pueblo alemán.

2.

EL DESPERTAR DE ASIA

Todo el mundo mira hoy con vivo interés hacia el Lejano Oriente, con la sensación muy acertada de que allí, a muchos miles de kilómetros de Europa, se están produciendo acontecimientos que, sin embargo, afectan muy directamente nuestra existencia. En la lucha china contra la raza blanca (aun cuando, por de pronto, dirigida principalmente contra los anglosajones), se muestra la característica más relevante de un movimiento hostil a Europa que se extiende por todo el mundo. Podemos constatar que después de la Guerra Mundial los negros actúan con un sentimiento de sí mismos muy distinto del que tenían en la época antes de ser llamados bajo las banderas inglesas y francesas. En muchos puntos de África han surgido sociedades políticas secretas que trabajan para conquistar toda África para los negros. En Norteamérica está en marcha un movimiento similar (Garvey, Dubois) y en congresos negros se presenta sin ningún eufemismo la expulsión de los

blancos de todo el África como meta política. Se puede observar un movimiento similar entre los egipcios, aunque al principio fuera reprimido con toda la energía de Inglaterra, al igual que el movimiento por la libertad de los indios.

Sin duda la gran India se encuentra en un enorme proceso de fermentación, pero el indio, fiel a su temperamento, por lo pronto libra toda la lucha de manera puramente defensiva, y el conductor de la Joven-India, Mahatma Gandhi, declara siempre de nuevo que no piensa proceder contra Inglaterra con violencia. Pero al lado de él trabaja un ala activista –primeramente bajo la conducción de Das y luego por el nacional-bolchevique Pandit Nehru–, que parece ir ganando poco a poco la preponderancia. La posibilidad de un estallido de muchos cientos de millones de indios es bastante real. El gobierno holandés, por su parte, ya ha tenido que reprimir peligrosos levantamientos en sus colonias de Java, que han abarcado círculos muy amplios. Pero donde se pone de manifiesto más claramente toda la lucha antieuropea es en la rebelión china, protagonizada con la mayor energía por muchos millones de personas, aunque bajo formas muy diversas.

El fuerte movimiento fermentativo dentro de los pueblos de color es una consecuencia absolutamente directa de la Guerra Mundial. Sobre los hombros de los conductores de las potencias de la Entente pesa el monstruoso crimen de haber movilizado a negros y mestizos contra el pueblo alemán y haberlos llevado, apoyados por años de insultos contra Alemania, a la guerra contra un Reich de raza blanca. La culpa más grande y más directa es sin duda de Francia, la que incluso después de la Guerra ocupó con hombres de color la cuna de la cultura europea, la Renania; Francia, cuyos plenipotenciarios militares en el parlamento francés declaran abiertamente que los franceses son un «pueblo de cien millones» y no tienen dos ejércitos, uno blanco y otro de color, sino «un solo ejército». Con esta declaración programática la política francesa equiparó la raza negra a la blanca, y en forma semejante como hace 140 años Francia inició la emancipación de los judíos, así hoy se halla a la cabeza de la bastardización racial de Europa por los negros y, si esto sigue así, difícilmente podrá ya ser considerado un Estado europeo, sino más bien un estolón de África dirigido por judíos.

Después de noviembre de 1918, Inglaterra creyó haber alcanzado totalmente sus metas de la Guerra. Las colonias alemanas habían sido robadas, todas las propiedades privadas alemanas en todos los países habían sido confiscadas en beneficio de la Entente, la flota mercante alemana había sido entregada apresuradamente por los tristes héroes del noviembre de 1918, la flota de guerra alemana yacía hundida bajo las aguas en Scapa Flow. Desde el punto de vista económico, la destrozada Alemania ya no significaba competencia alguna, sino que, como esclava de las naciones de la Entente, tuvo que proporcionar trabajos forzosos con sudor sangriento durante décadas. Y, sin embargo, ya hoy se evidencia que Gran Bretaña no sólo no ha ganado totalmente esta Guerra, sino que se encamina a las más graves conmociones de todo su Estado mundial.

La participación de las colonias británicas y de los llamados Dominios en la Guerra Mundial contra Alemania, había acrecentado enormemente el orgullo de los sudafricanos, los canadienses y los australianos, y como antaño los actuales Estados Unidos se separaron de Inglaterra, así las fuerzas separatistas en los mencionados Dominios se hallan hoy muy vigorizadas, y Londres sólo pudo evitar la desintegración del Imperio Británico aceptando sin problemas todos los deseos de autogobierno de los Dominios, de modo que Inglaterra hoy ya no es en realidad un imperio gobernado centralmente, sino una confederación de Estados. Y ahora resulta evidente que las fuerzas desatadas, que crecieron bajo la consigna del derecho de autodeterminación de los pueblos, ya no pueden ser domadas. Aunque la City judía, en alianza con los liberales y el Partido Laborista, podía albergar la esperanza de llegar a un acuerdo comercial favorable con el Moscú judeo-bolchevique, la descarada actividad bolchevique en Inglaterra había provocado una repentina repulsión de todo el pueblo, incluida la clase obrera inglesa, de modo que los intentos judeo-liberales fueron cada vez más enérgicamente rechazados. La fuerte corriente antibolchevique dentro del Partido Conservador empujó en adelante a Inglaterra hacia una política cada vez más hostil a Moscú, mientras que Moscú, por su parte, bajo la presión, por así decirlo, de una necesidad histórica, tuvo que hacer valer su fuerza en el Este. Anteriormente, el bolchevismo, con la esperanza de arrastrar consigo a toda Europa, se esforzó por invadir Alemania principalmente, y con ella, toda Europa central por la fuerza. Gracias a la enérgica resistencia de los

alemanes (y en cierta medida también de los polacos y húngaros), este ataque por lo pronto fue evitado. Pero como el bolchevismo moscovita no podía permanecer políticamente inactivo, si no quería cancelar para siempre la consigna de la revolución mundial, tenía que probar sus fuerzas en otra dirección. Aquí se encontró por primera vez con Turquía, que al principio se aprovechó de la alianza con Moscú, pero luego se fue separando cada vez más del bolchevismo y hoy puede considerarse un Estado nacional cohesionado. Así a Moscú no le quedó otra alternativa que tentar más hacia el este: a Mongolia, Manchuria e incluso al sur de China. Aquí la prédica de la revolución social encontró la mayor simpatía en los círculos de la clase obrera china expoliada, y cuando se conoce la terrible condición en que se encuentra la clase obrera china, se comprende que Moscú debe aparecer ante estos muchos millones de explotados como el campeón de un mejor nivel de vida. Esta corriente social-revolucionaria se combinaba ahora con una propaganda revolucionaria nacionalista y antieuropea, como los intelectuales chinos llevaban décadas preparando. El nombre de «Cantón» reúne estas corrientes. Equivalen a la independencia de China y la expulsión de todos los europeos. Esta es la situación general a la que se enfrentan las potencias europeas bajo el liderazgo de Inglaterra en China. Para comprender la gran lucha en su profundidad, conviene hacer una pequeña referencia a las fuerzas del pasado.

Se puede juzgar a China y sus formas de vida como se quiera, pero el hecho es que, a pesar de los diversos contrastes raciales, se creó a partir de un único centro espiritual, en contraste con la agrietada Europa. Filosofía, religión, moral, doctrina estatal y vida se correspondían orgánicamente entre sí. China ha tenido la suerte de poder desarrollar, a pesar de ciertos matices étnicos, una auténtica cultura activa desde hace más de 3000 años y a cuyos arquetipos siempre ha vuelto, a pesar de la vaga doctrina del taoísmo, del budismo que ha penetrado desde afuera y de diversas revoluciones. China y Confucio son las mismas entidades, que coinciden en raza y pueblo. En Confucio, China se encarna de la forma más perfecta. Es el maestro, el santo y el estadista por excelencia. Por consiguiente, hay tanto una religión confuciana como un Estado confuciano. Si se valora este hecho en todo su significado (en vista de los Estados de Europa, donde la idea de pueblo y de Estado se encuentra desde hace siglos en la más grave lucha con la Iglesia),

se comprenderá recién toda la fuerza interior de la nacionalidad china. Lo característico del ideal chino es, en primer lugar, que se muestra reservado frente a especulaciones metafísicas, y, en segundo lugar, que rechaza enérgicamente toda doctrina extrema de carácter moral. El bien formado y erudito *gentleman,* seguro en sus modales y sumamente cortés, ha sido el ideal de toda la nación china, sin tener en cuenta el hecho de que debajo de esta forma dormían a menudo pasiones enormemente intensas. El libro confuciano *Chung Yung,* «El medio invariable», expresa ya en su título exactamente lo que el gran maestro quería conseguir: ni grandes sufrimientos, ni grandes alegrías, ayudar a la gente, amar la paz, practicar la justicia, ser ahorrativo, trabajar diligentemente en la sociedad por la virtud mediante el buen ejemplo... Este es «el noble», el ideal de Confucio. Así como enseñó, también se dice que vivió. En las «Conversaciones» Confucio es descripto minuciosamente por sus discípulos. Con funcionarios inferiores hablaba «con sinceridad», con superiores «suavemente, pero con firmeza». Frente a un príncipe mostró «respetuosa inquietud». En sus servicios se cuidaba de observar estrictamente el ceremonial. No hablaba en las comidas ni en la cama, hacía ofrendas incluso cuando tenía poca comida, se sentaba sólo en una estera adecuadamente enrollada, mostraba el mayor respeto hacia la vejez; en resumen, ya fuera peregrino o ministro, Confucio siempre se mantuvo igual en forma y disciplina. Esta crianza racial de China, que llegó a adquirir conciencia en un hombre, ha demostrado, a su vez, un tremendo poder formador de tipos, que ha continuado teniendo un efecto ininterrumpido a través de dos milenios hasta el actual revolucionamiento del Oriente. El pueblo chino, por tanto, era un pueblo en el verdadero sentido de la palabra, porque poseía un ideal inherente que lo determinaba todo. Ante la magnificencia del hecho de que más de trescientos millones de personas veneraban, no sólo en palabras sino en la vida (a pesar de todas las debilidades humanas), a un tipo, palidecen todos los ataques contra el confucionismo, especialmente por parte de los predicadores misioneros.

A nosotros, sin embargo, Lao-Tse nos parecerá más grande que Confucio, ya que va más allá del centro suave de su rival en la forma y busca la base metafísica de la existencia, que encuentra en el Tao, es decir, en el sentido, en el «camino correcto», en la razón del mundo. También Confucio emplea la palabra Tao, pero se cuida de no sacar las mismas conclusiones que Lao-

Tse. Las enseñanzas de este último eran una obra para mentes iluminadas, mientras que Confucio quería dar a las amplias masas un camino y una forma. Así triunfó sobre Lao-Tse.

Confucio subraya que no quiere aportar nada nuevo, sino sólo honrar y purificar lo antiguo, ya que está descuidado. Esta enseñanza muestra desde el principio el énfasis que pone en la tradición, algo a lo que los chinos, adoradores de los antepasados, siempre han prestado atención. Un fuerte incentivo para el comportamiento moral y la constancia reside también en la exigencia de que el padre sea considerado responsable de los actos de su hijo. Por eso no sólo se ennoblecía a una personalidad meritoria, sino también a sus antepasados, que hicieron posible su aparición; por otra parte, Confucio no sólo castigaba a un malhechor, sino también a su padre al mismo tiempo. Este hecho demuestra una vez más cómo lo personal es sistemáticamente suprimido, incluso despreciado, en favor de lo típico. Todo esto demuestra una enorme capacidad de persistencia anímica, que se cristaliza alrededor de un ideal término medio, ciertamente contrastado con el europeo, pero de todos modos específico, idiosincrásico y por ello admirable.

3.

LA DEFENSA DE CHINA FRENTE A EUROPA

En el siglo 19, el imperialismo económico occidental intervino en este cerrado mundo chino, unido a una actividad misionera tan asidua como interiormente injustificada. El calicó y el opio, productos de desecho de Europa, invadieron China, destruyendo primero el equilibrio de la vida china en las ciudades portuarias y penetrando después cada vez más profundamente en el país. Atónitos ante la grandeza técnica, hasta chinos cultos «adornaron» sus viviendas con la chabacanería rancia de los grandes almacenes del Occidente europeo y enviaron a sus hijos a Europa y América para aprender allí la nueva sabiduría. La juventud china se contagió del subjetivismo económico y el pensamiento individualista europeo; sus

actitudes liberales contribuyeron entonces a la actual descomposición de China. Pero no faltaron tampoco las protestas. La rebelión de los Bóxers es sólo la muestra más brutal de ello; más profundamente consciente, fue precisamente la intelectualidad china (y también japonesa) la que se puso a la cabeza de un movimiento con el objetivo de la renovación racial y la liberación de Oriente. El escritor japonés Unosuke Wakamyia escribió que el propósito del nuevo movimiento de la Gran Asia es proteger la cultura y la economía asiáticas de la injerencia europea. El programa de la sociedad Asia-gi-kwai exige igualmente el alzamiento de todos los asiáticos. El conde Okuma fundó la Sociedad Panasiática tras la guerra Ruso-Japonesa. En sus discursos habló de la venidera decadencia de Europa: el siglo 20 verá las ruinas de los Estados occidentales. En 1907 expuso en la «Sociedad Indo-japonesa» que los ojos de la India están dirigidos llenos de esperanza al Japón, lo que fue subrayado por el «Taimin» (periódico de Osaka), que pidió ayuda japonesa para la revolución de la India. El profesor Kambe, de la universidad de Kioto, vio a Japón como el Estado líder en la inevitable confrontación que se avecinaba con Europa.

En 1925, la gran revolución mundial comenzó en Oriente. Para completar su dominación mundial, las potencias también deben someter al Japón. Para ello necesitan una China vencida. Al mismo tiempo, el bolchevismo encendió la revolución social. Como nunca antes se han despertado los instintos dormidos en China. China ha perdido hoy su ideal mítico, formador de tipos; cientos de rivales egoístas, agitados por potencias extranjeras, luchan entre sí. Las disputas existentes no son superadas en nombre del ideal confuciano, sino que se agitan bajo nuevas consignas extranjeras. El anarquismo liberal moderno también está quebrando el tipo chino. La conmoción más grave, cuyo resultado no puede preverse, está en marcha. Pero si no todo es engañoso, la sangrienta lucha terminará un día con la expulsión de Europa de Asia Oriental. Y es de desear que tanto misioneros como traficantes de opio y los oscuros aventureros abandonen China. Pues no fue en nombre de una necesaria protección de la raza blanca que el europeo irrumpió en China, sino en beneficio del afán de lucro judeo-mercantilista. De esta manera se ha deshonrado a sí mismo, corrompiendo todo un mundo cultural a quien ha llevado a un justo alzamiento contra sí mismo. China lucha por su mito, por su raza y sus ideales, del mismo modo

que el gran movimiento de renovación en Alemania lucha contra la raza de mercaderes, que hoy domina todas las Bolsas y determina los actos de casi todos los gobernantes.

Por lo que se refiere al desarrollo histórico de las grandes luchas en China, éstas comenzaron principalmente con la introducción forzada del opio. El gobierno chino reconoció muy pronto la nocividad de este producto y ya en 1729 prohibió el uso y la plantación de opio. Estas prohibiciones fueron más tarde agravadas repetidamente, pero este esfuerzo del gobierno chino chocó contra la resistencia de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales. Los beneficios de la venta de opio estaban destinados a poner en orden las miserables finanzas de la India, y detrás de los emprendedores caballeros de la Compañía de las Indias Orientales se colocó, como era lógico, el Estado inglés como poder político. Después de haber sido vencido, el Emperador Tao Kuang declaró: «No puedo impedir la importación de este veneno; los codiciosos y depravados, por afán de lucro y sensualidad, quieren frustrar mis deseos, pero nada me inducirá a percibir mis ingresos del vicio y de la miseria de mi pueblo».

El centro de todo el comercio de opio inglés era Cantón, la ciudad de la que partió el hoy llamado movimiento de liberación chino. En poco tiempo, el contrabando de opio verificable aquí ascendió a 1.700 cajas al año, pero su volumen aumentó cada vez más, y cuando el gobierno chino realizó una vez un registro domiciliario de los comerciantes ingleses, pudo incautar nada menos que 20.000 cajas de opio. Luego, a finales de los años treinta, hubo un gran conflicto entre el gobierno británico y China; los cañones ingleses tuvieron que ser puestos en acción para proteger a los contrabandistas de opio. China fue derrotada y el Tratado de Nankín (1842) estableció que estaba obligada a ceder Hong-Kong a Inglaterra «para siempre». Cantón, Amoy, Ningpo, Fucheu y Shanghai debían abrirse al comercio británico. China también se vio obligada a pagar 21 millones de dólares en concepto de reparaciones de guerra. Además, ¡Inglaterra vendió a los buques contrabandistas chinos el derecho de enarbolar la bandera británica!

Esta situación volvió a llegar a un punto crítico; en 1856 comenzó la segunda guerra del opio, esta vez con la participación de Francia. El posterior Tratado de Tientsin, ignominioso para China, «justificó» completamente el comercio del opio. Este amordazamiento de China durante décadas en

interés de un sistema capitalista destructor de pueblos estaba destinado a provocar tensiones una y otra vez, y hoy nos enfrentamos a la mayor descarga.

No es fácil, ni siquiera para quienes conocen la situación, evaluar con precisión el valor y los objetivos de todas las fuerzas que participan hoy en la lucha. Respetados expertos se contradicen hoy en puntos muy importantes en su valoración de los distintos partidos y personalidades chinas. Y esto es muy natural, ya que el verdadero móvil de los dirigentes no puede interpretarse fácilmente.

Dos puntos parecen muy importantes aquí, aunque hasta ahora se les presta muy poca o ninguna atención.

Desde el final de la guerra mundial y la victoria casi completa del capital financiero internacional, dirigido casi en su totalidad por judíos, la política de los propietarios de este capital ha sido, sin duda, someter al reino insular, aún independiente, bajo el control de las altas finanzas. La reunión en Washington en el año 1921 obligó a Japón a devolver sus conquistas en las guerras ruso-japonesa y mundial, y le forzó además a detenerse en su armamento naval. Pero para conseguir el control total de Japón, había que asegurar China como campo de operaciones —como se señaló al principio. Esto podía lograrse directamente, con ayuda de influencias angloamericanas —es decir, cañones— o con la ayuda de tropas chinas al servicio de las altas finanzas. Y aquí llegamos a un hecho extremadamente importante para la actual política mundial.

Antes y durante la Guerra Mundial, las altas finanzas judías declararon que su política coincidía con la de Gran Bretaña. Inglaterra había conquistado Sudáfrica para los traficantes de diamantes judíos (Lewis, Beith, Lewisohn, etc.). Había entregado a las grandes casas bancarias judías el dominio de todas las transacciones financieras (Rothschild, Montague, CasseI, Lazards, etc.). También había dejado que el comercio del opio se deslizara cada vez más hacia manos judías; el judío Lord Reading (Isaacs) se encargó de las importantes negociaciones de los bonos con Norteamérica, hasta que finalmente Inglaterra, a través de la así llamada Declaración de Balfour, se hizo cargo de la protección de los intereses judíos en todos los Estados. El Frankfurter Zeitung (Diario de Frankfurt) sabía muy bien lo que decía cuando declaró que esta Declaración de Balfour era un «fermento de

la victoria (inglesa)». A pesar de esta infiltración excesiva en la vida inglesa por parte del capital financiero judío, las fuerzas conservadoras demostraron ser lo suficientemente fuertes como para emprender al menos una política activa en todos los países contra el bolchevismo abierto y desplegar una fuerte propaganda anticomunista. La respuesta la dio ahora el judaísmo, no directamente en la propia Inglaterra, sino fuera de Gran Bretaña, y esta respuesta es la agitación de todo el bolchevismo en el mundo entero contra Inglaterra, además el apoyo inicial completo al Sur chino por parte de toda la Prensa mundial judía, y en tercer lugar la convocatoria de un llamado Congreso Anticolonial en Bruselas (marzo de 1927), seguido por el azuzamiento de todos los pueblos coloniales de Oriente, en primer término, empero, de los indios, luego de los chinos. Esta acción de conjunto, cuyos efectos los podemos seguir diariamente en la prensa democrática-bolchevique, tiene evidentemente el fin de obligar a Inglaterra a hacer concesiones cada vez más amplias a toda la judería, pero, por otra parte, también el objetivo de llevar a cabo, con la ayuda de los generales chinos respaldados, la concentración anti-japonesa en China, y culminar entonces con la derrota del Japón «rebelde», aún independiente de la Alta Finanza.

Japón tiene naturalmente plena conciencia sobre los trasfondos de esta política, tanto de Moscú como de la Finanza internacional, y por instinto de autoconservación debe hacer todo lo que esté a su alcance para reforzar las fuerzas manchurianas (aunque no hasta el punto de que puedan independizarse de Japón). Oficiales japoneses habían provisto por tal razón anteriormente el ejército del Norte chino de todas las innovaciones técnicas del presente, e independientemente de cómo pueda configurarse en el futuro la situación de poder, Japón siempre tratará por todos los medios de fomentar una división del poder en China.

En cuanto al movimiento originalmente llamado «cantonés», estaba dirigido por un partido llamado Kuomintang, que significa partido nacional del Imperio. Cantón, como he dicho, fue el punto central donde China sintió con especial dolor el poder del imperialismo colonial moderno. Aquí fue donde después también se manifestó con mayor fuerza la energía china nacional-revolucionaria. Se remonta al Dr. Sun-Yat-Sen, verdadero fundador del Partido Kuomintang, que había crecido con las ideas europeas de nacionalismo. Sun-Yat-Sen plasmó por escrito sus aspiraciones y

principios[185]. No cabe duda de su voluntad personal de derrocar las viejas tradiciones chinas en el sentido de una renovación nacional, como tampoco cabe duda de su deseo de acabar con cualquier paternalismo extranjero. En sus discursos, señala con insistencia que nada acelera más la caída de un país que la sumisión mediante los medios económicos de poder de que disponen las potencias anglosajonas (en el que destaca especialmente la influencia judía). Sin embargo, Sun-Yat-Sen cometió un error catastrófico en su valoración de la Rusia soviética; veía en ella al Estado que había aparecido «en el momento de mayor peligro» para luchar «contra la injusticia en el mundo». Este abogar no crítico por la potencia bolchevique ha causado a China le debe años terribles a esta defensa acrítica del poder bolchevique, ya que la política pro-bolchevique de Sun-Yat-Sen continuó después de su muerte, hasta que el sano instinto ligado a la tierra de los chinos se opuso activamente a esta influencia destructiva, sin que el peligro se hubiera conjurado definitivamente en las grandes ciudades comerciales.

Alrededor de Sun-Yat-Sen como maestro se reunió un gran número de intelectuales chinos que se familiarizaron con un mundo de pensamiento extranjero en todos los Estados de Europa y América y regresaron a su patria como grupo nacional-revolucionario. Sin embargo, si la prensa mundial judía no podía contener su regocijo ante los líderes de los cantoneses, hay que señalar de inmediato que estos intelectuales nacional-revolucionarios, inicialmente líderes, ciertamente ya no debían ser considerados como auténticos chinos unidos a su naturaleza. Muchos habían tirado lejos de sí una vieja tradición y deliraban con las ideas no siempre chinas de «democracia», soberanía popular y cosas semejantes, que habían aprendido en Europa y América. En cierto sentido, tal vez se parecían a los liberales rusos que se habían separado de las viejas formas rusas, sólo para lanzar una revolución democrática no arraigada en absoluto en la nación, hasta que ellos mismos fueron finalmente desechados por las agitadas fuerzas del caos. Algo similar se está preparando también en China[186], pues quedó claro que

---

[185] Sun-Yat-Sen: *Die Grundlehren des Volkstums* (Las enseñanzas básicas de la nacionalidad), *30 Jahre chinesischer Revolution* (30 años de revolución china), Berlín 1927.

[186] Por ejemplo, el ex ministro de Asuntos Exteriores del gobierno de Cantón, Eugen Tschen, es una persona que, según testigos presenciales, ya no da una impresión racialmente china, habla inglés como un inglés, viste a la última moda londinense y sólo se pasea con

en el momento en que las luchas internas del Sur se hacían más fuertes, la posición de las potencias bursátiles no dejó de mejorar. Bonos y empeño de los derechos de aduana, ferrocarriles, etc., son también aquí el medio de desgastar al enemigo, especialmente a un enemigo pobre en dinero y cuyo ejército no puede ser abastecido adecuadamente a largo plazo. A pesar de todos los signos evidentes de corrupción, los intentos de nacionalizar China son admirables; cómo terminarán, nadie lo puede predecir.

En el conflicto de China, como en las demás rebeliones coloniales, los Estados europeos muestran una notable incertidumbre, tanto más comprensible cuanto que, por ejemplo, en el propio Londres, luchan entre sí diversas fuerzas: la voluntad nacional inglesa, aún no quebrantada, combinada con el imperialismo económico británico; a ella se oponen métodos, a veces intereses, del capital financiero puramente judío. Estas fuerzas actúan alternativamente con un fuerte efecto en la política exterior inglesa, y la judería, por supuesto, no ha dejado de conseguir un punto de apoyo lo más firme posible en el Partido Conservador.

Ahora se nos plantea a nosotros no sólo como alemanes sino como miembros de la raza blanca en general, la siguiente pregunta: ¿cómo abordamos a China en particular, y cómo abordamos la política colonial de los pueblos europeos en su conjunto, en la crisis actual, que es sin duda una crisis de la más grande trascendencia política mundial?

4.

RAPSODIA PARA LA ANTIGUA INDIA

El británico siempre ha estado menos regulado por el Estado que el europeo del continente, porque podía permitirse esta forma de vida más suelta como habitante de una isla; pero nunca fue un «mercachifle». Por eso

---

modernos zapatos de charol. Su hija tuvo una educación completamente estadounidense, correteaba en pantalones de montar y despertó la indignación de todos los verdaderos chinos por su emancipación. Varios consejeros que rodeaban a Chen tenían una disposición similar.

el inglés Germains tiene razón cuando declara: «El inglés conquistador del mundo, que, brillante en sus virtudes y terrible en sus pasiones, presuntuoso, brutal y valeroso a la vez, levanta su mano y... ¡establece un imperio mundial como pueblo señorial creador!»[187]. Este señorío sigue existiendo hoy en día, aun cuando gravemente roído por la City.

Para la evaluación de la política británica y la futura actividad colonial, el material humano racial de estas colonias y zonas de interés es decisivo. Se acaba de hablar de China. El imperialismo económico hacia este antiguo pueblo de cultura ha sido desastroso para ambas partes, lo que ha dado lugar a ciertas exigencias para el futuro (véase más adelante). Sin embargo, la situación es bastante diferente con la India, Egipto, Siria y Sudáfrica.

Todo europeo ve en la antigua India un país de sus ensueños; en medio de una época de bestialización técnica no fueron los peores los que se sumergieron en los pensamientos de Iagñavalkia, de Shánkara y se extasiaron con el héroe Rama, el dios Krishna y el poeta Kalidasa. El resultado fue que estos europeos buscadores de la India predicaron la salvación a través de la antigua India y no se percataron en absoluto de que esta India aria antaño había sucumbido precisamente a causa de los pensamientos infinitamente ensanchadores del corazón de los ulteriores Upanisad. Más bien pudo observarse un fenómeno completamente distinto, que ya está mostrando efectos políticos mundiales: la ignición del nacionalismo indio por el britanismo europeo consiente de su nacionalidad. En el curso de las opresiones, en el curso de la victoria de la idea nacional occidental, muchas almas de la India destrozada despertaron de nuevo a la autocontemplación nacional en todas las expresiones de la vida.

La gente no sólo empezó a estudiar los libros religiosos, sino que volvió a entusiasmarse con los héroes Rama y Aryuna. Hoy, los indios viajan por Europa, alaban las glorias de su pueblo y exigen su libertad. Rabindranath Tagore ve en la forma del nacionalismo indio sin violencia, la redención del mundo, Gandhi predica la constante resistencia pasiva como movimiento popular. Al lado de éstas se mueven aspiraciones más vigorosas, pero que afirman haber recibido toda su energía solamente de la India. «El ascetismo no pudo oprimir el pensar ario durante largo tiempo», proclama para nuestro

[187] *Die Wahrheit über Kitchener* (La verdad sobre Kitchener).

asombro el moderno predicador indio Vasvani. La juventud, dice, se debe profundizar en la historia, encontrará entonces que los grandes patriotas siempre fueron «espíritus creativos y dinámicos»; hay que enseñarle al indio la «historia de los héroes». «La historia aún no se enseña a la luz del desarrollo de la raza india», prosigue Vasvani.

Vemos que aquí interviene abiertamente una actitud europea ante la vida, que, sin embargo, vuelve a debilitarse inmediatamente con las observaciones de que ni el color de la piel ni los antepasados hacen al brahmán, sino el carácter. Aquí se pone de manifiesto toda la tragedia hasta del indio que emerge sobre los 300 millones de sus connacionales. Pues, si quisiera describir el desenvolvimiento de los arios, entonces debería confesar que el ario ha desaparecido fuera de muy escasos vestigios. Lo que dejó tras de sí fueron canciones heroicas, una filosofía profunda, grandiosa, que, llevada más tarde a los extremos, sin orillas, selvática, promovió el caos racial. Que los pocos indios renacidos, inflamados de nuevo por impulsos volitivos europeos, sean todavía capaces de engendrar de esta oscura población originaria un pueblo que tenga algo en común con sus ideas, puede negarse razonablemente mientras no haya sido creado. La invocación de la sagrada vieja universidad de Nalanda con sus 3.000 profesores suena tan melancólica como la exclamación del «radiante esplendor» de la India de la «época venidera», mientras que inmediatamente después las ideas de nacionalidad y raza se describen como «ídolos». La fuerza de crianza de las formas de vida y de pensamiento ario-indio como resultado de la raza nórdica y de la naturaleza india es, por cierto, enorme, pero la sustancia racial de cuya alma habían surgido una vez los pensamientos y Estados ha desaparecido excepto por pequeños remanentes. Por eso la India sólo engendró al cansado Gandhi con su pacifismo, no a un líder militar que personificara una nueva creación.

Además, el mahometismo ha expulsado enormes bloques del edificio religioso indio, y difícilmente será posible encajarlos de nuevo. Quien conozca la naturaleza del avance de la fe del Corán en sus efectos sobre las almas de los pueblos del Cercano Oriente apreciará que la subraza extraña a la India aria será probablemente un instrumento muy fiel al islam. La religión india es tolerante hasta la autodisolución, el islam es fanático hasta la autoentrega en la lucha. Por cierto, el indio asevera que lo blando es más duro que lo duro; al igual que el Lao-taoísmo, dice: «Sé humilde y tú serás

el líder de la humanidad». Estas frases condujeron la raza a la perdición y que la magnanimidad anímica deviniera bajo manos extrañas en la más depravada hechicería. En todas partes venció aquella idea tras la cual se encontraba la voluntad de poder. La lucha entre hindúes y mahometanos, que se calmó para formar un frente común contra Inglaterra, se avivarán hasta la más feroz matanza en el mismo momento en que el británico abandone el país. Aunque cada uno de los miles de cargos que el «indio» levanta contra Inglaterra sea justificado: el hecho de que Inglaterra exista como un centro de poder evita una catarata de sangre, una recaída a tiempos peores que los que jamás anteriormente han imperado. Gandhi, Das, Vasvani, etc., sólo fueron posibles gracias a la presión europea; nadie siente más satisfacción que nosotros cuando ellos y sus combatientes edifican centros de enseñanza para su pueblo, lo proveen de médicos, aplacan su hambre y predican la antigua veneración de los héroes. Pero que la India necesita una mano de Señor sobre ella está fuera de duda.

Desde un punto de vista nórdico, así como alemán, el dominio de Gran Bretaña sobre la India debe por lo tanto ser apoyado, lo que puede hacerse sin ningún motivo ulterior y, al mismo tiempo, con la mayor simpatía por la gran India de los maestros del pasado y del presente. Hay que rechazar los intentos que, basándose en el arrebato sentimental de Gandhi, exigen la asimilación de la India y quieren convertirla en un «dominio inglés», porque este intento conducirá a la mezcla racial y, por tanto, a la decadencia de los blancos. (Una política iniciada por el gobierno del Partido Laborista en 1929). Gran Bretaña, en su interés y en el interés de la raza blanca, no debe ceder aquí si no quiere experimentar un colapso como el de sus predecesores en la dominación de la India. Los portugueses gobernaron una vez aquí; sus magníficos edificios en Goa aún dan al viajero una idea del antiguo poder político de este pueblo. Pero a pesar de ello, la selva virgen y la maraña de la selva han tomado el control de esta ciudad, las serpientes se enrollan sobre las baldosas de los antiguos palacios, mientras la población mestiza en número de medio millón, desde tonos claros hasta el más negruzco moreno, dan testimonio de una nueva fatalidad humana en el pantano y la fiebre de la India, del engullimiento de la sangre blanca y su subconsciencia por una oscura, tenaz, pero estéril fuerza racial indígena.

Externamente, el mundo islámico está hoy fracturado: en Arabia, las amargas disputas religiosas hacen estragos entre las diferentes sectas; los indios de la clase del impotente pacifista Gandhi le tienden sus brazos en un espíritu de una fraternización nacional india; Angora se ha nacionalizado turca y se niega a seguir desempeñando el papel de «brazo secular de la Meca», a ello se agregó la eliminación del califato por Kemal Pasha. Sin embargo, a pesar de ello, en los centros islámicos está surgiendo un feroz ambiente de ofensiva espiritual, que no es suficientemente advertido por el superficial público en general. Especialmente en El Cairo. Aquí, la antigua universidad al-Azhar tiene un efecto antieuropeo y anticristiano en un sentido propagandístico moderno y engendra una juventud fanática. Desde El Cairo, muchos miles de obras religiosas, cientos de miles de panfletos salen por todo el mundo, alimentando de odio al clero musulmán de África y Asia Oriental y predicando un espíritu de agresión de la naturaleza más virulenta. (Conocedores declaran que una sola librería de el Cairo envía mensualmente 5.000 folletos únicamente a Java). «La batalla (del islam) está ganada, sólo los objetos no están aún en nuestro poder», declara un importante periódico musulmán de Madrás, como eco de este trabajo propagandístico. «Desde Sierra Leona, por un lado, y Borneo, por otro, la gente nos pregunta por la belleza del islam», exclama jubiloso otro diario en Dakna[188]. Sólo en la India se distribuyen tres traducciones del Corán, una de las cuales vendió sólo en Calcuta 20.000 ejemplares en un año. Folletos en forma de amuletos son enviados en millones de ejemplares a los creyentes. El África occidental británica tiene hoy 11 millones de musulmanes de una población de 16 millones, el África oriental casi 2 de 11, Togo se considera mitad musulmana, Nigeria dos tercios, las Indias holandesas tiene incluso 36 millones de mahometanos de una población de 50 millones. Dondequiera que haya mezcla racial en las colonias, el islam encuentra seguidores entusiastas entre los mestizos, al tiempo que promete a los negros su libertad mediante una lucha común contra Europa. El indio Vasvani escribe[189]: «Yo os digo (europeos) ¡estad alerta! Un viejo dicho indio dice: "Ten cuidado con las

[188] Comp. G. Simon: *Die Weit des Islams und die Neuzeit* (El mundo del islam y los tiempos modernos), Wernigerode, 1925.

[189] *Indiens Kultur und seine islamischen Mitkämpfer* (La cultura de la India y sus compañeros de lucha islámicos), Stuttgart, 1926.

lágrimas de los débiles". Ya todos los débiles de Oriente, los hindúes y mahometanos en la India, Egipto, Persia, Argelia y Afganistán sufren bajo el dominio del egoísta y agresivo imperialismo de Occidente». Ante este odio, algún día quizás unificado, de las razas de color y bastardas, lideradas por el espíritu fanático de Mahoma, las razas blancas tienen más que nunca motivos para estar en guardia.

El hecho de que Inglaterra permanezca en Suez como protectora del norte de Europa contra la invasión de Oriente Próximo, pero al mismo tiempo también para mantener en jaque al poder islámico en las proximidades de La Meca, en la India, Egipto y Siria, es por tanto un acto de autoconservación para Europa. Por lo que respecta a Constantinopla, los pueblos balcánicos se encuentran frente a ella, y sus intereses vitales exigen que estén constantemente en guardia contra Turquía. Detrás de ellos se encuentra Ucrania, que no quiere permitir el dominio turco absoluto sobre Bizancio.

Gibraltar ha perdido en importancia para Gran Bretaña en vista de las flotas aéreas. Pero de todos modos no puede admitir que Francia llegue a ser el amo de Marruecos que se halla enfrente. Resulta aquí la necesidad de una colaboración más estrecha entre Londres y Madrid. La necesidad de la ampliación de Italia, que debe mantener su poder nacional cerca de la madre patria, entra dentro de esta esfera de interés. La política italiana, si quiere ser orgánica, reside ante todo en Túnez, Trípoli y algunas islas. Por tanto, al oeste del Mediterráneo se aplica la alianza Londres-Madrid-Roma, que puede complementar un sistema nórdico de Estados (Berlín, Londres, Oslo, Estocolmo, Copenhague, Helsinki) sin obstaculizarlo en modo alguno.

Los Dominios británicos se vuelven cada vez más autónomos. Sin embargo, en determinadas circunstancias, esto no impide que su vigorosa existencia siga estrechamente ligada a Inglaterra. Sudáfrica deberá quedar en manos nórdicas, como protección de la otra ruta marítima hacia la India. Las leyes que ahora se llevan a cabo contra los indios se aplicarán un día a los negros, mestizos y judíos, para hacer posible una vida orgánica en el sur de África y crear allí una base firme si el despertar negro llegara a ser peligroso.

5.

EL DESPERTAR DE LOS NEGROS

Todavía se burlan de este despertar, pero, como siempre, sólo lo hacen personas muy cortas de miras. El mito de la sangre también ha cobrado vida de forma diferente bajo la piel negra. No sólo Markus Garvey delira sobre los antiguos «palacios» de Tombuctú y del Nilo, sino también muchos miles de negros que han despertado intelectualmente.

A pesar de muchas fragmentaciones, en muchas partes del mundo ya se están formando por sí solos centros negros que trabajan conscientemente por un «Imperio Africano». En Etiopía, en Liberia, en África Occidental, por ejemplo, este movimiento racial se ve reforzado en parte por los ideales religiosos que los negros deben –aunque sólo sea indirectamente– a los misioneros cristianos. El Dios negro, el Redentor negro y la negra Virgen María ya son imágenes comunes. Más importantes son los centros de las asociaciones de negros en América, que también son poderosos financieramente. El grupo de Garvey es el más extremista, el partido de Dubois parece más moderado y la asociación «Nuevo Negro» se declara aún más prudente. En 1925 se fundó una alianza de lucha contra la raza blanca llamada «The Negro Champion». Con respecto a sus fines se expresó el mencionado Dubois [190]: «Por salvaje y espantosa que haya sido esta vergonzosa guerra, no será sin embargo nada comparada con la lucha por la libertad que la humanidad negra, amarilla y morena librará contra la blanca hasta que el desprecio, el insulto y la opresión hayan cesado de una vez por todas. La raza negra solamente sufrirá el tratamiento actual mientras esté obligada a hacerlo, pero ni un instante más». Y Garvey dio una expresión aún más clara al anhelo negro: «Lo que está bien para el blanco está bien para el negro: a saber; libertad y democracia. Si los ingleses tienen a Inglaterra, los franceses a Francia, los italianos a Italia, a lo cual por cierto tienen derecho, entonces los negros exigen África, y también estarán dispuestos a derramar sangre en aras de esta exigencia. Queremos establecer leyes para todas las razas negras y una constitución que haga posible que

[190] *Weiße Fahne* (Bandera Blanca), agosto de 1925, Editorial Joh. Baum, Pfullingen.

cada uno forje su propio destino como hombre libre... La más sangrienta de todas las guerras llegará en el momento en que Europa vuelva su fuerza contra Asia; entonces es el momento de que el mundo negro tome la espada para la definitiva liberación y recuperación de África». Aunque la negrada todavía hoy no represente un poder fuerte: el mito de la sangre se ha despertado aquí también, su fuerza habrá crecido enormemente dentro de 50 años. Hasta entonces, los hombres nórdicos deben asegurarse de que no haya más negros, amarillos, mulatos ni judíos en sus Estados. Este saber plantea el problema de Estados Unidos.

También en Estados Unidos la política racial debe tener y tendrá un efecto en la política mundial, del mismo modo que la idea de democracia determinó en su día la vida de casi todos los Estados. Norteamérica es el Estado en el cual los «derechos humanos» francmasónicos fueron realizados por primera vez. El Hermano Washington llegó a constituir el tipo de este afán, y la declaración de libertad norteamericana el modelo para los *Droits de l'homme* del alzamiento de París. Sin duda, para hacer negocios, pero bajo el grito de batalla de los «derechos humanos», se impuso la liberación de los negros en los Estados sureños; hoy cada norteamericano maldice este problema de los negros. Todos y cada uno, pues como Estado el obsoleto liberalismo sigue invocando todavía la «libertad» aun cuando tenga que ser enseñada a golpes con la cachiporra de goma. La cuestión de los negros se halla en la cúspide de todos los problemas existenciales de los EE. UU. Si aquí finalmente se abandona de una vez el estúpido principio de la igualdad y de la igualdad de derechos de todas las razas y religiones, las conclusiones necesarias hacia los amarillos y los judíos seguirán por sí solas. El instinto sano casi ha superado la doctrina democrática en la vida social al erigir una frontera racial, pero no se puede evitar que los negros se apropien de la «civilización», abran grandes almacenes, se conviertan en abogados, se organicen políticamente en forma consciente, proporcionen, gracias a su modesta forma de vida, grandes sumas a sus cajas comunitarias, y comiencen a soñar conscientemente con el ensueño de un imperio mundial negro desde El Cairo hasta el Cabo de Buena Esperanza. Es precisamente aquí donde la legislación estadounidense tendría que emprender la acción e iniciar consecuentemente un reasentamiento de los negros en África. Tras la privación de los derechos civiles políticos, el establecimiento de una

expulsión sistemática, que aumentaría año tras año, sería una empresa rentable a largo plazo, ya que cada negro podría ser fácilmente reemplazado por un blanco, y EE. UU. como Estado llegaría a ser mucho más homogéneo. Si todo esto no sucede, los negros, que ahora son 12 millones, en poco tiempo serán 50 millones y, como tropas del bolchevismo, infligirán un golpe decisivo a la América blanca.

El peligro amarillo en California también ha convertido el problema racial en una cuestión candente. Es un ejemplo político mundial de lo poco que puede influir una cuestión supuestamente jurídica en las luchas raciales, en el hecho de una migración elemental de los pueblos. Japón está superpoblado, debe asentar población para no asfixiarse. Ese es su derecho vital. La clase dominante de Norteamérica, aún hoy blanca, tiene el deber de la autoconservación y debe salvar su costa occidental de la inundación amarilla. La cuestión no puede resolverse bajo la idea del deshonroso dominio del dinero, que construye sus palacios bancarios precisamente gracias a las luchas raciales. El deshonroso domino del dinero debe aspirar inevitablemente a la dominación mundial a través del endeudamiento mundial. Pero una delimitación racial-orgánica en el globo significa igual de inevitablemente el fin del patrón oro internacional, por tanto, el fin del mesianismo judío que casi se ha realizado hoy a través del dominio de los bancos mundiales, y que se completará con la creación de un centro judío en Jerusalén. La diplomacia de todas las naciones se está preparando para el próximo enfrentamiento entre los Estados Unidos y Japón, ¡y el negro ya lo está esperando conscientemente!

La batalla se centra ahora en China, como se ha explicado, como zona de despliegue o respaldo. Esta nueva guerra mundial será inevitable si no se plasman Estados en base al mito racial. Que Norteamérica debe expulsar a los amarillos del floreciente Oeste, un futuro centro cultural de la raza nórdica, es una necesidad vital que está por encima de cualquier otro «derecho» de papel. Pero también exige el reconocimiento del derecho vital racial del pueblo de cultura japonés. De ello se deduce que un Estado racial norteamericano venidero debe renunciar a su derecho de posesión de sus colonias de Asia Oriental para asentar allí a los japoneses de California. Esto suena escandaloso, pues la base naval norteamericana en las Filipinas es considerada como protección del comercio norteamericano en el Asia

Oriental, al mismo tiempo que un puerto de salida contra Japón en caso de guerra. Esto es necesario desde el punto de vista del imperialismo económico actual, pero ya no será vital cuando Norteamérica haya expelido sus componentes racialmente extraños y comience a asentarse conscientemente en su vasto espacio vital entre el Atlántico y el Pacífico. La era de la expansión sin límites ha terminado con una guerra mundial y con el dominio mundial del dinero; hoy comienza la era de la recolección interior (concentración), que dará lugar a un sistema de Estados raciales y orgánicamente estructurados. Todos los filósofos, historiadores y estadistas de todos los pueblos están llamados hoy a captar conscientemente esta idea y a trabajar por su realización. La idea del pueblo está siendo distorsionada hoy en día por la bolsa internacional, en el sentido de que se está fomentando la lucha entre los Estados, y se está suprimiendo toda medida, incluso todo pensamiento, que pudiera tener aquí un efecto mediador.

Desde este punto de vista, todo el «pacifismo» actual también demuestra ser un movimiento completamente falso. Se basa en el reconocimiento de la democracia, es decir, prácticamente el dominio del dinero. Su jugueteo con el «desarme mundial» no es más que un fraude para distraer a los pueblos de la verdadera causa de los forúnculos en sus cuerpos. No es con el desarme de los ejércitos y de las flotas por lo que debe comenzar una «pacificación mundial», sino con el total aniquilamiento de la deshonrosa democracia, de la idea estatal a-racial del siglo 19, del socavamiento económico mundial por las finanzas, que provocará hoy la caída de todos los Estados en nombre de los pueblos, si la religión de la sangre no es vivida, reconocida y realizada en la vida. Una América purificada de negros, amarillos y judíos, criada deliberadamente en base a lo nórdico-europeo, es mil veces más fuerte que una desgarrada por esta sangre extraña, por grandes que sean sus colonias y bases navales. La política mundial de Inglaterra no fue posible sólo gracias a su insularidad, sino que se debe a que sajones y normandos crearon un pueblo unificado, a que el centro era racialmente limpio. Hoy, cuando en Londres los judíos influyen en la política desde la City y al mismo tiempo proporcionan los «líderes proletarios», la política británica ya ha perdido su consistencia. Si no se limpia la casa de Inglaterra, si Inglaterra no cede cuidadosamente algunas posiciones en el globo que se ha fijado demasiado amplias, no escapará al desastre. Y así surge de nuevo el problema chino.

6.

ASIA ORIENTAL PARA LOS ASIÁTICOS ORIENTALES

Un estadista que sólo tenga en mente los intereses nórdico-europeos y nórdico-norteamericanos apoyará un grito de guerra que hoy se dirige contra los actuales Estados europeos y norteamericanos: ¡Asia Oriental para los asiáticos orientales! Japón y China deben ser juzgados en forma distinta que la India, el África, etc.; deben recibir la posibilidad de por lo menos asegurar la vida de sus pueblos. Para ello, es necesario poner a su disposición todo el espacio vital desde Manchuria hasta Indochina y Malaca, junto con las islas adyacentes. Prohibir a los amarillos la inmigración a Norteamérica y a Australia, pero al mismo tiempo querer colonizar o dominar el Lejano Oriente, es una locura capitalista, que hoy comienza a vengarse en los alzamientos esporádicos de la China. Es posible que la tecnología abusada por los blancos siga triunfando hoy en día, es posible que el amarillo sea empujado hacia atrás, estrangulado. Pero entonces necesariamente volverá la cara hacia el otro lado y seguirá los pasos de Gengis Kan, Tamerlán y Atila. Lo que Lenin y Trotski no habían sido capaces de lograr, llevar las fuerzas latentes en el bolchevismo a su desarrollo final se convertirá entonces en un hecho gracias a la política mundial de la Europa cegada y la América cegada. Si Rusia, ya desintegrada e impotente durante mucho tiempo, podrá entonces detener la marea amarilla de millones que se aproxima es más que cuestionable. Y las palabras de Bismarck de que algún día los amarillos darían de beber a sus camellos en el Rin, se habrá hecho realidad.

Sin embargo, la salvación de la ruina reside precisamente en la conclusión opuesta a la que extrajo, p. ej., Spengler. No son los capitanes de la industria y los Césares, que gobiernan a las masas sin personalidad, los que deben afirmarse como «destino», sino de reconocer que este «futuro» ya está medio pasado, que en todas partes nacen poderes que a partir de la desaparición de lo antiguo ya están plasmando una nueva imagen del mundo. ¡Y estos poderes también son «irreversibles»! Estos poderes de nuestra alma y nuestra sangre también son «destino», como lo fue el afán por el descubrimiento del

mundo en los siglos 15 y 16 y por la cultura de la humanidad y el Estado mundial en los siglos 18 y 19.

Los Estados Unidos de Norteamérica, en la opinión unánime de todos los viajeros un glorioso país del futuro, tienen la gran tarea, después de despojarse de sus desgastadas ideas fundacionales y del actual estado de ostentación (es decir, la destrucción de la idea de Nueva York), de ir con fuerzas jóvenes a la puesta en práctica de la nueva idea del Estado racial, como ya han previsto algunos norteamericanos despiertos (Grant, Stoddard): la expulsión y el reasentamiento de los negros y amarillos, la cesión de las posesiones de Asia Oriental a Japón, trabajar en la preparación de una colonización negra en África Central, el reasentamiento de los judíos en una zona donde la totalidad de este «pueblo» pueda hallar lugar, de acuerdo con la futura política europea en esta dirección.

Los intentos de las últimas décadas de controlar con cañones hasta los rincones más lejanos del mundo para mantener en «paz y orden» a los pueblos explotadores no era un signo de fortaleza sino de debilidad, del mismo modo que una fuerza policial excesivamente grande en un Estado no indica su fortaleza estructural sino su podredumbre. La objeción de que Europa y Estados Unidos tuvieron que «asegurar», p. ej., el Asia Oriental para preservar su comercio en China, pero también para proteger del colapso a cientos de miles, incluso millones de empleos en sus propios países, está caduca y sólo puede reclamar validez dentro del rapaz imperialismo económico actual. Un país tan densamente poblado como China depende prácticamente de la exportación de sus productos, y no se necesitan acorazados estadounidenses para cargar té y especias a cambio de descargar mercancías europeas. Durante las próximas décadas, China supondrá un enorme mercado para los productos químicos y técnicos de Occidente, a fin de obtener la posibilidad de explotar las riquezas de su suelo. China concluirá acuerdos comerciales con todos los Estados en su propio interés, para crear trabajo, ingresos y orden en su país, sin verse obligada a ello por los comerciantes de opio de Calcuta y Bombay. Pero, por cierto, sabrá defenderse cuando los banqueros mundiales usureros quieran considerar a todos los pueblos de cultura como plantaciones de bonos, buenos sólo para extraer de ellos por servidumbre interés sobre interés y para hacer disponer

a un comisario de finanzas como amo sobre todo el país, tal como el dictado de Dawes había iniciado cínicamente con Alemania. Y eso es algo bueno.

Los actuales endeudamientos estatales ya son considerados como un contrato de derecho privado. El quebrantamiento de más de un convenio tributario, a pesar de la imposibilidad del cumplimiento, tendría fácilmente como consecuencia para muchos pueblos los más graves conflictos con los Estados mundiales, más exactamente con los banqueros que dirigen a estos Estados mundiales. Hasta 1933, la intervención en el llamado Deutsche Reichsbahn o Reichsbank también habría supuesto graves enredos de política exterior. Así el Ferrocarril, el dinero, todo el Reich llevaba injustificadamente el nombre de «alemán». Los únicos alemanes eran los trabajadores esclavos; franceses, judíos y estadounidenses mandaban. Este estado de cosas era insostenible a largo plazo, y si al modificarse la situación política mundial ocurriera una descarga de tensiones, los representantes de la democracia, ávidos de dinero, serían los únicos culpables. Ahora, después de Alemania, un Estado tras otro cayó en las redes de aquel sistema político-mundial de bandidaje; al que nosotros debimos los dictados de tributos. Pero simultáneamente también comienza un despertar. Este despertar, sobre todo a raíz del levantamiento alemán de 1933, conducirá necesariamente a soluciones esencialmente idénticas.

No se trata de un «sindicato privado internacional» (Rathenau), ni de fideicomisos económicos mundiales extendidos por todos los pueblos como meta y «sentido de la historia mundial», ni de una Sociedad de Naciones sin raza lo que la renovación nórdico-alemana tiene para anunciar en términos políticos europeos y mundiales, sino de sistemas de Estados determinados racialmente, que están en simbiosis unos con otros, que no han de perecer en una interminable mezcla de formas en un caos amorfo, tal como se presenta como una consecuencia necesaria de la anterior política mundial democrático-marxista, sino sistemas estatales que, sobre la base de esta división orgánica, aseguren el dominio político de la raza blanca sobre el globo terráqueo.

Por lo tanto, la idea de una política mundial basada en la raza también significa, con respecto al Asia Oriental, la retirada, la salida de un Estado tras otro del actual sistema financiero supranacional y global, cuatro quintas partes del cual han sido determinadas durante mucho tiempo por los judíos.

A la Pan-Europa a-racial, a la caótica «jurisdicción mundial», a la República Mundial francmasónica sin pueblo, se opone este nuevo pensamiento del ser nórdico como único peligro, por ser orgánico. Todos los demás ya no valen. Y tras esta evaluación político-mundial de las fuerzas contendientes, se confirma una vez más el sistema de Estados indicado al principio, cuya fundación sólo corresponde a las culturas y poderes formadores de Estados nórdicos: un bloque germano-escandinavo con el fin de proteger el Norte de Europa ante la ola comunista, evitando la formación de un peligro que se va condensando en el Este; una alianza de este bloque con Inglaterra, cuyo dominio en la India está igualmente asegurado sólo por impedir un asiatismo con poder político; a pesar de las grandes tensiones que sin duda existen, el apoyo conjunto a una política racial blanca en Norteamérica a condición de la retirada de las exigencias norteamericanas de tributo a Alemania e Inglaterra; una alianza mediterránea bajo el liderazgo de Italia; en el Lejano Oriente un sistema de Estados amarillos con protección conjunta de los intereses vitales blancos por parte de Norteamérica y Europa. Hasta qué punto puede prevalecer esta voluntad orgánica, sólo el tiempo lo dirá.

Entonces, la propia Alemania podrá por fin crear suficiente espacio vital para sus 100 millones de habitantes en Europa, con lo que la política vuelve de nuevo a la metafísica: la libertad creativa interior de un pueblo también está ligada a la independencia política, pero sólo ésta independencia puede garantizar la perdurabilidad y la fuerza del concepto nacional del honor. Por eso la reivindicación del espacio propio, del pan propio, es también la condición previa para la afirmación de los valores anímicos, para la formación del carácter alemán. En esta gran lucha existencial por el honor, la libertad y el pan de una Nación tan creadora como Alemania, el pueblo alemán debe contar con esa consideración tan fácilmente concedida a naciones menores. El suelo debe quedar libre para ser cultivado por los puños de agricultores germanos. Sólo así el pueblo alemán, apretujado en un espacio muy reducido, podrá respirar aliviado. Pero esto significa también la fundación de una nueva época cultural del hombre blanco.

VII. LA UNIDAD DE LA ESENCIA

1.

Una nación está perdida como pueblo, ha muerto como tal, si ya no encuentra unidad cuando repasa su historia y examina su voluntad para el futuro. Cualquiera que sea la forma que haya tomado en el pasado: si una nación llega a negar genuina y verdaderamente sus alegorías del primer despertar, entonces ha negado con ello las raíces de su ser y devenir en forma general y se ha condenado a la esterilidad. Pues tampoco la historia es el desarrollo de la nada en un algo, tampoco de lo insignificante a lo grande, tampoco la transformación de una esencia en otra completamente distinta, sino que el primer despertar racial-popular a través de héroes, dioses y poetas es ya un punto culminante para siempre. En esencia, esta primera gran hazaña mítica ya no se «perfecciona», sino que simplemente adopta otras formas. El valor que se insufla a un dios o a un héroe es lo eterno tanto en lo bueno como en lo malo. Homero fue la forma más elevada del griego y lo protegió incluso en su decadencia. Yahvé es el motor del judaísmo, la fe en él es la fuerza hasta del más pequeño judío regateador de Polonia.

Esta unidad se aplica también a la historia alemana, a sus hombres, a sus valores, al mito antiguo y al nuevo, a las ideas que sustentan la nación alemana.

Una de las formas de Odín ha muerto, es decir, Odín, el más alto de los muchos dioses, como personificación de una raza aún dedicada inconscientemente al simbolismo de la naturaleza. Pero Odín, como reflejo eterno de las fuerzas anímicas elementales del hombre nórdico[191], vive hoy como hace 5000 años. Él reúne en sí mismo: El honor y el heroísmo, la creación del canto, es decir, del arte, la protección del derecho y la eterna búsqueda de la sabiduría. Odín se entera de que por culpa de los dioses, por

[191] Herman Wirth también encuentra rasgos de un declive en el antiguo mundo de los dioses: influencias de una raza esquimal. Esto puede ser cierto, pero no toca a lo propiamente germánico.

el incumplimiento del contrato con los constructores del Valhalla, la raza de los dioses debe perecer. Ante esta caída, ordena a Heimdal que convoque a los Aesir con su cuerno a una batalla decisiva. Insatisfecho, en eterna búsqueda, el dios vaga por el universo para comprender el destino y la esencia del ser. Sacrifica un ojo para hacerse partícipe de la más profunda sabiduría. Como eterno caminante él es un símbolo del alma nórdica, eternamente en búsqueda y devenir, que no puede replegarse complacientemente en Yahvé o su representante. La indomable voluntad, que al principio recorre las tierras nórdicas en los cantos de batalla sobre Thor, muestra el lado interior, esforzado, buscador de sabiduría y metafísico de Odín, el caminante. El mismo espíritu se manifiesta nuevamente en los libres y grandes Ostrogodos y en el piadoso Ulfilas; pero esto también se manifiesta –incluso coincidiendo en el tiempo– en el fortalecimiento de la caballería y en los grandes místicos nórdico-occidentales, con su más grande, el Maestro Eckehart. Y más tarde encontramos de nuevo que cuando en la Prusia de Federico el alma que una vez dio a luz a Odín volvió a la vida en Hohenfriedberg y Leuthen, renació simultáneamente en el alma del Thomaskantor (Bach) y de Goethe. Desde este punto de vista aparecerá como profundamente justificada la afirmación de que una saga heroica nórdica, una marcha prusiana, una composición de Bach, un sermón de Eckehart, un monólogo de Fausto no son más que diferentes expresiones de una misma alma, creaciones de la misma voluntad, fuerzas eternas que primero se reunieron bajo el nombre de Odín y en los tiempos modernos adquirieron forma en Federico y Bismarck. Y mientras estas fuerzas estén activas, la sangre nórdica seguirá trabajando y entretejiéndose con el alma nórdica en unión mística, como requisito previo de toda verdadera creación.

Sólo el mito y sus formas, por las que la gente está dispuesta a morir, están vivos. Cuando los francos abandonaron las arboledas de su viejo terruño y sus cuerpos y almas quedaron sin raíces, se les fue extinguiendo poco a poco la fuerza para resistir a los habitantes más firmemente constituidos de la Galia. En vano Teodorico trató de convertir al rey de los francos, Clodoveo, al libre arrianismo, a fin de asegurar al menos las premisas nacionales frente a Roma; urgido por su mujer histérica, el líder de la tribu germánica militarmente más fuerte se pasó espiritualmente al campo romano. Ni él ni los demás francos pensaron en renunciar a su heroísmo,

sólo lo pusieron al lado del cristianismo para luchar por él y por su propia gloria y poder. Pero condicionado por el primer paso, el mito romano superó más tarde la vieja idea germánica de la sangre, de modo que pudo tomar la delantera. A partir de entonces, todas las guerras se desarrollaron bajo el signo de la cruz. Y cuando esta cruz se impuso en todas partes, comenzó la batalla dentro del mundo «convertido» contra los herejes y los protestantes, que a su vez también llevaron el signo de la cruz al campo de batalla. Luego murió el mito de la cruz de martirio, lo que las actuales Iglesias se esfuerzan por ocultar de la misma manera que antaño los germanos la muerte de los viejos dioses. Hoy en día, ningún ejército norte-europeo, ni siquiera uno español o italiano, puede entrar en guerra por la cruz cristiana. Es cierto que hoy también se muere por las ideas, los símbolos y las banderas –y sólo por las ideas–, pero ninguna de estas parábolas lleva el signo que antaño dominó al «piadoso» Clodoveo. Y lo que ya no llena a los vivos de un modo tan ferviente que estén dispuestos a dar la vida por ello, está muerto y ningún poder lo resucitará. Para poder actuar hoy todavía por «la cruz», las Iglesias están obligadas a ocultarse detrás de las ideas y símbolos de un mito que está despertando de nuevo. Pero estos son precisamente los signos de un poder que Bonifacio y Willibaldo en su día se propusieron destruir, los signos de esa sangre que antaño creó a Odín y Baldur, que antaño engendró al Maestro Eckehart, que finalmente comenzó a adquirir conciencia de sí misma cuando fue pronunciada la palabra Toda-Alemania (Alldeutschland), cuando también Goethe vio la tarea de nuestro pueblo de romper el Imperio Romano y fundar un nuevo mundo.

2.

VERDAD, APARIENCIA, ERROR, MENTIRA

El pensador de la antigüedad helénica suponía que tarde o temprano la razón haría posible un conocimiento completo del universo. Tarde, muy tarde, quedó claro que está en la naturaleza del ser humano no poder captar la llamada «verdad absoluta», ni siquiera el supuesto sentido de los

acontecimientos en la Tierra. Aunque se nos proclamara la «verdad absoluta» buscada, no podríamos captarla ni comprenderla, porque en cualquier caso carecería de espacio, tiempo y causa. Sin embargo, la corriente del anhelo de lo absoluto seguía corriendo por el alma de los hombres. Al igual que la esperanzada Antigüedad, todos los filósofos gremiales de hoy, en serio y por negocio, también están buscando o cazando la llamada verdad única y eterna. Esta verdad la buscan por la vía puramente lógica, razonando paso a paso a partir de axiomas del entendimiento. El juicio final se basa pues esencialmente en las primeras afirmaciones, no es por lo tanto más que un análisis lógico, la disección de una masa de pensamiento hasta las más finas abstracciones de las ideas de la razón. En este nivel de investigación –por parte de la razón– la supuesta verdad única se enfrenta al error aparentemente eterno. De ahí la comprensible desesperación de Schopenhauer al reflexionar sobre la historia del mundo, de ahí la resignación de Herder mientras estuvo a la búsqueda de un «plan» absoluto, de ahí también el ilimitado esfuerzo de presentar una supuesta cristianización de todos los pueblos, una humanización de todas las razas, una humanidad unificada, etc., como «metas eternas». Estas ideas, de naturaleza escolástica puramente abstracta, procedían del deseo de los exhaustos, pero también de los intereses de sus creadores.

Esta orientación domina aún hoy todo nuestro filosofar, también aquellos pensadores que nos quieren transmitir una visión del mundo ligada al pueblo, ven en esta verdad nacional perseguida sólo una parte de la «verdad eterna», se mueven, por consiguiente, por completo sobre el plano intelectual y racionalmente lógico de nuestro ser, como si éste fuera la única plataforma de la investigación humana. Pero hay además otras.

Si coloco una arveja en la parte externa de mi dedo índice, paso por encima el dedo medio y hago rodar entonces ligeramente la arveja, tengo la sensación de sostener dos arvejas. En éste y en mil casos semejantes la verdad se enfrenta a la apariencia, el juicio se refiere por lo tanto a la percepción. En el plano de la voluntad moral, es la mentira la que se opone a la verdad. En todos estos casos, la fina lengua alemana tiene matices notables que señalan una esfera siempre nueva del yo; lo único que tienen en común es que la única verdad lógica, descriptiva y volitiva es siempre una relación de

un juicio con algo exterior a él, razón por la cual Schopenhauer creía generalmente poder afirmar que «la verdad interior es una contradicción».

Esto no es así, si, además de las tres yuxtaposiciones, captamos la idea de una verdad completamente diferente, que llamaré la verdad orgánica y de la que trata este libro.

El organismo de un ser vivo es forma, es decir, comprende en sí mismo la finalidad de su estructura interna y externa, la finalidad de sus poderes mentales y espirituales. Forma y finalidad son orgánicamente una misma cosa (H. St. Chamberlain), la primera muestra la esencia desde el punto de vista de la percepción, la otra desde el punto de vista de la razón. Lo que ahora debe reconocerse, y lo que constituye el núcleo de la nueva visión del mundo y del Estado del siglo 20, es que la verdad orgánica descansa en sí misma y puede leerse desde la finalidad de la forma de vida. Lo que en el primer libro se enfrentaba como Ser existente (Dasein) y Ser así (Sosein), aparece así profundizado y ampliado al mismo tiempo como norma general en todos los ámbitos. La finalidad significa la constitución de un ser vivo, la falta de finalidad es la desintegración; al mismo tiempo, aquí reside el medio de ennoblecer la forma, o de provocar una paralización. Más profundamente, tal prevención de la formación de la forma significa un doble pecado: un pecado contra la naturaleza y un pecado contra las fuerzas y valores interiores que pugnan por elevarse. La verdad orgánica, que descansa en sí misma, abarca así los niveles lógico, visual y volitivo de un modo virtualmente tridimensional; la forma y la finalidad son así los medidores de valor tangibles no de «una parte de la verdad eterna», sino que son la verdad misma, en la medida en que ésta puede manifestarse en absoluto dentro de nuestras formas de percepción.

La parte lógica de esta verdad global, es decir, el manejo de las herramientas del entendimiento y la razón, está representada por la crítica del conocimiento; la parte descriptiva de la verdad global se revela en el arte, también en los cuentos de hadas y los mitos religiosos; la parte volitiva (en la más estrecha conexión con la perceptible) está simbolizada por las enseñanzas morales y las formas religiosas. Todas ellas se encuentran —cuando son genuinas— al servicio de la verdad orgánica, es decir: al servicio de la nacionalidad ligada a la raza. De allí provienen, allí vuelven. Y todas ellas encuentran su criterio decisivo en si mejoran o no la forma y los valores

internos de esta nacionalidad racial, la desarrollan más adecuadamente, le confieren mayor fuerza vital o no.

Con ello, el viejo conflicto entre el conocimiento y la fe también ha sido, si no resuelto, al menos devuelto a su base orgánica y, por tanto, se ha hecho posible una nueva consideración. La búsqueda de la «única, absoluta, eterna verdad» se concebía puramente como una cuestión de conocimiento, es decir, como una cuestión de algo que técnicamente era, si no posible, al menos aproximadamente alcanzable. Esto era fundamentalmente erróneo. El «conocimiento» supremo posible de una raza ya está encerrado en su primer mito religioso. Y el reconocimiento de este hecho es la última sabiduría real del hombre. Cuando Goethe, a su milagrosa manera, dice que el conocimiento siempre nos parece algo nuevo, algo que nunca ha existido, y que la sabiduría, en cambio, es un «recordar», expresa exactamente lo mismo —visto desde un ángulo diferente. La autoexperiencia, la sabia contemplación del mundo y la autoperfección orgánica significan la vivencia de aquella corriente sanguínea que une a los antiguos poetas germánicos, a los grandes pensadores y artistas, a los estadistas y generales alemanes. Es la sabiduría más íntima de la vida y una reexperimentación mítica de las verdades antiguas cuando colocamos al Maestro Hildebrand junto al Maestro Eckehart y Federico el Único; es el último límite posible de nuestra expansión espiritual cuando el mito de Baldur y Sigfrido aparece como la esencia del soldado alemán de 1914, y el nuevo mundo reverdecido de la Edda tras la caída de los antiguos dioses también significa para nosotros el renacimiento de la germanidad a partir del caos actual.

El hombre más sabio es aquel cuya autorrealización personal se encuentra en la misma línea que la representación vital de la gran sangre germánica. El más grande de nuestro tiempo será aquel que, a partir de la más poderosa reorganización mítica, someta también las almas de millones de personas envenenadas y engañadas a esta vieja-nueva voluntad típica y ponga así la primera piedra de lo que nunca ha sido, pero que ha inspirado el anhelo de todos nuestros buscadores: un pueblo alemán y una auténtica cultura popular alemana. Y todo esto es lo esencialmente nuevo, lo que constituye el mito de nuestro siglo, y lo que de pronto se dispone a penetrar prodigando vida en la más pobre choza de labriegos, en el más humilde piso obrero; incluso en las aulas de nuestras universidades. En ninguna parte se ha expresado con

tanta claridad como aquí. Ya ha llegado la hora de poder sacar todas las conclusiones de una vez.

3.

HIPÓTESIS COMO BUSCADORAS DE LA VERDAD

Sin embargo, las consecuencias son graves. Pues si la sentencia de Goethe «sólo lo que es fructífero es verdadero» señala la esencia de todo lo orgánico, entonces surge un nuevo estándar que es completamente desconocido para la vida de hoy. Pues al reconocer la verdad interior, entonces se hará evidente que incluso el error, el caer presa de las apariencias, incluso el «pecado» pueden ser en alto grado verdades, si vuelven fecundo a la persona que yerra racional, perceptiva o volitivamente, acrecentando su fuerza creadora. Esta es la base, por ejemplo, del gran valor de aquellas hipótesis científicas que más tarde resultaron ser materialmente incorrectas: casi siempre han estimulado la mente inquisitiva a nuevas reflexiones, han ayudado a descubrir nuevos hechos; en resumen, han aumentado la vida. Los errores de visión nos condujeron al descubrimiento de la refracción de los rayos luminosos, etc. Y aquí la verdad orgánica del misticismo del Maestro Eckehart extiende una vez más sus manos: pues si éste concedió al pecado y al arrepentimiento un lugar sólo de tercer rango, y sólo pidió el hecho de superarlos, esto muestra que también él aplicó a todos los acontecimientos la norma de una verdad orgánica. Una persona poco inteligente podría concluir de ello que también se da licencia a la mentira. En absoluto. La mentira está relacionada con la falta de honor y de valor, y aunque cada ser humano se encargue de decir tantas mentiras como sea posible, ningún germano podrá llamarlas «buenas» en sí mismas, precisamente porque contradicen el valor más íntimo del carácter que es lo único que nos hace fructíferos. Por tanto, mentir no es sólo un pecado volitivo, sino también orgánico. Ella es la peor enemiga de la raza nórdica; quien se entrega a ella desenfrenadamente, perece interiormente y se aparta exteriormente del entorno germánico. Buscará inevitablemente la compañía de bastardos y judíos sin carácter. Aquí

se revela un interesante contrajuego, que también puede observarse en todos los demás ámbitos: si la mentira orgánica voluntaria es la muerte del hombre nórdico, en cambio, significa el elemento vital del judaísmo. Expresado paradójicamente: la mentira constante es la verdad «orgánica» de la contra-raza judía. El hecho de que le sea ajeno el verdadero contenido del concepto del honor, conlleva al engaño a menudo incluso ordenado por la ley religiosa, como se establece en el Talmud y en el Schulchan-Aruch de un modo sencillamente monumental. «Grandes maestros de la mentira», los llamó el brutal buscador de la verdad Schopenhauer. «Una Nación de comerciantes y estafadores», enfatizó Kant. Porque esto es así, el judío no puede llegar al dominio en un Estado sustentado en las elevadas nociones del honor; pero, por exactamente la misma razón, tampoco el alemán podrá realmente vivir, ser fructífero, dentro del sistema democrático. Porque este sistema se basa en el engaño y la explotación de las masas en gran y pequeña escala. O bien la supera ideal y materialmente tras la ponzoñosa enfermedad, o perece irremisiblemente por el pecado contra su verdad orgánica.

Una visión de la vida puede —como se ha indicado— presentarse de muchas maneras. Primero ocurre de forma mitológica-mística. Allí, las leyes del mundo captadas clarividentemente y los mandamientos del alma aparecen como personalidades que tienen un valor interpretativo eterno mientras la raza que las creó siga viva. Por eso la vida y la muerte de Sigfrido tienen existencia eterna, por eso el anhelo de expiación encarnado en el Ocaso de los Dioses, como consecuencia necesaria reconocida del incumplimiento de un contrato —es decir, como expiación después de una ofensa contra la verdad orgánica interior—, es un rasgo eterno de la conciencia germánica de la responsabilidad. El mismo contenido de verdad se encuentra también en los cuentos de hadas alemanes, que son atemporales y sólo esperan la llegada de almas maduras, despiertas, para florecer de nuevo. Pueden refundirse en cualquier momento en otra forma de nuestra interpretación del mundo: en lo conceptual. Esto no significa un desarrollo en el sentido de un progreso, sino sólo un efecto del contenido mítico ya dado en la representación de la época en cuestión, siempre a tientas por las formas de una época. Una visión del mundo sólo será «verdadera» cuando los cuentos de hadas, las leyendas, el misticismo, el arte y la filosofía puedan

intercambiarse y expresar lo mismo de distintas maneras, cuando tengan como requisito previo valores internos del mismo tipo.

Aquí habría que añadir el culto religioso y la política pública, como mitos representados por el propio hombre. Llegar a realizar esto alguna vez es el objetivo del ideal cultural racial de nuestro tiempo. Antaño el crucifijo levantado en alto produjo la repentina remagnetización de miles de personas que miraban este símbolo. Consciente e inconscientemente se sumaron todos los factores asociativos –Jesucristo, el Sermón de la Montaña, el Gólgota, la resurrección de los creyentes– y a menudo se soldaban juntos como obras al servicio de este símbolo. También la época actual de decadencia tiene su símbolo: la bandera roja. Su visión despierta también aquí en millones muchas asociaciones: la fraternidad mundial de los desposeídos, el futuro Estado proletario, etc. Todo el que levanta la bandera roja aparece como un guía hacia este reino. Los viejos contra-símbolos han caído. Incluso el rojo blanco y negro que ondeó por delante en mil batallas ha sido derribado. Los enemigos de la alemanidad sabían lo que hacían con él. Pero el hecho de que fueran capaces de hacerlo despojó a las banderas de honor de 1914 de su mito interior. Pero ya ha surgido un nuevo símbolo que lucha contra todos los demás: la cruz gamada. Cuando se despliega este símbolo, es una parábola del viejo y nuevo mito; los que lo contemplan piensan en honor nacional, en espacio vital, en libertad nacional y justicia social, en pureza racial y fertilidad que renueva la vida. Cada vez más la rodea un aire de recuerdos de aquel tiempo cuando, como signo de salvación, fue delante de los guerreros y errantes nórdicos a Italia y Grecia, cuando apareció vacilante aun en las Guerras por la Liberación, hasta que después de 1918 llegó a ser la alegoría de una nueva generación, que por fin quiere llegar a ser «una consigo misma».

El símbolo de la verdad orgánica germánica es ya hoy indiscutiblemente la cruz gamada negra.

4.

PERSONALIDAD Y AUTORREALIZACIÓN

Además de la búsqueda de la «única verdad absoluta», se puede rastrear claramente como trasfondo una concepción muy diferente del Yo y el Tú, del Yo y el Mundo, del Yo y la Eternidad; la orgánica antes mencionada. En tiempos más recientes, Leibniz se erige como su heraldo premonitorio y, sin embargo, ya brillantemente consciente. En contra del atomismo mecanicista de Hobbes, por ejemplo, que afirmaba que la sociedad, un todo, surge de un ensamblaje de piezas (que no son partes de una forma); en contra también de la doctrina absolutista de la existencia de leyes abstractas «eternas» de forma y esquemas, que el individuo rellena o debe rellenar, Leibniz proclama que esta vinculación de lo individual y lo general tiene lugar en la personalidad individual, se perfecciona plasmándose de una manera vital, única en su especie. A un esquematismo matemático del ser inmutable, interpretado lógicamente, le fue arrancado el conocimiento del devenir de un ser en misterioso desarrollo: el valor de este devenir reside precisamente en la conciencia de la perfección posible a través de la autorrealización. La solución del problema de la existencia planteado como un problema escolar, exigida por el atomismo, el mecanicismo, el individualismo y el universalismo se niega y se transforma en un acercamiento con tendencia hacia adelante: hacia sí mismo. Pero con ello es fundada una nueva moral: el alma no busca reglas abstractas en el exterior, ni se mueve hacia una meta externa establecida; por lo que no sale «de sí misma», sino que «se vuelve a sí misma».

Sin embargo, esto ya indica una concepción completamente diferente de la «verdad»: que para nosotros la verdad no significa lo que es lógicamente correcto o falso, sino que se exige una respuesta orgánica a la pregunta: ¿fructífero o infructuoso, autolegislado o sin libertad?

Y fue precisamente Herder, quien buscó un absoluto —«humanista»— de una u otra forma, fue precisamente Herder quien penetró aún más profundamente en el gran pensamiento de Leibniz y se convirtió en un maestro especialmente para nuestro tiempo, como sólo muy pocos, incluso entre los más grandes, lo han hecho. Para Leibniz, alma y universo seguían estando frente a frente como dos entidades completamente separadas; la mónada «sin ventana» sólo podía relacionarse con la otra mediante la

suposición de que en esta última también tenía lugar el mismo proceso inherente de purificación de la autorrealización, es decir, que la mónada se «reflejaba» a sí misma. Herder situaba ahora la conciencia de la comunidad nacional como experiencia vital entre ambas. A la vida se le atribuye –haciendo caso omiso de todas las leyes de la razón– un valor intrínseco. Así como el hombre y la nación están ahí llenos de sangre y peculiaridades, también encarnan un valor intrínseco, es decir, una apariencia también de naturaleza moral, que no se hunde en la corriente de un supuesto «progreso», sino que se afirma –y con razón– como figura. Este fenómeno proliferante (orgánico) está condicionado internamente por valores, pero también marcado por barreras –si puede usarse esta expresión–, hay que aceptarla o negarla como un todo: la coerción de una abstracción aniquilaría la figura, con ello también la capacidad fructífera. Herder se burla conscientemente de los presuntamente «progresistas», que quieren medir la esencia del desarrollo humano con sus ilustres «balanzas para bebés» y luego pronuncia una palabra que pertenece a nuestro tiempo como nuestra buena nueva: «Cada Nación tiene su centro de bienaventuranza en sí misma, como cada esfera tiene su centro de gravedad»[192]. Las generaciones siguientes lucharon entonces por este misterioso «centro»; los románticos ya se referían en general al espíritu popular como esencia de nuestra vida; Schleiermacher enseñaba que «cada persona debe representar a la humanidad a su manera, para que en la plenitud del infinito se haga real todo lo que pueda surgir de su seno»; Nietzsche más tarde, con toda su pasión característica y por indignación ante un esquematismo estrecho, exigió el realce de la vida y buscó «lo» verdadero en la personalidad individual: sólo lo que crea vida tiene virtud, tiene valor, y la vida dice: «No me sigas a mí, síguete a ti». Ranke[193] declara en medio de descripciones de hechos que si en Europa (después de Roma) un principio internacional se esforzara de nuevo por obtener el dominio, entonces irrumpiría contra él con fuerza elemental uno orgánico-nacional, y en otra parte[194] afirma de manera casi paradójica:

---

[192] *Auch eine Philosophie der Geschichte der Menschheit* (También una filosofía de la historia humana).
[193] *Geschichte del Päpste* (Historia de los Papas).
[194] *Üeber die Epochen der neueren Geschichte* (Sobre las épocas de la historia moderna), 1ª. disertación.

«Cada época depende directamente de Dios y su valor no se funda en absoluto en lo que ella produce, sino en su existencia misma, en su propio Ser».

Esta es la otra corriente —«más verdadera»— de la genuina y creciente búsqueda (orgánica) de la verdad contra la lucha escolástica-lógico-mecánica por el «conocimiento absoluto». De la vivencia del «punto medio de la dicha» surge el más pleno autodesarrollo, y eso significa en el lenguaje de este libro: servir al honor del pueblo con amor desde el mito experimentado del alma racial nórdica.

¿Es el alma igual a Dios e inmortal? En respuesta a esta pregunta, el buscador meramente lógico de la verdad sopesará todas las posibles razones a favor o en contra, y entonces o bien resignará o «comprobará» el sí o el no; el buscador orgánico de la verdad, en cambio, afirmará y profesará el sí o el no. La creencia en la singularidad de la personalidad, de la mónada, en su igualdad con Dios e indestructibilidad, es una característica sobresaliente de los pensadores nórdico-germánicos cristianos, pero también no cristianos. Esta creencia —aunque en diferentes manifestaciones de épocas históricas— les hizo fructíferos, y también sostuvo a los grandes artistas, héroes y estadistas. Y esta fecundidad es el testimonio de una verdad que vale más para nosotros que la analogía aún posible del camino de la finalidad orgánica. Así, también en el ámbito moral-metafísico surge algo que hemos reconocido en el ámbito del arte: que la impronta de la forma genuina y su contenido no pueden en absoluto ser separados entre sí en la visión de conjunto dada, que con el abandono de una forma apropiada para nosotros en favor de una presunta verdad abstracta eterna, absoluta, no sólo no nos acercamos a esta «verdad», sino que incluso rechazamos la posibilidad de un acercamiento. Pero aquí también se pone de manifiesto que el arte sólo podrá volver a cobrar vida entre nosotros cuando nuestra existencia haya devenido vida auténtica. Nuestros filósofos de cátedra ven la «verdad absoluta» en la «unión de lo finito con lo infinito», por lo que la «verdad nacional» debe examinarse para ver si representa en este sentido una aproximación a la «verdad única»; al hacerlo, olvidan que carecemos por completo de cualquier criterio para tal evaluación: para poder juzgar realmente aquí, cada uno de nosotros tendría que estar en plena posesión de la supuesta «verdad única eterna». Aquí, por lo tanto, es necesario ajustar el

pensamiento a un centro completamente distinto al de un cálculo lógico-razonable de probabilidades, precisamente hacia aquel «centro de dicha» que Herder enseñaba, que constituye el hecho de que podemos llegar a ser «uno con nosotros mismos», como anhelaba el Maestro Eckehart. Lo que hace falta es desprenderse del predominio del esquematismo escolástico-humanístico-clásico en favor de la cosmovisión orgánica-racial-étnica. Por supuesto, no hay que despreciar la crítica del conocimiento.

De esta idea de que no es un resultado final puramente racional de naturaleza formalista lo que determina la vida, sino que simplemente representa o puede representar un medio de esclarecimiento, surge una nueva relación con la fe de los arios. Algunos quieren revivir esta fe desvanecida, otros rechazan esta empresa aludiendo a su supuesta insuficiencia, o declaran que tenemos tan poco conocimiento de ella que sobre esta base ya no se puede construir nada. Ambas partes están equivocadas, porque han formulado la pregunta erróneamente: no se trata de reconocer formas de creencia, sino de reconocer valores del alma y del carácter. Las figuras exteriores condicionadas por el tiempo han desaparecido con su particular sentimiento de la vida, el alma racial se apoderó de las viejas cuestiones por medio de nuevas formas, pero sus fuerzas de voluntad plasmadoras y valores del alma han permanecido iguales en su dirección y carácter. Sin embargo, sólo a partir de ellas se puede leer la naturaleza y la historia del hombre nórdico, después de que el centro bendito se haya experimentado de nuevo. Por eso, el «alma noble», la libertad interior y el honor son las condiciones permanentes que condicionan todo lo demás, mientras aún siga fluyendo sangre afín a través de los millones de la Europa nórdica. La «verdad eterna» quiere decir, por lo tanto, veracidad total.

Aquí hemos llegado al final. La Mónada Leibniz se encontraba «sin ventanas» frente a la otra personalidad igualmente rica; Herder y sus sucesores buscaron la mediación popular; hoy añadimos: aquello que los emparentaba, que los impulsaba a un desarrollo similar de la figura interior, era lo común de una sangre fusionada con el alma que formaba la corriente subyacente que todo lo conectaba, de un todo vital. Esta sangre que condiciona el parentesco de la personalidad es aún capaz de plasmar y formar algunas variedades, pero la mónada volverá a quedarse «sin

ventanas» ante una personalidad de sangre completamente extraña, la soledad se convertirá en abandono; no hay ningún puente de verdadera comprensión que conduzca de ella hacia un chino, y menos aún hacia la esencia de un bastardo sirio o africano. No son la mónada y la «humanidad» las que interactúan, sino la personalidad y la raza.

A través de esta comprensión, sin embargo, otra enfermedad de nuestros días es traída a la luz de la plena conciencia: relatividad del universo es el nombre de esta enfermedad. El individualismo ha sido reconocido como «relativo» al igual que el ilimitado universalismo. Ambos se esforzaron una vez más por una suma lógicamente comprensible de su búsqueda y fueron destrozados por ella. Aquí entra en juego la cosmovisión popular orgánica, como siempre lo ha hecho cuando el individualismo mecanicista y el universalismo esquemático han querido encadenar el mundo. Los sistemáticos de la filosofía han pasado por alto, desprovistos de instinto, estos testimonios de la existencia nórdica, porque la esencia de este impulso volitivo no representa ningún sistema lógico, sino que significa un desbordamiento del alma. Hoy, en medio de la época atomista que se derrumba, esta cosmovisión genuinamente orgánica exige más que antes: su derecho, su derecho de Señor: desde el centro del honor como valor supremo del mundo occidental nórdico, debe experimentar su centro con una dicha estimulante y remodelar sin miedo la vida para sí misma.

5.

TEOCRACIA «ÉTNICA»

La doctrina individualista, según la cual el ser individual existía por sí mismo y, mediante la unión de individuos, formaba pueblos y, finalmente, la «humanidad», ha quedado hoy definitivamente eliminada de toda consideración seria. Lo curioso y que confirma la afirmación hecha en el primer libro, de que el universalismo es hermano gemelo del individualismo, se ve en el hecho de que este universalismo padece la misma enfermedad que su aparente oponente. Ambos son intelectualistas, es decir, ajenos a la

naturaleza. La escuela universalista (O. Spann) ha refutado exitosamente el estúpido y materialista individualismo, y cae en el mismo error del cual nació éste. En forma puramente abstracta se erige una escala de lo espiritual, esquemáticamente se comienza una nueva construcción de la imagen del mundo, para levantar, sobre la base del viejo convencimiento platónico de que el género viene antes que la especie, la siguiente construcción espiritual escalonada de la comunidad humana histórica: humanidad - círculo cultural - círculo popular - nacionalidad - comunidad tribal - círculo patrio - grupo étnico. Donde se subraya expresamente que la humanidad es anterior al círculo cultural, y ésta al popular, etc. Esta escala de niveles y valores, un tanto sospechosa incluso hoy en día, se intenta hacer aceptable explicando que la precedencia espiritual no se traduce todavía en una plenitud de despliegue uniforme. Esto es más evidente en el folclore, mientras que la cultura y la humanidad aparecen más pálidas, menos tangibles. Ya aquí se hace patente la gran ruptura de la forma universalista de ver las cosas, que se aferra al orden puramente intelectualista de los rangos y practica ciertamente el neoescolasticismo, pero al mismo tiempo quisiera insertar la creciente forma vitalista de ver las cosas como un elemento secundario a través de cumplidos amables. Y esto a pesar de que con toda la claridad deseable se constata: «La Iglesia supranacional está antes que la Iglesia nacional», y tras una explicación de que la religión es anterior al Estado: «De ello se deduce que, ciertamente, el Estado como suprema institución domina sobre la institución especial de la "Iglesia", pero que halla su prioridad espiritual de la misma manera en la religión como la Iglesia misma, a saber: en la religión organizada y formada por la Iglesia, pues no hay otra»[195]. De este modo, la escuela universalista revela que lleva su nombre no por razones puramente técnico-filosóficas, sino por convicciones teocráticas. Pero esto también revela lo que en realidad debe entenderse por «plenitud de despliegue» (Ausgliederungsfülle): en última instancia, el desbordamiento del contenido en la «humanidad» o en la «religión formada», pues ¿de dónde más podría proceder esta «separación» si la nacionalidad es una magnitud de tercer orden, sin antepasados orgánicos?

---

[195] O. Spann: *Gesellschaftsphilosophie* (Filosofía de la sociedad), Múnich, 1928, p. 103, 107, 109, etc.

Si Oswald Spengler quiso construir la historia de las formas como un extraño «viaje cultural» que descendía del cielo abstracto como las primeras realidades, Othmar Spann, como portavoz moderno de la Edad Media escolástica, la diluyó aún más con la actitud aparentemente superior del pensador que organiza «desde arriba». Aquí, nuestra manera de ver las cosas —aunque ciertamente en el esquema del pensamiento el género está antes que la especie— se muestra como uno, creciendo desde abajo en antagonismo orgánico con estos métodos puramente intelectualistas. Establecemos la siguiente división de leyes vitales: 1. alma racial, 2. nacionalidad, 3. personalidad, 4. círculo cultural, y al respecto no pensamos en una escala de grados desde arriba hacia abajo, sino en un movimiento circular pulsante. El alma racial no es asible con las manos y, sin embargo, está representada en la nacionalidad ligada a la sangre, coronada y concentrada en las grandes personalidades, que producen creativamente un círculo cultural, que a su vez es sostenido por la raza y el alma racial. Esta totalidad no es sólo «espíritu», sino espíritu y voluntad, es decir, una totalidad de vida. La «plenitud de despliegue» de la nacionalidad es remitida, por consiguiente, orgánicamente con ello a sus fundamentos primigenios sanguíneo-anímicos, y no a círculos culturales insustanciales y combinaciones exangües de la humanidad, de los cuales no se desprende por qué razón puede desplegarse partiendo de ellas la rica cultura nacional que forzosamente es reconocida.

Con este conocimiento la filosofía orgánica de nuestro tiempo se sustrae a la tiranía de los esquemas de comprensión, de aquella fabricación de cascarones espirituales puramente esquemáticas, dentro de las cuales se creyó poder encapsular nuevamente el alma de las razas y de los pueblos, con la intención subconsciente o consciente de ponerlos en manos de alguna «totalidad definitiva». Cuando Spann afirma, en contra de la antigua sabiduría griega, que Dios es la medida de todas las cosas, pero que esta religión sólo la encuentra en la Iglesia (católica), dado que no existe «ninguna otra», entonces este punto de vista resulta ser la afirmación de que el sacerdote es la medida de todas las cosas. Por el contrario, la recién nacida visión del mundo de nuestro tiempo declara: el alma popular ligada a la raza es la medida de todos nuestros pensamientos, anhelos volitivos y acciones, la última medida para nuestros valores. Con esto cae de una vez por todas tanto

el individualismo materialista a-racial como el universalismo antinatural en todas sus variantes, como teocracia romana o humanidad francmasónica, pero también toda la estética «general» de los últimos dos siglos. Despejado queda todo el incruento montón de escombros intelectualistas de sistemas puramente esquemáticos que nos pusieron como botas españolas o nos van a volver a poner. Se ha producido una transformación única pero totalmente decisiva de nuestra actitud anímica, y aparece insignificante aquello por lo que generaciones enteras han discutido amargamente, y un nuevo centro chispeante, glorioso y lleno de vida de nuestra existencia ha entrado en dichoso efecto.

6.

EL DESPERTAR DEL MITO DE LA SANGRE DE 1914

Este nuevo y sin embargo viejo mito de la sangre, cuyas numerosas falsificaciones estamos presenciando, también se vio amenazado en la retaguardia de cada nación, cuando las fuerzas oscuras, satánicas, comenzaron a actuar por todas partes detrás de los ejércitos victoriosos de 1914, cuando comenzó de nuevo un tiempo en el que el Lobo Fenris rompió sus cadenas, Hel[196] se movió sobre el mundo con olor a putrefacción y la Serpiente de Midgard azotaba los mares del mundo; pero todos los millones y millones sólo podían prepararse para la muerte sacrificial tras una consigna. Esta consigna era: el honor del pueblo y su libertad. La conflagración mundial llegó a su fin, sacrificios sin nombre habían sido exigidos y hechos por todos, pero entonces se hizo evidente que los poderes demoníacos habían triunfado sobre los divinos en la retaguardia de los ejércitos. Más desenfrenados que nunca, arrasaron el mundo, creando nuevos disturbios, nuevos incendios, nueva destrucción. Al mismo tiempo, sin embargo, en las almas inclinadas de los parientes supervivientes de los guerreros muertos, aquel mito de la sangre por el que murieron los héroes está siendo captado y experimentado de nuevo, profundizado, hasta las últimas ramificaciones.

[196] Diosa nórdica de la muerte.

Esta voz interior exige hoy que el mito de la sangre y el mito del alma, la raza y el yo, el pueblo y la personalidad, la sangre y el honor, deben solos, completamente solos y sin concesiones impregnar, llevar y determinar toda la vida. Exige para el pueblo alemán que los dos millones de héroes muertos no hayan caído en vano, exige una revolución mundial y ya no tolera ningún otro valor supremo aparte de él. Las personalidades deben unirse en torno al centro del alma nacional y racial, en torno a ese centro misterioso que siempre ha fecundado el ritmo del ser y devenir alemanes cuando Alemania se volvía hacia él. Es aquella nobleza, aquella libertad del alma mística y consciente del honor, la que en una corriente amplia sin precedentes a través de las fronteras de Alemania se ofreció a sí misma como sacrificio y no exigió ninguna «representación». El alma individual murió por la libertad y el honor de su propia elevación, por su nacionalidad. Sólo este sacrificio puede determinar el futuro ritmo de vida del pueblo alemán, engendrar el nuevo tipo de alemán. En una dura crianza consciente por parte de quienes la enseñaron y vivieron.

Este viejo-nuevo mito ya está impulsando y enriqueciendo a millones de almas humanas. Hoy se dice a las mil lenguas que no hemos alcanzado nuestro «desarrollo definitivo en el 1800», sino que deseamos llegar a ser nosotros mismos por primera vez como pueblo entero, con una conciencia elevada y una voluntad desbordante: «uno con nosotros mismos», tal como aspiraba el Maestro Eckehart. Para cientos de miles de almas, el mito no es algo que se anote en los catálogos como una curiosidad con arrogancia erudita, sino el nuevo despertar del centro anímico plasmador de células. El «sin embargo, yo quiero» de Fausto después de recorrer todos los campos de la ciencia es la confesión de la nueva era, que quiere un nuevo futuro, y esta voluntad es nuestro destino. Pero esta voluntad no sólo «reconoce» la esencia de las viejas y nuevas culturas para luego retirarse, sino que esta voluntad, en un sentido consciente de sí misma, rechaza como inhibidores los valores más elevados de los círculos culturales que se nos superponen. El hecho de que nuestros investigadores se detengan en la historia de las formas sin poder formarse a sí mismos sólo demuestra que su voluntad de formar está rota. Pero nada les da derecho a hacer pasar su esterilidad como destino del todo. El nuevo mito y la nueva fuerza creadora de tipos que hoy luchan

por expresarse entre nosotros no pueden ser «refutados» en absoluto. Ellos se abrirán paso y crearán hechos.

El mito racial es tan heroico como las figuras de la generación de hace 2.000 años. Los dos millones de alemanes que murieron en todo el mundo por la idea de «Alemania», revelaron repentinamente que podían dejar de lado todo el siglo 19, que en los corazones del más sencillo labriego y del más modesto trabajador, la vieja fuerza creadora de mitos del alma racial nórdica estaba tan viva como en los pueblos germanos cuando antaño atravesaron los Alpes. En la vida diaria se pasa por alto con demasiada frecuencia cuán enorme fuerza del alma toma vida en el hombre cuando en una desgarrada bandera de regimiento se ve a sí mismo, ve un pedazo de sí mismo en todos los siglos de hazañas del regimiento, obras de sus antepasados. El marinero que, de pie sobre la quilla del «Nürnberg», se hundió en la marea ante los ojos del enemigo con la ondeante bandera de guerra alemana en la mano, el oficial sin nombre del «Magdeburg», que guardó en su uniforme el código secreto y se ahogó con él, éstos son símbolos, mitos, tipos, que en el caos actual aún no han sido reconocidos. Que apreciemos correctamente el Gótico, el Barroco, el Romanticismo, al final sigue siendo lo mismo, lo importante no es esta forma de expresión de la sangre nórdica, sino que esta sangre siga presente en absoluto, que la vieja voluntad de la sangre siga viva. El ejército popular alemán gris-campaña fue la prueba de la voluntad de sacrificio formadora de mitos. El actual movimiento de renovación es, sin embargo, el signo de que incontables personas están empezando a entender lo que los dos millones de héroes muertos son: los mártires de un nuevo mito de la vida, de una nueva fe absoluta.

El pomposo uniforme ha sido sustituido por el traje de honor gris campaña, el serio casco de acero. Los horribles crucifijos de la época del barroco y rococó, que en todas las esquinas de las calles muestran sus miembros distorsionados, también están siendo sustituidos gradualmente por austeros monumentos de guerra. En ellos están gravados los nombres de aquellos hombres que murieron como muestra del mito eterno de la sangre y la voluntad por el valor más elevado de nuestro pueblo: por el honor del nombre alemán.

Esta fuerza, que se sacrificó de 1914 a 1918, ahora quiere dar forma. Lucha contra todos los poderes que no quieren aceptarlo como el primer y más alto valor. Ella está allí y ya no puede ser declarada inexistente, y ya está señalando caminos que incluso sus equivocados oponentes alemanes de hoy tendrán que seguir algún día.

El Dios que adoramos no sería si no fuera por nuestra alma y sangre, así rezaría la confesión de un Maestro Eckehart para nuestra época. Por eso, todo lo que protege, fortalece, purifica y hace respetar el honor y la libertad de esta alma y de esta sangre es asunto de nuestra religión, de nuestra ley y de nuestro Estado. Por eso son lugares sagrados todos aquellos en los que héroes alemanes murieron por estos pensamientos; sagrados son aquellos lugares donde los monumentos y memoriales los recuerdan, y días sagrados son aquellos en los que antaño combatieron más apasionadamente por ello. Y la hora sagrada del alemán llegará entonces cuando el símbolo del despertar, la bandera con el signo de la vida ascendente, haya llegado a ser la única confesión imperante del Reich.

ÍNDICE

Introducción.....12

LIBRO PRIMERO: LA LUCHA DE LOS VALORES

I. Raza y Alma Racial 29

1.
Una nueva visión de la historia - El camino hacia la profanación de la sangre - Historia desvelada - El mito del nacimiento del sol - Tren nórdico por África - La legendaria patria original - El sentido de la historia universal.
Las Migraciones Arias a la India 35
Distorsión de la idea de la casta - El final de la India.
La Persia Aria.....38
La idea persa de la salvación.
2.
Lucha Racial en la Hélade.....40
La religiosidad homérica - La batalla de los dioses - Interpretaciones del griego - Drama racial - El derecho de la madre - El error de Bachofen - La abstracta «doctrina del desarrollo» - Ser mágico de Oriente Próximo - Victoria del derecho del padre - Celebraciones dionisíacas - «La religión de la obsesión» - La batalla amazónica de Jason - Creación del matrimonio - El sátiro: una figura racial - Pitágoras y Heráclito - Dos niveles de diseño griego - La democracia «griega» - La caída de Grecia - La misión de la Hélade.
3.
Roma: Una Fundación Nórdica.....57
Cartago y Jerusalén - Patricios y plebeyos - De Sila a Septimio Severo - Caos de pueblos en Roma - Cómo surgió Roma.
Los Etruscos 62
Hetairismo y sacerdotes - El hetairismo en Oriente Próximo - Satanismo etrusco - Magia y hechicería - Los secretarios de Estado Tanaquil - El poder del aurúspice - El Papa: sucesor del aurúspice - El infierno de Dante - La magia etrusca en Europa.

La Tragedia de la Edad Media.....70
La doctrina del pecado hereditario - El malinterpretado Diocleciano - El piadoso Juliano.
Cristo y Pablo.....73
Pablo y el caos racial - La naturaleza ambigua del cristianismo - Inicio de la dogmatización - El cristianismo positivo de Goethe - Interacción entre la magia y el intelectualismo - Los Germanos en Roma.
4.
La Importancia de H. St. Chamberlain.....79
Una concepción de la historia que ha sido superada - Las oleadas nórdicas - El «ideal» de una iglesia mundial - El renacimiento alemán - La influencia alpina - La Edad Media: no hay unidad - La lucha de los herejes en Europa.
La Reforma de Pedro Valdo.....86
La difusión de los valdenses - Pira de la Inquisición - Una paz ilusoria - 3000 ejecuciones - La corrupción de la Iglesia romana.
La Revolución de los Hugonotes.....90
Nuevamente muertes por las llamas - La antigua Francia heroica - La dicotomía hugonote - Vassy y Jarnac - El odio de muerte de Pío V - Cómo murió Coligny.
El Hundimiento del Carácter de Francia.....96
Mulatos en París - Francia, un «modelo a seguir».
5.
Magnanimidad Germánica.....98
Las «dos Alemanias» - Símbolos de decadencia plástica - Contra la vieja interpretación de la historia.
El Movimiento Husita.....101
El celo taborista - Quejas de los patriotas checos - El concepto germánico de libertad - Esencia Pan-Europea - El odio de la estepa.
El Mito de la Sangre.....105
La diversidad de las culturas nórdicas.
6.
Cada Raza Tiene su Alma.....107
La esencia de la nueva interpretación cultural - Tres sistemas hostiles - No hay «ciencia sin presupuestos» - No hay «arte en sí mismo» - ¡Ciencia heroica!

- Investigación y demonía - Número mágico de la bolsa - La ciencia como evaluación.
7.
El Monismo Dogmático 114
La polaridad: un fenómeno primordial - La creación de Yahvé - El Antiguo Testamento y la dogmática romana - Literalidad en el protestantismo - El salvador del mundo persa - Un concepto diferente de la realidad - Adriano como soldado y salvador - Copérnico contra Nicea.
8.
El Ser y la «Revelación» 121
Mística de la libertad y mecánica de la naturaleza - La doctrina de la unidad cuerpo-alma - Ludwig Klages - El «estado heroico original» - La fantasía de J. J. Bachofen - La ley de toda verdadera cultura - Vida y conciencia - Metodología de investigación germánica - La lucha por la tecnología.

II Amor y Honor 129

1.
Determinación espiritual - La heroica India antigua - El Mahabharata - Alejandro y Poro - La suavidad del carácter griego - La belleza, el término griego de crianza - Los fundamentos del Estado vikingo - Honor, el centro germánico - Centros anímicos de Occidente.
2.
La Doctrina del Amor en el Cristianismo 137
El cristianismo sin la idea del honor - Tensiones en la historia germánica - Los peligros de la magnanimidad germánica - La iglesia sin amor - La alianza sacerdotal masculina - La Iglesia está por encima de Jesús - La magia de los sacramentos - Wotan en el diseño cristiano - El «Paganismo» permanente - La aparición de la cruz gamada - Dioses inmortales - El bien nórdico en el catolicismo - La caritas cristiana.
3.
La Enfermedad de las Personas a través de la «Humanidad» 147
Corrupción de las almas mediante la venta de indulgencias - El «Año Santo» - Fe mágica en la intercesión.

La Visión del Mundo del Médico Brujo 150
La intimidación humana como medio de disciplina.
Los Jesuitas Reemplazan a Jesús 152
La obediencia al cadáver: una doctrina semítica - La «constitución» de Loyola - «Derecho» a la destrucción de la conciencia - Erradicación del concepto de honor - Naturaleza de la Orden Jesuita.
El Concilio Vaticano 156
Protestas inútiles contra Pío IX - La hazaña salvadora de Lutero - El lamaísmo en la Iglesia - El «olor a santidad» - El Emperador y el Papa.
4.
El Emperador y el Papa 161
El Beowulf germano-cristiano - Hagen y Petrus - La caballería.
5.
El Papa como Apóstol 164
Distorsión de la idea de caballería - Roma en los siglos VIII al X - Compras del oficio papal - El rey salva al papado - La «reforma» de los cluniacenses - El agradecimiento de Roma - La «permanencia» de Roma - La Hansa.
6.
La Liberación Civil del Siglo XVI 170
La guerra de los 30 años - Federico el Único.
El Surgimiento de la Masonería 172
La logia como contra-iglesia - Judaísmo y masonería - La degeneración de la «humanidad» - Distorsión de la idea de sacrificio - Federico el Grande como parábola.
7.
La Doctrina Rusa del Sufrimiento 177
La tragedia de Dostoyevski - Humildad y presunción rusas - Los Raskolnikovs - La pretendida «humanidad toda» - Los humildes como «héroes» - El «poder de las tinieblas» - El abuso eclesiástico del cuerpo - El bolchevismo: una enfermedad de la sangre.
8.
El Fin de un Mundo 183
El inicio del renacimiento.

III Mística y Acción 186

1.
Honor y libertad - Wotan y Bonifacio - Renacimiento místico-germánico - El «trabajo interior» del alma.
2.
La Nobleza del Alma 189
El tamaño del alma es más ancho que el cielo - La crítica de Eckehart al conocimiento - Eckehart el aristócrata - Las «buenas obras» - Contra la justicia de las obras - El despertar de la autoconciencia - Contra la «fusión de sentimientos» - Unidad del alma y la naturaleza - Libre albedrío.
3.
Nueva Jerarquía de Valores 198
La doctrina de la «reclusión» - Conviértete en «uno contigo mismo» - La lucha por la doctrina de la Gracia - Eckehart y Agustín - Pecado y arrepentimiento - Importancia secundaria de los valores máximos eclesiásticos - Tres fuerzas del alma.
4.
Razón y Voluntad 203
Eckehart y la idea del amor - «Fidelidad» del siervo - Dios un dios de la presencia - La dualidad de la existencia.
5.
La Una Católica 207
Los dogmas básicos de los jesuitas - La analogía entia - autorrealización nórdica - Ser existente y ser así - Creador y criatura - El místico Paracelso - La naturaleza anti-romana de Eckehart.
6.
La Inquisición Contra el Apóstol Alemán 213
La «revocación» de Eckehart - Beguines y Begards - Eckehart como profesor de alemán - Eckehart hasta nuestro tiempo - La religión de la sangre.
7.
Eckehart y Goethe 219
Meditación y acción - Los «dos mundos» de Goethe - Mística y mecánica - La voluntad germánica de explorar - La sabiduría de Lao-Tse.
8.

La Sabiduría de Lao-Tse 223
La moral talmúdica anti-alemana - Diferentes dinámicas del alma racial - Moralidad y metafísica - La historia como realización de un personaje - Actuar, es decir, el poder del alma - Interpretaciones de la personalidad - El europeo solitario - Acción, mística y vida - El ritmo europeo de existencia.

LIBRO SEGUNDO: LA ESENCIA DEL ARTE GERMÁNICO

I. El ideal Racial de Belleza 232

1.
La estética «universal» - Contenido de la forma mental - La belleza: el centro de la vida griega - El ideal nórdico de belleza en la Hélade - Decadencia del arte y caos racial - Homero, el diseñador nórdico - Sócrates, el no-griego - La «comunidad de los buenos» - Sócrates y Platón - La «belleza» antinatural - Los «graeculi».
2.
Germanos y Griegos 241
Sancho Panza como tipo racial - La figura heroica condicionada racialmente - Schiller sobre el arte griego - Estática y dinámica en el arte - El ideal de belleza una salvación del alma - El Dante nórdico - La representación de la belleza de Rembrandt - El ideal de belleza de la Sixtina - El caos racial de la ciudad cosmopolita - Van Gogh, Gauguin, Picasso - Arnold Böcklin - Imitaciones renacentistas y expresionismo - «Objetividad arrepentida», el fin - El problema del «sentido común estético».
3.
Bajo la Sombra de Grecia 253
El griego como plástico - La formación de la voluntad en el Cantar de los Nibelungos - La Ilíada y el Cantar de los Nibelungos - Homero y la figura de Helena - Naturaleza y arte - La batalla en la Wülpensande - Sigfrido y Krimilda - El Margrave Rüdiger - Contra la estética desenfrenada - La poderosa creación de la épica alemana - La estética será.
4.
Escritura: la Voluntad Descargada 262

El impulso del alma de Beethoven - Acto volitivo de creación - El humanismo falsificado - Dogma de la «contemplación sin voluntad» - Individualismo y universalismo - Schopenhauer.

II. Voluntad e Instinto 268

1.
Objeto y sujeto - Las funciones de la mente y la razón - Sólo se reconocerá intuitivamente - Objetivaciones de la voluntad - Multiplicidad sin principio de multiplicidad - La cognición como «espejo claro del mundo» - La ilusión del mundo.
2.
El Concepto Central de Schopenhauer 274
La voluntad y el mundo como representación - El poder del «órgano terciario» - Voluntad e instinto - Schopenhauer como poeta - Direcciones polares de la voluntad - La afirmación involuntaria de Schopenhauer sobre la voluntad - Monismo naturalista.
3.
Schopenhauer Como Personaje.....280
Las contradicciones como experiencia interior - El hombre y el trabajo - La trágica lucha de Schopenhauer.
4.
Cinco Áreas de la Voluntad 283
El colorido de las culturas.

III. Estilo de Personalidad y Objetividad..... 285

1.
La dualidad de la creación - A través de la naturaleza - La conformación del alma - Métodos y leyes del ser - Personalidad y regularidad - Subjetivismo.
2.
El Templo Griego y la Catedral Gótica.....290
Estructura de la arquitectura dórica - Requisitos técnicos del gótico - Ritmo gótico - Esfuerzo por llegar a la cima - El gótico francés y alemán - El interior

de la arquitectura gótica - El sentimiento germánico por la naturaleza - El «descubrimiento» de las catedrales góticas - El arte de la efebia.
3.
La Clandestinidad Religiosa **298**
La judía «creencia en la inmortalidad» - La libidinosidad del arte judío - El subjetivismo del islam - Origen del arco en herradura - El arabesco - Maestros extranjeros de los árabes.
4.
El Estilo Individual **304**
Peter Paul Rubens - La superación del mundo de Rembrandt - Hals y Bernini - La esencia del Barroco - El «encajonamiento» de la naturaleza - El estilo jesuita - Consanguinidad del gótico y el barroco - El feroz pulso vital de Europa - El declive de la arquitectura en el siglo 19 - El ritmo de construcción de nuestro tiempo - La arquitectura en Nueva York - El estilo funcional-tectónico griego - Edificio etrusco y edificio rectangular nórdico - El principio de construcción basilical - La rotonda - Las montañas nórdicas de los dioses - La honestidad del arte de construir.
5.
El Universalismo Emergente **317**
El sentimiento de soledad de Tristán y Sachs - La personalidad eterna - El monismo filosófico de la India - Dignidad de la personalidad de los occidentales - El irresoluble problema de la inmortalidad - La falta de libertad implica libertad - Determinación Esencia de la vida - La doctrina de la predestinación - Unidad de la personalidad y de Dios - Concepto germánico de destino - En los campos Cataláunicos - La canción de Hildebrand - El conflicto del alma entre el amor y el honor - Tristán, un drama de honor - «Destino económico» - La teoría de los círculos culturales de Spengler - La causalidad disfrazada de Spengler.

IV. La Voluntad Estética **332**

1.
El avance del alma como formación artística - El «Hijo Pródigo» de Rembrandt - La batalla por Dostoyevski - Juicios morales y estéticos - Fürst

Myschkin, Thomas Buddenbrook - Príncipe Myshkin - Thomas Buddenbrook.
2.
Shylock Como Problema Estético.....336
La Pasión de Cristo como problema artístico - El altar de Isenheim - El final del valor del préstamo.
3.
Teorías Estéticas.....339
Enseñanzas de «empatía» - La música sin sustancia - Ciclo del «sentimiento estético».
4.
Belleza y Sublimidad.....343
La enseñanza de Kant sobre lo sublime - «Armonía de las fuerzas de la mente» - Confesiones de Berlioz - Flaubert y Nietzsche - Lenau y Beethoven - Hölderlin, el mejor poeta de Alemania - El divino deseo de viajar - El «genio amoral» - La creación de Wagner - Palabra, tono, danza - Un dogma en el teatro musical - El factor motor - Las tres artes, ¿un arte? - Wagner: el productor de vida.
5.
El Eterno Anhelo 355
Vagancia y tranquilidad - Dickens, Raabe, Keller - El humorista nórdico - Knut Hamsun - La canción de Hölderlin - Grimm y Kolbenheyer - La visión de Paracelso.
6.
La Búsqueda Religiosa de Europa Envenenada.....361
El arte como medio para superar el mundo - El pensamiento de Bayreuth - La Internacional de Intelectuales - Democracia podrida - El equivocado movimiento obrero - El ideal de belleza en 1914 - El legado de la Guerra Mundial - La epopeya de la guerra mundial que se avecina.

LIBRO TERCERO: EL REICH VENIDERO

I. Mito y Tipo 370

1.
El sueño humano de volar - Creación y destrucción del «paraíso» - El sueño de poder mundial del judaísmo - Paul de Lagarde - «Naciones pensamientos de Dios».
2.
¿Qué es un Mito? 375
El parásito humano - Una auto-confesión judía - La contra-carrera - De Joseph a Rathenau - Sionismo totalmente judío - «La esperanza mundial de la elección».
3.
El Mito Católico 380
El Estado mundial de las almas creyentes - Cristianismo: un medio para alcanzar un fin - El tipo de sacerdote sirve al mito del médico brujo - Pío IX contra Alemania - «Los jesuitas, líderes de la socialdemocracia» - Regreso a la Edad Media - Un filósofo del caos racial - Pío XI contra la «apostasía» - La brecha infranqueable - Protestantismo «insulto a Dios» - «Restaurar la latinidad» - Enrique I - Enrique el León - Sobre la muerte de las Iglesias antiguas - ¡Crear un nuevo tipo!

II. El Estado y los Sexos 393

1.
Polaridad de sexos - Estado y matrimonio.
2.
El Estado Surgió de Asociaciones Masculinas 395
La crianza de Egipto - Las normas de la vida china - El sistema de castas de la India - La efebie en Hellas - El pater familias en Roma - La Iglesia romana una asociación masculina - Caballería germánica - El cuerpo de oficiales prusiano.
3.
El Inicio de la «Emancipación» 402

Sufragio femenino - Búsqueda del poder - El espectáculo sintético masculino.
4.
La «Lógica» de la Emancipación 405
El culto a la madre en Egipto - Mujeres gobernantes - La mujer en América - La «doble moral» - Reacción antiliberal.
5.
Negación de la Idea del Deber 410
Aborto en el «Estado de mujeres» - Emancipación y caos racial - La culpa es del hombre - Historia de la diosa Istar.
6.
La Mujer Como Protectora de la Vida 414
El mito de Freya - La misión de la mujer - ¡Libertad de educación! - Arquitectónica y lírica.
7.
El Más Alto Valor del Honor 418
La riqueza de Goethe - Alejandro y Napoleón - Bismark y Moltke - El gran Estado mayor - El funcionario a finales del siglo 19 - Burguesía en declive - Problemas de liderazgo - El tipo del futuro.

III. Pueblo y Estado 425

1.
Roma y el juramento cívico - Defensa de la deserción - El antiguo estado insustancial - El problema de la monarquía - La autoridad sin raza engendra la anarquía.
2.
La Libertad Solo es Posible en el Tipo 429
Nietzsche, el profeta - La personalidad crea tipos.
3.
La Lucha Por la Libertad Interior 432
La tierra cultivable y la idea de libertad.
4.
El Concepto de Socialismo 434

El marxismo promueve el dominio del dinero - El racionalismo es socialismo - Caritas y la limosna del liberalismo - El concepto socialista de propiedad - Contra el universalismo - El dinastismo envenenó el nacionalismo - La muerte de la vieja burguesía - Bismarck como socialista - ¡Juramento por el honor nacional! - No un «pueblo de hermanos» - Muerte de todos los partidos antiguos - Hitler, el despertador del alma racial - Dinero y elecciones parlamentarias - Rediseñar la representación del pueblo - La irresponsabilidad parlamentaria - El dogma de la libertad de circulación - La debilidad de la voluntad de Spengler - El problema de la vivienda - ¡Desproletarización de la nación! - Nueva York: un cuento con moraleja - Ciudad cosmopolita y poco tráfico - Nacionalsocialismo educativo - Flotas aéreas y ciudades mundiales - ¿Monarquía o República? - La idea alemana de la realeza - La austera lección de vida de nuestro tiempo - La confesión del barón vom Stein - El fin de la idea revolucionaria francesa.

IV. El Derecho Nórdico-Alemán 456

1.
Nacimiento legal de la autoayuda - La protección del traidor antes de 1933 - La idea del derecho como fuerza formadora de tipos.
2.
El Honor en el Derecho Germánico.....459
La encuesta sobre construcción social - Idea cooperativa germánica - Derecho sajón y normando.
3.
Pensamiento Jurídico y Política.....462
Derecho individual romano - La polaridad de la vida romana - ¡Proteged el honor del pueblo! - Unidad de la idea jurídica germánica - Los cinco tipos raciales en Alemania - El pensamiento nórdico como aglutinante - La protección papal de los inferiores - Prohibición del matrimonio con judíos - El castigo es el encasillamiento.
4.
Ningún Derecho «per se» 470

El marxismo capitalista financiero - La posesión es un trabajo coagulado - Hitler sobre el valor del trabajo - Huelgas y cierre patronal - La lucha de clases desde arriba - El concepto germánico de propiedad - En torno a la idea de justicia.
5.
El Descarado Imperio del Dinero.....477
La manía del oro - ¡Erradicad el chantaje! - El poder imperial - Biología y matrimonio cristiano - ¿Es cristiana la profanación racial? - Protección de todas las madres - La fundación de una nueva nobleza - Ley natural y nobleza del alma - Condena de los dioses por incumplimiento de la ley.

V. Iglesia Nacional y Escuela Alemanas..... 485

1.
La Iglesia materialista - Búsqueda religiosa: una cuestión individual - Dogmas de la Iglesia paulina - Protección de los intentos de reforma - La figura masculina de Jesús - Pablo un falsificador del evangelio - Revolución mundial paulina - El Evangelio original de Marcos.
2.
El Malicioso Juramento del Obispo.....492
El Concordato fascista - Requisitos previos de la Iglesia alemana - Lucha de dogmas no esenciales - El viejo catolicismo fracasado - Protestantismo no protestante - Sagas alemanas, no el Antiguo Testamento - Superar las viejas Iglesias.
3.
El Símbolo del Crucifijo 498
¡Fuera con el jesuitismo! - El símbolo del soldado de primera línea - Mártires de la Iglesia y del pueblo - ¡Honorable paz para el mundo!
4.
El Amor Como Fuerza.....502
Jesús como Señor - La «religión de Jesús» de Herder - Tarea de la escuela: carta de educación.
5.
Conflictos Confesionales en las Escuelas 505

Roma contra toda ciencia - La imaginación como herramienta de Roma - Normas de una nueva enseñanza de la historia - Un nuevo linaje ancestral de espíritus.
6.
Roma Insulta a Kant 509
La lucha de Roma contra Goethe - «El espíritu nacional, un viento pestilente» - La lucha por la lengua materna - ¡La escuela nacional total! - ¡Proteged el ideal germanista! - Cultura y voluntad de poder.

VI. Un Nuevo Sistema de Estados 515

1.
¡No a la hegemonía francesa! - El peligro de África - Europa contra los paneuropeos - ¡De Occidente a Oriente! - La redención rusa - El espíritu «occidental» - Contra las teorías abstractas.
2.
El Despertar de Asia 521
Fermentación en la India - La emancipación de los negros en Francia - La tensión Londres-Moscú - La China de Confucio - La formación del tipo en China - «El camino recto» de Lao-Tse.
3.
La Defensa de China Frente a Europa 526
¿El fin de las misiones? - La lucha por el comercio del opio - Japón en el centro de la política mundial - La cuestión judía en Inglaterra - Sun-Yat-Sen - El liberalismo corrosivo en China - La pregunta de China a la raza blanca.
4.
Rapsodia Para la Antigua India 532
El despertar nacional indio - El cansado Gandhi - Inglaterra como salvadora de la India - Nueva lucha del islam - Propaganda de todo el islam - Londres-Madrid-Roma.
5.
El Despertar de los Negros 538
La sociedad contra la constitución en EE. UU. - La «tierra negra» - «Derecho» y lucha racial - Un sistema estatal orgánicamente estructurado.

6.
Asia Oriental Para los Asiáticos Orientales 542
El nuevo espectáculo de América - Comunidad de interés orgánico en el Oriente - El capitalismo financiero, enemigo de los pueblos - Previsión política mundial - Política exterior y libertad del campesinado.

VII. La Unidad de la Esencia..... 546

1.
Odín, Ulfilas, Eckehart - Teodorico y Clodoveo - El fin de Bonifacio.
2.
Verdad, Apariencia, Error, Mentira 548
Forma de vida y sentido práctico - La «verdad orgánica» - Sigfrido y el soldado de 1914.
3.
Hipótesis Como Buscadoras de la Verdad.....552
La mentira como forma de vida judía - La cruz gamada, símbolo del siglo 20.
4.
Personalidad y Autorrealización 555
El profetismo nacional de Herder - Nietzsche y Ranke - Fecundidad: la medida de la acción - No dogma, sino dirección de estilo - Polaridad, personalidad y raza - El nuevo universalismo.
5.
Teocracia «Étnica» 559
¿Nueva regla sacerdotal?
6.
El Despertar del Mito de la Sangre de 1914.....562
Ante una nueva historia - El abandono del siglo 19 - La bandera del siglo 20.

El Mito es una visión grandiosa de psicología racial que nos transmite conocimientos fundamentales de índole filosófico-religiosa, filosófico-cultural y de historia de la humanidad, en una plenitud casi abrumadora que, lisa y llanamente, enseña una nueva historia mundial. Rosenberg se acredita en su obra, sostenida por un estupendo saber, como un pensador genial y un visionario dotado de excepcionales condiciones, que con la mirada infalible de sus claros ojos retrospectivamente atraviesa la niebla de milenios, y luego, mirando nuevamente hacia adelante, señala el único camino justo hacia el porvenir.

El Mito del Siglo 20 es el Mito de la **Sangre**, que bajo el signo de la esvástica desencadena la revolución mundial racial, es el despertar del alma racial, que después de largo sueño pone fin victoriosamente al caos racial.

Ediciones Sol Invicto